

SALEM COLLEGE
LIBRARY



WITHDRAWN

THIS PUBLICATION IS DISTRIBUTED BY

ELISEO TORRES

P. O. BOX 2
EASTCHESTER, N. Y. 10709

RICARDO SAENZ HAYES

MIGUEL CANÉ Y SU TIEMPO

(1851 - 1905)



COLECCIÓN
CÚPULA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
BUENOS AIRES

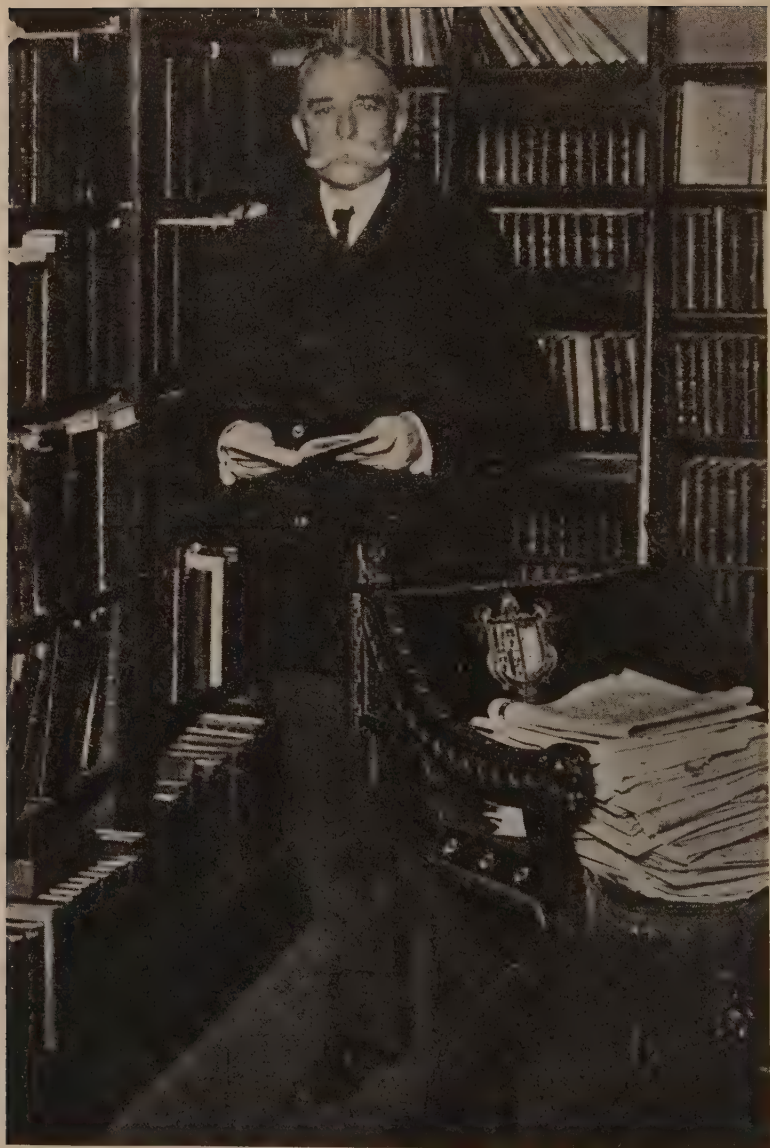
MIGUEL CANE Y SU TIEMPO

(1851 - 1905)

Vuelve Ricardo Sáenz Hayes a cultivar el ensayo crítico biográfico. La primera vez lo hizo con *Miguel de Montaigne*, libro impreso en Francia y reimpreso en España y en la Argentina, singular acogida de lectores cultos que justifica el juicio expresado en su hora por el eminente hispanista Paul Hazard: "es una de las más hermosas obras sobre el moralista francés". En el tema que hoy estudia se advierte el mismo método exegetico y la misma independencia para juzgar hombres, principios y acontecimientos; con una ventaja sobre el esfuerzo anterior: el considerable y valiosísimo material inédito obtenido en archivos oficiales y particulares. La mayor parte de dichos documentos son cartas privadas, escritas sin que Miguel Cané y sus amigos más próximos sospecharan su publicación inmediata o remota. Sin cartas espontáneas que revelan hasta los sentimientos más vigilados por la auto-

(Continúa en la solapa posterior)

MIGUEL CANE Y SU TIEMPO



RICARDO SAENZ HAYES

MIGUEL CANE Y SU TIEMPO

(1851 - 1905)



COLECCIÓN
CÚPULA

EDITORIAL
GUILLERMO KRAFT LIMITADA
FUNDADA EN 1864
BUENOS AIRES

SALEM COLLEGE LIBRARY
WINSTON-SALEM, N. C.

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que previene la ley N.º 11.723.
Copyright by Editorial Guillermo Kraft Ltda.,
Calle Reconquista 319-327—Buenos Aires.*

I cannot conceive a more perfect mode of writing any man's life, than not only relating all the most important events of it in their order, but interweaving what he privately wrote and said.

BOSWELL: *Life of Johnson.*

...entrer en son auteur, s'y installer, le produire sous ses aspects divers; le faire vivre, se mouvoir et parler, comme il a dû faire. le suivre en son intérieur et dans ses moeurs domestiques aussi avant que l'on peut...

SAINT-EUVE: *Portraits Littéraires, I.*

Sienten algunos que el que no excede en alabar vitupera. Yo diría que las obras de alabanza son menguas de la capacidad, y que el que alaba sobrado, o se burla de sí o de los otros.

GRACIÁN: *El Héroe, V.*

PROPOSITO

JUVENILIA es uno de los libros más afortunados con que cuentan las letras argentinas. Pertenece al linaje de legados espirituales que sobreviven como creaciones espontáneas, hechas y surgidas de sí mismas, sin mano visible de autor. Por eso es que de tales obras, incorporadas desde hora temprana al dominio público, basta la cita del título, sin ningún otro aditamento, para sentir un eco de universal resonancia. En las grandes literaturas, antiguas y modernas, resultaría pleonástico y de gusto dudoso, decir la "Iliada" de Homero, la "Eneida" de Virgilio, la "Divina Comedia" de Dante. Huelga el patronímico y, a semejanza de ciertos libros sagrados nimbados de luz y oscuridad, cuesta concebir que hayan nacido de mentes humanas. En nuestra literatura, guardada respetuosamente la distancia que va del genio al ingenio, de lo ciclópeo y múltiple a lo modesto y llano, tampoco es de rigor mentar los "Recuerdos de Provincia" de Sarmiento, el "Martín Fierro" de Hernández, "La Guerra Gaucha" de Lugones, porque, convertidos ya en tradición, señalan momentos específicos del vivir argentino, de su pueblo y costumbres, de su historia y evoluciones. Mas si el nombre de aquellos evocadores insignes de la raza pasa a segundo plano y se desvanece en la luminosidad que las obras proyectan, no deja de persistir el espíritu que les infundió forma palpable y existencia en la sucesión del tiempo. Podrá el lector poco curioso hacer gala de indiferencia en cuanto al deseo de saber qué pasta de hombre fué la de Cervantes, si soldado y trotamundos, si manco y pobre de bienes terrenales; pero el crítico, el historiador, el biógrafo, no puede desechar el elemento humano y las misteriosas fuerzas cósmi-

cas que determinaron una fisonomía propia. Y todos tres han de querer conocer, y hacer conocer a los demás, cómo fué el hombre de carne y hueso de cuya pluma salió el "Quijote".

No hay manera de profundizar una obra y de aguilatar la dimensión de sus valores, sin el minucioso conocimiento de la psicología individual de su autor. Sainte-Beuve, el crítico por antonomasia, creía, y de su creencia hizo un método estricto de investigación, que la tarea del crítico consiste en buscar, en la producción literaria, no ya las características de una sociedad sino de un temperamento. Frente a un libro veía a un hombre e imponíase el deber de penetrar en los recintos vedados de su mundo interior, seguro de hallar allí en oscuros repliegues la verdadera idiosincrasia con el tejido sutil o grueso de sus sentimientos y pasiones disimulados muchas veces en la página escrita. Pretendía llevar a término sus indagaciones morales con la frialdad científica de quien analiza en un laboratorio. Nada era desdeñable para el buceador de conciencias, ni lo que de ordinario soslayamos porque parece nimio e indigno de atención. La vida íntima era su preferido campo de indagaciones: el origen de la persona encuadrado en la época que le toca en suerte; la casa, los padres, la educación recibida; los ambientes frecuentados en la infancia y mocedad; las amistades y amores que colorean esa otra educación que se llama sentimental; todo lo grande y lo pequeño que concurre a la forja de la manera de ser particular, inconfundible y única. La sistemática recopilación de datos fundamenta la "serie de experiencias" con las cuales exhibe la fisiología moral o sea la historia natural de un espíritu, y al mismo tiempo, la historia natural aplicada a la crítica. El sistema ofrece, desde luego, sus riesgos e inconvenientes, pero hay en él virtudes nada despreciables.

Si es verdad que el alma es un laberinto, para entrar y ver lo que hay en ella de luminoso y sombrío, de magnífico y prosaico, por no decir de abominable, requiérese tanto equilibrio como perspicacia, además de una sagacidad y de una sutileza que permitan la observación integral no desfigurada, sin adquirir ningún contagio en sentido favorable a causa de estados afines y ninguna repulsa que provenga de la diferencia de contrarios; peligros ambos capaces de malograr el juicio definitivo cuando debe uno salir del laberinto... Trazar un retrato que por sus fieles rasgos le reconozcan y acepten propios y extraños, ni hermoso cuando feo ni feo cuando hermoso, es tarea en extremo dificultosa, y no se tiene noticia de ningún artista que haya recogido universal asentimiento. Si el retrato es moral,

de los que se acostumbran en literatura, para que no peque de falso e imaginario, es necesario conocer el complicado mecanismo interior de las pasiones y facultades humanas. Es mucho pedir, porque el crítico, así sea Sainte-Beuve, a quien tantos retratos se le deben, nunca deja de ser un hombre dotado de pasiones, de gustos definidos, de tendencias firmes, de prejuicios arraigados que no está en él sacrificar sin renunciar a sí mismo y mudar de personalidad. Como lo semejante busca y se complace con lo semejante, es por demás natural y lógico que alabe lo que armoniza con su ética y estética, con su ideal de vida, con lo que él es o desea ser, con lo que él hace o haría si estuviese dotado de facultad creadora: Baudelaire ante Wagner. En tal caso no hay discrepancias ni tono negativo en la apreciación de los valores a considerar porque nada vulnera la sensibilidad de quien juzga. Si la simpatía se dilata hasta culminar en la admiración desmedida que no razona, el crítico cambia de género y cae en el panegírico de acento jaculatorio, lo más de temer, porque entonces altera los hechos, abulta las cualidades, niega o disimula las deficiencias, atenta contra lo verosímil y el justo equilibrio de los valores. Los panegiristas proliferan en los países nuevos y vanidosos a falta de obras realmente superiores. La pereza mental de que padecen los lleva a un fetichismo sin atisbos de liberación. Discurriendo sobre lo mismo, pregunta Groussac: "¿A la edad del culto fetichista, sucederá la de la admiración consciente y razonada...? Por ahora no la diviso... ni concibo en la América del Sur la aparición remota de historiadores "nacionales" que, talento aparte, escriban de San Martín o Bolívar con la misma libertad que Lanfrey y Taine, sin ser lapidados, escribieron de Napoleón".¹ Cuando el crítico es el antípoda moral del escritor a quien estudia, entonces asistimos a la ruidosa contienda de dos temperamentos antagónicos sin posibles junturas espirituales porque cada cual opone la naturaleza de su sistema nervioso diferente que condiciona el pensamiento, el sentimiento y la voluntad. ¿Qué respeto le profesa el peripatético amante de la lógica al platónico cuya dialéctica se le ocurre sofística y mera apariencia de la filosofía? La tragedia estriba en que los inconciliables, lejos de huirse, búscanse los unos a los otros para destruirse...

Lo absoluto es enemigo de lo relativo. Y como el mundo ha sido y será gobernado por espíritus imbuídos en conceptos arbitrarios de fuerza y dominación, mal puede no pecar la crí-

¹ P. GROUSSAC: *Los que pasaban*, pág. 116. Buenos Aires, 1919.

tica de ser unilateral —aun dentro de la más ilimitada buena fe— por insuficiencia de visión panorámica. Cuán apetecible, aunque irrealizable, la tarea de equilibrar los juicios introduciendo en ellos un adarme de relatividad en lo absoluto, y otro adarme de relatividad en lo relativo... Mas como nadie está dispuesto a desprenderse de sus armas, de ahí es que todos nos veamos salir como caballeros andantes con ánimo de imponer, a tuerto o a derecho, lo que presumimos inédito y autorrevelado: una nueva historia, una nueva crítica, un nuevo arte, sin reparar que lo único que sacamos a luz es nuestra manera de ver y sentir los hechos y los hombres lejanos o actuales dentro del cerco más o menos amplio de nuestra visión y capacidad perceptible.

Me apura el deseo de concretar y simplificar. Diré que cuando escribo sólo aspiro a empalidecer todo lo más que puedo las pasiones que natural y normalmente concurren a formar y vitalizar mi ser —empalidecer, nada más— porque las pasiones se alejan del espíritu en el postrer episodio de la existencia, cuando el alma se despide del cuerpo que le sirvió de morada transitoria. No gusto de los panegíricos ni me acosa la voluptuosidad de hacerlos, porque carezco del fervor de Plinio el Joven hacia Trajano, su maestro y señor. Tampoco participo del concepto de lo heroico que exalta a Carlyle sin disminuirlo, y a sus epónimos menores sin engrandecerlos en el remedo. Ante el monumento y el altar me inclino a distinguir el hombre de carne y hueso con la suma de sus virtudes y la resta de sus comprensibles y humanas deficiencias, cuidándome de restar aquéllas y de sumar éstas. Repúgname la diatriba para lo que no se marida con mi idiosincrasia. Prefiero la plática medida, el relato placentero, el lenguaje sin adjetivos deslustrados con el cual no cabe pontificar ni beatificar. Huyo de lo solemne, de lo retórico y frondoso. Considero el prurito polémico como una desdicha para quien lo siente y se deja llevar a entreveros estériles cuyo resultado final cifrase en malquerencias de resentidos. ¿Para qué convertir la historia en campo de batalla siendo incontables las refriegas de pueblos, de ideas e intereses enemigos que sus páginas contienen? Es posible —y me anticipo a revelar el temor que ronda en torno mío— que en ocasiones caiga yo en lo que ahora repudio. Si tal desventura acontece no será a sabiendas ni con deleite... Porque hago crítica subjetiva, y nada más, es que de ordinario busco en la vida y en los libros, en las ciudades y en los paisajes, en las criaturas imperfectas y a las veces perfectibles, lo que ofrece sin violencia semejanzas y armonías con mi sensibi-

lidad. Lo único que comprendo es lo que a mí se parece, lo que yo soy o pude haber sido: ni santo ni héroe. Mas por notorias y tangibles que puedan ser las afinidades recíprocas con lo que frecuento de buen grado, por cortesía no me siento obligado a perder la independencia —única fortuna de la que cuido avariciosamente— y nunca jamás a entregarme como vasallo sin rescate de honra. Hasta lo que gusta en veces disgusta. El escritor de mayor prosapia y de más intenso y original legado, exhibe en sus obras zonas de sombra; se le advierten desfallecimientos, somnolencias, paso tardo después del olímpico, triunfal ascenso, y hasta caídas vertiginosas. ¿Disimulará el crítico aquellos aspectos y accidentes? Si soslaya faltas, errores, flaquezas, descalifícase y cambia de oficio y misión. Deja de ser crítico y va a confundirse en la nutrida legión de corifeos irreflexivos en estado de frenesí. Por el contrario, si señala las partes claudicantes de la obra que analiza, contribuye a purificar la gloria de quien la posee, separando el metal precioso e inmaleable, de la materia espuria. No se sabe de ninguna literatura con jerarquía y trascendencia en el pensamiento humano, que no haya sido sometida a minuciosas exégesis valorativas. La censura, en el noble sentido de dictamen y crítica, goza de atributos que le son propios, y sin su libre ejercicio no hay manera de establecer hasta dónde una obra es genuína y respetable. Visible e indiscutida es la admiración que Macrobio le profesa a Virgilio, mas no llega al pasivo contentamiento ni a la incapacidad de percibir en el poema inspirado por lo divino —“Deo a rure Mantuano poetam comparas”— lo que a manos llenas el poeta se apropia en terrenas fuentes, de preferencia helénicas. De no ser tan inconsulto el desdén de que hacemos gala en lo moderno por los clásicos autores, para nadie tendría secretos el libro quinto de “Las Saturnales”, donde el prolijo rastreador de influencias carea los pasajes de los diez libros de la “Eneida” con los de Homero, traducidos o imitados por el cantor de la grandeza de Roma. Los manifiestos pillajes del mantuano, ¿han disminuído en alguna manera la extensión de su inmortalidad? Las manchas del sol no lo despojan de su esplendor; pero tiene manchas y fuera donosa necedad el no mentarlas. También las tiene Dante, ese otro diestro buscador de ajenas bellezas que a sus ratos dormita y le contagia al lector su divino sueño. Minúsculo hasta rasar con el suelo será el que no perciba en Shakespeare, en Montaigne, en Goethe, sus plagios y flaquezas —todos tres arrojados señores que reclaman para sí el derecho de conquista—. Pasa Cervantes de vuelta de Argel y cualquier Clemencín le echa en

rostro sus italianismos, le afea verbos mal conjugados, le apostilla sus frases vizcaínas al burlador del vizcaíno. ¿Acaso es menos grande el "Quijote"? si bien tan pocos se lo regalan en deleite para llenar las horas vacías. Me temo que sea casi general la ausencia de sentido inquisidor en el país donde está uno obligado a recordar estos ejemplos que se saben de coro los menos eruditos en otras latitudes. La unanimidad laudatoria es exigencia de ilusos con escasa experiencia libresca; es impertinencia de contemporáneos envanecidos y coléricos, a lo Pope, por vía de ejemplo. Las reputaciones adquieren peso y dimensión espiritual perdurable merced a los diversos juicios, admirativos y negativos, que el hombre y su obra provocan sin sufrir ningún menoscabo. Lejos de causar daño, la crítica sin fervor discipular realza la nombradía, estableciendo un curioso equilibrio entre los valores indiscutibles y los lícitamente discutibles. Con sobrada razón se ha dicho que el escritor mediano muere del mal que en sí mismo lleva: su medianía. Cabe ampliar la sentencia: y no ha menester de que nadie le cave la fosa y lo deposite en ella.

En cierta ocasión muy solemne para él, dijo Renan: "Nous sommes prêts à vivre quand tout le monde ne parle que de mourir". Entre zozobras y amenazas como jamás se han temido ¿hablan de algo distinto los hombres de nuestro tiempo? Porque si en otras edades una repentina invasión de pueblos bárbaros podía concluir con todos los bienes terrenales apetecibles, a nadie se le pasaba por la mente la idea peregrina de asistir a la desaparición del mundo físico habitable, por obra e intención fáustica del ingenio humano para destruir su morada con armas nunca concebidas. Si al cabo de seculares afanes ese ha de ser el perezadero destino de cuanto nos circunda, nadie lo evitará entregándose a planes desesperados. Más cuerdo será decidirse a vivir en la complacencia de sí mismo mientras no suene la hora final del mundo... ¿Quién sabe si no tendremos la ventura de marcharnos antes de la catástrofe? ¡Triste, despreciable era del miedo, de un miedo patológico que distrae y paraliza la voluntad de crear lo bueno, lo bello, lo justo! Cada cual, empero, dentro de su íntima esfera emocional cuenta con seguros medios de liberación, capaces todos de procurarle el espiritual sosiego de que anda escaso. El jardín de Cándido es seductor. Tenemos un pequeño vergel abandonado que nos echa de menos y nos espera para engalanarse de primores, sonreírnos y alegrarnos. O bien, el más pobre y humilde, puede realizar un viaje sin la exigencia de sacrificios dispendiosos. Sóbranos libertad para emprender un periplo retrospectivo que nos aleje

de los presentes infortunios para olvidarlos a cambio de los bienes y males pretéritos, porque no es verdad que todo tiempo pasado fué mejor. Es lo que tengo entre cejas en este reposado atardecer y en la suave clausura que la suerte me tenía reservada. Y como el andar solo no es recomendable a ninguna edad, se me antoja buscar un camarada diestro en andanzas y mesones, que sea decidor, amable sin exceso, devoto del amigo sin reparar en peligros, un tanto triste sin que a ciertas horas la malicia deje de brillar en la mirada y el reír en los labios; y con un algo de reflexiva inquietud en lo tocante a lo venidero. Miguel Cané es el señalado por su destino y el mío para las jornadas que desde ahora vislumbro. Posee vasto repertorio de historias para desgranar en la lentitud de las horas oceánicas o en el trepidante camino de hierro, muy siglo XIX... Sospecho que le tengo bien elegido entre los de su generación que se le parecen sin superarle, y entre los que le sobrepasan sin empañarle la autenticidad de sus cualidades. El comercio intelectual con Miguel Cané ha de darme por añadidura un cortejo de sombras metamorfoseadas en mitos o en símbolos, que iluminarán los caminos a recorrer con el resplandor que todavía proyectan, a pesar de haber discurrido en algunos casos, centuria y media de acontecimientos singulares.

R. S. H.

*París, 3 de julio de 1953.
(70, Bd. Flandrin)*

P. S. — El lector advertirá que este libro no carece de documentación virgen. Contiene escritos y cartas de Miguel Cané, y cartas a él dirigidas (cito cronológicamente) por Ricardo Gutiérrez, Avellaneda, Francisco P. Moreno, Roque Sáenz Peña, Emilia Herrera de Toro, Julio A. Roca, Martín García Mérou, Sarmiento, Mitre, Rufino José Cuervo, Eduardo Wilde, José C. Paz, Aristóbulo del Valle, Pellegrini, Paul Groussac, Ramón J. Cárcano, etc. Este material ha sido facilitado por el doctor Miguel Cané, cuyo archivo he aprovechado en parte.

Las cartas de Cané a Bernabé Artayeta Castex, Lucio V. López (fragmentos) y Vicente R. Casares pertenecen a las colecciones de los doctores Jorge Artayeta y Lucio V. López y señor don Vicente R. Casares.

La carta de Alberdi a don Anacársis Lanús es propiedad del señor don Adolfo Lanús, su nieto.

Las tres cartas del general Roca al doctor Enrique García Mérou pertenecen a la colección del doctor Enrique García Mérou.

El doctor Exequiel Bustillo obtuvo en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Argentina las notas diplomáticas de Cané, y en el Museo Rodin de París hizo copiar las cartas de Cané y Rodin relativas al monumento de Sarmiento. Sólo se publica la más importante de Cané al artista. Además, por iniciativa propia o a mi pedido, el doctor Bustillo ha revisado las colecciones de *La Tribuna*, *El Nacional*, *Sud América*, *El Diario*, *La Prensa* y *La Nación* de Buenos Aires.

Grande es mi gratitud para con los caballeros recordados.

R. S. H.

Buenos Aires, 18 de octubre de 1954.

ABREVIATURAS

AMRE: Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores (Argentina).

BNBA: Biblioteca Nacional de Buenos Aires, sección de manuscritos.

AMC: Archivo del doctor Miguel Cané.

CJA: Colección del doctor Jorge Artayeta.

CLVL: Colección del doctor Lucio V. López.

CVLC: Colección del señor don Vicente R. Casares.

CEGM: Colección del doctor Enrique García Mérou.

CAL: Colección del señor don Adolfo Lanús.

Las menciones de *Juvenilia* llevan nada más que la cifra del capítulo.

I

PRIMER CONTACTO CON MIGUEL CANE Y SU TIEMPO

Je n'ai pas entrepris cette biographie; sans prévention; je l'ai achevée dans la sympathie...

ANDRÉ BILLY (SAINTÉ-BEUVE)

BONDAD, TRISTEZA, PESIMISMO

JUVENILIA es la que enciende la curiosidad e incita a indagar en la vida de Miguel Cané. Este libro, de páginas sencillas, leves, a ratos desvaídas, sin apremios estilistas, según conviene al género de las memorias que no aspiran a ser las de Chateaubriand, tiene el encanto y el perfume de lo que más cautiva: la intimidad. Con lenguaje opulento y tono enfático, el relato de los episodios memorados desde la infancia hasta los comienzos de la edad viril en los vetustos claustros del Colegio Nacional de Buenos Aires —reminiscencia postrera del Colegio Real de San Carlos—, no habría conmovido y alborozado a las numerosas generaciones que ulteriormente estudiaron y soñaron en las mismas aulas.¹ Ha desaparecido el

¹ Sinopsis del Colegio Nacional de Buenos Aires: "El virrey don Juan José de Vértiz funda en 1783 el Colegio de San Carlos o Real Consistorio Carolino. Fué su primer rector el sacerdote don Juan Baltasar Maziel, una de las personas más ilustradas de su época. "Fueron célebres en su tiempo, escribe Juan María Gutiérrez, las librerías del uso particular de los doctores Maziel y Rospuglosi, las cuales al comenzar este siglo se tasaron y anunciaron a venta, la una por el valor de 4.162 y la otra por 1.400 pesos fuertes". Por espacio de 35 años el Colegio no modificó los métodos de enseñanza del doctor Maziel. En 1818 diósele el nombre de Colegio de la Unión del Sur. Durante el ministerio de Rivadavia se modifica el plan de estudios y se llama Colegio de Ciencias Morales y se le confía la dirección a don Miguel de Belgrano. "En este Colegio, dice Gutiérrez, se educó un número considerable de jóvenes pertenecientes a todas las provincias, unos a sus expensas y otros por cuenta del Estado. Allí se uniformaron en ideas y en sentimientos y adquirieron un temple *moral* que no ha contribuido poco a salvar la civilización en la República durante la reacción del despotismo contra las instituciones creadas en Buenos Aires desde el año de 1821 hasta la disolución de la presidencia de Rivadavia". (*Origen y Des-*

edificio, con su valor de reliquia tradicional —¿qué es lo que no se esfuma en esta tierra de incesantes renuevos y de olvidadiza memoria?—, mas el ámbito histórico permanece intacto por obra de milagro gracias a la evocación de Cané. Todo lo que tuvo fúlgida y corpórea existencia, espíritu y materia trasmutado en cenizas y sombras, ahora lo tengo aprisionado en las manos, evitando que se interrumpa la corriente vital que me une a una época, si bien pobre y humilde, más fecunda de lo que atisba y admite la suficiencia desdeñosa de los días actuales.

Tiene JUVENILIA lectores que no se rinden satisfechos con el diseño que el autor les ofrece de sus años primigenios. Les parece poco el boceto feliz; quisieran más amplitud panorámica y más auto-examen; quisieran lo que no puede tener entrada, lógicamente, en el quinquenio de aventuras de un galopín precoz. Y sin embargo, en la descripción nerviosa y breve que no alcanza a ciento cincuenta páginas ni cuando se les acoplan notas marginales, yo percibo los primeros datos de su sensibilidad, de su temperatura moral, de su yo nada esquivo a exhibirse sin velos disimuladores. Como en todo niño hállese en potencia el hombre futuro, JUVENILIA, desde el primer capítulo anticipa los diversos y enérgicos rasgos predominantes que plasman, lucen y deslucen la personalidad de Miguel Cané: bondad, tristeza, pesimismo egocéntrico, independencia agresiva, culto del amor y de la amistad, de lo bello y de lo justo, del peligro, de lo quimérico y romántico, de los viajes y aventuras, de lo profundo, lo sutil y lo trivial...

“Debía entrar en el Colegio Nacional tres meses después de la muerte de mi padre; la tristeza del hogar, el espectáculo constante del duelo, el llanto silencioso de mi madre, me hicieron desear abreviar el plazo, y yo mismo pedí ingresar tan pronto como se celebraron los funerales” (I).

Sombrío y reconcentrado franquea por primera vez la puerta del Colegio recientemente habilitado por el Presidente Mitre

arrollo de la Enseñanza Pública Superior, cap. VII). El 28 de septiembre de 1830, en vísperas del advenimiento de Rosas, un decreto de Balcarce, refrendado por Tomás Manuel de Anchorena, clausura el Colegio porque los gastos que origina son incompatibles “con las graves y urgentes atenciones del erario público de la Provincia...” En 1855 la institución renace como Colegio Seminario, bajo la dirección del doctor Eusebio Agüero, anciano sacerdote patriota que deseaba darle al país “un clero piadoso e ilustrado”. En 1863, el Presidente de la República, general Mitre, funda el Colegio que Miguel Cané describe e inmortaliza en las páginas de JUVENILIA.

el 14 de mayo de 1863. Cané anda por los doce años. Con tan escaso caudal de experiencia, su primera determinación obedece a un impulso definido y reflexivo: huir de la tristeza hogareña. Mas no es fácil evadirse de lo que llevamos dentro, de lo que corre como sangre por las arterias y ejerce señorío en nuestra alma. Chateaubriand inventaría una nueva tristeza con René. Cané está exento de sospecha en lo que toca a efectismo y artificio literario. Es la suya la más desoladora pesadumbre, la que deja, cuando cae en el albor de la vida, una hiperestesia rara vez o nunca modificable. Considera Unamuno que el niño se siente inmortal porque está fuera de eso que llaman muerte e inmortalidad: "Se siente eterno porque vive por entero en el momento que pasa. Oye hablar de la muerte, mata animales, pero no comprende la muerte..." ; Qué de ligero ha sido pensado eso! Que pongan a un niño frente al cuerpo inanimado de su padre, que le bese la frente helada, y el sentimiento de lo fugaz y deleznable no le abandonará mientras viva...²

No bien traspasa la portería, y divaga por los claustros, por el patio de arena, por el comedor y los dormitorios, entre tantas caras extrañas e indiferentes nunca vistas, vislumbra el pobre niño que allí le aguarda otra tristeza:

"Silencioso y triste, me ocultaba en los rincones para llorar a solas, recordando el hogar, el cariño de mi madre, mi independencia, la buena comida y el dulce sueño de la mañana" (I).

A poco trecho vuelve sobre la herida que el tiempo no restaña:

"He dicho ya que mis primeros días de colegio fueron de desolación. La tristeza no me abandonaba y las repetidas visitas de mi madre, a la que rogaba con el acento de la desesperación que me sacara de allí, y que sólo me contestaba con su llanto silencioso, sin dejarse doblegar en su resolución, aumentaban aún mis amargas" (III).

No es de creer que la reacción saludable se produjera súbitamente con el inesperado hallazgo de las novelas de Dumas en los cajones de la cómoda. Hay visos de que la desesperación llegó a los más extremados designios en el muchacho que, a

² RICARDO SÁENZ HAYES: *Reminiscencias: Pláticas con Anita*, pág. 138, I.

pesar de la grave confidencia que hace, pasaría cinco años "en esa prisión". Hacia 1877, en los comienzos del éxito sino de la serenidad, rememora los húmedos claustros y divulga el secreto, seguramente para liberarse del aguijón:

"El que escribe estas líneas tiene fija en la memoria una de esas escenas de la infancia que el tiempo no consigue borrar. A los trece años de edad fui puesto de pupilo en un colegio; la transición brusca desde el seno de la familia, los halagos de la madre a la austeridad de aquella vida funesta, que, como se ha dicho con razón, participa de la existencia del convento y del cuartel, había sumido su alma en una tristeza profunda. En esos momentos no hay más consuelo que el llanto silencioso y oculto. Teófilo Gautier, recordando sus primeros años de colegio, se admira que haya imperado por largo tiempo en su espíritu infantil la idea del suicidio. Es ahí donde aparece al hombre por primera vez esa visión terrible, *pero llena de seducciones*; porque promete la paz inalterable".³

He subrayado las dos frases más significativas y denunciadoras: *aquella vida funesta*, y la muerte, visión terrible, *pero llena de seducciones*. Bien me sé que no faltan los que no conciben la tristeza en los niños, y jamás las siniestras intenciones de Cané. Para la legión anónima de los incomprensivos, la infancia es alegría, inocencia, pureza; la mocedad es ilusión, fuerza, esperanza; la juventud es... *mens sana in corpore sano*... Y cuando les ponen a la vista los ejemplos que desdican el optimismo ingenuo de los lugares comunes, acuden a la psiquiatría para clasificarlos. Otros, más suaves, a la tristeza prefieren llamarla exaltación romántica, pasajera y sin consecuencias. En el prefacio a las *Dernières Chansons* de Louis Bouilhet, Flaubert explica lo que fué denominada "la dolencia del siglo xix". Añorando los años pasados en el colegio de Ruan, describe los hábitos e inclinaciones de los adolescentes que frecuentaban el aula del profesor de retórica. Dábanse los más normales a soñar dramáticas escenas: gón-dolas, caretas negras, damas desvanecidas en sillas de posta en medio de la Calabria... Emulaban otros al compatriota Armando Carrel, polemista ardoroso muerto en duelo por Emilio de Girardin... Y los más sombríos, como Antony, llevaban un puñal en el bolsillo: "Cansado de vivir, B... se disparó un pistoletazo. A... se ahorcó con una corbata. Me-

³ CANÉ: *Charlas Literarias: Después de una lectura*.

recemos pocos elogios, ciertamente, pero, ¡qué odio contra la vulgaridad! ¡qué impulsos hacia lo grande! ¡qué respeto por los maestros! ¡Cómo admirábamos a Víctor Hugo!”

Ya hemos de ver si en Cané persisten o no las obsesiones de la infancia y mocedad. Para mí y para el lector no del todo superficial o apenas curioso, JUVENILIA es una invitación a penetrar en la zona íntima que el memorialista pudorosamente relega a designio. Aludo a reservas en él excepcionales porque Cané, pluma en mano, no gusta de ponerle valla a sus pasiones. Escritor de caudal subjetivo, no le es odioso el yo, del que no sabría renunciar sin aniquilarse. Juzga las cosas como se las representa, según pasan por el tamiz de su emotividad antes que por su fina inteligencia, por su sentido crítico que analiza con agudeza lo bueno y lo malo que el mundo le descubre a su perspicacia. Practica el examen interior, se ausculta, se mira, se mide, se pesa, y como es humano errar, en ocasiones se equivoca y con frecuencia se subestima. Considera que le “falta una fuerza esencial en el arte literario, la impersonalidad”.⁴ ¿Qué entiende por impersonalidad? Contesta:

“...entiendo por ella la facultad de dominar las simpatías íntimas y afrontar la pintura de la vida con el escalpelo en la mano, que no hace vacilar el rápido latir del corazón”.

De haber sido dueño de la facultad que le permitiese escribir narraciones impersonales, sin dejarse traslucir de cuerpo entero, por fuera y por dentro, no le habrían seducido sus memorias de colegial —en primera persona, desde luego— ni habría escrito los numerosos artículos y notas en los que él es el motivo central y único. La impersonalidad es facultad inapreciable en el novelista, el dramaturgo y el comediógrafo que aspira a presentar criaturas universales. Pero es cosa relativa. Ningún escritor puede despersonalizarse hasta el extremo de no estar en la piel de sus personajes, y sin que no se le reconozca en alguno de ellos. Fuera de los casos excepcionales en los que el creador lleva dentro de sí mismo el universo, la novela tampoco es enemiga de quien no logra despersonalizarse ante “el espectáculo de la vida” y “los latidos del corazón” según lo teme Cané. ¿Qué es la obra de Stendhal sino un constante mirar en su mundo interior apenas disimulado en Julián Sorel y en Fabricio del Dongo? Por fortuna, Cané no se lamenta mucho tiempo de lo que presume faltarle,

⁴ *Juvenilia. Introducción.*

y cae en la cuenta de que "cada uno debe seguir la vía que su índole le impone, porque es la única en que puede desenvolver la fuerza relativa de su espíritu".

Para su bien halla desde la mocedad la única "vía" segura: sentarse a escribir acerca de lo que siente con mayor intensidad; las tumultuosas corrientes de su alma sin reposo que le mueve a trasplantes de peregrino en busca de horizontes desconocidos; las nostalgias que le asaltan cuando se aleja de lo vernáculo y la tediosa insatisfacción que le abrumea cuando vuelve a las playas nativas. El monólogo silencioso que afirma hoy y niega mañana. La pregunta sin respuesta: "¿para qué?". "Yo soy así o así me veo" —fluye de cuanto le confía al cuaderno de impresiones y a las múltiples cartas en que muestra al desnudo su corazón atribulado. "Cuántas veces he intentado apartarme de mi inclinación", y "escribir... sobre asuntos que no amo, no he conseguido quedar satisfecho".⁵ ¿Qué es lo que en realidad ama? El escepticismo congénito no le ha disminuído los sentimientos que ennoblecen a quien los posee. Cané ama a su tierra, en ocasiones con idolatría irreflexiva; con razonada ecuanimidad otras veces, y también con desencantada tristeza. Ama los imponderables: fuerzas morales de los antepasados en la historia y en la familia; glorias auténticas, hechos honrosos entre tantos que deshonoran; lo bello en la Naturaleza y en el Arte; la mujer que hermosea las horas soledosas.

Profesa el culto de la amistad. Para él no reza el gemido del peripatético: ¡Oh, amigos, no hay amigos! Quiere a los suyos con exuberancia y con hechos que no excluyen el peligro, sin palabras, sólo buenas para simular lo que no se siente. Si alguno de pronto se le revela en un plano distinto e insospechado, sufre el desengaño, pero le sigue queriendo como cuando le diera entrada en su generosa fantasía.

⁵ *Juvenilia. Introducción.*

HERENCIA ROMANTICA

*Comme les pirates d'Otrante,
Nous étions cent, nous sommes dix.*

TH. GAUTIER.

Clarinadas y ruido de armas, arengas y cabildos tumultuosos, penas capitales, destierros, motines por una trenza, juntas disueltas, triunviratos que practican la Dictadura Romana, conspiraciones que terminan con la espectacular ejecución que los vecinos presencian el 6 de julio de 1812 en la Plaza Mayor. Las revoluciones son así y de otro modo no pueden ser.

Dos meses antes de aquella represión —implacable para unos, ejemplar para otros—, en una estancia de San Pedro, denominada *Algarrobos*, nace el 26 de abril el primer hijo de don Vicente Cané y de doña María Catalina Andrade, quienes resuelven llamarle Miguel, como el abuelo menorquín, don Miguel Canet y un hermano de don Vicente. De este modo son reverenciados los que no precedieron; los homónimos suelen satisfacer ansiedades de permanencia terrena en la perenne lucha contra la fugacidad de las vidas que van, como los ríos, a precipitarse en la mar... Si la copla de Manrique dice una verdad harto conocida, los Canet no quieren recordarla. Al celo de perpetuar un Miguel entre los vástagos, agregan el de simplificar el apellido suprimiendo la letra postrera que huelga en castellano.

La historia de la familia Cané corre paralelamente con la del país. Sale de la oscura servidumbre, entra en el período de la revolución y la disgregación, sabe de los primeros gobiernos y asambleas constituyentes, conoce la visita de los montoneros con Ramírez, López y Carrera a la cabeza; contempla la reconquista de la ciudad con los hombres de Martín Rodríguez y los colorados de Juan Manuel de Rosas; disfruta del intervalo luminoso que acaba con la renuncia de Rivadavia; participa de las zozobras que se suceden y agravan con el fusilamiento de Dorrego; de su seno sale el año 29 el proscripto que muere asesinado en las calles de Montevideo el 20 de marzo de 1848; es víctima de los ultrajes de la policía rosista; padece el infortunio de sus hijos, nietos y amigos perseguidos: revive en esperanzas con el resplandor de Caseros;

le da hombres e ideas a la Organización y Unidad Nacional, a los diarios que se redactan y a los libros que se escriben todavía en la centuria de la que somos contemporáneos...

El tercer Miguel Cané que nace en los Algarrobos —campo, árboles, río lugareño jamás olvidados en sus evocaciones— es un mozo de hechicera amistad en los círculos porteños de 1825 a 1835. Es nieto del doctor Mariano Andrade, abogado de la Real Audiencia de Charcas, y de doña Narcisa Bernavella Farias y Bustamante, ambos a dos estilizados en sendas acuarelas de Carlos H. Pellegrini. El recuerdo de sus dones y gracias perfuma los papeles y crónicas de la época. La gran casa de los Andrade en la calle de Balcarce es morada acogedora de puertas abiertas y de mesa tendida las horas todas del día. Allí viven alegrías y tristezas, dudas y esperanzas con la familia numerosa. Es proverbial cómo extienden la hidalguía y el amor a los amigos de los nietos con generosidad sin ejemplo.

Un joven que se derrama en afectuosa simpatía es el padre del autor de JUVENILIA. Algo egotista —como suelen serlo los temperamentos de urdimbre romántica—, en una autobiografía poco divulgada, menciona los atributos de su persona seductora:

“La naturaleza no me había dotado de un personal bonito, pero sé que tengo en mis ojos, en mis manos, en mi voz, un poder de atracción que no es común; mi fisonomía, aunque naturalmente, sabe cubrirse de un velo de dulce y al parecer franca melancolía, que la hace menos ingrata y que ha llegado alguna vez a inspirar positivo interés”.

Sobrio, llano, candoroso... No veo pecado de inmodestia en el hablar de sí mismo. Todo depende del tono con que el yo se reviste. ¿Por qué se le niega al escritor el privilegio del autorretrato que al artista se le acuerda? Los Montaigne y los La Rochefoucauld no se desdeñan de transmitirnos menudas referencias: si son altos o bajos, menguados o abultados de carnes, si la calvicie les derriba el pelo, que no necesitan mucho los caballeros del siglo XVII gracias al auxilio de las primorosas pelucas... Tarea dificultosa es la de conocerse a sí mismo. Comúnmente nos ignoramos hasta no saber quiénes somos; y lo que aún es peor, en ocasiones nos atribuimos cualidades o deficiencias imaginarias. Los más sutiles y obstinados en el auto-análisis logran desgarrar por lo menos una parte del velo con que se envuelve y oculta la personalidad. La parte que no captamos la descubren los demás, amigos o enemigos, que observan y juzgan la calidad de las ideas y la trascendencia de las acciones.

Entre los quince y los veinte años, este joven decididor y egotista, zurce amistades con lo más granado de la villa. En las aulas del Colegio de Ciencias Morales intima con Alberdi, el hermano de elección que define Montaigne, y con otros predestinados a la celebridad. Lee con frenesí a Rousseau cuya *Nueva Eloisa* se sabe de coro y hace leer a los demás el *Emilio* y el *Contrato Social*. Tiene dicho Vicente Fidel López que las obras de Cousin, Villemain, Quinet, Michelet, Jules Janin, Mérimée, Nisard, etc., andaban de mano en mano, "produciendo una novelería fantástica de ideas y de prédicas sobre escuelas y autores, románticos, clásicos, eclécticos, sansimonianos". Todos los lugares eran buenos para reunirse a comentar las obras, de preferencia en la casa de Miguel Cané. Con las parlerías allí organizadas, echaron los cimientos de una entidad precursora del Salón Literario fundado el 23 de junio de 1837.

Por demás se sabe que esta juventud afanosa de "nueva y gloriosa Nación", es romántica. Aplicable a ellos es la frase de Rubén: "¿Quién que es no es romántico?" Vivir en 1830 sin noticias del movimiento tenido por renovador en las letras francesas, hablaría en contra de ellos y de la información precisa, casi al día, que presumen poseer. Cuando intentan definir en qué consiste el romanticismo, no siempre lo hacen con exactitud ni en forma satisfactoria. Si Hugo nunca pudo dar una explicación concluyente ¿iban a darla mejor los muchachos del Café de los Catalanes? Cuando los clasicistas los apuran demasiado, acuden al prefacio de *Cromwell* y le saquean los argumentos que Hugo, según confiesa, reunió *en courant et dans la hâte d'en finir*. La civilización dividida en tres épocas, *primitiva, antigua y moderna*, les encanta por lo simple y fácil de asimilar, y les parece muy natural y lógico que dichas épocas se sucedan y acabe predominando esplendorosamente la última sobre las anteriores. La ley del progreso aplicada al espíritu. Lo que al poeta le sorprende y en cierto modo le exaspera es que, fenecida una época, la ulterior vuelva hacia ella en demanda de inspiraciones, Virgilio copiando a Homero, por ejemplo. Eso no puede ser porque todo se renueva y supera: el cristianismo, espíritu, ha sepultado al paganismo, materia. Las escuelas paganas caminaban a tientas en la noche, entre sombras y fantasmas, entre las vacilantes luces de la filosofía antigua. Pitágoras, Epicuro, Sócrates, Platón, son antorchas. Cristo es el día. La desesperación pagana se muda en melancolía cristiana; el hombre cae anonadado cuando medita en su penumbroso destino. Pero surge a

tiempo el espíritu de análisis, *le démon de l'analyse et de la controverse*, y lleva de la mano al genio de la melancolía y la meditación. Hugo hace desfilar los siglos, en vuelo vertiginoso, para llegar a la simplísima conclusión de que lo moderno es el sepulturero de lo antiguo. La libertad es el fruto opimo de la civilización venida al mundo en el siglo XIX: libertad política, libertad civil, libertad artística. El genio no necesita de reglas que le fijen la manera de crear. Shakespeare avasalla con todo y no deja rastros de preceptistas ni de críticos sólo buenos para cortarles a Corneille y Racine sus alas aguiléas. En consecuencia, el gran grito de libertad enciende la guerra, y la justifica, contra lo pretérito y sus cultores, y contra toda regla o fórmula restrictiva de la expresión. Los enemigos del genio son Horacio, Boileau y La Harpe... Algunos postulados del manifiesto hugoniano causan profunda impresión y son repetidos como propios por Echeverría: *Avec toute sa poésie, Virgile n'est que la lune d'Homère*.

Nada de imitaciones. El arte no existe para la mediocridad. El genio es necesariamente desigual, etcétera.

En aventajados lectores de Vico, sorprende el menosprecio a lo pasado. Es ilógico ese desdén. Para el filósofo napolitano ninguna edad del género humano estuvo en el error; cada una tiene su fuerza y belleza; cada una es hija de la precedente y madre de la próxima a venir: la aristocracia de la democracia o la democracia de la monarquía, justo en el momento en que cada una debe llegar o como justicia de ese momento.⁶ Hugo renueva el pleito de los antiguos y modernos levantando la bandera del insignificante Perrault contra Boileau. ¿Con qué resultado? Chapelain triunfa en sus días, pero Boileau en el tiempo porque representa las cualidades ingénitas raciales del espíritu francés: claridad, medida, método, laboriosidad en la dura faena del estilo. En cuanto a la revolución técnica, motivo jactancioso del romanticismo, ninguno de los nuestros vió la prodigiosa manera que tenían los poetas románticos de apoderarse de las técnicas antiguas; —y no era mucho lo que les quedaba por aprovechar, como lo advierte Thibaudet. Hugo, Musset, Vigny, fracasan en las tablas porque escriben un teatro para ser leído, sin la acción rápida que

⁶ ...nessun'età del genero umano fu nel torto, perchè ciascuna ebbe la sua forza e la sua bellezza, e ciascuna fu necessario effetto della precedente e necessaria preparazione della seguente, l'aristocrazia della democrazia o la democrazia della monarchia, ciascuna giungente al momento giusto o come giustizia di quel momento. CROCE: *Teoria e Storia della Storiografia*, pág. 248. Laterza, Bari. 1927.

caracteriza el movimiento escénico. La construcción original legada por los románticos, no sobrepasada ni en la excelencia de su prosa, es la novela. En cuanto a las ideas políticas de los románticos, bien pudo verse que no todos enderezaban hacia la libertad soñada por los jóvenes rioplatenses. Chateaubriand es conservador —como ministro, sueña con la Santa Alianza para devolverle a España sus colonias rebeldes—. Hugo es Par de Francia en la monarquía de Luis Felipe. Musset, el enfermo del siglo, no es nada ni sabe a ciencia cierta en qué consiste la nueva escuela, de la que se burla donosamente:

“Primero creímos... que el romanticismo sólo aplicábase al teatro y que se distinguía del clásico porque suprimía las unidades...

“Un célebre prefacio... debió de convencernos para siempre... Decíase nítidamente que el romanticismo era una alianza entre la locura y el vicio... Lo creímos...

“¡El romanticismo es la poesía alemana...! Creímos, hasta 1830, que el romanticismo era la imitación de los alemanes, y les agregamos los ingleses, según el consejo que nos dieron...

“De 1830 a 1831 creímos que el romanticismo era el género histórico.

“De 1831 hasta el año siguiente... pensamos que era el género *intimo*.

“De 1832 a 1833 se nos vino a la mente que el romanticismo podía ser un sistema de filosofía y de economía política...

“De 1833 a 1834 creímos que el romanticismo consistía en no afeitarse...”⁷

Entre las burlas hay no pocas verdades. Francia padecía las consecuencias desastrosas de la gran Revolución y de las campañas napoleónicas. Agotada, enferma, la literatura refleja su miseria moral y física. El romanticismo es la neurosis no curada que producen las conmociones políticas y sociales. “Siéntome hastiado de todo desde el vientre de mi madre” —confiesa Chateaubriand—. René es hermano de Werther y de Childe Harold; todos tres con numerosa progenie pasean por Europa y atraviesan los mares. Viven en un estado de ánimo gris, con mucho de melancolía hondamente sentida, y también con no poco de artificio. Cultivan un *yo* agresivo contra la sociedad, contra las masas niveladoras, contra el

⁷ BRUNETIÈRE: *Histoire de la Littérature Française*, IV, pág. 182. Delagrave, París, 1919.

“buen gusto” de la burguesía que oprime las individualidades potentes y originales.

Echeverría es un romántico de buena estirpe. Se afilia a la escuela de su temperamento sensible, hipersensible, agresivo, egocéntrico y ególatra. Nada le sienta mejor que la definición de Gracián: “Hilo de oro en laberintos”. En ese instante, como sus amigos, es el fruto áximo de una revolución fracasada y de una contrarrevolución que todavía no aprecia, no percibe del todo bien, porque entre los valiosos atributos que posee, le falta uno esencialísimo, el sentido crítico, sin el cual pasa el acontecer histórico sin ser visto. Esa deficiencia le lleva a considerar lo transitorio como si fuese algo acabado, definitivo; una moda literaria fugaz con “los estallidos y rimbombos del prefacio de *Cromwell*” en una conquista del espíritu humano. Seguirá siendo romántico hasta morir con los diez de Th. Gautier:

*Les vaillants de dix-huit cent trente,
Je les revois tels que jadis;
Comme les pirates d'Otrante,
Nous étions cent, nous sommes dix.*⁸

Años más tarde, cuando la lucidez y el reposo llenan el ámbito espiritual —para desgracia, en los elegidos, reposo y luz suelen llegar con el crepúsculo—, el más fino escritor de la brillante cofradía, Gutiérrez, reconoce el desvío: “Los jóvenes de mejor ingenio y de razón más sólida, cedieron a aquel torrente, a aquel despotismo de la victoria alcanzada por la moda e impuesta por la opinión... Pretendían sacudir unas reglas para someterse a otras reglas; emanciparse de griegos y romanos para uncirse al yugo de la Inglaterra y de la España romántica...”

III

EL DESTIERRO ES LA MUERTE

De día en día la vida se vuelve imposible en Buenos Aires. Más de uno se ha desterrado ya, Rivadavia el primero, con el dolor que deben de sentir los visionarios cuando la realidad les enseña cómo son los hombres y las cosas a que los hombres obedecen instintiva o conscientemente. En 1829 emigran Juan

⁸ Citado por GROUSSAC: *Crítica Literaria*, pág. 68, Menéndez editor, Buenos Aires, 1924.

Cruz y Florencio Varela cuyas vidas peligran porque han defendido la justicia del fusilamiento de Dorrego. Año tras año aumentan los fugitivos que se han convencido de que nada bueno puede esperarse de Rosas, tan grande es su rencor, su altanería, su afición al despotismo.

Es difícil ponerse de acuerdo entre los que incitan al ostracismo y los que aún confían en un cambio repentino e imprevisto. Quien sabe, piensan algunos, si una vez saciadas sus venganzas y satisfecha su apetencia de mando absoluto, no logramos persuadirle de que el verdadero camino de gloria es el trazado por la ideología de mayo... Quién sabe si no le hacemos ver y entender, para su bien presente y futuro, y la tranquilidad del país, que sólo una Constitución sabia y armonizadora de los principios divergentes podrá cimentar un nuevo estado político-social, terminando con la discolia familia de los caudillos anárquicos y pacificando los espíritus ahora desazonados... Quién sabe, en fin, si después de maduras reflexiones, Rosas no llama a su lado, para que le asesoren, a esos jóvenes tan idóneos y brillantes, de preferencia los que han viajado por Europa... Este género de conjeturas que se repiten como algo verosímil e inminente, suena sarcásticamente en los oídos de los que ya tomaron el camino de la proscripción y en el de los que se aperciben a seguirlos la primera noche que se muestre neblinosa. Los de la Constitución, que no andan de burlas, insisten: ¿acaso no está con ellos el más elemental buen sentido? Es verdad, pero no se les ocurre que Rosas piensa lo mismo, es decir, que también él cree pasearse por los luminosos senderos del buen sentido, lo que mejor repartido está entre todo el mundo... No importa. Rosas, que de todo tiene menos de necio, se convencerá de sus actuales errores. Entretanto, la vida en Buenos Aires dista de ser cómoda para los que no gustan de ir a Palermo. Muchos están señalados y les han llegado amenazas. Han desaparecido los medios legales de defensa, y a cualquier hora del día y de la noche privan de la libertad a los sospechosos. Es obligatoria la cinta roja y de rigor anteponer al apellido de Rosas el adjetivo *gran*. Echeverría, que ha reaccionado contra el abatimiento que le asaltó al regresar de su viaje, no se encierra como antes en *Los Talas*. Viene con frecuencia a la ciudad, pues anda temeroso de que sus amigos más adictos deserten de la lucha que consiste en esperar a que Rosas, iluminado por la Providencia, los llame a dictar la magna carta. Está empeñado en inculcar a cuantos le escuchan que, si la patria no

existe a falta de libertad, nunca han de hallarla en el ostracismo voluntario con que sueñan. Pregunta Echeverría:

“¿Y dónde vamos cuando emigramos? No lo sabemos. A golpear la puerta al extranjero; a pedirle hospitalidad, a buscar una patria en corazones que no pueden comprender la situación del nuestro, ni tampoco interesarse por un infortunio que desconocen y que miran tan remoto para ellos como la muerte. La emigración es la muerte: morimos para nuestros allegados, morimos para la Patria, puesto que nada podemos hacer por ellos”.

Sí, es la muerte. Un poco de intuición, si todavía no se ha corrido mundo, basta para comprender la sabiduría de que están impregnados los labios del adusto maestro que aconseja el sacrificio de permanecer en el suelo nativo aunque privados de libertad. De los que le escuchan hay uno, el más joven, acaso el más ardoroso y con ansias de combatir, que no sigue el consejo: es Miguel Cané. Tiene padres y hermanos en “la Patria despedazada y ensangrentada por una gavilla de asesinos”, pero resuelve dejarlo todo. Si el destierro es morir, también lo es cuando en nuestra tierra nos prohíben respirar, negándonos el derecho de escribir y pensar en voz alta. Presiente las humillaciones que aguardan a los que prefieren quedarse con la esperanza de convencer un día a Rosas. Todo cuanto se haga en ese sentido será vano. Tendrán que someterse sin condiciones y callar.

En su autobiografía, en buena parte inédita, Cané explica los motivos de su determinación:

“Salí de Buenos Aires, porque me pesaba sobre el alma la atmósfera política que la influencia de Rosas había formado en mi patria —el 10 de mayo de 1835 recibí el grado de doctor en leyes—; a las tres de la tarde concluyó la función universitaria, y cuando mi pobre familia se preparaba a festejar este penúltimo paso de mi carrera, yo resolví embarcarme para Monte-Video y lo hice dos horas después. Así, pues, yo puedo decir que no he tenido en mi país sino las primeras impresiones y que donde he venido a conocer la vida positiva, esta vida de contrastes, de afecciones, de mentiras y aun de crímenes, es en la tierra del destierro, donde tanto se aprende, donde tanto se sufre”.⁹

⁹ Manuscrito autobiográfico AMC.

Voluntarioso, Miguel Cané es inquebrantable cuando toma una determinación. Sabe que le seguirán. Y en efecto, entre 1838 y 1840 los remisos van saliendo en todas direcciones. Montevideo acoge a Alberdi, a Gutiérrez y finalmente a Echeverría que llega con sus grandes esperanzas derrotadas y encarnando más que nunca a Segismundo, Hamlet y Manfredo: "¡Y aún vivo y aún la tierra me sustenta! ¿Por qué no se abre bajo mi planta y sepulta de una vez en sus entrañas?... Así al menos los ayes de mi dolor no importunarían al mundo... ¡La vida es un sueño que agitan mil imágenes terribles. Mil imágenes terribles agitan el sueño de mi vida!" Más de una vez Cané y sus amigos, no menos sensitivos, pensarían lo mismo, pero se han dado cita en la que pronto será "la nueva Troya", no para monologar, sino para afirmar: *to be* y nada más que *to be*. Y lo demuestran con sus batallas de pluma en *El Iniciador* y en *El Nacional*. No han llegado a los treinta años y hacen gala de una madurez pocas veces vista y alcanzada en la ruda escuela de la experiencia cotidiana, entre afanes de mejoramiento espiritual e inenarrables penurias económicas. Para todo se dan tiempo: pleitos para el bufete de abogado, artículos vibrantes para el periódico destinado a la polémica, ejercicio en el empleo de las armas, estrofas para los certámenes poéticos, y lo que no puede faltar: amor. ¡Triste cosa es la vida sin una mujer! En los momentos más agitados y trágicos de Miguel Cané, siempre hay una mujer... Humano, demasiado humano. ¿Iba a pasarse las tediosas horas hablando y escribiendo nada más que de Rosas como la mayor parte de sus compañeros enfermos de tiranía? ¿Iba a recitar los sonetos de Petrarca y los lánguidos poemas lamartinianos que le apasionan, sin tener a su lado, de preferencia las noches de luna, a una criatura delicada? Los amores de un romántico, si no son complicados y dramáticos, carecen de sabor, les falta la trama de la novela que están viviendo desesperadamente. Buena tela brinda Miguel Cané para relatar sus aventuras y grimas hasta que logra hacerse dueño, contra prevenciones de clase, de Luciana Himonet, la hermosa muchacha que le tiene hechizado. "Lo cierto es que, por las malas si no por las buenas, Miguel Cané terminó por casarse con la mujer que fué el gran amor de su vida. La ceremonia se realizó en la Iglesia Matriz el 31 de agosto de 1839..."¹⁰ El luchador forma su primer hogar en el que nacen dos niños, Jacinto y Mariano, y los amigos admiran la felicidad de la pareja en el ambiente

¹⁰ MANUEL MUJICA LÁINEZ: *Miguel Cané (padre)*, pág. 65. Editorial CEPA. Buenos Aires, 1942.

febril de la ciudad heroica. La “festiva jovialidad” de Cané no tiene límites y la presencia de Luciana cautiva a cuantos se acercan a ella. Sarmiento, de paso por Montevideo, estampa sus emociones en el album de los enamorados: “... sigo tristemente el camino que por el destino inflexible me fué trazado. Al volver la vista sobre los que dejo en pos, a la par del recuerdo de la madre y las hermanas que abandoné no sé dónde, la imagen de V., Luciana, se me presentará apacible, como el tipo de la dicha que hubiera deseado para mí, como la idealización de la familia, la amistad y el amor”.¹¹

La felicidad excesiva nunca dura. Por demás lo saben los que alguna vez fueron dichosos. El 10 de junio de 1847 muere Luciana tras brevísima enfermedad. El gran infortunado Miguel Cané cree que el mundo ha terminado para él. Parientes y amigos se alarman ante la dimensión de esa congoja y le aconsejan viajar a Europa como lenitivo a sus pesares. Pero “en la actualidad —escribe— no era sino la huída disimulada a las penas que me mataban y a la vista de los objetos que me hacían odiosa la existencia”. Todos le ayudan; su hermana Justa Cané de Varela se hace cargo de los más apremiantes menesteres. El 8 de octubre parte Miguel con sus hijos a los que deja en Francia para que sean educados. El viajero parece llevar un anhelo excluyente de todo país que no sea Italia, la Italia de sus poetas clásicos y modernos que recita con dicción perfecta y memoria envidiable. En el país largos años soñado revive y se encuentra a sí mismo. Roma, y sobre todo la serenidad de Florencia, le deslumbran y acaban cerrándole las heridas, secándole las lágrimas... También es humano que así sea, pobre y buen hombre nacido para amar y admirar la perennidad de la belleza. Al año siguiente emprende el regreso a Montevideo, donde su cuñado Florencio Varela ha sido asesinado durante su ausencia. Soledad. Tristeza. No es verdad que el hombre más fuerte es el que está más solo. Por lo menos, no es verdad para Miguel Cané, en quien la naturaleza ha vuelto a ser un acreedor que no admite excusas de ningún estilo... El 18 de marzo de 1849 contrae segunda nupcias con doña Eufemia Casares, “hija de don Tomás y de doña Teresa Morales de Andrade”.¹² Otra vez con la vida por delante. Rosas está donde siempre, al parecer inmovible. Aseguran que ya no es el mismo de otros años; fatiga, vejez, seguridad en su fuerza después de tantas victorias contra sus enemigos. Lo cierto es que muchos vuelven a Buenos Aires sin ser mo-

¹¹ M. MUJICA LÁINEZ: *Miguel Cané (padre)*.

¹² M. MUJICA LÁINEZ: *op. cit.*

lestados. Cané siente irresistibles deseos de ver a su madre muy anciana, a la que dejó hace quince años. ¿Le dejarán entrar a él que ha tratado a Rosas de "gran bandido" y de cosas peores? Si, le dejan entrar. Por espacio de tres meses, pasea por las calles de la ciudad querida. Se muestra en espectáculos públicos y luego, el 3 de septiembre de 1850 se embarca por segunda vez con rumbo a Europa. A poco de aposentarse en París, recibe una carta de Montevideo en la que le anuncian el nacimiento de un hijo el 27 de enero de 1851 "a las cuatro y media de la mañana, el día de San Juan Crisóstomo..." El año anterior le había nacido una niña, a la que llamó Justa, como su afectuosa hermana. A este nuevo vástago, que será el último, le ha reservado el nombre que los Cané tienen a honra perpetuar: Miguel. ¿Un presentimiento? Tal vez. En este Miguel reencarnaría, sin transformarse mucho, como romántico y viajero, como periodista y escritor, como amante que no se sacia de amar, jovial hoy, triste mañana, y con una inquietud y nerviosidad que sólo hallan sosiego en la muerte.

IV

EL PADRE JUZGADO POR EL HIJO

El niño que a los doce años llora su orfandad en el internado que el primer día se le presenta inhóspito, no puede saber aún cómo era su padre, ni cuál la trascendencia de su espíritu fuera del ámbito familiar. Añora, desde luego, los diálogos comunes, afectuosos y simples, adecuados a la penetración infantil. Bástanle las sucintas y tiernas referencias maternas, y los expresivos silencios de lágrimas con que suelen ser contestados algunos de sus interrogantes. Lo demás vendrá después, y muy pronto. Quedan los amigos que van a satisfacer su curiosidad, cuando en la iniciación precoz le sea dable acercarse a ellos. Don Juan María Gutiérrez, el primero, posee un caudal de episodios para evocarlos con palabra templada. De sus labios tendrá noticias veraces acerca de la vida, libros y andanzas de su padre y lo que de él dijo en días angustiosos en una carta dirigida a Alberdi: "Es el San Bernardo de la cruzada, es más valiente que un león". Sarmiento le completará el repertorio de anécdotas y juicios. Las polémicas de Miguel Cané con Sarmiento son memorables, y en ellas, can-

dentes e irrespetuosas hasta lo inverosímil, no siempre queda el sanjuanino con la última palabra. Mitre, Mármol, Avellaneda, Tejedor, completarán la tarea de forjarle la personalidad de su padre de una manera visible y tangible. ¿Y los admiradores? Sabrá que los tuvo entre los jóvenes de la época que también revelaba su interés relativo por las cosas inútiles y bellas. De seguro que hallará en la biblioteca paterna el libro de un poeta que apenas franqueados los veinte años ensaya sus poemas primigenios y llena la página inicial con una dedicatoria que parece más bien catálogo de librería: *La fibra Salvaje. Al Doctor Miguel Cané. Eminente literato. Autor de: Esther, Cora, El Traviato, Laura, La Semanera, La Noche de Boda, El Corsario, La Familia Sconner, Dos Pensamientos, Impresiones de Viaje (Italia-Francia), etc., etc. En señal de respeto y gratitud su discípulo y amigo, Ricardo Gutiérrez. Buenos Aires, 1860*". Además de los centenares de artículos insertados en la prensa periódica de ambas orillas y de las incontables cartas, ¿ha tenido tiempo para escribir tantos libros? Ahí están esos libros en la estantería esperando los ojos devoradores del hijo...

Cané nunca olvida a ese padre que, no por faltarle deja de guiarle sin tropiezos por las amplias rutas que debe recorrer. El homónimo es la llave de oro que le ha dejado para que abra todas las puertas. Con sólo anunciarse, en este Miguel los prohombres argentinos ven y sienten al otro Miguel, el que enardecía con su palabra a los combatientes de la Nueva Troya. Por todo eso y mucho más, en horas de soledad y tedio, el hijo decide evocarlo en una terraza venezolana, menos trágica que la de Elsenor.

"Mis recuerdos positivos empiezan con la muerte de mi padre. Era en 1863 y yo tenía doce años.

"Mi padre fué un hombre de incomparable brillo de inteligencia, de una imaginación ardiente y vigorosa, de corazón caliente y animoso, pero al mismo tiempo de una movilidad intelectual incansable y en lucha eterna contra el fastidio...

"De una generosidad pródiga, las dificultades materiales de la vida lo amargaron sin cesar. Nacido sin fortuna, no supo, no pudo, no concibió el modo de hacerla. Vivía ampliamente, no conocía el valor del dinero y tenía el gusto de las buenas cosas de la vida, la mesa espléndida, el círculo constante, la alegría del hogar, el centro vibrante del espíritu, la juventud y la belleza.

"Amaba la Italia como un proscrito. Sabía de memoria cantos enteros de Dante, Tasso, Ariosto, y los sonetos de

Petrarca adquirirían una dulce y melancólica expresión al pasar por sus labios... Tenía un corte intelectual italiano, apasionado, vehemente, irascible, capaz de todos los arrebatos imaginables... Recitaba constantemente los sonetos del Buonarrotti y creía ver sus mármoles al través de sus versos. Y cuando alguno que volvía de Italia, no le hablaba con emoción de David y de la Noche, era a sus ojos un imbécil...

"Más de una vez, al leer las obras de mi padre, me he preguntado por qué con todos los elementos con que la naturaleza lo había dotado, con un estilo lleno de fluidez y color, una imaginación poderosa y creadora, una concepción del arte amplia, libre, altísima, por qué no ha dejado una obra trascendental, un trabajo que resumiera la experiencia de su vida, el mundo de sus observaciones y sus grandes cariños artísticos. Todos sus romances son trabajos fugitivos, impresiones notadas al pasar, cuadros de viaje, improvisaciones del momento. Pero si fuera a recoger todo lo que bajo su firma se ha publicado en ambas orillas del Plata de 1835 a 1860, llenaría varios volúmenes...

"La lucha por la existencia lo absorbió; los pesares de todo género, desde aquel que estrujó su corazón sobre la tumba de la mujer querida, arrebatada a su cariño en todo el esplendor de la vida, hasta la pérdida de mi hermano Jacinto, el hijo predilecto y digno de serlo, el orgullo supremo, muerto a los veinte años, cuando su inteligencia, su educación, sus raras dotes morales, prometían un hombre superior; todas las amarguras de la tierra, todas las decepciones que un hombre puede sufrir, en política y en sus afectos más íntimos, acabaron por matar en él el entusiasmo y la fuerza y por hacerlo aspirar, como a una suprema liberación, al reposo eterno.

"Hasta en los últimos años, su ideal fué retirarse al campo y allí rodearse de sus libros queridos, dar forma a las ideas que lo agitaban. Pocos hombres habrían escrito con más inteligencia, con más calor y brillo sobre el Renacimiento italiano".¹³

¿A quién evoca? ¿De quién escribe? Tan grande y estrecha es la similitud de rasgos temperamentales, que las dos almas se funden en una sola alma con la misma angustia frente al enigma de la vida. El es su padre y su padre es él, con los viejos y nuevos interrogantes que no hallan respuesta satisfactoria.

¹³ MIGUEL CANÉ: *Mi padre*. Artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 6 de septiembre de 1930.

II

AÑOS DE APRENDIZAJE

Para ahuyentar aquellas morbosas imaginaciones no había otro remedio, fácilmente reconocible: la actividad...; pero nada me gustaba ni me salía bien...

Adolecemos de flaquezas innatas y adquiridas, y aún está por averiguar cuáles de ellas nos dan más que hacer.

GOETHE

I

ADOLESCENCIA Y REBELDIAS

VUELVO a JUVENILIA sin la intención de juzgar su valor literario intrínseco. La retomo por ser ella un documento autobiográfico que pone al desnudo la idiosincrasia de Miguel Cané, aun en los instantes en que no desea mostrarse tal cual es. Hay lagunas nada fáciles de llenar: "Mucho he suprimido, poco he agregado. Ciertas páginas íntimas han desaparecido, porque, para ser comprendidas, era necesaria, la luz intensa del cariño que da cuerpo y vida a la forma vaga del recuerdo". Por fortuna respeta las enérgicas pinceladas que revelan la urdimbre de su temperamento que tan acendradas afinidades tiene con el de su padre. Lo que primero asoma es la voluntad imperiosa y díscola, embravecida con afanes de independencia que, por lo prematuros, adquieren arrestos de osada rebeldía. Es un pájaro enjaulado, un prisionero que gime "durante los cinco años" que permanece en el colegio a pesar "de haber hecho allí su nido" y de haberse "connaturalizado con la monotonía de aquella vida". Recio individualista y sensitivo, exhibe sin máculas su egocentrismo destinado a echar profundas raíces espirituales. Analiza lo que le circunda y se analiza a sí mismo. Este linaje de seres no se marida con la vida de superficie, uniforme, disciplinada, cómoda y pródiga en recompensas para los sumisos que huyen del "por qué es esto" y del "para qué esotro". Monologadores pertinaces acerca del misterio de lo que somos, suelen caer en el angustioso *to be or not to be* y en los peores momentos se preguntan como el personaje calderoniano: ¿qué delito cometí contra vosotros naciendo? Desde temprano pierden la fe religiosa, tal vez por lo que tiene dicho Bacon del ateísmo: "poca

filosofía inclina el espíritu del hombre al ateísmo, pero profunda filosofía le conduce a la religión". Desentonan en la general convivencia, y procesan en tribunales inexorables a Juan Jacobo Rousseau por el absurdo contrato que legaliza el despotismo colectivo. A semejantes almas poseídas de ansiedad, pocos ambientes les resultan tolerables, respirables; hasta cuando se echan a andar por el mundo a campo traviesa se sienten ágorafóbicas... En Cané, desde niño apenas núbil, hay ya muchos matices morales que corresponden a los del tipo psicológico de los insatisfechos. Grande, considerable es el esfuerzo que realiza para adaptarse al nuevo ambiente donde está obligado a actuar y en el que echa de menos las caricias hogareñas y aquella su libertad de movimientos no refrenada por la blanda ternura maternal. Ahora, por primera vez, tiene que obedecer y someterse a lo que no conocía, la autoridad escolar que le pesa y oprime, y contra la cual lucha temerariamente. Entonces muestra el temple altanero que se vuelve acerado si el obstáculo que se le presenta es invencible. Tengo presente sus desiguales contiendas con los superiores en jerarquía, con el vicerector don José M. Torres que para Cané simboliza la autoridad despótica, las clausuras reiteradas que le impone y el indeleble recuerdo que conserva el niño hecho hombre y el hombre hecho escritor:

"El encierro es un recuerdo punzante que no me abandona: eterno candidato para ocuparlo, su huésped frecuente, conocía una por una sus condiciones, sus escasos recursos, sus numerosas inscripciones y aquél olor húmedo, acre, que se me incrustaba en la nariz y me acompañaba una semana entera... Era una pieza baja, de bóveda: cuatro metros cuadrados. Tenía un escaño de cal y canto, demasiado estrecho para acostarse y que daba calambres en la espalda a la hora de estar sentado en él. Una luz insignificante entraba por una claraboya lateral y muy alta, por donde los compañeros solían tirar con maestría algunos comestibles con que combatir el clásico régimen de pan y agua. ¡Oh!, las horas mortales pasadas allí dentro, tendido en el suelo, llena de tierra la cabeza, el cuerpo dolorido, los oídos tapados para no oír el ruido embriagador de la partida de rescate, en la que yo era famoso por mi ligereza; la vela de sebo, mortecina y nauseabunda, pegada a la pared... He conservado toda mi vida un terror instintivo a la prisión; jamás he visitado una penitenciaría sin secreto deseo de encontrarme en la calle. Aun hoy las evasiones

célebres me llenan de encanto y tengo una simpatía profunda por Latude, el barón de Trenck y Jacques Casanova. No he podido comprender nunca el libro de Silvio Pellico, ni creo que el sentimiento de conformidad religiosa, unido a un imperio absoluto de la razón, basten para determinar esa placidez celeste, si no se tiene una sangre tranquila y fría, un espíritu contemplativo y una atrofia completa del sistema nervioso" (XX).

Todo está dicho sin eufemismos y, sobre todo, lo que hace resaltar su temperamento ávido de espacio, de movimiento, de libertad sin tutela. Su sangre no es tranquila ni fría, ni contemplativo su espíritu. Por eso los símbolos del orden y los instrumentos de castigo, pasivamente aceptados por los caracteres gregarios, destemplan a los que, como Cané, sienten que el orbe gira en torno de ellos. Odia el largo plañido de la campana mañanera que, "a las cinco en verano, a las seis en invierno, infalible, fatal, como la marcha de un astro", le despierta. Desde el portero que maneja la despiadada campana hasta el celador que espía los actos menudos y el vicerrector "que lo confinaba en el claustro tan cruelmente", se le aparecen como expresiones de la sociedad niveladora y enemiga del hombre libre con que sueña ser en día no lejano.

En un libro de reminiscencias escolares se asegura que el carácter de Miguel Cané por aquellos días era "monstruoso". Nada puede ser motivo de asombro en un colegio donde llegan y penetran las voces de la vida ciudadana, incoherente, tumultuosa, con problemas e instituciones en permanente tembladeral. El colegio no ha de superar a los gobiernos cuyos hombres, con veinte años de proscripción, apenas llevan una década para ordenar el desorden general. Cuando desaparecen las tiranías dejan tras de sí un desconcierto con magnitudes caóticas. El relajamiento de las costumbres, semivelado, presentido en la oscuridad, se conoce mejor después y largo tiempo perdura. Burlada por sistema la ley, las vacaciones de la legalidad forjan un concepto *sui géneris* de la conducta y de las obligaciones. Libertad y licencia son sinónimos para los que han vivido sin libertad, y llevan, además, en la sangre, la herencia individualista hispánica en virtud de la cual el "acato y no cumpro" es postura legítima y hasta elegante. Súmense otros rasgos de abolengo: la predisposición a la resistencia contra lo que obliga; la noción de que la autoridad es por naturaleza abusiva, amén de la práctica casi normal de la autoridad abusiva; el culto del coraje que labra envidiable nombradía; el favoritismo para

los amigos y el desprecio o el odio para los adversarios, y se comprenderá algo de lo que debió de costar el establecer las cosas en su verdadero quicio después de Caseros. Cuenta Miguel Cané lo que le fué dado ver a los doce años de su edad, a la luz del día, en el centro de la ciudad aldeana:

“El día citado había una excitación fabulosa en el Colegio; después de muchas tentativas infructuosas, conseguimos escaparnos dos o tres, y nos instalamos en la calle Moreno. Fué allí donde presencié por primera vez en mi vida un combate armado entre dos hombres, que me hizo el mismo efecto que más sentí en una corrida de toros, de la que salió mal herido el primer espada. Los dos combatientes eran hombres del pueblo y estaban armados, uno de una daga formidable, mientras el otro manejaba con suma habilidad un pequeño cuchillo que apenas conseguíamos ver: tal era el movimiento vertiginoso que imprimía. Mi primera intención fué huir, pero tuve vergüenza, porque uno de mis compañeros, que tenía fama de bravo en el Colegio, se había acercado, por el contrario, para presenciar más cómodamente la lucha. Duró poco tiempo, porque la habilidad triunfó de la fuerza, y el hombre de la daga, dando un grito desgarrador, cayó al suelo con el vientre abierto de un enorme tajo. El heridor huyó; yo debía estar muy pálido, porque recuerdo que durante un mes el grito del caído vibró en mi oído” (XXIX).

Otros índices antisociales se descubren en el establecimiento cuya misión específica es la de forjar hombres de nueva corteza para vencer el desierto y redimir la plebe montonera—gobernar es educar... Las excursiones a las chacaras de los vascos (XXV)—, están muy bien dentro del género que caracteriza a la picaresca. Pero ¿cuál es la catadura moral de los personajes en la novela picaresca española? Lázaro, en el *Lazarillo de Tormes*, es hijo de un molinero y de una ramera. Tampoco lucen mejor prosapia Guzmán de Alfarache, Rinconete y Cortadillo, y Pablillo el Buscón. Ninguno de estos pillos estudian filosofía, pues que para vivir les basta la ciencia infusa de la truhanería. En cambio, los que salen de las aulas de Agüero y Jacques, los más de ellos son mozos de cuna, lo cual no les impide organizar excursiones a las mentadas chacras vascongadas en busca de “la sandía ajena, vedada, de carne roja como el lacre...” Es “vedada” la sandía, pero jamás

les vibran en los oídos, “en sentido menos figurado”, los versos de Garcilaso...

¿Qué decir de las otras juergas? El baile arrabalero con gente turbia es de tradición porteña (Echeverría los frecuentaba con su guitarra) y también las visitas a ciertas casas muy del gusto de don Adolfo Alsina, en las que le veían entrar, “sentarse en una de las sillas, encender su puro y beber su café, charlando con todas las señoras” de la mancebía. (R. B. Cunningham Graham. *El Río de la Plata*, pág. 69. Londres, 1914). En el ambiente desmoralizador que le ha tocado en suerte a Cané, más poder tienen las curiosidades nobles, y las lecturas lo liberan de la prosaica y fea realidad.

De haber sido adicto a las lecturas castellanas, habría repetido con el mismo alborozo de Gracián: “¡Oh! gran gusto el leer. No hay lisonja, no hay fullería para un ingenio como un libro nuevo cada día”. Los manjares libresco del pupilo de Jacques fueron los más apetecidos por la infancia porteña en la segunda mitad del siglo XIX. Las novelas de Walter Scott y Alejandro Dumas procuraban el fervor y el deleite de las antiguas novelas de caballería. Los Amadises se convirtieron en los Ivanhoes y los D’Artagnanes: “Decir la impresión causada en mi espíritu por aquel mundo de aventuras, amores, esto-cadas, amistades sagradas, brillo y juventud, mundo desconocido para mí; decir la emoción palpitante con que seguí al hidalgo gascón desde su llegada a París hasta la noche sombría del juicio, el odio al cardenal, mi júbilo por los fracasos de éste, mi ilusión maravillosa, es hoy superior a mis fuerzas” (III). Es claro. ¿Qué otra cosa mejor leería el prisionero habitual en su celda oscura sino esas historias falsificadas que han de costarle olvidar cuando emprenda la tarea de estudiar la verdadera historia, documental... y falsificada en otro sentido?

“Las novelas, durante toda mi permanencia en el Colegio, fueron mi salvación contra el fastidio pero al mismo tiempo me hicieron un flaco servicio como estudiante. Todo libro que no fuera romance, me era insoportable, y tenía que hacer doble esfuerzo para fijar en él mi atención. ¿A cuál de nosotros no le ha pasado algo análogo más tarde en el estudio de la historia? ¿Quién no recuerda la perseverancia necesaria para leer un tratado cualquiera, después de las páginas luminosas de Macaulay, Prescott y Motley?” (III).

Con las truculentas invenciones de Soulié, Ada Radcliff, Fernández y González o Pérez Escrich, le quita horas al sueño el estudiante transitoriamente remiso:

“No pegué los ojos en una semana, y era tal la sobre-excitación de mi espíritu, que me figuraba que esos insomnios fortificantes eran un castigo por el robo sacrílego que había cometido, deslizándome al templo de San Ignacio, durante un funeral por el alma de un ciudadano, para mi desconocido, y metí dome bajo el chaleco, en varios trozos, la vela de cera clásica, que debía iluminar mis trasnochadas de lectura” (III).

Pronto irá quedando atrás la ralea de los folletines sensacionales para darle paso a las obras de jerarquía mental. La historia es el primer incentivo formal. ¿Cuáles son los autores que le hacen meditar en la suerte de los pueblos y en la naturaleza de las instituciones políticas? No lo dice. ¿Está bien nutrida la biblioteca del pobre Colegio desprovisto de los más indispensables elementos para la enseñanza? “... en el ala izquierda, que mira a la calle Moreno, donde escribí mis primeras páginas castellanas...”, recuerda Groussac.¹ ¿El gabinete de física experimental es más completo que el de Mr. Jacques en Montevideo? Por ahí anda... ¿Gozos inefables los del estudiante pobre cuando en un rincón de librería pública descubre el volumen que no puede adquirir! Mr. Cosson dicta la clase de historia en francés. Es de presumir que les pone en las manos los libros de Duruy citados en las páginas iniciales de JUVENILIA. En el curso de filosofía, M. Jacques recomienda el manual de Jules Simon y Émile Saisset, cuya introducción y la Psicología le pertenecen sin estar nada satisfecho de su trabajo, según Cané: “Cuando empezó a dictar el curso de filosofía, que debía concluir brillantemente Pedro Goyena, dió como texto el manual” referido. En la primera conferencia dijo bien claro que aquélla era la filosofía ecléctica; más tarde, añadió a algunos compañeros: “el día que yo escriba mi filosofía comenzaré por quemar ese manual”. Empero, sus alumnos argentinos, desprecian a los “petimetres” de la Universidad” “que iban paquetes al aula una vez por mes... y que no leían sino el Balmes o el Gérúzez, mientras nosotros nos alimentábamos de la médula del león del eclecticismo (!) Jacques “era discípulo directo de Bacon, pertenecía a la escuela positivista que ha sido la filosofía de los hombres de ciencia, realmente verdaderos”.

¹ *Los que pasaban*, pág. 8. Jesús Menéndez, Librero Editor. B. de Irigoyen 186. Buenos Aires, 1919.

En la introducción a la *Filosofía*, Jacques no se presenta como “discípulo directo de Bacon”, al contrario, disiente en algo fundamental con el filósofo que desea someter la razón a la experiencia: “¿Quién reconocería a la razón en ese humilde papel que Bacon le reserva, reduciéndola a asociar unas a otras las indicaciones de la experiencia?” Censura a Bacon porque “ha proscripto los principios más fecundos y sólidos de la razón; contra el mejor de ellos ha dado este decreto: “el principio de las causas finales, como la virgen consagrada a Dios, no engendra nada”. Ha envuelto en un desdén igual a las hipótesis más gratuitas y las leyes más seguras de la razón”. Además, Jacques es deísta y no desdeña la metafísica: “En materia de existencia, Dios es antes que todo lo demás, y de él deriva todo. Por consiguiente, parece que en la organización de las ciencias filosóficas, el primer lugar toca de derecho a la teodisea, o más fundamentalmente a la metafísica”. Reconoce que la metafísica “ya no tiene lugar especial en la división oficial de la filosofía; pero, sin estar precisamente en parte alguna, se la encuentra un poco en todas partes”. Tampoco es de creer que su brillante profesor Pedro Goyena, espiritualista de buena agua, le inculque y mucho menos le tolere que a la escuela positivista pertenezcan los hombres de ciencia realmente superiores en todos los tiempos. El único positivista agresivo que hay aquí es Cané, enemigo de la metafísica, que para él, desde mozo, es sinónimo de religiosidad y hasta de clericalismo. Lo confiesa sinceramente:

“... cuando ya la adolescencia comenzaba a cantar en el alma, y se abría para nosotros de una manera instintiva un mundo vago, desconocido, del que no nos dábamos cuenta exacta, pero que nos atraía secretamente. No nos lo confesábamos al principio unos a otros; la vida de reclusión, las lecturas disparatadas y sin orden, el alejamiento de la familia, de la sociedad y, sobre todo, cierto prurito de estudiantes, nos inclinaba a un escepticismo amargo y sarcástico, ante el cual no había nada sagrado. Éramos ateos en filosofía, y muchos sosteníamos de buena fe las ideas de Hobbes. Las prácticas religiosas del Colegio no nos merecían siquiera el homenaje de la controversia; las aceptábamos con suprema indiferencia. En una confesión general, sin embargo, tuve la veleidad de resistirme. Obligado a ir al confesionario, dije abiertamente al sacerdote que estaba tras la reja, que no creía una palabra de esas cosas, y que, por tanto, era su deber no obligarme a mentir. El confesor

dió cuenta inmediatamente; fuí llamado, insistí y recogí por premio de mi lealtad de conciencia pasar en el encierro los tres días de comilonas y huelga que sucedían a la comunión" (XXX).

Desde luego, la fe no se demuestra con razones; se siente o no se siente; el corazón la inspira o la niega, pero nunca jamás se inculca con castigos que acrecientan la rebeldía como en el ejemplo de Cané:

"Pero aquí quiero hacer una declaración sincera que pinta bien esos escepticismo primaverales. Llegado el día de la comunión, que se hacía con gran pompa en el altar mayor, fuí obligado a ir a hincarme con tres o cuatro compañeros, y a esperar mi turno. Un resto de altivez intelectual, una reacción violenta dentro de mí mismo, me hizo considerar una repugnante apostasía de mis ideas y una burla indigna de la religión, aceptar aquello. Así, cuando el sacerdote se inclinó sobre mí, le miré bien en los ojos, y le dije quedo: "Paso, padre". Hizo un ligero movimiento de sorpresa; pero cuando se reincorporó, yo ya me había dado vuelta y salido de la fila, llevando el pañuelo en la boca, como si realmente hubiera recibido la hostia. No me delató. En ese acto, lo repito, había un fondo de respeto por la fe ajena, por la religión misma" (XXX).

La religión de Cané es la ciencia. Cree en ella como en algo infalible y la considera el único camino liberador del género humano. Posee aptitudes para cultivarla seriamente, según lo demuestra su predilección por las matemáticas, disciplina mental poderosa que permite entrar airoso en las demás ciencias y con decoro en la filosofía.

II

POLITICA E INDISCIPLINA EN EL COLEGIO

El Colegio, que más tarde debía ser uno de los primeros establecimientos de América, era por entonces un caos como organización interna.

MIGUEL CANÉ.

Al soslayar el tema de la política, anticipé como hecho natural que hasta los alumnos llegaron las pasiones que separaban a los hombres en el país. Habría sido por demás extraño que el Colegio de la calle de Bolívar fuera una isla de oro y de silencio, de equilibrio moral y de serenidad. Las provincias odiaban la prepotencia de Buenos Aires y Buenos Aires menospreciaba a las provincias que resistían su tutelaje. Los muchachos eran alma y carne de la Nación y se estremecían por la suerte de los ideales en pugna sin miras de conciliación. En las páginas de JUVENILIA espejea la desarmonía de los hermanos mal avenidos. Si ahora, merced a la perspectiva que el tiempo ofrece a la mirada y a la inexistencia de los problemas, nos parecen donososas e inofensivas las malquerencias estudiantiles, no quita que en su momento los chiquillos combatientes les dieran a sus grescas y resentimientos el mismo contenido político que inflamaba la acción de los caudillos:

“... las pasiones políticas que habían agitado a la República desde 1852, se reflejaban en las divisiones y odios entre los estudiantes. Provincianos y porteños formaban dos bandos, cuyas diferencias se zanjaban a menudo en duelos parciales. Los provincianos eran dos terceras partes de la totalidad en el internado, y nosotros, los porteños, ocupábamos modestamente el último tercio; eran más fuertes, pero nos vengábamos ridiculizándoles y remedándoles a cada instante. Habíamos pillado un trozo de diálogo entre dos de ellos, uno que decía, con una palangana en la mano: “Agora no más la vo a derramar”; y el otro que contestaba en voz de tiple: “¡No la derramis!” Lo convertimos en un estribillo que les ponía fuera de sí, como los rebuznos del uno y del otro alcalde de la aldea del *Don Quijote*... Eran mucho más graves, serios y estudiosos que nosotros. Con igualdad

de inteligencia y con menor esfuerzo por nuestra parte, obteníamos mejores clasificaciones en los exámenes... Recuerdo que Pedro Goyena, hablando de un joven correntino, Carlos Harvey, dotado de una inteligencia sólida y profunda, de una laboriosidad incomparable, repetía las palabras de Sainte-Beuve, aplicándoselas: "Le falta arenilla dorada". Esa arenilla dorada constituía nuestra superioridad" (XV).

He aquí fielmente reflejado el pleito entre Buenos Aires, que pretendía poseer el privilegio de la dorada arenilla para gobernar, y las provincias a las cuales se les negaba ese don del cielo...

Otro problema penetró haciendo vibrar los ámbitos del Colegio: el de la federalización de Buenos Aires. Nacionalistas y autonomistas luchaban a la desesperada. Los primeros, con el general Mitre en la presidencia de la República, querían federalizar el territorio de la provincia de Buenos Aires a la manera rivadaviana, limitándose después a reclamar sólo la ciudad como capital de la Nación. Los segundos rechazaron ambas proposiciones, y en su intransigencia le negaron al gobierno nacional facultades constitucionales para dictar y aplicar leyes en el municipio porteño. Recuerda Cané el "famoso 22 de abril de 1863, en que *crudos* y *cocidos* estuvieron a punto de ensangrentar la ciudad: los cocidos por la causa que los crudos hicieron triunfar en 1880, y recíprocamente. Yo era crudo, y crudo *enragé*:

"Pronto nos mezclamos con unos hombres que traían un pañuelo al cuello, y que habían desalojado a un pequeño grupo de conocidos que estaba cerca de la confitería del *Gallo*. Pero el rumor de lo que pasaba dentro nos hacía arder por penetrar en el recinto de la Legislatura: ¡Imposible! Entonces de común acuerdo, y comprendiendo que era allí donde se desenvolvían las escenas más interesantes, resolvimos reingresar al Colegio y llegar a la Legislatura por las azoteas. Lo hicimos así, y a favor del tumulto que entre los claustros se notaba, ganamos el techo, y como gatos nos corrimos hasta dominar el patio de la Legislatura".

Termina Cané:

"Cuando leo en la Historia la narración del entusiasmo ardiente de los estudiantes en la Politécnica y la Normal, en 1815 y 1830; el arranque impetuoso de los estudiantes

en la guerra de la Independencia, abandonando Salamanca para unirse al Empecinado, a don Juan Porlier, al cura Merino; el heroísmo de los jóvenes alemanes en 1813 y 1814, brotando de los subterráneos de la *Tugendbund* para caer en los campos de Leipzig; de la muerte gloriosa de Koerner; cuando leo esos rasgos, me los explico perfectamente. Hay en los claustros una ansia de acción indescriptible; la savia hirviente de la juventud irrita la sangre, empuja, excita, enloquece. Se sueña con grandes hechos; la lucha enamora, porque implica la libertad" (XXIX).

Duelos a cuchillo en la vía pública; sesiones agitadas en la vecina Legislatura, preludios verbales de contiendas armadas; motines, sediciones triunfantes o sofocadas, es la atmósfera que se respira en la ciudad y en los claustros destinados a las severas disciplinas del estudio... Si por acaso se extinguen los ecos revolucionarios —normales en el país— llega la conmoción de la guerra allende la frontera, drama que se convierte en polémica, y polémica que demuestra cuán menguado es el sentimiento de solidaridad nacional. El presidente Mitre pronuncia su frase histórica: "La hora ha llegado. Basta de palabras... En veinticuatro horas en el cuartel, en quince días en campaña, en tres meses en la Asunción". Los Varela, primos hermanos de Cané, escriben en *La Tribuna* artículos encendidos y pronuncian discursos con intención de exaltar el patriotismo vacilante. Los "¡muera el tirano López!" resuenan en los dormitorios del internado y no hay niño que no se sienta hombre o no quiera ser soldado. Cané, que ha cumplido catorce años, pide que le den un fusil...

"También nosotros formamos parte de las gloriosas filas del batallón Belgrano, que fué a ofrecer su sangre, y a pedir un puesto en la vanguardia del general Mitre al estallar la guerra del Paraguay. Yo fui soldado del doctor don Miguel Villegas; era cuanto podía exigirse de mi patriotismo: ¡servir a las órdenes de un profesor de la Universidad que enseñaba filosofía por Balmes y Gérusez" (XXIX).

El severo censor de JUVENILIA², más filólogo que psicólogo, hace gala de frialdad e incompreensión cuando se le escurre la emoción de los muchachos porteños, en nada inferiores ni distintos a los de España, Francia o Alemania. Si las revo-

² AMÉRICO CASTRO: *Edición crítica de Juvenilia*. Clásicos Argentinos. Ediciones Estrada. Buenos Aires.

luciones desmoralizan, las guerras rematan la desmoralización que se hace general. Con tales factores que alteran la sensibilidad y modifican las nociones morales propias de las épocas de reposo y equilibrio, es excesivo y altisonante por lo absurdo, el venir a exigir que sea un instituto modelo el descrito por Cané. Además de ser muy reciente su creación, necesitaba lo esencial, la idoneidad pedagógica de que carecían sus directores y profesores. Si algo sorprende es que de ese Colegio hayan salido hombres honorables y útiles para la sociedad y para sí mismos. Salváronse porque eran ingénitamente buenos.

La administración del Colegio corría a cargo del doctor Eusebio Agüero, profesor universitario y proscripto en Montevideo hasta la caída de Rosas. Miguel Cané le conoce cuando el personaje de relieve histórico anda por los 71 años y vencido por los achaques debe entregarle a M. Jacques la dirección de los estudios: "El doctor Agüero estaba ya muy viejo; bueno y cariñoso, vivía en un optimismo singular respecto a los estudiantes, ángeles calumniados siempre, según su opinión" (V). Prosigue:

"Había la vieja costumbre, desde que el Dr. Agüero se puso achacoso, de que un alumno le velara por la noche. No se acostaba; sobre un inmenso sillón Voltaire (¡no sospechaba el anciano la denominación!) dormitaba por momentos, bajo la fatiga. Teníamos que hacerle la lectura durante un par de horas para que se adormeciera con la monotonía de la voz, y tal vez con el fastidio del asunto... Leíamos siempre la vida de un santo en un libro de tapas verdes, en cuya página ciento uno había eternamente un billete de veinte pesos moneda corriente, que todos los estudiantes del Colegio sabíamos haber sido colocado allí expresamente por el buen rector, que cada mañana se aseguraba ingenuamente de su presencia en la página indicada, y quedaba encantado de la moralidad de sus hijos, como nos llamaba" (VI).

Además de esta característica que parece denunciar la idea fija del robo, hay otros pormenores que permiten barruntar desbarajustes en lo tocante a la manutención de los pupilos. El doctor Agüero practica una economía doméstica tan rigurosa que llega a ser exasperante. Cané habla de penurias sin atribuirle ninguna culpa al venerable varón cristiano que, sin embargo, vigila los gastos de nutrición con escrupulosidad hebraica. Una de las páginas más felices de JUVENILIA trasmite

picarescamente las angustias porque pasa el niño brincador en pleno desarrollo físico:

“No puedo vencer el deseo de dar una idea sucinta del *menú*; lo tengo fijo, grabado en el estómago y el olfato. Dentro de un líquido incoloro, vago, misterioso, algo como aquellos caldos precipitados que las brujas de la Edad Media hacían a media noche al pie de una horca con su racimo, para beberlo antes de ir al sabbat, navegaban audazmente algunos largos y pálidos fideos. Un mes llevé estadística: había atrapado tres en treinta días, y eso que estaba en excelentes relaciones con el *grande* que servía, médico y diputado hoy, el Dr. Luis Eyzaguirre, uno de los tipos criollos, y uno de los corazones más bondadosos que he conocido en mi vida” (II).

Como para creerse bajo el techo segoviano del Licenciado Cabra, antecesor del doctor Agüero en lo “que tenía por oficio criar hijos de caballeros” en el régimen dietético y en las máximas acerca de lo que más conviene quitarle al cuerpo pecador a fin de hermostrar el espíritu, tanto más lúcido cuanto más lánguida la envoltura física. Federico Tobal, que frecuenta las mismas aulas diez años antes que Miguel Cané, ha dejado patéticos relatos de lo que llama la “jauría hambrienta”. “El hambre famélica, como dijera el poeta de la conquista, Guzmán Díaz, era terrible entre nosotros e imponía las remesas frecuentes de comestibles por parte de las familias”... “En la misa diaria empezaban a caer desfallecidos por la suma escualidez, estudiantes que eran llevados en brazos por otros compañeros, tal como conducidos al *exspolium* los caídos en el circo. Los vértigos y los desmayos se repetían como si la atmósfera entrañase algún germen epidémico:

“Había estudiantes que para que despertaran por la mañana era preciso mantearlos como lo hicieran a Sancho en la venta, tan desfallecidos se encontraban. Otros se caían desvanecidos en cuanto se acercaban a los excusados que entonces acusaban olores mefíticos, y otros eran presa de histerismos o de hipocondrías por la larga dieta continuada. Algunos estaban ateridos, tan diáfanos y tan transparentes que caían en cierto ilusionismo o sobreexcitación nerviosa y en la noche eran víctimas de sonambulismos, más o menos auténticos que les convertían en duendes o aparecidos”.³

³ FEDERICO TOBAL: *Recuerdos del viejo Colegio Nacional de Buenos Aires* (Buenos Aires, 1942).

Los profesores secundan a los alumnos y con ellos piden un poco más de carne, leche y orejones, pero el doctor Agüero, cada día más espiritado, les responde que el hombre "no ha venido a la tierra para comer sino para pensar". La desesperación, en ocasiones, es buena consejera. La jauría convierte una sábana en bandera que coloca en una ventana de la calle Bolívar con esta inscripción: "¡¡¡ Socorro, socorro, que aquí nos morimos de hambre!!!" La humorada alarma a la ciudad. En el Colegio se presentan las madres aflijidas y el Ministro de Gobierno a quienes el rector acoge "presa de honda sobreexcitación, herido, amargado". Con la bandera del hambre en las manos llama a los estudiantes y les pregunta:

—Hijitos, ¿es buena la comida que coméis?

—Sí, señor —responden en coro los muchachos...⁴

El doctor Agüero había sido calumniado...

La otra figura venerable es la de M. Jacques, filósofo traslumante que padece destierros por haber defendido en Francia la libertad de pensamiento. Tal como nos lo presenta Cané, usa de los métodos persuasivos de Mr. Hunter, el profesor de latín del doctor Samuel Johnson:

"M. Jacques era áspero, duro de carácter, de una irascibilidad nerviosa, que se traducía en acción con la rapidez del rayo, que no daba tiempo a la razón para ejercer su influencia moderadora. "No puedo con mi temperamento", decía él mismo, y más de una amargura de su vida provino de sus arrebatos irreflexivos. No conseguía detener su mano, y entre todos los profesores fué el único al que admitíamos usara hacia nosotros gestos demasiado expresivos. Un profesor se había permitido un día dar un bofetón a Julio Landivar, si mal no recuerdo, y éste lo tendió a lo largo, de un puñetazo de la familia de aquel con que Maubreil obsequió a M. de Talleyrand; otra vez desmayamos de un tinterazo en la frente a otro *magister*, que creyó agradable aplicarnos el antiguo precepto escolar; pero jamás nadie tuvo la idea sacrílega de rebelarse contra Jacques. Bajo el golpe inmediato, solíamos protestar, arriesgando algunas ideas sobre nuestro carácter de hombres libres, etc. Pero una vez pasado el chubasco, nos decíamos unos a otros, los maltratados, para levantarnos un poco el ánimo: "Si no fuera Jacques"... ¡Pero era Jacques!" (IX).

⁴ TOBAL, *opus cit.*

Es pintoresco el episodio a que da lugar una chuscada de Corrales. M. Jacques le persigue por el aula asestándole “trompadas, bifes, reverses de filo, de plano, de punta, todo en confuso e inexplicable torbellino”. El tunante corre, salta por sobre los bancos y a cada golpe errado dice “con acento jadeante: “¡Di andel!”... “¡Cuándo, mi vida!” (XII).

Le desagradan a Groussac esas clases más bien de ejercicios hípicas que de cultura clásica. El retrato de Jacques habríale resultado más bello si Cané “prodigase menos la sal gruesa de los combates caricaturescos que, según él, solían transformar el aula en venta de arrieros manchegos”.⁵ Es el estilo de la época. En el despacho presidencial, Sarmiento corre al joven Chapeaurouge dándole puntapiés...

También conoce Miguel Cané la energía de Jacques por el delito de incitar a la rebelión con un discurso “sobre la ignominia de ser gobernados”, ellos, republicanos, por un español, el vicerrector Torres. Avisado Jacques, “vino rápido hacia mí y...

“Luego me tomó del brazo, y me condujo consigo. No intenté resistir... Llegados a la sala del vicerrector, recibí nuevas pruebas de la pujanza de su brazo, y un cuarto de hora después me encontraba ignominiosamente expulsado... Eran las ocho de la noche: medité. Mi familia y todos mis parientes en el campo, sin un peso en el bolsillo. ¿Qué hacer? Vagué una hora..., y por fin fuí a caer sobre un banco de la plaza Victoria. Un hombre pasó, me conoció, me interrogó, y tomándome de la mano, me llevó a su casa, donde dormí en el cuarto de sus hijos, que eran mis amigos. Era D. Marcos Paz, presidente entonces de la República...” (X).

M. Jacques le había aplicado en el Colegio la ley de residencia al futuro autor de la ley de extradición de extranjeros... Vuelto al internado, no le guarda rencor, antes al contrario, le admira y quiere más si cabe. Y cuando muere el noble desterrado, le llora sinceramente con los demás galopines:

“Lo llevamos a pulso hasta su tumba, y levantamos en ella un modesto monumento con nuestros recursos de estu-

⁵ GROUSSAC, *opus cit.* ¿Será también caricaturesco el juicio criminal que le siguieron a M. Jacques en los Tribunales de la Capital por los castigos que les infligía a sus alumnos? ¿En trance tan penoso recurre a la madre de Cané para que declare en su favor...! Puede verse en la Biblioteca del Colegio Nacional de Buenos Aires la carta autógrafa de M. Jacques a la señora de Cané.

diantes. Duerme el sueño eterno al abrigo de los árboles sombríos, no lejos del sitio donde reposan mis muertos queridos. Jamás voy a la tumba de los míos sin pasar por el sepulcro del maestro y saludarlo con el respeto profundo de los grandes cariños" (XIV).

Cané es un rebelde a quien el corazón siempre acaba traicionándole. A su carcelero don José M. Torres le pide "humildemente perdón, porque sin su energía perseverante, no habría concluído mis estudios, y sabe Dios si el ser inútil que bajo mi nombre se agita en el mundo no hubiera sido algo peor" (XV). Tiene el hábito de disminuirse, y a lo largo de su vida este defecto, que es para mí su principal virtud, toma cuerpo y le daña, por exagerado, las cualidades positivas. Bien quisiéramos que la tierra se poblara con este linaje de hombres inútiles, sutiles, cambiantes y diversos, nunca reacios a elevarse sobre sí mismo para gustar de un cuadro, de una estatua, de un poema, de un libro escrito en noble prosa, de una obra musical. La única deficiencia real que confiesa es el vano esfuerzo por medir con acierto una cuarteta. El don del verso le ha sido negado sin que ello, desde luego, sea una afrenta. Para su consuelo, si lo necesita, puede repetir con el gran Miguel:

Yo, que siempre trabajo y me desvelo
Por parecer que tengo de poeta
La gracia, que no quiso darme el cielo.

Pero si no le salen versos, de la pluma le sale prosa, espontánea prosa cotidiana que derrama "en diarios manuscritos", cuya "impresión" le toma "noches enteras" y en los que redacta artículos literarios con las metáforas de rigor en el ambiente porteño: "el festín de las brisas y los céfiros en el palacio de las selvas" (XXIII). Sus parientes, los Varela, le publican en *La Tribuna*, "dos cretinismos juveniles" "con sendas laudatorias", y tiene "casi concluída una novela" cuyo argumento se desenvuelve "en una estancia durante las vacaciones". El héroe principal es un gaucho cantor. "Creo que algo de eso se publicó después, bajo un seudónimo, como si temiera comprometer mi gravedad en tales ligerezas" (XXIII). Está perdido. La letra de molde le hace su prisionero. Ha firmado un pacto mefistofélico con la imprenta a la que le dará todo cuanto posee su ingenio. Escribirá con denuedo, sin miramientos gramaticales y sin pruritos castizos en la expresión, A semejanza de sus coetáneos y a falta de lecturas hispánicas, es-

maltará su lenguaje de galicismos, muchos de los cuales fueron usados de Jovellanos a Valera y tienen hoy asiento en el diccionario académico.

Todo lo que empieza termina. Los caminos más largos tienen su fin:

“...la hora había sonado para mí. Los castigos me irritaban, los consejos me ponían en un estado de nervios insoportable: no podía continuar en el Colegio. Pasaba los días enteros ideando medios para escaparme, a veces con riesgo de la vida, como cuando nos deslizábamos, con un compañero fiel, por una cuerda flotante que los albañiles dejaban durante la noche en el edificio que se construía entonces sobre la calle Moreno. Los exámenes estaban encima, y no abría un libro. Había perdido la emulación por completo; las glorias de clase me parecían ridículas, y no habría dado un paso por recuperar el puesto de honor al que estaba habituado, y que sentía escapárseme de entre las manos. Al fin triunfé, y una mañana radiante se me abrieron para siempre aquellas puertas, en cuyos umbrales hubiera entonces sacudido mi planta como el núpido” (XXXIV).

Cuando sale a la calle, sin necesidad de la codiciada llave de Benito Neto, Miguel Cané se halla en presencia de numerosas puertas y caminos nunca vistos ni columbrados antes de ahora. Y se aleja lentamente como si tuviese conciencia de que algo nuevo y muy grave empieza para él: *INCIPIT VITA NOVA*.

III

LA TEMPÊTE SOUS UN CRÂNE

Fines de 1868. Miguel Cané tiene en las manos el título de bachiller que le acredita para realizar estudios superiores, si es que descubre en él alguna poderosa vocación. Está en eso. Quiere saber cuál es la carrera universitaria que más se aproxime a su estilo de vida. Pero ¿cuál es su estilo de vida? Mantiene consigo mismo incesantes coloquios, abrumado de consejos que le llegan de propios y extraños. Por lo general, el más sincero de los consejos sólo es bueno para quien lo da. “Sea

usted esto y no aquello", es decir, sea usted lo que yo soy, haga lo que hago yo, piense como yo... A los dieciocho años Cané es un joven que se gobierna sin ajenas sugestiones. En la ciudad aldeana todos se conocen prontamente y zurcen amistades duraderas, hasta cuando las diferencias son mayores que las afinidades temperamentales. Las amistades de Cané siguen llenando las recónditas zonas de su afectividad. Ellas serán, huérfano de capacidad utilitaria, el único precioso capital labrado con humana simpatía; pero nunca será amigo servil ni complaciente con las ajenas flaquezas. Desde mozo asoma en él la calidad de sus dilecciones: no es amigo de tontos, necios y simuladores.

Es difícil decir cuál es su primer amigo. ¿Lucio V. López o Vicente L. Casares? Decidamos: los dos son los primeros... La amistad que le une a López es de tipo fraternal. Nacidos ambos en el destierro de sus padres, heredan las mejores cualidades de aquéllos. Sin ser exactamente iguales —¡cómo han de serlo!—, tal vez por eso se necesitan y toleran, para equilibrar lo que le falta a uno con lo que le sobra al otro. Casares trae consigo lo que en Cané y López suele andar en quiebra: medida, reposo, suavidad, sentido de lo real, lo posible y lo práctico. En el Colegio tiene origen la intimidad con Pedro Goyena, Adolfo Saldías, Ignacio Pirovano —*¿en passe...*— el futuro gran cirujano, compañero en el curso de latín, inolvidable por los dictérios con que les cubría Larsen si erraban un pronombre posesivo. Simpatía rayana en admiración le inspira desde el primer instante Carlos Pellegrini, cinco años mayor que él, y ya en lenguas. Acaba de llegar de la guerra del Paraguay en la que fué "un largo alférez, lampiño, un poco desgonzado".⁶ Cané le conoce "en un café clandestino, donde se reunían a jugar al billar" con Juan Carlos Lagos, Lastra, Quirno, Terry", a quien el desgonzado corría todas las noches hasta su casa, sin faltar una sola a esta higiénica costumbre" (XVII). Valiente y recio, Pellegrini es el que a todos les saca de apuros cuando, como pillos, riñen con los "tiperos" del mercado de Perú y Potosí. La comunidad espiritual se enriquece con Roque Sáenz Peña, señorial, un tanto lánguido, y con Aristóbulo del Valle, mozo de verbo inflamado que ya se arriesga en polémicas periodísticas con las discutidas, aunque señeras figuras de la época.

⁶ CARLOS PELLEGRINI: *Treinta años después* (agosto de 1896). *Discursos y Escritos*. Con un prólogo de Enrique de Vedia. Martín García, librero editor. Rivadavia 581. Buenos Aires, 1910.

Cané reanuda sus soliloquios que se vuelven febriles. ¿Qué hará con el diploma de bachiller que tiene en las manos? Ábolidos los títulos de nobleza, los que otorgan las universidades suplen la dignidad de aquellos. Doctorarse es una manera de ennoblecerse ante la plebe. El que no es abogado lo será pronto. Entre los treinta que terminan los estudios jurídicos en 1869, trece son amigos de Cané; Pellegrini, Alem, Goyena, Del Valle, Terry, Quirno Costa, Tobal, José María Rosa, Eugenio Cambaceres, Mariano Demaría, Bonifacio Lastra, Carlos Marengo... La mayor parte de ellos han nacido con el espíritu vocacional que la profesión exige para no ser una lastimosa mediocridad. Empero, él, Cané, como su padre, abomina de las prácticas y reglas que codifican la humana malquerencia. No se descubre pasta para interpretar el mismo artículo de dos maneras distintas según sea la causa que deba defender. Cada vez que pone los ojos en uno de esos mamotretos, pues, estudia a ratos hurtados, siente la náusea irreprimible que le produce la mala fe. ¿Por qué no se hace ingeniero? El profesor Rossetti le vaticinó "que sería un ingeniero distinguido si perseveraba en las matemáticas, para las que había nacido" (XXXV). Fáltale también para esto, a pesar de la aptitud, *inteleto d'amore*, entusiasmo, fe en el resultado final del esfuerzo. Anda menesteroso de certidumbre porque, ya lo ha dicho, está inclinado al "escepticismo amargo y sarcástico". La doble crisis intelectual y sentimental de los veinte años le agita y ensombrece. Cree un día en una cosa y al siguiente en lo contrario o en nada. El símil de Hugo, expresa gráficamente su estado: siente una tempestad en el cráneo... En uno de esos momentos de angustia, más bien de neurosis romántica, se sienta y le confía al papel el dolor de vivir:

"Escribo en un momento de pasmosa excitación. Mi espíritu no puede resistir, está en una tendencia espantosa; he discutido, he levantado mi voz al impulso de mis convicciones; he sembrado la verdad y he recogido amarguras. La verdad es como la dicha humana: no vive en el mundo; si en uno de esos relámpagos misteriosos que iluminan hasta las profundidades de la conciencia, se percibe un destello de la eterna verdad, es necesario volverla a hundir en el alma, porque los hombres os execran si la decís, los amigos dudarán, los corazones que os aman temblarán por vos. Hay momentos supremos en la vida, instantes mágicos en los que el grito de la inteligencia parece desgarrar el

velo del porvenir. Yo veo el mío, sí; pero cubierto de nubes, sombrío como una tumba, negro como una tempestad. Caeré antes de subir, me hundiré en la tierra antes de acabar de salir de ella; pero si caigo y me hundo será con esa serena y poderosa tranquilidad de la conciencia que nada altera, que nada compensa”.

Continúa en una especie de delirio. Increpa a los *filántropos microscópicos* que no piensan “en el triunfo de las grandes ideas que regeneran al mundo por su grandeza” y les pide que dejen “en la lucha a un espíritu aislado que vaga en la vida sediento de la verdad absoluta, ansiando en las sombras del alma el destello del infinito!” No dice en qué consiste esa verdad absoluta. Reconoce que tiene “esas aspiraciones indefinidas”; “amo lo ideal, amo lo que es bello, porque es lo grande y verdadero; y en ese amor constante de la belleza perfecta, se agotarán las fuerzas de mi vida y se aniquilarán las fuerzas de mi inteligencia” Sin embargo, no se considera apóstol de la “verdad absoluta” de la “belleza perfecta”: “No, no me guía el santo de la propaganda, de la prédica moral; caed envueltos en el error o vivid contentos en el seno de la verdad. Mi vago anhelo no tiende al perfeccionamiento colectivo de la especie humana; no hay en mi corazón esa fuente inagotable de inmenso amor que brota virtudes y abnegaciones en el alma de los elegidos por el espíritu divino!”.⁷

Incoherencia. Confusión de sentimientos e ideas. Desconcierto de quien buscándose a sí mismo todavía no halla su camino, o no cree hallarlo cuando ya transita por él. El periodismo le reclama y absorbe. *La Tribuna* de sus tanteos de colegial le incorpora al cuerpo de colaboradores estables como redactor y hasta como cronista de policía cuando es necesario. Por entonces ningún diario puede ser mejor ni peor. En ocasiones, cuando las aventuras y fantasías de su temperamento se lo permiten, dirige el periódico Héctor Varela (Orión), maestro poco recomendable para la iniciación de un joven. Las hojas impresas que circulan en Buenos Aires tienen todas, más o menos, la misma fisonomía e igual objetivo; son trincheras de aguerridos combatientes. Creen, según la definición de Alberdi, “que un adjetivo es un argumento y que un ultraje es una razón”. Para el refinamiento de Cané será muy difícil adaptarse y permanecer indefinidamente en esa escuela, que, de no ser abandonada a tiempo, puede darle una segunda y subalterna naturaleza de gacetillero e improvisador. Pero ¿qué hacer si

⁷ Cuatro páginas manuscritas e inéditas. AMC.

no existe lo que armonice con la sensibilidad de quien sueña con “la verdad absoluta” y “la belleza perfecta”? Esperar, lo cual es mucho para el que desespera. El lunes 18 de octubre de 1869 aparece el primer número de un diario vespertino, *La Prensa*, en el que pocos reparan, tan minúsculo es su tamaño. Lo dirige el animoso abogado José C. Paz, nacido durante la tiranía rosista veintisiete años atrás. El recién venido trae un editorial redactado por su fundador en el que arriesga conceptos detonantes en la época de terror libelista: “La independencia, el respeto al hombre privado, el ataque razonado al hombre público y no a la personalidad individual formarán nuestro credo”. Tres meses más tarde, el 5 de enero de 1870, el general Mitre edita *La Nación* cuyo programa es en un todo coincidente: “*La Nación* será un diario de doctrina”. Ambas fechas son históricas en los anales del periodismo argentino que civiliza, atempera y gobierna desde sus columnas responsables.

Cané, alucinado con Alsina y Sarmiento, debió de leer los editoriales de los nuevos colegas con la indiferencia de sus parientes los Varela. Tiene la mente poblada con otras preocupaciones. Sarmiento, que hace tiempo desea reconciliarse con Urquiza —y éste con el ex boletínero del Ejército Grande— anuncia el viaje a Entre Ríos. La entrevista, de trascendencia histórica, conmueve a los viejos unitarios y federales que ya no reparan en divisas ni doctrinas; pero al que más estremece es a Cané, que aprecia el hecho no como político sino como periodista. ¡Qué oportunidad para lucir sus talentos de profesional! Si le fuera dable agregarse a la comitiva presidencial, ¡cuántos motivos de crónicas chispeantes para *La Tribuna*! Lo consigue. Ahora demostrará lo que es capaz de hacer fuera de la redacción sólo buena para los poltrones... Necesita escenarios más amplios. Por primera vez le acucia el deseo de salir de Buenos Aires, navegar aunque más no sea por el río y el Delta soñado. Y lo que apetece con imperio en beneficio de la experiencia de que anda escaso: el comercio con los hombres que gobiernan; ver a Sarmiento fuera de la Fortaleza y del coche en el que pasea por las calles de la ciudad desdeñando las críticas de los “Guerri de la prensa” y la burla de los aldeanos no habituados a esas presentaciones. Ver a Sarmiento y escucharle sus frases geniales todas, hasta las más insignificantes, por el hecho de ser de Sarmiento. Hablar con ministros y legisladores hasta perder el aliento. Describir el viaje, la llegada a Rosario, el inolvidable recibimiento en Concepción del Uruguay cuando a la vista de las tropas de Urquiza que

le presentan armas, exclama Sarmiento: "¡Ahora sí que me siento Presidente!" Seis lustros después, al pie del monumento inaugurado por Cané en Palermo, recordaría la intensidad de las horas vividas: "Iba yo en la comitiva presidencial y uno de los recuerdos más fuertes de mi juventud, es de la impresión de aquellos días: los regimientos de caballería, enrojeciendo con su traje sangriento las riberas del Uruguay, el aspecto semicolonial de San José y sobre todo, el largo y estrecho abrazo de aquellos dos ancianos, cuyas pasiones había usado el tiempo y que, en la tarde de la vida, parecían unirse en un pensamiento común y levantado. Fué el último y supremo abrazo..."⁸

También Cané puede exclamar: "¡Ahora sí que me siento periodista!"

IV

A LA BUSCA DE MUNDO

Travel, in the younger sort, is a part of education; in the elder, a part of experience.

FRANCIS BACON

Menudo, alto de talla para la edad, con una sombra de bigotillo promisorio del futuro, espeso y largo mostacho que los del 80 han de ostentar como signo de caballeros dominadores. Los ojos grandes y claros, expresan inquietudes y arrestos de alma voluntariosa, y ocultan, sin embargo, lo más valioso que hay en ella, la ternura que sólo comunica cuando presiente que no será defraudado en su capacidad afectiva. Nunca olvidará lo visto y aprendido en ese par de semanas que le permitieron llegar hasta Fraile Muerto (Bell Ville) en el ferrocarril construido por Wheelwright, otro hombre simbólico de energía, fe y equilibrio. País el suyo, en el que todo está por hacerse en lo moral y material, con instituciones políticas incipientes y de práctica dificultosa porque todavía no armonizan con el déficit de cultura en buena parte de los dirigentes y en la mayoría de las poblaciones levantiscas. ¿Será un sueño irrealizable el de la democracia en nuestra América?

⁸ CANÉ: *Discursos y Conferencias*, pág. 90. "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1919.

El 1º de marzo de 1870 muere en Aquidaban, Francisco Solano López, con ostensible regocijo en la corte de Don Pedro, quien esta vez demuestra ser más emperador que filósofo. Recrudescen las polémicas en Buenos Aires porque Sarmiento ha hecho tocar dianas de victoria frente a la casa de Mitre. Apenas extinguido el eco de las músicas marciales, el 13 de abril asesinan a Urquiza en San José. Nuevamente el incendio de la guerra civil enrojece el horizonte e infunde desazones en los espíritus más reposados. Estos últimos se preguntan: ¿podremos algún día vivir sin sobresaltos en esta tierra que no se sacia de sangre?

“Juan María Gutiérrez a Mariano E. de Sarratea. — Muy confidencial. Miércoles 18 de mayo (Buenos Aires, 1870). Muy amado y viejo amigo y señor Don Mariano E. de Sarratea... Mucho tiempo hace que nada me complace y que nada de cuanto hacen nuestros gobernantes me parezca bien. Yo no quiero tener pasiones ni opiniones oficiales: lamento la guerra que ha terminado como lamento la que comienza, la cual amenaza dejar al Entre Río en la misma brillante situación que ha quedado el Paraguay. Nos gobierna una gavilla de pillos y de charlatanes, y cuando veo que esto no tiene remedio, la discreción me manda mirar a otro lado y callar. Si yo no fuera un miserable proletario o si tuviera menos edad, no viviría en un país en donde hace el papel principal de la comedia gubernativa el pedante dómine de aldea que usted conoce. El que le suceda ha de ser peor. El asesinato de Entre Ríos no es más que la realización tardía de lo que hubo o pudo (haber?) en el Club del Progreso el año 1852. El hombre estaba condenado a muerte por la opinión de Buenos Aires desde entonces. Jordán ha realizado la sentencia en nombre de la necesidad de libertad, de progreso, que invoca la Provincia sobre la cual pesaba el gobierno patriarcal, por cerca de medio siglo... En fin, esto sería nunca acabar si continuara. Dejemos a los que gobiernan la responsabilidad de sus actos y esperemos. Veo que casi me he puesto de mal humor. Vade retro”. (Epistolario de don Juan María Gutiérrez. Compilación, prólogo y notas por Ernesto Morales, pág. 124. Buenos Aires, 1942)”.

En pocos días Miguel Cané ha vivido muchos años... Regresa a Buenos Aires transfigurado. La breve excursión le despierta la existencia de lo que no se sospechara, el instinto migratorio que tiene de común con las aves. También a él le ha llegado la hora de alejarse —hora que sonará con frecuen-

cia en el discurso de su existencia destinada a ser andariega. Sí, pero... las aves fugitivas en busca de clima propicio, no necesitan de dinero para efectuar sus misteriosos periplos.

Cuando un joven del temple de Cané —el mismo temple de bronce de su padre— resuelve hacer una cosa, o no hacerla, no será capaz de impedírsele la expedición militar contra López Jordán en Entre Ríos. El 15 de mayo *La Tribuna* publica un suelto titulado: "Viajeros amigos", con el que despide en vísperas de partir para Europa, a los doctores Juan José y Manuel Augusto Montes de Oca, Rufino Varela y Miguel Cané. Por primera vez doctoran a quien en tan malas relaciones anda con la Universidad... Su diario le dedica palabras afectuosas y espera "del corresponsal adolescente los chistes de su imaginación fecunda". ¿Chistoso el triste de la tempestad en el cráneo? La risa no es signo inequívoco de resplandeciente salud interior. Bergson demuestra, no la significación de lo cómico sino la actividad autónoma del espíritu con respecto a la materia. Esa autonomía de lo espiritual explica que ciertos humoristas lleven horribles sombras en insospechados repliegues. Los veinte años del muchacho viajero son un caudal ingente de energías con las que empieza a forjar el escudo defensivo contra ulteriores padecimientos. A bordo del "Douro" ya puede recitar de su amado Byron:

*And now I am in the world alone
Upon the wide, wide sea.*

Contempla el océano con estupor. Entre cielo y agua, bajo el eterno centellear de las estrellas, inicia una serie de auto-revelaciones. La pluma juvenil con ritmo veloz corre sobre el papel para confiarle los sucesivos despertares de su alma. Poco cuida de las palabras que salen presurosas, impertinentes, y se agrupan en frases dislocadas y alocadas. El niño, la medida, requieren tiempo y paciencia benedictina para elegir los vocablos y rehacer la página cuantas veces sea necesario. *Lisez et relisez sans cesse...* ¿Quién a los años de Cané resiste al deseo de torcerle el cuello a Boileau? El lenguaje límpido viene después, si la vocación del estilo triunfa y obliga a escribir menos y burilar más. Está en la hora de los periodos hirsutos, de los torrentes palabreros y arrasadores de cláusulas gramaticales. Vislumbra que a escribir se aprende escribiendo y que ninguna gramática supera a la empírica. Además, tiene muy justificada prisa. Es periodista, vale decir, que no anda opulento de tiempo para demorarse en el retoque de la frase que le sale galopando.

Cané escribe sus artículos en forma de cartas dirigidas a su "querido Orión". Sabido es que una epístola exige la pareja nivelación de dos espíritus en el instante de comunicarse. El que escribe debe situarse en el alto o bajo nivel de quien recibe el mensaje. Horacio adopta el tema y el lenguaje que más les conviene a Numicio. Albio Tibulo o los Pisones.

Otras veces hay que elevarse sobre sí mismo para ser leído —Plinio el Joven con Tácito, Atico con Cicerón—. Lo penoso es el caso contrario, el descenso para ser comprendido y tolerado. Queda dicho que Cané, desde su primera carta fluminense (22 de mayo de 1870), tiene que ponerse en armonía con la sensibilidad de "Orión", que es, de seguro, semejante a la de cuantos leen *La Tribuna*. Sin extremar el rigor, inaplicable e inexplicable, Cané hace un buen artículo para su mocedad muy despierta y rica en quilates emotivos. Reacciona con nobleza ante el paisaje exuberante, y desliza donosamente la teoría de los climas: "Si un inglés pudo cantar a Romeo y Julieta, un Romeo nunca pudo ser inglés". El "inglés necesita el cielo de Italia y su atmósfera poética". Justifica sus reiteradas exclamaciones de gozo con una cita de Larra: "Sólo a las almas muy grandes o a las muy estúpidas, les es dado no admirarse de nada", y hace una profesión de fe a manera de anticipo de lo que ha de ser su vida: "Creo que el hombre ha nacido para viajar".

La excursión de Cané por Europa es una crónica interminable en la que entran profusas observaciones de cuanto desfila ante sus ojos inquisidores, casi siempre deslumbrados. La pluma no sabe de reposo desde que llega a Londres con la muerte de Dickens acaecida el 9 de junio. Predominan las referencias musicales. Habla poco de libros. En el primer artículo campean unos versos de Byron sobre Londres, que el diario inserta con espantosas erratas. Vive en perpetua agitación; de Hyde Park a Cristal Palace y de Cristal Palace a Cremorne, donde encuentra "mujeres hermosísimas, capaces de enloquecer al más estoico". El buen periodista lee cuanto diario circula para recoger información de hechos notables que tiene el deber de comentar: moralidad de las costumbres, vida airada, alcoholismo, suicidios, víctimas infantiles de una envenenadora... Adviértese la misma verborrea de "Orión", con el culto del chiste por el chiste, principal y abusiva característica de aquel genuino producto del Río de la Plata, inteligente, vacuo, simpático, audaz, impetuoso y cínico, difícilmente superable. Cané suele enviarle a su director y modelo, mensajes de corte infantil: "¿qué haces? ¿siempre andas en

las calesitas?" Prontamente penetra en la psicología del pueblo inglés cuya literatura ya practica y admira. Es costumbre de los viajeros, aun en los adultos y responsables, asentar juicios rotundos después de un par de semanas. Les basta con transitar por las calles, presenciar el desfile de la multitud, ir a los teatros y museos, para conocer a fondo la sociedad. Cané descubre, por ejemplo, que los ingleses son muy ingleses, en todo excepcionales, únicos. No admiten modas extrañas, no les placen las costumbres exóticas, y lo que todavía es peor, "imponen su modo de ser por la fuerza de las cosas". En cuanto a la literatura dice juiciosamente: "se cree por lo común que con haber leído, y a veces con citar a Shakespeare, Milton, Pope, Dryden, Sheridan, Byron, Moore, Spenser y, uno u otro más, se conoce a fondo la literatura inglesa".

Un acontecimiento inesperado sorprende al viajero. Como consecuencia del telegrama de Ems, el gobierno de Napoleón III decreta la movilización y el 18 de julio le declara la guerra a Alemania. ¡A Berlín! —gritan los manifestantes en los bulevares parisienses. ¡A París! —piensa Cané. Al día siguiente se sienta a escribir. En veinticuatro horas ha estudiado el conflicto y adelanta las consecuencias irremediables. Amante de los vaticinios, anuncia el triunfo de Francia, guerrera e inmortal, si bien teme "la conflagración general de la Europa y el mundo". Cuando su crónica inflamada es leída en *La Tribuna*, Francia ha sido derrotada y Napoleón III es prisionero de los alemanes... No importa. Esos infortunios militares se deben tan sólo a los achaques del emperador, pero con tres cuerpos de ejércitos intactos, los franceses alcanzarán la victoria. La noticia de que Garibaldi "se ha puesto al frente de las tropas irregulares que operan en los Vosgos", justifica el optimismo del brioso corresponsal. La proclama del admirado aventurero nunca olvidado en el Río de la Plata, le parece magnífica. Escribe Cané: "Montevideo no tenía más que ocho mil defensores y resistió nueve años al empuje de 28 mil combatientes. Y allí no había elementos, no había recursos. Pero se peleaba por la libertad, y por la libertad se triunfó. En Francia tenéis mil recursos, tenéis dinero, hombres, armas, etc. Adelante, y arrojemos al invasor del suelo de la República Francesa". Sin dominar el frenesí que le mueve la pluma, pregunta: "¿Y todavía habrá en mi país un solo hombre que no acompañe con el corazón a esa grande y desdichada Francia, a la que debemos todo lo que sabemos porque ella es el foco de la luz del mundo entero?"

En agosto, después del segundo desastre francés en Rezonville y Saint-Privat, que determina la pérdida de la Lorena, Cané llega a París. No es el suyo el viaje sentimental de Sterne. En la crónica posteriormente fechada en Londres el 28 de septiembre, rememora sus correrías boulevarderas —más nocturnas que diurnas— con sus parientes Manuel Láinez y Juan Cruz Varela, y un amigo que mucho les divierte: Adolfo Conde. Confiesa que no ha ido a París a visitar museos ni bibliotecas; eso lo hará más tarde o en otro viaje, cuando en Francia no haya alemanes y París “vuelva a ser el París moral, el París que llena el mundo, el París de Terrail...” Lo último es de licioso, ¡el París de Ponson du Terrail! Un poco de teatro lírico, eso sí, y de Comedia Francesa; lo demás para la *Gaieté*, *Folies Dramatiques* y *Mabille*... Habría deseado visitar el Péré Lachaise, no para recitar los versos de Alfredo de Musset ante la tumba de Margarita Gauthier, sino para algo enigmático que no explica. En ese cementerio “hay una tumba que encierra un cuerpo que debe contestarme una pregunta que va a disipar una duda eterna de mi vida...” Mas he aquí que los alemanes amenazan con el sitio. París ya no vale una misa. El verboso cronista claudica y huye tan pronto como puede. ¿Qué habría sido de su suerte quedándose? La misma de Ascasubi que padeció lo indecible. Los alemanes en pocos días arrojaron quince mil proyectiles sin vencer la terca resistencia de la población hambrienta. Con Láinez, Juan Cruz y Conde, Cané se refugia en Bruselas donde encuentra a Ricardo Gutiérrez, el médico-poeta fervoroso admirador de su padre. A falta de Mabille, visitan galerías de arte y organizan excursiones, a Waterloo, Spaa y otros lugares próximos poco adecuados para ellos. El hastío los devora. “Parece que la fortuna, escribe, cuando da vuelta la cara, lo hace firme y parejo. Decididamente no tengo suerte en el juego. Saltando en un pie me hubiera ido a París, pero ya las bayonetas de los prusianos se acercaban a sus muros y era imposible entrar”. ¿Y Garibaldi? “A falta de París, Londres, eso no hay vuelta que darle”. Se despidió de los amigos, y vía Bruselas-Dunkerque, atraviesa el Canal de la Mancha en mejores condiciones, sin las olas agitadas que en el mes anterior le obligaron a recitar una estrofa no “muy poética” de Ascasubi:

Haciendo fuerza bromeaba
El criollo y se gomitaba
Quedando despatarrao.

En las postrimerías de septiembre, de nuevo en Londres. reanuda la tarea porque, mientras viaja, le toma "horror al papel y a la tinta". El muy nervioso necesita serenarse para darle un orden relativo al desorden de sus ideas y sensaciones. Con octubre llegan las primeras neblinas, suaves, azuladas; los parques se embellecen más aún y se disimulan las negras piedras de los edificios. Noviembre trae consigo la espesa *fog* que prolonga la noche y abate el espíritu nostálgico de sol latino. A pesar de lo cual escribe: "Hace bastante tiempo que estoy en Londres y cada día que pasa me gusta más". Por entonces se aposenta frente a Hyde Park y lo describe con amor. ¿De qué argentinos se acompaña?, porque en Londres siempre los hay, algunos de ellos muy aclimatados y más ingleses que los ingleses. Sólo habla de Emilio Casares. Cerca de él se ha refugiado un compatriota cuyo nombre debe serle muy familiar, por su enjundia, por la resonancia de sus obras y porque ha sido amigo de su padre. Frisa en los sesenta años de edad, de los cuales ha disfrutado nada más que de veintiocho en su tierra madre. Después de Caseros, proscripto voluntario, cada vez que determina regresar, algo grave le hace mudar de propósito. El asesinato de Urquiza le ha conmovido tan profundamente como a Juan María Gutiérrez. Piensa: donde no hay seguridad individual no hay libertad, y donde no hay libertad mal puede haber civilización política. Prefiere esperar y seguir siendo lo que es, el ausente siempre presente en su país. Es débil. Nunca su salud ha sido exuberante, pero trabaja con el ardimiento de un joven. Cumple con religiosidad el precepto: *nulle die sine linea*. Todos los días, desde hora temprana, se sienta a la mesa y escribe el número de cuartillas que se ha impuesto, ni una más ni una menos. Ahora tiene adelantadísimo un cuento o cosa con aire de cuento, *Peregrinación de Luz del Día o viaje y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*, que va a emparentarlo, según José Manuel Estrada, con los más linajudos satíricos de lo antiguo y lo moderno.

¿Vió Cané al autor de las *Bases* en Londres? No hay ninguna prueba que lo atestigüe. ¿Sabía de su estancia circunstancial en la capital inglesa? Mal cronista sería si lo ignorase. ¿Por qué no le hizo una visita siguiendo el ejemplo de sus hermanos mayores, Jacinto y Mariano, que le cumplieron años atrás en París? Misterio. No es misterio en cambio que los Varela injurian a Alberdi en *La Tribuna*. Otro argentino pasea por las calles de Londres, a ciertas horas, de preferencia en las crepusculares. No sería peregrino que alguna vez rozara

el brazo de Cané a lo largo de esas calles frecuentadas por los jóvenes y también por ciertos ancianos que no renuncian a los últimos deleites del amor, aunque sean tarifarios... "Rosas sigue en Londres, pasando sus noches en las tertulias del relojero de la calle del Regente, y embromando con las niñas públicas a las que parece gran aficionado". (*Cartas inéditas de J. B. Alberdi a J. M. Gutiérrez y Félix Frías*, pág. 65, Buenos Aires, 1953).

La última carta de Cané fechada en Londres (noviembre de 1870) termina comunicando anhelos alberdianos: "construyan ferrocarriles, asfalten calles, supriman los serenos nocturnos..." Después se hace un largo silencio. Si no escribe es porque anda de viaje. ¿Por dónde? Lo dirá más tarde: París, la Florencia de su padre, Roma, Nápoles, con Ricardo Gutiérrez de compañero. Cuando se lamenta de no haber conservado sus cuadernos de impresiones, algo contará de esos meses de bohemia artística y sentimental.

El artículo afectuoso y difuso que Cané escribe para exaltar la personalidad de Ricardo Gutiérrez, a quien Goyena ya le ha dedicado un ensayo calificado de magistral por los lectores de la *Revista Argentina*, sirve para barruntar el género de existencia que los dos amigos llevan en Europa. La de Gutiérrez tiene una finalidad que prima sobre las demás actividades para él secundarias: el perfeccionamiento de sus estudios de medicina en hospitales y laboratorios, exigencia que no le prohíbe darse intervalos para gozo del espíritu: la música, el arte pictórico, las cartas a *La Nación*, las parrandas muchachiles, y, cuando las musas le enrostran ingratitudes y desdenes, las estrofas de *El Pecado*. Es en Florencia. Cané y Gutiérrez se guarecen bajo el mismo techo. Miguel defiende todavía, tal vez en el postrer recodo de su obstinación, los fueros de la libertad individual, la duda escéptica, el sendero de su vocación que se extiende en lejanías poco transitadas y muy por encima de las mentiras convencionales. Una de las estrofas recién escritas por Gutiérrez cuaja a maravilla con la independencia airada y la postura iconoclasta de Cané:

¡La esperanza perdida,
y en la más noble juventud lozana,
cuando se abren las puertas de la vida
con el primer fulgor de la mañana!...

En la medicina de Gutiérrez faltan atisbos de psicología. La crisis de Miguel pasará, y más pronto de lo que el hermano

mayor presente. Hay que dejarle encender teas incendiarias. Que salga fuera todo lo que lleva dentro a manera de tóxicos. Que grite denuestos y critique las costumbres gregarias de sus semejantes. Que se burle del empeño que los demás exhiben para doctorarse. Que pregunte: ¿para qué sirven esos títulos que Salamanca otorga si la naturaleza niega el talento y las gracias del espíritu en comunión con la belleza? Que repita las arrogancias de José Manuel Estrada: "Yo no soy doctor ni quiero serlo! ¡Yo no deseo ser lo que cualquiera es!" Que se desahogue todo lo más que pueda. Día más, día menos, ha de reconciliarse con lo que ahora desdén. ¡Y quién sabe si no llega a franquear la puerta estrecha! Lo último es materia de conjetura sin fundamento que la justifique por el momento.

Cané obedece al impulso de hacer pública su admiración ilimitada por Ricardo Gutiérrez, y lo consigue, desde luego. Mas a poco de iniciar el panegírico, pergeña lo que tal vez no pensara, su propia autobiografía juvenil, minuciosa, sencilla, sincera, como una confesión que le urge hacer. Mal puede eliminarse el crítico en el instante de transmitir la naturaleza de las sensaciones que despiertan al calor de la simpatía que le profesa al hombre y a su obra. En la práctica se anticipa a la definición irónica de France sobre el "buen crítico" y la utilidad de la obra maestra que analiza.

Veamos cómo se desempeña Cané en su tarea de crítico que se niega a sacrificar lo más hermoso que hay en él: su temperamento de introspectivo:

"Yo era entonces como casi todos los jóvenes de esa edad que han recibido una educación análoga a la mía, un dechado de escepticismo, hasta cierto punto inconsciente. No tenía ideas fijas, porque mis estudios habían sido vagos y superficiales. Había estudiado filosofía casi del mismo modo que se estudia derecho internacional, esto es, pasando revista a las opiniones de las autoridades consagradas por el juicio universal. Voltaire y los enciclopedistas me parecían irrefutables, y las doctrinas materialistas no me presentaban duda ninguna. No comprendía el deísmo y no me asustaba el ateísmo. Hubo un tiempo en que me incliné decididamente al budismo, sólo porque había leído un artículo de Barthelémy Saint-Hilaire en que critica esa religión, por la ausencia de Dios".⁹

⁹ CANÉ: *En Viaje*, pág. 25. Clásicos Argentinos. Ediciones Estrada. Buenos Aires. s/f.

En el “yo era entonces” hay una cierta piadosa suficiencia por lo que fué hasta ayer. Es de notar que ahora tiene veinticuatro años y ya se considera hombre formal con más orden y claridad en las ideas... Con todo, bien reflejada está esa mocedad que anda a tientas, buscando, los mejores, una salida del laberinto de lecturas deficientemente asimiladas. No dice si en algo se ha modificado el carácter de Gutiérrez, bondadoso como ninguno, pero con un imperio a favor de sus creencias dogmáticas y con una arbitrariedad en la defensa de sus gustos que acaban malogrando el placer de su compañía. “Si Gutiérrez estuviera dotado de un poco más de flexibilidad en el espíritu, sería un viajero inimitable” —observa Cané. ¡Dichoso de quien posea la deseada y rara flexibilidad espiritual, y dichosos todos cuantos le conozcan! De inquisidor es el temple de Gutiérrez: “Ricardo es implacable...” —repite Cané. Con este linaje de amigos torquemadescos no es juicioso acompañarse mucho tiempo. Será prudente establecer separaciones de tiempo y distancia. Que Cané no regrese a Buenos Aires en el mismo barco de Ricardo si desea asegurarse una travesía placentera...

“Para volver, me embarqué en Génova en un buque italiano; tocamos en Marsella, Barcelona, Gibraltar, Río y Montevideo. Viaje inolvidable; el barco, mal cargado, venía inclinado a babor; el comandante había tomado su mando horas antes de la partida y tuvimos que prestarle ayuda para prender al segundo, cuya conducta, digna de una fiesta de Citherea, tenía inconvenientes a bordo; los víveres se concluyeron, viéndonos reducidos a una sopa de coles diaria (*minestrone*) y a un poco de cerveza; se declaró la viruela negra a bordo, tuvimos que echar al agua algunos individuos que habían dado muestras inequívocas de haber concluido la travesía de la vida y establecer un cordón sanitario entre la proa y la popa; por fin, los pocos pasajeros de cámara que veníamos, nos vimos obligados a hacer una ronda nocturna, pues los marineros tenían la inocente costumbre de pegar en las paredes del navío, velas de sebo encendidas. Por fortuna, nunca he visto el mar más tranquilo; durante treinta y seis días, ni una brisa fuerte agitó las olas. Pero confieso que cuando me ví en tierra respiré con inmensa satisfacción”.¹⁰

¹⁰ GROUSSAC: *opus cit.*, pág. 23.

ACONSEJAN AL REBELDE

¡Oh, descenso de Buonarrotti a simple pintor de letras!

RICARDO GUTIÉRREZ

Viruela negra en el barco, y fiebre amarilla en Buenos Aires. ¡Como para llegar animoso y con esperanzas de abrirse camino en la vida, cuando ante los ojos sólo se abren caminos que conducen a la muerte! El 20 de febrero asegura Avellaneda en *La Tribuna*, que en los últimos cuatro años ha muerto un habitante por cada veinticuatro. A Héctor Varela se le ocurre, una “heroica orionada: juntar al pueblo en la plaza de la Victoria, para que de ese plebiscito surgiera una junta de salud pública que asumiese la defensa sanitaria del municipio”. Es la ciudad que hoy evocan como jardín de delicias los cultores de la tradición —falsificada—; la misma que vivió Guillermo Enrique Hudson, ciudad de malos olores, *a city of evil smells*, la principal y más pestífera del globo, *the chief pestilential city of the globe...*

Todos cumplen con su deber —el joven médico Eduardo Wilde entre los primeros y más arrojados— hasta que la pobre ciudad, enterrados los muertos, recobra su antiguo ritmo, aunque el abatimiento ensombrece muchas almas. Cané no cambia de vida. Escribe diariamente en *La Tribuna* artículos firmados y hasta los que no llevan sus iniciales dejan de ser reconocidos por la exuberancia de su temperamento. Como crítica con acritud, suele recibir padrinos de los que le retan a duelo. Se prodiga. Está en todas partes sin excluir una logia masónica. De todo hace menos abrir los libros de derecho que tiene abandonados. El periodismo le absorbe y el recuerdo de Europa le atribula. ¿Cuándo podrá volver? Sus amigos deploran el desdén que manifiesta por los estudios universitarios. El que más empeño demuestra en enderezarlo es su cordial compañero de vida bohemia en París y en Italia:

“Ricardo Gutiérrez a Miguel Cané. París, agosto 7 1871. Estimado amigo Cané. Su carta última del 8 de junio tan llena de amistad alegre y de interés pensante, me ha convencido de mi injusta pereza de no escribirle. ¡Me ha

convencido! Y esto es un caso nuevo en la historia donde no existe mención de un hombre que haya sido convencido por otro. No me disculparé porque no tengo disculpa, pero sí, me explicaré. El primer motivo de no haberle escrito ha sido esa intención de escribirle, tan admirablemente sorprendida por Vd. en el génesis psicológico del criterio *bufetil* y haraganesco de los que escriben mucho, —porque yo escribo enormemente en los tres correos de cada mes. Fuera de lo que embadurno para mí en notas y redacciones diversas, mando cada vez a Buenos Aires cuatro pliegos de cartas obligatorias, cinco o seis de espontáneas para mi familia y más de treinta páginas como ésta, para *La Nación*...

“Antes de pasar a cosas más alegres, quiero darle un serio consejo. Usted sabe que lo estimo por genealogía y personalmente y no puedo tener indiferencia por lo que Vd. me cuenta que hará en el futuro. Y desde luego, como diría Cantilo (lo estoy viendo escribir la frase) condeno con toda severidad el que Vd. haya dejado su carrera de abogado. Un hombre que tiene dispuesta como Vd. su masa cerebral, está obligado sin réplica a este alto deber: a hacer de ella el mejor uso y bien posibles y a conservarla en su esfera. Esto, entre nosotros y hasta hoy, no se puede sino de dos modos: haciéndose médico o abogado. ¿Qué va Vd. a hacer, buena criatura, en escribanías ni empleos? ¡Ah! usted mismo se cierra las puertas de un porvenir brillante! Y todas las puertas: los honores, la fortuna, la enseñanza de la justicia y las escalas por donde un abogado sube entre nosotros a la magistratura, al foro y al gobierno de la patria... Usted me dirá que hay muchos cretinos que gobiernan, legislan y figuran y algunos, Cané, que no han hecho nada de eso, pero yo le responderé en el acto que nada de ésto priva ni ha privado jamás el que un cretino sea un cretino y un Cané sea un Cané *per secula seculorum*...

“Pero lo que un hombre, aún como Vd.... halla atroz (¡oh, miseria humana!), es el (aprendisaje) de las pequeñeces del derecho, que no son del derecho mismo. Yo también las he estudiado..., y desertado, deslumbrado luego por el apostolado del médico y el drama de las ciencias naturales. ¡Oh, amigo! pero el médico pasa por lo mismo. La farmacología y la materia médica simple no son más divertidas que las *Partidas* del Rey don Alfonso, que las *Pandectas*, ni que las leyes de Indias! ...Acuérdese de los consejos de su padre —y verá que él puede sólo haberle aconsejado lo mejor. Entre las cosas reservadas que tengo

yo en mi vida, figuran en primera línea un par de palizas que debí yo al alto criterio del mío, para hacerme entrar al camino en que hoy me encuentro.

“¡Ah! con la edad que Vd. tiene y el mundo que conoce, echar su porvenir por la ventana! Jamás un garrote de tala imaginó, en su fantasía nocturna, un lomo mejor dispuesto para asentar sus nudos! Paliza homérica, paliza de museo Capitolino, paliza de Hércules Farnecio y de apaleador de esquina altamente recompensado. Paliza con sombrero a la nuca, de aquéllas de escupirse la mano para que no *resfale* el palo; de aquéllas que hacen mear como un Mane Kempís, al primer zumbido del garrote.

“Cané ¿usted es escribano, usted que es escritor? ¡Oh, descenso de Buonarrotti a simple pintor de letras! Tengo por honrada justicia no despreciar ninguna profesión de la vida honesta. Yo le meto a cualquiera un dedo en el culo para curarlo de una fístula o de una fisura del ano, de un cólico fecal o de una hemorrágea interna, pero no me avengo a que Miguel Cané se encuentre incómodo cuando se le dijera este cuarteto de Quevedo:

El signo del escribano
—dice un astrólogo inglés—
el signo del Cáncer es
que come a todo cristiano.

“Pero me apercibo que acaso predico en desierto. Lea, reflexione, resuelva y conteste, como dicen los anuncios de la zarzaparrilla de Bristol y, sobre todo, escriba, Cané, sea escribano, abogado o lo que se le antoje. Escriba, si no quiere que lo llamen *Escriba*.

“Cuán gratos me son sus recuerdos de nuestras andanzas y aventuras por estos mundos lejanos! Aunque Vd. no sepa que es uno de los hombres más agradables que puedan hallarse en la vida para andar en sociedad y en comunicación moral, le diré que su presencia me ha dejado un vacío que nadie llena. La Europa me es ya diversa de la Europa de aquellos días de Spa y de Bruselas; de las tundas a Conde y de las correrías en ferro-carril de Munich y del Tyrol, de nuestras pláticas nocturnas y de nuestras excursiones a todo lo bello y grandioso, en Florencia, en Roma, en Nápoles, en Waterloo y en Pompeya. Los Museos, la sublimidad, todo lo admiramos juntos. Conocíamos a Miguel Angel en cualquiera pulgada de sus criaturas y meditábamos sobre el espíritu en el San Juan de Donatello. Ri-

bera, *Rambrandt*, Van Dyck, Murillo, Andrés del Sarto y Guido Reni eran nuestros amigos. Nos paseábamos en el Coliseo y en el palacio de los Césares. En las ruinas de... (?) usted se (*enternesió*) ante la tumba de Virgilio y Conde se agigantó llevando la antorcha en la gruta del Possílopo. Nuestra vuelta por aquellas montañas fue deliciosa! veíamos el Vesubio y una carreta napolitana tirada en yunta por un buey... y un caballo; el buey de ladero y el caballo en las varas. ¡Ah! y aquel vinillo casi tan delicioso para mí como el *vin santo* (?) a que Vd. y Láinez tenían tan pánico horror! Aquel reír y sentir y meditar tan alegre, deleitable y atractivo. Nos enseñábamos y nos agradábamos mutuamente. Por todas partes donde (andubimos) juntos, mis recuerdos se recuerdan de Vd.

“Hoy ando solo y callado: converso entre mi sombrero y rio entre mi (*vigote*). Paris está triste y yo lo aborrezco. Luego, por razones especiales, yo he vuelto, desde que llegué aquí, a renovar mi vida sui generis de Dr. Sangredo, limitada al área que encierra mi casa, los hospitales y la Escuela de Medicina. Mis únicas distracciones de domingo se reducen a visitar los museos o a oír el *Fausto*, el *Roberto*, los *Hugonotes*, o *Lucia*. La fabricante y artista de pájaros artificiales murió en el sitio y de una indigestión, por haberse comido un loro, no artificial, sino natural —un loro que me preguntaba siempre: ¿as-tu dejeuné? Murió por haber vuelto a la naturaleza y se hubiera salvado a haberse comido sólo uno de sus pájaros... artificiales. ¡Leccción de profunda enseñanza!

“Celebro su aventura de viaje, deseándole larga vida; y espero que Vd., que es hombre observador y deductivo, habrá meditado sobre la intervención de los barquinazos en los amores de alta mar.

“...Viva y ame ¡voto a Coribas! Usted tiene la patente para esa gloria en el tesoro inestimable de la juventud. A mí, ya se me va acabando. Espantosa realidad, amigo mío.

“Como Vd. supondrá, me interesan hondamente las noticias de Buenos Aires y muy especialmente las que se refieren a la desgracia pasada. Si me escribe con descanso, cuénteme todo lo que ha sucedido de notable.

“...Respecto de mi oferta poética, la sostengo pero la aplazo. Usted sabe que eso no puede traerse sino esperar a que venga. Me temo mucho que no sepa ya escribir poesías. Con Juan Cruz hablamos siempre de política y de Félix Pyat.

“Aquí dicen que la Francia se va a regenerar. Esto se ve ya muy claramente. “Mabille” y “Bullier” han abierto de nuevo sus puertas; los cafés del boulevard italiano se llenan y los del barrio latino, de estudiantes borrachos. El *Charivari* ha aparecido y diferentes otros diarios de caricaturas. Los teatros de la *Gaité*, del *Palais Royal*, *El Dorado* y las *Folies Dramatiques* tienen más concurrencia que nunca; la prensa seria de Francia descubre cada día los más alegres *calembourgos* y sostiene que es la Francia quien ha triunfado en esta guerra y que ella será siempre “el pueblo más espiritual del universo”. Dios se las depare buena.

“Si Vd. se ha quejado justamente de mi pereza para escribirle, creo que este largo cartazo me hará perdonar sus resentimientos y quedar a mano —al menos en cuanto a la restensión de lo escrito. Si Vd. estima razonable este arreglo. Hoy que —escribano— debe tener su más alta consideración que antes un pliego de papel...sellado, echemos pelillos a la mar y quedemos en que Vd. me debe respuesta, como si yo le hubiera dado *traslado*, para llamar *autos*. Ya vé que entiendo esa jerga, porque estuve dos años y como *practicante* (platicante, qué linda palabra criolla!) bajo la férula del Dr. Roque Pérez (q.e.p.d.) el cual en ese tiempo y después de haberme sacado el quilo tuvo a bien no pagarme un solo cobre. En cambio, yo me hacía pagar por una muchacha que él mantenía.

“¿Que si me vuelvo pronto? ¡Oh! 5 meses más la tierra me habrá tragado si no saludo con un beso la playa de la mejor de las patrias.

“¡Ay! de los gringos que caigan entonces en mis uñas!

“Adios, amigo Cané. Que Él lo ayude y lo guarde para los que lo quieren y Vd. ama. Su amigo-Ricardo Gutiérrez. Rue Sorbonne, nº 10. P.D. Lea mi correspondencia de esta fecha”.¹¹

Cané lee, reflexiona y no modifica su actitud negativa. Tiene un empleo en el ministerio de Hacienda, escribe regularmente en *La Tribuna*, y nada más.

¹¹ Carta inédita. AMC. (La ortografía de Ricardo Gutiérrez ha sido respetada).

EL TONEL DE LAS DANAIDES

Sin solemnidad inoportuna, Ricardo Gutiérrez le ha escrito como amigo jocosos y como buen hermano mayor. Puede expresarse con esa franqueza porque le lleva a Cané quince años de diferencia, el largo espacio de que habla Tácito: *quindecim annos, grande mortalis aevi spatium*. ¿Aprecia los consejos en lo que valen? No está para recibir inspiraciones, así vengan de la ninfa Egeria. Desde que ha llegado de Europa se le ve con el humor inestable. Mostrábase ayer parlero, chispeante, casi adicto a una liviana filosofía optimista, de confianza en los días venideros. Y ahora... Hay que indagar la causa del brusco cambio temperamental. La buscaremos lentamente como de paseo, sin prisa enfadosa, y daremos con ella, de seguro. Pretenden algunos —predicadores de moral, fiscalizadores de costumbres— ser la misma inalterable criatura desde que nacen hasta que mueren. Poco se conocen a sí mismos, y apenas si columbran el neblinoso mundo de los que someten a juicio. Hablan del hombre dotado de una sola pieza, con un solo camino a recorrer y una orientación única a seguir sin desvíos. Un hombre como el que alaba la deslustrada frase retórica, sería un varón deshumanizado, hierático, más bien estatuario. No existe, por ventura, ni en las hermosas biografías de Plutarco. Grande o pequeño, deslumbrante u opaco, el hijo de Dios es un conjunto de piezas desiguales, de zonas y climas cambiantes, de almas dispares que luchan sin tregua entre sí. Hoy rientes y confiadas, mañana sombrías y recelosas. Regidas por profundas mutaciones, cada transformación trae consigo una contradicción. De ahí la absurdidad de enrostrarle sus contradicciones al que las exhibe en la conducta o en la natural y sinuosa trayectoria de su pensar en el intervalo de los dos silencios... “Yo soy un hombre con mi contradicción” —dice ufanamente Ulrico de Hutten.

Pero Cané es un mozo de veintiún años. Si no es un niño todavía no es un hombre con el peso de la responsabilidad definida, implacable. Está en el período de las mayores angustias e incertidumbres. A veces vuelve a la peligrosa costumbre de monologar como Hamlet: ser o no ser. Luego reacciona antes de bordear el abismo, y el monólogo se cambia en diálogo con la conciencia cuyos dictados desea conocer. Mas la con-

ciencia, voz de Dios en nosotros, muchas veces permanece distraída, sorda o enigmática, y responde al modo de los oráculos, con vaguedades, o no responde nada. En la honradez de sus soliloquios, pues no quiere engañarse, cae finalmente en la cuenta. Europa le ha hecho un bien que le redundará en daño: no es feliz en Buenos Aires. ¿Por qué? ¿Acaso no le abrumaron las horas nostálgicas en Londres, en París, en Florencia? Es verdad. Lo reconoce. La distancia le hermoseaba una realidad que ahora se le presenta tal cual es, sin disimulos ni atenuantes. Para vivir en una aldea sin deseos de morir, requiérese la urdimbre del espíritu aldeano. Hallarse cómodo en lo pequeño, ancho en lo estrecho, orgulloso de la media luz y hermanado con la opacidad, eso es lo aldeano. Cané respira con dificultad en una atmósfera que le parece enrarecida.

Sea como fuere Buenos Aires, al día siguiente de llegar no puede largarse a esos mundos que lo han embelesado con exceso. Es pobre. Tiene que resolver el problema nada desdeñable de vivir sin apremios. ¿Cómo? Sólo ha heredado un ingente caudal de lirismo y de amor hacia las cosas bellas pero improductivas de bienestar material. El suyo no es un talento práctico ni capaz de convertir en moneda de mercader el oro sutil de los ensueños.

Urge tomar una determinación. Cuatro caminos se abren ante sus vacilaciones: los estudios de derecho que abandonara a poco de iniciados; el periodismo; el profesorado; la política. Pero... En seguida analiza los peros que siempre se le atraviesan y a veces le descorazonan. La profesión abogadil, tan noble en la letra que la define —llamar a otro en su ayuda y defensa— le desagrade porque le falta, con el espíritu jurídico, la necesaria sutileza para hacerle rostro en juicio, hoy al bien mañana al mal, confundiendo ambos cuantas veces lo exige la causa del cliente y el pingüe resultado de la sentencia favorable. El abogado llega a ser un factor de intranquilidad pública porque, aun fuera del estrado judicial, de todo hace pleitos complicando lo sencillo y obscureciendo lo claro. El periodismo hasta ahora le seduce sin defenderse de sus atractivos pasajeros; armoniza con su naturaleza, acrecienta su sentido crítico, acentúa su perfil de censor de costumbres, le hace diestro en la esgrima de la polémica, y difunde su nombre en los círculos políticos y sociales. Eso es bueno para él. Es una llave que permite abrir muchas puertas. Como toda actividad humana, el periodismo tiene graves inconvenientes para el que se entrega sin reservas. Da la costumbre de escribir a prisa porque la imprenta no espera ni consiente retoques. Enseña a

expresarse con máxima claridad, sin desplantes de vocabulario, pero cae en lo elemental y acaba en afligente pobreza. Además de eso, absorbe, exprime, consume enteramente las más preciosas cualidades y energías mentales. El diario es para el periodista el tonel de las Danaides evocado por Pérez de Ayala en su ditirambo de la prensa:

Mas el tonel nunca está harto.
Por fin, un día desaparecéis.
Vuestra vida el tonel ha tragado
Y otras vidas fluyentes continuarán vertiéndose
Dentro del tonel abismático.

A Cané le aterra el pensar que se le pueda ir la vida inclinado sobre las cuartillas en esa obra que jamás termina. En cuanto al profesorado, es otro tonel abismático, otra manera de repetirse y agotarse tornando a decir cada día, cada mes, cada año lo que fué dicho el anterior. Las sombras de Agüero y de Jacques se le presentan de improviso y le parece que las dos pronuncian el mismo desolado interrogante: ¿para qué? Queda la política. Por lo que tiene visto y leído, ya sabe lo que es la gran devoradora de la tranquilidad y la inteligencia. Sin entrañas, enciende el apetito de mando y de honores en quien se acerca a ella para cortejarla. Atiza el rencor entre hermanos y los arroja a la tiranía y a la guerra civil. Por un dogma, por un prejuicio racial, por una isla, por unos kilómetros más de tierra desierta, por un yacimiento de oro o de petróleo, provoca hecatombes de vidas humanas. La política, la mentira, la deslealtad, la traición, la que separa a los amigos y reconcilia a los enemigos... Siente el redactor de *La Tribuna* instintiva aversión por la política, lucha de leones o de canes hambrientos. Perdería lo que más ama, la independencia, porque para ser diputado, senador, ministro, hay que ir tras el dirigente y dispensador de favores a rendirle homenaje. Entonces ya no se es Cané sino un mitrista, un sarmientista, un alsinista, un avellanedita. Los amigos de Cané son esto o aquello porque tienen pasta de políticos y ambicionan el gobierno y la pública consideración. ¿Qué han de hacer en el período de lo promisorio sino adiestrarse en sus primeros aleteos de pichones! ¿Y faltos de fortuna frente a necesidades apremiantes! Aristóbulo del Valle ha sido ya escribiente en la Contaduría de la Nación. En *El Nacional* ahora moja la pluma de la que salen vibrantes artículos contra las consecuencias del Tratado de la Triple Alianza. Cada cual hace lo que considera más digno. Encina es agrimensor. Ricardo Gutiérrez cura a los niños menestero-

sos en los conventillos que afrentan la ciudad. Estrada y Goyena redactan una revista que muere cada seis meses y dictan cátedras que les procuran flacas pitanzas. ¡Estrechez, pobreza, incertidumbre, son los regalos con que se premia el ingenio de la juventud argentina! Como el compañero a quien en el colegio apodaban Binomio, entra Cané de plumista en el ministerio de Hacienda. De esta suerte refuerza los honorarios, a las veces morosos, de *La Tribuna*.

Los fatalistas creen que nadie es dueño de modificar su destino, y mucho menos los que han nacido bajo el signo de Saturno. Son los infortunados a que Verlaine se refiere:

*Or ceux-la qui sont nés sous le signe de Saturne,
Fauve planète, chère aux nécromanciens,
Ont entre tous, d'après les grimoires anciens,
Bonne part de malheur et bonne part de bile.*

Mas nunca con estados permanentes en la desdicha como hemos de verlo en quien ha nacido para escribir artículos. De pluma bisoña y galopante, mal pueden salirle buenos, o relativamente buenos. Acaso lo fueron, y excelentes, en aquella su época en que primaba lo espontáneo y descuidado. Pero de tales tropiezos y vacilaciones han de salir las futuras notas, impresiones y crónicas de viaje, escritas con más firmeza, sin perder la soltura, el calor y el color de una conversación. Y no es tarea fácil la de escribir con naturalidad y sencillez, con no afectada elegancia, sin espesa frondosidad y enfadosas digresiones. Cané será constante en el género que practica desde la mocedad porque, como ningún otro, se marida con su temperamento nervioso. Prefiere las grandes síntesis. Anda empeñado en comprender y traducir la sensación repentina, lo actual, el minuto fugaz. Anhelo semejante al de Montaigne: "me circunscribo a la pintura de lo transitorio, y no lo transitorio de una edad a otra... sino de día en día, de minuto en minuto. *Je ne peints pas l'être. Je peints le passage.*

El que no sabe captar el pasaje de lo transitorio, no es periodista.

La Tribuna tiene otro inconveniente. Es un diario de corte pasquinero que cultiva la lisonja de acuerdo con intereses políticos circunstanciales, y tremendas diatribas para cuantos no se mueven en la misma dirección. Mala escuela cívica y deprimente influencia moral. Por algún tiempo Cané no desentona con el estilo del diario ni procura rebelarse contra la evidente sugestión que el deslenguado director ejerce sobre él. Suele ser agresivo, mordaz, irrespetuoso, y cuando incurre en tales des-

lices es infaliblemente chabacano. Durante la belicosa presidencia de Sarmiento no sentaba mal burlarse del general Mitre, por ejemplo. Cané lo hace con un artículo titulado "Paz sin guerra". Tampoco queda mal decirle cosas al nuevo diario *La Prensa* —lleva tres años de vida el colega cuyos editoriales fastidian a Cané por lo "soporíferos y vacíos"—. Granizadas contra la Facultad de Medicina, contra el Banco Nacional, contra las compañías teatrales españolas. Burlas contra los nuevos abogados, sus amigos Pedro Goyena y Aristóbulo del Valle: "Yo los compadezco, aunque no lo merecen. Nacieron hombres, se han hecho máquinas. Máquinas admirables, si queréis, las más perfectas que en su género conozca la humanidad, pero máquinas. Pedro Goyena, crees tú que eres querido y respetado porque sabes algo del Digesto?... Y tú, del Valle, vales lo que vales porque sabes procedimientos civiles y tienes la práctica del foro?"

Todo tiene su hora. La moderación de Cané tiene la suya. Acaba por comprender que esos articulejos no le honran aunque le agraden a Orión y al público porteño amante de las humoradas. Le sobra cordura para comprender que no es ese su camino ni el artículo que un hombre de su calidad puede escribir sin malograrse. Quiere algo más elevado. Siéntese capaz de escribir con el pundonor de Goyena, que oficia de crítico literario —Sainte-Beuve aldeano— en las páginas de la *Revista Argentina*. No se le oculta cuán triste es la empresa del crítico enjundioso en un país cuya literatura está en pañales. Estaría reservado a Goyena el destino de Juan María Gutiérrez, maestro sin público, y crítico sin obras dignas de ser juzgadas por su talento infinitamente superior al nivel intelectual de sus días. No importa. Cané cambia de rumbo e inicia la publicación de los artículos que han de granjearle auto-ridad, respeto y simpatía.

III

DEL PERIODISMO A LA POLITICA

“...felices de aquellos que tienen o una gran pasión o una gran convicción, porque estas dos cosas sirven de pie para apoyarse sólidamente”.

EDUARDO WILDE.

CONSAGRACION PRECOZ

Como todo espíritu anhelante y disconforme, no tiene confianza en sí mismo. Lo que hace se le revela inconsistente, sin calidad, frívolo, sensación inhibitoria que le acongoja y ha de atormentarle en el discurso de la vida. Entre sus pecados, mal puede vislumbrarse el narcisismo, supervaloración que apenas disimula la mayor parte de los escritores y artistas. Sin embargo, los que gozan de autoridad por su alcurnia mental, empiezan a prodigarle estímulos nada desdeñables:

“*Nicolás Avellaneda a Miguel Cané*—. Lo he buscado en *La Tribuna* para felicitarle, y no encontrándolo, le dejo escritas estas líneas.

“He sido amigo de su padre, me he inclinado con él sobre la tumba de su primero y malogrado hijo, adquiriendo así el derecho de asociar mis simpatías al triunfo literario del segundo.

“No sabía que Vd. escribía en *La Tribuna*, y su última producción no lleva nombre de autor. Pero la filiación es conocida y sólo el hijo de Miguel Cané podía así hablar de Roma, de las sombras del Coliseo, y sobre todo, de Florencia y del Lago, mezclando a sus murmullos los versos del poeta.

“Si pudiera hacerse alguna diferencia entre el padre y el hijo, yo diría que la frase y el pensamiento, al atravesar una generación, han perdido un poco su molicie y adquirido mayor vigor.

“Cultive su aristocrático talento y sea feliz—. *Nicolás Avellaneda. Buenos Aires, 1872*”.¹

¹ Carta inédita. AMC.

Es el legado precioso, la llave de oro que le dejó su padre. Cierta es que el año 1872 ha sido laborioso. Acaba de franquear la veintena en edad y tiene ya buen acopio de artículos, y algunos cuentos autobiográficos, porque él suele ser la tela que más teje y desteje. Los más de dichos trabajos aparecen regularmente —a veces sin firma— en una sección con el título genérico de *Párrafos*. Feliz hallazgo. Párrafos, es decir, cosillas nerviosas, breves, que rehúsan lo extenso y farragoso. A manera de epígrafe habríales ido muy bien la sentencia del aragonés: “Lo bueno, si breve, dos veces bueno”. Es requisito que se ajusta al espíritu de Gracián de suyo parco y enemigo de la suntuosa elocuencia. El precepto se vincula de igual suerte con los dos versos de Tirso:

Vizcaíno es el hierro que te mando,
Corto en palabras, en acciones largo.

¿Cuál es la finalidad de esos comentarios rápidos, a vuelapluma pergeñados en el ámbito rumoroso del periódico? Cané se adelanta y lo dice:

“Entre varios amigos hemos resuelto abrir esta nueva sección. Sea ameno o malo lo que en ella aparezca, tendrá el mérito indiscutible de responder a cierto orden de ideas que, mal que pese a los positivistas absolutos, germinan siempre en el espíritu de los hombres dotados de la libre facultad de pensar”.

Primera afirmación concreta: los temas a dilucidar responderán “a cierto orden de ideas”, o ideario definido que no será bien quisto por los que Cané llama “positivistas absolutos”. ¿A qué positivismo se refiere? ¿A lo que comúnmente se tiene por frío cálculo y afán de ganancia desmedida o a la filosofía positiva puesta en boga por Augusto Comte en el siglo XIX? Pronto lo sabremos:

“Sólo aspiramos nosotros a que nos lean pocos, con tal que ellos, comprendiendo el sentimiento que nos guía, acojan simpáticamente nuestro esfuerzo. Los dulces placeres de la imaginación parecen incompatibles con nuestro modo de ser actual. La invasión del positivismo en las artes y en las letras va ahogando en la sociedad universal todo germen de adoración a la belleza eterna. Las razas poéticas marchan hoy a la cabeza de la profunda revolución práctica que se ha apoderado del mundo entero. Todo cae, todo se analiza”.

Aunque confuso, cierta claridad se desprende. Refiérese al desdén que la sociedad de su tiempo le reserva a lo que no sea útil, "práctico", ganancioso. Lo que llama "sentimiento generoso de amor a lo bello", que él concentra en la poesía y en las artes, carece de valoración y respeto no sólo en Buenos Aires sino también en el resto del mundo. Y sufre. Sufre porque todo cae, todo se analiza... Pero Europa todavía lucha contra la ola utilitaria que amenaza con ascender hasta las más altas cimas de la idealidad, o sea, para Cané, de la belleza eterna. Entre nosotros es para desesperar "porque la lucha es ya imposible: no hay tradición, no hay leyenda. La onda poética de un día se va perdiendo y se oye sólo como el lejano canto de un ave pasajera (Musset)". Cada vez se aclara más el concepto. Entre nosotros la crisis siembra mayores alarmas porque ni tenemos "la aspiración al arte".

¡El arte! Este será el *retornelo* en los escritos de Cané. Su tierra es pobre cosa; sus compatriotas, ganaderos y saladeros, han nacido sin sensibilidad para lo "bello eterno". De hoy en más va a convertirse en un Ruskin criollo para fustigar a cuantos tienen en menos los sagrados fueros de la inteligencia. ¿Por qué no? Si Jesucristo arrojó a los mercaderes del templo, él seguirá las huellas del Maestro que vino a enseñar lo que pocos aprenden: que no sólo de pan vive el hombre.

Europa le ha hecho daño al impetuoso predicador del idealismo. Ese es su drama. Aquí no hay parques para sus narraciones románticas, ni Tullerías, ni Pincios, ni lagos escoceses, ni museos, ni bulevares, ni academias, ni ambiente literario. Aquí no puede ver a Manzoni —el ídolo de su padre—. De un mes para otro ha perdido la dicha de vivir. Con plañidero acento rememora las luminosas mañanas de Florencia, los atardeceres de Fiésole, las noches de luna en el Foro romano, el ocio fecundo vagando por las galerías vaticanas, las canciones napolitanas, el bote romántico que sabe de amor en las aguas de Capri, de Ischia... Como expulsado del paraíso tiene que estarse ahora en una ciudad de tipo colonial, mortalmente monótona, sin refinamientos ni comodidades, amén de peligrosa, pues sale de una epidemia para caer en otra. Mas no se resigna el pequeño Ruskin argentino cuyo único caudal de audacia y energía le basta para enfrentarse con la legión mercantilista. Posee un arma, la pluma, que brilla como filosa, tajante espada, con la que asesta golpes de campeador solitario. No rezan

para él las medias tintas. En otro artículo, titulado esta vez *Positivismo*², aumenta la virulencia:

“Sé que todo lo bueno se va; sé que las ideas elevadas no encuentran eco ya en nuestra sociedad mercachiflada; sin embargo, hay un deber sagrado de propender incesantemente al retorno de los días serenos del reinado de lo bello. Hemos tenido esa época: cuando se peleaba en toda la América por la libertad, la lucha engendraba el patriotismo, y este sentimiento, superior a todos, elevaba los espíritus y calentaba los corazones. Nuestros padres eran soldados, poetas y artistas. Nosotros somos tenderos, mercachifles y agiotistas. Ahora un siglo, el sueño constante de la juventud era la gloria, la patria, el amor; hoy es una concesión de ferrocarril para lanzarse a venderla al mercado de Londres”.

He aquí los colores de su estandarte que luce altanero porque es también el blasón de familia. Por ser hijo de soldado, de poeta y de artista, es rico en honra, y no permitirá que se la manchen ni se la despojen. ¡Qué bien trae a cuento lo de Hugo: *la tempête sous un crane*! Pregunta a modo de desafío: “¿Quién, quién quiere entrar en mi alma? ¿Quién quiere hacer el sacrificio de arrojarle a ese abismo, y arrancar el monstruo que me envenena?” Nunca ha dicho ni dirá nada más sincero. Lleva una tempestad en el cráneo juvenil y un abismo de dudas en el alma. Pero lo ha dicho en un intervalo de la lucha sin cuartel que se ha impuesto contra los fariseos que pululan en la villa. A todo combatiente le asaltan desazones. ¿Triunfará o será vencido en la desigual batalla? Antes de reanudar el asalto contra el enemigo invisible, y sin embargo, tangible —el materialismo— entrégase a un autointerrogatorio implacable. ¿Quién es él? ¿De dónde viene y a dónde va? Con algo de la tortura pascaliana ante el infinito y la soledad del hombre en el cosmos, escribe una confesión que no sería mal vista por el moderno existencialismo:

“Es un sufrir continuo, un eterno combate en que no hallo paz ni reposo. Si tengo alma, mi alma está maldita. Con fe, viviría...”

“No hay nada en la vida; la carne es una miseria, el cariño es farsa que mata y envenena, la gloria...un hierro candente que abrasa el espíritu.

² Incluido en *Ensayos*, primer libro de CANÉ. Buenos Aires, 1876. Numerosas reimpressiones posteriores.

“Dios....sí, hay Dios, pero vive lejos, muy lejos del mundo. Exento de envidia, el gran ordenador deseó que todas las cosas fuesen lo más posible semejantes a sí mismas. Todo aquel que crea, todo aquel que admita esto como la causa primera del mundo, vivirá”. ¡Platón, Platón y nada más! Grano imperceptible en el movimiento de los mundos infinitos, la tierra es la escoria de lo creado; los hombres la escoria de la tierra, y el alma la impura espuma caída de los mundos a la luz”.

Aquí se sospecha la influencia de lecturas corrosivas que caen como simiente en tierra propicia y bien abonada. Espigas de diversos parnasos románticos adviértense en esta frase, en aquel grito o pregunta blasfema. ¿Qué es Dios, y el amor, y la muerte?: “Todo es nada, todo es el vacío... ¡Todo es sarcasmo en la vida, desde la pudorosa virgen hasta el ebrio moribundo!” Desfilan las sombras fantasmalés de los poetas que ama el joven en un mal cuarto de hora de pesimismo: Byron, Musset, Lamartine, Poe... Sorprende no ver a Leopardi en el cortejo de agonizantes. “¡Maldita sea la vida!” ¿Tanto como eso? No. Es demasiado decir. Cané está un poco enfermo de literatura... Trátase de una dolencia incurable que se agrava con el tiempo, si bien tiene sus antídotos —hoy diríamos antibióticos— que acaban haciéndola llevadera. Sabe bien lo que le pasa. Nada hay que no perciba al fin con acierto y sutileza. Es el ambiente beocio el que a las veces le destempla y le infunde temibles rebeldías. La inteligencia es la única moneda de legítimo cuño, y lo único que distingue y honra a un hombre entre los demás. Lo que le hiere hasta lo hondo en lo que supone aciaga hora “positivista”, es el culto del dinero con menosprecio de la nobleza que sólo radica en las virtudes. Como el tiempo lo invierte en lecturas francesas e inglesas su precoz intuición le inspira en agresiva prosa algo que se acerca a la tirada lopesca:

¡Qué ignorante majadero!
¿No ves que el sol del dinero
va del ingenio adelante?
El que es pobre, ése es tenido
por necio; el rico por sabio.

No hay en el nacer agravio,
por notable que haya sido,

que con oro no se encubra;
ni hay falta en naturaleza,
que con la mucha pobreza
no se aumente y se descubra.³

Ese y no otro es el motivo que le alimenta el encono que suele derramar con virulencia suma. Y es también el aguijón que le mueve a la contienda.

II

¿QUIEN ES JOSE HERNANDEZ?

En los meses iniciales del año 73, empieza a circular un librito, en forma de rústico cuadernillo de tapas verdes. Titúlase: *El Gaucho Martín Fierro*. Lleva a manera de subtítulo la leyenda que sigue: "*Contiene al final una interesante memoria sobre el camino trasandino*". Cuesta 10 pesos. Su autor, José Hernández, lo ha hecho componer en la imprenta La Pampa, Victoria 79, en Buenos Aires, 1872". ¿Quién es José Hernández? El interrogante tiene su explicación porque las personas que llegan a la ciudad, dicen que en las campañas andan tomando vuelo las estrofas de ese poema que relata la vida y hazañas de un gaucho anarquista y roto. Especialmente en las pulperías forman corrillo en torno del que se luce deletreando los más apasionantes episodios, y los versos se graban como a fuego en la memoria de los paisanos que rápidamente se convierten en rapsodas. ¿Quién es José Hernández? ¿También será él otro gaucho roto? A poco es satisfecha la curiosidad. José Hernández es un hombre de treinta y cinco años, de aventajada estatura y de fuerza ciclópea. Usa nutrida barba negra, como la de Mitre. Se distingue por la diversidad de oficios que lleva probados para ganarse la vida.⁴ Periodista agresivo —no se conocen plumas respetuosas y blandas por aquellos días— aseguran que Hernández publicó en folletín en *El Argentino* de Paraná, 1863, unos *Rasgos Biográficos del general Angel Vicente Peñalosa*, o sea una vida y defensa del Chacho, muerto en Olta, La Rioja, por una partida de soldados pertenecientes al ejército del general Paunero. Este dato

³ LOPE DE VEGA: *La niña boba*, 301.

⁴ RAFAEL HERNÁNDEZ: *Pehuajó*.

causa estupor. Nadie ha leído la defensa del Chacho, ni necesitan poner los ojos en sus páginas para forjarse una idea de los sentimientos del apologista. Debe de ser un Sarmiento al revés el que le trata de "bárbaro" porque se ha complacido con la muerte de un "bandido". Recuerdan otros que el tal Hernández ha colaborado en *La Reforma Pacífica* de Nicolás A. Calvo, jefe de los "chupandinos", enemigo de los "pandilleros", los liberales amigos del gobierno. La información se completa y cierra con los artículos que Hernández escribía en *El Río de la Plata*, diario que Sarmiento estuvo a punto de clausurar por la virulencia del lenguaje. Esos artículos eran subversivos; criticaban los privilegios de la ciudad porteña en detrimento de la campaña, las tierras en poder del fisco, y propiciaba la distribución de la tierra en pequeños lotes.

Los que presumían de entendidos en preceptiva literaria, diéronse gusto en señalar los versos defectuosos que pululan en el poema, olvidando a designio lo que el autor advierte en la carta-dedicatoria, y lo que el mismo gaucho expresa en la estrofa novena:

Yo no soy cantor letrao:
Mas si me pongo a cantar
No tengo cuándo acabar
Y me envejezco cantando:
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.

El poema tenía que vivir para que el tiempo le diera la perspectiva que les faltó a sus contemporáneos para valorarlo. Ya hemos de ver cómo juzga Cané la segunda parte cuando Hernández, presintiendo su gloria, se decide a publicar en 1879, *La Vuelta de Martín Fierro*.

Ser y parecer, es buena norma de conducta. ¿Cuántos, de verdad, parecen lo que son? Cané ya se ha definido en política: es alsinista. ¿En política? Sí. Cosa extraña en este lírico enamorado de las estrellas que tanto abomina de los "positivistas" porque le vuelven la espalda a la belleza eterna. Pero es bien distinto andar en política y ser político. Sabemos de su porteñismo cuando de niño caminaba por el tejado del Colegio para escuchar los debates tumultuosos de la Legislatura; ya era "crudo" y dejábase arrebatar por el orador de corte demagógico y gruesos dicterios, tales como el de "chusma colorada", aplicado a los nacionalistas ("cocidos") adictos a Mitre.

Es fiel. Hace gala de su fidelidad en todas las circunstancias de su conducta pública y privada. Revela la entereza de

su carácter cuando en los comienzos del año 1873 le ofrecen la redacción de *El Nacional*. Es un amigo con gran ascendiente en las relaciones que ambos cultivan el que requiere su colaboración. Acepta en el primer instante porque es difícil negarse a satisfacer los deseos de Aristóbulo del Valle. Cané recapacita no bien se queda a solas con su conciencia. Director de un diario de batalla política a los veintidós años... Están en vísperas de la elección presidencial. Avellaneda acaba de renunciar al ministerio de Instrucción Pública después de haber desarrollado "en toda la república una acción civilizadora de que ningún rincón del país en su más alejado confin quedó excluido".⁵ Con el juego de las candidaturas la lucha presentíase ardorosa. El partido autonomista, sin más apoyo efectivo que el de la provincia de Buenos Aires, presenta la candidatura presidencial de su jefe, Adolfo Alsina, a la sazón vicepresidente. Los nacionalistas completan su fórmula con el general Mitre y el señor Juan Eusebio Torrent que cuenta con los votos de Santiago del Estero y San Juan. Los amigos de Manuel Quintana abrigan nuevas y más fundadas esperanzas que en 1868. Entretanto, las provincias se agitan y pretenden imponerles su voluntad a la orgullosa Buenos Aires... Cané sigue meditando. Acaba por reconocer que él no tiene pasta para esos entreveros de ambiciones. Toma la pluma y escribe a Goyena:

"El programa no me gusta, Pedro; siento que entraré a la lucha sin entusiasmo y por consiguiente, con pocas probabilidades de éxito. Se me dirá que el programa no es la idea; pero por lo menos es la forma y generalmente son las formas las que se discuten. Estoy indeciso; no me falta energía para nada en la vida pero me retiene mi aceptación dada a Aristóbulo. Aparta tus ideas políticas, y dame uno de esos sanos consejos que nacen únicamente en el corazón de los hombres buenos e inteligentes".⁶

Otro programa, muy distinto y acariciado, es el de Cané. Dos años largos van transcurridos en la ciudad ubérrima en prosaicos afanes. La política, que no es, desde luego, la del tratado aristotélico, agrava sus pependencias y ambiciones, con arreglos y desarreglos, con dictérios y amenazas, con el inminente viento de fronda que en nuestra historia viene soplando de diez en diez años. El periodismo, el que llaman de combate, está como siempre, sin elevar el punto de mira, monótono y

⁵ GROUSSAC: *Los que pasaban*.

⁶ Carta inédita: AMC.

monocorde, improvisador, inconstante, soez, trivial, y a cambio de mezquina pitanza exprimiéndole cada mañana y cada noche la savia divina que unos pocos poseen, como Andrade, por ejemplo, enjaulado en una redacción niveladora y oscura, mientras el espíritu a la desesperada sueña con Prometeos y vuelos de cóndores... Cané piensa en Europa. Mágico es el poder de la lejanía. Merced a ella se realiza una maravillosa transmutación de valores. El paisaje de pronto se ilumina y deja ver lo que no distinguíamos con el tedioso automatismo de los actos repetidos. Y acontece algo más extraordinario, si cabe. En la lejanía se esfuman los hombres insignificantes que molestan por lo que son, copias de hombres, al paso que se dilata la silueta de los genuinos. A estos los vemos en la región de los dioses inmortales, porque apenas se les perciben sus máculas, si las tienen, y ni por acaso se recuerdan los errores inherentes a la humana condición. ¡Con qué esplendor surge nuestra tierra a centenares de millas de distancia sin interferencias de sombras!

III

EL SEGUNDO VIAJE A EUROPA

...la agitación es el placer.

MIGUEL CANÉ

Quien así lo confiesa define su temperamento. Sin agitación no hay placer ni hay vida digna de ser vivida. Es el concepto que fundamenta la doctrina epicúrea. Pero a Epicuro ninguna falta le hace la agitación para procurarse horas plenteras; por el contrario, huye de todo cuanto pueda alejarle de su jardín y de su pan moreno. ¿Qué importa eso? Cada cual es como es y tiene el derecho de darse el gusto que más le aligera el alma:

*Et l'école du monde, en l'air dont il faut vivre,
Instruit mieux, à mon gré, que ne fait aucun livre.*

Tres años en el Buenos Aires aldeano y diezmado por las epidemias... Mas he aquí el día de ventura, que en los de estirpe andariega es el de las partidas y llegadas. El 10 de mayo de 1874, con varios amigos, inicia su segundo viaje en un barco francés.

Pocas huellas hay de este *vagabondaggio* en los libros de Cané. Sin la precaución de precisar las fechas y lugares que visita, no es tarea hacedera el seguirle los pasos a nadie ochenta años después. El diario prolijo que registra las impresiones cotidianas, exige el hábito de concentrarse y lo practican generalmente los que viven poco para el mundo exterior. No es este el caso. Pero en el que es periodista de vocación irrenunciable, acaso sea innecesaria aquella disciplina, porque con los artículos va formando el diario público de su existencia privada si, como en Miguel Cané, es más subjetivo que objetivo. Nada de lo que escribe es de sustancia impersonal e irreconocible. Hasta los breves relatos o fantasías que desde 1872 empieza a cultivar, le sirven para sus disecciones psicológicas. Se mira a sí mismo sin deleite. Mira dentro de sí con ansias de percibir algo del tumulto de sensaciones, nítidas o confusas, que suelen abrumarle y le impulsan a huir de sí mismo y de su país. Gusta de usar el pronombre de primera persona con el valor y la destreza de todos cuantos descubren en ellos el tema predilecto e inagotable de la experiencia íntima. Entre el personalísimo: “yo pienso”, “yo creo”, “yo siento”, y el impersonal y anónimo “pensamos”, “creemos”, “sentimos”, hay un caudal de matices diferenciales. Lo primero transmite una sensación directa de criatura viviente y voluntariosa que ocupa un lugar en el espacio y el tiempo y con quien puede uno mantener un diálogo. Lo segundo no da idea de individualidad real y responsable, sino de grupo incoloro, de multitud espesa. Si el aliento le falta en las alternativas de la voluntad ascendente o descendente, y si le parece que valiéndose de un personaje imaginario su pensamiento y sensibilidad irán más lejos, entonces echa mano de las ficciones que titula: “*¡Si jeunesse savait!*”, *El canto de la Sirena*, *Nessun maggior dolor...*, *Jorge Travel*, sin que desaparezca, cambiando de género, su yo transparente. No es de los que saben disimularse en un personaje novelesco. De haber escrito las novelas malogradas por su acerbo sentido crítico, habrían sido sentimentales, como las de su admirado Dickens, para llorar a gusto y hacer llorar con sus niños abandonados en los colegios, y también satíricas, para castigar lo que más le molesta en la gente con que debe mantener comercio a pesar suyo: la solemne necedad. Las novelas de Cané habrían sido autobiografías, ricas en profundas y osadas confesiones, tal vez emparentadas con *El último puritano* de Santayana.

Envidiable la intrepidez del que se lanza de nuevo a peregrinar sin acopio de relucientes doblones en las menudas alforjas. ¿Cómo se las arreglan los tales valerosos para que la

estrechez produzca efectos de anchura? Son secretillos que para ellos se guardan. Todos sabemos de mozos que, con voluntad y perspicacia como único legado, hacen riqueza de pobreza. Un cuartito de cara al Sena, o al Tiber, o al plácido Arno, les regala amplitud de castillos y princesas encantadas. Lo indispensable, nada más que lo indispensable les basta para internarse por las avenidas del mundo.

Provechoso es tornar a ver lo visto una vez. ¿De qué se pueblan las retinas con la primera visión fugaz? Durante las estancias precarias, en las que se anda sin sosiego como a salto de mata, no hay tiempo de que se produzca el fenómeno esencial, la entrada del hombre en las cosas y de las cosas en el hombre. Requiere asiento, reposo, lentitud ociosa, insistencia, sin lo cual jamás se abre a su penetración el paisaje extraño. ¿Y el pueblo reacio a desnudarle el alma al recién venido? ¡Ah! ¡Esos cultores del turismo vertiginoso! ¡Y esas cartas que tras un par de semanas recibimos con dislates nada sarmientescos! Se les atribuyen a los viajes excelencia didáctica y mucho se alaban los beneficios que recogen desde hora temprana quienes los realizan. Montaigne los encarece porque para él ningún comercio aventaja al de los hombres para el desarrollo del entendimiento: “se debe viajar para frotar y limar nuestro cerebro con el de los demás”. Participo del juicio, y por lo que a mí toca, nunca me siento más a mis anchas como cuando emprendo andanzas lejanas. Mas tengo visto que no todos salen gananciosos con el recomendado frote y lima-dura en lo que se refiere a la mudanza del carácter y las costumbres. Y ello es así porque cuando viajamos, no nos dejamos en casa, nos llevamos enteros cual somos... Si faltan disposición y permeabilidad para asimilar aquello de que anda menesteroso el entendimiento, el trasplante es estéril. Dirá el tiempo cómo le aprovechan los trasplantes a Cané, si le moderan los impulsos, le afinan el gusto, le metodizan las lecturas, le desbrozan el todavía selvático sentido estético y, por último, si deja de creer que su país es lo más de admirar en la historia... Verdad es que para edificar la dicha, sólo una parte corre de nuestra cuenta; la otra, quizá la mayor, es obra de lo que el destino reserva.

Sin que se le llame, el infortunio siempre sale al paso, o envía advertencias, en medio de la fiesta, para que nadie olvide lo que la vida es y será hasta el fin. De pronto, andando por esas tierras de Dios, el viajero se siente enfermo. Abatimiento, derrota de la voluntad, disminución progresiva de fuerza física, al punto de no poder levantar una maleta. Los mé-

dicos le aconsejan una cura hidroterápica en Divonne. Y allá se marcha el pobre, escuálido de carnes y envuelto en sombrías cavilaciones. ¿Morirá a los veintitrés años, solo, sin un amigo el que tantos tiene? No muere, por suerte, el que teme morir... Entre sus papeles inéditos hay un relato de las semanas pasadas en Divonne, al pie de las montañas del Jura, "aldea famosa por sus fuentes de agua helada". Sorprende que no haya incluido en ninguno de sus libros estas páginas que contienen lo mejor que hay en él, su corazón y su capacidad para estremecerse ante la Naturaleza: "Muchas veces, a la caída de la tarde, contemplando una entrada de sol tras la montaña, he sentido no poder cambiar mi tosca pluma por un pincel. El color y el dibujo pintan más fácilmente que la pluma; un contraste de luz habla más que veinte páginas". En comunión panteísta con la Naturaleza, recupera la salud. Una vez vuelto a la plenitud de la energía perdida, evoca los instantes de Divonne:

"¡Buen Marc! ¡Con qué gusto hubiera hecho la felicidad de ese oscuro hombre del campo! Pocos días en mi vida he pasado y pasaré más tranquilos y serenos que esas inolvidables tres semanas de Divonne. Llegué enfermo y salí fuerte. El aire de la montaña, una pequeña pero agradable sociedad, los paseos por los bosques y el lago, esas tertulias de la tarde bajo los árboles y de la noche alrededor del piano, todo era favorable a serenar los espíritus más agitados. Bendita sea la aldeita perdida al pie de la montaña, entre bosques y flores: allí está la calma. Bendita la fuente que nace murmurante de las entrañas de la tierra: ¡allí está la vida!... Estas líneas son un dulce recuerdo al poético pueblito y al ser humilde, pero bueno, que la casualidad transformó en instrumento de mi salud: Marc".⁷

Sin otra contrariedad, realiza el viaje que no describe. Referencias posteriores indican los países, sin precisar cuáles ha visto en la primera excursión y cuáles en la segunda: Inglaterra, Escocia, Francia, Bélgica y Holanda, Italia y Suiza, parte de Austria y algunas costas de España. Tiene más fortuna que en 1870. Ahora no hay guerra, si bien el estado de Europa no es promisorio de futura tranquilidad. Siéntense ruidos subterráneos. Bismarck no cabe en su arrogante regocijo. Con la Alemania prusificada surge una nación militarista tan pujante como lo fuera la Francia hoy humillada.

⁷ AMC.

Los ojos de Inglaterra no se alegran con los planes del Canciller de Hierro. Ha vuelto Disraeli al gobierno y está empeñado, después de la política neutralista de Gladstone, en avivar el sentimiento nacional de los ingleses con una política belicosa, la única que conviene como réplica tardía, después de la guerra franco-prusiana.

La discordia internacional, consciente o inconscientemente, infunde pesimismo acerca de la capacidad de los hombres para vivir sin hacerse daño. ¿En dónde puede uno asegurarse días tranquilos? De Buenos Aires llega a Europa, sin estremecerla, el eco de los acontecimientos producidos el 24 de septiembre. Los diarios de París, publican noticias que por lo pintorescas alcanzan lo jocosos. Los de Italia no les van a la zaga: "Un pronunciamiento más en Sud América. La escuadra argentina, a las órdenes del almirante Mitre, se ha concentrado en Chivilcoy y empieza el bombardeo de esa ciudad".⁸ Los rumores de discordia circulaban ya en las postrimerías del año anterior. Proclamado el triunfo de la candidatura Avellaneda, el partido nacional, con el general Mitre a la cabeza, se lanza a la revuelta.

¿No valía más la peor de las elecciones legales que la mejor revolución? Así lo pensaba Mitre, pero, ante la magnitud del escándalo, rectifica el concepto en la carta a su amigo Lastarria, escrita desde la cárcel de Luján:

"Creo, como usted debe creerlo, y como Chateaubriand lo dice, que las guerras civiles y sociales son las únicas legítimas y las que más han servido al progreso de la humanidad, aun causándole dolores: y toda la ciencia política no tiene otro objeto que hacer imposible la renovación de esas guerras, por la satisfacción de las legítimas aspiraciones de los pueblos y de los individuos, y que el juez de esto es solamente el que sufre y el que lucha mientras los resultados lógicos se producen. Con estas creencias creo haber completado mi evolución histórica en mi país, encabezando una revolución cuando lo he creído necesario, aun cuando sea para caer con mi bandera y mis principios".

Es la doctrina legalizadora de la violencia. Medio siglo después daríale George Sorel consistencia filosófica contra los prejuicios que fundamentan "la moral burguesa". En tierras

⁸ EXEQUIEL RAMOS MEXÍA: *Mis memorias: 1853-1935*, pág. 25, segunda edición. Editorial "La Facultad", Buenos Aires, 1936.

hispanoamericanas, el derecho de insurrección, reconocido por Tomás de Aquino y demás teólogos juristas, no ha necesitado de teorizadores porque lo inspira la raza o las fuerzas telúricas, si se prefiere... Será o no aceptada la incitación a la violencia como recurso extremo, según sea el temperamento de cada cual, inclinado a la sumisión o a la rebeldía. Mas todo el que haya meditado un poco acerca de los hechos históricos, ha de convenir, en que sus enseñanzas lejos están de llevar a conclusiones optimistas. La moral que se desprende de la experiencia y naturaleza humana es esencialmente pesimista. El derecho es la fuerza, la fuerza es el derecho. Los inclinados a promover entendimientos pacíficos, obtienen magras recompensas, porque el mal perdura cuando el bien renuncia a defenderse. No somos hindúes. Tan espesa es la sombra que proyectan las acciones ilícitas, que el moralista acaba considerando nociva la enseñanza de la historia. “¿Queréis superar el asco que os causa la Historia Moderna desde la decadencia del Imperio Romano?” —pregunta Voltaire.⁹ Cualquier interrogante sugiere otro: ¿cuál es la época que en más o en menos no causa la misma sensación?

Pero en política, como todo lo que lleva en sí humana esencia, nada es definitivo, y los hombres se mueven a una luz cambiante. Llámale a esa luz la realidad, nunca igual, tan múltiple es su policromía. Dentro de esa realidad, profusa en aspectos y expresiones inopinadas, bien puede ser que dos o tres años más tarde, en un discurso parlamentario niegue el general Mitre la eficacia de la violencia.

IV

EN LA LEGISLATURA DE BUENOS AIRES

1875. Por mucho que nos alejemos, siempre debemos volver, y en llegando, el primer día, repetimos con Ulyses: “yo no puedo hallar cosa alguna que sea más dulce que mi patria”. Aquí, por fin, nos conocen y nos reconocemos tras largo andarrear entre gentes extrañas que ni nos quieren ni hacen nada por comprendernos. Aquí está lo más hermoso, lo único que el

⁹ VOLTAIRE: *Essai sur les mœurs*. Segunda parte. Introducción.

tiempo respeta sin mudarle el corazón, la madre que nos ve llegar con las sanas intenciones del hijo pródigo... ¿Acaso no es tiempo de cumplir el mandato de supervivencia? Los amigos, cuando son divino tesoro, no pueden aventajar la ternura de la mujer y de los hijos. Los amoríos volanderos tampoco son remedios del mal de amor y la soltería es sólo buena para el libertino. Cané se decide. De hoy en más la lucha será grata y llevadera. Puede decir con Boscán:

La pena queda vencida.

.....
Pues vuestra merced, señora,
Ha sido la vencedora
De las fuerzas de mi vida.

Sara Beláustegui entra en la vida de Cané para darle el perfume de amor apetecido y para dejarle la imagen de una inmensa dulzura en un inextinguible dolor...

Vuelve el periodista a su mesa de trabajo. Ningún tema es desdeñable cuando es necesario llenar una columna cada mañana. Llega hoy un libro: *Facundo o Civilización y Barbarie en las pampas argentinas* (cuarta edición en castellano). ¿Puede decirse algo nuevo de una obra tan difundida? Después de Caseros, la obra envejece de más en más y pronto será un recuerdo en los anales de la literatura. Lo que no pasa es el autor, cuya palabra candente se deja oír en toda suerte de polémicas orales y de pluma. Sarmiento ha dejado de ser presidente el año anterior, y a nadie sorprende que ahora tenga más adversarios que admiradores. Le denigran como nunca. Olvidan el bien que hizo y le enrostran los errores propios de su muy humana y falible condición. He ahí el tema para el artículo que ahora se puede escribir sin ser sospechado de lisonja: "Sin vínculo personal de ningún género con el autor —dice Cané—, sin consideración ninguna que pueda coartar la espontaneidad de nuestro juicio, sentimos un sincero placer en manifestar nuestra admiración sin límites por un libro sin igual". Le parece poco y agrega más adelante: "En momentos en que una cruel difamación ha querido destrozarse el alma de ese hombre..." También le parece poco, y termina diciendo: "Sarmiento no deja hijos que puedan saludar la estatua de su padre antes de cincuenta años; pero deja un nombre que la posteridad pronunciará con respeto, porque honró al pueblo argentino".¹⁰ El vaticinio tiene valor en la hora difícil que

¹⁰ CANÉ: *Ensayos*.

Sarmiento está viviendo ¿Pero qué significa ese a modo de salvedad: "sin vínculo personal de ningún género..."? ¿Quiere decir que después de haber viajado a Entre Ríos en la comitiva presidencial como cronista de *La Tribuna*, jamás le volvió a ver?

Debe saber el lector que el apologista de *Facundo* es el hijo de aquel otro Miguel a quien Sarmiento, en recias polémicas tenía que gritarle: "¡Basta, Cané, basta!" para que callara por unos días?" El vástago no hereda las prevenciones del progenitor, por lo cual Sarmiento desea expresarle su simpatía. ¿Cómo? De la única manera que ahora lo puede hacer: dedicándole un ejemplar de *Facundo*. La conjetura se justifica con el documento probatorio que sigue:

(Borrador).

"*Miguel Cané a Sarmiento* (sin fecha). Señor: Acabo de recibir la nueva edición de *Civilización y Barbarie* que V. ha tenido la bondad de remitirme.

"Tengo por V., señor, esa respetuosa simpatía intelectual que solo inspira el talento y el patriotismo. No me ha sido dado conocerlo más de cerca, porque V., en el ocaso de la vida y yo al pie de la cuesta, estamos muy distantes. Pero si no he estrechado su mano, por lo menos he entrevisto su corazón al través de las encantadoras páginas del *Facundo* y saludado su alta inteligencia al pie de la estatua de Belgrano.

"Mucho, muchísimo debe haber hecho Sarmiento en la lucha de la vida, cuando treinta y seis años después de publicada su obra maestra, llena de orgullo remitiéndosela, el corazón de un hombre que si de algo peca, es de una excesiva altivez.

"Hace tiempo, señor, tenía deseos de hablar con V. Hubiera querido decirle que la mayoría de los hombres sanos del país, sentimos un aguijón punsante, algo como el estallido de la indignación, dentro del alma, al ver esa turba imbécil que no respeta en V. ni la majestad del talento, ni la majestad de los años.

"Bien sé, señor, que hay almas noblemente templadas en las que se embota el insulto y la calumnia; pero V., como el anciano de la Grecia, tenía el derecho de esperar se pusieran de pie los jóvenes para ceder respetuosamente el sitio al viejo.

"Cuando pienso que V. tal vez abandone el mundo con el corazón agriado, pienso en la injusticia de mi país y me

duele; temo que V. sienta la misma amargura que entristeció los últimos días de mi padre, amargura fatal, porque llega en aquella hora de la vida en que ya no se cree en nada y en nada se espera...

"Adiós, señor; creo firmemente que cuando yo sea viejo como V., si el destino me trata menos duramente que a V. y me depara hijos en que apoyar mis últimos años, éstos me han de mirar con indecible respeto, cuando sepan que Domingo Faustino Sarmiento mandó un ejemplar de su *Fa-cundo* a su padre.

"Escriba, escriba siempre, señor. Crea, señor, en el respetuoso afecto de S. S. *Miguel Cané*".¹¹

El fondo y la forma, la calidad de los sentimientos, sobre todo, revelan que el autor de la carta todavía no ha dejado a la espalda el divino tesoro de su primera juventud. Mantiénese intacto a esa edad el culto de los hombres superiores, impolutos, símbolos de lo heroico en la historia, héroes cuya carne es de olímpica arcilla.

Ser redactor de diarios políticos, contar entre sus amigos a hombres de arraigada vocación por la cosa pública, y no caer en las redes de la política, habría sido empresa sin ejemplo, un caso rarísimo de apatía o de inmunidad contra el contagio de una dolencia muy generalizada; porque la política, para decirlo con Miguel Cané padre, es "nuestra enfermedad". En la ciudad pequeña y centralizadora, dirigida por una minoría culta, la política es la preocupación dominante. Por aquellos días, como ahora y siempre, existían las dos clases de ciudadanos definidos por Aristóteles: el que obedece, o sea el fabricante de flautas, y el que manda, o sea el artista que debe servirse del instrumento. Basta mirar en torno para comprobar el aserto del Estagirita.

Sea el que fuere el sentimiento que le mueve a complicarse la vida con los tejemanejes de la política, que de todo ofrece menos tranquilidad, Cané va a ella con nombradía adquirida en el periodismo y las letras, antes de los veinticinco años. No es la suya la entrada del mediocre descolorido y halagado con el relumbrón que conceden los partidos políticos. Cané, que no ha terminado todavía sus estudios jurídicos tantas veces interrumpidos, después de un tropiezo inicial¹², se presenta a la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires sin más título que

¹¹ Carta inédita: AMC.

¹² La elección fué anulada.

el de escritor. Sus artículos acreditan un libro, caso tal vez único de reputación precoz en el país que no respeta el acto *completamente desinteresado*, o sea la moral sin tacha en la dialéctica kantiana. Los grandes de la época. Mitre, Sarmiento, Alsina, Avellaneda, presienten un temperamento y un valor perenne si no desmaya a mitad de camino. La personalidad más descollante en la Universidad y en las letras, don Juan María Gutiérrez, lo señala como el continuador de los que bregaron por civilizar la inverosímil república sin escuelas y hábitos constitucionales.

En la Legislatura va a iniciar otro aprendizaje, el de hombre público, actividad cuyo dominio no se adquiere en la Universidad, desde luego. Las pasiones e intereses hacen pedregoso el terreno, y los principios éticos, teóricos, "*ad usum scholarum*", suelen no armonizar con los principios adventicios que rigen la conducta y fundamentan las acciones de finalidad variable. En suma, que para ser político es necesaria una sensibilidad y ductibilidad a prueba de sorpresas y contrariedades. ¿Posee Cané esa pasta *sui generis*? No se le oculta que da un paso largo el día que por vez primera entra en el recinto, cuyo ámbito está henchido de resonancias históricas. Ninguna otra asamblea de las que funcionan en el país luce mayor prosapia de acontecimientos y trayectorias. Allí debaten el Acuerdo de San Nicolás, ponen en tela de juicio los poderes conferidos a Urquiza, y a los discursos dichos en presencia de barras tumultuosas, sigue la segregación de Buenos Aires. Matriz y cuna del autonomismo intransigente, con arrogancia de Parlamento omnímodo, allí se rechazan las dos sanciones del Congreso que federaliza, primero el territorio de la Provincia, y después el de la ciudad de Buenos Aires. Es la Legislatura bravía que vota la "*Ley de Compromiso*" que le concede al gobierno nacional —*huésped provisorio* según Tejedor— residencia precaria por el término de cinco años.

En la sesión del 18 de agosto de 1875 se aprueban las elecciones realizadas en la 9a. sección de campaña. Los diputados electos son Roque Sáenz Peña y Miguel Cané. ¿Cuánto tiempo emplean ambos para adaptarse a la nueva modalidad? En todo cambio brusco de faena y escenario es natural un cierto recato o encogimiento. En casos tales dos desconocidos se hallan de pronto frente a frente: el hombre y las cosas no familiares; y la lucha consiste en la recíproca penetración de lo animado con lo inanimado sin acogedora fisonomía. Agréguese la otra penetración: la del hombre con los hombres que de hoy en más han de indagar la manera de ser del recién venido

para cederle o negarle convivencia junto a ellos. El proceso de adaptación no se realiza para Cané en esta circunstancia. Muy dueño de sí, el Buenos Aires de 1875 es tan suyo como lo fué el de 1830 para su padre. En la aglomeración de limitado radio urbano que es Buenos Aires sólo los apocados hallan dificultades invencibles. Cané, cuya fortuna consiste en haber nacido en la clase gobernante argentina, franquea los umbrales de la Legislatura como si fuesen los de su casa, los de un ministerio o los del Nacional. A todos conoce, y raro será el que no le tutee como en las tertulias del Club. El presidente es Ricardo Lavalle; Lucio V. López, José María Estrada, Luis V. Varela, Santiago Bengolea, Rafael Hernández (hermano de don José) *j'en passe...* son diputados; Aristóbulo del Valle y Rufino Varela, son ministros de Gobierno y de Hacienda, respectivamente, en el Ejecutivo provincial. Los amigos de ayer son los colegas de hoy (los cólegas, como gustan de pronunciar, enamorados de las palabras esdrújulas).

Los temas que a las veces apasionan, son más bien de Concejo Municipal, domésticos y prosaicos. Un día discuten acerca de la altura de los edificios. El proyecto establece que las casas de la capital y la campaña, sólo podrán elevarse en una extensión igual al ancho de la calle respectiva, sin exceder en ningún caso de los dieciocho metros. El señor Plaza Montero observa que debido a la propaganda de cierta corporación científica, "constituída en Tribunal de Higiene, se cree que la altura de los edificios es la causa de las epidemias", por lo cual Buenos Aires está despoblándose. Recuerda que "la vieja Europa y Norte América tienen edificios elevadísimos, de ocho, nueve y diez pisos". Luego se escuda en la autoridad de Héctor Varela para que la Cámara sepa que las calles de Génova son más estrechas y sucias que las nuestras... Lucio V. López habla en serio, sin los sarcasmos de su pluma acerada. Emplea con frecuencia el término ignorante en forma que saca de quicio a Rufino Varela cada vez que le oye decir: "si el señor ministro no ignorara"; "si el señor ministro supiera..." Sáenz Peña es un modelo de sobriedad. De raro en raro pide la palabra para decir muy pocas. Es de los que saben escuchar a los que no dejan hablar. Luis V. Varela es el orador de los antecedentes constitucionales que trae a cuenta hasta cuando para nada cuentan. Su apellido llena de continuo las versiones taquigráficas; cuando no se le ve en ellas es porque no ha concurrido a la Cámara... Miguel Cané sigue a Varela en facundia verbal. Dos días después de prestar juramento interviene en un debate sobre el Reglamento General de Ferro-

carriles. Desde entonces no se llama a silencio. Le apasionan los temas más diversos: el número de jueces en la Campaña, los gastos excesivos, los sueldos de la administración judicial a la que llama “cuerpo agosto”; si los saladeros del Riachuelo son o no un peligro para la salud pública; si se le concede una beca para perfeccionar sus estudios en Europa a un pintor cordobés; que a las empresas de Ferro-Carriles se les deben prohibir los cruzamientos a nivel con obras en “defensa de la seguridad pública”, etc. El flamante diputado tiene charla atrásada y necesita aligerarse de lo mucho que ha visto en su último viaje. Habla hasta cuando no conoce un asunto. Trátase de votar la suma de 2.000.000 de pesos para la construcción del puerto de San Fernando: “...diré dos palabras, nada más, puesto que no conozco el asunto...”; pero una persona muy enterada le ha dicho “que con esos dos millones” la obra quedará concluída.

Con estos debates, que nunca jamás recordará en el resto de su vida, Cané hace su gimnasia de parlamentario. En lo juvenil y lo exuberante de los arrestos —suele ser agresivo hasta con su amigo el ministro de Gobierno— deja ver el temperamento generoso, la orientación de sus inquietudes de legislador progresista con ideas avanzadas en la ciudad de abolengo conventual. En la sesión del 19 de enero de 1876, la Cámara debe votar una suma de dinero para la fundación de la escuela de artes y oficios en San Nicolás de los Arroyos. Cané pregunta si son sacerdotes los que van a enseñar: “Yo no debo sancionar escándalos con mi voto y siempre me he de oponer a la enseñanza eclesiástica” —dice airadamente.

Nadie le contesta. ¿Ya es liberal la mayoría de la Cámara? En la sesión del 24 de enero del mismo año, se opone al sostenimiento de doce becas en el Seminario Conciliar:

“Yo preguntaría, ¿qué beneficio va a reportar a la provincia costearo estas becas? ¿Qué bienes va a conseguir la sociedad? Absolutamente ninguno, señor presidente. Tenemos por desgracia más sacerdotes de los que se necesitan; tenemos una nube de clérigos que se imponen a la población y que hasta cierto punto vienen a herir la susceptibilidad de la mayoría de los habitantes de la Provincia de Buenos Aires, que no son católicos. Yo propongo, señor presidente, que todas estas partidas y subvenciones al Seminario Conciliar, a los maestros misioneros, a las funciones de iglesia, etc., sean completamente borradas del presupuesto; propongo, señor, que se establezca en el

presupuesto de una manera efectiva esta enseñanza suprema de los pueblos modernos, que consiste en hacer comprender a los gobiernos, que es progreso, que es adelanto y desarrollo moral todo lo que tiende a separar completamente la Iglesia del Estado”.

El legislador porteño reedita el liberalismo de Rivadavia, y el de Mitre, que, como gobernador de Buenos Aires, seculariza el cementerio de la Recoleta cuando la Iglesia se opone a que sean sepultados los restos del doctor Blas Agüero. En el mismo recinto de Cané, y en 1871, al discutirse la reforma de la Constitución de la Provincia, Mitre expresa su pensamiento acerca de las relaciones del Estado con la Iglesia: “Aspiremos a que la Constitución sea reformada a fin de borrar de allí un artículo que no nos hace honor, para que no haya Iglesia nacional y para que sea libre el culto”.

Los católicos le confían a José María Estrada la réplica, que le ofrece a Cané la coyuntura para hacer públicamente su profesión de fe liberal:

“Señor Presidente, he sido bautizado católico romano; no sé si soy católico porque no cumpla con ninguno de los requisitos ni disposiciones que esa religión impone a los que la profesan; pero creo que debiendo seguir lógicamente las ideas liberales que en materia de religión dominan en el mundo moral e intelectual, es necesario no hacer cargar con obligaciones onerosas a todos aquellos que tienen diversas creencias... Yo en este caso, sin manifestar religión de ningún género, me hago el eco de ese sentimiento general en nuestro pueblo que tiende a independizar el elemento religioso del elemento civil... No hago ataques a ninguna religión... Me opongo a que los poderes públicos de la provincia fomenten el aumento del clero, que lo considero funesto, tanto en su estado de ignorancia como en su ilustración. El clero, encerrado en el círculo de hierro de la voluntad papal, es imposible que pueda comprender todas las obligaciones que le impone el progreso de los pueblos, que le impone el patriotismo mismo, porque para él no hay nada que esté más alto que los deberes disciplinarios de las decisiones conciliares... Se ha probado hasta el exceso que hay un conflicto permanente entre la ciencia y la religión. La última declaratoria del Concilio de Roma ha sido anatematizando a todos aquellos que han juzgado que era un principio liberal, un principio sano el principio de la libre interpretación. El último concilio del Vaticano llegó

hasta decir: sean anatematizados todos aquellos que crean que el criterio absoluto de la verdad no se encuentra en la Biblia, que los progresos de la ciencia pueden tener más autoridad que uno que otro pasaje de los libros santos, interpretados caprichosamente por los mismos ministros de la religión católica... Por consiguiente, yo sostengo la ciencia, sostengo el progreso y el adelanto, cuando creo que se debe dejar en completa libertad la iniciativa individual no creándole ni cadenas ni obstáculos a su paso".¹³

La improvisación y el acento polémico son transparentes. Tiempo mediante, una pequeña dosis de escepticismo le acortará las alas a su optimismo progresista. En cuanto a la primacía de la razón, ¿para qué demorarse si no hay razón científica que disipe el misterio que nos circunda?

El discurso de Cané es sensacional según el juicio de Varela que le sigue en el uso de la palabra: "El silencio que se ha producido en las bancas de la Cámara y las tribunas, prueba, señor presidente, la solemnidad que se atribuye a este debate". Varela es un liberal ecléctico. Recuerda "con placer que en la Convención Constituyente" fué uno de los doce convencionales que votaron por la separación de la Iglesia y el Estado, placer que no le impide aprobar "las partidas de carácter religioso" porque admira "la obra civilizadora de los jesuitas con los indios" salvados con la verdad evangélica de "los errores en que habían vivido". Cané le responde humorísticamente con una cita de San Agustín, bastante bien recordada al calor de la discusión: "el misionero le enseñará a los indios de la Pampa que la tierra no es redonda y que no hay antípodas".

Si en lo religioso es liberal, en economía política es proteccionista. En la sesión del 13 de marzo de 1876 hace un discurso algo extenso con motivo de la discusión de la ley de patentes, y se declara proteccionista de las industrias argentinas para las que pide la excepción del pago de la patente cuando emplean materias primas nacionales: "Se debe ir al libre-cambio al través del proteccionismo, como se va a la paz al través de la guerra". Con el ejemplo de Inglaterra, deslumbradora en aquel tiempo, deduce que todas las naciones evolucionarán hacia un mundo de libre cambio, paradisíaco, sin aduanas internacionales... A Varela el discurso le resulta "brillante", si bien extemporáneo en una Legislatura provinciana. Y agrega con cierto husmillo de sarcasmo: "El pueblo

¹³ *Diario de Sesiones de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires. Años de 1875-1876.*

de Buenos Aires ha tenido el sano criterio de dar al señor diputado Cané el diploma de Diputado al Congreso Nacional... Allí, en las bancas del Congreso tendrá el escenario apropiado para hablar de aduanas, de proteccionismo y de librecambio..."

V

DON JUAN MARIA GUTIERREZ

Miguel Cané le profesa devoción a don Juan María Gutiérrez, figura patriarcal de las letras argentinas, especie de Voltaire irreverente en el Buenos Aires de 1876. Admiramos lo que tiene afinidad con nuestro temperamento.

Casi siempre es cierto que lo semejante busca lo semejante. ¿En qué se acercan y se alejan el anciano con reminiscencias de proscrito y el joven en armas contra la tiranía de la sociedad "mercachiflada"? Quiere el discípulo afrentar a los filisteos por la soledad sin gloria en que tienen a su maestro:

"He ahí todo el hombre; el amor profundo a las cosas bellas, tendencias irresistibles al arte, a la creación, pasiones literarias dignas del siglo XVII o de 1830, todo ese tesoro íntimo ha tenido que vivir en armonía con una época que no tiene ni los encantos de la luz, ni los terribles atractivos de las sombras, en que nada vuela ni se agita, en que todo se arrastra o queda inerte".

Según es característico en los subjetivos cuando escriben, el hablar de otros es un pretexto para referirse a sí mismos. El aislamiento espiritual de Gutiérrez es el de su apologista condenado a vivir en una ciudad poblada de frías e insensibles sombras:

"Amamos los poetas, veneramos los artistas, tenemos latidos de corazón para todas las glorias e íntimas simpatías por todas las grandezas caídas, pero el ambiente en que nos hemos desarrollado nos ha familiarizado con las miserias de la vida, arrastrada hasta el realismo más espantoso, al mismo tiempo que nos ha hecho idóneos para incrustarnos de-

finitivamente en un orden social en que el arte no se conoce".¹⁴

Lo último es grave. Es casi un grito de vencido en el ambiente cartaginés. ¿Será por eso que prefiere los vericuetos de la política? ¿Será también ese el motivo que acrecienta su acritud verbal? No tiene mejor temple don Juan María, desterrado ayer por Rosas y hoy por los cerealistas y ganaderos. La sonrisa, que morirá con él a falta del cincel de Houdon, mal oculta sus rencores. ¿Qué cosas no tiene dichas de Sarmiento! ¿Y de Mitre? Con el general ha sellado nueva amistad gracias a los libros, que entrambos aman por sobre todas las cosas. Es de notar que Mitre atesora entre sus virtudes la de prestar libros, predisposición extraña en un bibliófolo... No se tiene noticias de ningún crítico que sea del todo bueno con sus semejantes... Como se le aguza en extremo el sentido crítico, la tolerancia refleja para él matices de complicidad con lo invalorable, de claudicación con su magisterio. Don Juan María es hombre de cuidado, como lo es también Cané, su discípulo, que anda de fragua en fragua, es decir —y difícil de explicar—, que anda de don Juan María en don Domingo Faustino...

Si Gutiérrez era como lo dibuja o desdibuja Víctor Gálvez en *Memorias de un Viejo*, es un hombre de carne y hueso. El armonioso equilibrio en las facultades psíquicas es una fantasía en quien lo busca, y un despropósito en quien lo exige. El conjunto de cualidades enemigas que cada cual lleva dentro de sí, es riqueza del espíritu y esplendor de las obras.

Hay mucho de Gutiérrez en Cané: la gracia y la chispa que anima la conversación, la ternura y el arrebató colérico, el amor de los libros y las cosas bellas; la ojeriza para con lo pequeño; la rebeldía contra el vulgo-vulgo y el vulgo-distinguido. Pero a Cané le falta lo que le sobra a Gutiérrez: el desencanto de lo perfectible y el pesimismo que infunde la historia. "No tengo ya color ni partido político —escribe Gutiérrez polemizando con un ex-amigo—; todos me parecen extraviados y en ninguno hallo desprendimiento ni patriotismo. En cuanto a lo que se llama la Patria, la Patria de Mayo, ella tendrá la suerte que merece. La que se encorvó bajo la pata de Rosas y se deja anarquizar en nombre de una libertad que no comprende, no merece sino desdén. Que ella haga sus ídolos y derrame nubes de incienso a sus becerros; yo nada quiero tener con los bueyes". Es difícil escalar más alto la cima de

¹⁴ CANÉ: *Charlas literarias*: "Un libro del Dr. Gutiérrez".

la pesadumbre. Cuando la realidad nos hace ver que hemos vivido soñando y que nos hemos engañado tanto como los demás a nosotros mismos, ¿qué es lo que se puede pensar y con qué lenguaje lo vamos a decir? Don Juan María se aproxima a la etapa postrera lanzando y recibiendo guijarros. Se le antoja devolverle a la Real Academia Española el diploma de miembro correspondiente. Las lenguas, según él, “no se ducilizan y perfeccionan por obra de gramáticos, sino por obra de los pensadores que de ellas se sirven”. En Buenos Aires está de asiento don José Martínez Villergas, el del *Sarmienticidio o a mal sarmiento buena podadera*. Este coplero, que habría tenido mucha más gracia de la que el cielo le diera si no hubiese abusado de ella, sale en defensa de la Corporación “digna de ser reverenciada de todos los pueblos”; y desde las páginas de su *Antón Perulero*, recientemente fundado, le dirige las más osadas pullas de su repertorio. Ahora cabe celebrarle, pues en la polémica a que le provoca resplandece el ingenio de don Juan María Gutiérrez, a pesar de lo avanzado del crepúsculo anunciador de la caída.

Miguel Cané y Lucio V. López presienten las tribulaciones del maestro, y escriben sendos artículos con este resultado:

“*Juan María Gutiérrez a Lucio V. López.* — Mi muy querido Lucio. He leído con sumo agrado y gratitud los artículos de *La Tribuna* y del *Nacional* que me has remitido. No me han sorprendido porque esos “muchachos” a que te refieres me tienen mimado, y me harían caer la baba senil si no tuviera colocados alrededor de mi espíritu centinelas vigilantes para que me den la alerta al sentirme caer, como flaco moral, en las debilidades a que estamos expuestos los que borroneamos papel. Ustedes —el de las transparentes iniciales M. C. puesto que firma con todas las letras de su nombre en cada uno de los renglones que escribe— y el anónimo del *Nacional*, impetuoso lidiador que tira estocadas a fondo y no sabe disimular ni sus simpatías ni sus enemistades— uno y otro me devuelven la afección de abo-lengo que les profeso, crecida con el mérito propio. Ustedes dos en medio de las seducciones de la edad risueña y de quehaceres serios, saben cultivar lo bello y aman con amor inteligente a la patria del espíritu. Imagínense cuánto no los estimaré. Ustedes son la primavera, —gracias por el calor que comunican a mi invierno. El corazón para los dos benévolo y agudísimos críticos. Tu viejo amigo. Gutiérrez”. (*Epistolario*, cit., pág. 124).

CANE EN LA CAMARA. EPISODIOS PARLAMENTARIOS

El 1º de mayo de 1876, el secretario de la Cámara de Diputados de la Nación da cuenta de los diputados que han presentado sus diplomas. Ellos son, por Buenos Aires, Coronel D. Lucio V. Mansilla, Dr. D. Manuel Arauz, Dr. D. Miguel Cané¹⁵, Dr. D. Eduardo Wilde, Dr. D. Luis Lagos García, Dr. D. Delfin Gallo, Dr. D. Félix Frías, D. Héctor F. Varela, Coronel D. Alvaro Barros, Dr. D. Amancio Alcorta, y Dr. D. Vicente Fidel López. Han sido elegidos por el partido oficial (conjunción Avellaneda-Alsina) el único que ha concurrido al comicio. Mal no estaría a la cabeza el arrojado coronel de los Ranqueles, si no viésemos entre los postreros a D. Félix y a D. Vicente Fidel cuyos nombres tanta historia evocan con solo ser enunciados. De cualquier modo que fuere, entrar en el Parlamento con semejante compañía es honor de legítimo cuño. Aquel sufragio universal no era el de la universal ignorancia... Sin embargo, el elogio se restringe cuando el lector avisado distingue el nombre que sigue al de D. Félix Frías...

Entre los diputados titulares que van a juzgar los diplomas de los electos, siéntase un joven de treinta años que goza de unánime predicamento y sin recelos le pronostican esplendente futuro. Es Carlos Pellegrini, el político por antonomasia. Para este hombre enérgico y enterizo —de tal es su nombradía— no rezan las aventuras ni los desdoblamientos espirituales. Entre Pellegrini y su adversario del momento tiene que existir la repugnancia de los contrarios. Sin escándalo, el choque entre la conducta estricta y la conducta sin límites restrictivos, debía de ser sensacional como lo fué. Pellegrini habla sin eufemismos con el menor número de palabras ociosas. Su retórica consiste en la ausencia de retórica. En la desnudez de sus discursos faltan las imágenes, el vocabulario abundante y la belleza formal. Es el hablar espontáneo, claro, algo rudo, con frases y lugares comunes. Imposible el respeto de lo que ha sido pensado y sentido con naturalidad y honradez, aunque el error le sea humano como a toda criatura mortal. Usted no puede entrar a aquí porque “estando en la República Oriental, como tal ciudadano fué electo para puestos en que, por la Consti-

¹⁵ Cané es abogado dos años más tarde, en 1878.

tución de esa República se requería ser ciudadano". Usted "aceptó esos puestos, reconociendo ser ciudadano oriental; juró respetar y hacer respetar la Constitución y las leyes del Estado Oriental, y desempeñó los puestos de diputado y senador al Congreso de la República Oriental..." Es el discurso de Pellegrini. Argumentos que pesan como plomo, hechos conocidos e imposibles de negar, leyes y obligaciones que rigen por igual en la Argentina y el Uruguay, y sentido moral.

Miguel Cané, cuyo diploma ha sido aprobado sin objeción, presencia el más pintoresco de los debates que se conocen en el Parlamento argentino. Varela no niega los cargos... Es verdad. Todo lo que se dice de él es la verdad. Ha sido senador y diputado en el Uruguay y ha confesado el orgullo de su nacimiento en Montevideo. ¿Qué hay con eso?: "Nunca admitiré que la República Oriental sea considerada por nosotros como una nación extranjera". La barra tumultuosa le cubre de dicterios, y se vuelve hacia ella para gritarle: "Pueden silbarme que no me han de interrumpir. ¿Cuando habla a nombre de mi derecho y de la justicia, nadie me ha de imponer silencio!" La resistencia que le oponen le agranda el empuje. Él es argentino, sin por eso renunciar al culto de otras ideas y de otros principios que más de una vez me han hecho llamarme, como me llamo hoy mismo, ciudadano de la República Universal", como Garibaldi, "ciudadano del mundo". ¿Tiene alguna culpa si varios Congresos le han concedido la ciudadanía y si el Paraguay, Guatemala, Venezuela, etc., le ofrecieron plenipotencias en Europa?

Grandes enseñanzas recoge Cané en ese debate. Su nuevo escenario es más vasto que el de la Legislatura. A su lado no están sus buenos amigos Roque Sáenz Peña y Lucio V. López a quienes esta vez les ha tomado la delantera. Están en cambio Pellegrini, Mansilla, Wilde. Los dos últimos, al intervenir en la discusión, se muestran como en autobiografías habladas, y eso es lo que interesa en los hombres, la revelación de sí mismos. Mansilla, que ha actuado en el Congreso de Paraná, es la primera vez que participa en el Congreso Nacional. Afecto a su "yo", nada odioso para el egotista de buena urdimbre, no es de extrañar que algo se demore con su persona antes de iniciar la defensa de Varela: "Soy lo que vulgarmente se llama entre nosotros un literato; manejo la pluma mediocrementemente, y, por consecuencia, leo los periódicos..." A franqueza difícilmente han de ganarle. El de Paraná dice, "fué un Congreso en el que figuraban hombres notabilísimos que yo podría, si me fuera lícito, señalar ahora, con el dedo, y encontraría-

mos que aquellos *alquilones* de *allá* son la mayoría de *acá*. ¿Por qué? Porque el mal no estaba en ser *alquilón*. Sí, yo fui *alquilón*, no según el sentido estricto de esta palabra, sino según el sentido que le daba un partido político: es decir, candidato hecho elegir por recomendación". A Mansilla se le enardece la verba y exclama sin que nadie ose desmentirle: "¡Y qué novedad, Señor! ¡Cuántos no han sido electos por recomendación antes y ahora!" El "yo" va a correr con sonoridad de corriente, pero con intención malévola, pues desea establecer que él no es como algunos que, posiblemente, le están escuchando:

"¡Pero yo fui *alquilón* que sostenía que no se debía establecer derechos diferenciales! ¡Pero yo fui *alquilón* que interpelaba a los Ministros! ¡Pero yo fui *alquilón* que no se puso la divisa colorada! ¡Pero yo fui *alquilón* que declaraba que la guerra que se traía contra Buenos Aires, cuando Cepeda, era una barbaridad, Señor! *Alquilones* de ese jaez, había muchos, que fueron después Ministros de Mitre y de Sarmiento y que han prestado al país grandes servicios en diversos ramos de la Administración".¹⁶

En buen romance, anuncia que procederá de igual suerte con Avellaneda y los que le sucedan. Inaprensivo a la crítica malévola, como es de rigor en los que gustan hacer de la capa un sayo, andando el tiempo le enrostrarán la excesiva mutabilidad de banderías.¹⁷ De paso hacia el tema, dice: "...otro ilustrado colega por Buenos Aires, el más joven de su diputación, un joven lleno de mérito por sus talentos precoces..." El orador nunca antepone los entorchados ni el lustre de la tribuna parlamentaria a su condición de escritor. Más que el sable, la pluma es en él la facultad predominante y el motivo de vanagloria. Mansilla no necesita ir a la Cámara para que le conozcan dentro y fuera de ella.

Si en el discurso de Pellegrini no se admiten desvíos en la conducta individual, en la defensa de Mansilla gallardea el espíritu opuesto, menos rígido, más ductil, humano y no exento de cinismo. Si Pellegrini se mueve con el código en las manos

¹⁶ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*. Año de 1876.

¹⁷ "...el más neto federal en tiempo de Rosas, urquicista en el Paraná en 1858, mitrista en 1860, sarmientista en 1868, alsinista en 1870, avellanedista en 1874, roquista en 1880, rochista en 1881, damiquista en 1883, otra vez rochista en 1885, el más neto juarista en 1887, el más neto carcanista en 1890!" Carlos D'Amico. BUENOS AIRES, sus hombres, su política. Cap. VII.

y con el articulado de la ley, *dura lex, sed lex*, en los labios, Mansilla da la sensación de pasearse por el mundo, no entre libros, sino entre hombres cuyas vidas son batallas cotidianas. Mansilla se sabe de coro las andanzas de Varela. Conoce los lampos y sombras que pueblan esa existencia desconcertante, aquella misma tarde confesada por el *globe trotter* entre mentiras y verdades. ¿Cómo se atreve a quebrar lanzas si sabe que su defendido, como Milón, después de la defensa de Cicerón, irá a comer pescado en playas extranjeras? Por dos motivos: primero, porque le profesa cariño a su ahijado, “hombre de impulsos, un niño grande” con ideas confusas en una “cabeza de fuego”. Después, porque en lo tocante a nacionalidades se han repetido “ideas añejas” con una “fraseología insustancial, rara, incomprensible”. El discurso de Pellegrini contiene axiomas pretéritos, de romanos o de ingleses, rectificandos por los mismos ingleses y romanos... “La idea de patria a la vez que un sentimiento es una noción filosófica”; por ello es que en Alemania “se puede ser ciudadano de dos países sin que sus hijos renuncien a quererla por sobre todo en el mundo...”

La defensa, además de noble —escuda a uno contra cien— es arriesgada y audaz, coloreada de sarcasmos que serían celebrados de no faltar en la asamblea el *sense of humour* que al orador le sobra. Así, por ejemplo, cuando pregunta: “¿qué culpa tiene el señor Varela de que su personalidad errante haya sido simpática a los pueblos pequeños o grandes por donde cruzó” deslumbrándolos con el prestigio de su palabra? ¡Dios me diera a mí el don de hablar como él habla!” Y “¿qué tiene de particular que le hayan discernido el honor de enviarle cartas de ciudadanía” cuando se sabe que la República Francesa “declaró ciudadanos franceses a Washington, a Bentham, a Madison... y a tantos otros?” Reconoce que entre “esos grandes hombres” y Varela “hay tanta distancia como de la tierra al satélite de Júpiter”, “pero lo que es honor para él puede muy bien ser honor para su país”. Sorprenden los conceptos y la visión de futuro en el militar de fronteras que, de acuerdo con los latidos de la época, su único panorama debía ser el de la llanura pampeana, y su más autorizado argumento el de la bandera, el himno y el sable... Por el contrario, termina solicitando de la Cámara “el pleno de sus derechos como ciudadano argentino” para que su defendido no sea un gitano en el mundo...

Habla finalmente Eduardo Wilde, también nuevo en las lides parlamentarias y destinado a conmover las ideas enraizadas de sus semejantes. Wilde está más cerca de Mansilla. Disimula la tristeza de vivir con la sonrisa a flor de labios, pero

es incapaz de encubrir lo que siente y lo que no comprende. También cultiva el cinismo o lo que así llaman cuando contradice las ideas recibidas sin discusión. Sin embargo, es materialista y menosprecia los valores estéticos: "Vivimos actualmente en una época de materialismo y hacemos bien en vivir así". "Los ferrocarriles y las fábricas manufactureras han reemplazado con ventaja a los idilios y los sonetos". "Ahora se piensa más en encontrar la solución de un problema mecánico, que en hallar un consonante para concluir felizmente un verso" (*Tiempo Perdido*).

Hay artículos de Cané que parecen expresamente escritos para castigar las herejías y esperpentos de Wilde en materia de arte y poética. ¿De qué le sirve su ascendencia anglosajona si no le ayuda a medir la grandeza de Shakespeare, de Shelley, de Keats?

Entre las ironías del militar, y las bien intencionadas dudas del médico, quedó en evidencia un hecho incommovible: los abogados de la Cámara, con efecto retroactivo, le aplicaron la ley de ciudadanía de 1869 al indeseable colega, "el loco de *La Tribuna*..."¹⁸

VII

MALOS TIEMPOS VIVE EL PAIS

En las referencias de Cané a su juventud fogosa y andariega, el lector no encuentra ninguna acerca de su actividad política en la Legislatura de Buenos Aires ni en la Cámara de Diputados de la Nación. Es raro. ¿Cómo explicar ese silencio en persona de suyo dada a rememorar lo pasado? *Juvenilia*, *En Viaje*, *Charlas Literarias*, *Prosa Ligera*, reflejan con ternura, melancolía o desdén, su vida de colegial, de periodista, de viajero, de diplomático, de hombre de mundo, valiéndose de lo que gusta de llamar NOTAS E IMPRESIONES, escritas en diversas circunstancias. Pero de los años que van de 1876 a 1880, tan argentinos y densos, como que son sus años de fecundo aprendizaje, no ha dejado memorias propiamente dichas, orde-

¹⁸ Siete meses antes (noviembre de 1875) entre Wilde y Varela hubo un intercambio de proyectiles verbales. Puede verse: FANTASÍA DE DOMINGO EN TIEMPO PERDIDO. Desde el comienzo al fin del artículo Wilde le llama "el loco de *La Tribuna*".

nadas y compactas como el género lo exige. Fuera del retrato de su padre, de las evocaciones de Ricardo Gutiérrez, de Carlos Encina y de algunos perfiles —el muy feliz de Guzmán Blanco— en vano se buscan los que pudo hacer con igual maestría y acopio de anécdotas sabrosas. Galería muy diversa en auténticos valores habría formado con Sarmiento y Avellaneda, y con los que fueron sus colegas en las tareas legislativas: Mitre, Félix Frías, Vicente Fidel López, Pellegrini, Sáenz Peña, Lucio V. López, Mansilla, Alem... Arriesgadas son las conjeturas e injustificados los reproches que de ordinario se le hacen a un escritor que sólo vivió poco más de medio siglo. No hay manera de intuir acerca de cuanto pudo hacer en los años crepusculares, los más propicios para rememorar personas, obras, cosas, con la serenidad que el tiempo proporciona y el espíritu de justicia con que la muerte de pronto nos ilumina.

Crítico exigente, implacable consigo mismo, es posible que mirase desdeñosamente aquellas sus intervenciones en los debates legislativos. Diputado asiduo y laborioso, contrariamente a la dulce roncería que le atribuyen los que mal le conocen, se desenvuelve en un ambiente que le es familiar, con más medida, eso sí, y con menos vehemencia de la que hizo gala en la cámara provincial. No será porque ahora tiene veinticinco años, uno más que en la Legislatura. La reflexión y la proceidad de algunos colegas, tal vez sea el factor que determina este aspecto de adultez relativa en el joven que se acerca al instante de tener presente los tres consejos de Saavedra Fajardo: en las acciones, prudencia para deliberarlas, destreza para disponerlas y constancia para acabarlas... Desde luego, cabe agregar, siempre que no salgan al paso inopinadamente las fuerzas demoníacas que echan por tierra los sabios dictados de la prudencia...

Cané habla a menudo, pero sin extenderse mucho. Es sobrio en el uso de su palabra fácil. Lo que expresa causa el efecto de sugerencias repentinas después de haber escuchado pacientemente los interminables discursos de los ministros y de sus colegas —Pellegrini y Wilde suelen pecar de largos— a los cuales les agrega un a modo de apostilla verbal para dejar en claro su voto a favor o en contra. No cuenta en su haber con ningún gran discurso, si bien demuestra que es capaz de hacerlo como cuando interviene en el debate contra la intervención federal en Salta (30 de mayo de 1877). Prefiere temas de menor trascendencia. Da reiteradas pruebas de altivez y celosa independencia. Por nada y a nadie sacrifica su leal ma-

nera de pensar, ni a Pellegrini, admirado amigo con quien disiente en ocasiones hasta con virulencia. Si como los demás es un *alquilón*, según la definición de Mansilla, procede como si no lo fuera. Sóbranle razones para simpatizar con Avellaneda, amigo y colaborador de su padre en el *Comercio del Plata*. Pero con el presidente Avellaneda, a pesar de haber contribuido sin duda a su elección, a ese le ataca en la Cámara y desde las columnas de *El Nacional* por cuanto sus actos de gobernante no siempre encuadran con los preceptos constitucionales. Al presidente que viola las autonomías provinciales, y firma "decretos dictatoriales" que son materia de leyes, a ese le niega su apoyo y contra él firma un proyecto llamándole a juicio político por sus liberalidades con el Banco Nacional (31 de mayo de 1876).

Malos tiempos para ser diputado y periodista con gobiernos arbitrarios que gustan de clausurar los diarios —*La Prensa*, *La Nación*, entre otros— por el delito de no disimular las extralimitaciones oficiales. Y aciagos días para estarse con el corazón alegre en un país que vive poco menos que en estado agónico. Desde 1852 la discordia rompe los vínculos familiares y atiza la guerra civil en los espíritus. A la contienda exterior desastrosa siguen las epidemias, los gobiernos sin hábitos constitucionales, las revueltas interiores con asesinatos dignos de la tiranía, las leyes violadas por sistema, las finanzas desquiciadas por administradores sin entereza para reprimir los gastos públicos y las ganancias de los especuladores. Un país arruinado hasta la pobreza con jactancias de riqueza e independencia. Cané explica en la Cámara cómo viven los argentinos. En la provincia de Buenos Aires circula el papel moneda de curso forzoso. En cada una de las provincias hay una moneda, el boliviano, el papel de cualquier banco particular y hasta el papel del Banco de la República de Chile. Esos papeles son aceptados en todas partes y hasta sirven para el pago de los impuestos; pero a los billetes del Banco no se les puede dar otro empleo que el de amortizar la deuda del gobierno con el Banco Nacional. Enfrentándose con el ministro de hacienda, le dice: "Si el señor ministro tiene cincuenta mil pesos para mandar al mercado y éstos son del Banco Nacional, se morirá de hambre... Puedo asegurarle al señor ministro que en mi casa no los reciben".

Las entradas de la Nación en 1876 escasamente alcanzan a diez y seis millones... "Hay dos millones de argentinos que economizarán sobre su hambre y sobre su sed para responder de una situación suprema a los compromisos de nuestra fe pú-

blica en los mercados extranjeros” —afirma Avellaneda entre proyectos de supresión de empleos y rebajas de sueldos. Cané y Alem firman un proyecto para que se reduzcan las dietas de los legisladores en un quince por ciento. “Dada la situación económica en que se encuentra el país —dice Alem— con un malestar general que se siente, con las fuentes del comercio e industrias estancadas... con síntomas alarmantes de perturbaciones, que no se pueden desconocer, con prédicas incendiarías, tal vez con la amenaza de la llaga del pauperismo” —no es justo ni prudente suprimir empleos. Las circunstancias le aconsejan proponer la reducción de un 10 ó 15 por ciento en los sueldos. ¡Pero si falta el dinero para sostener las fuerzas militares que el país necesita contra los indios y para prevenir las ambiciones de conquista de Chile a costa del territorio argentino ya iniciado impunemente! Cané denuncia en la Cámara (sesión del 18 de junio de 1877) que: “...en Tucumán, en Santiago, en todas partes, en Buenos Aires (y en Buenos Aires quizá más que en ninguna otra provincia) se han destinado al servicio de las armas multitud de pacíficos ciudadanos simplemente por no haber acompañado a los jueces de Paz o a los Comandantes militares, en la votación por una lista determinada”.

Ha puesto en prosa una estrofa de *Martín Fierro*:

Formaron un contingente
con lo que en el baile arriaron:
con otros nos mesturaron
que habían agarrao también:
las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.

VIII

EL PRIMER PECADO LITERARIO

El año de 1876 señala un hecho de importancia en la vida literaria de Cané: aparece su primer libro, *Ensayos*. Es su pecado primigenio. Sí, su pecado y el nuestro, y el de todos cuantos se dan prisa por entregarles a los tórculos divulgadores, las vacilantes páginas de la mocedad. ¿Para qué este apremio en arrancar el fruto inmaduro? ¿Por qué no estarse quieto

dos lustros más? Luego, si no eres uno de esos paranoicos que celebran el yerro inicial medio siglo después, viene la desazón, el rechinar de dientes, el grito de la conciencia que castiga inexorablemente cual si blandiera fustas que dejan el cuerpo lleno de cardenales. En quien oficia de crítico sorprende la ligereza. Estaba engreído y seguro, eso es todo. Mas he aquí que al mes de publicado, cae en la cuenta de su precipitación y quiere retirar el libro de las tiendas que lo venden. Curiosa, inexplicable será para el vulgo esta repentina y tardía luminosidad del sentido crítico. Y sin embargo, no lo es para quien sabe algo en achaques de literatura. Escribo libros y me arrepiento de haberlos escrito —confiesa Montesquieu. Públicamente entona Cané su *mea culpa*:

“Me confieso,...: he publicado unos desgraciados *ensayos*, temerariamente *triviales*, he arrostrado bien temprano la luz de la rampa, me he desahogado, he firmado un libro, lo he visto en venta en las librerías, me he puesto en el caso de que alguien lo compre, he saboreado las emociones de ser autor, he salido de la curiosidad, en una palabra, y tengo la esperanza de que sea para siempre. Ahora, me agazapo bien, abro tamaño ojo y espío pacientemente el cuarto de hora de la fortuna para hacerle la embestida más airosa de que sea capaz” (*Charlas Literarias*).

“¿Me perdonará usted?” —le pregunta dolorido a don Juan María. Veamos si se le puede perdonar...

En el título, *Ensayos*, no a la manera de Montaigne, creador del género, y de los que le cultivaron después dándole otro carácter, sólo puedo ver el humilde designio del autor. Quiere dar la dimensión de su modestia y convicción acerca de lo que le ofrece al público: meras pruebas de su noviciado intelectual, tanteos, gimnasia con los temas y el vocabulario con promesa de ulterior esfuerzo. Ante un tribunal de faltas, sopesadas y miradas éstas sin lupa amplificadora, sería absuelto sin costas y con excusas por añadidura. Este libro, diría yo en el caso de contarme entre los magistrados, es un acto de coraje moral y cívico. Lo es porque sabe de antemano que su palabra, aunque enérgica y rotunda, no hallará eco de resonancia. En eso consiste el valor y la entereza, en no medir la inutilidad del esfuerzo. Cuando tiene cerca de él a Sarmiento y a Wilde negando la eficiencia de la poesía, este joven con alma manchega sale a darles batalla, y a cuantos detrás

de ellos forman legión incrédula. Buena guerra es la suya, y noble halago ha de sentir si recuerda que en 1854 fué iniciada por Mitre contra los intonsos que todavía pasean desdeñosos por las calles de la villa cartaginesa.

En el primer párrafo de la introducción, enseña el autor los colores de su estandarte. Con esos artículos escritos en diversas circunstancias, ¿qué es lo que busca? ¿Gloria? No. La explicación es promisorio. . . Dice: "Al reunirlos en un tomo, es decir, al tener el coraje de publicar un libro en mi país, obedezco a un sentimiento íntimo que me impone la debilidad de querer esos tristes hijos de mi espíritu, sobre cuyo mérito no me hago ilusiones". A seguido arriesga el juicio que su país le inspira intelectualmente considerado:

"La República Argentina no tiene en la actualidad literatura nacional. ¿Es acaso porque faltan hombres de espíritu superior, capaces de dar vida a obras imperecederas? Basta recordar unos cuantos nombres para resolver la cuestión. Basta nombrar a Ricardo Gutiérrez, el primero entre los primeros, a Pedro Goyena, a José M. Estrada, a Dardo Rocha, a José M. Gutiérrez, de quien el pueblo sólo conoce la brillante faceta del periodista, a Carlos Encina, que cantó a Colón y enmudeció, como si esa sola figura llenara el Universo, a Olegario Andrade, esa vida oscura que se revela de tiempo en tiempo por un magnífico resplandor, a Juan C. Varela, que hace quince años era una esperanza y hoy es un recuerdo, a tantos otros a quienes la inteligencia estorba para incrustarse brutalmente en la vida vegetativa de nuestra sociedad!

¿Y entre los viejos? ¿Creéis que es el cansancio o un desencanto profundo, lo que ha paralizado la pluma de Vicente F. López, Juan C. Gómez, Juan M. Gutiérrez y tantos otros?"

Así plantea el tema que le obsesiona, le exalta o le deprime. El tono a todas luces es de disputa. Cada interrogante corresponde a una respuesta que se supone condenatoria y flamígera. Diríjese a un enemigo invisible, poderoso y fatídico, responsable único de la dolencia que paraliza la facundia creadora de los mejores espíritus, nacidos como por error en un ambiente que no les corresponde. El enemigo es, vuelve a repetir lo afirmado hace seis años, el concepto utilitario de la vida que induce al culto del Becerro de Oro. Y el afán de lucro vertiginoso, en desmedro de cuanto no tenga relación

con la ganancia inmediata, es lo que caracteriza al filisteo, al burgués, que Flaubert define como el hombre que piensa bajamente. Prosigue Cané para satisfacer los interrogantes:

“Es que no hay estímulo ninguno para las letras, y como la inteligencia se desenvuelve bajo la ley fatal de la actividad, Gutiérrez se convierte en un médico admirable, Encina en ingeniero, Goyena y Gómez en abogados distinguidos. López es un filólogo profundo, y del Campo, el autor de *Fausto*, en oficial mayor de un ministerio”.

La indignación sube de punto. Necesita ejecutar al enemigo ahora visible, el soberbio e ignorante filisteo al que describe como a un personaje grave, vestido de negro, que sólo habla de cupones, de cheques, de empréstitos, de cotizaciones y fondos públicos. Le conoce bien a su filisteo: está en todas partes; es diputado, senador, ministro; es la fuerza que manda y traza el camino a seguir en la sociedad argentina.

¡Ambiente apático y prosaico el de Buenos Aires! Monotonía, vulgaridad, desaseo, higiene pública colonial. Falta todo lo indispensable para la vida cómoda y agradable. Villorrio cuadrado y fangoso sin bulevares, parques y bosques como los de París y Londres, sin museos que atesoran colecciones de arte, sin plazas florentinas que afinan los sentidos, sin noches de luna en el foro romano... El hijo sueña como el padre, exactamente, y se embravece como su progenitor cuando no encuentra ambiente para la materia sutil de sus sueños... Recurre a las evocaciones para mitigar la desesperación. Hace dos años... en París... Se aprovecha de todo para elevarse sobre sí mismo:

“...siempre bajo la influencia de un libro o de una comedia nueva, envueltos... en el movimiento intelectual que no cesa un instante en aquel centro sin igual. Del mismo modo... al salir de una galería del Louvre o de Florencia, los colores y los contornos persisten en la retina, del mismo modo que tres horas después de contemplar las estatuas que nos ha legado el Renacimiento, se siente uno atraído al mundo encantado del arte, así cuando veíamos a Víctor Hugo en la imperial de un ómnibus o a Dumas hijo en un teatro, parecíanos sentir robustecerse dentro de nosotros las inclinaciones a las letras y soñábamos en los tiempos en que pudiéramos mirar en las calles de Buenos Aires a algunos de nuestros compatriotas con el respeto con que mirábamos a aquellos dos hombres”.

En el Buenos Aires de 1876, pasa Sarmiento, y si no lo bajan de un palo, todos a una sonriendo le señalan con el dedo: "ahí va el loco Sarmiento!" Sale Mitre de su casa, más respetado, por fortuna, pero también sonríen, por La Verde o por las *Rimas*. Sale don Juan María Gutiérrez con sus barbas flotando al viento Norte, viento de suicidas, y le aplican motes: el volteriano y ateo, el cascarrabias, el... Sale Avellaneda, el presidente de los discursos frondosos, y se le burlan de la estatura. Algunos desalmados se atreven a recordar los versos que Ricardo Gutiérrez le ha dedicado el 25 de mayo:

patria de San Martín y de Belgrano,
hundida bajo el taco de un pigmeo!

Tiene razón Cané. Aquí no respetan a nadie... Pero la pasión de escribir le hace fuerte ante la indiferencia que en torno suyo acoge al hombre de letras. Saca fuerzas de flaquezas, y habla en la Cámara, y escribe artículos en defensa de un poeta enfermo, Gervasio Méndez, de un artista italiano, Ernesto Rossi, que representa *Hamlet* en la sala desierta del Politeama, o le rinde justicia al público que aplaude a Julián Gayarre en *Los Hugonotes*. Sabe que le ha tocado vivir en una época ingrata para los intelectuales, lo cual no le impide reunir sus artículos —costeando la edición de su bolsillo nada opulento— sin esperanza de gloria según lo demuestra con esta su mejor diatriba: "Publicar un libro en Buenos Aires es como recitar un verso de Petrarca en la rueda de la Bolsa de Comercio".

El año de 1877 termina con un suceso infausto: muere Adolfo Alsina. Los jóvenes que le seguían ardorosos, desesperan. ¿Qué será de Buenos Aires sin el adalid de su autonomía? ¿Quién podrá reemplazarle con aquel ascendiente de su palabra que acendrabá convicciones y abría rumbos? "Es permitido pensar que esa muerte prematura modificó la historia argentina. En todo caso, fué sentida y llorada como una calamidad".¹⁹ Avellaneda, al despedir los restos del tribuno, símbolo del porteñismo liberal, pronunció una frase con hondura de auto-presentimiento: "Ha muerto en la cumbre... Habría tenido pronto por delante la vejez con sus cavilaciones largas y con sus horas inertes..."

Poco después pierde Cané a su maestro en las letras, y pronuncia una conmovida oración ante sus despojos. El 25

¹⁹ GROUSSAC: *La Biblioteca*. III.

de febrero de 1878, Juan María Gutiérrez vuelve a su casa de la calle Venezuela 162 antiguo, hoy 560. Acaba de asistir a la celebración del centenario de San Martín. Según las crónicas, las emociones recibidas con aquellos himnos y cantos, con aquellos incesantes desfiles de banderas, de soldados y de escolares, le hacen revivir hasta lo indecible la epopeya del Gran Capitán, el más admirado de sus héroes. Luego, en el silencio de la noche, sin otra compañía que la de los libros, alineados en la vasta estantería, decide escribir una carta para poner en ella las sensaciones de la jornada. En la mañana del 26, le encuentran exánime sobre la mesa de trabajo. Cerca hay un libro abierto: *De l'Intelligence*, de Taine. La pluma, todavía entre los dedos, sólo ha escrito una línea: "Querido Bautista". El último pensamiento para su más afectuoso amigo que prolonga, no se sabe por qué, el destierro voluntario que se ha impuesto.

Esas muertes afligen a Cané. Cuando por primera vez disfruta de la felicidad hogareña que le ha hecho olvidar los infortunios de la infancia, vuelve al espíritu la inquietud que le infunde la noción de lo perecedero. *There is a remedy for everything but death*. ¿A qué vienen estas frases sueltas y estas alarmas repentinas? No lo puede saber. El trabajo es metódico. Con el acostumbrado frenesí lee cuanto libro le cae a las manos. Dédícale una hora cotidiana a Shakespeare cuyo arcaísmo de lenguaje está empeñado en vencer y que vencerá si mantiene la voluntad tendida como arco. Y otra hora a Dickens cuya dulzura y arte descriptivo quiere asimilar para los proyectos de novelas que acaricia en los intervalos de lo prosaico. Regulares son sus faenas periodísticas en *El Nacional*, donde escribe *corrente calamo* sobre los más diversos temas que suelen provocar desaforadas reacciones en Sarmiento. Como todo lo que vemos con demasiada frecuencia hasta penetrar en la intimidad, el ídolo empieza a mostrarse de carne y hueso y tiene con él sus encontronazos no del todo agradables. ¡Qué difícil es de llevar la convivencia! El que nos acepten cual somos y el aceptar cual son a los demás, es empresa superior a las limitaciones morales comunes. En el Congreso aprende muchas cosas útiles y desoladoras. Pellegrini es absorbente. Del Valle gusta de las componendas. Wilde enfría con las premisas que suelta entre risas y exclamaciones de la Cámara. Sáenz Peña en público peca de solemne. Estrada y Goyena huelen a santoral. Lucio V. López castiga riendo... con exceso. De Ricardo Gutiérrez sospecha hace tiempo inclinaciones místicas. ¿Y qué sospechan de él los demás? Prefiere no pensarlo...

Con el mes de agosto llega el inmenso dolor que el destino le tenía reservado. La muerte era la que le hacía ronda con presentimientos inexplicables... El amor perdido, apenas hallado. Frente a la amada inmóvil siente la soledad del mundo que se vuelve contra él para negarle lo que prodiga a los demás. Lo que hasta ayer fuera luz y alegría es hoy sombra y plañimiento. Y mañana ¿qué será de él? Los amigos le acompañan todo lo más que pueden y confían en la acción del tiempo, el mejor curador de cuantos se conocen, el tiempo que da la sensación de detenerse para los que sufren...

Pasan dos meses. A *La Tribuna* llega una carta en la que piden "sanciones póstumas contra un suicida: anulación de las "disposiciones testamentarias" si las hubiere; no inscripción del nombre y apellido del "miserable", y finalmente que no se alce la cruz sobre la tumba... Cané, ese día escribe una página en defensa de los que practican la "salida voluntaria" de los estoicos:

"Aquel hombre que ve la vida al través del momento en que se encuentra, no sólo no comprende el suicidio, sino que no se da cuenta de lo que se llama desgracia, desventura, duelo, sombras, desolación... Es necesario haber sufrido todas las tristezas humanas, todas las amarguras que esta vida infame trae... ¡Qué ridículo parecerá a un mercader Catón abriéndose el vientre porque César triunfa! ¡Qué lamentable a los ojos de un hábil político del día aquel pobre Roland atravesándose silenciosamente el corazón con un estilete en la soledad de un bosque! No comprenden, no pueden comprender lo que para los romanos era la muerte de la República, ni lo que para el honrado girondino era la muerte de Mme. Roland".²⁰

Y a él ¿lo comprenden? Es mucho pedir, el egoísmo es rudo, espeso, impermeable al ajeno dolor. Nadie, ni el de más noble pasta, puede penetrar en el alma del amigo, aunque le quiera con toda el alma, para sentir como propio su desamparo. El padecer es intransferible privilegio que cada cual adquiere y aquilata en su hora. Es una hora abismal, de precisión infalible en la esfera de nuestro destino. Es la hora de todos... Y sin embargo, en ocasiones, pudiera dársele fe a Gracián: "casa hay que lleva consigo hereditaria la felicidad, y otras la desdicha". Hasta hoy la de Miguel Cané parece ser de las últimas.

²⁰ Es de notar que este artículo, escrito en 1878, Cané lo reproduce siete años más tarde en *Charlas literarias*, sin alterar el concepto fundamental.

IV

VIENTOS DE FRONDA

*Malheur a ceux qui remuent le
fond d'une nation.*

RIVAROL

PESADUMBRE

¿QUÉ HACER? Otra vez la incertidumbre, y el interrogante que ha de formularse, invariablemente, a lo largo de la vida. Cuando se cruzan con él por esas calles que ahora se le presentan más tristes que nunca, los amigos se consideran obligados a prodigarle consejos, tan grande es el abatimiento que le asoma a los ojos húmedos. A los íntimos les cuesta verle así, derrotada la voluntad, sin aquella energía que tanto le envidiaran todos. Algunos le temen, especialmente los que, como Pellegrini, desconfían de sus exuberancias. “Este Miguel es un romántico” —suele decir el *Gringo*— y como tal entiende e incluye a los que cabalgan nubes en busca de inalcanzables lejanías. Con iguales atisbos de sensibilidad exagerada, se le presenta Sáenz Peña, aunque a primera vista no lo parezca, envuelto en señorial solemnidad. “Este Roque y este Miguel son capaces de hacer lo que vulgarmente se llama una barbaridad” —agrega Pellegrini en la tertulia del Club del Progreso. Lo cierto es que ambos han cambiado hasta de carácter. Después del artículo en defensa del suicidio, querrían vigilarle de cerca, y procuran abrirle caminos de luz. A los veintinueve años, todas las penas del mundo son fáciles de soportar. Lo que necesita es que le recuerden la observación de George Sand, todavía su predilecta: *le temps ferme les plaies, si le blessé ne s'obstine pas a les envenimer*. ¿Cómo no ha de rehacer su vida con esa juventud descollante? Además, tiene que pensar en sus dos niños y en su madre anciana que se mira en él con impresionante ternura y orgullo. Así razona el buen sentido de los que todavía no conocen la hora abismal. Pero Cané no reacciona. Pasa de

la exaltación a la depresión, de la vida intensa a pesaras atonías. Se le ha mudado el carácter, ahora irritable por una nada, una puerta que cierran, una ventana que abren. Y le descubren lo que nadie le conocía: una pereza de querer o de ambicionar rayana en abulia.

Los acontecimientos tampoco ayudan ni son promisorios de tranquilidad. La corriente inmigratoria acrecienta sus aportes de italianos meridionales que prefieren la ciudad al campo desierto y erizado de peligros. "Gobernar es poblar", "gobernar es educar". Los brillantes postulados, a fuerza de repetidos empiezan a perder el lustre originario. El aforismo pascaliano se presta a un remedo no desprovisto de lógica: las verdades de Alberdi y de Sarmiento son mentiras en la China con sus seiscientos millones de analfabetos. Buenos Aires cambia de fisonomía y de apellidos, y se vuelve de más en más materialista. Los intelectuales se complacen cultivando la filosofía positiva, no todos, por supuesto. Los hay, como Cané, que confiesan la dificultad de "digerir" a Herbert Spencer. En cambio Eduardo Wilde está como predestinado a las especulaciones no metafísicas y a cultivar su demoníaca virtud ingénita, la cual consiste en gozarse echando por tierra lo que se tiene por averiguado e irrefutable. Es el arquetipo del no conformista en abierta rebeldía con los errores contumaces que la pereza mental cimienta y la sociedad ampara con leyes, fábulas y moralejas parabolanas. Ríese de los soberbios y de los fatuos, del personaje solemne aunque virtuoso —a lo Valentín Alsina—, de los historiadores y biógrafos de próceres inexistentes. Reclama el derecho de escribir a la pata llana, para lo cual lleva la sorna contra gramáticos, retóricos y poetas empeñados en aprisionar el pensamiento "en la cárcel de las palabras". Sin ser Platón, expulsaría a los poetas de la República porque "la utilidad de la poesía es semejante a la de las pulgas, de los mosquitos y otras sabandijas". Para Wilde, "el menos repugnante de todos los poetas" es lord Byron, porque ha enriquecido el idioma inglés "con un sinnúmero de palabras y construcciones nuevas", por él inventadas. Y le admira mucho más porque, ante los ojos de Byron, "todos los hombres y mujeres" son "canallas" y el corazón humano es "casi una inmundicia". Los amigos celebran las "humoradas de Wilde", no obstante preconcebidas y acariciadas para desafinar la orquesta de la sociedad aldeana. Llevarle la contraria al común pensar, es empresa arriesgada de la que no sale ileso el pro-

¹ EDUARDO WILDE: *Tiempo perdido*. (Sobre poesía).

motor. En la brega de uno en jaque contra mil, el resultado es previsible. Los mil le darán más golpes que los recibidos por el caballero manchego en la aventura con los desalmados yan-güeses. A pesar de la calumnia que empieza a llover sobre él, continúa quitándole lustre a las premisas falsas, como civilización y barbarie, por ejemplo. En la Cámara, en el club, en los salones, en todas partes echa a rodar que no existe relación de causa a efecto entre los tipos sociales civilizados y los sentimientos superiores que el espíritu suele asociar con la civilización. La conciencia humana tampoco se dilata ni marcha *pari passu* con la civilización. Entre los pueblos civilizados y los salvajes no se advierte la diferencia que aceptamos como cierta y científica. “La influencia de la civilización sobre las instituciones —aventura Wilde en la Cámara²—, la influencia de la civilización sobre la criminalidad, no es tan notable como el señor ministro lo dice. En los libros viejos se encuentra esto como un teorema... Pero los pensadores modernos comienzan a ver que la instrucción no es siempre y en todos los casos tan benéfica como se dice... hasta la moralidad decrece con la civilización”. El ministro, escandalizado, exclama: “¡Oh, no diga semejante cosa!” Wilde replica con Spencer y “varios otros”: “La ilustración es compatible con todas las. estafas, delitos y hasta suicidios”.

¡En los libros viejos! ¿A qué plano desciende el *Facundo* que ha engolado la prosa de varias generaciones?

II

CANE Y EL “MARTIN FIERRO”

Comienza el año 1879 y Miguel Cané recibe un libro, entre los numerosísimos que llegan a su mesa de crítico literario. Titúlase *La Vuelta de Martín Fierro*. Es la segunda vez que José Hernández, ahora incorporado a la oligarquía porteña en calidad de diputado, acude al joven censor en busca de un

² EDUARDO WILDE: *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*. (Sesión del 14 de junio de 1878). La filosofía positiva entusiasmaba a no pocos hombres de lo que se ha dado llamar generación del 80. La evolución, que suelen confundir con el progreso, los fascinaba. En 1875 escribe Miguel Cané: “La teoría triunfante hoy de la

juicio. ¿Conoce el poeta gauchesco a Cané? Sin duda. Ambos son periodistas de vocación, y políticos, actividades que se vinculan y a las veces se complementan. El periodismo casi siempre conduce a la política. Pero ¿Hernández conoce bien a Cané? ¿Le parece que el redactor de *El Nacional* puede apreciar el contenido de su obra? Por lo pronto no hay amistad entre ellos según se advierte en el ceremonioso “señor” que los dos estilan en el tratamiento. Las predilecciones de Cané son notorias. Su formación mental dista mucho de aparejarse con la de Hernández. Entre el poeta y el escritor hay diferencias que establecen contrastes inmodificables en lo psíquico como en lo físico. La inteligencia de Hernández, el talento, si se quiere, es espontáneo, férax, arrollador, sin disciplina ni pulimientos. De linaje tan excelente como el máspreciado, el cantor sólo ha mirado hacia el horizonte pampeano sin curiosidades extrañas a lo que no sea su tierra, el pasado, el presente y el hombre de su tierra. La prosa de Hernández, y como ella el hablar, traiciona conocimientos empíricos adquiridos sin auxilio de aula universitaria. Autodidacto, pragmatista por donde se le mire, la más leve huella de ajena literatura se le descubre. Lecturas mínimas, de diarios más que de libros fastidiosos y hurtadores de tiempo, pues que impiden percibir directamente la enseñadora, premiosa realidad. Los buscones de reminiscencias e influencias, sabuesos noctámbulos que aciertan tantas veces como yerran, le señalan deudas a pagar con autores cultos, y con otros que le anteceden en el vaguitar por las pampas. ¿Qué importaría eso? Yo le veo y prefiero de distinto modo, abastecido de intuición densa y extensa, o sea la ciencia infusa de los creadores genuinos. Psicología, en suma, de hombre limitado a una sola faz y visión única, uncido a lo particular, lo cercano y tangible, vuelta la espalda a lo lejano y exótico. El físico armoniza con los hábitos del rústico conceptualista en refranes de universal trascendencia. Asombra en él la magnitud corpuda —dos hombres en uno. De sus fuerzas

evolución...”. *Ensayos*, artículo sobre *Facundo*. “Sacrificaríamos nuestra dignidad de hombres aceptando la (disgustante) teoría de Darwin sobre la transformación de las especies...” Op. cit. Artículo sobre Eduardo L. Holmberg. “...Sarmiento, López, Mitre, Gutiérrez... han sido profundamente modificados por la lucha posterior, y la influencia del positivismo contemporáneo los ha transformado. No se lee en vano a Herbert Spencer y a Stuart Mill”. *Mi Padre*. (En *Juvenilia*, ed. Viau, y en la edición popular Sopena). No insinúo con esto el positivismo de Cané. Lo fué con reservas y disidencias, como se desprende del examen de sus ideas según avanza el comentario. En cambio era un ideólogo del progreso indefinido, convicción que se le debilitó en los últimos años de su vida.

atléticas refiérense episodios nada comunes, como el cargar a un carro pesados cajones o el hacer gemir a un equino con la presión de sus piernas hercúleas. Hay en Mansilla una página inolvidable:

“Imaginaos a “Orión”... subido sobre un tablado, luchando a brazo partido... por cargar a nuestro cofrade Hernández... cuya obesidad toma diariamente proporciones alarmantes para los que, como yo, le quieren, amenazando a remontarse a las regiones etéreas o reventar como un torpedo paraguayo, sin hacer daño a nadie”.³

Las faenas de campo no tienen secretos para Hernández, según se desprende del poema y de la *Instrucción del Estanciero*, égloga criolla escrita en prosa humilde cuando, como a Títiro, le blanquea la barba en otro tiempo espesa y negra. A diferencia de los señoritos estancieros que trabajan mirando trabajar, Hernández ha hecho todo cuanto el gaucho más diestro es capaz de hacer. Además, conoce el prolongado infortunio argentino: los tumultos de la guerra civil, las fugas y arremetidas, el clamor de los cautivos, la gélida crueldad de los degolladores. “Hombre de espada y de pluma, del bosque y del salón, de tribuna y de espuela”.⁴ Luego cambia, como todo, como el país, los habitantes, las tradiciones y costumbres. Entonces recobra la estampa ciudadana. Con dignidad señorial usa levita y sombrero de copa y se pasea por las calles de Buenos Aires tan conocido como desconocido...

Con dieciocho años menos, Cané no es sólo un muchacho para Hernández; también es el reverso de su mentalidad. Alto, delgado, fino, con atuendo exterior, ya espeso y largo el mostacho enérgico que le avanza en edad —como al poeta la barba ubérrima—. Bien rasurado el rostro de blanca piel jamás tostada por el sol campesino, la persona y maneras del escritor en aprendizaje de político, dan la sensación cabal de su origen y refinamiento. Cané es la ciudad sin atisbos pampeanos, y en la ciudad es la tertulia que frecuenta en el club, en las antesalas legislativas y en despachos ministeriales —ambientes por igual familiares al poeta gauchesco—. Cané irradia porteñismo, pero los viajes iniciados en la mocedad le han hecho un europeo que sufre del atraso intelectual y material de su país. Está imbuido en ideales que fueron los de su padre y de los proscriptos. Piensa como Sarmiento, ídolo y espejo de sus acciones. Caudillos, gauchos, indios, son para él sinónimos de

³ LUCIO V. MANSILLA: *Una excursión a los Indios Ranqueles* (XXV).

⁴ RAFAEL HERNÁNDEZ: *Pehuajó. Nomenclatura de sus calles*, pág. 86.

barbarie. Europa, Estados Unidos de América (libros, obras de arte, música wagneriana, profesores extranjeros, máquinas y ferrocarriles, corrientes inmigratorias), expresan la civilización de las ciudades contra la barbarie de los campos. Para Hernández, Alberdi es el "Platón argentino", y Sarmiento el "bárbaro" que hace matar a Peñaloza. Para Cané, el Chacho es el bárbaro que soñaba con asesinar a Sarmiento. ¿Cómo podrán acercarse entrabos hombres casi antípodas? El que se deleita leyendo a Shakespeare, Lamartine, Hugo y Leopardi, ¿cómo se dejará llevar de entusiasmo con las coplas de un poeta aplaudido en los fogones? Hace tiempo que circula una versión. En la campaña pululan los que de tal cual mozo alfabeto aprenden de oídas los octosílabos del *Martín Fierro*, y después se vuelven rapsodas erráticos que encienden la imaginación del gauchaje que huye de las levás. Sabe Avellaneda, y ha de escribirlo más tarde en prueba de veracidad, que los pulperos asientan en los libros pedidos de este jaez: "12 grueñas de fósforos; 1 barrica de cerveza; 12 *Vueltas de Martín Fierro*; 100 cajas de sardinas".

Anonado con la desgracia que le ha robado la dicha de vivir, va ya para meses que Cané no atina a leer ni sus libros predilectos. Desgano, apatía profunda, abdicación de la voluntad, suerte de Nirvana que le destruye pensamientos y le disipa los más inocentes deseos, es el estado anímico del hombre hasta ayer enderezado a las acciones prontas, decisivas. Ahora le asaltan fobias que no conocía, entre otras, la de tomar la pluma con que ha entintado centenares de cuartillas olvidadas. ¡La pobre pluma que a cualquier hora de la noche se deslizaba sobre el papel como galgo corredor, le causa náuseas! Y el monólogo cuya resonancia le abrumba: *to be or not to be*. ¡Detente! ¿No ves que andas bordeando abismos? El venerado Shakespeare, pulsador del latido cósmico, deja oír premisas peligrosas para los que desesperan: "¡Si esta sólida carne pudiera derretirse, deshacerse, disolverse en rocío! ¡Qué fastidiosas, rancias, vanas e inútiles me parecen las prácticas todas de este mundo! ¡Jardín de malas hierbas sin escardar! ¡Productos de amarga y grosera naturaleza!" ¿Hasta cuándo seguirá inclinado sobre sí mismo mirando en su alma las ruinas de la felicidad y el desaliento que le tiene inmovilizado? Debe jugar a cara o cruz. Lo hace y, en buena hora, la suerte echada le dice: *¡to be!* Ahí está sobre la mesa aguardándole el poema de Hernández, sin saber desde cuánto tiempo, en dos cuadernillos de tapas verdosas e impresos con papel de almacén. Están esperándole silenciosos, sin asomo de queja, pues

los libros son los únicos amigos que jamás se lamentan de presuntas ingratitudes; con los ojos bien abiertos nos miran pasar, y al punto captan el desasosiego que llevamos dentro...

Siéntase finalmente a leer la *Vuelta*, no la *Ida*. Por espacio de una, de dos horas, se entretiene trashojando el plebeyo cuadernillo. La primera sextina le llena de perplejidad. Acaso recuerda lo escrito por su padre:

“Hace diez años que ese elemento de atraso y desorden revestía aún su cortesa salvaje virginal; el frote de otras necesidades, de otro orden de cosas, va poco a poco desgastando ese tipo que parecía perpetuarse, por desgracia, en las generaciones venideras”.⁵

No importa. El hijo expresará lo que siente con la probidad mental que para su bien le caracteriza. Aquella mañana del 12 de marzo de 1879, Cané le escribe a Hernández una carta sincera y cordial.⁶ El argentino que se desvive por lo europeo, no desprecia al gaucho, el desheredado, el paria, el hombre más próximo al estado de naturaleza, y a quien, tal vez por eso, por su primitividad, le considera capaz de percibir cualquier sentimiento humano y trágico —celos de Otelo, soledad cósmica de Leopardi— si Hernández los recitara en versos gauchescos. Todo lo que sea desventura, siéntela Cané como propia, minuciosa, intensamente. Todo lo que sea injusticia halla eco en lo que para él es la injusticia de su dolor. Sabe bien que el *Martín Fierro* es el reverso de *Facundo*, y más aún, una réplica intencionada y bravía, sobre todo la *Ida*. Es inadmisibles que un periodista de combate, con plaza en la *Tribuna*, dirección eminente en *El Nacional* y actividad notoria en las filas de los *pandilleros*, ignore los arrestos y andanzas de Hernández: soldado en Cepeda y Pavón con las huestes de Urquiza contra Mitre, autor de *La Política del Puñal* en defensa de las campañas contra la ciudad prepotente; identificado entre los sediciosos de Ricardo López Jordán contra Sarmiento, y, finalmente, *chupandino*, según el mote que los *pandilleros* (oficialistas y liberales) aplicaban a los adversarios del gobierno.

⁵ Citado por R. LEHMANN-NITSCHKE en *Santos Vega*, Buenos Aires 1917.

⁶ Publicóse en *El Nacional* el 22 de marzo de 1879 y en la duodécima, última edición de *El Gaucho Martín Fierro*, corregida por Hernández e impresa en 1883 por la Escuela de Artes y Oficios de San Martín con numerosos juicios críticos de Miguel Cané, Bartolomé Mitre, Nicolás Avellaneda, Ricardo Palma, etc. Los “martinfierristas” de nuestros días exageran cuando presentan a Hernández descubierto por ellos, y desdefiado o ignorado por los escritores de su tiempo.

El crítico se honra a sí mismo dando como inexistentes tales hechos en la vida pasada del poeta. Éste no es aquél, ni aquello es esto. El enemigo ha muerto en Hernández. *El hombre no mate al hombre — Ni pelee por fantasía.* También por eso ha sometido su obra a la consideración de Mitre, y el gran “soldado raso de la poesía”⁷ acaba de juzgarla generosamente. Cuando Cané oficia de crítico literario, lo primero que olvida es la política. De ahí la autoridad moral de que goza, con amigos que le quieren y admiradores que le buscan y respetan. Su alma no es jardín de malas hierbas sin escardar...

Hay en la carta, sin embargo, una observación que debió de sorprender a Hernández por lo reiterada; y además, cierto recuerdo que bien pudo no agradarle. Dos veces insiste Cané sobre la “forma incorrecta” del poema, como si escapase a su perspicacia la deliberada incorrección, cuando ella existe. Hernández quería ser comprendido por el gaucho con lo más próximo a su lenguaje. Por demás se adivina cuál otro habría sido el destino del *Martín Fierro* si el autor lo hubiera escrito con la mesura lánguida de Echeverría o con el purismo académico de Obligado: destino tristísimo, sin cantores en torno de los fogones, y sin pedidos al pulpero... Los aciertos y bellezas en la técnica de la versificación no son peregrinos, lejos de ello, al extremo de compensar la sintaxis bárbara y los desfallecimientos, que tampoco son tales para el oído rústico. Nadie desconoce la perennidad de grandes poetas y escritores con acopio de licencias y osadías que pasan al buscador de la inasequible perfección absoluta. “Con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo”. ¿No se complacía el clasicista Florencio Varela, según recuerdo de Cané, en subrayarles a los jóvenes románticos de Montevideo los versos de Hugo a su juicio “condenables” e indignos de ser imitados? También gastaba paciencia Jules Lemaitre, en instancia de crítico menor, subrayando las licencias gramaticales verlenianas. Ahora deleitosamente les descubren transgresiones a Baudelaire y Flaubert...

Habría bastado leer siquiera una vez la carta-dedicatoria a don Zoilo Miguens, para retener el confesado designio: “presentar al gaucho con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos”. En las “cuatro palabras” de la *Vuelta* es más categórico aún: “El gaucho no conoce ni siquiera los

⁷ BARTOLOMÉ MITRE. *Defensa de la Poesía*. Carta-prefacio a Domingo Faustino Sarmiento como réplica a sus diatribas contra los poetas: “La diatriba es un poco fuerte, y aunque algo merecida, hace tiempo que le guardo cierto rencor por la parte que me toca como soldado raso en la falange de poetas del Río de la Plata, que ha divinizado hasta la desesperación y el desencanto” (Mitre).

elementos de su propio idioma y sería una impropiedad cuando menos, y una falta de verdad muy censurable, que quien no ha abierto jamás un libro, siga las reglas del arte de Blair, Hermosilla o la Academia”.

Salvo ese lunar —más bien un descuido de lector atribulado— la carta debió de causarle halago al poeta. Reconoce en ella la autenticidad del poema, elevándolo a la jerarquía que le adjudicaron quince años más tarde, Unamuno y Menéndez y Pelayo: “Usted ha hecho versos gauchescos —le dice Cané— no como Ascasubi, para hacer reír al hombre culto del lenguaje del gaucho, sino para reflejar en el lenguaje de éste, su índole, sus pasiones, sus sufrimientos y sus esperanzas tanto más intensas y sagradas, cuanto más cerca están de la naturaleza”. Celebra que se hayan vendido más de treinta mil ejemplares, sin sorprenderse, porque “los versos de *Martin Fierro* tienen un objeto, un fin, casi he dicho una misión... Hace bien en cantar para esos desheredados...” La “secreta adoración que sentimos por los altísimos poetas, el gaucho la sentirá por usted que lo ha comprendido, que lo ha amado, que lo ha hecho llorar ante los nobles arranques de su propia naturaleza, tan desconocida para él. No puede aspirar a una recompensa más dulce”. Cita varias estrofas que ya se sabe de memoria, y a una de ellas la califica de “admirable”, pues “bastaría para reconocer a un poeta en aquel que la ha escrito”. Parece “una completa sinfonía imitativa de los vagos rumores de la noche en nuestros campos”. Termina dedicándole un recuerdo a del Campo⁸ “que tiene en su *Fausto*

⁸ El poema de Estanislao del Campo gustó mucho al hombre de la ciudad, al socio del Club del Progreso, no a los gauchescos de la estirpe de Hernández y, en menor escala, de Eduardo Gutiérrez, el desmañado folletinista de Juan Moreira, etc. En la carta a Miguens, advierte Hernández: “Quizá la empresa habría sido para mí más fácil, y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír á costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso en este género de composiciones...” En la *Ida* vuelve sobre lo mismo:

Yo he visto muchos cantores
Con famas bien otenidas,
Y que después de alquiridas
No las quieren sustentar:
Parece que sin largar
se cansaron en partidas.

Según Tiscornia (*Martin Fierro* comentado y anotado, I, pág. 10, Coni, 1925), “Hernández quiere señalar a su íntimo amigo Estanislao del Campo que había publicado, en 1866, el *Fausto*, esbozo de poesía

más de una nota arrancada a la misma fibra". Cané le brinda su amistad al poeta, desde ese día "su amigo", cuya existencia querría conocer a fondo:

"Tengo curiosidad de saber qué vida habrá llevado usted para escribir esas cosas tan lindas y verdaderas, que no se trazan al resplandor de la pura y abstracta especulación, pero que se aprenden dejando en el camino de la vida algo de sí mismo: los débiles, la lana, como el carnero; los fuertes, sus entrañas, como el pelícano... No le digo ni la mitad de lo que quisiera; pero no he de concluir sin apretarle fuerte la mano y pedirle crea en la verdadera estimación que siente por su talento. Su affmo. s. y amigo. Miguel Cané".⁹

El símil del pelícano merece ser recordado. ¿Habrá dejado Hernández sus entrañas en la Pampa y su alma en la del gaucho? No lo duda Cané. Quizá por eso desea penetrar en su intimidad.

III

"EL MISIONERO" DE RICARDO GUTIERREZ

De un poeta Cané nos lleva a otro. Ahora es Gutiérrez, el gran amigo Ricardo Gutiérrez, "primero entre los primeros" hasta 1877. Vientos anunciadores de Fronda empiezan a soplar en Buenos Aires. La ciudad conoce días inquietantes. Los menos templados pronostican graves episodios políticos. Atribú-

gauchesca que no quiso cultivar después, quizás por el desatinado consejo de su amigo y crítico Juan Carlos Gómez: "Arroje usted, pues, lejos de sí la guitarra del gaucho". A esto alude Hernández, que siempre tuvo en grande aprecio los del amigo, etc. Creo que se puede querer mucho a un amigo y no gustar de lo que escribe. Sea como fuere, y enemigo de la conjetura, cuéstame creer que a Hernández pudieran gustarle los conceptos del *Fausto* —demasiado cultos para ser gauchescos— y el argumento enderezado a una sola cosa, a "hacer reir" a costa del gaucho. Sobre la calidad de la poesía de Hidalgo, Ascasubi y del Campo, remito a *El payador* de Lugones, cap. VII: *Martín Fierro es un poema épico*.

⁹ Es de notar que Cané fué colega de Rafael Hernández, hermano de José, en la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires en 1875 y principios del 76, antes de la publicación de *La Vuelta*. Conocida la veneración de Rafael por José es presumible que hablaría de él en las tertulias de la histórica Legislatura porteña. De ahí la vehemente curiosidad de Cané por conocer, de labios de Hernández, los pormenores de su existencia fluctuante en la que campea el dolor de la tierra inhóspita.

yenle a don Carlos Tejedor ciertas expresiones subidas de tono, amenazas francas, que ya deben de haber llegado a los oídos del cauteloso presidente Avellaneda. Los jóvenes atizan pasiones en torno de banderas enemigas. Sin tiempo para perder, adiéstranse todos en la polémica verbal y escrita. Los unos se vanaglorian de llamarse liberales, progresistas, destructores de la mentalidad colonial. Los otros se tienen por caballeros de la fe en Cristo-rey, y andan hechos a la idea de realizar cruzadas para que los descreídos respeten la túnica inconsútil y el madero redentor. Si mucho los divide en bandos irreconciliables, también es grande lo que les une con rasgos de psicología propiamente argentina. Poseen por igual un férvido sentimiento de nacionalidad matizado de orgullo. En alta honra tienen el ser y llamarse argentinos. Ríndele culto a las epopeyas patrias que los historiadores y biógrafos escriben infundiendole conciencia de superioridad sobre los demás pueblos, con certidumbre inquebrantable en la futura grandeza de la nación; sin reparar mucho en las serias deficiencias temperamentales de suyo capaces de reducir a ilusiones y desahogos verbales los esfuerzos mal dirigidos.

¿Qué es lo que acontece? Por lo pronto nada grave. En el teatro de la Ópera el poeta Ricardo Gutiérrez, con aquella su voz cavernosa de profeta iracundo, violando el silencio impuesto por el sacerdocio médico, ha leído su poema *El Fraile*, posteriormente denominado *El Misionero*. El éxito fué trascendente, sobre todo entre la grey devota, que le hizo repetir la lectura en el Club Católico. La condescendencia del poeta fué considerada por los liberales como definición y desafío en la hora política de amenazas que todos estaban viviendo. Menearon las reyertas. Mas lo que hubo de sorprender es que Miguel Cané diera la nota más alta de acometividad. ¿Quebrarían lanzas los amigos de Italia? No. Era el retorno de Cané a los arrestos de sus mejores tiempos. Sin embargo, es de llamar la atención el salirle al paso a quien tanto admirara, sin reticencias ni graduar los ditirambos. La lectura del artículo de Cané, incluido cinco años más tarde con ligeros retoques en *Charlas Literarias*, esclarece el episodio:

“...la lectura hecha por Gutiérrez en el seno del Club Católico y la significación ortodoxa que los ultramontanos daban a esa composición, me hicieron comprender que una nueva decepción, tal vez la más amarga de todas, venía a aumentar mi triste experiencia en el mundo. Después de Goyena, Gutiérrez... era demasiado”.

En las contiendas dogmáticas, por no decir sectarias, afirmar la fe o negarla, no son cuestiones de poca monta. Sólo el escéptico puede mirarlas con una leve sonrisa en los labios. ¿Para qué? Pero Cané todavía no es escéptico. El polemista de la Legislatura en 1876 no ha cambiado de piel. Lejos de ello, cree todavía en muchos postulados que le parecen incommovibles. Es un racionalista de añeja estirpe, de los que admiten que basta la razón para resolver los problemas que interesan a la conciencia sin necesidad de revelación sobrenatural. De sus paseos escolares por la filosofía, con dos o tres postulados, si bien pertenecientes a diversos sistemas, ha logrado hacer una vivencia que le parece satisfactoria y verdadera.

Desde luego, la religiosidad es nula en Cané. Según él, Dios sólo existe en el universo de nuestra imaginación. Esto, y lo que sigue, cuaja bien con el escepticismo empírico de Hume: si damos un paso más allá de los límites del Universo, nunca daremos un paso más allá de nosotros mismos. Las pruebas de la existencia de Dios son quiméricas porque las pruebas de las causas finales son insuficientes como todo lo que es metafísico. Si bien la filosofía alemana no lo cautiva porque se le presenta oscura e ininteligible, algo sabe de ella a través de la claridad francesa. Conoce la refutación kantiana a los argumentos ontológicos, cosmológicos y físico-teológicos para demostrar la existencia de Dios como el "todo de la realidad", y prefiere, con el solitario de Koenisberg, creer en la necesidad de una ley moral que asegure la felicidad terrena, aunque en los momentos de pesimismo intermitente, no se le oculta que nuestra dicha también depende de la naturaleza exterior y de los hombres que nos rodean. Por último, si algo cuenta de verdad es la experiencia. Sin ser crudamente positivista, hace suyo este principio: con la ciencia moderna, la filosofía metafísica ha sido expulsada del espíritu y del mundo, de la psicología y de la física. Gracias a ello la metafísica solamente dispone de los espacios imaginarios. En resumen: la experiencia *a priori* es impotente y a nada verdadero conduce. Lo que está más allá del conocimiento directo, positivo, demostrable, es inaccesible al espíritu. Especular acerca de lo absoluto es, científicamente, una actividad ilegítima y estéril.

Era del todo imposible que Cané y Gutiérrez pudieran comprenderse ni tolerarse, situados, como estaban, en planos opuestos. Para Gutiérrez no hay tal vacuidad en las argumentaciones ontológicas. El espíritu humano es de suyo especulador, inquisidor, pensante, por la cual siéntese impelido a elevarse sobre el mundo sensible en el deseo de franquear los

límites de lo finito hacia lo invisible e infinito. Disputa de antípodas es la de Cané con los espiritualistas. La política es la responsable del áspero debate que pone frente a frente a dos amigos entrañables. Además, cuando el poeta no es un filósofo a lo Lucrecio —*rara avis*— resulta baladí la tarea de discutirle su inspiración y sus premisas, si las tiene. Pero Cané considera que Gutiérrez se ha salido del jardín de las Hespérides dejando en él las codiciadas manzanas de oro. Fuera de la música del poema que al razonador le trae el recuerdo de “una sinfonía de Beethoven, llena, amplia, majestuosa” —si tanto concede es para castigar en seguida—, Gutiérrez no se ha comportado como místico sino como rimador de falsedades. El místico no es un combatiente armado de armas terrenas a la manera de los campeadores. El místico es un contemplativo que vive en Dios y halla en sí mismo la radiante morada de Dios. La dichosa ventura del místico consiste en descubrir que su alma, “a oscuras y segura”, para siempre sosegada, ya no sabe de pasiones y apetitos. Por eso se aísla y se entrega a la oración. Esta es la teoría del acto puro que desacredita Loyola, contemplativo y activo.

Han transcurrido setenta y cinco años desde que se produjo la disidencia entre el hombre que razona sin fe y el que se inunda de fe sin razonar. Es difícil no sonreír con el poema y la crítica conceptual, nada literaria que Cané hace del mismo. El crítico busca y analiza las incongruencias que desfilan en tropel desde la primera hasta la última estrofa. Por ejemplo:

Cuando el mundo pasado
La órbita del Olimpo recorría,
En un cielo sin Dios, desamparado.

Cané replica, iracundo: “no es cierto, la humanidad jamás ha rodado en un cielo sin Dios”. ¿De qué sirve la historia de las religiones? Cané se las recuerda: “Todos los viejos pueblos del Oriente han tenido en materias religiosas nociones que en vano hemos luchado por ahondar...”

Cuando la ciencia idólatra mentía.

El crítico pregunta: “¿Cómo? ¿Acaso no debemos a los griegos, quienes a su vez lo tomaron de los hindús, los egipcios y caldeos, la base de todos nuestros conocimientos?” Y le arroja esquemáticamente la historia de la ciencia... En el trance de hacer poesía ¿olvida el médico “que el movimiento científico, sobre todo en medicina, partió de Bagdad, de Córdoba y de esos centros de luz y de cultura que se llamaron los pri-

meros califatos?... Recuérdense los nombres de Averroes... pero ¿qué digo, médico, olvida usted a Hipócrates, cuyos aforismos brillan hoy tan espléndidamente por su verdad, como ahora tres mil años? Vamos, un poco de respeto a esta ciencia idólatra, a la que todo debemos, y menos consideración con los que ahogaban en una celda al sublime monje Bacon y trataban de brujo y hechicero a Alberto el Grande". Cané dispone de abundantes piezas de artillería.

Y el arte prostituído blasfemaba.

Con este verso Gutiérrez hiere en lo hondo la sensibilidad estética del amigo, que reacciona con mayor pujanza, si cabe: "Aquí nos vamos a pelear en regla, poeta. Ha usted tocado a la Grecia, que es el arte antiguo; pero estoy seguro que al asestarle ese verso, como una estocada, ha mirado las groseras rejas de (fierro) de su balcón, para que no vinieran a su alma los deliciosos contornos de la estatuaria griega. ¡La Grecia, Gutiérrez!" Santa indignación que le permite al joven argentino, como al joven Anacarsis, trasladarse a Grecia para cantar sus virtudes con el entusiasmo de Macaulay, con el fervor de Renan a los pies de la Acrópolis... Cané va lejos en el ataque que lleva de frente repartiendo golpes a diestro y siniestro. ¡Que el arte antiguo blasfemaba!: "¡Entre usted a un templo, Gutiérrez, y vea esas toscas e indignas imágenes de madera...! ¡Eso es blasfemia!" "La ciencia balbuceante llama al (dintel) de la verdad en vano". "Esas palabras son una blasfemia contra el progreso" —responde el iconoclasta para quien Jesucristo fué "un hombre, el más grande sin duda, que murió en Judea ahora dos mil años". Exalta las virtudes espartanas, el estoicismo griego y romano en las figuras de Zenón, Anaxágoras y Epicteto y las opone a la del papa Alejandro VI "con su madriguera de Borgias..."

En las páginas encendidas que comento, está reflejado al desnudo el temperamento de Cané, explosivo, pero hasta en el error sincero. El error de ese año, el más apasionado y apasionante de su vida, consiste en haberle dado importancia a unas estrofas devotas, querellosas y frágiles, que si algo exhiben es lo que a Gutiérrez le falta: intuición poética y conocimientos generales. Entre la ciencia y la religión hay un compartimiento estanco que impide la penetración recíproca de la una en la otra. El saldo de la polémica fué negativo. Estériles son las disputas que se traban en torno de la razón que exige pruebas para creer, a diferencia de la fe que no necesita de razones para saciar su apetencia de infinito. ¡Tiempo perdido!

—puede exclamar esta vez Eduardo Wilde con la verdad a su favor. Si las religiones, según Santayana, son los cuentos de hadas de la moral, para qué irritarse tanto. ¿Acaso hay algo más hermoso que un cuento de hadas?

Sin modificar un concepto, un vocablo, ni una coma, Gutiérrez publica *El Misionero* en volumen. Cané reproduce la crítica del poema, atemperando un tanto la virulencia formal: “he suprimido muchas vehemencias, de esas que solo se escriben en medio del combate... Asimismo, el artículo queda duro, pero no falso. En esta exhumación de cosas viejas, tenía su lugar marcado y era honesto decirlo”.¹⁰

Nunca como esta vez ha demostrado Cané su carácter dominador. Parece exigir que sus amigos posean su misma sensibilidad y contemplen los panoramas del mundo desde su mismo punto de mira. Es muy difícil granjearse amistades perdurables cuando se hace gala de semejante imperio que suele culminar en una suerte de dictadura. Y tiene, sin embargo, excelentes amigos. No hay uno que no le retribuya el indudable cariño que les profesa. Tampoco le intimida que sean mayores que él para señalarles sus desmayos y errores. Si cuentan igual edad, o algo menos, entonces ejerce sobre ellos autoridad paternal. Valga el ejemplo de Francisco P. Moreno, a quien después de haberle descubierto su vocación, le incita a ella y le recrimina sus vacilaciones hasta enderezarlo por el camino que debe seguir. En este sentido, es un conductor.¹¹

¹⁰ Como los vínculos que les unían distaban mucho de ser vulgares, ambos amigos continuaron siéndolo. Es posible que Gutiérrez practicara los consejos que Miguel Cané (padre) le prodiga en la carta-prefacio a *La Fibra Salvaje* (27 de enero de 1860): “Usted ha recibido la Misión de iluminar, pero usted es hombre, y sólo a los astros del cielo les es dado prescindir de la crítica o de la alabanza de los mortales. Persevere usted, sufra y calle, porque esa es su misión...”

¹¹ *Francisco P. Moreno a Miguel Cané*. (21 de junio de 1879). Miguel: Aquellas dos notas al Gobierno dirigidas desde Santa Cruz y Punta Arenas, tan áridas que le hicieron desesperar a Vd. del sentimiento natural de quien las enviaba, se han convertido ya en un volumen de 460 páginas; al ofrecérselas deseo que Vd. olvide la primera impresión.

“Pancho, estudie, escriba sin temor lo que piense, y publique” —me dijo Vd. ahora dos años a mi regreso del “Lago Argentino”. He tratado de hacerlo y lo he conseguido, y al dar a la circulación lo que ha resultado de su consejo, le agradezco éste con toda mi alma. Más de un rato aburrido ha pasado Vd. ayudándome o corrigiendo mis pruebas, pero creo que ello tiene compensación para usted cuando ve que un individuo “sin corazón”, lo ha adquirido, gracias al amistoso contacto de quien lo tiene bien grande. No se puede Vd. imaginar, Miguel, la impresión que me causó cuando V. me dijo al leer la nota de Punta Arenas: “he desesperado de Vd. He creído que no tiene corazón,

IV

CHILE: POR LA RAZON O LA FUERZA

La carta a Hernández, y el artículo sobre *El Misionero* de Gutiérrez, son los signos premonitores de la reacción que se produce en el espíritu de Cané. Libérase del sombrío estado depresivo y vuelve a la vida, a una nueva vida que no será, desde luego, como la anterior, apenas vivida... Los acontecimientos que se suceden vertiginosamente, vienen en su ayuda para transformarle en un otro Cané, insospechado, tal vez, hasta por él mismo. Hacia el lado del Oeste, el sol no dora "la cresta de los Andes". Densos nubarrones borrascosos amenazan desde hace años la tranquilidad de los argentinos y de América. Chile está en guerra con las repúblicas del Perú y de Bolivia, sospechándosele ambiciones imperialistas. La política de las armas al servicio de la expansión territorial acabaría para siempre con la comunidad de antiguo pregonada y sentida entre las naciones hermanas de Hispano-América. La Argentina recela, teme que sus relaciones con Chile se agraven en lo futuro. Chile, con el agresivo lema de: "Por la razón o la fuerza", ha dejado de ser el buen vecino de los tiempos en que la gloria de sus epopeyas empezaba y terminaba con la nuestra. La invocación de la fuerza cuando se cree estar asistido de la razón, es un paralogismo. Cané, como todo argentino bien informado, conoce las hoy lejanas ambiciones de Chile. "Siempre caracterizó al chileno el afán trashumante, es espíritu de aventura, y le sedujo el peligro de las iniciativas arriesgadas (Ricardo Donoso). En 1843, Chile toma posesión de los estrechos de Magallanes y su territorio. El momento es propicio como lo fué para Inglaterra con las Malvinas. En seguida funda una colonia en el Puerto del Hambre que luego traslada más al Norte con el nombre de Punta Arenas. Cuando a Buenos Aires llega la noticia, Rosas entabla una negociación en 1847. Tres meses más tarde, el ministro chileno Vial contesta invocando derechos que su país posee, no sólo con respecto al lugar que ocupa la colonia recientemente establecida en Magallanes, "sino a todo el Estrecho y a las tierras adyacentes, y demás que aquellos designan". Los historiadores y pe-

pues la naturaleza no lo entusiasma". Gracias a Vd. mismo, hoy estoy seguro de que Vd. ha cambiado de opinión. Siempre su amigo, *F. P. Moreno*". (AMC).

riodistas ultracordilleranos inflaman sus patrióticas plumas en defensa de "indiscutibles derechos históricos", amén del consabido derecho del primer ocupante. ¿Qué hacen los proscritos argentinos residentes en Chile, testigos del episodio? Alberdi y Gutiérrez pasean por Europa, pero luego, cuando eligen asilo, el silencio en ellos, como en Frías, es consigna tácita. En cambio, Sarmiento, que siempre deja ver lo que siente, en 1842 y 1849 escribe artículos, sin refutación, defendiendo los derechos de Chile al Estrecho y a la Patagonia.¹² Tenían que vivir en buenas relaciones con el gobierno usurpador... En 1853-1855, Miguel Amunátegui refuta las *Memorias* de Pedro de Angelis y Vélez Sársfield: "Voy a demostrar, escribe, el derecho que la república de Chile tiene a la soberanía y dominio de la Patagonia, de la isla de los Estados, de la Tierra del Fuego y del estrecho de Magallanes en toda su extensión".¹³ Ahora, don Félix Frías es ministro argentino en Santiago, y el 1º de octubre ofrece, como transacción, la división del Estrecho en la bahía Pekett, desde la cual correría la línea en dirección al Oeste hasta tocar con la Cordillera de los Andes.

Chile no renuncia a sus planes de conquista en territorio argentino. En 1876, Cané presencia un movido debate en la Cámara, y escucha el enérgico discurso de don Félix Frías explicando las verdaderas intenciones chilenas y las sinuosidades de su diplomacia. También habla don Bernardo de Irigoyen, ministro de Relaciones Exteriores. Trátase de la *Jeanne Amélie*, barca patentada por el gobierno argentino que llevaba mercancías nacionales, lo cual no impidió que fuera apresada por un barco chileno que practicaba policía jurisdiccional en

¹² SARMIENTO: *El Progreso*, de Santiago de Chile, 28 de noviembre de 1842. También puede verse: *Obras Completas*, t. 35, pág. 23. Por supuesto que más tarde rectifica los conceptos sustentados en aquellos peregrinos artículos. Sin embargo, cuando un hombre, sea grande, como Sarmiento, o pequeño como el que más, con la mano al pecho confiesa públicamente sus errores, merece que se le mantenga intacto el respeto que los perversos le escatiman. En el tribunal de la penitencia, la espontánea y amplia confesión de la culpa, borra la culpa. Aunque tenga setenta años, nace de nuevo, tan inmaculado como el primer día de su existencia. Aludo, desde luego, al discurso hecho en el Senado con motivo de la "Liga de Gobernadores" por él denunciada: "Réstame tan sólo descargarme personalmente de culpas de mal ejemplo o de malas doctrinas. ¡De cuántos errores no tengo que arrepentirme en cuarenta años de vida pública tan tormentosa en medio de vicisitudes tan extrañas, al calor excesivo de la acción, unas veces, al hiel de las tiranías, otras, tentado por la ambición o desencantado por la experiencia".

¹³ Citado por EDUARDO L. BIDAÚ: *Límites con Chile*. La Biblioteca t. VII, pág. 359.

las costas del sur atlántico, entre Puerto Gallegos y Santa Cruz. Por obra de milagro el conflicto armado no se produjo entonces.

El 2 de abril de 1879, dueño ya de los entonces poderosos barcos, el "Cockrane" y el "Blanco Encalada", Chile le declara la guerra al Perú y a Bolivia. Era manifiesto el propósito de arrebatárles los yacimientos de yodo y salitre. Inmensa es la sensación que estremece a Buenos Aires, como si hubiera temblado la tierra abajo de la Casa Rosada. Las naciones agredidas, desde el primer instante cuentan con la simpatía argentina. Muchedumbres clamorosas recorren las calles de la ciudad. Más de dos mil personas celebran en un teatro a los oradores que condenan el derecho de conquista que se le sospecha a la nación agresora. Todos presienten y respiran el peligro. Reservábase Chile para mejor oportunidad la solución del prolongado pleito territorial con el gobierno del dilatado país desierto, sin ejército apreciable y con revoluciones que lo debilitan y disminuyen cada diez años. La nerviosidad argentina se nota por igual en la Cámara de Diputados. Las relaciones diplomáticas entre la Argentina y Chile están virtualmente interrumpidas, pues ni en Buenos Aires hay ministro chileno ni en Santiago ministro argentino. En la sesión del 5 de septiembre, la comisión de presupuesto de la Cámara niega los fondos solicitados por el Poder Ejecutivo para reponer nuestra legación allende los Andes. Con palabras airadas Pellegrini critica la negativa. "¿Qué significa eso? —pregunta—. ¿Acaso han herido el honor de la Nación Argentina para carecer de representación diplomática cuando más se la necesita?" "En cuanto a las cuestiones de honra y dignidad —agrega— son palabras muy grandes que no deben pronunciarse sino en momentos solemnes..." Cané, que por aquellos días no es dueño de sus nervios, interviene en el debate y defiende la supresión de la legación en Chile. Por lo que toca a Pellegrini, que acaba de presentarse "como el defensor más ardiente de la honra nacional", dice Cané que, después de largas conversaciones mantenidas con él, "hemos tenido, muchos de sus amigos, el sentimiento de no ver la honra nacional bajo un mismo punto de vista". Cuando el gobierno retira la Legación, "porque la honra nacional no permitía que esa Legación permaneciera allí", vota afirmativamente, pero hoy afirma "que esa honra no ha sido atacada en lo más mínimo". ¿Qué significa ese cambio de frente? Cané no es hombre de medias tintas. *Amicus Platus...* ¿Cree, por ventura, en la victoria de las armas chilenas? ¿Ha olvidado que Roque Sáenz Peña combate

en las filas del ejército peruano defendiendo la única causa defendible? Cuando Cané habla o escribe guárdase de medir las palabras ni de calcular las consecuencias de las mismas. Dice todo lo que le pasa por la mente con alas de fuego. Dice lo que habría sido prudente reservar para una sesión secreta...

"Voy a hacer, ahora, una simple reflexión respecto a los intereses positivos de la República Argentina. Todos estamos viendo los sucesos que se desenvuelven en el Pacífico. No es un misterio para nadie que Chile, lanzado a una aventura cuyas consecuencias él mismo nunca pudo prever, está quedando exhausto como un hombre a quien se le abriera una vena y fuera perdiendo su sangre. Eso lo vemos todos".¹⁴

Es difícil ir más lejos en el antichilenismo. El venerable don Félix Frías, que tanto amara a Chile en las amarguras de la proscripción, se solidariza con el joven intrépido. "Hemos sido ofendidos —dice—; y no hemos podido serlo en grado mayor. Y esas ofensas subsisten hoy porque, desgraciadamente, la experiencia nos ha demostrado que no es posible tratar con Chile; que él no quiere abandonar la presa; que no acepta ninguna de las bases fuera de las cuales es imposible que la República, sin degradarse, celebre pacto alguno con ese país".¹⁵

El fervor por la causa del Perú y Bolivia se acrecienta de día en día. Al saberse que el heroico almirante Grau muere a bordo del "Huáscar", en lucha desigual con la escuadra chilena renuévanse las manifestaciones de adhesión que ahora dirige un comité especial en el que figuran Miguel Cané, Aristóbulo Del Valle, Lucio V. López, Leandro N. Alem, etc. Una obsesión se aposenta y tortura la mente de Cané. ¿Qué es de la suerte de Sáenz Peña? Desde que le despidieron en Montevideo, en vísperas de embarcarse rumbo al Pacífico, poco es lo que se sabe del caballero andante. Conjeturas, rumores, hasta insidias. ¿Cuál es la verdadera causa que le mueve a esa intrépida determinación? No ha de ser, por cierto, el espíritu militar, del que carece. Por esto, quizá por aquello otro... Se le conoce altivo y pundonoroso, sin arrestos baladrones. Fresco está el episodio del año anterior: su renuncia a la presidencia de la Legislatura cuando la mayoría desaprueba la pena reglamentaria por él aplicada al diputado Luis V. Varela. "Una

¹⁴ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación.* Pág. 734. Año de 1879.

¹⁵ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación.* Pág. 735 y siguientes, Año de 1879.

crisis de su alma apasionada lo arrojó al Pacífico...; como remedio heroico a su amargura, abríase allí, según el verso de Tennyson, "la flor ardiente de la guerra, teñido en sangre el corazón".¹⁶

Hace tiempo que Miguel Cané tiene un proyecto entrecejas. Cuando llegue el momento, el viaje de Sáenz Peña le servirá para disimularlo, hasta donde sea posible la humana credulidad.

V

TEJEDOR AMENAZA

Los acontecimientos se precipitan. En Buenos Aires cada día toman un cariz más serio. Desde 1878, Tejedor se apercibe a la lucha en defensa de la capital de la provincia y de la efectividad de su candidatura a la presidencia de la República, en oposición a la de Roca, el joven y doble héroe de Santa Rosa y el Río Negro, según reza en las plataformas electorales. Tejedor, hombre-símbolo del ideal supremo: Buenos Aires-Nación, no repara en la dimensión de su política dominadora y agresiva contra las provincias que se defienden con las ya clásicas "ligas de gobernadores". En las postrimerías de 1878 (4 de octubre) ha reclamado, como pertenecientes a la provincia que gobierna, los territorios conquistados por Roca a los indios. Alega títulos que legaliza en la tradición colonial y en la campaña de Rosas al Desierto para extender los límites de su Estado hasta las costas magallánicas. Aprovecha de todas las oportunidades para repetir que el presidente Avellaneda es un mero huésped en la capital histórica de Buenos Aires. Las provincias organizan sus respectivas guardias nacionales, y algunas, como Entre Ríos y Corrientes, se amenazan. Pero el que amenaza más con sus batallones provinciales es Tejedor. El doctor Avellaneda, que ha llamado a Sarmiento al ministerio del Interior, no se sabe en qué momento contrario a su rara lucidez, reacciona enviando al Congreso un mensaje y proyecto de ley con el cual prohíbe (art. 2º) que la Guardia Nacional sea convocada por las autoridades pro-

¹⁶ PAUL GROUSSAC: *Los que pasaban*. Edición Menéndez, pág. 292.

vinciales “ni aun para ejercicios doctrinales, sino por orden del Poder Ejecutivo de la Nación”.

Empiezan las turbulentas manifestaciones callejeras en la ciudad a los gritos de “¡Viva Tejedor! ¡Abajo Avellaneda!” El Dr. Avellaneda intenta entrar en un teatro y se lo impide el agente de policía de la Provincia que está de facción a la puerta. “¡Soy el Presidente de la República!” —exclama lleno de estupor. “Y a mí qué me importa” —contesta el policía. La superioridad premia al disciplinado servidor.¹⁷ Los agresores manifestantes suelen llegar hasta el Congreso para insultar a los legisladores avellanedistas, vale decir, los partidarios de la doctrina federalista. Cané, inalterable su genio pronto que no rehuye peligros, se encrespa y habla en la Cámara contra los sediciosos.¹⁸

En este principio de tragedia llega a Buenos Aires el último proscripto, Juan Bautista Alberdi, elegido el año anterior diputado por Tucumán. Había dejado la ciudad de sus triunfos juveniles el 24 de noviembre de 1838 y regresaba a su seno el 15 de septiembre de 1879... ¿Por qué no regresó antes? Buenas son las razones dadas por él mismo en *Palabras de un ausente*. El hábito de la libertad adquirido en países libres y el hábito de la cultura en centros de cultura superior. Nada más que eso. La especie que explicaba su ausencia por el odio que les profesaba a Mitre y Sarmiento, el propio Alberdi la rechazó cuando de ella tuvo noticias poco antes de emprender el viaje de retorno:

“Juan Bautista Alberdi a Guillermo Aráoz, su sobrino. — En los juicios sobre la guerra no entra divergencia por mi parte ni sombra de prevención personal a Mitre. Hemos sido amigos, y toda la amistad de otra época vive en mi memoria. Si muchos puntos de la política de nuestro país nos dividen, cien otros nos acercan y aproximan como hijos de una misma patria y secuaces convencidos de los mismos principios de la revolución de América. Es una estúpida invención el decir que yo he jurado no volver al país mientras él tenga un cargo público. Sólo ha podido idearse ese disparate para ponerme en ridículo, pues tal juramento me presentaría como un bruto que no ha visto jamás un país libre, en que los más vivos antagonismos no excluyen el

¹⁷ ALBERTO PADILLA: *El general Roca. De Ministro a Presidente* (1878-1880). Buenos Aires, 1936.

¹⁸ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*. Págs. 619-620. Año de 1879.

mutuo respeto ni el contacto mismo de antagonistas cultos y civilizados. Sarmiento es otra cosa..."¹⁹

Cuatro años antes, Alberdi expresaba el mismo juicio:

"*Alberdi a Anacarsis Lanús. St.-André (de Fontenay), 4 de julio de 1875. ...* A medida que tenga yo la suerte de ser más conocido por Vd. en mis escritos políticos, irá Vd. viendo que en materia de principios estamos menos divididos los amigos del progreso argentino que lo han hecho pensar las controversias apasionadas y violentas, sobre apreciaciones de *hechos* y de *personas*, no de *principios* y *doctrinas*. Para atacar mi persona más de una vez ha sido táctica confiscar y ocultar mis escritos.

"De eso nace que su Chiquito y tantos otros jóvenes argentinos, se admiren de ver que mis ideas no son otras que las de Mitre y viceversa, en las cuestiones esenciales de nuestro país... En política a menudo es absurdo hoy día un expediente o un arreglo que era sabio para un estado de cosas ya pasado. Espero tener ocasión de hacerle leer algo a este respecto... La parte histórica de su carta me ha gustado mucho, porque más me convenzo al leerla de lo que arriba digo, que, en apreciaciones de principios y tendencias doctrinarias, hemos estado menos divididos, los argentinos, que en puntos subalternos y secundarios como son los que se refieren a *personas* y a *hechos*, tan fáciles de verse imperfectamente cuando se aprecian desde lejos, o en épocas apasionadas.

"Cuando le dije a Ud. una vez en París que no me retractaba de nada porque en nada creía haberme extraviado, me refería a *principios* y *doctrinas*; pero no niego ni he negado nunca que he podido errar en mi manera de ver y apreciar ciertos hechos y ciertas personas, que no me fué dado juzgar de cerca, en momentos determinados.

"Lo que me ha dado siempre tranquilidad imperturbable en mis apreciaciones, es la completa sinceridad, la alta intención y la ausencia absoluta de todo cálculo de interés privado".²⁰

El arribo de quien por espacio de cuarenta años había gobernado, fecundado y agitado las ideas de su país, sólo con la

¹⁹ Carta citada por MARTÍN GARCÍA MÉROU en *Alberdi, ensayo crítico*; pág. 301. "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1916.

²⁰ Carta inédita. CAL. Los subrayados son de puño y letra de Alberdi.

pluma que no supo de fatiga, fué la emoción de la República en lo que tenía de más sano y espiritualmente más elevado. En un intervalo de la lucha candente, las catorce provincias diéronse a la tarea de remitirle mensajes profusamente signados al hombre que había escrito velozmente las BASES, "para alcanzar al tiempo en su carrera y aprovechar de su colaboración", no bien conociera el resultado de la batalla de Caseros. Los miembros más conspicuos del Congreso Nacional le telegrafiaron a Montevideo.²¹ ¡Qué impresión debió de ser la del anciano "uno de nuestros primeros estadistas", según Pellegrini, al distinguir entre las cuarenta firmas, una, la de Miguel Cané! Despliegue de alas y revuelo de añoranzas en las diez letras mágicas del nombre y apellido. Miguel Cané, para la fatigada visión del peregrino, debía de ser un vivir cuatro décadas atrás en lo para siempre fenecido: Colegio de Ciencias Morales y libros de Juan Jacobo, salones porteños entre danzas y amorios, tardes de San Fernando, tibias y rumorosas noches de la calle del Cabildo, caserón patriarcal de los abuelitos Andrade, y Montevideo, y la Nueva Troya, y la pluma polémica redactando las columnas de *El Iniciador* y *El Nacional*. . . Todo eso simbolizan Miguel Cané (p.) y Juan Bautista Alberdi en los anales del Río de la Plata.

Alberdi es objeto de un recibimiento clamoroso en el puerto de Buenos Aires. Entre las personas adustas se mezcla y abre paso la juventud estudiosa encabezada por Juan Agustín García (h.), Wenceslao Escalante, Enrique García Mérou, hermano de Martín, su futuro biógrafo. Diminuto, vacilante, quebrantado, vencido por la edad y la ausencia, Avellaneda y

²¹ Buenos Aires, 6 de septiembre de 1879. Sr. Dr. Don Juan Bautista Alberdi. Casa Sr. Mandeville. Montevideo. Los miembros del Congreso Nacional que firman, saludan al distinguido publicista Juan Bautista Alberdi al regreso a la patria: Gerónimo Cortés, Aristóbulo del Valle, Aureliano Argentó, Leonidas Echagüe, Luis Vélez, Manuel J. Navarro, Dardo Rocha, Tiburcio Padilla, Manuel D. Pizarro, Vicente G. Quesada, Juan M. Garro, Eduardo Wilde, *MIGUEL CANÉ*. Eudoro J. Balza, Julio P. Acuña, David Saravia, Delfín Gallo, Emilio D. Cabral, Marco Avellaneda, Juan B. Ferreira, Lidoro J. Quinteros, Segundo D. Bedoya, Guillermo San Román, Cástulo Aparicio, Adolfo E. Dávila, Manuel Cornet, Cirilo Sarmiento, Absalón Rojas, Miguel M. Ruiz, Juan E. Serú, Gerónimo del Barco, Juan B. Ocampo, Francisco Olivera, Fermín Rodríguez, Vicente P. Peralta, Fernando Zavalia, S. Gordillo. Benigno Ocampo, Prosecretario del Senado. J. Alejo Ledesma, Secretario de la Cámara de Diputados.

En esta lista figura un solo apellido extranjero: el inglés Wilde. Ni por acaso asoma un italiano. Quiere decir que el aluvión inmigratorio no había tenido tiempo de rebasar en el gobierno, la Iglesia y el ejército.

Sarmiento le hacen llegar sendos saludos con funcionarios del gobierno. Avellaneda, otro hijo de amigo bien querido, el mártir de Metán, a quien Alberdi denominaba "Mi Marco Tulio", porque "Dios le había dado el doble don del corazón conmovido y de la palabra que trasmite sus palpitaciones".

Del Buenos Aires del 38 mucho es lo que había desaparecido, el histórico Fuerte del Virreinato y de los primeros gobiernos revolucionarios, y no pocos edificios. Pero el conjunto es el mismo. La fisonomía exterior es reconocible. La piqueta aún no se le atreve a la pobre Recoba que divide en dos la plaza. De las calles no desaparece "la monotonía de lo recto, lo estrecho y lo escabroso" como el alma del país según la definición de Sarmiento. En el trayecto del lugar de desembarco —no hay puerto— hasta la casa del amigo Borbón en la calle larga de la Recoleta, Alberdi tiene que darle la razón a Mansilla: "andar en las calles de Buenos Aires en verano sin polvo, en invierno sin lodo", es "como lavarse la cara sin mojársela" (*Ranqueles*, XXV). No importa. Está en su tierra. Han muerto los amigos del corazón que todo lo comprende: Echeverría, Cané, Juan María Gutiérrez, pero le quedan por fortuna, los dos últimos, invariables, incorruptibles y reacios: don Félix Frías y don Vicente Fidel López, cuyo hijo, Lucio Vicente, le admira y defiende.²²

Al día siguiente hace Alberdi dos visitas de riguroso protocolo. La primera para el Presidente Avellaneda. La segunda, más difícil, para el Ministro del Interior... Sarmiento lo espera en su despacho en compañía de Aristóbulo del Valle y de otros jóvenes que gustan de las sensaciones fuertes. Los personajes que se dijieran cosas irreparables, desde Yungay el uno y desde Quillota el otro, iban a encontrarse tras larga vida de mal encubierto rencor. De pronto muéstrase Alberdi en el marco de la puerta. El ministro y sus amigos suspenden la conversación y quedan envueltos en profundo silencio. Reacciona Sarmiento, se pone de pie y con los brazos abiertos se dirige al visitante, exclamando:

"¡Doctor Alberdi! ¡En mis brazos!"

Tres semanas después termina el período de sesiones ordinarias del Congreso Nacional. En ambas cámaras abundan los debates agitados y sensacionales: la guerra en el Pacífico, el bombardeo de Valparaíso, de Pisagua y otros puertos in-

²² LUCIO V. LÓPEZ: *Sobre las Cartas Quillotanas. Revista del Río de la Plata*, Vol. VI, pág. 707. Es célebre la incisiva definición de López: "Si Facundo hubiera sabido escribir, no de otro modo hubiera escrito".

defensos; las inevitables intervenciones federales; los tumultos callejeros y los agravios a la persona y casa privada del Presidente de la República, estimulados con la pasividad de la policía provincial; las bravuras verbales de Tejedor convertidas en actos de ostensible intención sediciosa; las réplicas tardías de Avellaneda que por último introduce a Sarmiento en el inarmónico gabinete de presidenciables para que restablezca con mano fuerte el orden comprometido en el país; todo eso y mucho más tiene sonora trascendencia en el "sagrado recinto de las leyes" según la frase de rigor en la jerga parlamentaria. Era de esperar que con el "lobo" al frente del ministerio del Interior, los gobernadores levantiscos acabarían respetando los fueros presidenciales y el imperio de la Constitución burlada por sistema...

El 17 de septiembre se reúne apaciblemente la Cámara de Diputados. Entre los asistentes puede verse lo más granado de aquella asamblea: Mitre, Frías (don Félix), Pellegrini, Olegario Andrade (el poeta), Adolfo Dávila, Quesada (don Vicente G.), Terry, Quirno Costa, Avellaneda (don Marco), Juan Agustín García (padre), Absalón Rojas, Juan M. Garra, Cortés Funes, y el asiduo Miguel Cané. Abre la sesión el Presidente Manuel Quintana, y ante un silencio de templo, dice: "El señor diputado electo por la provincia de Tucumán doctor Alberdi, se halla en ante-salas. Será invitado a prestar juramento". La Cámara se pone de pie cuando Alberdi entra y es acompañado hasta el lugar donde jura, con voz imperceptible, por los Evangelios.

Con la timidez propia de toda grandeza genuina, había entrado el heredero de Echeverría, y el realizador, en múltiples batallas de pluma, del pensamiento político que vinculara a los hombres de la *Asociación de Mayo*.

Después de aquella tarde, Alberdi deja de concurrir a las reuniones que se suceden hasta la clausura del Congreso, el 8 de octubre. La salud, resentida desde hace tiempo, le obliga a severo cuidado. El largo viaje y el trasplante a la vuelta de cuarenta años de ausencia, le han debilitado y enflaquecido muchísimo. La salud moral corre pareja con la física. A esa altura, o en ese descenso de vida, mal pueden recibirse sensaciones turbadoras de la tranquilidad habitual. Todos tienen familia menos él. Sus hermanos han muerto y sólo le quedan sobrinos, tal vez un hijo entre los sobrinos...

¿Les asisten razones para bien querer los hijos cuyos padres los ocultan a la sociedad? Todos viven en sus casas, menos él, por más que el amigo Borbón le brinda la suya y le

rodea de los imponderables con los cuales busca la manera de forjarle la ilusión de lo propio en lo ajeno. Agréguese la reacia sacudida que día tras día siente con los sucesos, a cual más grave, que van escalonándose hacia un desenlace previsible e inevitable. Alberdi prefiere mantenerse a distancia para que no le comprometan su independencia y necesario reposo. Observa con su natural penetración. Mide las responsabilidades y pesa las ambiciones de los adversarios que se acometen sin reparar en la calidad de los procedimientos.

Roca quiere ser presidente y cuenta con el apoyo de Avellaneda. Sarmiento también desea serlo sin más fuerza que el volumen de su personalidad. No basta eso. En el ministerio del Interior descubre que la liga de gobernadores responde a la candidatura de Roca, su colega en el ministerio de Guerra. Comprende que debe deshacer la liga desafecta para formar la que le sea adicta.

Empieza con Jujuy, para lo cual logra que Avellaneda solicite al Congreso la intervención a fin de restablecer las "autoridades legítimas", no representadas, según se desprende del mensaje, por don Martín Torino, afiliado a la liga. El Senado aprueba el proyecto, pero la Cámara de Diputados, con el voto de Mitre y Frías, lo enmienda, autorizando la intervención para que sean respetadas las "autoridades existentes", vale decir, Torino. La Cámara sesiona el domingo 5 de octubre sin la presencia de Sarmiento que descansa en el Tigre. El Senado insiste en su primitiva sanción sin éxito en Diputados. Entonces, el "lobo" herido renuncia al ministerio y antes de que le sea aceptada la dimisión, acude al Senado y pronuncia el célebre discurso contra el gobierno al cual todavía pertenece: "Tengo los manos llenas de verdades que voy a desparramar a todos los vientos para disipar los fantasmas y neblinas que asustan o enneguecen la opinión pública".

¿Cuál es la actitud de Cané en el sensacional episodio? La pregunta es pertinente porque se le conoce su admiración y cariño por Sarmiento. ¿Le defiende en la Cámara como del Valle en el Senado? La sagacidad política del joven diputado no va muy lejos y nunca se jacta de ella. Cané no asiste a la sesión del 5 de octubre, no ya por los celosos motivos de equidistancia de Alberdi, sino porque es domingo... Sabe de la noticia cuando ha pasado la oportunidad de hacer la defensa que su fervor por el grande hombre es capaz de inspirarle. De seguro que le vió en *El Nacional* la noche del 7, poco después de haber pronunciado Sarmiento su discurso en el Senado, tal como lo describe Mendizábal, periodista y amigo:

“el sombrero descompuesto”, “arrugado el entrecejo, extrañada la mirada, tembloroso el cuerpo, temblorosos los labios, curvadas las espaldas, vacilante el paso”. Luego, crispados los puños y exclamando: “¡Yo, Sarmiento; yo, vencido!” Es lástima que no haya escrito nada sobre el particular la pluma evocadora de Cané. Habría derramado, también él, sus verdades, náuseas y tristezas. ¡Vaya uno a saber si de aquella noche no data lo que ha de ser repugnancia por la política durante el resto de su vida....! ¡Que no le hablen de Avellaneda, de Roca, ni de su querido Pellegrini que nada hizo ni dijo! ¿Por qué? Tal vez para ser ministro del Presidente a quien tres años atrás ha deseado someter a juicio político por sus famosos “decretos dictatoriales”...! ¡Quién sabe si después de todo no era Roque el que tenía la razón con su acto premeditado de irse lejos a morir con una hermosa muerte, acribillado de balas chilenas...!

Aleja nuevamente la idea que no le da tregua. Pundonoroso, comprende la urgencia de reparar su falta involuntaria. El 8 de octubre concurre a la Cámara. Sabe que el pleito está perdido. Acaba de escuchar las unánimes muestras de aprobación que le han prodigado al discurso de don Félix Frías a favor de la insistencia contra la sanción del Senado. Mejor. Defenderá a Sarmiento, solo contra todos, como su padre a Alberdi contra Sarmiento, poniendo en cada palabra el latir de su corazón herido e inflamado. Habla sin que nadie lo interrumpa. ¿Por qué hacen con la Provincia de Jujuy lo que no hicieron con la Provincia de Corrientes? Entonces “dijimos, y fui uno de los que sostuvieron semejante opinión, que si bien condenábamos por completo las revoluciones, que si bien las creíamos incompatibles con el orden constitucional, había ciertos momentos en que el juego mismo de las instituciones debía dejarse ejercitar libremente por un pueblo que se sentía oprimido. Dijimos todos: si el Gobierno de Corrientes no tiene la sanción popular, si no tiene apoyo en las masas, en las cuales debe siempre apoyarse, es necesario dejarle libre”.

Todavía tiene algo más por decir. Es lo que reserva para el final:

“Yo lamento la separación del señor Ministro del Interior, separación que deja a la República Argentina en una situación bien triste, por cierto. Soy de los que tienen una fe profunda en el coraje de ese eminente hombre de Estado; soy de los que han lamentado profundamente que las causas

de su separación sean tan negras, tan bajas que ni él mismo, aun para vindicarse, haya tenido —no diré el coraje, eso nunca le falta— haya tenido tan excesiva generosidad para no presentarlas ante esta Cámara. Es por cierto bien duro para el pueblo argentino que los hombres de sinceridad, que los hombres honestos, que los hombres de inteligencia, aquellos en que se cifran las más grandes esperanzas, se vean obligados a abandonar el Gabinete... a causa de bajas y de cobardes intrigas electorales. Quería decir estas palabras en descargo de mi conciencia...²³

¡Noble empresa campeadora en favor del que ha caído, sin preguntar y sin importarle saber si la caída de Sarmiento es el resultado de sus propios errores, y a la vez del fatalismo que con rigor de ley determina el descenso de los que alcanzan cimas resplandecientes! La tristeza del drama reside en la inconsciencia del hombre para distinguir, entre todas, la hora exacta de su declinación; y también, en la impiedad de la muerte cuando no libera antes de que la plenitud se mude en lejano recuerdo.

El sosiego vuelve a Miguel Cané después de haber demostrado el culto que le rinde al hombre simbólico. Nada de frases premeditadas, escritas y pulidas. Desconocen la silenciosa pasión del retoque todos cuantos, para su bien y su mal, poseen palabra dócil y pluma fácil. Los períodos de Cané, dislocados, desnudos de retórica, se atropellan y en la vehemencia de la dicción colérica suenan mejor los adjetivos detonantes y provocadores, parecidos a los que brotan de los labios del maestro y de las plumas habituadas a redactar sin apremios de estilo. Es la última vez que deja oír palabras admonitivas en el recinto parlamentario cuya atmósfera se le ha hecho irrespirable a su juventud vehemente, generosa e ingenua, dispuesta a cualquier sacrificio como no sea el de su altanera dignidad. Allá los otros con el cúmulo de repentinos y oportunos cambios de filas para llegar a ser lo que desean. Ahora se enfrenta consigo mismo, muy dueño de su voluntad hasta ayer disminuída. Libre, libérrimo, ya puede dirigirse a las estrellas para confiarles, como hacen los líricos y osados, el secreto forjado en las interminables noches de insomnio...

²³ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación.* Págs. 1048-49. Año de 1879.

V

LA GUERRA DEL PACIFICO

...“el derecho de la guerra”, es decir, el derecho del homicidio, y si no es esto, la guerra no es la guerra.

ALBERDI

EL SECRETO A VOCES...

MIGUEL CANÉ ha dicho que se dirige al Perú, vía Chile, en busca de Sáenz Peña. Los menos maliciosos dan fe, pero los más prefieren suponer que también en este caso hay un motivo sentimental... ¡Gustan tanto de las novelas románticas! Algo de lo que se susurra por aquellos días finales de octubre de 1879, circula en crónicas que ahora son fáciles de leer cuando acucia la curiosidad.¹ De ser exactas las lenguas, nada más humano que un hombre de veintinueve años sienta nuevamente los agujeros del amor. Elevemos un poco el vuelo. Parece que Cané no desmiente ninguna de las dos versiones, pues lo que a él le interesa es que nadie pueda penetrar en la verdadera finalidad que le mueve a dejar temporalmente lo que más quiere en la vida: madre e hijos pequeños. Le critican, desde luego. ¿Acaso es el más indicado para realizar tamaña empresa? De no ser riesgosa no fuera él quien la intentara. Pero ¿no es temerario el pretender llegar al Perú pasando previamente por Chile? Allende los Andes conocen bien la sensibilidad argentina, inclinada hacia las naciones agredidas; nada les agrada esa simpatía, sin alarmarse mucho, porque tienen estudiados nuestros problemas internos en vísperas de la elección presidencial y tampoco se les oculta la eficacia casi nula de un ejército desorganizado y desmoralizado en frecuentes entreveros revolucionarios. De cualquier modo que fuere, con qué ojos mirarían a este huésped sospecho, miembro de la Junta Patriótica pro Perú-Bolivia y diputado cuyas intervenciones en los debates sobre la cuestión de límites pendiente le habían gran-

¹ BELISARIO J. MONTERO: *Miguel Cané. Impresiones y Recuerdos*, pág. 106 y siguientes. Buenos Aires, 1928.

jeadó fama de antichileno? ¡Que le vengan con reparos cuando ha resuelto el lance tras largo meditar la tentadora aventura! Las fuerzas demoníacas que suelen prodigar deslumbrantes inspiraciones a ciertos espíritus, le tienen cautivo, y son ellas quienes le dirigen en este peregrinaje que puede y debe ser su gloria. Las almas vulgares nunca le comprenderán. Tampoco piensa mucho en esa clase de almas...

Procuremos penetrar en las aventuras y desventuras de Cané. Algo tiene dicho en libros, y mucho más en cartas íntimas. Estos papeles de valor genuino, hasta hoy dispersos en colecciones particulares, no han perecido como tantos otros en el fuego que ciertas familias extrañamente aprensivas o pudorosas le reservan a los documentos de sus antepasados. Con artículos, cartas y notas nerviosamente escritas, es fácil reconstruir la cruzada, no exenta de peligros, del que busca la paz y la integridad territorial de dos naciones en guerra con una tercera muy superior a ellas.

“En 1879 tomé, en el mes de noviembre, un carruaje que me llevó a la estación central; allí el ferrocarril que me condujo a Campana, donde esperaba un vapor que me trasladó al Rosario. En este punto embarqué en el Ferrocarril Central Argentino, cambiando de vía en Villa María, para seguir, por el Andino, hasta Villa Mercedes. Una silla de posta me esperaba. Volamos por esos campos desiertos tres días y medio; treinta leguas antes de llegar a Mendoza vimos levantarse como un faro el blanco pico del Tupungato”.²

El 15 de noviembre, la pluma nunca ociosa del viajero empieza a escribir sus cartas a los amigos y parientes: *De Cané a Bernabé Artayeta Castex*: “Mendoza. Querido Bernabé: Va la carta colectiva. Aquí un abrazo para ti y el recuerdo de todas mis recomendaciones. El espíritu, regular; pienso mucho y sufro mucho. Pero se me ha desarrollado la voluntad, en ausencia de otras emociones, de un modo formidable. Los amigos de Mendoza me auguran malos ratos en Chile. Espero estar dos días a lo sumo y seguir viaje. Te escribiré de allí. Mañana a la madrugada parto”. El mismo día a la madre: “Ya ves que la cosa es sencilla... la Cordillera está mejor que ningún año. Acaban de llegar dos señoras muy serias y graves sobre una mula”. Con el dominio de la voluntad, la imaginación se llama a sosiego y deja de anticipar lo malo que puede acontecer.

² MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. I.

“Cinco días de marcha lenta, pausada y monótona entre colosos de granito, al borde de precipicios estupendos, siguiendo el río cariñoso que os guía, como el hilo de la virgen griega, hasta salir de aquel laberinto de piedra; cinco días tan profundamente segregados de la vida ordinaria, que durante ellos no oís el eco de las luchas humanas, sangrientas y famélicas de un lado de la montaña, vulgares e insípidas del otro; cinco días, en una palabra, de pensamiento y solitario, de reflexiones, de recuerdos, no todos dulces, no todos maldecidos!...³ ...y una mañana me hallé en la cumbre de los Andes; treinta horas después despedía a mis arrieros en Santa Rosa, tomaba el tren y en medio día de marcha, llegaba a Santiago”.⁴

II

CANE EN SANTIAGO DE CHILE

Ahora empieza la muy ardua tarea. ¿En qué consiste? En ver y escuchar, pero Cané no es hombre de los que saben escuchar sin hablar. Para él la vida sin diálogo no merecería la pena de ser vivida. Nada ha publicado con respecto a estos días y noches febriles de Santiago porque le falta tiempo para escribir. Además ¿cómo ha de redactar artículos en un país que está en guerra? La censura postal es rigurosa. Los cien ojos de Argos de la censura buscan afanosamente el menor indicio de espionaje y a nadie vigilan más que a Cané. Bien lo sabe. Desde que llega advierte que su amado secreto anda por los tejados... Cuando asegura que la suerte de Sáenz Peña le desespera y que viene en su busca, los chilenos sonríen. Otras veces dice que con ese viaje quiere reponer su salud quebrantada. Los chilenos sonríen todavía más ante tamaña ingenuidad.

Para conocer la actividad de Cané en Santiago, es necesario esperar a que pueda comunicarse epistolarmente con sus amigos porteños, gracias a los buenos oficios, sin duda, del encargado de negocios de la Argentina, a la sazón en Valparaíso. Esas cartas, escritas en momentos de suma gravedad para Miguel Cané, tienen excepcional valor, como no los habrían tenido los

³ MIGUEL CANÉ: *Charlas literarias*: En la Montaña.

⁴ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. I.

artículos que no pudo enviar a *El Nacional* desde territorio chileno. Seguro de que no han de pasar por la censura, se derrama en ellas. Se le ve bordeando abismos.

Prívase hasta del sueño para satisfacer su apetencia de grafómano, o, más bien, es el insomnio el que le fomenta su grafomanía. Expansivo por naturaleza, necesita comunicar las inquietudes que le trabajan su mundo interior atormentado. Como está solo y no puede hablar —la vida será para él una conversación inagotable— toma la pluma y la deja correr veloz sin discriminar ni filtrar nada. Es ruda y francamente sincero. Como a Montaigne, le desesperan y hasta le duelen los pensamientos si por acaso los calla. Con el tiempo, cuando Groussac le conozca, mentará “el chisporroteo de Cané”. No rezan para él las máximas de mesura y economía en el uso de las palabras. Nada oculta, ni se oculta para llorar. Cuando la soledad de su alma le arranca lágrimas, llora como los héroes homéricos: “Nunca he tenido el rubor de mis emociones. Las lágrimas son una bendición porque si no brotan de los ojos, caen al fondo del corazón, donde se petrifican en una fría y árida misantropía”. Amante del lenguaje claro, sencillo, horro de artificios, sospecho que le sacarían de quicio los vocablos que la moderna psicología crítica emplea para diferenciar los tipos psicológicos. Antes de Ostwald y Jung, bastaba con decir “es un expansivo” o “es un reconcentrado”, para que identificásemos sin demora el temperamento de una persona. Tales expresiones pecan hoy de anticuadas e insuficientes, y no le acreditan lustre científico a quien las usa... Ahora bien, si Cané es para Ostwald un romántico con mental velocidad de reacción, para Jung es un extravertido —más o menos lo mismo— porque generalmente reacciona hacia fuera de modo repentino, casi explosivo, con el raudal verboso que lo libera o aligera de sus emociones turbadoras. Error sería el encasillarlo en ese tipo que sólo vive para rebasarse sin dejarle nada a la íntima concentración, pues toda criatura humana, reconócelo Jung, posee ambos mecanismos. El predominio relativo de uno de ellos es el que constituye el tipo psicológico.

Llega, finalmente, la primera, extensa y muy deseada carta:

“*Miguel Cané a Bernabé Artayeta Castex*. Santiago, 8 de diciembre de 1879: “Mi querido Bernabé: Acabo de recibir tu carta. Te escribo en momentos duros; el gobierno chileno no quiere darme permiso directo de bajar en Arica, el Presidente me insinúa que puedo hacerlo trasbordándome a un buque francés y el ministro de Francia es un cobarde,

pusilánime que no se anima a ayudarme en lo más mínimo. Entretanto, si Roque no ha muerto en Tarapacá o en el desierto, debe haber llegado a Arica, contra cuyo punto se prepara una formidable expedición de mar y tierra. Pienso llegar allí antes de la acción. ¿Cómo? No lo sé. Procuraré ir por tierra, cruzando al Norte el desierto desde un puerto peruano cualquiera en el que consiga bajar. Si no lo consigo voy hasta el Callao, donde tampoco dejan desembarcar; en ese caso continúo hasta las costas del Ecuador y allí bajo. Es un viaje brutal, lo sé, pero la indignación contra mi mala estrella anima y excita mi voluntad”.

Le apura hacer la reseña de lo visto, oído y padecido en Santiago. Dice que vive “en una tormenta moral de recuerdos y desgarramientos. Todo aquel mundo agrio y áspero me llama y atrae... ¡En fin!” Tiene que defenderse de esa tormenta... Es de notar que llega a Santiago el 21 de noviembre y al siguiente día come con la ilustre doña Emilia Herrera de Toro, anciana ya, inolvidable en el recuerdo de los proscriptos argentinos durante la tiranía de Rosas. Escribe Cané: “es mujer de gran influencia social en esta tierra, y es íntima mía”. Es madre de cuatro hijas, una de ellas está casada con Balmaceda, y de varios hijos, todos en el ejército:

“Una noche llevaba del brazo en el paseo de la Alameda a una linda peruana cuyo marido está en la guerra (la mujer de un hombre de posición, joven y de fortuna, Domingo Toro) y que me había manifestado desde el primer día mayor confianza y simpatía. Ese día había regresado de Valparaíso donde había pasado cinco. De pronto Josefina (treinta años, representando veinte... ojos negros, rasgados, *caressants*, blanca, arrastrando las frases al hablar, el pelo delicioso de Magdalena, el brazo suave..., la boca fresca, húmeda y con aquel encantador acento de tristeza que tienen ciertos labios; inteligente, lee (a) Mendelshon a primera nota, etc.), de pronto, repito, se detiene un poco. hacemos una distancia entre los demás grupos..., y oprimiendo mi brazo, se me descuelga con que, por qué había ido a Chile; que ella era una desgraciada...; que los cinco días pasados en Valparaíso, cuando yo había sólo prometido permanecer dos, la habían desesperado, etc. Sonreí bajo la sombra de los árboles, porque se me apareció tu imagen, enarbolando el dedo, con uno de aquellos clásicos: ¡*permettez!* ¡*permettez!* Si bien yo había hablado largo con ella... la verdad es que no le había dicho una palabra. Tu comprenderás que no tengo el alma

para esas aventuras, con el corazón enterrado en otros cariños y la perspectiva de Roque muerto o herido y solo en el desierto. Pero en aquel momento la imaginación, a falta del alma, se agitó”.

La vida de Don Juan está poblada de Josefinas. ¿Acaso ha ido a devastar corazones? No, lo niega muy seriamente: “Si vuelvo a Chile, tengo la seguridad de armar un escándalo si no tomo bien mis precauciones. De todas maneras, ahora, aunque me quedara, no podría ni un momento pensar en esas cosas” Es claro. Debe pensar en el verdadero motivo de su viaje:

“En lo que a mi comisión se refiere, creo haberla cumplido con más éxito del que esperaba. En doce días he tenido ocasión de escribir tres largas correspondencias, una a Pellegrini y dos al Dr. González, llenas de observaciones de suma importancia y revelando cosas de gravedad. He sido bien recibido aquí; se me trata bien, pero no se me concede lo único que pedí, empleando, como es natural, cierta vaguedad para que la negativa no me rozase la epidermis. Podría en estos momentos obtener algún puesto diplomático, no aquí, pero sí en Colombia o Venezuela, donde será indispensable mandar un argentino; pero no lo busco, por cuanto no soy libre: quiero ver a Roque. No muestres esta carta sino a Vicente”.⁵

La segunda carta, dirigida al mismo amigo, está fechada en Valparaíso: “Tengo el alma triste por la suerte de mi pobre Roque, que se ha batido dos veces en una semana. Espero y quiero verlo. Pienso en el pasado y la soledad de mi espíritu me hace medir mi sacrificio. Sea él útil a los que quiero, y me parecerá ligero. No olvido, no puedo olvidar”.

Es claro. Un mes escaso no es para olvidar lo que ha dejado allende la Cordillera. Y por más que discurra el tiempo y se alargue la distancia, le seguirá el dulce recuerdo —dulce y amargo—. Si llevase a La Rochefoucauld en la maleta, podría meditar en la reflexión número XLIX: *On n'est si heureux ni si malheureux qu'on s'imagine*. Con los nervios tendidos que le agravan los insomnios, Cané arrojaría por la ventana el libro del perverso moralista. ¡Qué despecho destila la fría y apretada sentencia! Es una flecha para la dicha y una injuria para el infortunio de quien lo padece. A esa hora el solitario cree sentir sobre las espaldas el dolor que se pasea por el mundo...

⁵ Carta inédita. CJA.

Hecho lo que más urgía: darle salida a la congoja recalci-trante, pasa a los pormenores de lo cotidiano:

“Creo inútil advertirles que estas mis “cartas colectivas” responden a la imposibilidad de escribirles a cada uno en particular y a la superfluidad de repetirme inútilmente. Son pues, para todos y no tengo ningún género de reparo en que sean leídas en cualquier parte, siempre que los oídos que las escuchen sean amigos”.

Llega la noche y no termina. Continúa sin noción del tiempo, con la fuerza de voluntad tendida como arco, hasta que la luz del nuevo día incierto penetra por los resquicios de la ventana. La carta se le convierte en un diario minucioso, día tras día, con las atenciones que le prodigan, los riesgos indudables, y lo previsible, la desconfianza que despierta su inopinada presencia en tierra chilena. Quiere pasar de Chile al ejército peruano, nada menos, cuando le llega la noticia del combate de Dolores, cuyo resultado inmediato es la evacuación del Iquique por los peruanos, y la internación de Buendía en el desierto con los restos de su ejército. En Santiago visita Cané a Balmaceda, el futuro Presidente que habría de alzarse contra los fueros del Congreso, tragedia nacional chilena epilogada con el suicidio del iluso dictador en la Legación Argentina. Balmaceda, entonces en la placidez de la cordura, le hace comprender “que si bien el gobierno chileno creía en su propósito, la opinión pública le señala como enviado argentino para llevar una palabra de aliento al Perú”.⁶

⁶ Tiene valor de credencial la carta del doctor Lucas González, Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina al señor Manuel E. de Sarratea, Encargado de Negocios argentino en Chile:

Buenos Aires, 7 de noviembre de 1879.

Mi estimado compatriota. Tengo el gusto de recomendarle al Dr. D. Miguel Cané que pasa a Chile y Perú con el objeto de visitar ambos países y permanecer en ellos dos o tres meses. Como el Dr. Cané es miembro altivo del Congreso y ha tomado siempre parte en los debates que se han suscitado con motivo de nuestra cuestión con Chile, conviene mucho que usted le ponga al corriente del estado de la opinión de ese país, con relación a esta cuestión, para que pueda formar un juicio exacto e imparcial sobre ella, que le servirá mucho en las futuras discusiones que esta cuestión ha de suscitar en adelante. Puede usted hablar con toda franqueza con el Dr. Cané y estar seguro, no sólo de su discreción, sino también de los sanos propósitos que le guían en esta cuestión, como guiarían en todas aquellas que puedan afectar los grandes intereses y la dignidad de su país... Tengo tal confianza en el Dr. Cané, que puede usted conversar con él, como si lo hiciera conmigo mismo y comunicarle todo aquello que usted crea conducente al logro de nuestros fines, que son, como usted sabe, salvar ile-sos los intereses, los derechos y la dignidad de nuestra patria. Queda de usted atento y S. S. Lucas González.

Balmaceda le aconseja que no se apresure. Cané no entiende de razones, o más bien las razones de Balmaceda, y resuelve embarcarse cuando el telégrafo de Antofagasta comunica el decreto de interdicción del gobierno peruano a "todas las procedencias chilenas". El proyecto de Cané es irrealizable. Admite que los peruanos no alcanzarán la victoria.

"Los peruanos están vencidos; parece que no tienen dirección. Hasta el último roto los desprecia aquí de una manera atroz... Ustedes saben que no soy muy filochileno: pues bien, el entusiasmo y la virilidad de este pueblo, encanta. Tienen un altivo y salvaje patriotismo, pero se baten bien y con energía. Vencerán".

Prosigue el relato. El 22 visita a don Benjamín Vicuña Mackenna: "espíritu abierto, generoso, franco, leal, simpático, brindando confianza". Hablan de mil cosas. Después de comer encienden un puro, salen, se dan el brazo y caminan una legua "en medio de la charla más dulce y agradable que es dado imaginarse". Antes de separarse, don Benjamín toma la mano de Cané y le pregunta de improviso:

—¿Trae usted alguna misión contra mi patria? Pido lealtad...

—Mi palabra de honor que no traigo misión alguna acerca de ningún gobierno, y mi palabra también que en cualquier rincón del mundo procuraré servir a mi país por todos los medios a mi alcance. ¿Le basta?

—Sí. Mañana le mando unos librejos míos —contesta el escritor fecundo.

—Y un armario grande para guardarlos, ¿no es así? —replica Cané chanceando.

El 23 vuelve a comer con la señora de Toro. Doña Emilia ha recibido una carta del Presidente Pinto en la que le autoriza a decirle que si Sáenz Peña cae prisionero, estará a su "completa disposición". Es un triunfo de la simpatía de Cané, que ha de sumarse a otros, desde luego. Pero esa noche será memorable en la vida del caballero errático, soledoso y triste. Esa noche conoce mejor a la peruanita: "un coquito delicioso..." y "toca el piano a *ravir*".

El cronista de ambos mundos, extiéndese en la prolija enumeración de los agasajos. Lo más granado de la política, de la literatura y de la sociedad santiaguina desfila por el hotel: los Montt, los Arteaga Alemparte, los Yrarrázabal, "¡qué se yo!" El 27 el Presidente de la República le ofrece una comida "semioficial". Le sientan entre el señor y la señora de Pinto.

Han sido invitados Amunátegui, Fierro, Balmaceda, un periodista, un senador, etc. Cané comenta: "Muy cordial la charla: una de literatura, historia y artes de no te muevas; se sostuvo el pabellón argentino". Las atenciones que recibe son tantas que acaban abrumándole. Teme por su salud física. Necesita reposo, cosa difícil, y un refugio sedante que la suerte esta vez le concede. Es él quien lo dice: "Mi refugio, después de cada comida es la casa de la señora de Toro, donde mi amiga la pensativa peruanita (acomete) el 32 y el 40 de Mendelshon que le he hecho aprender para mi solaz particular. No abro un libro, no salgo casi a la calle sino de noche; mis cartas las escribo robando mis horas de sueño".

Una comida de sabor histórico le ofrece el 28 don Domingo Arteaga, "uno de los hombres de letras más eminentes de Chile, autor de las *Constituyentes Chilenas de 1870*":

"Comida brillante y más suelta que las anteriores; se rozó la literatura, el derecho (no tiemblen, el internacional hizo el gasto) y la historia. Luego caímos. En un rincón, Jacinto Arteaga Alemparte me pintaba la mayoría de los hombres que en Chile están en el poder, como unos canallas, despreciables y raquíticos, con gran desesperación de Balmaceda que sin duda notaba que yo (escuchaba) las palabras de Arteaga. Éste, impetuoso, irreflexivo, iba adelante siempre. Su hermano Domingo consiguió, en un momento en que se aproximó, dar otro giro a la conversación. Pero aquí entra lo grave: política americana. Ustedes saben que es un sentimiento público en Chile, que la paz no puede ni debe hacerse sino con la lisa y llana anexión de Tarapacá, provincia peruana que da 20 millones de duros en salitre y sobre la que Chile no puede invocar títulos de ningún género. Sobre este punto me trencé con todos; sea por curiosidad, sea por deferencia, no me interrumpieron; y he ahí que hice mi discurso de media hora sobre el peligro de erigir en principio de derecho público americano la conquista, sobre la política argentina a ese respecto; apoyado en la historia, sobre nuestras declaraciones después de la guerra del Paraguay. Hice comprender que si todos estábamos animados del deseo de evitar la guerra entre ambos países, no respondía de la paz en caso de la anexión de Tarapacá. Gran tumulto. Justo Arteaga peroraba ardentemente: que no había más que dos pueblos en América, la Argentina y Chile. A nosotros el Atlántico, a ellos el Pacífico. El Brasil, el Perú de aquel lado, no cuenta. ¡Estos

bárbaros hablan hasta de colonizar a Bolivia! Levanté con energía la bandera de los principios y aseguré que cualquier modificación geográfica de la América traería un largo y terrible conflicto. Lo veo así y les hablo con lealtad, porque quisiera evitar a mi país una guerra inútil, aunque necesaria.

Es difícil llevar más lejos la imprudencia. Dijérase un torneo destinado a demostrar cuál revelaba más cosas que por su naturaleza debían callarse. Pero los chilenos no dejan de ser astutos ni cuando beben. Es indudable que tenían interés en hacerle hablar al huésped sospechoso. El viaje del diputado argentino era comentado maliciosamente desde que llegó a Santiago. Y las atenciones que le prodigaron las personalidades y familias más respetables fueron tales como para molestar a un diario que las comentó en términos severísimos. Veamos cómo presentan al huésped argentino, *Las Novedades del Día*:

"...habíamos leído en diferentes ocasiones sus discursos pronunciados en la Cámara de Buenos Aires, y francamente, más bien hemos sentido distancia por un hombre que tan dura e injustamente nos ha tratado. Un hombre que, refiriéndose a don Félix Frías, dice: "Él es mi consejero, a quien he oído siempre con sumo gusto" (sesión del 2 de junio. — *Mercurio*, junio 25 de 1879), nos parecía suficientemente retratado en sus sentimientos con esas solas frases, pronunciadas en la Cámara cuando se trataba de pedir al gobierno argentino enérgicas medidas contra Chile por haber bombardeado a Mollendo.. No hemos pensado hacer un proceso al señor Cané, y por lo tanto no nos hemos tomado el trabajo de registrar prolijamente los diarios de aquella época para buscar en sus propios discursos los progresos que como admirador y discípulo del señor Frías haya hecho en su odio a Chile. El señor Cané es muy dueño de sus odios y de sus simpatías, y a buen seguro que nosotros no nos hubiéramos tomado el trabajo de recordarlos, si no hubiéramos notado altas y frecuentes manifestaciones de especial distinción por este caballero, a quien Chile no tiene nada bueno que agradecer, sino, por el contrario, una franca y violenta hostilidad".⁷

⁷ *Las Novedades del Día*, 28 de noviembre de 1879; diario de Santiago, editado y dirigido por don Liborio E. Briebe. "Este editorial puede serle atribuido con toda seguridad". (Testimonio de don Agustín Edwards, a cuya deferencia debo la copia del artículo).

Los amigos chilenos que se ha granjeado el defensor de la tesis anti-anexionista de Tacna y Arica, se sienten mortificados con el rudo ataque del diario que no ignoraba los antecedentes parlamentarios del inesperado visitante. Es evidente que le han desenmascarado en público. ¿Pudo creer que los servicios de información de Chile no conocerían la finalidad de su viaje? Lo extraño es que las autoridades no lo expulsaran o detuvieran el primer día de su llegada. Cané sonríe; ducho en grescas y hábil asestador de golpes, ahora le toca recibirlos: "Aquí se desesperan con cada caída de ese género que me dan; yo me río silenciosamente. Saben ustedes que mi epidermis de periodista me pone a cubierto de las picaduras de los coleópteros de la prensa". Quiere decir que otros diarios tampoco aceptaron el motivo sentimental invocado con respecto a la suerte de su "amado Roque". La misma incredulidad se desprende de la carta que el Presidente de Chile, señor Pinto, le dirige al encargado de negocios de la Argentina: "He conocido al Dr. Miguel Cané, su compatriota y *nuestro enemigo* (subrayado) según se dice. *Es un enemigo* muy inteligente, muy ilustrado y muy simpático". Cuando Sarratea le enseña la carta, a modo de apostilla dice Cané: "Reímos juntos de la frase que me recuerda una de Justo Arteaga en la sobremesa de la comida de su hermano Domingo, "Tiene usted toda la altanera petulancia argentina, moderada por el talento y suavizada por la educación". Ignoro quién nos habrá hecho esta reputación social de perro dogo, porque los viejos de la emigración han dejado otra más galante por cierto".⁸

Cané desespera. Quiere abandonar el territorio chileno sin más dilaciones. Siempre lo pone en fuga la realidad cuando ésta se le presenta cual ella es, ruda y desnuda: "Apenas reciba mis cartas de Buenos Aires me embarco en dirección al Norte; dicen que nadie baja en Arica. Yo bajaré, mis cartas me servirán. ¿Encontraré allí al ejército peruano o tendré que esperar un nuevo combate en la ciudad de Tarapacá donde se asegura está otro ejército? No lo sé; pero yo veré a Roque. *En avant!*" Es la fe que le dice al monte: arráncate y arrójate al mar. Y así sucede. No dejan bajar: ¡Yo bajaré! ¿Cómo? No lo sé. ¿Dónde está Roque? No lo sé, pero ¡lo veré!

Tiene que marcharse en cuanto antes. Ya no se engaña. Ponderan su talento y su cautivadora simpatía, pero le siguen los pasos...: "A pesar de cuanto les he dicho respecto a los

⁸ Cané no conocía los juicios de un chileno contemporáneo sobre Sarmiento, Tejedor y demás emigrados argentinos: VICENTE PÉREZ ROSALES: *Recordando el pasado*, t. I, cap. XI.

agasajos que me hace la alta sociedad chilena, no crean ustedes que mi posición es cómoda: inspiro sordas resistencias. En la calle se me mira con desconfianza y casi todas las noches se me hace el honor de espíarme”.

Exasperado por las dificultades que se renuevan⁹ y por la fatiga nerviosa, las últimas noches de Valparaíso son de infierno... Confiesa sus cuitas: *Cané a Bernabé Artayeta*: “Te escribo en momentos duros; el gobierno chileno no quiere darme permiso directo de bajar en Arica. El Presidente me insinúa que puedo hacerlo trasladándome a un buque francés... Entre tanto, si Roque no ha muerto en Tarapacá o en el desierto, debe haber llegado a Arica, contra cuyo puerto se prepara una formidable expedición de mar y tierra. Pienso llegar allí antes de la acción. ¿Cómo? No lo sé”. En vísperas de embarcarse envía otra carta al mismo amigo, esta vez escrita en un estado a todas luces febril. La soledad le magnifica los temores. Llega a lo que nunca esperara: a tener ideas fijas, visiones trágicas. Sin el gobierno de sus nervios aniquilados, déjase llevar a violencias que a él mismo lo alarman: “Acabo de rajar una mesa de un puñetazo. Me extendiendo en un sofá a reposar mis nervios”. De seguido explica la causa de la crisis: “Aún no sé una sola palabra de Roque, a pesar de que a cada instante llegan aquí los nombres de algunos jefes peruanos de importancia muertos en el combate de Tarapacá... Tiemblo, como puedes figurarte, a cada nuevo dato que se recibe, y se me ensancha el alma cuando el nombre de Roque no suena. Pero mi mala estrella me persigue siempre... ¿Dónde bajaré? No lo sé, pero luego a las 5 de la tarde me embarco y emprendo viaje a la ventura. Si entro en Arica y encuentro a Roque vivo... Me someto con júbilo a la tenaz esperanza

⁹ El Presidente de Chile, en carta autógrafa fechada en Santiago el 6 de diciembre de 1879 le comunica a Cané el decreto del gobierno del Perú “que dispone que ningún buque procedente de los puertos de Chile pueda tocar en los puertos del Perú. En consecuencia de este decreto los vapores de la línea inglesa se dirigirán en adelante de Valparaíso a Antofagasta o Iquique y de allí a Guayaquil o Panamá. Ninguno de los vapores que salen de Chile tocarán en Arica u otro puerto peruano. Si hubiera algún buque de guerra extranjero que debiera salir pronto para los puertos del Perú, sería éste tal vez el modo de llegar más pronto a ese país. Lamenta las dificultades que encuentra para acercarse a su amigo el Sr. Sáenz de la Peña y tiene el gusto de ofrecerse a su atento servidor. Pinto”. Cané le contesta al Presidente: “Mi pedido queda en pie y me atrevo a suplicar nuevamente una solución al respecto, por cuanto el conocimiento del carácter de usted, alto y franco, me autoriza a no tomar como una negativa, la indicación de las dificultades ya mencionadas”.

que me canta en el corazón que Roque vive aún y que en este glorioso y salvaje combate de Tarapacá ha honrado el nombre argentino... Me he sentado a escribirte para emplear bien estas horas de expectativa nerviosa que preceden a la partida... Déjame distraerme un momento. A penas quedo solo, me parece ver a Roque muerto y me dan ganas también de morir. Quiero con toda mi alma a ese hombre que cumple su destino en silencio, sin quejas... Vamos, no pensar en él".

Cumplir su destino en silencio, sin quejas... A los puntos de la pluma vienen los versos de Vigny:

*A voir ce que l'on fut sur terre et ce qu'on laisse,
Seul le silence est grand; tout le reste est faiblesse.*

III

POR LAS COSTAS DEL PACIFICO

Ha dicho que no desea pensar en Roque... Recordemos otra vez el plan al que no renuncia para llegar a Arica, "contra cuyo puerto se prepara una formidable acción de mar y tierra":

"Pienso llegar allí antes de la acción. Procuraré ir por tierra, cruzando al Norte el desierto desde un puerto peruano cualquiera en el que consiga bajar. Si no lo consigo voy hasta el Callao, donde tampoco dejan desembarcar; en ese caso continúo hasta las costas del Ecuador y de allí abajo. Es un viaje brutal, lo sé, pero mi indignación contra mi mala estrella anima y excita mi voluntad. ¡Vivo en una tormenta moral de recuerdos y desgarramientos!"

Ninguno de estos inconvenientes pudo preverlos en Buenos Aires. El afán por huir de lo que allí le acosaba, habíale reducido su lúcida perspicacia a lo más mínimo. Cuando era un muchacho de diecinueve años, en París, sin vacilar un instante, el vigoroso instinto de conservación le hizo poner los pies en polvorosa hacia Bélgica, con lo cual se salvó del hambre, del frío, quizá de la muerte, en la ciudad querida y sitiada por los alemanes. Ahora, a los veintinueve, confiando sin duda en los respetos que se le debían a sus fueros de legislador

argentino, si bien antichileno, no vacila en venirse al fuego... ¡Hombre! ¡A qué extremos lleva una pasión! Los cálculos alegres de Mendoza, ¿quién se acuerda de ellos? para llegar casi como en vuelo hasta el Perú, a pesar de la diestra mula cuyana... Súmese a todo esto la tormenta moral de recuerdos y desgarramientos. Es claro. Mal podía ser de otro modo. Múltiples recuerdos de diversa urdimbre, pero todos concurrentes a las derrotas de la voluntad, en ocasiones con peligro del equilibrio mental. Cuando raja la mesa de un puñetazo, infunde miedo, y permite asociar el episodio de Valparaíso al muy semejante de Sarmiento viajando por los Estados Unidos. Al encontrarse en Chamberburg solo, sin el amigo que debe afrontar los gastos de hospedaje, el pobre grande hombre desespera, vocifera, da gritos que parecen aullidos y hacen creer que va "a morder a todos o a suicidarse". Cada uno es como Dios le ha hecho, y algo peor, también —dice Cervantes. Mas, las tormentas en la tierra o en el corazón, por largas que sean, acaban en bonanza. Sigamos con la última carta:

"Si entro a Arica y encuentro a Roque vivo, me anima la esperanza de persuadir a Montero, que es un atolondrado valiente, que la América entera lo estará mirando y que si triunfa, será, no sólo Presidente del Perú, sino un hombre de leyenda. Que se combata en Arica como en Tarapacá y el triunfo (chileno) se dificulta seriamente. Será un bello combate. Haré cuanto pueda para encontrarme en él".

En cuanto a los chilenos, es difícil olvidarlos cuando se ha vivido con ellos. Las excepciones, como siempre, son honrosísimas, desde luego. Salvo la señora de Toro, y las hijas, y la nuera... Salvo don Benjamín Vicuña Mackenna, caballero de la lealtad y los Arteaga Alemparte, los demás...:

"... no he visto gente que se haga más antipática y repelente por su vanidosa petulancia y su árida sequedad de corazón. El recuerdo de las atenciones recibidas es impotente para luchar contra este sentimiento de aversión que me invade y tú sabes que no soy ingrato".

Estamos casi a la recíproca. Recuérdese el juicio de los chilenos sobre la petulancia argentina...

Llega la deseada bonanza entre las dos tormentas. Con abundancia de detalles, refiere su dulce aventura con Josefina. ¡En buena hora! Ella es "rica, con un marido en sus mismas

condiciones, que acaba de batirse noblemente al frente de su bravo batallón "Chacabuco" en Tarapacá". No quiere que Cané se marche de Chile. "Dice que me van a matar en Arica, me mira todo el día el anillo de letras, tiene celos del pasado... Yo le he prometido hasta la Catedral, pero le he prohibido que me escriba porque tengo miedo que en Chile me abran las cartas..."

Ha terminado la pesadilla. Al día siguiente se le ve a Miguel Cané otra vez dueño de la perdida serenidad. Son las nueve de la mañana. "El soberbio mar Pacífico" está como él, tranquilísimo. Tiene confesada la antipatía que siente por el mar, pero en aquel instante le saludó con alborozo, "como más tarde al salir de las gargantas del Avila en Venezuela. Estas llanuras líquidas me recuerdan las planicies interminables de mi tierra. Los países de montaña me oprimen y en sus valles sin horizonte parece faltarme la respiración".

Océano Pacífico majestuosamente pacífico por esta vez...

"En Valparaíso me embarqué en un buque inglés que, después de tocar en cuanta caleta hay en esas costas, Chañaral, Huasco, Carrisal, Coquimbo, Caldera y luego Antofagasta, Huanillos, Pabellón de Pica, Iquique... y paso más de la mitad, me deja en pleno mar, en un bote francés, a unas quince millas de Arica".¹⁰

Ocio en Iquique. Escribe una carta sin saber cuándo podrá hacerla llegar a destino:

"Miguel Cané a Samuel Alberú. Iquique, 21 de diciembre de 1879. Sabes que no soy haragán para escribir y que sé cumplir los compromisos que contraigo. Esto bastará para comprender que serios motivos me privan hoy de mandarte las correspondencias ofrecidas.

"Los últimos días pasados en Chile, fueron de angustia para mí, porque ignoraba la suerte de Sáenz Peña después del combate de Tarapacá. Hoy, tranquilo un tanto a ese respecto, ando rondando en las costas del Pacífico, buscando los medios de visitar a Arica, plaza bloqueada y dentro de la que espero encontrar a Roque.

"Aun no sé si lo conseguiré, pero en caso favorable, pasaré allí no menos de un mes y muy probablemente me encontraré en el ataque de esa plaza por la escuadra y el ejército chileno. Esa vida de campamento me permitirá

¹⁰ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. I.

recoger un poco mis recuerdos, metodizar mis impresiones y escribir unas cuantas columnas que irás publicando a medida que tu rejente San Martín te avise faltar original. No te oculto que las dificultades de comunicarme con el mundo, serán no pequeñas; pero aunque sea por Bolivia escribiré.

“Si no puedo entrar a Arica de ninguna manera, pasaré a Lima para seguir buscando los medios de bajar hasta allí. En todo caso, pierde cuidado, porque, si en este viaje vertiginoso me es imposible redactar llevaré a Buenos Aires elementos de sobra para llenarte tu folletín del lunes durante un año.

“Decirte lo que son estas costas del Pacífico: Coquimbo, Caldera, Antofagasta, Mejillones, Cobija, Tocopilla, Iquique mismo... sería pintarte el desierto más árido y desamparado que es posible imaginar. El salitre es una maldición para el suelo que lo produce y los poetas bíblicos tenían razón de llamar las cóleras del cielo bajo la forma de mantas de sal sobre la tierra, cuando querían borrar la memoria de un pueblo hasta del recuerdo humano. Triste, árido, pobre, miserable, sin un árbol, sin que el verde alegre un instante el paisaje inmóvil y tétrico, sin agua para el suelo ni para el hombre. Salitre, salitre y desierto!

“Abrasa a Aristóbulo y Lucio a quienes no escribo porque me falta materialmente el tiempo y diles que espero habrán comprendido que al escribir mis cartas colectivas no han sido ellos ciertamente los últimos que he tenido en vista.

“Adiós, Samuel; te desea sinceramente prosperidad y vida feliz, tu siempre amigo M. C.”¹¹

En Arica, meta final, grande es el desencanto que le espera: no le permiten desembarcar. Lo único que le toleran son unas líneas para el cónsul argentino en dicha localidad:

“*Miguel Cané a Indalecio Gómez. Rada de Arica, 22 de diciembre de 1879.* No me han permitido bajar las autoridades chilenas. Sigo hasta Mollendo a donde le suplico, en nombre de nuestra patria común, quiera dirigirme un telegrama apenas reciba esta carta, dándome noticias de Roque Sáenz Peña, que me aseguran ha sido gravemente herido en Tarapacá. Le escribo también a él, pero quién sabe si

¹¹ *El Nacional*, de Buenos Aires, 17 de enero de 1880.

vive aún. En caso de que haya muerto, dígamelo con toda franqueza".¹²

Don Indalecio le tranquiliza: las balas chilenas todavía respetan al amigo común. Puede en consecuencia seguir a Mollendo, donde encuentra al famoso Huáscar, en poder de los chilenos. De Mollendo a Pisco, y por último, sin explicar cómo, al soñado Arica, desde donde les escribe jubiloso a los amigos portefíos:

*"Miguel Cané a Bernabé Artayeta Castex. Arica, 22 de diciembre de 1879. Mis queridos muchachos. Al fin estoy en Arica, tendido en una cama junto a Roque, a quien he encontrado gordo, sano y habiéndose batido como un león en Tarapacá... No hay tiempo para escribir largo, porque el chasque que lleva esta carta, por Salta, sale dentro de un momento. Más despacio les contaré la sorpresa de Roque, que se quedó parado, lelo, sin tener una palabra y colgado de mi cuello. Hace dos días que estoy aquí y no hemos todavía hablado ni la quinta parte de lo decentemente necesario. Roque está lleno de espíritu... Ya hablaremos. Felicitenme".*¹³

Ahora, vuelta la necesaria euforia, cumple con Alberú. Desde Arica, o allí fechados, envía para *El Nacional* una serie de artículos con sus impresiones sobre la guerra. El periodista nato vuelve a demostrar su agilidad mental, su penetración y, sobre todo, su franqueza que no sabe de remilgos para decir las cosas tal como las ve y las siente. ¿Qué es lo que pasa en el Pacífico? Todo anda muy mal: "Desde el ataque de Pisagua al combate de Tarapacá, no ha habido un solo absurdo, al decir de la prensa de Chile. Sin embargo, la victoria ha sido de ellos. Puede juzgarse por ese solo dato cómo habrán andado las cosas por el lado peruano". Desorden, indisciplina, imprevisión. El combate de Dolores, que según los chilenos obedecía al plan de cortar en dos a su ejército, fué ganado fortuitamente por los peruanos: "Cuál no sería mi asombro en Arica al saber que no solo no había habido plan de ningún género por parte de los peruanos, sino que hasta el encuentro había sido fortuito, pues el general en jefe ignoraba la situación del ejército enemigo". Por lo que toca a la dirección militar, observa Cané: "Estos países están muy atrasados; los chilenos, reconociendo que los militares no se improvisan, confiesen que la larga paz

¹² Carta inédita. AMC.

¹³ Carta inédita. CJA.

que han gozado ha impedido la formación de hombres peritos en el arte de la guerra. En cuanto al Perú, tuvo ejército y bueno en tiempos de Castilla; más tarde, las luchas políticas internas y el predominio de los civilistas, llamados así por sus tendencias diametralmente opuestas al elemento militar, dieron por resultado la desorganización completa del ejército, en el que había sido abolida la disciplina, por la introducción de las garantías constitucionales en el campamento". El Perú y Bolivia ya están derrotados. El armamento es deplorable; apenas tienen artillería: "Es inútil pensar en hacer batir al soldado peruano junto a sus aliados, porque tienen la idea de que en Dolores fueron fusilados por la espalda por los bolivianos. Este es un absurdo, por cuanto lo que en realidad hubo, fué cierta precipitación en hacer fuego por parte de los últimos, sobre un cerro ocupado por los chilenos y sin pensar que las balas podían dañar a los peruanos que en ese momento escalaban esa posición. De todas maneras, si se quiere que ambos ejércitos se batan, habrá que separarlos".¹⁴

Concluida la visita al "león de Tarapacá", Cané se embarca en el *Chasseur* rumbo al Callao. El *Chasseur* es un pequeño aviso francés cuyo capitán, con quien intima de seguido, "es el verdadero tipo del hombre de ciencia moderno". ¡Y después se queja Cané de su mala estrella! M. Fleurais, que así se llama el "creyente en el progreso", es extraordinario en todo sentido: "Como Donizetti... salta a veces del lecho y se entrega apasionadamente al estudio de un problema cuya solución se ha dibujado vagamente en ese trabajo inconsciente del espíritu durante el sueño". ¡Qué buenas y largas charlas mantienen ambos en medio de la noche, "bajo un cielo resplandeciente de estrellas", mientras la embarcación navegando a vela se desliza "como una sombra sobre el Pacífico inmenso!" M. Fleurais es lo que necesitaba nuestro amigo desde que salió de Buenos Aires: "su alta serenidad intelectual, su conformidad con la monótona vida del navegante, ¡cómo tonifica mi espíritu! ¡Qué sanas son esas influencias morales!" En Pacocha pasa los dos primeros días del año 1880. El *Chasseur* le deja luego en el Callao. Después a Lima.

"¡A Lima! No hay uno de nosotros que no haya soñado con Lima... Las tradiciones del coloniaje... sus virreyes duros y tiesos... la civilización incásica destruida por la horda de Pizarro; el clima, suave, laxante, predisponiendo en todos los tiempos del ánimo a todo menos a la lucha y

¹⁴ *El Nacional*, de Buenos Aires, 28 de febrero de 1880.

al trabajo; la belleza legendaria de sus mujeres, las tapadas, con su pupila resplandeciente y su pie invisible; la variedad de razas... el Rimac, cuyo nombre dulce acaricia el oído; sus templos que guardan en sus naves telas de Murillo y Zurbarán..."¹⁵

IV

LIMA: LA MISION EXTRAOFICIAL DE CANE

Corre el mes de enero de 1880. Miguel Cané pasea por las calles de Lima, airoso, despejado, con algo raro que no se le conocía en Buenos Aires: lleva barba de conquistador hispano que le sienta muy bien en la ciudad de los Virreyes cuyos palacios frecuenta cada día con renovado prestigio. Siente el espíritu en reposo, salvo tal cual inquietud que no es de extrañar en el insatisfecho por temperamento. Ha cumplido con la obligación moral directora de su conducta: buscar al amigo... ¿Cuántos habrían hecho lo mismo? Sus visicitudes, sus exaltaciones e insomnios, dan la medida exacta de lo que es, un hipersensible, extremado en todo. Si un amigo cae en desgracia y queda solo a la sombra de la fortuna voluble, no puede abandonarle. Por eso se batió en la Cámara cuando se complotaron para derribar a Sarmiento, su ídolo, con quien le une tan estrecha comunidad de ideas y de reacciones. Por igual causa ha tenido serios disentimientos con Pellegrini, el político por antonomasia. Por idéntico motivo tendrá pesares a lo largo de su camino. Ya barrunta que la dicha terrena es imposible, a pesar de lo cual debe el hombre huir de cuanto es inmaridable con su modo de ser. También percibe que la serenidad, la suya, naufraga en el tablado de la política. Como a su maestro Sarmiento, le faltan los atributos esenciales para moverse con éxito en aquél escenario: prudencia, discreción, malicia, confianza ilimitada sin enseñar la limitación, paso acelerado o tardo según las circunstancias, complicidad con algo malo que pueda servir al logro de algo considerado bueno. Por sobre todas las cualidades y defectos con valor de cualidades, el buen político debe ser oportunista, flexible, muy flexible, sin memoria para

¹⁵ MIGUEL CANÉ: *Charlas literarias*. Final del capítulo *El Chasseur*.

los agravios, de suerte que le sea fácil y nada repugnante reconciliarse hoy con su peor enemigo de ayer. Cané no es ni será nunca flexible. En cuanto a discutir ¿para qué? Nadie convence a nadie en una discusión de política o religión. Lo único que se gana son rencores inextinguibles porque en el calor de la controversia siempre sale de los labios un adjetivo que desgarrar como espada toledana. Amigos como él hay pocos. En el comercio cotidiano vemos que no lo son la mayor parte de los que suponen serlo. Cuando publiquen la correspondencia de Taine podrá leer y subrayar este párrafo de la carta dirigida a Prevost-Paradol: *l'amitié est un mariage que, comme disait Platon, il est bien rare qu'on retrouve la moitié dont on a été séparé.*

¡Vaya si dispone de tiempo Miguel Cané en Lima para este género de meditaciones que han de servirle en un porvenir inmediato! Mas como el monólogo poco se ajusta a su expansivo natural, tiene que echar mano de la pluma para entablar las habituales, liberadoras pláticas a distancia que ya le conocemos, especialmente los días en que le visita la Señora Tristeza o la Señora Luna. El 24 de enero resuelve escribirle a su fiel amigo don Bernabé:

“...Mi vida en Lima, salvo algunos días, que no son pocos por desgracia, en los que me invade una nostalgia mortal y no salgo del hotel, sería deliciosa, encantadora, para cualquiera de los muchachos que no tuvieran en el pasado las sombras que a mí me abruman. Profundamente considerado y respetado por los hombres, las mujeres creyeron al anuncio de mi llegada, que era yo uno de esos personajes serios y graves, tal vez calvo, de seguro viejo. (Tan) es así, que una de las numerosas señoras que me enviaron sus tarjetas, la señora de Canevaro, suegra de Jean, puso en la dirección: “Sr. Dr. Dn. Miguel Cané e hija”. Sin duda creía que mi Sarita tendría 15 ó 20 años y que me acompañaba. Pero a las primeras reuniones a que asistí, me juzgaron por mi aspecto, me creyeron... Y como aquí se me atribuye una importancia política colosal y se cree que soy rico, vieron en mí un partido espléndido, y hème convertido en un perfecto buen candidato. Eso da ventajas serias, pero tiene algunos inconvenientes. Una de las muchachas de Lima que tiene mayor fama de inteligente y agradable, y a la que tengo que ver con frecuencia, una cuñada de R..., tiene por ideal casarse con algún argentino de distinción y volver a Buenos Aires... La persecu-

ción de ese fin me pone en aprietos y necesito prodigios de habilidad para rehuir ciertas confidencias escabrosas”.¹⁶

La tristeza es mucho más llevadera para el idealizado viajero, con viso de diablo seductor para las que gustan de don Juan, o de libertador de doncellas afligidas en la ciudad neblinosa que les teje y desteje los sueños de ventura allende las cumbres, las llanuras y los mares. Tampoco falta para el triste el otro tipo de mujer, menos complicada, un tanto ventolera, además de circundarla el más preponderante de los atractivos, “el aliciente de que su marido es celoso y con fama de bravo”. Se pregunta: “¿Haremos algo? Lo dudo, porque faltándome el tiempo para la perseverancia, tengo que emplear la audacia, esa dinamita moral que a veces hace saltar al agente antes que al paciente”.

¿Acaso no se inclina demasiado a los temas triviales? ¡Cuántas minucias desliza en sus cartas! Un poco de frivolidad es necesaria, sirve de reposo a manera de intervalo entre lo grave y lo profundo. No se le oculta lo que hace ni lo que dice. Vuelve a leer el pliego recién terminado, comprende y agrega:

“Mientras escribo, observo en el tono frívolo y tonto de esta carta, la influencia de la vida limeña, donde no encuentro un hombre con quien cambiar dos palabras serias e instructivas. Todo se reduce a buscar mujeres, no siendo muchas ni muy buenas las de primer lance, y a arrojar semillas cuya cosecha no podrá recojer un ave de paso como yo”.

La cura buscada en la ausencia no le da resultado porque se le vuelve mal de ausencia. Cree andar barranca abajo: “...si desciendo de mi alma, te diré que no sólo no me encuentro bien, sino que ni aun vivo tranquilo. Tengo horror de volver a Buenos Aires y al mismo tiempo una atracción poderosa me domina. No duermo casi pensando en lo que allí quedó y en este clima enervante el trabajo intelectual o el insomnio me debilita profundamente. Van a hacer tres meses que salí y aún no he tenido una palabra sobre esas cosas íntimas”. Habla de Roque, con quien dice haber estado ocho o diez días en Arica: “está un tanto curado del espíritu, pero profundamente desencantado del ejército peruano; el honor lo retendrá hasta el fin. Si no lo matan volverá carnes”.

¹⁶ Carta inédita. CJA.

Pero ¿qué es lo que hace Cané en Lima? ¿Por qué prolonga tanto esa estancia cuando la soledad lo deprime a tanto extremo? De pronto la carta cambia de tono y de tema:

“En cuanto a mi comisión, creo hasta ahora haberla cumplido con conciencia. He escrito cuatro extensísimas correspondencias al Ministro de Relaciones Exteriores augurándole en las primeras, sucesos que se han realizado, presentándole esta cuestión bajo la faz del interés argentino con todo género de detalles. Todas mis observaciones y manera de apreciar los sucesos han sido plenamente aceptados por Uriburu, después de un cambio de ideas. Sin embargo, no tengo una sola línea de aprobación del Dr. González, ni aun de Pellegrini, a quien he escrito varias veces. Si no conociera la desidia natural de esa gente, creería que no he merecido por mis esfuerzos ni aun el sacrificio de diez minutos. Hay momentos en que se me ocurre echarlos a paseo y no escribirles más; pero el interés de la patria me impone hacerlo. *Esta guerra no tiene ni puede tener otra solución que una mediación americana.* Si se me diera una misión oficial para Ecuador, Venezuela y Colombia, me comprometería a hacer ir sus gobiernos a remolque del nuestro en cualquier propósito de ese género. En cuanto al Brasil, hay mil probabilidades que, *par gaité de coeur* no se nos pondría en pugna. Pero sospecho que estoy bien olvidado por allá y que aún en el caso que no fuera posible económicamente aceptar la misión indicada, el gobierno no pensaría un momento en dármele. Vendrá algún grave personaje que no entienda una palabra de la cuestión, pero que ostenta canas y *embompoint*.

“Aquí como en Chile se me atribuye un propósito de alta importancia. Creen que tengo algo oficial y reservado para un caso determinado y se inclinan a creer que es una misión para las repúblicas del Norte. El secretario de la legación colombiana, que vino conmigo de Chile hasta Arica, ha dicho aquí en Lima de paso para su país, que aunque él no me lo había preguntado ni yo dicho, él estaba seguro que yo tenía tal misión y que él se encargaba de hacer comprender a su país mi *importancia* en Buenos Aires, augurándome un triunfo completo en los propósitos que me atribuía, esto es, estrechar los vínculos entre la Argentina, Colombia, Venezuela y Ecuador, a fin de hacer irresistible una mediación, que daría por resultado algo como el Congreso de Berlín para establecer reglas y prin-

cipios de derecho público americano, en vez de erigir, como en aquél, la arbitrariedad de la fuerza en ley absoluta.

“Roque me dijo en Arica trabajaría en el sentido de que me nombraran Ministro en el Perú, en reemplazo de Uriburu, que renunciará dentro de uno o tres meses y que en caso de obtenerlo, lo hiciera secretario de legación. Es ese un sueño de oro del que debemos apartar los ojos, pero si en tus charlas con Pellegrini ves que hay alguna idea de darme un nombramiento para el Norte, lo que dudo por lo ya expuesto, dile que me dé de secretario a Roque. Esa misión duraría seis u ocho meses y Roque volvería completamente sano. Tú comprendes que Roque no aceptaría ser secretario de ningún otro, por razones de dignidad en su posición; pero, como él me decía, conmigo la cosa varía por completo, porque todo el mundo creería que era un rasgo de amistad. Tengo la pretensión de creer que ambos haríamos donde se nos enviaría”.

Queda aclarada la incógnita del viaje al Pacífico, si alguna vez la hubo. Cané sale de Buenos Aires con una misión extraoficial muy delicada que le confía el Presidente Avellaneda y su ministro González. Debe conocer a fondo la opinión pública de Chile y de su gobierno. Por eso es que primero se dirige a Santiago y conversa en todos los tonos posibles con las personalidades dirigentes y de influencia de ese país. Pronto sabe a qué atenerse: Chile va a la conquista territorial de dos provincias de sus adversarios. Las sospechas, que no le ocultaron a Cané, eran, pues, justificadas: Cané no iba al Pacífico en busca del compatriota cuya suerte se ignoraba sino a defender la doctrina argentina que repudía entre naciones americanas el derecho de conquista. Doctrina que sería argentina hasta en el proyecto de mediación americana, o de arbitraje leal y pacífico para dirimir los conflictos entre naciones hermanas. Cuando Vicuña Mackenna le pregunta si trae una misión contra su país, Cané responde lealmente: no, porque no lleva ningún plan contra la soberanía de Chile ni contra su integridad territorial. Nada quería quitarle de lo que histórica y geográficamente posee y le corresponde. En aquel deplorable episodio, Chile disponía de la fuerza para triunfar, mas no de la razón para convencer acerca de la justicia de su empresa a todas luces imperialista.

La carta confidencial de Cané, hasta hoy inédita, confirma otra vehemente sospecha, la del ministro peruano en Buenos Aires, señor A. V. de la Torre. Este diplomático le comunica

a su gobierno "que el Dr. Cané le visitó tres veces antes de partir para Chile con el objeto de pedirle cartas de recomendación para el Presidente y Vicepresidente del Perú". Y agrega:

"El viajero se ha expresado con vehemencia acerca del conflicto argentino-chileno respecto del cual está decidido a sostener siempre los derechos de su país; y en el calor de la discusión me dijo: "yo descubriré las últimas pretensiones de los chilenos y les presentaré un ultimatum fijando como límite la Cordillera de los Andes". Esto indicaba que tenía una misión oficial a pesar de haberme asegurado lo contrario; y con el mapa a la vista le manifesté la inconveniencia de ese límite, de modo que quedó completamente convencido; pero no pude descubrir si se le había encargado o no alguna misión secreta. Yo creo posible que el señor Cané lleva una misión secreta y credenciales que presentaría en un caso dado; pero si es así se ha guardado y se guarda tan absoluta reserva que ni un empleado del Ministerio que generalmente ha estado al corriente de lo que ocurre, sabe una sola palabra a este respecto".¹⁷

El silencio del gobierno de Buenos Aires, que acaba dejando sin respuesta las últimas correspondencias de su enviado especial al Pacífico, no se debe a la desidia ingénita que Cané les atribuye. Son las amenazas de Tejedor las que ya no dejan pensar en la suerte del Perú y de Bolivia. Sea como fuere, si hoy fracasa en la gestión que se le confiara, no sufre mengua la nobleza del plan ni la conducta del paciente negociador. Antes al contrario, la personalidad de Cané se vuelve más simpática y hasta se engrandece. Su nombre tiene que figurar íntimamente hermanado con el de aquellos que en América y fuera de ella, combatieron el crimen de la guerra; crimen monstruoso en tratándose de naciones pertenecientes al mismo continente e idénticos vínculos originarios.

Abrumado, emprende el regreso, más rápido pero más monótono: "Del Callao a Montevideo de un solo empuje, con las escalas naturales en las costas del Perú, Bolivia, Chile y Punta Arenas en el estrecho de Magallanes". Siempre recordará los tres días de navegación que precedieron la entrada al Estrecho: "...el mar estaba tan violentamente agitado, que no sólo no nos permitió cerrar los ojos, sino que ni aun podíamos acostarnos, porque cada sacudida del buque nos echaba fuera de la cama."¹⁸

¹⁷ P. A. MORENO: *Guerra del Pacífico*, t. 4, pág. 84.

¹⁸ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. I.

EN BUENOS AIRES

De nuevo en Buenos Aires, vale decir, de nuevo frente a la realidad de la cual huyera cinco meses antes. No puede decir que todo está como era entonces, porque todo está peor, muchísimo peor. Los ánimos están cada día más enconados. Tejedor se burla de la ley que les prohíbe armarse a las provincias, y hace desfilar por las calles a sus voluntarios, disfrazados de bomberos, que van o vienen del Tiro donde se adiestran. Con tales alarmas e indicios de revuelta inminente, la vida se les vuelve intolerable a los muy sensibles que, como Lucio V. López, prefieren marcharse poniendo el océano de por medio. "Feliz de Lucio que a estas horas navega rumbo a Europa y desde el barco escribe ingeniosos artículos" —piensa Cané. ¡Otro que huye en momento oportuno! Cané se resigna a la espera de otra fuga que secretamente acaricia. Condenado a cuartillas —lo mismo da decir a galeras— vuelve a *El Nacional*, donde reanuda la *rude besogne* de sangrarse cotidianamente. Además, como ese es un medio de vivir que no da de vivir, busca aditamento de patacones dictando una cátedra de historia argentina en el Colegio Nacional, el "suyo", y acepta provisionalmente la Dirección de Correos y Telégrafos, lo cual es más grave. ¡Fatiga sobre monotonía, monotonía sobre fatiga!¹⁹

Entretanto, ¿quién no desea ser presidente? Y de los que ambicionan el mágico sillón, ¿cuál es el que no persiste en la esperanza de convencer al otro sobre la oportunidad histórica de renunciar a su candidatura?²⁰ Aristóbulo del Valle, adicto

¹⁹ "Era una época en que vivía agobiado por el trabajo; a más de mi cátedra, dirigía el Correo, pasaba un par de horas diarias en el Consejo de Educación, y, sobre todo, redactaba *El Nacional*, tarea ingrata, matadora, si las hay. Así solía llegar a la clase fatigado; y cuando el tema no era interesante, mi palabra salía pálida y difícil". *Juvenilia*, XXXVI.

²⁰ Sarmiento, Tejedor, Alem, Irigoyen...: "Ya ha aparecido el primer número de *La Paz* trayendo al frente de sus columnas su nombre y proponiéndolo como candidato de transacción. Todo el mundo con la bolada que hizo Tejedor quiere ser ahora candidato de paz y de transacción. Si vivieran el Chacho o Quiroga se presentarían igualmente como corderos de paz, de amor y mansedumbre y de conciliación". (*Carta del general Julio A. Roca a don Pepe Posse, en Alberto Padilla, op. cit.,* pág. 25).

siempre a las combinaciones de última hora —cuanto más imposibles mayor seducción le brindan— trasládase a Córdoba para enternecer a Roca en favor de Sarmiento.²¹ El general de Santa Rosa y el Río Negro, si de algo peca no es de ingenuidad. Insisten, y Cané con del Valle y otros, en que Roca y Tejedor se guillotinen espontáneamente. Surge la idea de que ambos personajes se reúnan en el Tigre —así lo hacen el 10 de mayo— para concertar las patrióticas eliminaciones de los dos... El mismo día, 10 de mayo, mientras Tejedor y Roca conversan a bordo de la cañonera *Pilcomayo*, realizase en Buenos Aires el gran *Mitin de la Paz*. Treinta mil personas, invitadas por el comercio, desfilan por las calles de la ciudad, y en llegando a la plaza de la Victoria, se desprende de los manifestantes una delegación compuesta por Mitre, Alberdi, Sarmiento, Vicente Fidel López, José B. Gorostiaga, Rawson, Félix Frías. Avellaneda los recibe en el despacho presidencial. Poco después, seguido de esos hombres, convertidos hoy en símbolos, el presidente se aproxima al balcón y pronuncia su célebre discurso:

“Salgo a vuestro encuentro y os saludo con vuestra divisa. ¡Viva la paz!... Un día lo dije: un rémington no es un argumento... Habrá paz en la República. Lo he afirmado en otras ocasiones, pero creo firmemente que el poder del gobierno es superior al poder de la anarquía y que nada hay dentro de la Nación superior a la Nación misma”.

Lirismo, postrer rescoldo del hogar romántico. La razón, sin la fuerza, es anhelo que no alcanza a concretarse en viviente realidad. Lirismo respetable, sin embargo, digno de ser alabado por su generoso contenido. Hasta entonces el orador no había visto más mundo que el de su tierra, y no era el único argentino que profesaba ese idealismo ingenuo...

Pocos días de tranquilidad le quedan a la ciudad: doce, ni uno más. El 20 celébrase el centenario de Rivadavia, y Mitre pronuncia su afamado panegírico: “... el más grande hombre civil de la tierra de los argentinos, padre de sus institucio-

²¹ “Del Valle se fué con palabras que dieron por un momento lugar a la candidatura Sarmiento que la han recibido a pedradas y silbidos. En su vanidad y en su desesperación presidencial, había llegado hasta consentirse Sarmiento que los mitristas, que lo han combatido sin cuartel durante catorce años, hecho revoluciones y maltratado de todos modos, habían de venir a entonar el *mea culpa* y declarar que ellos habían sido los criminales... (Carta de Roca a don Pepe Posse, en Alberto Padilla, *op. cit.*, pág. 25).

nes libres". El 30 llegan los restos de San Martín, y al Presidente Avellaneda le incumbe la tarea de glorificar públicamente al "primer soldado de la América... que mayor espacio haya recorrido en la tierra después de Alejandro".

Entre esas dos fechas, el 24 de mayo, en compañía de don Vicente Fidel López se presenta Alberdi en la Facultad de Derecho. Le han invitado a pronunciar el discurso de circunstancias con motivo de la colación de grados. ¿Sobre qué puede hablar a esa altura de su vida y a esa hora henchida de incertidumbres? ¿Trae alguna idea nueva que no conozca la juventud ahí congregada para rendirle homenaje? En derecho político son nuevas las ideas que logra remozar el talento del escritor. A un Mitre se le deben las páginas más ecuanímes acerca del pensamiento de Alberdi:

"Es la obra de Alberdi esencialmente argentina. Refleja el medio y sus problemas. Los inspira en la historia y en la realidad de su país. Nadie antes que él dijo que el país era un desierto y que se hacía necesario poblarlo con el brazo europeo que le diera nueva savia e hiciera vivir a sus inmensas riquezas que yacían inertes. Nadie antes que él señaló las características étnicas y la necesidad de modificarlas para realizar la obra de prosperidad y de progreso que el país reclamaba y que estaba admirablemente preparado para recibir..."²²

Alberdi fué aquella tarde con el designio de rejuvenecer algunos conceptos vertidos en su *Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho* (1837) y los principios de filosofía individualista próximos a desaparecer en el vocabulario de los hombres públicos y a caducar en la organización política de la sociedad moderna: *La Omnipotencia del Estado es la Negación de la Libertad Individual*. Por falta de voz, Alberdi no pudo leer su valioso y profético trabajo. El joven abogado Enrique García Mérou, tomó los papeles de manos del anciano y leyó la conferencia con voz clara y a prueba de fatiga.

El cisne no canta mejor antes de morir...

Con la ventaja de setenta y cuatro años de perspectiva histórica, no es aventurada la pregunta: ¿en qué país del mundo la libertad individual no ha perecido bajo la omnipotencia del Estado?

²² MARIANO DE VEDIA Y MITRE: *Historia de las Ideas Políticas*, t. XIII, págs. 144-145.

VI

LA REVOLUCION DEL 80

El Hombre Providencial, se ha dicho de Carlos Tejedor. Es verdad. Llena está la historia de este linaje de hombres, ciegos agentes del oscuro destino, que llegan a la hora justa en que debe hacerse el bien o el mal largo tiempo prefijado. El tema es seductor, pero no entra en mi crónica necesariamente somera. Un personaje destemplado y agresivo era lo que acabaría con las vacilaciones de Avellaneda, el "huésped" irresoluto que hasta el mes de mayo de 1879, en su penúltimo mensaje al Congreso, sometíase todavía a la idea de trasladar el gobierno Federal a la ciudad de Rosario. Con la llegada del *Riachuelo*, cargado de armas para Tejedor, empezó la lucha el 2 de junio. "El mismo día, al caer la tarde, el Presidente de la República, acompañado del Ministro de la Guerra, se metía en un coche, y salía precipitadamente, dejando en la ciudad el resto del gabinete y todo el personal de la administración".²³ El Presidente se instala en el cuartel del 1º de caballería, situado en la Chacarita, donde pasa la noche. Poco después elige a Belgrano como residencia. El gobernador Tejedor es declarado rebelde al mismo tiempo que se decreta el estado de sitio en la provincia sediciosa y se nombra al general José María Bustillo (17 de junio) "Comisionado Nacional". Entre la Chacarita y Belgrano tiéndese el grueso de las fuerzas nacionales. El Senado se solidariza con el Presidente y le sigue, no así la Cámara de Diputados que se fracciona y permanecen cuarenta y cuatro de sus miembros en Buenos Aires. El general Mitre es el jefe de la resistencia en la ciudad y el coronel Joaquín Viejobueno el jefe de las fuerzas nacionales que se acompaña del intrépido ministro de Guerra, "atropellado e irreflexivo", en el decir de Roca. Muy poco dura la lucha. El 20 y el 21 llévanse a término tres combates, en Barracas, Puente Alsina y los Corrales. La escuadra bombardea suavemente a la ciudad... "Salvado el honor de Buenos Aires", con dos mil cadáveres a la vista, Tejedor le confía a Mitre la misión de parlamentar. Avellaneda niégase a recibir al general por considerarle un militar rebelde

²³ CARLOS TEJEDOR: *La defensa de Buenos Aires*, cap. III. Buenos Aires, 1881.

y sólo consiente en que hable con sus ministros.²⁴ Todo ha terminado. Avellaneda puede decirle a Tejedor, como el personaje de Molière: *C'est à vous d'en sortir*.²⁵ La República tiene la Capital que histórica y geográficamente le correspondía. Así desaparece para siempre "el monstruo con dos cuerpos y una cabeza" —según la conocida metáfora de Alberdi.

¿Qué es de la vida de Miguel Cané mientras corre sangre y muere gente? Cede a los acontecimientos. ¿Por convicción o por necesidad? Tentado estoy de contestar con Rivarol: *Oui, la nécessité est plus humaine que la philosophie: car c'est la nature qui fait la nécessité, et c'est nous qui faisons notre philosophie*. Cané está con sus amigos de siempre, Pellegrini, Del Valle, políticos de vocación ingénita que ajustan el paso a las circunstancias. Para ellos, mudar de posición u orientación, lejos de ser acto reprehensible, es virtud, anchura, ductibilidad, flexibilidad de espíritu, agudo realismo. Necios, y limitados a una visión descolorida e inmutable, son los que condenan los radicales cambios de Talleyrand, sin advertir lo perenne en la Nación, sin pulsar lo fugaz y aleatorio en los regímenes, los partidos, los credos y programas. Talleyrand y sus epígonos internacionales son pragmatistas *avant la lettre*...

Cané es un funcionario que cumple estrictamente con su deber. Con las autoridades nacionales se ha instalado en el vecino pueblecito de Belgrano. No son del todo desagradables las horas que allí pasa en un ir y venir continuo capaz de producirle vértigos al de mejor temple. Aleja de sí las sombrías ideas de Lima y le ven bien dispuesto, hasta con invariable buen humor. ¿Y los reñidos combates? ¿Y los muertos y heridos? Las guerras y revoluciones no son tan angustiosas como de ordinario suponen los tímidos, grandes imaginativos. La guerra trae duelo, plañimiento y toda suerte de trastornos sociales irreparables, mas no por ello extingue el amor a la vida ni sosiega el frenesí de placeres. El peligro enciende apetencias morales y físicas jamás sospechadas en la seguridad apacible de la existencia rutinera. Una pluma diestra y bien in-

²⁴ "El Presidente convocó a sus ministros y les manifestó que él no podía recibir personalmente al general Mitre, que en ese momento sólo era para él el general en jefe de un ejército rebelde, pero que autorizaba a sus ministros a recibirlo y oír su exposición..." PELLEGRINI: *Obras*, t. I, pág. 430.

²⁵ P. GROUSSAC: *Los que pasaban*, pág. 182. Buenos Aires, 1919.

formada nos dirá cómo se deslizaban en Belgrano aquellos días de fines de junio y principios de julio de 1880:

“...nunca llegó la situación belgranense, moral ni materialmente, a los extremos de congoja o penuria que alguna vez se nos pintara en las provincias. La vida era sencilla, modesta, tan distante del lujo como de la escasez, pero muy soportable y con sus horas de esparcimiento. Gracias a la alegría juvenil de los principales actores, la “Chacarita de los Colegiales” parecía a ratos recobrar su primitivo destino. Muchos de los altos funcionarios vivían allí con sus familias, organizándose tertulias caseras en que se solía insertar, sin interrumpirlas, algún oficio urgente al dueño de casa o llamada al telégrafo. ¡Cuántas veces, años después, Pellegrini, Del Valle, Cané —éste improvisado director general de correos— y algún otro, evocaron en mi presencia aquellos días ya lejanos, siempre irisados por la ilusión, y más cuando representan a la vez el pasado y la juventud! Recordaban, sobre todo, a una encantadora ministrita, blanca y sabrosa como la carne de sus chirimoyas salteñas, y que —bien lo sé yo también— encerraba un ritmo de gracia en el menor ademán, hasta en su tonada provinciana... Ha muerto la encantadora; han muerto los encantados; y si alguno sobrevive, será para suspirar una vez más la queja milenaria de las generaciones, que dice lo breve de las únicas horas dignas de ser vividas y que a nadie consuela ni desanima de envejecer”.²⁶

El Director de Correos pasa casi todo el día con el Presidente, y a veces de noche acude a su llamamiento para enviar despachos al interior de la República, y en ocasiones al exterior, como el que Miguel Cané le manda el 28 de junio a Luis Lagos García, a la sazón en Montevideo, desempeñando una delicada misión del gobierno:

“La paz ha sido arreglada. Tejedor renuncia al puesto de gobernador de Buenos Aires y entra a reemplazarlo el Dr. Moreno, quien acata al Gobierno Nacional. Se ha convenido el desarme y entrega de todas las armas. La Intervención y el estado de sitio continuarán hasta que a juicio del Presidente los nombramientos que Moreno haga nos garanticen de que subsistirán los nombramientos por

²⁶ P. GROUSSAC: *Los que pasaban*, pág. 184.

el gobierno nacional de jueces de paz, comandantes militares, etc. La paz es honrosa para el Gobierno Nacional y sin humillación para Buenos Aires. Avise y felicite a los amigos. — *Miguel Cané*".

En esta nueva corriente, muy distinta de aquella otra tempestuosa en seguimiento del autor de *Facundo* —aludo a la candidatura presidencial, nada más— veremos a Cané navegando hacia rumbos por él mismo insospechados. El 29 de julio, con Dardo Rocha, Bernardo de Irigoyen, Aristóbulo del Valle, Luis Sáenz Peña, Eduardo Wilde, Hipólito Yrigoyen, y cien más, firma Cané el manifiesto público que anuncia la constitución del "gran partido nacional" que apoyará la política del nuevo gobernante, el general Roca.

¿Quiénes recuerdan en Buenos Aires que hay guerra en el Pacífico? De la resistencia y el heroísmo de los defensores del Morro de Arica —mil quinientos contra ocho mil hombres— ¿cuántos son los que no la han echado al olvido? Los acontecimientos en la historia tienen la misma perduración condicional que las emociones en el espíritu: el último en gravedad desaloja al anterior. El prisionero de San Bernardo piensa de otro modo en sus soledades. Para él no gira el mundo en torno de la federalización de Buenos Aires. Lo que más cuenta para Roque Sáenz Peña es el lustre de su prestigio mancillado por las leyendas calumniosas que teje el enemigo. Es humano que así sea, demasiado humano y comprensible:

"Roque Sáenz Peña a Miguel Cané. San Bernardo, julio 12 de 1880. Queridísimo Miguel. Aquí tienes a tu amigo más querido herido y prisionero en San Bernardo, la herida va mejorando rápidamente; hoy tiene un mes y cinco días; pienso que en quince más estaré bien .

"Puedo asegurarte que la herida no me preocupa, no me hubiera preocupado aun cuando ella fuera de gravedad.

"Son otros sufrimientos, amigo, los que me han amargado con más intensidad que los sinsabores de la campaña y que la rabia de la impotencia en que nos hemos hecho pedazos.

"He sido atrocemente calumniado por esa (nuve) de gacetilleros y corresponsales anónimos que forman la baja prensa de Santiago, inventora de fábulas que principian con mi salida de Buenos Aires, continúan con mi aptitud en San Francisco y Tarapacá, cargando la mano en la resistencia de Arica.

“Todo mi pensamiento, Miguel, está en Buenos Aires. ¿Qué se habrá dicho allí de estas calumnias?

“Lo que es en el ejército aliado mi nombre está bien alto; desde las juntas de guerra hasta el teatro de la acción, he sido visto por todos mis compañeros de armas que me rodean de consideraciones y cuidados y sienten como yo las calumnias de que he sido objeto.

“Nadie esperaba en verdad tanta perfidia; después de haberme batido tres cuartos de hora con el brazo derecho (atravezado) de un (balaso) y de haber sostenido el combate hasta que tuve que arrojar la espada por la inacción de mi brazo derecho producida por el enfriamiento de la herida, cuando el enemigo ya se encontraba a veinte pasos y se había mandado cesar los fuegos, después de esto digo, no esperé nunca que esta prensa me llamara disparador.

“¡Disparador! y me toman prisionero en el mismo sitio en que me batía recibiendo de frente la descarga que mató a Moor y Bolognessi cuando me encontraba en medio de ambos, y sobre todo cuando fui herido corriendo a la cabeza de mi cuerpo a paso de trote buscando un puesto en el combate.

“Esto es inaudito y sólo me consuelo ver cómo mis compañeros participan de mi indignación contribuyendo esta nube de manifestaciones que principian en los Jefes y concluye en los cuarteles de la tropa por modificar la opinión de los hombres sensatos de Chile y con ella mi situación moral.

“Te repito, Miguel, que es Buenos Aires mi gran preocupación y no volveré allí antes que la luz se haya hecho y que los justificativos que tengo hayan llegado a mis amigos.

“Se me ha dicho que abandoné el Norte por temor del “Lautaro” que avanzaba por aquel costado; lee todos los partes de la plaza para cerciorarte que fué por orden terminante del Comandante General que nos movimos juntamente “Yquique” y “Tarapacá” sin duda porque el ataque formidable se traía por el Este (retaguardia del Morro) y fué allí el combate y allí tuvo lugar la carnicería.

“Debes comprender que los que rechazamos un parlamento y una capitulación que si en algún caso era tolerable es en el caso de Arica bloqueado por mar, sitiada por tierra y con mil seiscientos hombres de Guardia Nacional para contener un ejército de ocho mil hombres de línea, los Jefes digo, que en las juntas y en los cuarteles proclamábamos la defensa a todo trance y el deber de sucumbir en ella, no podíamos tratar de (economisar) la vida en el combate

ni mucho menos abandonar la tropa que habíamos conservado y conducido al sacrificio. La sangre toda se me subleva cuando pienso que tales infamias se me han imputado.

“El Comandante La Torre, Jefe de Estado Mayor de la plaza quiere como una (satisfacción) a mis amigos mandar directamente los partes a del Valle, a quien conoce por su discurso a Grau; te pido que le des toda la publicidad posible insertándolos en “La Tribuna”, “La Nación” y “El Nacional”.

“Como verás, los partes de Espinoza y La Torre ratifican con la identidad de la verdad las órdenes a que he (ovedecido); te pido también que tú escribas sobre esto sin insultar a mis enemigos porque sería (azusar) de nuevo estos lebreles, empeorando mi situación; y sin tu firma porque tú no eres menos aborrecido que yo. A este efecto te narraré fielmente lo que me es personal.

“... Los oficiales del cuarto y especialmente el Capitán Silva Arriagá que me dió su nombre al salvarme se condujeron dignamente tratándonos con toda consideración hasta el momento en que llegó un comandante Soupre, preguntando por mí; creí que iba a ser mi verdugo y me encontré con que traía una carta de Sarratea para que me atendiera como en efecto me atendió; más tarde vino Toro, Salvo, Bulnes y algunos oficiales que conocían mi nombre y me ofrecieron sus servicios.

“Al desembarcar en Valparaíso comprendí la atmósfera que se me había formado en el pueblo; todo el mundo preguntaba por Sáenz Peña, como si estuviera muy familiarizado con mi nombre; no hubo estación intermedia en que no se agolparan al (comboy) preguntando por mí; pero mis compañeros no les señalaban el coche en que venía y esto hizo que no dieran conmigo y no prorrumpieran en gritos.

“Tengo una creencia sobre el origen de esta exaltación contra mí que te la trasmitiré si nos vemos.

“No dejes de dar toda la publicidad posible a los documentos que le manda a del Valle el Comandante La Torre y escribe a este respecto con todo el interés que sabe inspirarte la suerte de tu amigo; se trata de mi honra y de mi honor calumniados miserablemente. Recibe un abrazo de tu amigo. *Roque*”.²⁷

²⁷ La letra de esta carta inédita que publico fragmentariamente por lo extensa, no corresponde a la de Sáenz Peña. Es indudable que el herido no estaba en condiciones de escribir cuatro pliegos. Debíó de ser dictada a una persona de buena voluntad y de ortografía vacilante. Es propiedad del Dr. Miguel Cané.

Cané hace lo que se le pide, y antes ha hecho mucho más sin sugerencias del interesado. Si nada le falta al prisionero en la cómoda casa que habita allá en San Bernardo, es obra de la relación afectuosa de Miguel con doña Emilia Herrera de Toro, gran chilena y fiel amiga de los argentinos. Con sumo cuidado y destreza, mueve todos los resortes de influencias seguras para que cuiden como se merece al héroe de Arica:

"Emilia Herrera de Toro a Miguel Cané. Santiago, julio 12 de 1880. Estimado amigo: Escribí a V. en el Vapor del primero para darle noticias de su amigo Sáenz Peña i sacarlo de dudas respecto a él. Hoi lo hago nuevamente para repetirselas, i que se tranquilize completamente sobre la suerte de su amigo aquí. Está bien como Vd. podía desearlo después de lo sucedido, está enteramente libre en San Bernardo, i él me ha escrito (hecho escribir) escrito que el temperamento es bueno i que su herida va mui bien i está contento; me manifestó siertos escrúpulos respecto a su vuelta; porque él no sabía como se pasaban las cosas, i se imaginó quien sabe que le iban a exigir para que se fuera. Le escribí el sábado, i le expliqué lo que susedía, i que me dijera terminantemente que determinaba sobre su vuelta; le agregué que no fuese *terco*, que pensara en la ansiedad en que estaban sus padres i Vd. su amigo... Le he recomendado no se fie de sus compañeros para escribirme, porque no conviene, i él no puede hacerlo por sí aún. Le envié una carta que el Presidente me escribió sobre su vuelta, i nada sé de lo que él pensará después de impuesto de todo. Desde mi carta a Vd. he continuado enferma, no he podido salir de casa para ir personalmente hablar con el Presidente por que estas cosas no pueden hacerse por escrito; no me he empeñado tampoco en ir, sin saber antes la determinación de su amigo, i porque este es el tiempo de los temporales en el Estrecho, i no importa se demore algo. Por lo demás no dude que se lo mandaremos lo más pronto, i tenga *fe i confianza* en su *agente*, que siente no poder atender a su amigo a cara descubierta, por las razones que Vd. debe preveer, pero que lo hase en cuanto le es posible... Tranquilizeze pues, i procure esté lo mismo la Señora Madre de él. Hoi no puedo ser más larga, tengo mucho que escribir aún, i el tiempo es mui corto. Le desea toda felicidad su amiga: *Emilia Herrera de Toro*".²⁸

²⁸ Carta inédita. AMC. Ortografía respetada.

Amiga de verdad, doña Emilia. Debe ser siempre recordada cuando se hable de Sáenz Peña en Chile.

En la elección practicada el 19 de septiembre en la Provincia de Buenos Aires, durante la Intervención Federal del general José María Bustillo, Cané es electo diputado al Congreso con las figuras más descollantes en aquella época.²⁹ Incorpórase sin demora e inicia sus intervenciones breves, nerviosas, en ocasiones, incisivas, pues no son de su agrado los largos y tediosos discursos. Lo primero que hace es defender la nacionalidad argentina de su entrañable amigo Lucio Vicente López (todavía ausente en Europa) de quien se ha insinuado la ciudadanía uruguaya. En la sesión del 15 de octubre, anticipándose a su futuro decanato de la Facultad de Filosofía y Letras, defiende con entusiasmo la cátedra de griego en la Universidad de Córdoba, cuya supresión por "inútil" y "ridícula" ha solicitado el diputado por Salta Victorino de la Plaza. Es la primera vez en su vida que llega a los oídos de Cané la inutilidad y ridiculez de aprender griego. Y ataca a fondo, según su costumbre:

"Creo, señor Presidente, que tanto el señor diputado por Salta, como yo, si supiéramos un poco de griego, habríamos tenido el espíritu más abierto, más apto para adquirir conocimientos de todo género, habríamos tenido una educación más amplia de la que tenemos, y habríamos podido, por consiguiente, ser más útiles a nuestro país. Los beneficios de la educación clásica están tan bien sentados, que no es posible destruirlos con la afirmación de que son ridículos e inútiles como lo ha hecho el señor diputado por Salta".³⁰

Gracias a Cané la Universidad de Córdoba conservó su cátedra de griego.

Ese año, grávido en acontecimientos, termina con un debate histórico. La Legislatura de la Provincia de Buenos Aires de-

²⁹ Los electos eran: "Luis Sáenz Peña, Bernardo de Irigoyen, Miguel Goyena, Carlos Alfredo D'Amico, Vicente Villamayor, Eulogio Enciso, Rafael Ruiz de los Llanos, Nicolás A. Calvo, Luis Lagos García, Bernardo Solveyra, Miguel Cané, Enrique B. Moreno, José Fernández, Juan Coquet, Antonino E. Cambaceres, Pedro Goyena, Saturnino Unzué, Estanislao S. Zeballos, José Juan Araujo, Mariano Demaría, José C. Paz, Delfín Gallo, Hipólito Yrigoyen y Lucio V. López.

³⁰ *Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados de la Nación*, pág. 428. Año de 1880.

bía sancionar la ley de Capital. Era necesario legalizar los hechos consumados. A lo largo de cuatro sesiones, los días 12, 15, 17 y 24 de octubre, Alem pronuncia el discurso en que profetiza la crisis del federalismo argentino. A pesar del tiempo transcurrido y de su "fraseología romántica, entonces menos cursi que hoy, con algo de quiebro arrabalero para la barra"³¹, el extenso alegato tolera la lectura, provechosa en no pocos pasajes. A ratos estremece el desencanto del sincero federal que presiente, con la muerte de las autonomías provinciales, la desaparición de los partidos políticos sin los cuales el pueblo desaparece a su vez. Arrojando al viento "arenillas doradas", el último caudillo de la intransigencia federalista, dijo cosas que debieron de conmover a los que todavía les quedaba el corazón en el pecho... Miró en torno suyo como buscando soldados de su causa, y tras breve silencio, siguió adelante con un desfile de nombres que por sí mismos sintetizan la tradición argentina: Alsina, Sarmiento, Gorostiaga, Mármol, Montes de Oca, Sáenz Peña, López, Ugarte, Quintana, Frías, Navarro, Oroño, Ruiz Moreno, Alcobendas, Moreno, Rocha, Avellaneda, Del Valle, Pellegrini, Gallo, Alcorta, Cané, Lagos García, "y otros jóvenes como estos últimos y otros más proyectos como los primeros, todos han trabajado y dirigido esos movimientos y esas resistencias, invocando los mismos motivos que yo traigo a este debate". Y un interrogante, como un grito en la noche, sin que nadie respondiera:

"¿Habrán modificado todos su opinión ahora?"

Tuvo respuesta el interrogante. La dió José Hernández. *Numquid et tu...?*

³¹ P. GROUSSAC: *Los que pasaban*, pág. 183.

VI

DE LA POLITICA A LA DIPLOMACIA

*De nuevo, pues, en el mar, proa al
Norte, para un viaje más largo y peno-
so que los anteriores.*

MIGUEL CANÉ

I

EL NUEVO DESTINO

DE nuevo, pues, en el mar...

Busco el vocablo más apropiado y el primero que me sale al encuentro no es sorpresa sino ¡estupor! ¿Cómo explicar este inesperado cambio de rumbo que ha de ser radical mudanza en su destino? Después de la segunda incorporación de Cané a la Cámara de Diputados, y de aquellas notorias actividades en favor del nuevo "gran partido nacional" que apoyaría la política del general Roca en el gobierno, y simultáneamente la candidatura de don Dardo Rocha a la gobernación de la Provincia de Buenos Aires, era de creer que se había inclinado a las solicitudes de sus dos influyentes amigos, Pellegrini y Del Valle. Este último quiere infundirle un algo, idea o pasión, que sea capaz de absorberle y sacarle del estado depresivo hacia el cual vuelve tras ligeras reacciones. Ahora renuncia a la banca de Legislador, tribuna propicia para lucir cualidades... Sabido es que de la Cámara sale el camino que conduce directamente a los ministerios. ¿Cómo sacrifica posibilidades inmediatas cuando los hombres de su generación, los llamados del 80, van a realizar desde el gobierno las iniciativas liberales preconizadas con ardimiento en libros y artículos de prensa? Sus amigos cambian de postura y se convierten en clase directora. Fatigados de la oposición que termina esterilizando si a tiempo no se sale de ella, las palabras van a mudarse en actos y éstos en la legislación moderna que le falta al país que llama a su seno a todos los pueblos del mundo.

Cuando más se necesita de su participación en los debates que han de ser candentes y decisivos ¿por qué deserta uno de los que contribuyeron a cimentar la estructura jurídica en cier-

ne? Como el año anterior, empieza el rumoreo de conjeturas y de interpretaciones maliciosas y especiosas, algunas de las cuales todavía se repiten con autoridad de cosa averiguada: Cané se marcha porque le resulta abrupto el camino político, profuso en vericuetos y encrucijadas. Se va porque el esfuerzo continuo le fatiga. Se va porque es veleidoso como buen dilettante; porque la realidad del materialismo argentino le abruma; y porque hay en él una proclividad hacia las peregrinaciones cuyo origen es la inestabilidad espiritual que le mueve a querer estar donde no está... Hay algo de eso, sí. De hoy en más paseará por el mundo el "egregio aburrimiento" invocado en la epístola mallorquina de Rubén. Pero esta vez no huye de ningún esfuerzo. ¿Acaso no supimos en Santiago y en Lima que gestionaba una mediación amistosa para que Chile, todavía a tiempo, con el triunfo de sus armas no estableciera en nuestra América el derecho de conquista en el territorio de naciones vecinas y de común origen? Ya por enero de 1880 esperaba su designación de ministro plenipotenciario en el Perú, o en Colombia, lugar más estratégico, para lo cual tenía entre cejas llevarse de secretario a Sáenz Peña. Los últimos y azarosos meses de la presidencia de Avellaneda malograron las gestiones extraoficiales. El problema de la federalización de Buenos Aires hizo pasar a segundo plano la guerra del Pacífico y sus graves consecuencias inmediatas con tanta nebulosidad previstas por el arrojado negociador argentino. Restablecida la normalidad y ungido el general Roca presidente de la República, nuevamente Cané plantea la cuestión. Al general Roca no le es indiferente la política expansionista de Chile allende sus fronteras tradicionales, acuciada tal vez por el deseo de huirle al mar que lame y come su estrecha y larga faja de tierra. ¿Cuál fué el motivo real de la expedición al Río Negro? Replicar por anticipado que para la Patagonia —Tierra de Soledad y de Nadie—, ya no sería valedero el derecho del primer ocupante invocado para el Estrecho de Magallanes.

Roca escucha a Cané y lo designa Ministro argentino en Colombia y Venezuela. Es el hombre para el puesto. Además, hombre es en general el que está poseído de un ideal de justicia o amor de bien público. Y como no se sabe de ningún amor fundado en nobleza sin una esperanza, acepta el sacrificio de viajar a Venezuela y Colombia... No hay, pues, deserción en la hora que sus amigos van a dar una y más batallas en las Cámaras para que el país tenga la legislación de que carece. También hemos de ver que no hay tal proclividad hacia el incesante trashumarse de un continente a otro en busca de

emociones no conocidas aún, por lo menos con la irrazonada impetuosidad que de mozo le llevara a lejanas tierras. Sacrificio y grande el suyo, de la familia y de los amigos a quienes tanto espacio les prodiga en su afectividad; del club y de la tertulia cotidiana, válvula de escape para su ingenio que puja por derramarse con palabras liberadoras de cuanto le viene al espíritu en cortejos dispares de alegría mocetona, de ilusión repentina, o de ansiedad, o de pesadumbre, o de cólera, sí, porque suele ser colérico muy a su pesar... ¿Y el otro sacrificio? Aquí sienta el madrigal de Gutierre de Cetina a los ojos dignos de ser alabados...

II

EL VIAJERO DIFÍCIL

De tous le plaisirs le voyage est le plus triste.

HENRI DE MONTHERLANT

Miguel Cané se embarca en *La Gironde*, acompañado de un joven que le sigue algo turbado, sin mucha libertad de movimientos como cuando todavía no existen vínculos entre dos personas, o la relación es tan nueva que data del día anterior, poco más o menos. En buen romance, trátase de un mozo cuyo linaje distinguido se advierte en la prestancia y las maneras. Aunque puede ser su hermano mayor, Cané le trata paternalmente y al presentarle dice: *c'est mon secrétaire*, pues gusta de salpicar la conversación con términos franceses. Además, se luce. Exprímese con sorprendente dominio, fluidez y elegancia¹, y es de creer que dicha lengua es la que mejor se acomoda a sus celebraciones. El idioma vernáculo de Cané, oral o escrito, causa el efecto de una versión española inconscientemente poblada de galicismos. No importa. España espera aún a los más desdeñosos de ella. Mientras no haga el viaje que le será provechoso, puede repetir en serio, no

¹ Refiriéndose a Avellaneda, escribe Groussac: "En cambio, su comprensión del francés literario —que pronunciaba deplorablemente— era bastante completa, sin llegar, como, v. gr., en un Cané, a la percepción del más ligero matiz parisiense". (*Los que pasaban*, pág. 194. Buenos Aires, 1919).

en burla, los tres últimos versos de la consabida estrofa de Iriarte:

Y rabie Garcilaso en hora buena.
Que si él hablaba lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.

—*C'est mon secrétaire!* Dichosa suerte la suya, el llevarse ese secretario, tan joven, agradable y leído. Se llama Martín García Mérou. Entró en "La Nación" como corrector de pruebas en cuya mesa el general Mitre solía sentarse para dejar sus editoriales; cronista, poeta, evocador del tiempo pasado, daríase el placer de recordar en qué circunstancias conoció a Miguel Cané.

"Un día Manuel Láinez me preguntó a boca de jarro: —¿Tiene usted ganas de hacer un viaje largo e interesante? A los diez y ocho años puede comprenderse fácilmente cuál sería mi respuesta. —Perfectamente —me dijo Láinez; y al día siguiente recibí una cartita del Dr. Miguel Cané, que tengo delante de mi vista, en la cual me invitaba para ir a su casa a hablar con él. Así lo hice; nos pusimos fácilmente de acuerdo y un mes después, nombrado su secretario, en la misión diplomática que se le confió en Venezuela y Colombia partimos juntos a ocupar nuestro puesto. Decididamente, el destino se empeñaba en facilitarme la vía literaria".²

Muchos días tienen por delante para conocerse mutua e íntimamente. Me sospecho que el secretario, sin el requerimiento de ser profundo psicólogo, no tarda en percibir la idiosincrasia del ministro tal cual ella es. Apenas transcurre el primer día, siente Cané la invasión del barco y el heterogéneo contingente humano que lleva en sus entrañas. ¡Qué microcosmos el de la casa flotante! Por la cubierta de paseo desfilan las más extrañas criaturas, las mismas que vemos pasar a nuestra vera como sombras por las calles de la ciudad sin reparar en su existencia. Pero aquí dejan de ser sombras; recobran su encarnadura y calor animal e imponen, grandes o pequeños, los datos de sus características físicas y morales. Son hombres, son mujeres, son niños, con todo cuanto la Naturaleza les ha dado o negado. Como sello indeleble llevan en la fisonomía la textura vocacional. Este es el *homo economicus* con tienda de mercader en la judería. Y este tal otra cosa. Y el de más

² MARTÍN GARCÍA MÉROU: *Recuerdos literarios*, pág. 343. (La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1915).

allá es algo visible pero inconfesable. Cané los observa e individualiza según van “formándose los grupos por una ley de afinidad natural”. Es claro. Lo semejante busca y encuentra lo semejante. Simultáneamente *La Gironde* hace gala de sus atributos: “...el olor de brea, estopa, aceite, carbón y cocina, empieze a penetrar todo, a fijarse en el olfato y a producir aquella sensación de disgusto físico a que está sujeto todo hombre delicado a bordo, aunque no se maree”.

¡Barcos de 1880 donde toda incomodidad tiene su asiento! Nuevo Segismundo sin Rosaura a quien confiarle sus plañideras quejas, Cané toma la pluma y escribe aquella página que causa enojos a los amantes del mar:

“No amo el mar; considero una travesía como una amarga píldora que es indispensable tragar para recuperar la salud. He pasado casi un año de mi vida embarcado y salvo las primeras impresiones del océano, en su calma solemne algunas veces, otras en su agitación salvaje, nunca he podido habituarme a su monotonía. Leo siempre con curiosa atención los himnos que el mar ha inspirado a los poetas; casi nunca he encontrado la nota de un sentimiento positivo, de un entusiasmo real. El mar es un blanco de tiros retóricos, un asunto que se trabaja fríamente. Nadie a bordo, ni aun en el primer viaje, acaba de llenar la primera hoja del libro de apuntes. Reina un fastidio supremo, invencible, un ansia de tierra que no cede a la razón, una irritabilidad nerviosa que agría el carácter, un cansancio de los aspectos diarios, de las caras vistas a cada momento, un abatimiento tan completo, en fin, que se necesita un organismo especial para sobrellevar esa vida ingrata”.³

Puede uno cambiar de paisaje a voluntad, mas no de temperamento; a éste le llevamos intacto donde quiera que vayamos. Dos errores se desprenden diáfananamente de la página transcrita: el primero consiste en atribuirle al mar el sentimiento que el viajero lleva dentro de sí. Que el paisaje es un estado de alma, o un instante de nuestra alma, bien lo sabe y tiene experimentado el egocéntrico Amiel. El segundo error reside en el juicio rotundo, propio de la generalización absoluta: *nadie*. ¡Si no hay dos hombres iguales que experimenten sensaciones por entero afines! Tengo realizados en mi vida tal vez el triple de los viajes marinos que detalla el autor de JUVENILIA y en ellos llevo vistos los más dispares tipos psico-

³ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. I.

lógicos: los Cané y los anti-Cané; los que todo lo hallan malo y los que todo les parece bueno o indiferente. El placer que causan los desembarcos, eso sí, no lo desconocen ni lo niegan los que más a gusto se sienten mientras navegan, pues somos hijos de la tierra que, desde que nacemos, como buena madre, no deja de llamarnos a su seno...

Para Cané la travesía es una amarga e indispensable píldora con la cual recupera la salud resplandeciente en no pocas páginas, sobre todo cuando describe alguna llegada a puerto, comienzo de vida libre y múltiple. ¡Cómo regusta el paisaje carioca, la placidez de Petrópolis, el "silencio delicioso" de Tijuca!

"No llega allí ruido humano, y esa calma callada hace que el corazón busque instintivamente algo que allí falta: el espíritu simpático que goce a la par nuestra, la voz que acaricie el oído con su timbre delicado, la cabeza querida que busque en nuestro seno un refugio contra la melancolía íntima de la soledad..."⁴

Trasmite la exuberancia del paisaje con pluma notoriamente más firme y dueña de sí misma. Se ha enriquecido la paleta. La subjetividad es más densa y mayor latitud abarca la mirada escrutadora de belleza. Han discurrido ya once años desde aquel su periplo primigenio cuando a la busca de mundo placíale borrar cuartillas de colegial para evitar que se volatilizaran las emociones que le asaltaban en tropel. Entonces la pluma obedecía al impulso de ver y vivir, de amar y triunfar. El impulso ahora es deseo reflexivo de trascender en lo que ve, y de amar todo lo más que pueda, aunque, harto lo sabe, nunca viene solo el amor...

¡Proa al Norte! Orden, afirmación y esperanza en la pluma del viajero. *La Gironde* avanza sobre el mar tranquilo, bajo cielos serenos. Hermosas noches de luna en llegando a los trópicos. Soledad, silencio sólo interrumpido con las vibraciones mecánicas de la embarcación. De pronto cantan los marineros... Y los demás, cada uno en lo suyo, el oficial de guardia en el puente, los buscadores de estrellas y los que siguen la trayectoria de un meteoro, los que juegan y beben en el bar, la señora sin oído que hace "rechinar un piano agrio y destemplado", la "sonora y brutal carcajada" del que despluma a otro en el juego... El que se aburre porque le falta mujer... La que lee dos novelas por día... Los que pasan arrojando chispas de las pipas "encendidas como hogueras"... Lo de

⁴ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, I.

todos los barcos y travesías oceánicas... Lo de ayer, como lo de hoy y lo de mañana. Después del hórrido y tórrido Senegal, Lisboa, puerta de Europa, siempre *boa*. “¡Salud al Tajo *medioevale*! ¡Qué orillas encantadas!” Por quinta vez saluda la torre de Belén, filigranada, “esbelta, transparente, impalpable”. Elogio de los algarves portugueses... Superioridad de los árabes constructores de la Alhambra y el Generalife... Inferioridad de Regent Street y de la avenida de la Ópera... Vejez y decadencia de Portugal. ¿Quién lee a Camoens? En fin, el golfo de Vizcaya, esta vez inofensivo, amable, porque los violentos saben regalar intervalos de cordialidad. Por último, Paulliac, Francia, es decir, euforia del ministro, exaltación del joven secretario, de quien su jefe no ha dicho una palabra a lo largo del viaje, como si lo hubiese hecho solo y sin cambiar palabra con nadie. ¿Sin hablar? No es fácil de creer... Estrecha las manos de las señoras y de algunos oficiales de *La Gironde* cuyo trato lo ha “indemnizado de la educación del comandante...” *Et en route vers Bordeaux*.

Euforia es la que Francia infunde a los que de mozos han vivido en su ámbito espiritual, cuando Francia era Francia, antes de la primera guerra y de la humillación de la segunda. ¡Fuera las ideas sombrías no bien asentamos las plantas en tierra bordelesa de filósofos e insignes tragaldabas! Aguardan las mesas de copiosos manjares, dignas del maestro Alcofibras, sutil extractor de quintaesencia. Y los vinos generosos, y a las veces turbadores: Chateaux-Laffite, Margaux, Haut-Brion...

“Una alegría inmensa nos domina. Va a mi lado mi joven secretario y en sus ojos llenos de movimiento, en la expresión de su cara, leo como en un libro abierto las ideas que cruzan su cabecita de poeta y las esperanzas que cantan en su alma de adolescente. ¡Así crucé la Gironde ahora diez años, así salté en suelo europeo, con el alma liviana, la sangre encendida, los nervios excitados, soñando en mujeres, cuadros, música, viajes y aventuras! Así...”⁵

La exultante alegría, que “presagia cuentas robustas”, cautiva al propietario del hotel, eximio catador de vinos y de parroquianos. Adelántase el diestro con la Diva Botella rabeliana en mano y se la ofrece a Cané con el siguiente ruego:

—*Monsieur, je serai très honoré si vous voulez bien, ainsi que ces messieurs, dire un mot en particulier à ce petit*

⁵ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, I.

vin, dont j'ai connaissance il y a dix ans et que je conserve dans ma cave depuis ce temps, pour avoir l'honneur de l'offrir a mes hôtes les plus distingués.

El vino perfuma y brilla cual ópalo encarnado en las copas. Hace gala Cané de su ciencia y experiencia en la materia: "es delicioso, un *premier cru*, de un año selecto. El *bouquet* es tenue, pero tiene carácter personal; cuerpo mediano, en ningún caso débil". Vale la pena de seguir sin mayor peligro: "A las dos botellas de obsequio, suceden seis con cargo". Y el resto: "un café inefable" y "un Hoyo de Monterrey, hijo de esa eterna boda pagana de la tierra de Cuba con el sol de los trópicos", les da "nubes perfumadas para envolver los recuerdos que persisten en recorrer la estela que ha trazado el barco desde el Plata a la Gironde".

En la hora de la reconciliación con la vida, fuera de mal gusto memorar las invectivas contra la líquida llanura del mar, contra los poetas que cantan su grandiosa hermosura, contra las inevitables miserias de la vida en común, y las cosas desagradables que nos salen al paso: el olor a brea, aceite y carbón, el "imbécil" que se marea, las sábanas cortas... ¿Para qué? si las emociones tienen vida tan exigua en el espíritu y se suceden las unas a las otras dejando tan sólo la huella de la última... Recoge a manos llenas recompensas sin cuento, cual las de Ulises en llegando a su bien amada Itaka. ¡Afortunado tú, oh hijo de la buena Suerte que hoy celebras con prudentes libaciones porque te regala lo que más deseabas, ancha cama y sábanas de suave y fresco hilo! No te arrepientas de la hora henchida de gozo que ahora disfrutas y, sobre todo, nunca reniegues de ella...⁶

⁶ Me valgo de la primera edición de *En viaje*, la cual difiere notablemente de la segunda, expurgada por Cané de lo más movido, substancial y sabroso, en confidencias y juicios. En mala hora —de la declinación, sin duda— suprime las páginas que le presentan como hombre de carne y hueso, bien humorado o sombrío, según los momentos de su vida cambiante y apasionada. Cuando supone haber alcanzado la serenidad, le disgusta su otro yo, muerto en él, porque llevamos muchos muertos en nosotros mismos, pero vivo y muy suelto de cuerpo en el libro que Roberto F. Giusti considera digno de los *Viajes* de Sarmiento. Cané cede a las críticas y convencionalismos que de mozo desdénaba airosamente. Error. Al mutilar la obra, desciende al nivel de los escritores conformistas y asustadizos del qué dirán. Pero, *quod scripsi, scripsi*.

ENCANTO DE FRANCIA

De lo que no se queja es del ferrocarril, y vaya si tiene sus cosillas que justifican el desagrado. Mas, un tren que va, camino de París, no tolera críticas prosaicas, observaciones menudas. ¡Cuántos tontos van en el expreso que conduce a Lutecia sin molestar los nervios de Cané! Algo subraya, sin embargo, la dificultad para gustar del paisaje y penetrar en él para vivirlo intensamente. Añora las andanzas de su padre que recorrió el Mediodía de Francia e Italia “en una pequeña calesa, proveyéndose de caballos en las postas”. Y recuerda a su tío, el coronel don Antonio Cané que después de acompañar los restos de Lavalle hasta la frontera de Bolivia, tomó una mula y en ocho meses atravesó el Brasil de Oeste a Este llegando a Río de Janeiro después de haber recorrido seiscientas leguas... Prosapia de trotamundos es la suya.

Encanto de Francia y de los nombres evocadores: Angulema, donde Margarita de Navarra escribe el *Heptamerón*; la picaresca, dulce y a la vez triste Margarita que se rodea de poetas en líricas veladas para vencer lo invencible, pues, según ella, “el hastío es propio de toda alma bien nacida”. Sigue Poitiers con sus poitevinos hazañosos. Luego Tours y la dulce comarca de pingües tierras, la “bendita Turena” con reminiscencias de Ronsard, y con castillos —Chatellerault, Amboise, Blois— que hoy iluminan no bien anochece para que surjan de la historia a nueva existencia, la de los turistas en caravana noctámbula. Después Orleans y la Doncella abriendo brechas en la muralla. Fontainebleau y su selva. Maintenon y la dama de Luis XIV. En fin, París, que siempre vale una misa de cualquier dogma que nos la imponga. (Y dicho sea con la rapidez del tren cuya velocidad le arranca exclamaciones al viajero porteño: no fué Enrique IV quien dijo la frase, sino Sully: *París vaux une bien messe*. Fué Sully que dijo lo que Enrique IV pensaba, sentía y estaba pronto a consentir).

Cané no se acompaña de Montaigne. Lleva en sus maletas a Shakespeare, el mundo y sus abismos, y a Dickens, el corazón y sus ternuras. De raro en raro cita a Montaigne, una o dos veces, al parecer de prestado, porque lo intimida el francés arcaico, no más abrupto ni dificultoso que el arcaísmo shakespe-

reano. Por eso abro los *Ensayos* en un capítulo que se abre sólo de tan leído como le llevo. Es como el santo y seña para entrar en París sin aire de forastero:

“...nunca me sublevo tanto contra Francia, que no mire a París con buenos ojos. Esta ciudad alberga mi corazón desde mi infancia, y con ella me sucede lo que ocurre con las cosas excelentes: cuantas más poblaciones nuevas y hermosas veo después, más la hermosura de aquélla puede y gana en mi afección. La quiero por sí misma, y más en su ser natural que recargada de extraña pompa; la quiero tiernamente hasta con sus lunares y sus manchas. Yo no soy francés sino por esta gran ciudad... Mientras dure París, no me faltará un rincón donde dar rienda suelta a mis suspiros, sin tener que lamentarme de cualquier otro lugar de recogimiento”.⁷

¿Qué piensa hacer Cané en París? ¿Cuánto tiempo tiene dispuesto estarse en esta ciudad cuyo secular hechizo de centuria en centuria se renueva sin jamás venir a menos? Si todo se aja, si todo envejece, si todo muere, ¿cómo es que esta ciudad, ciudad-mujer universalmente apetecida, no acaba en un asilo de mendigos —crueldad ¡me aterras!— o en un museo de antigüedades? Dos mil años cuenta de existencia y está de fresca como una chiquilla guapa...

Cané no piensa en Venezuela, en Colombia ni en la guerra del Pacífico. Después de siete años de ausencia y como ave de paso, sólo desea vivir plenamente sus pocos días de París, sin interferencias extrañas, impertinentes. Mas he aquí que de pronto se pone serio. La euforia que le inundó en Burdeos sufre inesperado quebranto. La causa es que anda buscando dentro de sí mismo aquellos estremecimientos juveniles que le agitaban en 1870, “aquel vigor de ilusiones que me acompañaban cuatro años más tarde”. ¡Desencanto! Reconoce que todas las personas cambian, pero el primero que ha cambiado esta vez es París... Aparece de nuevo el psicólogo deficiente. Él es el que ha cambiado por la simplísima razón de que ha vivido. Y la vida es eso, mudanza perenne. Guay del que hoy es como ayer, del que piensa y siente como diez años atrás; con seguridad que ha vivido, pensado y sentido precariamente. Lámentase de no encontrar lo que antes hallaba, en los postreros meses del Imperio; “el aspecto mundano de la ciudad” y

⁷ MONTAIGNE: *Ensayos*, III, 9.

“aquella atmósfera selecta” le parece que han desaparecido. Advierte: “No moralizo; observo como artista”. En las calles, en el Bosque, en los teatros, en todas partes, pasea e impera una *bourgeoisie écoeurante*. La observación es justa. Hay más gente, y más gente burguesa. Hay más multitud, y multitud avasalladora. Lo que no es exacto es la data reciente del fenómeno político-social cuya transcendencia percibe por su magnitud. Desde medio siglo atrás, tal vez desde fines del siglo XVIII, la burguesía toma cuerpo, se extiende, avanza y desemboca en las modernas multitudes que gobiernan o para las cuales se gobierna, con exclusión de toda otra clase social, hasta de la burguesía, en acelerado proceso de sofocación y decadencia. La marea alta de las masas rebeldes, Cané la verá de frente más tarde, cuando retorne a Europa, no ya como ave de paso, sino con permanencia estable y prolongada. Entonces aquilatará el fenómeno en sus verdaderas dimensiones. Las clases sociales definitivamente asentadas, según los ideólogos del liberalismo, se disgregan vencidas por la masa, ayer proletaria, hoy dirigente y turbadora. El lema liberal: *laissez faire, laissez passer*, se cumple. En efecto, dejan hacer, dejan pasar, y también pasan ellos.

Cané distingue signos premonitores de anquilosamiento o declinación en Francia. El teatro, fuera de la Comedia Francesa, le parece deplorable. La Ópera sólo es buena por la orquesta, pero al finalizar el primer acto, huye, porque los quejidos de *Roberto* o de los *Hugonotes* le “parten el alma”. Se solaza con el *Tributo de Zamora*, *Cinq Mars* y *Polyeucte*. Presume que Gounod sigue las huellas de Musset, agotado a los treinta años. Por fortuna, Rosita Mauri, bailarina deliciosa, “joven española, con sangre árabe en las venas y fuego de infierno en los ojos”, le hace olvidar lo feo y venido a menos, porque le gusta el baile y encuentra arte “en un *entrechat* o en una *glissade* bien hecha”. Tiene razón. Entonces el corazón se le tranquiliza “y el espíritu no trabaja, como cuando se oye a esos imbéciles de Mozart o Weber”. ¡Con qué facilidad le sale de la pluma el grueso adjetivo y cómo se ve que el francés se le viene prontamente sin llamarlo! En este caso, es de gusto dudoso la ironía.⁸ Mal le quedan los desplantes verbales de los que se arrepiente cuando pone la cabeza sobre la almohada, tarde ya, pues, como lo advierte el Gringo, con “las palabras irreparables”, una vez dichas, nada puede hacerse, aunque las quite en la edición futura. En el Teatro Francés le

⁸ Esta página bravía no aparece en la segunda edición.

espera su "viejo amigo que nunca falta a la cita y que cada día tiene un encanto nuevo". Molière le hace recordar lo que olvidamos demasiado. Bien lo dice Cané: "¡Oh! si lo supiéramos todos de memoria y lo tomáramos por guía de la vida ¡cuántos ridículos menos, mis amigos!"

Le quedan pocos días y es necesario aprovecharlos de la mejor manera. Es imperioso ver las cosas más familiares porque la segunda o tercera vez siempre captamos un matiz no distinguido en la primera. Almuerzos, paseos, excursiones, *un peu partout*. Y luego "a escribir y leer un rato". Descubre lo que antes no imaginara; momentos de fastidio "en pleno París", "ni más ni menos que en alta mar o en las capitales hermanas de la América del Sur". Y también descubre que la lectura es el mejor antídoto contra el fastidio... Dígaselo a Montesquieu y espere la respuesta, que no se la negará:

L'étude a été pour moi le souverain remède contre les dégoûts de la vie, n'ayant jamais eu de chagrin qu'une heure de lecture n'ait dissipé.

Es extraordinaria la estructura psico-fisiológica de Montesquieu. Nada más que una hora de lectura... Si en nosotros mismos no hay un rincón de utopía, debemos buscarlo fuera de nosotros. A pocos pasos está el Louvre. Los viejos amigos queridos esperan dulce, pacientemente:

"...para recibiros, toman la sonrisa de la Gioconda, se envuelven en los tules luminosos de la Concepción, o despojándose de sus ropas, ostentan las carnes deslumbrantes de Rubens. Al Louvre, al Luxemburgo; un día al mármol, otro al color; un día a la Grecia, otro al Renacimiento, otro a nuestro siglo soberbio. Pero lentamente, mis amigos... Dulce, suavemente; ¿te gusta un cuadro? Nadie te apura; gozarás más confundiendo voluptuosamente tus ojos en sus líneas y color, que en la frenética y bulliciosa carrera que te impone el guía de una sala a otra".

Continúa la lección sobre la mejor manera de visitar el museo, de admirar el cuadro y el mármol que prefieres. Es la salud, la dicha, la sublimación de los sentidos por obra y gracia del arte liberador porque supera lo existente y cotidiano. Cané quiere más y va lejos en la exigencia; quiere algo que

aventaje la plasticidad visible y tangible, y penetre a lo más hondo de su ser en ondas invisibles, intangibles, de magia creadora. Es la música:

“...que abre horizontes infinitos, dibuja catedrales medievales, envuelve en nubes de blanca luz sideral, lleva en sus ondas invisibles mujeres de una belleza soñada, os convierte en héroes, trae lágrimas a los ojos, pensamientos serenos al cerebro, recorre, en fin, la gama entera e infinita de la imaginación...”

Como para seguir preguntando: ¿te gusta la política? A las dos de la tarde sesiona la Cámara y a las cuatro el Senado. En la primera preside Gambetta. Sólo eso justifica el acercarse al Palacio Borbón. ¡Gambetta! El espíritu se puebla de reminiscencias: la guerra, Sedán, Metz, caída de Napoleón el pequeño, el pequeñísimo, fuga de la emperatriz Eugenia, los alemanes en Versalles, la resistencia, el globo de Gambetta, París, el sitio, el hambre, la peste, la *Commune*, el fuego devorando las Tullerías, los comuneros derribando la columna de Vendôme, el espanto de las madres de Francia... Sería un error no acompañarle. El ex-diputado mira con ojos de lince y retiene con sagacidad el movimiento y colorido del cuadro. Luego redacta una sintética y excelente crónica parlamentaria el periodista nato, nervioso y chispeante que hay en él. La crónica del Senado vale la anterior. Con una frase da la sensación del ámbito y de su contenido vital: “Desde las altas tribunas, la Cámara parece un campo de nieve. Cabezas blancas por todas partes”. León Say preside “con su insoportable voz de tiple, gangosa y nasal. Ancianos que entran apoyándose en sus bastones y cuyos nombres vuelan por la barra... Bulliciosos también los viejecitos; los años no les pueden hacer olvidar que son franceses”. “El espectador tiene ganas de exclamar: *Fi donc, messieurs, á votre âge!*” Habla Jules Simon en defensa de la libertad de prensa, que desea amplia, sin atemorizarle la licencia. Replica Pelletan, el de *La Profesión de Fe del Siglo XIX* y *El Mundo en marcha*. ¿Quién lee hoy esos libros de títulos rimbombantes? ¿Dónde dar con ellos como no sea largándose hasta la biblioteca de Santa Genoveva para... mirarles las tapas? ¡Cuánto libro célebre e inútil en la décimonona centuria! ¡Cuánto libro inútil y célebre en lo que va de la media centuria discurrida! ¡Y continuamos escribiendo para lograr la fidelísima lectura de los insectos y de los roedores

laboriosos! Si bien se mira —he aquí el único consuelo y justificación— cada uno de los cientos de miles de libros que para el olvido se escriben, desempeñan la misma función social de los cientos de miles de hombres que pasaron, pasan y seguirán pasando por la vida como si nunca jamás hubieran vivido.

No sé a ciencia cierta cómo dispone Cané de una hora para leer todos los días si desde hora tempranera anda por *les Halles* que Zola describe en *Le Ventre de París*, y después por los bulevares exteriores, y a mediodía en el restaurante Bignon. *Et la suite*: Comedia Francesa, Cámara, Senado, comida en el Bosque, Opera, *ballet*, Rosita Mauri... Al día siguiente, 14 de julio, antes de las ocho de la mañana, en la tribuna diplomática de Longchamp a presenciar la revista militar. Llega la noche y anda todavía callejeando por entre la multitud; música popular, bailes, gritos, apretujamientos, insultos, cerveza que corre como agua... Cané vuelve a lucir las dotes de cronista, el quilate rey de su personalidad. Todo para él es motivo de crónica. La sesión anual del Instituto, por ejemplo, descríbela airosamente en tres páginas escasas sin la omisión de ningún detalle característico, inolvidable por lo importante. Esa tarde ve y escucha al hombre que más admira en el mundo de las letras, Renan, pronunciando el discurso sobre el premio Monthyon: "Hay un día en el año, señores, en que la virtud es recompensada". Un día en el año...

Admiración y buen humor. Cané, esbelto y fino a los treinta años, tiene la obsesión de los vientres dilatados. Gambetta, Renan... Día llegará en que ¿verdad?... Tristísimo día el de la obesidad inmodificable... Cané confiesa su veneración:

"Un vago enjambre de recuerdos viene a mi memoria y agita mi corazón. La influencia de aquel hombre sobre mis ideas juveniles, la transformación completa operada en mi ideal del arte literario por sus libros maravillosos, la música inefable de su prosa serena y radiante, sólo comparable a la de George Sand, aquella *Vida de Jesús*, libro demolidor que envuelve más poesía cristiana que los *Mártires* de Chateaubriand, libro de panegírico; sus narraciones de historias, sus fantasías, sus discursos filosóficos, toda su labor gigante, había formado en mi imaginación un físico característico. Ese hombre tan odiado, contra el cual truena la voz de millares de frailes, desde millares de púlpitos, debía tener algo del aspecto satánico de Dante cruzando solita-

rio y sombrío las calles de Ravena; alto, delgado, grave y severo, con ojos de mirar intenso, cuerpo consumido por la constante excitación intelectual... ¡Era un prior de convento del siglo xv el que hablaba!⁹

IV

MERRY ENGLAND

Urge el tiempo. Venezuela y Colombia continúan esperando al ministro argentino y a su secretario. Es verdad. Pero ¿y Londres? Cané no es capaz de sacrificar a Londres cuando le tiene a tan poca distancia, diez horas que como en vuelo salvan esos trenes velocísimos que le alucinan, como le deslumbran las iluminaciones de París a *giorno* gracias a “millares de picos de gas y haces de luz eléctrica”. Yo no sé en cuál de las dos ciudades se siente más a gusto, si en Londres o en París, con ser ambas muy distintas y reveladoras de dos espíritus antípodas. Ama a Inglaterra, y le sobran motivos para ello. Posee lo indispensable para penetrar, sondear y pulsar el alma de su *Merry England*, la de los cuentos de Chaucer: el idioma, y teme que esa purificadora alegría de la mujer de Bath y de sus acompañantes, haya desaparecido “bajo la atmósfera glacial de los puritanos”. No tanto. Keats todavía canta cuando desde Italia memora el verde claro de la campiña inglesa:

*Happy is England! I could be content
To see no other verdure than its own.*

Por segunda vez, cuando se aposenta Cané en la isla neblinosa, ha muerto un gran escritor. A los pocos días de llegar, en 1870, el amado Dickens; ahora, cuatro meses antes, Carlyle, el apocalíptico, que no es de su devoción. Otras son las emociones que vuelca en las crónicas, que no desatiende, pues le sirven de válvula de escape, como si fuesen, y lo son, el diario íntimo de su egolatría. Lo que le interesa es el *Covent Garden*, la última representación del *Demonio*, de Rubinstein, y, sobre todo, *Etoile du Nord*, por la Patti... Esto vale mucho más que el “insoportable” París con su *bourgeoisie ecoeurente*. En

⁹ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, II.

Londres los viajeros definen su personalidad al definir sus gustos. “¿Comer?” No tiene apetito. “Además, ¿quién piensa en comer en Inglaterra?” Nada es comparable a la sensación que le depara “un teatro inglés de gran tono”. Dejando a un lado las “teorías políticas”, dirá lo que para él significan buen tono y aristocracia:

“Amo las instituciones de mi país, creo sinceramente que, aun cuando por su naturaleza son de una dificultad indecible en su aplicación, son las que se acercan más al ideal de la felicidad y de la dignidad humanas. No soy sin embargo, un fanático y pienso que la monarquía, tal como se practica hoy en Inglaterra, en Italia, en Bélgica y España, puede ser un elemento de progreso, y está exenta del vejamen característico del viejo régimen. Además, digámoslo o no, el hecho innegable es que somos republicanos en la vida política, esencialmente aristocráticos en la vida social”.¹⁰

Lo presentíamos. El argentino de 1880 vive en la ficción democrática, histórica y crónica en Sud América donde los gobiernos con prioridad eligen lo que los pueblos votan obedientemente. Dice bien: la naturaleza de las instituciones democráticas hace que sea dificultosa su aplicación en nuestro país. Habría dicho mejor: en todos los países, aun en las monarquías que como la inglesa presumen de libres y democráticas. ¿En qué reside la dificultad? En ciertos casos, en la falta de educación política de los gobernantes y de los gobernados, y en todos los casos en el ilusorio espíritu de igualdad inexistente en la naturaleza. La fraternidad es otra ilusión. En dos mil años de cristianismo, el hombre no ama a su semejante como se ama a sí mismo. El *homo homini lupus*, apenas encubierto en la convivencia civil por temor a la represión penal, exhíbese en su más cruda desnudez en las guerras internacionales, las guerras civiles y las luchas electorales. Después de fabricar la bomba incendiaria de su *Contrato Social*, reconoce Juan Jacobo:

“S’il y avait un peuple de dieux, il se gouvernerait démocratiquement. Un gouvernement si parfait ne convient pas à des hommes” (III, 4).

Cané posee la virtuosidad romántica de tender puentes sobre abismos. Entre lo político, lo republicano (dogma de la soberanía popular), tiende su mágico puente a la hora que más

¹⁰ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, II, página suprimida en la segunda edición.

le agrada y pasa a la otra banda, lo social, lo selecto, lo aristocrático. De tal suerte construye una ciudad ideal, topográficamente semejante a Buda-Pest, dos en una y una en dos...

El año anterior había estado en Inglaterra Lucio V. López. Esa estancia, algo breve, permitióle escribir artículos considerados brillantes en su tiempo, y leibles aún hoy con interés y provecho.¹¹ La singularidad personal de entrambos amigos, salvo algunos rasgos diferenciales —que no son muchos— sería sorprendente si no fuese determinada por la época en que les tocó vivir. Tienen treinta años —¿con cuántos de lecturas bien asimiladas?— y se creen o se sienten hombres graves, profundos, de nutrida experiencia. Dijérase que andan empeñados en ocultar, disimular la preciosa primavera que los enciende y engalana. Mas lo único que no logran solapar es la pedantería jactanciosa, como es muy natural que así sea en el aprendizaje previo a la madurez. Llegan a cualquier parte captándolo todo de seguido, manual histórico y guía turística en mano. Antes de un mes conocen la sociedad inglesa, cual si hubiesen nacido en ella, la sociedad más hermética de cuantas en el mundo se conocen. A López le basta que un duque le invite a comer para discurrir con énfasis sobre la aristocracia. Cané, sin lord invitante, hace lo propio desde el vestíbulo y la sala de *Covent Garden*. De política hablan como maestros desde que concurren a la barra de la Cámara de los Comunes. Entretanto se les escapa el acontecer histórico, no tan silencioso, no tan invisible como pudiera suponerse, revolución político-social que está renovando la estructura inglesa de arriba abajo. Escritores de nombradía y vasta difusión la tienen anunciada. Carlyle ha descrito ya la miseria moral y material de la plebe. Stuart Mill (*On Liberty*, 1859), después de bregar por la liberación del individuo echa de ver que la libertad política no determina la independencia real, espiritual. La coacción física cede ante la opinión pública que se entroniza como “política moral”. “Especialmente en Inglaterra —agrega Mill— el yugo de la opinión pública es pesado, mientras que el yugo de la ley es más suave que en otros países. Un gran peligro se cierne aquí: es el dominio de la masa, de la mediocridad colectiva. La masa debe ser siempre dirigida, sin duda, por algunos individuos, pero lo malo es que toma con preferencia sus opiniones de hombres que no le son muy superiores”. Otro filósofo muy saboreado por la generación del 80, también ha

¹¹ LUCIO V. LÓPEZ: *Recuerdos de viaje*. (La Cultura Argentina. Buenos Aires, 1915).

denunciado a lo que fatalmente llevaría el Estado-Providencia, el Estado-Servicio Social: a la hipertrofia del Estado, con la sumisión absoluta del individuo —mero medio, no fin— a la comunidad. La esclavitud del porvenir es segura, vaticina Spencer por los mismos días que Cané se alela con el régimen parlamentario —¡ira de Sarmiento!— y la aristocracia de *Covent Garden*...

Como la mayor parte de los transeúntes con horas escasas, Cané en Londres es un observador cutáneo que juzga superficies, apariencias, sin percibir la decadencia interna velada por ciertas seductoras formas exteriores. Sirva de atenuante la dificultad grande que hay para ver, para vivir y desentrañar lo que se ve sin la necesaria permanencia. De seguro que Cané y su amigo López, otra Inglaterra muy distinta habrían descrito de haberse instalado en ella un par de años. Con el talento que a los dos distinguía, ¡qué sabrosas páginas no habrían escrito de la época victoriana, serena, pacata, aplanadora, devota del *cant*, huérfana de sentido estético, rica en ideas parásitas, tarda en comprender lo nuevo y urgente, por último, el ostracismo de los escritores:

“El mundo de la literatura, el de la ciencia y el de la filosofía, no sólo no se elevan a la altura del mundo político, sino que apenas existen en comparación con éste. No se le menciona en la prensa, no se intenta siquiera hacerlo. A tales periódicos, tales lectores”.¹²

El candor sube de punto cuando el cronista que anda de prisa juzga y generaliza el valor de los hombres políticos ingleses por una o dos figuras que se destacan sobre un fondo tan opaco que dificulta la individualización de lo que hay detrás. El pauperismo de valores auténticos lo reconoce Gladstone en su hermosa carta sobre Stuart Mill:

“...era un filósofo sin ser un extravagante. A mi juicio unía el sentido vigoroso y el tacto práctico del hombre de Estado con la elevada independencia del pensador solitario. No necesito decir que saludé con júbilo su aparición y deploré profundamente su desaparición, y eso por interés de la Cámara entera de los Comunes. Nos era saludable a todos. En todo partido, en toda tendencia política (debo confesarlo a disgusto), tales hombres son raros”.¹³

¹² W. BAGEHOT: *La Constitución inglesa*, cap. III.

¹³ S. GOMPERZ: *¡Adiós a John Stuart Mill!* (1888).

Cuando Cané sale de una crisis, entra en otra. Por esta época se le declara una crisis anti-poética difícil de prever en quien enfáticamente pregonaba, como reto a los prosaicos: "amamos los poetas", y en el hijo de aquel padre que de niño hacía recitar un soneto de Petrarca y leer "episodios enteros del Ariosto o de la *Jerusalem*".¹⁴ Lo que más sorprende son las razones que aventura para justificarla. Si cada edad tiene sus pasiones, la adolescencia sería la de los amores ideales y la de los poemas que se saben de memoria...:

"Más tarde, el gusto se hace difícil, las dificultades de la vida han muerto muchas ilusiones y la prosa límpida y clara empieza a dominar; luego se descuida la forma y se busca el pensamiento. Los versos a los treinta años, han perdido su encanto del pasado. ¡Oh, mis poetas queridos! ¡Cuánto tiempo que no hablo con vosotros! Es que, mis buenos amigos, no me decís ya nada. Suenan las rimas en mi oído como los cuentos de mi nodriza en la memoria... Veo la factura, el arte, el laborioso tesón, incompatible con el fuego sagrado. Luego, paréceme que para el pensamiento concreto, basta la prosa. Hay otro idioma para expresarnos las cosas vagas e indefinibles que el verso no alcanza en la limitación de sus medios".¹⁵

Las razones que da son tan livianas como las de Eduardo Wilde, ayuno de sentimiento poético, cuando polemiza con Pedro Goyena. En sus desventuras anda perdiendo la memoria. Aludo a la definición de su maestro Juan María Gutiérrez: "La lenta rémora del consonante, sazona, por decirlo, el pensamiento que busca una forma definitiva..." Y esta otra: "Al bregar con la rémora del consonante, saltan chispas de gracia, de novedad, de eficacia, que el prosador no habría hecho brotar en el camino llano de su pluma". Gutierrez sabía de Montaigne a quien se le debe la más exacta de las definiciones: "...como Cleantes opinaba, así como la voz encerrada en el estrecho tubo de una trompeta surge más agria y más fuerte, así entiendo yo que la sentencia comprimida por la poesía brota más bruscamente y me hiere con más viva sacudida". Wilde y Cané se merecen lo que agrega Montaigne: "Contamos con mayor número de poetas que de jueces e intérpretes

¹⁴ MIGUEL CANÉ: *Carta al general Mitre*. En *El Iniciador y la generación de 1837*. Estudio preliminar por Mariano de Vedia y Mitre, pág. 71. Buenos Aires, 1941.

¹⁵ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. III.

de la poesía; es más fácil producirla que conocerla" (*Ensayos*, 1.37). El estupor rebasa los límites de lo imaginable cuando Cané confiesa que su sensibilidad musical aumenta al paso que disminuye su sensibilidad para gustar de la poesía. Pero ¿qué es la poesía? En las palabras, ¿no percibe ninguna musicalidad el oído musical? Para todo hay tiempo. Cuando Verlaine triunfe de aquí a pocos años, tal vez reconozca, no lo aseguro, la polifonía total en los poemas de uno de los más grandes poetas de Francia:

*De la musique avant toute chose,
.....
De la musique encore et toujours!*

Pasemos... Hay que liar los bártulos, y partir.

V

HACIA LA MARTINICA

Últimos días de París. Piensa en lo que ha olvidado un poco con la agitación boulevardera y las veladas de *Covent Garden*: en Colombia, Venezuela; ¡el diluvio! Vacilaciones, temores bien fundados. Escríbele a Artayeta: "El 6 de agosto me embarco. En la Martinica, donde tengo que ir, mueren como moscas de la fiebre. Si escapamos, te escribiré de Colombia; si no, planta un cardo sobre mi tumba... Gracias, gracias, tres veces gracias". Un ex-ministro colombiano en París le manda decir desde Spa que de ninguna manera debe remontar el Magdalena en esa estación "porque es en extremo peligrosa esta navegación para el extranjero, a más de ser impracticable". Está decidido: "He contestado agradeciendo, pero me voy, aunque deje allí los huesos. No puedo ni debo estar más tiempo en Europa, y el poco que he pasado te aseguro que me pesa un tanto. Me embarco, y si realmente no puedo llegar a Bogotá, me meto en Caracas por la Guayra, donde espero que en el corto tiempo de permanencia, no me tomará la fiebre perenne que allí reina... Adelante con la cruz, sostenido por la esperanza de largarla pronto".

Por mucho que le enamore la Inglaterra victoriana, no influye mayormente en su carácter. La flema inglesa, la lentitud

para decidirse —en el fondo dificultad para comprender lo que conviene o no— el recato y economía de las palabras, no armonizan con la intemperancia verbal de Cané. Habla mucho, en veces demasiado. El consejo de Gracián: ser breve, no decirlo todo, es inmaridable con él. Nunca piensa dos veces lo que va a decir. De Lamartine, a quien ahora desdeña, puede adoptar el lema: dejo que las ideas piensen por mí. ¿Cómo explicar esa falta de medida? ¿Será un estado febril? El torrente palabrero suele preocuparle:

Miguel Cané a Bernabé Artayeta Castex:

“Perdóname si te aburro; pero no tengo libro de apuntes, no escribo ni quiero escribir nada para diarios y te confieso que en ciertos momentos me es necesario, cuestión de higiene mental, decir, hablar, contar lo que siento. Una mujer de mucho espíritu me decía que en esos momentos le hacía el efecto de un hombre inconsciente, dominado por una verbosidad curiosa, pero ajena a mi voluntad”.¹⁶

Concreta dos casos más de expansiones incontenibles en las que como nunca proliferan los gerundios: “...una noche, en el club, en el que los muchachos, Pinedo, Ugarte, etc., me pusieron sobre un tema que me arrastró... me detuve teniendo la garganta seca y con fiebre. Días pasados, saliendo de la Cámara de los Comunes, llevando del brazo a un joven César González... Creo que le hice la historia inglesa de medio siglo y le largué todo un artículo que tengo hace tiempo en la cabeza sobre la sociedad de Londres a fines del siglo pasado. Caminamos insensiblemente cuatro millas lo menos, cuando caí en que estaba “asoleando” a mi compañero...”

Un tercer caso más. En el tren que le conduce de París a Saint-Nazaire, mientras García Mérou duerme apaciblemente, Cané entabla “una charla de cuatro horas” con un anciano que el destino le depara de acompañante en el mismo vagón. Confiesa: “Me entró la embriaguez de la patria... Le hablé largamente sobre ella y era tal mi placer al encontrar en mi propia exposición legítimos motivos de orgullo, que debió tomar mi palabra un acento tan caluroso y comunicativo... A la una de la mañana el anciano descendió”.¹⁷ Como nunca es comprensible la exclamación de Cané después de escuchar en los Comunes un discurso de Gladstone: “¡ Oh!, ¡ la palabra! ¡ Sublime manifestación de la fuerza humana!...” Desde luego, el hom-

¹⁶ Carta inédita. CJA.

¹⁷ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. IV.

bre es un ser pensante y como tal necesita comunicar lo que piensa por medio de la palabra; pero cuando se abusa de ella vuélvese instrumento de tortura, azote de parlamentos, desdicha en la familia, desequilibrio en la amistad... Es riesgoso preguntar si hablará menos en tierras calientes. El largo viaje hasta la Guayra no es otra cosa que una charla ininterrumpida con el papel y con los pasajeros a bordo del *Ville de Brest*. El enemigo del mar realiza por primera vez un viaje agradable en un barco horrible. Describe minuciosamente todo lo que ve, hombres, costumbres, paisajes. Zurce amistad con los que pueden matarle el tedio de las horas: frailes trapistas, comerciantes, un poeta, marinos, diputados franceses de la Martinica; dos semanas en las que "la animación no desmayó un momento... y el buen humor supo convertir en motivo de broma hasta la detestable comida que se nos daba".

Bajo el sol inclemente del trópico, entre las imágenes queridas de la madre y de los hijos, surgen en el recuerdo los amigos lejanos. Y cuando el paisaje más deslumbrante y el libro más ameno nada pueden contra la fatiga y el sopor, toma la pluma y escribe cartas evocadoras. Se deja llevar por la imaginación y se ve con Casares galopando ambos por el "infinito piélago verde" de la Pampa:

"Miguel Cané a Vicente R. Casares. (A bordo del "Ville de Brest"):

"Pienso constantemente en ti, en tu espíritu aventurero, cuando me encuentro en estos mares imposibles, bajo este sol de fuego, en medio de tamarindos de troncos de diez metros, guayavos, mangos, etc. Si no hubiéramos perdido lamentablemente nuestra juventud, ¿qué viajes habríamos hecho por todos los mundos de Oriente y cuánto habríamos vivido! Mi empresa era más dura de lo que yo creía. He tenido que acudir a toda aquella fuerza de voluntad que te causaba admiración, por una nimiedad, ahora algunos años, una tarde que galopábamos desesperadamente en diez y ocho leguas de camino y bajo un aguacero terrible, antes de llegar a Chapalcofú. ¿Qué buen recuerdo, y a más querría pasar a tu lado una semana semejante! Me lo prometo a la vuelta; te pediré prestado a Hersilia y me llevarás a una estancia, como se lleva a los diplomáticos europeos viejos que se admiran de todo".¹⁸

¹⁸ Carta inédita. CVRC.

Después de tres días pasados en la Martinica, a pesar de la fiebre amarilla, llega, por fin, al deseado puerto de La Guayra, ciudad pequeña que, a lo lejos, "con sus cocoteros y palmas variadas, presenta un aspecto simpático a la mirada". Y la primera desilusión. No puede seguir viaje a Bogotá porque el río Magdalena, hermano del Manzanares en América, está pobre de agua en esa época del año. Tiene que elegir entre los mosquitos del Magdalena —fiebre segura— y Caracas, donde le aguarda el todo poderoso e "ilustre americano" Guzmán Blanco.

VII

EN VENEZUELA Y COLOMBIA

Para los lectores colombianos la figura intelectual de Cané, sus obras y los detalles de su vida hacen parte de la crónica nacional.

B. SANIN CANO

JORNADAS CARAQUEÑAS

AQUELLA cruz de que habla en carta amistosa, empieza a sentirla, sin que ningún Cireneo providencial lo libere de ella en el trayecto de La Guayra a Caracas, ciudad esta última que no será, a pesar de todo, el Monte Calvo. La verdad es que si el madero es pesado, a ratos olvídase de él. A medida que el carruaje asciende la montaña, el paisaje va mostrándose cada vez más fascinador. "Se sube, se baja, se vuelve a subir, y a cada momento una nueva perspectiva" se le presenta a la mirada. El coche "mortificante" no es para olvidado, pero las molestias traen consigo sus compensaciones. Después de seis horas de trajín, sano y salvo llega al delicioso valle "tantas veces regado por sangre y en cuyo seno" está Caracas, "la noble ciudad que fué cuna y es tumba de Bolívar".¹

Todo cuanto ve se le convierte en motivo de meditación histórica. ¿Los hombres forjan la historia o la historia los forja a ellos? La historia se refiere a lo acontecido, y cabe, según Hegel, reunir los acontecimientos de tal modo que nos representemos que lo sucedido está inmediatamente ante nosotros. Es lo que el viajero hace desde el primer día, sin buscar las causas y fundamentos de lo sucedido porque no viene a "descubrir eso que se llama historia pragmática". La experiencia nunca niega parte de su caudal, ni en las horas que se sospechan estériles; el espíritu silenciosamente penetra en la naturaleza de las cosas. ¿Cuántos gobernantes conocen a fondo la historia de la nación que gobiernan, y cuántos se saben la historia universal sin considerarla aislada de la propia, y sin estimar

¹ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. V.

mejor o peor la del vecino? Preguntas impertinentes en tierra venezolana, es decir, en tierra de pueblos hispano-americanos. Cada uno de estos pueblos tiene la presunción de ser el predilecto único de la gloria y el heroísmo. El más fecundo riego de proceridad les parece haberles caído del cielo sólo para ellos. Si hubiese tantos árboles como próceres, andaríamos necesitados de pampas, de estepas, de esteros...

Cané, que como todo americano genuino, ha sido educado con la mágica historia que agiganta hombres, amores y odios, tiene la dicha de leer y asimilar dos pasajes de los *Opúsculos* de Andrés Bello:

“No tenemos la menor inclinación a vituperar la conquista. Atroz o no atroz, a ella debemos el origen de nuestros derechos y de nuestra existencia, y mediante ella vino a nuestro suelo aquella parte de la civilización europea que pudo pasar por el tamiz de las preocupaciones y de la tiranía de España. Jamás un pueblo profundamente envilecido ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas. El que observe con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella, es cabalmente el elemento ibérico. Los capitanes y las legiones veteranas de la iberia transatlántica fueron vencidos por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua. La constancia española se ha estrellado contra sí misma”.

No fueron ojos filosóficos los que observaron la lucha separatista, mal llamada revolucionaria. Fueron ojos coléricos, almas inflamadas, plumas aceradas y parciales, precursoras de la anarquía que sobrevino cuando los hermanos, solos, quisieron encauzar la vida ajustándola a normas legales. Cané apostilla la página de Bello con un comentario digno de quien empieza a liberarse de la historia habitualmente desfigurada:

He ahí cómo debemos pensar respecto a la España, abandonando los temas retóricos, las declamaciones ampulosas sobre la tiranía de la metrópoli, sobre su absurdo sistema comercial, que le fué más perjudicial que a nosotros mismos, y recordando sólo que la historia humana gravita sobre la solidaridad humana. El pasado es una lección y no una fuente de eterno encono.²

² MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. V.

¿Cómo es Caracas? El viajero no ha tenido tiempo todavía para vagar por la ciudad y sus alrededores, mirando sin prisa lo que sale al paso, hombres, mujeres, niños, costumbres sociales y políticas, y las cosas al parecer inanimadas y reveladoras, sin embargo, del estrato que determina la psicología de todo pueblo. Ya lo dirá. Debe prepararse para su estreno diplomático. Para eso sí que muestra prisa. El ministro y el secretario andan a la busca de una casa que les permita vivir con el decoro que se merece la nación que representan.

Lo que hemos de hacer por primera vez, por grande que sea la destreza en el dominio de nuestros nervios, siempre es motivo de inquietud. ¿Cómo saldrá eso? ¿Cómo lo diremos? También preocupa lo fortuito, lo que no está dentro del radio de nuestra voluntad y capacidad. ¿Cómo nos acogerán? Cané ha descrito en páginas de indudable *sense of humour* —tal vez las mejores salidas de su pluma, con una perspectiva de cuatro lustros, lo cual es otra ventaja— los pormenores de la llegada y la visita harto tempranera que le hace el ministro de relaciones exteriores de Venezuela. No cabe glosarlas ni truncarlas. Deben leerse íntegramente para que no pierdan el sabor.³ El temple de Cané, cuando todavía no frisa con los treinta años, es por demás altivo, casi altanero, rasgo que sólo el tiempo le suaviza con buenas y reiteradas limaduras. Su primer encuentro con el general Guzmán Blanco es un desencuentro. El “ilustre americano”, título que se le ha extendido con sanción legislativa y que es obligatorio darle —tratamiento que el ministro argentino nunca le concede—, al día siguiente de llegar a Caracas le invita a su casa de campo, situada a dos horas de la ciudad. El coronel a quien Cané le entrega su tarjeta, se niega a recibirla porque a esa hora, las dos de la tarde, no es posible molestar a S. E. La descortesía del militar no le irrita, lo cual es a todas luces extraño, en un explosivo de su laya. Antes al contrario, resuelve volver a Caracas y en el trayecto se entrega a muy cuerdas reflexiones. ¿Por qué no franqueó las puertas a pesar de la negativa del coronel? Ese fué el primer impulso, pero....

“... el hecho es que me preocupaba enormemente la apreciación futura de mi conducta en Buenos Aires, cuando, a la noticia del incidente, dijeran los unos, con esa suave benevolencia que es el rasgo característico de mis congéneres: “¡es claro! de llegada se peleó con Guzmán Blanco! o esta

³ MIGUEL CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 176 y siguientes. Buenos Aires, 1903.

otra frase en caso contrario: de llegada hizo un barro aceptando en silencio una grosería de Guzmán Blanco!" Yo no quería ni pelear, ni aceptar groserías de nadie... Así que llegamos a Caracas, tomé la pluma y escribí una carta a mi amable ministro de relaciones exteriores..."

El presidente habría olvidado de dar la orden para que lo recibiesen en el acto, seguramente por el cúmulo de "apremiantes ocupaciones" que lo embargaban, pero como el ministro argentino también estaba acreditado en igual carácter en Colombia, "partiría a la mañana siguiente para La Guayra a tomar el vapor" que lo acercara a la ruta de su nuevo destino.

La carta produce el efecto previsible. Al día siguiente el "ilustre americano" visita al ministro argentino.

Las instrucciones de Cané, redactadas en tres extensos pliegos manuscritos, pueden resumirse de este modo:

"El objeto de la misión es poner en comunicación a aquellos pueblos americanos que, desde la emancipación hasta hoy, han permanecido separados por la distancia y la ausencia de intereses comunes inmediatos.

"El Ministro Argentino explorará cuidadosamente el estado de opinión de aquellos gobiernos respecto a la situación creada para las repúblicas del Perú y Bolivia por los sucesos de la guerra del Pacífico.

"La formación territorial de las diversas nacionalidades de la América del Sur, no tiene, ni puede tener otro fundamento que las delineaciones establecidas por la corona de España para el gobierno de estas regiones y las separaciones de territorios libremente consentidas por los pueblos para la formación de nuevos estados independientes. De estos antecedentes se desprenden los dos grandes principios que sirven de base al derecho público americano: el respeto al *uti possidetis* de 1810 y la declaración terminante de que en América no hay territorios *res nullius*.

"Sólo en el caso de encontrar analogía de ideas a este respecto y cuando a su juicio el éxito de un paso semejante esté asegurado, propondrá a los gobiernos de Venezuela y Colombia concertar una mediación esencialmente amistosa y pacífica, con esta república, con el Brasil y con los demás Estados que quieran asociarse.

"En el caso de recibir el Ministro argentino proposiciones de pactos o alianzas defensivas y ofensivas secretas, gene-

rales o especiales, contestará que la garantía de la paz de la América no radica en tal o cual sistema de alianzas, que excitan las desconfianzas y susceptibilidades internacionales sino en la aceptación leal y franca de los principios de derecho público ya mencionados.

“El Ministro argentino recordará que nuestras relaciones con el gobierno del Imperio del Brasil son amistosas y que por el momento no existe entre ambos países, sino una cuestión de límites, cuya solución se aproxima por las negociaciones ya entabladas al respecto.

“El Ministro argentino en Colombia y Venezuela hará conocer por todos los medios que estén a su alcance, la historia de nuestra cuestión con Chile, la política de agresión constante de éste, la prudencia y moderación del gobierno argentino. Su objeto debe ser hacer penetrar la convicción de que, en el caso fatal de una guerra, la República Argentina no sólo defenderá sus derechos, sino también los intereses americanos todos, amenazados por un pueblo agresivo.

“Si durante el curso de su misión la guerra estalla entre la República Argentina y Chile, lo que no es de esperar, procurará obtener de los gobiernos de Colombia o Venezuela, la prestación de aquellos servicios que juzgue necesarios, y la buena inteligencia de esta República con las de Colombia y Venezuela.

“El Ministro Argentino está autorizado para ofrecer sus buenos oficios y la mediación de su gobierno, en caso de que las cuestiones de límites pendientes entre los Estados Unidos de Colombia y la República de Venezuela hagan posible un rompimiento entre ambos países.

“En caso de un cambio violento de gobierno en Venezuela o Colombia, por revoluciones o crimen, el Ministro Argentino se limitará a acusar recibo de las comunicaciones que se le hagan al respecto, anunciando que pondrá en conocimiento de su gobierno los hechos ocurridos”.⁴

Como las instrucciones están redactadas de puño y letra de Miguel Cané, y en papel de borrador, dado el conocimiento del tema y lo por él actuado en el Perú, todo hace creer que son, en realidad, auto-instrucciones...

⁴ Documento inédito. AMC.

CON GUZMAN BLANCO

La recepción oficial se lleva a término de acuerdo con lo que prescribe el protocolo. Un par de discursos, breve en lo posible el de Cané: "...verdadero trabajo de benedictino para evitar la fraseología obligada de solidaridad americana, lazos indisolubles, comunidad de origen y otras paparruchas que han de concluir por cerrar herméticamente las puertas de la diplomacia, en tierra de Colón, a los hombres de buen gusto". Es el lugar común que tan a maravilla se ajusta con la mentalidad igualmente común de la mayor parte de las personas con que se hacen representar los gobiernos. Mas no sería eso lo más grave, pues, el lugar común por inocuo a nada compromete. Lo de temer es que el "enviado extraordinario", etc., entienda la diplomacia como derivado del servilismo, y la practique, so pretexto de habilidad, buenas maneras y modo seguro de obtener éxito en sus gestiones, poniéndose al servicio del gobernante ante el cual ha sido acreditado. Hemos visto en nuestros viajes, embajadores republicanos convertidos en obsecuentes voceros de Hitler o de Mussolini, y hemos oído de labios del último, como era de suponer, hirientes dictérios contra esa clase de personajes. Los consejos que da Cané, entre sarcasmos inolvidables, no rezan para los aludidos.

Lo que urge es ver cómo lleva a término Cané la misión que se le ha confiado en defensa de los dos grandes principios que sirven de base al derecho público americano. En una extensa nota fechada en Caracas el 6 de septiembre de 1881, le comunica al ministro de relaciones exteriores de la Argentina, doctor Bernardo de Irigoyen, lo que ya tiene visto, oído y conversado sobre el particular. La primera sorpresa agradable consiste en saber que el general Guzmán Blanco acepta el proyecto de mediación, pero... Nada puede hacerse sin hallar un obstáculo a la realización de lo que se desea. El presidente de Colombia, señor Rafael Núñez, quiere reunir en Panamá un Congreso interamericano con el propósito de que sea aceptado el arbitraje para todas las cuestiones que se susciten en lo futuro. El general Guzmán Blanco se niega a enviar un representante venezolano antes de que se pongan de acuerdo los gobiernos "sobre lo que ese Congreso debe y puede hacer en obsequio del Perú y Bolivia. El Presidente de Venezuela opina

que el objeto del Congreso, limitado a la aceptación del arbitraje, no responde a las necesidades actuales". Tiene, agrega Cané, las mismas ideas del gobierno argentino sobre la ampliación indispensable del programa del Congreso. El general Guzmán Blanco tiene redactada una carta para el señor Nuñez en la que "dibuja vagamente un plan de alianza entre Colombia, Venezuela, Ecuador, la República Argentina, Uruguay y Paraguay, contra los propósitos absorbentes de Chile, o más bien dicho, contra la alianza, para él indudable, de Chile con el Brasil". El ministro Cané le hace saber al Presidente de Venezuela, "cual era la idea del Gobierno Argentino al iniciar una mediación amistosa en los asuntos del Pacífico", sin "sentimientos hostiles hacia ninguna nación americana, ni para con el Brasil, ni aun para con Chile". Además, "era muy probable que el Gabinete Imperial mismo cooperara (a) esa acción bajo la forma indicada"; en tal caso "no había objeto de ningún género en eliminarlo". El representante argentino ha "notado en el general Guzmán Blanco una aversión profunda hacia Chile y el deseo de darle forma de cualquier manera. Mi tono, en la conversación, fué templado, tendiente siempre a calmar su excitación, en vez de aumentarla".

¿Qué es lo que piensa Cané de este Congreso de Panamá que no está, evidentemente, en sus planes?:

"Debo ahora, manifestar a V. E. mi poca esperanza en el éxito de ese consejo anfictiónico americano. Desde luego, V. E. conoce bien los antecedentes de los Congresos análogos, desde el celebrado por Bolívar al día siguiente de los esplendores de la emancipación, hasta el último que tuvo lugar en Lima. El Gobierno de Colombia ha olvidado que en éste, siendo representado nuestro país por el Señor Sarmiento, se celebraron varios tratados, entre otros uno de arbitraje obligatorio que posteriormente no obtuvieron de los gobiernos Sud-americanos ni aun los honores del canje. La idea del Presidente de Colombia, es, pues, tachada en estos países de meramente poética, como una alusión a las inclinaciones intelectuales de su autor, que, en realidad, ha mostrado durante su gobierno, más aptitudes en el metro y la rima que en el arte de gobernar".⁵

¿Se concibe en nuestros días un Presidente más diestro en rimas que en habilidad para guiar por recto sendero a sus compatriotas?

⁵ AMRE.

Cané sigue informando: "Aquí, el general Guzmán Blanco quisiera, no una mediación, sino una intervención, con la sanción de la fuerza como consecuencia, en caso de que Chile no aceptara la solución que propusieron los interventores". La mediación está amenazada de fracaso, no sólo por la sospechosa violencia verbal del dictador venezolano como por la inesperada actitud de Colombia "que acaba de ligarse con Chile" por un pacto de arbitraje en virtud del cual no dará un paso "que importara un acto de hostilidad". El ministro argentino ante esa difícil situación, no desmaya: "es necesario, dice, contener al uno, animar al otro, de manera a obtener un término medio. Repito que no desespero de arribar a ese resultado, sobre todo cuando mi acción no sea coartada por las dudas que me asaltan respecto a las ideas actuales de V. E. posteriores al tratado de límites, cuyas bases y alcance ignoro por completo. No tengo comunicaciones de ningún género y en Caracas no he podido encontrar un solo diario de Buenos Aires". No desespera, si bien todo conspira contra su iniciativa, y le sobran motivos para sorprenderse de la actitud de su propio gobierno que conversa con Chile sin informarle, como habría sido correcto hacerlo. Aunque no lo confiese, le asalta el dolor que inspira el espectáculo de la injusticia prepotente e impune. ¿Las naciones hermanas de América van a consentir el atentado de Chile contra el derecho público? ¿Van a permanecer silenciosas, sin un gesto, sin una palabra de airada protesta contra el despojo que ha de consumir el país que alardea de resolver por la fuerza sus problemas internos y externos? Cané arriesga en su nota al canciller argentino una declaración muy enérgica:

"La conducta de Chile, sobre todo sus pretensiones de conquista y la manera bárbara de hacer la guerra son enérgicamente condenadas por la opinión pública en estos países. Venezuela, que no debe temer nada por su posición misma, no se oculta absolutamente para manifestarla. No sucede lo mismo en Colombia, cuyo gobierno, en todo este asunto, observa una política que indudablemente no se inspira en el sentimiento público".⁶

El poeta que a esas horas preside la República de Colombia tiene otra suerte de inquietudes. Su pensamiento no vuela hacia el Perú y Bolivia sino hacia el Istmo de Panamá cuya

⁶ En esta misma nota Cané recuerda su misión extraoficial del año anterior. "Como en otra ocasión tuve el honor de informar al Gobierno, en noviembre de 1879, esto es, en medio de la guerra del Pacífico..."

soberanía peligra. ¿Con qué fuerzas cuenta Colombia para la defensa del Istmo? Cané responde: "Sin un solo buque para defenderlo y sin la posibilidad material de hacer llegar un solo hombre por tierra, hasta Panamá o Colón".

III

NACE "JUVENILIA"

Las notas emplean hasta dos meses en llegar a destino y la cancillería apenas se vale del telégrafo para enviarle instrucciones rápidas a su lejano plenipotenciario... Es de presumir el buen humor de Cané y la confianza en el éxito de las negociaciones. ¿No habría sido mejor quedarse en la Cámara de Diputados? El ministro y el joven secretario salen a pasear sus respectivas angustias por las calles de la ciudad, que recorren en todas direcciones, hasta que, fatigados, vuelven a la casa que la suerte les ha deparado después de mucho buscar; es "una buena, hermosa y cómoda casa, llena de luz, aire y árboles".⁷ Cané es hombre que siente el paisaje —con lo que demuestra la primacía del artista sobre el intelectual libresco— y en viéndole no sabe resistir al impulso de describirlo. Es lo primero que hace cuando se refugia en el ámbito claro y perfumado desde donde contempla el valle caraqueño. Son sus mejores horas las discurridas en aquel clima templado, suave, de constancia primaveral. Entonces se purifica de las notas diplomáticas dirigidas a la cancillería, tediosas y hechas a la pata llana. Busca y encuentra en la naturaleza el efecto sedante que reclaman los nervios en peligrosa tensión:

"El verde ondulante de los vastos plantíos de caña, claro y luminoso, contrasta con los reflejos intensos de los cafeales que crecen en la altura. Dos o tres imperceptibles hilos de agua cruzan la estrecha llanura, y aunque el corte de los cerros sobre el horizonte es algo monótono, hay tal profusión de árboles en sus declives, la baja vegetación es tan espesa y compacta, que la mirada encuentra siempre nuevas y agradables sensaciones ante el cuadro".⁸

⁷ MIGUEL CANÉ: *Prosa ligera*, págs. 192-193.

⁸ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. V.

En cambio, el otro paisaje, el humano, es triste y pobre. Calles estrechas y rectangulares, sin construcciones vastas y sólidas. Lo estrictamente elemental a causa de la tierra que tiembla "a cada borrasca que agita las venas de la montaña". A todo se habitúa el hombre, a la guerra y la peste, mas no a los sacudimientos terráqueos:

"Leía, tendido en un sofá de mi escritorio y en el momento en que García Mérou se inclinaba a mostrarme un pasaje del libro que recorría, se lo vi vacilar entre las manos, mientras sentía en todo mi cuerpo un estremecimiento curioso. Nos miramos un momento, sin comprender, el tiempo suficiente para que los techos, cayendo sobre nosotros, nos hubieran reducido a una forma meramente superficial. Cuando nos (apercibimos) que la tierra temblaba, corrimos, primero al jardín; pero venciendo la curiosidad, salimos a la calle y observamos a todo el mundo en las puertas de sus casas; caras llenas de espanto, gente que corría, mujeres arrodilladas, un pavor desatentado vibrando en la atmósfera. Una o dos paredes de nuestra casa se rajaron, y aunque sin peligro para nosotros, no así para aquellos que la habiten en el momento de la repetición del fenómeno".⁹

Hay, desde luego, cosas dignas de encomio a las que no les niega la generosidad del recuerdo. Pero... Habitado a la llanura, el horizonte montaños le apesadumbra. En cuanto a Caracas, que se extiende a los pies de El Calvario, cerro estratégico que determina el triunfo de los revolucionarios, despréndese de ella un algo indefinible; acaso sea la melancolía agria de las ciudades encajonadas, calladas, inexpresivas.¹⁰

Mientras escribe le viene al espíritu la visión de Buenos Aires. ¡Ah! todo lo que contiene su Buenos Aires! Repentinamente la conciencia le da un grito: "¿eres un patriota ridículo?" No cree que sus apreciaciones sean inspiradas por el *chauvinisme* "que ve la patria en el empedrado de una calle o en la cornisa de un templo". Nada de eso, si bien está convencido de "que no hay una sola ciudad en la América del Sud, que pueda compararse con Buenos Aires en vida, movimiento y esplendor. Es la única que tiene un aspecto esencialmente europeo". ¡Esplendor y aspecto europeo en la *Gran Aldea* de Lucio López! El Buenos Aires que a nosotros nos aterra pensar en

⁹ MIGUEL CANÉ: *En viaje*, cap. V.

¹⁰ Prefiere reservar esta vez la impresión que le causan las ciudades: "No he pensado un momento, ni pienso, en hacer la descripción de las ciudades que atravesé". *En Viaje*, cap. V.

Mi querido Miguel:

Te mando el primer ejemplar de mi libro, de la imprenta. Lo he escrito para publicar en tu libro, el mundo se ha caído. Amigos y enemigos, pero el mundo ha caído y de esta salida se han vendido 150 ejemplares. Ya lo habrán leído a esta fecha, todos los que se han interesado, ya te habrán convenido de lo que te decían: con tanto ruido, despendido, el libro es malo, hecho muy a ligera: era un gran programa, en un libro tan malo. Lo que me lo decían. Después me han escrito con severos comentarios, por lo que decías. Después, he dicho tus cosas en tus artículos, también e incluso. No he hecho un juicio. La Unión se ha decidido un artículo, de buena voluntad, de los saludos de la tentativa, la crítica la he hecho bien de bien; he despertado la curiosidad y me he favorecido la venta. Te envío uno de los mandados de tu artículo. Sol. Palstaff. Quisiera pronto, pero como estás lejos, le envié el primer ejemplar de este libro a la forma. No me desanimas; estoy haciendo otras y de ellas te habrás en mi próxima carta. Tuyo,

23 de Julio del 884

Lucio

Carta-dedicatoria a Miguel Cané de La Gran Aldea de Lucio V. López. (Imprenta de Martín Biedma, calle Belgrano 135 a 139. Buenos Aires, 1884). La dedicatoria impresa en la página que sigue, dice: A Miguel Cané, mi amigo y camarada, L. V. L.

él, es para Cané “un centro donde repercuten todas las cosas buenas y malas, donde se vive a prisa, donde se sufre y se goza, y donde sólo se fastidia el que quiere...” No me place porque no es verdad, o no es mi verdad. Prefiero la ruda franqueza unamunesca:

Bajo el cielo de la patria
os pudrís en un desierto.
Mientras yo vivo mi España
bajo la patria del cielo.

(*Cancionero*, 7-VIII-28).

Veamos cómo viven el ministro y su secretario, algo más que eso, el amigo con el amigo, en la casa espaciosa y soleada. García Mérou, cultor de remembranzas, abre la puerta para verlos en la intimidad:

“Nuestra permanencia en Venezuela no pasó de cuatro meses. Vivíamos juntos, entregados al trabajo intelectual, en una casita pintoresca, con un jardín bellísimo, lleno de plantas y árboles tropicales... Cuando comíamos solos, abatidos por aquella existencia sin atractivos, por la soledad y el alejamiento de la patria, absorbidos en pensamientos que en ninguno de nosotros tenían color de rosa, después de la frase obligada de saludo amistoso, nos sentábamos a la mesa cada uno con un libro por delante. Después, a los trabajos de la Legación y sobre todo a la lectura tenaz y a la producción literaria. Cané era en aquel tiempo uno de los lectores más formidables e incansables que conozco. Permanecía horas y horas, desde la mañana hasta la noche, con el libro en la mano, devorando volúmenes de crítica, de historia, de derecho político, de filosofía, de literatura. Entre mi provisión de libros, llevaba yo una escogida colección en la cual figuraban, Shakespeare, Dickens, Taine, Balzac, Schiller, Goethe, Heine, además de obras científicas que formaban la parte pesada del bagaje. Todas ellas fueron leídas o releídas por Cané, y alguno de esos libros, que han andado conmigo varios miles de leguas, conservan aún en sus páginas sus anotaciones de entonces. No quiero ser indiscreto; pero, hojeando estos días el tomo de *Les Moralistes français*, donde están, entre otras obras maestras, las *Máximas* de La Rochefoucauld, me llamó la atención la siguiente: *La faiblesse est le seul défaut que l'on ne saurait corriger*; a cuyo lado, de puño y letra de Cané, se encuentran las iniciales de nombre, inútil de pronunciar, pero a

quien le cae el sayo de perilla. En otra parte, después de esta sentencia: *S'il y a un amour pur et exempt du mélange de nos autres passions, c'est celui qui est caché au fond du coeur, et que nous ignorons nous mêmes...* —*Et encore!* dice el amargo comentario de Cané".¹¹

En la lista de autores citados por el memorialista, el menos avisado echa de ver que ni por acaso asoma un escritor en lengua castellana. Como sus padres y abuelos, ambos huyen de España y de lo español, incongruencia de tono mayor en quienes, una vez cerrado el libro, se ponen a llenar páginas en el idioma que menosprecian. ¿De dónde van a sacar vocabulario, sintaxis y matices genuinos para expresar con agilidad y exactitud lo que piensan? ¿Se concibe a un francés, inglés o italiano expulsando de su biblioteca las obras perdurables de su literatura? Confiesa Goethe que el alemán le basta para leer autores griegos y latinos... El absurdo desdén por la lengua heredada, trae consigo en países de aluvión, que se escriba y hable de tan desdichada manera, como si el castellano fuese un idioma extranjero mal aprendido y a punto de ser olvidado.

Contra el tedio, la lectura. ¿Y después? —porque la lectura requiere intervalos para proseguirla con eficacia. Escriben sin perder aliento, como si practicaran el consejo de Flaubert: *bu-vons de l'encre*, única embriaguez virtuosa para olvidar en ella el fastidio y las vulgaridades de lo cotidiano, capaces de ahogar a quien no se defiende. También necesitan una virtud heroica: la de saber vivir en la soledad sin perecer. ¿La poseen? Eso es ya demasiado exigir.

Todavía tiene algo más que decir el memorialista:

"En aquella época Cané escribió las resplandecientes escenas de JUVENILIA, que me envió algunos años más tarde, diciéndome en su dedicatoria: "Usted vió nacer estas páginas; hélas marchando en la vida. Van a usted con cariño; acójalas como un recuerdo de las negras horas pasadas". Sí, yo las vi escribir, día por día, en cuadernitos cuya fabricación era una de mis especialidades, y que se llenaban rápidamente, con la letra menuda, apretada e irregular de su autor. Algunas horas en que el *spleen* nos daba un respiro, me leía fragmentos de esas deliciosas reminiscencias de la vida estudiantil".¹²

¹¹ MARTÍN GARCÍA MÉROU: *Recuerdos Literarios*.

¹² GARCÍA MÉROU: *op. cit.*

De la embriaguez de tinta y soledad, y de la transfiguradora pasión porteña, nace JUVENILIA, escrita sin tachas ni enmiendas, velozmente, en un par de meses, tal vez en menos. Excelente oportunidad la de aquellas horas que era premioso llenar, elevándose sobre sí mismo, para rendirse al precepto que aún hoy pasma si alguien lo recuerda:

*Hâtez-vous lentement; et, sans perdre courage,
Vingt fois sur le métier remettez votre ouvrage.*

Fuera afrentarle el creer que desconoce la poética de Boileau. En más de una ocasión, oficiando de crítico y de maestro, deja oír recomendaciones de igual procedencia y con idéntica finalidad. ¿Por qué no las practica antes de encarecerlas a los demás? Nervioso, vehemente, deprimido con la vida breve y la ansiedad de placeres que le huyen, no se marida su temperamento con lo que a primera vista suena a paradoja: ¡apurrarse con lentitud! Además, para rehacer hasta veinte veces una página, para pulir y tornar a pulir una frase, para agregar de raro en raro y quitar a menudo, requiérese la vocación benedictina del estilo que pocos poseen y no sirven de mucho sin talento literario. El precepto de Boileau tampoco armoniza con la efervescencia dinámica del articulista y el conversador. En la tertulia ¿cuál sería el éxito de quien intentase hablar con el esmero del que retoca la frase? Cané es ambas cosas: articulista y conversador. Por eso en JUVENILIA hermana el tono de lo hablado, con el giro ágil, suelto, flúido, de lo que se escribe para ser impreso no bien concluído. Ninguno de los dos modos consubstanciales en la idiosincrasia de Cané, excluyen las cualidades primarias en todo buen relato evocativo: ternura, emoción recóndita, veracidad. Por ello es que las páginas de JUVENILIA no han sido barridas como hojas secas por el viento de la crítica más severa. El tiempo, demoledor sin entrañas, sigue respetando el desfile de sombras por los vetustos claustros del colegio que sólo existe espiritado gracias al destierro diplomático de Cané en Venezuela.

¡Conversar! ¡Charlar! Es Cané quien lo dice sin desmedro de su amor propio literario: "Es tiempo de dar fin a esta charla, que me ha hecho pasar dulcemente algunas horas de esta vida triste y monótona que llevo". Sus libros futuros también los charlará con la misma melancolía. No vaya a creerse —yo no lo creo— que este modo de conversar escribiendo, sea inferior al de escribir sin tono de plática, ni huella de personalidad parlera; antes al contrario, es lo más difícil con aparien-

cia de fácil, de cosa que cualquiera puede intentar cuando le viene en gana. ¿Cuántos son capaces de darle a la pluma la expresiva llaneza que le infunde color y movimiento al diálogo entre dos amigos? Ahí están los clásicos ejemplos de las grandes obras habladas por Platón y Marco Tulio, Luciano y Erasmo, Juan de Valdés, Vives y Cervantes.

Cané desea escribir con sencillez porque le desagrada lo rimbombante y engolado. Y como piensa con giros de abolengo galicano —hábito característico en los hombres de su generación— se deja llevar por el relato sin los pruritos de casticidad que han de enrostrarle cuando le apliquen la censura gramatical a las páginas de su bien denominada JUVENILIA.

IV

EXEGESIS DEL TEDIO

Los días en Caracas no terminan nunca. Ansiedad. Temores. Toda suerte de temores y vacilaciones. ¿Cuándo le permitirán marcharse de la para él inhóspita Caracas? Aquilata los vacíos que hay en su vida, y padece, pues con nada logra colmarlos. Sin inquietud metafísica que le acucie acerca de nuestro destino, nada le dice lo sobrenatural, inexistente para los hombres de su linaje, desterrados del reino de la fe ingenua que no indaga el cómo y el por qué. Conoce la soledad del alma sin aliento divino. Se sabe un epicúreo a la busca del placer, breve, siempre breve, como la hora huidera que lo concede dejando tras ella la tristeza de lo fugaz.

Al año de 1881 pertenece lo mejor logrado y característico de Cané durante ese lapso de incertidumbres. Titúlase: *Tedium Vitae*. A modo de epígrafe lleva dos versos de Leopardi que anticipan el contenido de lo que campea en este ensayo sobre el fastidio:

*Amaro e noia
La vita, altro mai nulla...*

La tristeza sorda de los meses caraqueños le mueve a indagar en el tiempo quiénes padecieron de la dolencia que a él le aqueja, psíquico legado del otro Miguel Cané, su padre, el peregrino sin sosiego por antonomasia. Pretérta empresa, la de

buscar consuelo sabiendo que otros fueron igual o aventajadamente desdichados. Tarea humanísima, útil y compensadora, porque la soledad se vuelve más llevadera si hacemos entrar en ella almas afines que nos precedieron en afanes desesperados y a las veces vencidos, siempre que uno no se complazca mucho en la compañía de Leopardi... A Cané parece guiarle la Rosaura calderoniana: "Sólo diré que a esta parte—Hoy el cielo me ha guiado—Para haberme consolado.—Si consuelo puede ser—Del que es desdichado, ver—Otro que es más desdichado".

¿Qué es lo que entiende Cané por fastidio o tedio vital? ¿Cómo lo define? El que sufre una dolencia física localiza el dolor que le atormenta: me duele aquí —dice, pero al que padece un estado depresivo le faltan las palabras apropiadas para expresar, porque tampoco lo sabe, en qué parte del alma se le aposenta su angustia. Es lo que no se le oculta a Cané y a sus hermanos en *vita noisa*...: el "que es presa del fastidio, jamás conseguirá encontrar el medio de reflejar, de una manera viva, esa sensación inquieta, tenaz, persistente que lo oprime" (*Charlas literarias*). Mas por notoria que sea la dificultad, no renuncia a definir el fastidio, o su fastidio, para lo cual emprende una excursión por la historia, las religiones, la poesía, la filosofía, los tratados morales, y en todos los ámbitos halla su desolador imperio y sus víctimas expiatorias. Le parece que la existencia de los místicos es abrumadoramente monótona y, sin embargo, nada los fastidia: "Absorbidos en una meditación profunda y constante, desprendida el alma de las mil pequeñas vinculaciones de la vida social, el tiempo corría sobre ellos insensible y sereno". ¿Insensibles? ¡No! La sensibilidad del místico sobrepasa todas las otras, y ninguna como ella percibe mejor la lentitud del tiempo para que el alma se desprenda de su envoltura corpórea. La lentitud del tiempo terrenal enloquece a Santa Catalina de Sena que gime en demanda de eternidad: *Chi mi dissolverebbe dal corpo mio? Io desidero d'essere sciolta dal corpo ed essere con Cristo*. Pareja impaciencia sin reposo atormenta a San Pablo y a Santa Teresa de Jesús.

En su exégesis del fastidio, Cané hace una cita de Pascal acerca de las diversiones del hombre. Pascal no es autor que admite acercamiento si se carece de inquietud metafísica. ¿Acaso no le desconocen y se aterrorizan los que pretenden haber llegado a la suma de la misticidad como Paul Claudel? "Uno de los espíritus más intensos que hayan aparecido sobre la tierra, un fenómeno de claridad y amplitud" —dice hermosamente

Cané, pero a renglón seguido desluzce el juicio estimativo: "caído, en el vigor de la edad viril, en las estrechas sombras de una monomanía mística". ¿Qué puede comportar el cilicio si no le disminuye la claridad y amplitud del pensamiento? De frecuentarle con menos prevención y mayor celo, habría encontrado lo que en vano busca, la definición acabada, perfecta de su aburrimiento, y de cuantos no atinan a explicarse con la razón limitada el misterio del mundo. Supone que Pascal carga los acentos vejatorios contra la naturaleza del junco pensante tejida de pasiones que vuelven intolerable la humana convivencia. No, nada abulta, nada adultera el enfermo de infinito. El hombre es así, y ninguna religión ni filosofía lo cambiará en algo mejor de lo que es. Lo que más engrandece a Pascal, son los interrogantes que formula en sus soliloquios: "¿Qué es el hombre en la naturaleza? Una nada frente al infinito, un todo frente a la nada, un medio entre nada y todo... Igualmente incapaz de ver la nada de donde ha sido sacado y el infinito en que se halla sumido". Cuando uno se da a pensar en tales cosas, el tedio caraqueño no resiste a ninguna consideración. Pero de Pascal viene el buen y regenerador consejo que Cané recuerda: es necesario forjarse una pasión dominante que excite en nosotros el deseo, la cólera, la esperanza. Apostilla el lector tedioso: "He ahí una receta que salva el siglo XVII y llega a nuestros días. No hay otro remedio, y feliz el que lo encuentra". Dice bien, no hay otro remedio, pero no hay que buscarlo donde es inhallable. Deberemos ir adonde espera desde que nacemos: dentro de nosotros, nunca fuera. La Bruyère sale al paso y le repite la sentencia: "El fastidio ha entrado en el mundo debido a la pereza que en mucho es causa de la avidez con que los hombres buscan los placeres, el juego, la sociedad. El que ama el trabajo tiene bastante consigo mismo".

Cané contesta: "Sí, La Bruyère tiene razón, el trabajo es el gran antídoto; pero..." Sigue el pero inevitable en quien no quiere o no puede renunciar a los placeres que alejan del antídoto contra el fastidio: "pero pocos son los hombres que, sin el aguijón del deber, se levantan de la postración íntima y tienen la fuerza de liberarse por una labor ruda y perseverante".

Mala cosecha recoge en su periplo mental a lo largo de las obras de los grandes desencantados. No serán La Rochefoucauld, ni Chamfort, ni Leopardi, ni Schopenhauer los que le han de tender el puente que le permita pasar de la ribera del fastidio a la ribera de la acción continuada y fecunda. Mas nadie deja de ser lo que es. Cada cual busca el alimento que

apetece y es capaz de digerir. Genio y figura... Poco antes de terminar su pequeña y animada antología de máximas y reflexiones acerca de lo que paraliza la voluntad creadora, niega y olvida los lenitivos de Pascal y La Bruyère:

“No hay hombre, sin embargo, que nos haya dejado el remedio. El fastidio es la base suprema de la vida. Toma todas las formas posibles de concebir, se infiltra lentamente en el espíritu y los años lo van petrificando en el fondo del alma. Se lucha al principio, se yergue la cabeza, se buscan las agitaciones, los viajes; pero, huésped eterno, va dentro de nosotros donde nuestros pasos nos guíen”.

Sigue una página que impresiona por la sinceridad y la emoción que trasmite. Su vida no es dichosa en Caracas. ¿Lo será en Bogotá? Mucho me temo que los años le vayan petrificando su “egregio aburrimiento”. *Noia immortale!* de los insatisfechos perennes. Si hemos nacido así, con menudas variantes, así moriremos...

Deposita los libros en la estantería; encarpeta el artículo que acaba de terminar con tres versos de Leopardi no menos desoladores; se acerca a la ventana, mira hacia “El Calvario” que le parece su calvario. Vuelve a la mesa y escribe:

“*Miguel Cané a Bernabé Artayeta Castex*. Caracas, 23 de septiembre de 1881.

“Llevo la vida más triste y árida que es posible imaginar. He caído en un pueblo muerto, profundamente inhospitalario, en el que las mujeres se limitan a la función de hacer hijos y educarlos (*élever*, esto es, criarlos). No salgo para nada de mi casa y no puedo aprovechar en escribir mis largas horas de soledad, porque el fastidio, como es natural, me ha atrofiado el espíritu por completo. Puedo asegurarte que, si en breve soy nombrado para algún puesto en Europa, no lo habré robado; pocos o ninguno puede presentar una página de servicios tan dura como la mía. En cuanto al objeto de mi misión, en lo que a mí toca, no puede ser más satisfactorio, pues he conseguido ya en Venezuela lo que buscaba, y espero que obtendré igual éxito en Colombia; pero las instrucciones recibidas me atan las manos y pudiendo hacer algo bueno, positivo y eficaz, mi esfuerzo será esterilizado por la vaguedad misma del propósito, que nunca se traducirá en acción. Estoy como un hombre que, conociendo bien la esgrima, pasaría el día tirando mandobles, hábilmente dirigidos a fantasmas impal-

pables, en los que él mismo no cree, ni puede creer. Desde el *debut* de mi carrera, la frase gráfica se me viene a los labios: *chien de métier!*"¹³

Es justificada la queja contra las vagas instrucciones que alteran la finalidad de la misión. Ha tenido ya una sorpresa: el tratado de arbitraje de Colombia con Chile y pronto tendrá otra mayor con el acuerdo entre la Argentina y Chile sobre la espinosa cuestión de límites. Es por demás comprensible que proyecte al exterior el estado depresivo, la neurosis determinada, según él, por la ciudad inhóspita que le obliga a encerrarse y le impide escribir. García Mérou no habla de espíritu atrofiado ni atribuye al fastidio el que ambos no aprovechen escribiendo las "largas horas de soledad". Dice justamente lo contrario: que esa soledad es fecunda en lecturas y labor literaria. No son tan estériles las horas caraqueñas pues que remueven los recuerdos de mocedad y le permiten revivirlas en JUVENILIA. Queda por considerar la expresión francesa *chien de métier!* Si su Gobierno no le hubiese abandonado en lo que tanto ilusionaba —como le abandonó en Lima el año anterior— es posible que la pluma dijera algo más suave. Sin duda. El éxito atempera a los agresivos. Mas no quiere decir esto que sea Cané hombre nacido para la diplomacia. Ya debiéramos estar habituados a la falta de conformidad con cuanto el destino le depara. El periodismo es su vocación. Desde muchacho le han salido de la pluma innumerables artículos y crónicas. Las faenas del diario no tienen secretos para él; en todas ha puesto la mano, oscuras o brillantes, reportero de policía en *La Tribuna* y director en *El Nacional*. Pero diez años de periodismo, alternados con dos diputaciones, dos cátedras y la fugaz Dirección de Correos, si no le han secado el ingenio, le han hecho buscar una tregua renovadora. Muda de oficio y "la chicana política" le desmedra; a poco siente la náusea que provocan las actividades sin afinidad con la propia idiosincrasia. Tal vez esa náusea invencible le hiciera buscar en la diplomacia una salida temporaria, sin presentir los inconvenientes de la vida trivial y perezosa. El Ministro Cané —día llegará en que lo confiese— no bien viste el uniforme diplomático se desconoce a sí mismo... Le invade, sin ocultarla, la inquietud definida por Ortega y Gasset: cuando el individuo no llega al puesto por una necesidad interna, que lo va previniendo y como modelando para él, "súbitamente se encuentra dentro de él, como la cara en la careta".

¹³ Inédita. CJA.

EL DICTADOR FRENTE A SU ESTATUA

Nueve años más tarde recuerda los cuatro meses pasados en Caracas y no le parecen tan sombríos, ni tan pesada la soledad que arroja un saldo intelectual inesperado. A la ciudad melancólica le debe el libro que resiste a los embates del tiempo según se le ve airosamente en las letras argentinas. ¿Habría escrito *JUVENILIA* en Buenos Aires? Conjetura es negarlo o afirmarlo, pero nadie escapa a la manía de conjeturar. ¿Cómo y cuándo habría hecho aquí el venturoso libro? Tal vez dejado atrás el otoño, desdibujadas, destañadas las reminiscencias, sin el rocío de la nostalgia, cuando envueltas en crepúsculo nuestras vidas están a punto de caer en el gran silencio. Lo presumible es que, de nuevo en la vorágine política perdiera para siempre las lejanas y acariciadoras resonancias de su mejor edad. Sincero y modesto —su amor propio literario carece de patológica vanidad— explica el origen del libro:

“Lo confieso y lo afirmo con verdad: nunca pensé al trazar esos recuerdos de la vida del colegio en otra cosa que en matar largas horas de tristeza y soledad, de las muchas que me he pasado en el alejamiento de la patria, que es hoy la condición normal de mi existencia”.¹⁴

Es en el extranjero donde el desterrado voluntario escribe más y mejor. Busca con vehemencia la manera de acortar la enorme distancia que le separa de lo que ama y añora. ¿Cómo? Mediante artículos y dilatadas cartas que lo liberan de la ansiedad. Nadie como él para valorar lo dicho por Mme. de Staël: el exilio es una muerte en miniatura...

Cané se acredita de retratista con la semblanza de Guzmán Blanco. Lo que más resalta en las grandes líneas, es la fisonomía moral del dictador. A pesar suyo, tal vez, queriendo darnos la imagen del venezolano, superóse en el esfuerzo de penetración psicológica y trazó la semblanza del *Dictador* propiamente dicho, genérico, uno en el tiempo histórico:

“Cierta cultura nativa...; barniz de una sola capa de ilustración general; una colosal opinión de sí mismo, una

¹⁴ CANÉ: *Juvenilia*. Introducción.

soltura incomparable para resolver, en frases sentenciosas y estudiadas, los más arduos problemas sociales y políticos; teorías constitucionales abundantes, pero propias, exclusivas, que para nada tenían en cuenta ni la experiencia de la historia, ni las dificultades que el razonamiento podía oponerles. En política americana, árbitro, materia propia, dominio inenajenable, indivisible de su inteligencia. Heredero, continuador de Bolívar, no sin señalar con cierta expresión de respetuosa compasión, los errores cometidos por el Libertador. Un desprecio por los hombres análogo al que se le atribuye a Tarquino..."¹⁵

Como suele acontecer con los pintores, Cané acaba por tenerle simpatía a su modelo... Es curioso cómo les agrada a ciertos intelectuales el dictador de otra época y de otro pueblo. César, y su prodigiosa reencarnación, Napoleón Bonaparte, ¡cómo seduce con sus ejércitos avasalladores y con el esplendor de su corona imperial! Pero vivir, tolerar, padecer el despotismo en carne propia, eso ya es cosa distinta. Si no se prefiere el ostracismo, entonces sólo cabe la resignación en la oscuridad de un segundo plano, poco apetecible para los ambiciosos, y el recato, el silencio de la casa —silencio de casa mortuoria— en la que Tito Livio enjuga lágrimas escribiendo la historia de Roma. El retratista reconoce que "Guzmán Blanco ahogó la libertad, llenó sus arcas e hizo bajar el nivel moral del pueblo venezolano", pero, ¿qué importa si "dió diez años de paz a su patria y no derramó sangre"? Al "estudiante de retórica" que iguala la paz de Venezuela a la de Varsovia, le contesta por anticipado: "Eh! eh! diez años de paz representan muchos caminos carreteros, muchas escuelas abiertas, muchas hectáreas sembradas de cacao, tabaco, añil y cereales, mucho hábito de orden".

Si la libertad política tiene su retórica, el despotismo también tiene la suya, no ya con estudiantes sino con maestros. Mas no es cuestión ahora de optar por la libertad política venezolana sin carreteras o por la dictadura venezolana con ellas. Conviene formular otra pregunta más amplia y trascendente: ¿los pueblos de Hispano-América son o no idóneos para gobernarse libre y ordenadamente? De no serlo, los hombres de todos los movimientos emancipadores en el Continente soñaron despiertos y sembraron en el vacío.

Ahora bien, ¿cuánto dura un dictador?

¹⁵ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 187 y siguiente.

Cané invita a dar un paseo por la plaza principal de Caracas. Es una noche cálida, de "aire embalsamado". En el centro se yergue en pie, la estatua de Guzmán Blanco. Sobre la cumbre del "Calvario" se levanta otra del mismo personaje, "ecuestre, enorme, de fabricación yankee". De pronto se advierte un revuelo entre los pacíficos gozadores de la noche primaveral. De uno en otro se pasa la voz: en la plaza está el "ilustre americano". A poco, el señor de Venezuela, reconoce al ministro de la República Argentina, se dirige hacia él y le invita a dar unos pasos. Ambos se alejan caminando "lentamente por las anchas veredas que rodean la estatua". Cuando se enfrentan con ella, el dictador percibe la mirada de Cané fija en el glorioso símbolo. Entonces Guzmán Blanco arriesga una pregunta:

—¿No le hace a usted, señor ministro, ...un curioso efecto pasearse con un hombre, al pie de su propia estatua?

—A la verdad, señor, "es un caso original, que no se me había ocurrido nunca".

—Sí... sí, es anómalo y admira al extranjero. No he podido evitarlo o mejor dicho, no me he sentido ni con fuerzas ni con derecho para impedir que el pueblo glorifique su propia acción, que la Providencia ha personificado en mí. Por lo demás, yo he entrado ya a la posteridad y ese homenaje, es ya un juicio póstumo..."

Cané guarda silencio. ¿En qué piensa? Puede pensar que en ese instante, por el hecho de ambular con un inmortal, también él lo es. Luego, de vuelta a sus soledades, sin poder conciliar el sueño, reflexiona: no, sabe bien que pertenece al linaje de los vulgares que no transitan por "el camino de las grandes situaciones y de las ilustres denominaciones!" Después, serenado el ánimo, cuando puede hacer recuento de sus experiencias de andariego, escribe:

"Me sentí pequeño; comprendí que no estaba predestinado, que no se fundiría el bronce que había de dar forma a la estatua que me inmortalizaría, ni aun en la plaza de un pueblo de campo de las pampas argentinas, y volví mis ojos, reverentes, para admirarle una vez más, al hombre que tranquilo y sonriente, se contemplaba a sí mismo, con cuerpo de metal, de pie, sobre granito, duras materias, resistentes al tiempo y al olvido!"

Dos años más tarde, Guzmán Blanco le visita en París. "Un vuelco político ocurrido en Venezuela, con caracteres de

terremoto", había echado por tierra "las estatuas del "ilustre americano".¹⁶

¿A cuántos salva del error y la vergüenza la filosofía de la historia? ¿Sirve en realidad para algo esa filosofía?

En vísperas de alejarse, con el optimismo de la partida, renace el buen humor. La gratitud, nunca ausente, le induce a escribir: "Nunca olvidaré la generosa hospitalidad recibida en el seno de algunas familias que conservan la vieja y honrosa tradición de la sociedad caraqueña. Pago aquí mi deuda de agradecimiento..."

Era justo.

VI

JORNADAS BOGOTANAS

Cané sale de Caracas el martes 13 de diciembre. No es supersticioso, pero considera que "el día y la fecha no podían ser más lúgubres". ¿Qué suerte le espera? Reflexiona. Un cortejo de inquietudes le hace ronda. Y no tarda en contestar a las preguntas que se formula a sí mismo. Tantas amarguras el destino le ha reservado "en cada día de la semana y en cada uno de los del mes" que ya no le preocupan esas precauciones para defenderse contra las asechanzas de las fuerzas ocultas. Pero esta vez, no sabe por qué, ha estado a punto de tornar a creer en las más vulgares hechicerías...

Cuanto le sobrevino, habíaselo anticipado su "alma profética", para decirlo con Hamlet, pues el viajador sin sosiego no puede separarse de su Shakespeare a quien ya se lo va sabiendo de coro. En más o en menos, todos llevamos dentro esa alma expectante que presiente los acontecimientos infaustos. De no haber sido por ellos, la crónica de Cané, ahita de molestias y ansiedades, muy pálida y pobre de sustancia emocional, sería para el lector que no concibe la existencia como una fiesta imperturbable. Por demás natural y humano es darle salida a las contrariedades, sean las que fueren, triviales o profundas. Pronto vendrá Groussac, el otro gran mal humorado, a echarle en cara la propensión a lamentarse por minucias: si el coche molesta con el chirrido de las ruedas, si la montaña fatiga, si el valle entristece, si el mesón mugriento enfada, si

¹⁶ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 195.

la cama infame o el catre sin colchón quebranta todavía más los huesos doloridos... El hecho es que las vicisitudes que el peregrino encuentra, le permiten relatarlas con pluma detallista y entretenida. Sabe observar la multiplicidad de aspectos que se le presentan a la visión, y posee la facultad de trasladar al papel, sin esfuerzo aparente, ese mundo de cosas dignas de ser apetecidas o repudiadas. Realiza la tarea ordenada, escrupulosamente, con el método del escritor realista. Puede aplicársele lo dicho por Ortega de Azorín: posee el "primor de lo vulgar", la objetividad de lo simple y cotidiano, que todos ven sin ver, o que todos ven sin que les deje huella sensible.

En Barranquilla recibe noticias de la Cancillería. El doctor Bernardo de Irigoyen le comunica:

- "1º El 27 de julio de 1881, los representantes de los gobiernos chileno y argentino firmaron en Buenos Aires el tratado que resuelve la cuestión de límites pendiente.
- "2º La disposición del Gobierno Imperial del Brasil para concertar su acción con el Gobierno Argentino a fin de ofrecer sus buenos oficios a los beligerantes en la Guerra del Pacífico, la probabilidad de una intervención europea, así como del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América.
- "3º La intervención efectiva de Norte América en el Pacífico y la conformidad del Gobierno Argentino con los principios que inspiran la mediación de los Estados Unidos".¹⁷

El primer punto es inquietante. ¿No malogrará la mediación que se gestiona? La disposición del Gobierno del Brasil es ilusoria, y más ilusoria aún la intervención europea que, según Cané, sería mirada "con los ojos del tiempo colonial" y le "dificultarían un tanto" su tarea. En cambio, al diplomático novel le parece "irresistible la acción concertada de los Estados Unidos, la República Argentina, el Brasil, Colombia, Venezuela, etc."

Cané le contesta a don Bernardo: "Creo poder responder a V. E. que la misión que me ha confiado tendrá un éxito completo". ¿En qué funda la esperanza? El Presidente de Colombia le ha escrito al de Venezuela diciéndole que el Congreso de Chile ha postergado la aprobación del convenio de arbitraje, con lo cual Bogotá queda "en aptitud de hacer algo en favor de los desgraciados pueblos del Pacífico".

Todo es problemático y mucho más liviano que el bagaje material que lleva. Así emprende viaje por el río Magdalena.

Calor espantoso, cuarenta grados de temperatura; mosquitos devoradores, peligro de fiebre, y el peor barco que puede tocarle. A los doce días de navegación, a causa de una varadura, tiene que esperar a que llegue otro. En Henda empieza el trayecto a lomo de mula; cinco días azarosos, por caminos imposibles "y con dificultades y sufrimientos que sería, a más de inútil, muy largo referirle" —le escribe a don Bernardo. Llega a Bogotá el 13 de enero de 1882 —¡otro 13!— al mes justo de su salida de Caracas. Al día siguiente toma contacto con las personalidades del gobierno y del cuerpo diplomático. Cuando finaliza la primera quincena, el caballero del Río de la Plata, ha sido agasajado ya por el gobierno, el parlamento, las instituciones científicas y literarias, los clubes, las redacciones de los diarios, los salones donde triunfa la gracia femenina que ha de poblarle la mente de recuerdos indelebles.

Interesa conocer el curso de las negociaciones. Los Estados Unidos fracasan con el ofrecimiento de sus buenos oficios. Débese a la inquebrantable voluntad de Chile de no ser molestado en un asunto que considera de su incumbencia exclusiva, y no admite que grandes ni pequeños aleguen razones para entrometerse en ese su pleito con dos vecinas "rebeldes" a las cuales tiene ya casi exhaustas. La eticidad de la fuerza es el fundamento de las civilizaciones que orientan a la humanidad. La creencia en dicho principio es el contenido de su diplomacia, firme y hábil, la más hábil del continente. Magallanes, primero; Tacna y Arica, después. La Patagonia cuando lo considere oportuno. Chile elimina los obstáculos uno tras otro. La renuncia de los Estados Unidos a mediar en el conflicto, es el gran triunfo de la briosa nación en aquella sorda contienda de cancillerías. Cuando el yankee vuelve la espalda y se lava las manos, ya nadie quiere meterse... Chile amenaza a los débiles, como el Ecuador, para que no asistan al Congreso de Panamá. Y lo consigue. El Congreso se convierte en el sueño de un Presidente poeta. La mediación americana muere. El único que se resiste a creer en la realidad, es Cané. Discute con todos, grita, califica de escándalo lo que acontece en el Perú, cuyo Presidente, García Calderón es huésped del gobierno de Santiago. En lo más ardoroso de sus polémicas, recibe lo inesperado:

"Bernardo de Irigoyen a Miguel Cané. Buenos Aires, 9 de marzo de 1882.

"Desgraciadamente, como V. E. lo sabrá, los sucesos han tomado un carácter tal que, por el momento, al menos, obli-

ga a suspender el curso de esas gestiones, manteniéndolas en el estado en que se encuentran actualmente y colocándose en una prudente expectativa hasta que pueda presumirse la marcha que tomarán las cosas... la intervención (de los Estados Unidos) o mediación, como posteriormente se le ha llamado, ha cesado porque Chile pretendía que ésta última tuviese lugar por ofrecimiento del Gobierno de Washington, bajo las condiciones fijadas previamente por el de Chile y a las que no ha querido asentir el de los Estados Unidos. En tal situación, V. E. comprenderá que no sería lo más prudente, ni de buena política, entrar nosotros, aun cuando fuese en unión con alguna de las demás naciones americanas, dado caso que éstas se prestasen a proponer una mediación que solo sería aceptada probablemente por Chile bajo las mismas o análogas condiciones a las que el Gobierno de los Estados Unidos ha rehusado".¹⁸

El golpe debió de ser hartamente rudo. ¿Qué hacer? Las cosas son como son y no como el hombre quisiera que fuesen —sentencia el Rey Sabio. Las cosas, los hechos, el acontecer histórico —tanto monta— son los que gobiernan con irrevocable fatalismo, y en muy poco tienen que el hombre se crea el artífice de los mismos cuando suceden de acuerdo con su apatencia. Cuando los hechos se burlan de los deseos humanos, el grito colérico tampoco sirve de nada, es como dar coces contra el aguijón.

En Chile no olvidan a Cané. Saben de lo que es capaz y no es peregrino deducir que su designación en Venezuela y Colombia precipitó el arreglo, para contrarrestar el golpe, entre Buenos Aires y Santiago. Hay una persona que no sabe olvidarle, y es la más simpática y diligente de las damas chilenas:

"Emilia Herrera de Toro a Miguel Cané. Santiago, noviembre (1881). Señor don Miguel Cané. Colombia. Mi apreciado amigo: Hoy recién contesto su estimada carta de abril 29 desde Buenos Ayres, en vísperas de partir para Colombia en donde iba Vd. a representar a su país como Ministro. No quería escribirle antes de que se hubiera concluido definitivamente nuestra antigua i enojosa cuestión de límites, pues deseaba felicitarlo, i felicitarme a la vez de tan plausible nueva. Ya he visto realizados mis desvelos i ambiciones de tanto tiempo atrás, muchas penas i sinsabores

me ha eostado el ver realizados mis ensueños, pero todo lo doi por bien empleado i tengo el orgullo de haber contribuído como nadie a que sea un hecho la paz entre su país i el mío para siempre ya.

“¿Sabe que tuve mucho placer cuando supe iba a ir Vd. a esa Legación? Le tenía miedo de que le hiciera la guerra a cualesquier arreglo que se hiciera con su país, i me dije, bueno, él representará bien a su país, i es enemigo menos contra quien luchar. ¿No es cierto que Vd. habría combatido el arreglo? En fin ya se acabó todo i tanto Vds. como nosotros conocemos, i recojeremos los beneficios de este arreglo, que asegura el engrandecimiento i prosperidad de ambos, por medio del trabajo pacífico i tranquilo.

“¿Sabe Vd. que el Brasil ha recibido mui mal la noticia del arreglo? Era seguro que querían especular teniéndolos a Vds. en jaque con esta cuestión.

“¿Cómo se encuentra Vd. en esa ciudad? ¿tiene muchos amigos? Cuide pues con que esté en contra de Chile, piense que el Perú ni Bolivia no merecen que quemen un cartucho, ni de palabras por ellos; Vds. vean la conducta de Gómez Sanchez en contra de Vds. en las notas a su Gobierno, tengo copia de la mayor parte de esas notas; los adulaba, i escribía en contra de Vds.; por otra parte, hombres que no saben defender su país, (no) merecen que otros saquen la castaña por ellos.

“No sean Quijotes, dejen que ande el mundo desde que a Vds. no les perjudican. No vaya a enojarse contra lo que le digo, por que ya sabe que es su amiga i la de su país la que le habla, i que no tiene más móvil que el cariño que profesa a su tierra. Mi salud ha sido mui mala todo el invierno. Escribame siempre que tenga un rato desocupado, que yo lo haré, siempre que crea le son agradables mis cartas... Usted mi buen amigo crea tiene aquí una verdadera amiga. *Emilia Herrera de Toro*”.¹⁹

Nada le queda por hacer. La mirada penetrante del observador ya lo ha captado todo. Los cuadernos del viajero llenos están de apuntes y esbozos para el libro futuro que tiene *in mente*. La ansiedad de partir le asalta de improviso. Partir, huir... Puéblasele el espíritu de dulces añoranzas. ¡Cómo se apasiona por Buenos Aires en la lejanía purificadora que sólo deja ver lo bueno, lo bello, lo bien amado, predominando sobre

¹⁹ Carta inédita. AMC.

lo primitivo y feo ! ; La nostalgia aterciopela los juicios ! Mas el marcharse no depende de él sino de los que gobiernan. Tendrá que insinuarlo, de lo contrario, quién sabe cuántos años van a tenerle entre Bogotá y Venezuela. Una mañana se arma de valor y le escribe una extensa carta al general Roca. Verdad es que Cané cultiva con extraordinaria facilidad el género epistolar. Pero una cosa es escribirle a Pellegrini o del Valle, y otra muy distinta al presidente y general de treinta y seis años de cuya astucia tienen noticias Tejedor y las catorce provincias argentinas.

Hace la carta con todo lo que es capaz de poner en una conversación de media noche o en un artículo de media página. Como es de suponer que a un militar deben de agradarle las bandas de música, será de buen gusto recordarlas:

“Miguel Cané al general Roca. Bogotá, 28 de enero de 1882.

“Hoy son las bandas de la capital que vienen a tocar al pie de los balcones de la Legación ; otro día es una pequeña parada militar que se hace en honor del Ministro argentino. Mi salón está diariamente lleno de lo más distinguido que tiene Colombia y que viene sin más objeto que hablar con entusiasmo de la República Argentina. Tengo viva satisfacción en comunicarle estos datos honrosos para nuestro país y puedo asegurarle que hay momentos en que deploro que esta Legación no tenga al frente a alguno de nuestros hombres superiores. Hago cuanto puedo por responder al honor que he recibido y hasta ahora las cosas no van muy mal”.²⁰

La pluma adquiere alas y vuela en todas direcciones: contraste “de la exquisita cultura de éste pueblo” con su atraso material. Lo último responde a dificultades naturales. Las costas de Colombia, las bañadas por el Atlántico como por el Pacífico, son inadecuadas para la inmigración a causa del clima ardiente y malsano. Los nativos tampoco han podido formar allí centros de civilización. Las antiguas ciudades españolas de la conquista, Cartagena y Panamá, decaen día tras día. Colombia ha debido refugiarse en las alturas de sus planicies andinas: “La sábana en que se encuentra Bogotá y cuyo aire respiro hoy con dificultad, está situada a 2.700 metros sobre el nivel del mar”. Más respirable es el clima intelectual. Los colombianos “son instruidos, elocuentes, poetas, entusiastas”. Sigue un párrafo enderezado a colmar el amor propio de Roca,

del que se desprende no poca picardía. Los colombianos tendrían “cierto orgullo en parecerse a los argentinos en sus condiciones de leal virilidad y en su afectuosa admiración aumentan nuestras fuerzas y *enaltecen demasiado nuestra cordura política*. Conocen nuestros hombres públicos y su nombre de usted es popular como representante del elemento militar ilustrado y progresista, en antítesis del viejo militarismo americano de caudillo”. A tan larga distancia, sin diarios ni agencias de información como las modernas, sorprende lo mucho que saben de nosotros los colombianos. Están dotados sin duda de un extraordinario caudal de intuiciones tan claras como generosas...

La política no podía faltar en la carta. ¿Cómo no hablarle de política al más político de los argentinos? Colombia “es un caos que tiende a armonizarse”.

“La libertad aquí, sin límites, avanza sobre el orden y merece con frecuencia otra denominación. Este dato le dirá todo: no hay restricciones, no hay ley ninguna sobre los abusos de imprenta; la injuria y la calumnia no dan acción de ningún género. ¡Es singular! La teoría que encuentro aquí realizada, la oí defender por Julio Simón en el Senado francés hará seis meses, aunque, a mi juicio, de mala fe y con el propósito de desvirtuar la ley de imprenta presentada y sostenida por los amigos de Gambetta. Aquí no hay moderación ni términos medios”.

Lo singular es que al brioso redactor de *La Tribuna* de los Varela y de *El Nacional* con Sarmiento, Del Valle y Juan Carlos Gómez, le sorprendan los excesos de la prensa política, licenciosa en todos los países, La libertad de prensa, aun con sus más abominables excesos, es defendida cuando el hombre político milita en la oposición y atacada cuando el mismo político pasa de la oposición al gobierno. Sólo entonces le hiere el dicterio. Mitre, Sarmiento, Avellaneda, periodistas libérrimos en el llano, clausuran diarios como gobernantes. El caos del federalismo colombiano es juzgado por quien olvida el federalismo anárquico argentino. Y como argentino de buen linaje, posee la virtud de hermohear la realidad por él vivida en su tierra. En mucho se asemeja al francés que, en saliendo de viaje, todo le sabe malo e inferior a lo vernáculo. El sentimiento de superioridad sobre los demás pueblos se le acrecienta hasta lo inverosímil.

La epístola que, según consejo del remitente, el general deberá leer por entregas para no fatigarse, revela que en tres

meses el aprendizaje diplomático ha sido fructuoso. El ministro Cané ahora toma las cosas como vienen y emplea los términos apropiados para calificarlas. ¿Fracaso? No, éxito. Ha obtenido "cuanto se le encargó buscar", y ha "llenado por completo" las instrucciones recibidas. Tal vez ha logrado mucho más, la prolongación de un sueño: "Colombia y Venezuela entran de una manera *definitiva* en la política argentina, aceptando, si puedo expresarme así, la hegemonía de nuestro país". Para conquistar el acatamiento, de la hegemonía argentina, el ministro venció dificultades sin cuento. En Venezuela tuvo que "calmar a Guzmán Blanco", partidario "a todo trance de la guerra contra Chile", y traerlo, "con paciencia, al terreno razonable en que se ha colocado aceptando las ideas moderadas del Gobierno Argentino". En Colombia debió "excitar un poco el clásico *americanismo* de Bolívar". Por todo lo cual, ya no cree necesaria su presencia en Bogotá ni en Caracas.

No se debe ser medroso. "Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá". En el Sermón de la Montaña nada se dice de las negativas que suele recibir el que pide...

"Del general Roca a Miguel Cané. Buenos Aires, Noviembre 25 de 1881. Estimado amigo. Al contestar su carta que he leído con interés, debo empezar por decirle que hace Ud. bien en hablarme con franqueza y en creerme su amigo sincero.

"Siento mucho que tan triste impresión le hayan causado aquellos lugares; pero si esto por una parte tiene su lado malo, por otra importa para nosotros el agradable convencimiento de que nuestro país marcha a la cabeza de la América Latina.

"Pasando a la parte principal de su carta siento decirle que por ahora será mui difícil el cambio a que Ud. se refiere. No va a ser posible crear sino dos legaciones nuevas, y ellas están ya prometidas. Faltando este recurso no quedaría sino un cambio con alguno de nuestros Ministros actuales en Europa, pero ello importaría para estos una verdadera destitución.

"Creo pues que debe Ud. tener un poco de paciencia y consolarse pensando en que los más famosos diplomáticos han pasado sus épocas de pruebas y de sacrificio, relegados a países oscuros y lejanos, antes de presentarse en las más grandes escenas. Por lo demás, Ud. puede estar completamente seguro de que aprovecharé con el mayor gusto en su

favor, el primer camino posible que se me presente para mejorar su situación.

"De aquí nada de particular tengo que comunicarle. La República sigue en paz olvidando cada día más los extravíos de la vispera, para entregarse por completo a la elaboración de su riqueza y de su progreso, que empiezan ya a ostentar formas considerables y permanentes. El pensamiento dominante por ahora es la próxima Exposición Continental. Tendrá lugar en Febrero y se hacen grandes trabajos para que tenga buen éxito.

"Sería conveniente que Ud. contribuya a la obra haciendo propaganda con su palabra entusiasta en favor de nuestra fiesta.

"Le deseo felicidad y soi su siempre afmo. servidor y amigo, *Julio A. Roca*.

"He leído con vivo interés su importante nota al Ministro de R. E. de fecha 6 de setiembre. Ella sale por su estilo y observaciones de la regla común de esta clase de documentos, lo que hace agradable su lectura. Adiós".²¹

La causa de la negativa es cristalina. Cané está bien donde está... Por donde buscan no encuentran el que sea capaz de reemplazarle con éxito. Este diplomático sabe redactar notas amenas. ¿Quién cautivará como él a Guzmán Blanco? Sólo a un escritor y hombre de mundo le estaba reservado el éxito obtenido con el presidente-poeta de Colombia y la lucida sociedad bogotana. Es difícil que a otro ministro argentino le envíen bandas de música a la Legación. De haber fracasado, es seguro que no vacilarían en mudarle de destino... Todo eso es verdad, pero Cané no se consuela por grandes que sean los honores que le dispensan, sin excluir lo que aun vale más, el encanto de las mujeres...

"*El general Roca a Miguel Cané*. Buenos Aires, Diciembre 14 de 1881. Mi estimado amigo. Usted es un buen observador, que no viaja impunemente como tanto espíritu frívolo, y mejor narrador de lo que vé y observa.

"He leído, pues, con verdadero gusto su carta del 7 de octubre y no puede ser más interesante y fiel la pintura que en ella me hace del estado político, social y económico de Colombia y Venezuela, que, por lo visto, recién van por lo mejor de esa vía crucis, cayendo tan pronto en el despotismo más brutal como en la demagogia más desenfre-

²¹ Carta inédita. AMC.

nada, de que felizmente nosotros hemos salido ya sin haber descendido tanto como ellas.

“Pero no hay que desesperar ni afligirse inútilmente. Esos pueblos que se revuelcan en la miseria, con sus ilustres americanos al fin se han de organizar y constituir, modificándose o (absorvidos) por la ola europea o yankee que no ha de tardar en hacer sentir su influencia.

“Tiempo más tiempo menos, esos ricos y vastos territorios han de ser el teatro de activas y adelantadas civilizaciones. Mientras, permanecerán como en reserva o depósito para dar cabida al excedente de población del viejo continente, que se depura y eleva al (¿hacer?) la América, dejando allende los mares las trabas de sus viejas preocupaciones como aquel que se muda de casa deja sus muebles y trastos inútiles.

“Dentro de 15 ó 20 días creo que podré avisarle cuál es su nuevo destino. Muy complacido estoy de la seriedad, circunspección e inteligencia con que ha iniciado su carrera diplomática que trataré de realzar todo lo posible durante mi administración.

“Por aquí todo marcha bien. El país en todo sentido se abre a las corrientes del progreso, con una gran confianza en la paz y la tranquilidad pública, y una fe profunda en el porvenir. Al paso que vamos, si sabemos conservar el juicio en la prosperidad, que no han sabido conservar los chilenos en sus triunfos militares, pronto hemos de ser un gran pueblo y hemos de llamar la atención del mundo.

“Deseando que no me economice sus cartas que tan bien me hacen conocer esos países sin las incomodidades del viaje, le reitero las expresiones de amistad y estimación de su affmo., *Julio A. Roca*”.²²

Hora feliz la de Miguel Cané cuando stampa en su libreta de apuntes: “Hay que partir; el carruaje espera a la puerta... Siempre he dejado un sitio con la seguridad de volver... ¡pero a Bogotá!”²³

²² Carta inédita. AMC.

²³ ¿Por qué no? Acaso lo dice por la distancia, las dificultades en los transportes y los padecimientos en el Magdalena. Con el tiempo reclama como privilegio el haber viajado por Colombia. En carta a Manuel Bernárdez (12 de abril de 1901) le pregunta: “Por qué ni una palabra, ni una sola, ni el nombre citado una vez, de mi *Tequendama* querido, tan grande, salvaje y soberbio en su belleza?... Usted me dirá que yo puedo pasar entre nosotros por una curiosidad: el hombre que ha visto el Tequendama. No, porque ahí está nuestro

VII

EL PAISAJE HUMANO EN COLÓN

Nunca volverá a Bogotá, pero en la capital colombiana se enriquece de vivencias afectivas que nunca jamás ha de olvidar. No puede todavía aquilatar la densidad de los beneficios que recoge en este viaje a lo largo de las tres Américas que pronto conocerá de un extremo a otro. Cuando complete y equilibre su formación mental —pocos alcanzan la madurez a los treinta años—, y si consigue liberarse del material mostrenco de ideas parásitas que le pesan y alejan de la originalidad, entonces le será realmente valiosa la visión continental que hoy le depara su periplo de diplomático trashumante. El libro que a ratos hurtados esboza desde el año anterior, se dilata en miras tanto como en horizontes. Los cuadernos rebasan de notas y esquemas como de colores la paleta del artista que se apercibe a desgarrar la virginidad del lienzo. Y el ocio, y el tedio ingénito cuyas embestidas recibe en todas partes, se le vuelve al fin motivo de disciplina y urgencia de concentración. En el trasatlántico francés *La Ville de Paris* que le lleva de Salgar a Colón, lee, escribe, observa. El sensitivo no malea las cualidades objetivas de que no anda escaso; capta el paisaje natural con la misma agudeza con que penetra en el paisaje humano. Hace gala de lo primero cuando describe el salto del Tequendama, una selva, “las pintadas aves que cubren los cielos”, “los millares de micos, monos, macacos, titíes, que desaparecen en las profundidades del bosque”, los caimanes que duermen a lo largo de la playa, la tarde, la puesta del sol, el iris rosado con que el sol franjea las nubes errantes. La faena resulta dificultosa sin la paleta de Chateaubriand, pero, ¿pero cuántos la tienen? En Colón, sin más compañía que la de su alma, pasa “seis horas consecutivas” en un *bar-room*, estu-

común amigo, Martín García Mérou, que lo vió junto conmigo, lo admiró y lo cantó”. *Cané a Manuel Láinez*. Bogotá, 18 de mayo de 1882. Querido Manuel: Me despiden de Colombia con el mismo cariño con que fui recibido y con que me han tratado durante toda mi permanencia... ¡Decirte mi emoción!... Es una de las fiestas más lindas a que he asistido en mi vida y cuyo recuerdo no se borrará jamás... De los 50 pumas, 50 nos chisbamos deplorablemente (dato privado)... Me pongo en viaje en este momento”. AMC.

diando, dice, a los marineros que juegan al billar “y a los numerosos parroquianos del mostrador”. ¡Seis horas estudiando tipos como un escritor de estirpe naturalista!

¿Qué hace mezclado entre esa humana escoria? ¿Ha ido jubiloso a las tabernas llenas de los negros de Jamaica que bailan al son de un órgano cuando no sacan a relucir navajas para saldar deudas? Reclinado en un pilar de la recova contempla ese mundo inmundo, ese “sabat moderno”; se palpa para cerciorarse si sueña, y se pregunta: ¿qué hago aquí? De seguido da la respuesta: “*Tu l’as voulu, George Dandin!* En peores me he visto y sabe el cielo si en peores no me verá aún”. Sí, lo ha querido y de él es la culpa. Tenía resuelto estar diez días en Colón para “estudiar de cerca el canal de Panamá” a fin de “informar a quien correspondía” porque el imperialismo lo desazona... Dos días después navegaba rumbo a Nueva York.

VIII

A EUROPA VIA NUEVA YORK

A falta de otro mejor, ha tenido que aceptar el pasaje en este barquito “construido en Glasgow”. El *Alene* es “fuerte, sólido y marinero”, condiciones superiores para desafiar golfos de bravía reputación. Vienen a bordo “algunas familias colombianas” que se dirigen a Nueva York, lo cual es una dádiva para el conversador a prueba de fatiga. Después de leer hasta que le duelen los ojos y de escribir hasta que la pluma se le cae de la mano, es cortesía el subir a platicar con las damas en cubierta. Terrible, tristesísima cosa es un barco sin mujeres. El tiempo sin ellas se vuelve intolerablemente largo, tanto o más que el empleado por las carabelas descubridoras. ¿A qué se debe el irresistible hechizo femenino mientras duran las travesías oceánicas? ¿Será que se han apalabrado todas las hermosas para trasplantarse o será el mar quien las metamorfosea en beldades a las que no lo son de suyo? Sea como fuere, barco con mujeres no es para lamentar.

Es de figurarse, y con razón sobrada, que las familias colombianas del *Alene* están muy al tanto de la vívida biografía del argentino, no sólo por las bandas de música que iban a

saludarle recientemente en Bogotá, sino también por las tertulias, y los paseos o fugas que luego se comentaban en los mentideros del Altosano. La dicha de Cané sube de punto cuando en sus viajes, además de mujeres, encuentra niños. El solitario que se considera huérfano de afectividad, tiene para los niños pasión enternecedora y por ellos correspondida desde el primer instante en que le ven. Acabo de pasar la vista por las páginas que describen el viaje a Bogotá, a lomo de mula, después de haber terminado la navegación por el Magdalena y le veo convertido en padre amoroso de Mimí y Dizzy...

En el barco viene una criatura que le despierta la misma dulce pasión protectora. Pecho volcánico el suyo con aposentos luminosos y serenos. Trae la niñita un turpial cuyo silbo le produce "una dulzura melancólica y profunda". "Concluí por tomar verdadero cariño al turpial, lo que fué para mí una fuente de amargura". ¿Por qué?

Mal viaje, acaso de los peores entre los muchos que recuerdan sus crónicas. Serán muy marineras las condiciones del *Alene*, pero, ¡qué vibraciones y movimientos cuando entra en el golfo de México! ¡Qué remolinos los del *Gulf Stream*! Casi todo el pasaje enferma y sólo llegan "los largos y pesarosos quejidos, los ayes y otros ruidos más característicos del execrable mal". Cané está sentado en un sillón cuyos pies ha debido amarrar fuertemente. No puede leer ni comer. Tres días permanece, casi en ayunas, contemplando el mar, el "mar eterno y fastidioso", las "olas negras y encrespadas, siempre iguales, como el monótono pensamiento de un maniático". He aquí el inefable placer de los viajes... —se repite de continuo.

Cuando la tempestad amaina, va al comedor donde le sirven un plato de carne cuyo gusto es nauseabundo. Sin probar otro bocado sale y pide una taza de café. Le traen "un líquido borroso", "y en un arranque", arroja al mar taza, plato y cuchara. A poco se le acerca el capitán del barco y se lleva a término el siguiente diálogo:

"—Señor, usted acaba de tirar una taza al mar.

"—Sí, señor.

"—Y el plato también.

"—Perdón, usted olvida la cuchara.

"—Usted ha hecho mal.

"—En todo caso, esa es cuestión mía.

"—No puedo consentir en que usted proceda a demoler mi buque.

"—No tengo tal intención.

—Pero usted lo hace.

—Acabemos, ¿viene usted a cobrarme la taza, la cuchara y el plato?

—No, señor.

—¿Qué quiere usted, entonces?

—Yo no puedo consentir en que usted destruya mi barco.

—Ya lo ha dicho usted probando una verdadera inteligencia de sus deberes de capitán. ¿Es para hacerme esa importante comunicación que he merecido el honor de...?

—Sí, señor.

—Quedo enterado. —Y le di la espalda. El Capitán me siguió.

—¿Va usted a continuar tirando las cosas al mar?

—*Voulez-vous me f... la paix?*

—Es que... ”²⁴

Es de admirar la prolijidad con que relata un episodio de indudable valor psicológico, como sólo es dable hallar en las autobiografías que ponen el corazón al desnudo. Aquí no hay eufemismos para disimular o atenuar un estado colérico que hace perder el señorío y hasta la pulcritud del vocabulario. El narrador no se hermosea ante los ojos de quienes le van a leer y juzgar. ¿Cuál de los dos acredita su civilidad, el pasajero a el capitán? No parece inquietarle la pregunta, si es que la presiente. En este documento de identidad, por él mismo firmado y sellado, tampoco se vislumbra la noción de culpa y arrepentimiento. “Yo soy así, y nada más” —es lo que se desprende de la crónica altanera; pero después, reimpresso el libro, con otras igualmente emparentadas desaparece la página que delata la intemperancia verbal del autor. ¿Por qué? Con la censura —muy a posteriori— reconoce el desconcierto que causa la persona que se olvida de su calidad espiritual. Toda enmienda honorable es digna de respeto y es indiscutible, pero en la literatura no rigen las cláusulas de la convivencia social. Un libro se corrige —el estilo de preferencia— para mejorarlo, nunca para empequeñecerlo, como en este caso. La página suprimida impide aquilatar lo más interesante y extraordinario, las profundas mudanzas emocionales que se llevan a término en el alma humana, campo de batalla perenne en que se acometen el bien y el mal, con triunfos y derrotas recíprocas. Cuando elimina el episodio, el escritor entonces, sí, se hermosea, sin ganar nada moralmente porque la incidencia con el

²⁴ CANÉ: *En viaje*, cap. XVIII.

capitán es la que ilumina y eleva la escena de la niña y el turpial. ¡Cómo! ¿El que se deja vencer por un espectacular arrebatado, es el mismo que se acongoja por la suerte de un pájaro? Es el mismo, en otro aspecto dé su yo cambiante y diverso:

“Cuando fondeamos, un marinero a quien la jaula incomodaba para alguna maniobra, la colocó impensadamente sobre la parte de la caldera que sobresalía en la cubierta. En el momento de bajar a tierra, la pobre niña, con la alegría expansiva de la llegada, vino corriendo, tomada de mi mano a buscar el turpial... El pobre animal agonizaba... todos ideamos remedios diferentes, sin resultado... La niña lloraba sin consuelo y no podía desprenderse del turpial que tenía apretadito contra el seno, como queriendo darle vida... Yo me paseaba como un imbécil en el puente, renegando contra mí mismo y mi estúpido sentimentalismo que me hacía pasar un mal rato por la muerte de un turpial...”²⁵

Nueva York a la vista. El *Alene* entra en la bahía. El paisaje se agrupa a contemplar la inmensa ciudad que se eleva en busca de cielo. Paisaje inesperado para los que llegan del sur henchidos de ilusoria grandeza: mundo nuevo, mundo de futuro inminente que extenderá su dominio por el medioevo europeo. ¡Asombro de los que llegan de los países todavía prehistóricos! Trepa el práctico y saluda con gravedad.

—¿Qué hay de nuevo? —pregunta uno.

—*Garibaldi is died.*

El viajero escribirá: “No sé qué me hizo más impresión, si la noticia en sí misma o la manera como la recibí. En 1870, al subir a bordo el práctico que debía introducirse en el puerto de Southampton, nos dijo, al ser interrogado sobre las novedades: “Carlos Dickens ha muerto”. A mi regreso, en 1871, supe también por un práctico, en un puerto de tránsito, la muerte de Alejandro Dumas. Estas curiosas coincidencias me impresionaron de una manera inexplicable, y desde entonces miro a los prácticos como aves de mal agüero”.

Sigue llenando sus cuadernos con notas, larvas y esbozos de ideas, para no olvidar las primeras impresiones que le produce en breves días de estancia el “coloso” que tantas inquietudes siembra con su ambiciosa grandeza. Ahora está de paso y sólo ve la corteza. Callejeando, como Sarmiento en su primera visita a los Estados Unidos, pulsa el “lado positivo de

²⁵ CANÉ: *En viaje*, cap. XX.

la vida humana", "los espectáculos estupendos de la industria". "Todo nuevo, todo fresco y rozagante", "...el ojo ávido no descubre una torre de forma arcaica, un monumento, una columna, algo que hable del pasado". ¡Donoso descubrimiento! ¿Para qué buscar lo viejo en lo nuevo? Tanto valdría buscar el puente de Brooklyn en Europa... Le acucia el deseo de contemplar las cataratas del Niágara para compararlas con su Tequendama", que será inferior en el volumen de sus aguas, pero no en su belleza.

Anda Cané por los treinta y un años, y advierte una mudanza en aquella su extraordinaria energía física: "una mezcla de cansancio y de lasitud moral" que le apocan el entusiasmo de otros tiempos para recorrer centenares de leguas al solo efecto de gozar "de un nuevo aspecto de la naturaleza". Piensa en Europa, continente cuya civilización se le ocurre imperecedera. Le apura alejarse de los Estados Unidos donde presiente que jamás podría adaptarse y ser feliz. Pero ¿está seguro de sentirse dichoso cuando llegue a su nuevo destino? La felicidad para él no consiste en poseerla, sino en ir tras ella sin darle alcance nunca...

VIII

DOS LUSTROS DE VIDA EUROPEA. I

*Il n'est que de vivre; on voit tout et
le contraire de tout.*

MONTAIGNE.

I

EL HIJO ADOPTIVO

MARTÍN GARCÍA MÉROU ha quedado en Bogotá como Encargado de Negocios, pero está en el alma de Cané y no sale de ella. Le lleva consigo como algo incorporado para siempre a su vida. A cada instante piensa en su joven amigo, ahora lejano, para decirle o recomendarle alguna cosa, para pedirle un libro, para darle otro, para leerle un capítulo, propio o ajeno, para criticarle sus versos, enmendarle planas y planas de su prosa que tanto difiere de la suya, para irritarle con sus severas críticas. Es severo, demasiado severo Miguel Cané con su querido muchacho, por el que siente acendrado cariño. No siempre se cumple la repugnancia de contrarios señalada por Gracián. En este caso, digno de ser estudiado, tan radicales son las diferencias entre uno y otro que parece obra de milagro al verles unidos tan sólo por la común pasión literaria, también ésta sometida a profundas discrepancias conceptuales y de temperamento. Cané es absoluto, autoritario, agresivo. Cuando juzga es unilateral y se vale de adjetivos hirientes para el amor propio de quien los aplica. García Mérou es suave, mesurado, dulce, modesto y laborioso, inclinado a la tolerancia, propicio a las admiraciones repentinas, entusiastas, bien sea debido a la juventud excesiva o a la falta de agudo sentido crítico que le permita analizar las obras en su justo valor. Quien lee el epistolario con que acortan la distancia, en ocasiones tiembla por la suerte de esa amistad que da la impresión de estar sostenida en un hilo delgadísimo, en un pelo... que no se rompe, no sabemos cómo. Dijérase que Miguel Cané es el padre que vive con la obsesión del hijo al que supone descarriado o en inminente peligro de caer para siempre entre

gentes de malas costumbres. De ahí las admoniciones, los gritos de alarma: ¡cuidado! ¡no haga eso! ¡aléjese de ese amigo! ¡olvídese de esa mujer! Otras veces se asemeja a un hermano mayor que alardea con la experiencia adquirida en los entretres del mundo, para economizarle infortunios y remordimientos, los feos remordimientos que le hurtan al espíritu armónica tranquilidad. Otras veces le habla como si fuese un amigo íntimo de la misma edad...

La primera carta escrita en París el 10 de julio de 1822, recién llegado a la ciudad fascinadora, es para el hijo adoptivo que necesita de sus consejos salvadores. ¿Qué hace Martín allende los mares, en la remota Bogotá, que no se le desdibuja, no se le puede desdibujar a Cané porque allí ha dejado lo que es propio de la prodigalidad de su corazón? En la tierra de la poesía, de los poetas fáciles y espontáneos, Martín ha de estar escribiendo versos y más versos, los que no puede hacer Cané por la "inhabilidad absoluta en la métrica" que confiesa con alguna frecuencia. Si en Colombia nadie habla en prosa... Pero cuidado, Martín, ¡muchísimo cuidado!: "Sólo le pido que no abandone sus versos, pero no abandonándolos a los cuatro vientos, estudiar las cosas que tanta falta le hacen, historia política, derecho constitucional y sobre todo, precedentes diplomáticos en soluciones, forma, estilo".¹ ¿Qué hace Martín en Bogotá? Tan diáfano, puro, ingenuo es, que teme lo envuelvan las colombianas que por el Altozano pasan sembrando la desesperación de los que poseen escasos recursos defensivos. Martín le escribe para decirle que X. llora sinceramente... Cané, fuera de sí, le contesta: "no me vuelva a emplear nunca sentencias de cretinismo infantil tan acabado como ésta: "usted sabe que el llanto no se finge". *Allons donc!* Pero el muchacho está enamorado o tiene necesidad de enamorarse. Y le cuenta que Alicia... Cané toma la pluma y le habla, no como padre, sino como hermano, como amigo diestro en esos lances. Refiérele los pormenores de una aventura en Luchon realmente *empoignante*, "de la que he salido bien gracias a mi fuerza de voluntad y al conocimiento que mi vida tan llena me ha dado en materia de mujeres. Algún día hemos de hablar de este episodio, trivial en apariencia, pero que encierra una enseñanza profunda". Es lo que necesita Martín en lo tocante a mujeres, enseñanzas profundas, y nuestro don Juan lo colmará de advertencias: "No me gusta el asunto de Alicia, *entre nous deux*; usted es demasiado joven para ensayar mi

¹ BNBA.

juego, y no tendría nada de particular, pero sí mucho de deplorable que se fuera a enamorar como un bestia. Usted no puede ni debe casarse, porque el régimen del alpiste para alimentar a la legítima, ha pasado de moda. Además, quien se casa es para tener hijos, como quien se acuesta es para dormir. No creo que sea un secreto para usted que esa niña sufre, lo que la hace infecunda. Broma ligera y adelante, no sea *sonzo*.

Sería este un motivo bien fundado para que García Mérou no permaneciese más tiempo en ese peligroso juego y fuego de amor. Todos los aspectos de la vida de su hijo adoptivo le interesan y preocupan a Cané: "No tiene usted idea de la cantidad de cuentos que me traían sobre usted en Bogotá; que una noche en lo de Silva había usted hablado mal de mí, que yo lo trataba con dureza, ¡qué se yo! ¿Le dije a usted una palabra? No, porque la elevación de mi carácter y mi afecto por usted me impedían recoger esas miasmas que siempre flotan sobre las sociedades pequeñas y *potinières*". Es necesario que le den a Martín otro destino. Quiere tenerle más cerca, en Europa, desde luego, donde el ambiente intelectual es más propicio para quien le ha depositado tantas esperanzas. Para lograrlo escribe a sus amigos de Buenos Aires en ese sentido. Entretanto, es indispensable armarse de fortaleza y no olvidar lo que el mentor le aconseja: "...es bueno que se habitúe a mirar esta vida diplomática tal cual es: mucho fastidio, mucha independencia, mucha soledad. El arte está en pasarlo lo mejor posible en cualquier rincón, sin nervios en la tensión de espíritu de las expectativas constantes". García Mérou posee un caudal infinito de paciencia. Mientras espera el anhelado traslado, escribe sin cesar y no resiste a la tentación de dar a la publicidad algunos trabajos sin el visto bueno de Cané... Procedimiento realmente temerario. El censor a larga distancia le escribe: "...He visto dos "pavadas" tuyas para álbum, publicadas en *El Diario*. Indecentes... ¡Cómo se conoce que no estoy allí para darle una de esas caídas que lo hacían poner pálido de cólera no estallando por respeto! Pero media hora después me lo agradecía ¿verdad?" Por último llega la recompensa. Martín es designado secretario de la Legación Argentina en Madrid con lo que ha de salvarse de la "niña infecunda" y de las miasmas deletéreas o sean los chismes aldeanos de Bogotá. Cané le anuncia quién será su nuevo jefe en España: "...El ministro en España será Pepe Paz, pero creo que durará poco porque está muy enfermo. No sería difícil que al fin del 83 o en el 84 (pasaré) yo a la Legación en Madrid". Poco después vuelve sobre el mismo tema: "Su jefe será Pepe Paz,

hombre enfermo, de carácter difícil, dominador, absorbente. Lo tengo, no obstante, por un hombre honrado y eso es mucho. Con él, olvide usted la naturaleza de nuestras relaciones en Venezuela y Colombia, limitándose a tratarlo de subalterno a jefe. Independice su vida, (hay una palabra ilegible) horas de oficina, y viva separado, procurando no darle lugar nunca a la más leve indicación”.

II

EL BRASIL NOS INQUIETA

Cané es Ministro en Alemania y Austria. Ha llegado a París en julio, y va corriendo el mes de agosto de 1882 sin que todavía haya iniciado sus nuevas tareas. La demora se debe a un error de la Cancillería argentina que ha enviado las cartas credenciales a Bogotá. Tiene que dotarse de paciencia y esperar.

Para un hombre refinado no es contrariedad el permanecer en París más del tiempo previsto. Recréasele el espíritu con los “viejos conocidos” que en el Louvre y en el Luxemburgo le dispensan afectuosa bienvenida. La Gioconda le sonríe. Las alas de la Victoria de Samotracia le infunden energía en las horas depresivas. A la Venus de Milo se le iluminan los ojos que no advierten los transeúntes de las caravanas internacionales. *Quel regard surhumain dans cet oeil sans prunelle!* —exclama Th. Gautier, muy leído todavía por los jóvenes rioplatenses, empeñados en no dar por caídos los pilares del romanticismo. Mucho por ver y tornar a ver en ese su querido París antes de que se presente el día, melancólico y nublado, de tomar en la estación del Este el tren que lo lleve a Berlín para presentarle sus títulos de plenipotenciario al Emperador de Alemania, Guillermo I. ¿Qué días serán los suyos entre los arrogantes y orgullosos teutones cuyo idioma no posee, cuya filosofía le es impenetrable, cuya literatura conoce superficialmente, un poco de Goethe y otro poco de Schiller en traducciones francesas? Prefiere no pensarlo cuando está en la ciudad que le concede cuanto le pide: teatro lírico, comedia y drama, libros en abundancia y, casi huelga insinuarlo, inextinguible manantial de amor, de amores, que reclama su libido sin cesar creciente.

Entretanto, los diarios de Buenos Aires y las cartas de los amigos fieles que nunca dejan de escribirle, le traen múltiples resonancias. Hoy son noticias algo graves sobre la tirantez de relaciones existente entre la Argentina y el Brasil por la cuestión de Misiones:

"El general Roca a Miguel Cané. Buenos Aires, 8 de agosto de 1882: "Mi distinguido amigo. Recibí sus dos cartas que antes de dejar a Bogotá me escribió. Las he leído con el más vivo interés. Yo no tengo necesidad de viajar por esa parte de la América, ni sufrir las penalidades que Vd. ha sufrido para formarme una idea completa del estado político, social y económico de Colombia y Venezuela.

"¡Cómo se nota cuánto hemos andado, comparándonos con esos pueblos! Y sin embargo, estamos recién en el punto de partida.

"Mucho me alegro que Vd. esté contento con su nueva misión, donde podrá prestar importantes servicios a su país dirigiendo a él alguna pequeña parte de esa inmensa corriente de hombres que emigran todos los años de Alemania, siempre fecundo semillero humano. Necesitamos a todo trance, por todos los medios, aumentar nuestra población. Necesitamos brazos, brazos y más brazos para precipitar nuestro engrandecimiento y poder. Si nos quedamos atrás de Chile y Brasil, pobre, mal desempeñaremos en esta parte del continente.

"...Nuestra situación interna sigue bien. El "imperium" de la Nación se establece al fin de una manera definitiva y sólida, aunque todavía tengamos de vez en cuando que luchar con los resabios del pasado. Lo que no hay que extrañar por otra parte, pues, así no más no abandonan el campo preocupaciones y errores que han alimentado generaciones".²

Los diarios alarman a Cané. "El gobierno argentino quiere la paz pero se prepara para la guerra. ¿Vendrá ésta?" —le escribe a García Mérou (BNBA). Las dudas ahora se convertirán en inquietud:

"El general Roca a Miguel Cané. Buenos Aires, 24 de octubre de 1882: "Mi distinguido amigo... Mucho le agradezco sus cartas, llenas de elevadas apreciaciones sobre la política europea, habiéndome permitido publicar algunos párrafos en la *Tribuna Nacional*, sin nombre del autor ni di-

² Carta inédita. AMC.

rección, como de corresponsal anónimo. Por lo que respecta a nuestro pleito con el Brasil, pienso que nada hay que temer por ahora, decidido como estoy a mantener la paz en tanto que sea posible hacerlo decorosamente. Por lo demás, soy el primero en reconocer lo inevitable de una guerra con esa nación —una guerra fatal, a que están destinados ambos pueblos por contraposición de intereses y casi podría decir que por choque de civilizaciones. La obra del patriotismo consiste en aplazar ese momento; y creo que se conseguirá alejarlo indefinidamente.”³

¿Será verdad que la paz es el estado de guerra en reposo?

III

EL GENIO DE CARLOS ENCINA

Otro día recibe la noticia de la muerte de Carlos Encina. La mente se le puebla de reminiscencias y se sienta a escribir. Como en casi todo lo que sale de su pluma, en este capítulo de memorias, desde que comienza hasta que termina, aflora su egocentrismo, su yo de crítico subjetivo que puede repetir con Unamuno: “Permitidme que os hable de mí mismo. Soy el hombre que tengo más a mano”. La devoción por el “yo” es transparente en Cané. Yo soy mi artículo y mi artículo soy yo —no lo dice pero lo siente a lo Montaigne. ¿Acaso es delito? Si lo es lo será para los pascalianos, de quienes anda muy distanciado Cané. Notablemente más cerca anda de otro escéptico bien humorado, del cual, tiempo mediante, ha de ser devoto comentarista, y, tal vez, el primer lector argentino: Anatole France. Pero si de ordinario a Cané le falta la sonrisa desdeñosa del francés, practica, eso sí, su modo de hacer crítica: *Messieurs, je vais parler de moi à propos de Shakespeare, à propos de Racine, ou de Pascal, ou de Goethe. C'est une assez belle occasion.*

No poco gracejo hay en la evocación de Encina, el hombre y sus rarezas, su ansiedad metafísica, su dialéctica pitagórica para explicar las leyes de la naturaleza y lo por él llamado el “Trascendente”; su espiritualismo, que deriva en espiritismo, y las demostraciones con ayuda de un medium alemán, todo eso

³ Carta inédita. AMC.

y mucho más, está contado en páginas jugosas, si bien sarcásticas e irreverentes para el amigo muerto. Pero lo que más me interesa en el artículo es el retrato moral que de sí mismo hace Cané aprovechándose de la ocasión que se le presenta para dibujar la imagen o la caricatura del poeta-matemático. Mucho es lo que confiesa entre veras y donaires. Resplandece una curiosidad absoluta acerca del principio primero y el fin último de las cosas. Como los positivistas, lo que la razón no explica y demuestra con aciertos experimentales carece de valor. La filosofía, si es alemana, es una puerta herméticamente cerrada para él y de poco le sirve el consejo de Goyena: "No hay método fácil para aprender cosas difíciles. Cuando quiero estudiar algo oscuro o profundo, me encierro en mi cuarto, digo que no estoy y le prendo" —así traducía Pedro" (un concepto atribuido a José de Maistre). Herbert Spencer tampoco es accesible a su penetración. Del libro *Representative Men* de Emerson ha comprendido todos los capítulos menos el referente a Swedemborg. Revela lo que sabíamos de él —no hace misterio en JUVENILIA—: su irreligiosidad. En plática con Encina le dice que su naturaleza, "desgraciadamente escéptica, más aún, refractaria a la fe, me impide prestar crédito a los infinitos sistemas, inclusive las religiones, creados por la imaginación para satisfacer las necesidades morales de los hombres".

Los memorialistas de la generación de 1875-1885 no echan en olvido las tertulias que se realizaban en la casa de Encina. Veíase en ellas, como en las de Mallarmé en París —salvando las distancias naturalmente— a los jóvenes que mayores esperanzas despertaron en aquel decenio.⁴ Le tenían como una especie de mago con la suma del conocimiento acerca del mundo visible e invisible. Conocía bien a Kant, Hegel y Darwin, y dieron en llamarle "el pensador evolucionista". Era matemático, teósofo y espiritista. Belisario Montero asegura que una vez les explicó a él y a Adolfo Mitre, discípulo predilecto de Encina, "un curioso sistema semipitagórico de transmigraciones para el perfeccionamiento del alma, inventando para el orden moral y de la conciencia una ley semejante a la de la selección natural en el orden material de los seres animados".⁵ Sin inspiración escribió varios poemas, cuya lectura hoy descon-

⁴ Miguel Cané, Lucio V. López, Belisario Montero, Eduardo Sáenz, Rodolfo Moreno, Adolfo Mitre, Alejandro Sorondo, Alberto Navarro Viola, Juan Ignacio Alsina, etc. La mayor parte se malograron en flor.

⁵ BELISARIO J. MONTERO: *La Enseñanza de la Vieja Química*. (Recuerdos de la vida universitaria; pág. 199. Imprenta y Casa Editora Coni. Buenos Aires, 1926.

cierta, por uno de los cuales, *Canto al Arte*, fué objeto de apo-teósica celebración. El ditirambo jamás dió notas más altas en esta tierra, empezando por Cané: "su espíritu robusto poetiza toda noción que adquiere. Levanta a las nubes la planta nacida de impalpable germen". Lucio V. López no le va en zaga, como si rivalizaran por esta vez en el género apologético: "El canto de Encina es un eco de la voz del infinito repetida en el alma del hijo pródigo del ritmo".⁶ Todos a una le proclaman "el máximo poeta de las ideas". Tan encumbrada jerarquía tal vez la conquistara Encina con su canto *La Lucha por la Idea*, que saca de quicio a Menéndez y Pelayo:

El Dios irrevelado,
El eterno misterio,
De su increado ser la vida crea,
Por ese acto supremo
Que no cabe en las formas de la idea.⁷

El polígrafo santanderino ha descubierto a un heterodoxo de tierras calientes y estampa un juicio severísimo: "Parece increíble que este galimatías haya puesto en las cumbres como dechado de poesía filosófica, y como nuevo rumbo abierto al arte americano... ¡Cuántos desastres acarrea la Metafísica mal digerida!"

Dejemos a la Metafísica en la nebulosa que le corresponde y tornemos a la realidad.

IV

LO DEJADO EN BOGOTÁ

¿Cómo hace Cané para estar en todas partes y para escribir copiosamente. Sólo el que no le conozca podrá mentar su elegante ociosidad. En todo caso será el ocio fecundo que Horacio encomia. Acaba el mes y deja leídos decenas de libros. El frenesí de lecturas no le malogra las crónicas de viaje que tiene entre manos, ahora muy adelantadas y con el propósito de terminarlas tal vez con el año. Será el segundo fruto de su espíritu, superior al primigenio, gracias al

⁶ CARLOS ENCINA: *In Memoriam*. Buenos Aires, 1883.

⁷ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de la Poesía Hispano-Americana*, t. II, págs. 465-466. Victoriano Suárez, editor. Madrid, 1913.

proceso de maduración intelectual. ¿Y la vida? ¿Qué decir de esa Universidad que desdén lo profesoral, lo pedantesco sin huella de cotidiana experimentación? Tiene la pluma fácil y volandera, es cierto, virtud con revés zaborrero si el que la maneja no gusta de retocar la frase en las cien cuartillas hechas en horas veinticuatro... ¡Sigue después el crujir de dientes! Mas tampoco se sabe de ninguna persona adicta al género epistolar con pluma lenta y eligiendo vocablos para construir páginas chateaubrianescas. Ya sabemos que Cané escribe cartas hacia los cuatro puntos cardinales del planeta y que le premian las suyas con extensas y movidas respuestas que llegan de Buenos Aires, de Nueva York, de Londres, de Burdeos, de Viena, de Roma, de Bogotá. Es Bogotá la que le contesta ahora con mayores ecos de afectuosa resonancia. Martín García Mérou, su cronista en Indias, no pierde correo para tenerle al tanto de cuanto sucede en aquella ciudad donde ambos argentinos han zurcido gratas amistades. Le hace saber que a los dos días de ausentarse Cané, llegaron a Colombia dos notas de la Cancillería argentina, siendo la segunda "la verdaderamente importante", según se verá:

"En ella Plaza acusa recibo de la nota del 21 de diciembre, fechada en Barranquilla, añadiendo que los sucesos últimamente desarrollados han hecho imposible la mediación proyectada en los asuntos del Pacífico; que debe usted suspender el curso de esas gestiones dejándolas en el estado en que se hallaban y "colocándose en una prudente expectativa hasta que pueda presumirse la marcha que tomarán las cosas; que el Gobierno Imperial no creía llegada la oportunidad de hacer ningún esfuerzo en el sentido de la mediación..."⁸

Nada nuevo aprende Cané. La nota de don Victorino de la Plaza es repetición de la enviada por don Bernardo de Irigoyen poco antes de renunciar a la Cancillería. ¿Para qué insistir en lo que el primer ministro argentino en Colombia y Venezuela ya no desea recordar? Egoísmo, incomprensión, pusilanimidad. Chile tiene el camino despejado para que se le reconozca el derecho de conquista en América, sin que ninguna nación hermana haga nada para impedirlo, ni los poderosos Estados Unidos quieran ofrecer su mediación amistosa una segunda vez. Esfuerzo sin recompensa el afanoso trabajo de Cané, además del riesgo probable de que Colombia y Venezuela pierdan

⁸ Martín García Mérou a Miguel Cané. Bogotá, 16-5-82. BNBA.

todo interés por el establecimiento de Legaciones en Buenos Aires. ¿Para qué? Es lo que teme el astuto García Mérou. Astucia que merece palmas si se recuerda que acaba de celebrar en Bogotá sus veinte años...:

“En vista de esta nueva faz de las cosas, y pareciéndome que el más débil trasunto que tuviera este gobierno del cambio de política del Gabinete argentino, bastaría para matar por completo la Legación que debe ir a Buenos Aires, he resuelto hacerme la chancha renga, como dicen en las provincias, y figurarme que no he recibido tal comunicación. Creo que esto es lo más conveniente: lo principal, me parece a mí, es que parta la Legación. Después, que se arreglen allí como puedan. Además, puede ser que en vista de comunicaciones posteriores, hayan cambiado de idea en Buenos Aires, aunque no lo espero. Dígame si he hecho bien o mal”.⁹

El cronista de Indias no ahorra asuntos por menudos que ellos sean. Que esto y aquello. Que Misia Bernardina y Chiú suspiran. Que nadie olvida a Cané, y que “che” argentino sigue siendo festivamente recordado. Tal era el gusto —en sorna— que les causaba nuestro tuteo a los bogotanos que, cuando les nombraban, decían de ellos: “Che Cané” y “Che García”. El poeta Carlos Sáenz Echeverría, que estuvo a punto de ser Ministro en la Argentina, hace gala de la burla en la carta que a París expide:

Querido Ché: en este instante
Que son las doce del día
Hora conque se va el correo
Con precisión inaudita,
Y estando recién llegado
Del Estado del Tolima,
Acabo de ver la carta
Que le escribió a Ché García
En que me manda saludes
Y pide de mí noticias
Tengo sólo diez minutos
Para escribir esta epístola
Sin perjuicio que más tarde
Otra más larga le escriba.
De salud estoi lo mismo
Que en esos felices días

⁹ Fecha de la anterior. BNBA.

En que serví de *manpuesto*
 Donde mi seá Bernardina;
 De fondos estoi quebrado
 Porque a la Secretaría
 Tuve que dar el dinero
 De la misión argentina;
 En amor *estatu quo*.
 I estoi pasando una vida
 En que mi solo consuelo
 Es el brandy i la poesía.
 En fin reciba el afecto
 Del que en la ausencia no olvia
 Al mejor de sus amigos.
 Suyo

Sáenz Echeverría.¹⁰

¿Quién es la seá Bernardina? Es la que al llorar no fingía, según Martín. *Allons-donc!* Y Chiú, ¿quién es? La más linda de las bogotanas contesta "Ché García". Chiú también sabe escribir deliciosas cartas con lágrimas no fingidas.

V

EN BERLIN Y VIENA

El único sol que vislumbra en Berlín son las cartas de Bogotá. ¿Cómo habría de sentirse a gusto conviviendo en sociedades de habla germánica este latino tan fogoso y exuberante, nacido en llanura soleada y habituado a espíritus igualmente llanos, claros, simples, simplísimos! Nunca le pasó por la mente que su destino habría de llevarle a ese frío y a esas brumas berlinesas que ahora le tienen nostálgico y sin ninguna posibilidad de adaptación. Como no lee a Stendhal —faltan vislumbres de beylismo en las páginas de Cané— mal puede recordar la penosa confesión del francés enamorado de Italia: *La vraie patrie est celle où l'on rencontre le plus de gens qui vous ressemblent*. He aquí la tragedia, aun en la propia tierra vernácula: *Je crains bien de trouver toujours en France un fond de*

¹⁰ Carlos Sáenz Echeverría a Miguel Cané. Bogotá, 24 de octubre de 1882. AMC.

froid dans toutes les sociétés... Casi parejamente anda Cané por el mundo buscando hombres con similitud idiosincrásica a la suya. ¿Cuántos descubre en Berlín? Desde que llega echa de ver que anda a contrapelo en ese ámbito sin resonancias latinas. Siéntese distinto en grado superlativo, y, en lógica equivalencia, los alemanes a quienes trata en la Cancillería o en los salones frecuentados por extranjeros, le hacen sentir algo más que eso, la superioridad de ellos sobre él. De esto se sigue una depresión tan grande como natural. A nadie puede agradarle que no le comprendan y menosprecien. A nadie que es algo en su tierra le place ser personalidad anónima en la ajena. Cané, dominador de hombres, no lo es de ambientes que le rechazan. Por eso huye de Berlín.

Sin ser del todo satisfactoria, muy otra es la sensación que recoge en Viena. A poco de aposentarse en aquella capital, le escribe a su fiel cronista y ex-escudero en tierras de Venezuela y Colombia, muy honorable, desde luego, y muy digno de los inmortalizados en la gran caballería. Empieza añorando los días pasados en Colombia con "ese pueblo que más de una vez echo de menos en medio de la etiqueta rígida e insoportable de mi vida actual". Así lo quiere nuestra necia y humana condición; la dicha en el instante de ser disfrutada poco cuenta; necesario es que se convierta en recuerdo para valorar su densidad, su exquisitez...: "A mediados de septiembre presenté mis credenciales en Berlín, donde el Emperador me recibió con suma amabilidad, como los príncipes imperiales que me dieron audiencia en el palacio de Postdam... El 15 de octubre me vine a Viena, donde el Emperador me recibió el mismo día de pedir audiencia, tratándome con una afabilidad extrema..." Después las visitas al cuerpo diplomático, a los archiduques y archiduquesas, que siendo tantos, le obligan "a vivir casi metido dentro del uniforme, que me es antipático, aunque es elegante, bien hecho. Pienso pasar el invierno en Viena, porque Berlín no me seduce con su sombría tristeza. La vida aquí es agradable y sería deliciosa si supiera este maldito alemán que no me entra... Este pedazo de tierra austríaca que se llama Viena, es la feria de las mujeres lindas. ¡Qué cuerpos, qué carnaciones! Sin embargo, la imagen de Chiú no se me borra. ¿Sabe que esa mujer es muy linda? Mírela bien la próxima vez que la vea y verá ¡qué delirio! También yo desearía tenerla a mi lado; daría unos años de vida... pero nada más".¹¹

¹¹ Cané a García Mérou. Viena, 26-10-82. BNBA.

La pluma no desmaya, y van saliendo de ella cartas y cartas que varían de tono y tema según sea la idiosincrasia de quien las recibirá. ¡Qué transformaciones espirituales exige este fervor epistolar! Hoy abunda en pormenores para que el general Roca sepa cómo le han recibido en la Corte alemana, y el primer magistrado le resulta excelente difundidor de noticias, pues los "curiosos detalles" sobre la recepción oficial en Berlín los hace publicar en Buenos Aires "como recogidos por un testigo" y diversos diarios se apresuraron a transcribirlos... ¿Puede esperarse algo más cordial de un presidente amigo?

"*El general Roca a Miguel Cané. Buenos Aires, 4 de noviembre de 1882*: Debo darle una triste nueva: hace cuatro días que murió Andrade, nuestro gran poeta, habiendo estado apenas cinco días en cama. La noticia cundió, pues, en la ciudad tomando de sorpresa a todo el mundo. Guido, Barra, Navarro Viola y algunas otras personas estuvieron conmigo durante las dos últimas horas de vida de esa fecunda y múltiple inteligencia. Le aseguro que era una escena horriblemente conmovedora. El entierro estuvo concurridísimo; diríase que en el acto de morir, todos olvidaron al partidista y al hombre con todos sus defectos, para ensalzar a una al poeta sublime y grandilocuente".¹²

Hasta los cóndores debieron de llamarse a duelo... Tampoco es cosa baladí que en Sud América un presidente y general le rinda conmovido homenaje a un pobre poeta cuando muere...

Cané tiene que hacer algo, poblar la soledad con la meditación y el trabajo, que le salve de la vida frívola. En buena hora retoma *En viaje* con el firme propósito de concluirlo. De JUVENILIA nada dice. ¿Hasta cuándo la tendrá prisionera? ¿No le apura el deseo de hacerle probar fortuna? Con todo, no se modifica mayormente el ánimo deprimido. Siempre igual a causa de las vivencias afectivas en el alma nostálgica. Vuelve a escribirle a Martín: "Mi vida aquí, más grata materialmente que en Bogotá, no lo es ni intelectual ni moralmente. Seriedad, monotonía, etiqueta... He ahí la forma "decoratoria de mi existencia alemana. La ópera me indemniza".¹³

Encuentro un notable parecido entre Cané y don Juan Valera, si no en la obra, en la fraternidad temperamental. Ambos a dos casi siempre recorren el mundo por el mismo camino y con el mismo semblante de personas disgustadas con el lugar

¹² Carta inédita. AMC.

¹³ Cané a García Mérou. Viena, 27-11-82. BNBA.

donde deben permanecer. Veamos cómo describe a Valera un historiador de la literatura española para señalar de paso lo mucho que los une y lo poco que los separa al español y al argentino:

"...temperamento de aristócrata, artista del cuidado y del detalle. Valera (1824-1905) fué el estudioso, el curioso de toda cultura y de toda fuente de belleza, el humanista conocedor del latín y el griego como medios de saboreo de las creaciones clásicas, el captador de toda sugestiva novedad en el pensamiento y arte modernos. Era a la vez el reconcentrado y el mundano, el diplomático y el lector asiduo, el viajero y el amante de sus tierras natales. Una doble personalidad —pudiéramos decir— se daba, naturalmente, en este delicado temperamento de artista: la del fondo romántico, del poeta, del amorador de su país y su cultura; y la del espíritu crítico, irónico, negativo, observador, incrédulo... Como expresión natural del carácter del escritor, Valera fué atraído por la diplomacia, y fué precisamente otro aristócrata temperamento, el duque de Rivas, el que le proporcionó el primer viaje y las primeras experiencias, en Nápoles. A su vez le encontramos —enamorado, escribiendo cartas y con borradores de futuros análisis psicológicos novelescos— en Lisboa, en Río de Janeiro, en Dresde, en Viena, en San Petersburgo. Vemos a la vez al mundano y al estudioso humanista: frecuenta los salones de las embajadas, tiene amores más o menos románticos... Cuando se aburre, cuando "le fastidia" el ambiente, vuelve a sus momentos meditativos y reconcentrados, como en la legación del Brasil, donde escribe: "Paso días enteros solo, encerrado en mi cuarto; leo, fumo y me entristezco".¹⁴

El nuestro no será poeta, ni novelista (el inalterable dolor de su vida) ni humanista, si bien en la última etapa de su existencia, aterrado ante la creciente ola de materialismo y vulgaridad, contribuye a fundar la Facultad de Humanidades de Buenos Aires que le confiere su decanato.

Este linaje de aburridos tienen que andar de un lado para otro como indefinible esperanza en realidades inasequibles. Llega el calor y buscan el frío; llega el frío y buscan el calor: "Esta noche me embarco para una escapada de diez días a Niza a recoger calor para el invierno"

Dos meses más tarde, en Berlín, sueña con España, con el sol de España y con sus artistas. Velázquez, Goya: "El puesto

¹⁴ VALBUENA PRAT: *Historia de la Literatura Española*, t. II, páginas 735-736. G. Gili, editor. Barcelona, 1937.

de Madrid es envidiable por muchas razones; yo lo cambiaría gustoso por esta fría Alemania que ya me tiene harto. Por el momento me encuentro en Berlín, adonde he venido a las fiestas de Corte con motivo de las bodas de plata del Príncipe Imperial. Recibos en Palacio, bailes de fantasía ¡qué se yo! Pero todo aburrido, porque me falta un centro social conocido y a *mon aise*. El 30 estaré en Viena para otro baile. Luego pasaré a Trieste (en toda reserva) pues estoy haciendo construir, por orden del Gobierno, dos nuevos buques de guerra en los astilleros de ese puerto... De trabajos literarios nada de nuevo; concluí mi libro de viaje, que reposa en un cajón. No hay excitación intelectual aquí". Con ser muy detalladas sus cartas en episodios pintorescos, cuídase de ponerlo todo en ellas. El ágil conversador de vasto repertorio, se reserva para las veladas con auditorio calificado. Entonces se derrama en anécdotas y cuenta lo que dijo o le dijeron. Por ejemplo, su plática con el mariscal von Moltke en Postdam. ¿De qué puede hablar el escritor nada militarista y nada prusiano con el recio estratega? El talento del hombre de mundo consiste en saber ponerse al nivel de la persona que tiene delante, sea cual fuere su especialización profesional. Cané le pondera a Moltke la excelencia del caballo criollo, demostrada, por ejemplo, en la expedición al Río Negro. Durante un mes, dos brigadas de caballería habrían recorrido diariamente diecisiete leguas. El mariscal escucha con visible incredulidad. Por último decide formular una serie de preguntas bien intencionadas:

“—¿Cómo llevan las raciones para los caballos?

“—A los caballos criollos no se les da ración. Se alimentan con las yerbas del suelo y cuando las heladas las queman, se nutren con la broza en que quedan convertidas. Soportan así tres meses de servicios y luego son renovados por la remonta.

“—¿Y el alimento de los hombres?

“—Los potros y las yeguas que galopan delante de los escuadrones. Al acampar los carnean.

“—Permítame, ni ustedes en su país ni nadie en ninguna parte puede alimentar a la tropa exclusivamente con carne. Hay que darle también leche, legumbres, fruta, infusiones, etcétera.

“—¡Ah! —contestó el ministro—. Todo eso lo lleva el soldado argentino en el mate.

“—¿Qué es eso?”¹⁵

¹⁵ D. SHOO LASTRA: *La lanza rota*. pág. 143. Editorial Peuser. Buenos Aires, 1953.

Y el diplomático da una explicación lo más gráfica posible: ahueca una mano e introduce en ella el índice de la otra a modo de bombilla...

Al elogio del caballo criollo sigue la iniciativa de introducir carneros en Alemania y se le ocurre que Sarmiento es el hombre indicado para escribir en ese sentido, pero el gran hombre presente que sus adversarios han de tratarle nuevamente de loco y le contesta que los ganaderos con quienes ha conversado no están dispuestos a perder dinero inútilmente. Prefiere hablar de algo más importante:

"Sarmiento a Miguel Cané. Buenos Aires (sin fecha): ...Limitaría a tan desmedrado mi carta, si no hubiera otro, digno de la consideración del político y del literato.

*"Escribo un libro titulado *Conflictos y armonías de las razas en América*. Es un estudio *sur le vif*. Ud. que está en Alemania ve que las elecciones son verdaderas y no figuradas. Ud. que ve obrar a Bismarck sabe que el tiranuelo es Guzman Blanco, para no citar otros.*

"Mi resumen es este. En toda la América española las razas indígenas han impreso a los hechos su ineptitud política y creado los gobiernos que Vd. ve imperantes en Ecuador, Méjico, Venezuela, Uruguay, Paraguay y R. Argentina. Conclusiones. Buenos Aires con la inmigración infunde sangre europea blanca a la masa electoral; y llegaremos a cambiar la balanza; desde que tengamos ciudadanos blancos votando en mayor número. ¿Cómo le he de explicar en una carta mi pensamiento, y mi manera de expresarlo en un libro? Necesito un dato, y sólo Vd. puede dármele, y es una monografía de la tiranía de Guzmán Blanco —su base— ¿qué clase social? —poder militar— qué papel hacen las gentes de color —qué formas de gobierno reales, etc., etc. Necesito ilustraciones, semejanzas, para deducir una regla general, porque sucede lo mismo en Méjico que en Montevideo, con González o con Santos, el mismo tipo indio; y la clase culta en ambos países colocada en la misma situación.

"...Me formo la mejor idea del estado actual de los E. U. de Colombia, por ser el país más constitucional de la América del Sur; y estando mi amigo Don Manuel Ancizar en el gobierno o en el partido gobernante, supongo que no ha perdido la dirección de la política el antiguo partido político liberal que corresponde al nuestro unitario por las ideas, y por la clase social, que es siempre la más culta... Creo que es la única fracción americana que no ha malogrado la revolu-

ción después de obtenida la Independencia. Nosotros hemos dado fiasco, en la verdad de las instituciones; y como Panamá será por el canal un punto céntrico del movimiento del mundo, puede asegurarse desde ahora que la libertad y la dignidad del hombre estarán definitivamente aseguradas en todos los países circunvecinos por la exigencia imperiosa de los grandes intereses que van a asociarse. No somos los felhas del Egipto; y sin embargo la Europa ha necesitado que las libertades e intereses civilizados sean allí respetados.

“Aquí han habido colisiones con la Italia, la España y el Brasil, a causa de violencias salvajes cometidas con europeos por el gobierno *artigueño* de Montevideo. Pero siendo los tres gobiernos incapaces de dar garantías de respeto a la nacionalidad de estos países tendiendo al contrario a hacer prevalecer aquí las nacionalidades de los emigrados, yo aconsejé en la prensa y en el gabinete, detener la acción *extranjera* que tendía a imponerse en carácter. La Italia trabaja en ese sentido. Ya sabrá Vd. por del Viso. Esto es lo que llamo *harmonías* de las razas en América. Conflicto el de la india con la blanca a la cual oprime con su número y abyección. Harmonías con la emigración, como en los E. Unidos...

“Suminístreme los datos que crea convenir a mi propósito, con los que me ayudará a dejar un último recuerdo a mis compatriotas. Soy de V. E. affmo. D. F. Sarmiento. Recuerdos de Berlín”.¹⁶

Conflictos, el “último recuerdo” que Sarmiento deseaba dejarle a los argentinos, es una obra que desdeñan los indianistas, aun los que más veneración le profesan a su autor y los que mayores ditirambos le prodigan. De lamentable y caótica la califican. Es caótica, desde luego, porque sin ser un hombre avezado en la investigación científica y sin las disciplinas a ella inherentes, el esfuerzo, con ser grande, dió precario fruto. Heridos en pretérita ideología y ofendidos algunos por la sangre indígena que les corre por las venas, le enrostran al anciano sus múltiples contradicciones, como si éstas fuesen afrentoso delito. Las contradicciones, en quien viene al mundo con la facultad de observar y pensar honradamente, son nobilísimas rectificaciones de errores, principios o verdades que caducan a lo largo del tiempo. Es el acontecer histórico el gran demoledor de convicciones tenidas por buenas y hasta por definitivas. La realidad de hoy no es la de ayer ni será la de mañana. Désele *Conflictos* a un indio que sepa leer y que ignore la sofística;

¹⁶ Inédita. AMC.

contestará: Sarmiento busca el exterminio integral de mi raza. Y la ha buscado siempre, como presidente, periodista y escritor. *Conflictos* es un libro caótico en cuanto a su arquitectura de edificio mal concebido y peor construido; pero el pensamiento que lo inspira y dicta es diáfano, según se le puede ver todo entero en una frase de la carta a Miguel Cané: "Conflicto el de la india con la blanca a la cual oprime con su número y abyección". Tres meses más tarde vuelve a escribir:

"Sarmiento a Miguel Cané. Buenos Aires, 20 de enero de 1883: Recibo su carta de Viena un mes justo de escrita. Contiene ella datos preciosos, el más notable un trozo de mi libro que encontrará V. en el ejemplar que le envió. "Sí, señor, es eso la raza indígena, absolutamente inepta para el gobierno, predominando por su número, bajo la dirección hábil de un aventurero blanco!" Pues ese es todo mi libro. Se le alcanza a V. porque ha salido de su agujero aquí y visto magnificado y crudo que se presenta en nuestro país de aventuras. Sus datos son preciosos y escasos. Están en buenas manos. Ya en mi prólogo verá que los tenía originales. Lo cito en Colombia, por lo que V. ha publicado y coincidía con mis apreciaciones. Disimulo las deficiencias indias. El itsmo abierto lo curaron todo. Vamos a necesitar otro. Le envió dos ejemplares rotulados, y dos de que V. dispondrá para procurarme *compte rendu* del libro. A Rosas lo destronamos, sublevando la conciencia europea, con obras literarias. El *Facundo* fué el *Tío Tom* de la esclavitud.

"...En un mes más llegará a Alemania la traducción de este libro en alemán. Vale la pena de asegurarle el buen éxito, pues que V. sabe que la opinión americana en achaque de libros no es de fiarse. Gutiérrez mismo que vió escribir el *Facundo* ignoró que era un libro. *Recuerdos de Provincia* fueron condenados como una caída por Mitre.

"...La raza indígena ha desaparecido en Buenos Aires, se destruye en Santa Fe y Montevideo y acabaremos por ser blancos con los instintos y las necesidades de nuestra raza. Mi libro tiende a dar impulso a la corriente ya establecida. Me pidieron sesenta ejemplares de Santiago. Ya ve que el caso no es desesperado.

"Ciertó que estas razas prehistóricas no necesitan Congreso ni libertades políticas; pero las necesitamos V. y yo, y debemos proveernolas. El aseo no es para todos indispensable; pero V. se guarda de presentarse con la camisa sucia... La Alemania tiene el cetro de la inteligencia y los

Estados Unidos ejercerán apesar de ellos mismos y nuestro, téngalo presente por Diplomático, la Hegemonía de la América, sin distinción de razas y solo como teatro de la última evolución humana, libre por la conducta, las máquinas y la república. Seremos libres mal que nos pese. Concurramos a ello, y a este objeto le pido todo el calor de su corazón, y la actividad de la juventud".¹⁷

Dirá Cané que la vida en la elegante Viena es intolerable, pero busca y encuentra eficaces armas contra el tedio: trabaja. Se inventa obligaciones; investiga en bibliotecas para documentarlo a Sarmiento, rastrea en las librerías de viejo las obras que le agradarán al general Mitre, escribe artículos y muchedumbre de cartas. ¿Cuántas en un día? Es difícil precisarlo. Pocos son los temas que no le apasionen. Nunca hasta hoy habíase ocupado en asuntos de heráldica, y jamás en lo tocante a su prosapia. Si le preguntan quiénes son sus antepasados no lo sabe y se echa a reír de buena gana porque piensa como Clarín: de mi abuelo para arriba, pura teología. Mas he aquí que un caballero mallorquín le pone en aprietos y acaba llenándole de curiosidad. Le hace pecar:

"Miguel Cané a su madre. Viena, 24 de enero de 1883:
Mi querida vieja: Tengo un vago recuerdo que mi padre decía que habiendo estado cerca de la Palma, en Mallorca (una de las islas Baleares, cerca de España, en el Mediterráneo, de donde creo que somos originarios), supo que había allí varias familias de nuestro nombre.

"Sabrás que últimamente un caballero de mi relación me ha escrito de Mallorca pidiéndome datos sobre el primer Cané (o Canet, como se firmaba nuestro bisabuelo, según vi en el ex juzgado del Dr. Rosas en un documento en que firmaba como testigo) que fué al Río de la Plata. Parece que ese apellido ha sido llevado por las primeras familias de la Palma y que con él han figurado muchos hombres ilustres. Ha habido (en 1250, 1345 y 1421) embajadores, generales, etc. Aún existe el título de "Vizconde de Canet". Puedes figurarte lo que me he reído de todas estas pamplinas heráldicas; pero te confieso que me ha picado la curiosidad saber al fin y al cabo de donde venimos, hoy que hasta los caballos de carrera tienen genealogía".¹⁸

¹⁷ Inédita. AMC.

¹⁸ Inédita. AMC.

A seguido le formula a la buena señora un cuestionario de doce puntos, desde el nombre del bisabuelo y la fecha de llegada a Buenos Aires hasta "todo lo que sepan sobre la vida de Miguel Cané (padrino Miguel, el de los gallos)". Con ser mucho lo que ignora, ya tiene en su poder algo nada desdeñable. "Sabrás que según el "Nobiliario Mallorquin" las armas de los Canet son un "escudo campo de oro, banda roja y un perro de plata en el centro". *Non c'è male*; un perro es la fidelidad; pero no es la castidad y en eso la familia podrá reconocer la divisa".

Vanidad repentina, y buen humor.

Con ninguna otra persona tiene más expansiones que con su madre, a la que le cuenta lo importante y lo nimio, sin excluir sus entusiasmos femeniles, porque sabe que nadie le va a comprender mejor que ella. Ahora Cané anda arrobado con la Emperatriz de Austria-Hungría, la de infausto destino: "Decirte la impresión que causa la Emperatriz! Es una mujer ideal; parece no marchar sino deslizarse sobre el suelo; es el resultado de su asombrosa distinción natural, de veinte años de estudio y del aplomo que da el haber reinado desde niña. Alta, delgada, casi flaca, vestida con un traje de lama de oro y una cola de dos metros, una soberbia diadema de brillantes en la cabeza y el pelo negro, abundante, caído sobre la espalda, el pecho cubierto de órdenes y diamantes como adoquines —parece tener 25 años. Tiene sin embargo 46 años y es ya abuela. Las princesas, las archiduquesas (excepto María Teresa, casi tan distinguida como ella) parecen sirvientes a su lado. Te aseguro que aun a los hombres habituados a la vida social, a mí que estos últimos seis meses he hablado con más de veinte reinas y princesas, esa mujer causa una impresión profunda".¹⁹

¡Más de veinte reinas y princesas! Quedarían muy bien en un libro de memorias a lo Saint-Simon. Este ambiente de saraos palaciegos es peligroso para los que tienen algo que perder. Cané se salvará porque, aunque diga lo contrario, la estrella que le alumbró es la mejor que pudo elevarse en el horizonte de su vida andariega.

¹⁹ Inédita. AMC.

VI

UNA VISITA A VÍCTOR HUGO

Hace mucho tiempo que Miguel Cané viene soñando con una visita excepcional. De muchacho vió en París a Víctor Hugo trepando a un ómnibus. ¡Un dios al mismo bajo nivel de cualquiera otra oscura existencia! El que se forja ilusiones desmesuradas de los hombres superiores, quisiera verles en menos prosaicas actitudes. ¡Y qué! ¿Acaso los dioses cuando descendían del Olimpo no se acercaban a las mujeres como hombres y a los hombres como mujeres terrenales? Es natural que el admirador sudamericano quisiera contemplar a su ídolo, verle y oírle en ámbito de tibia intimidad para borrar aquella todavía nítida visión callejera. No es difícil de franquear la puerta del cantor de la *Leyenda de los siglos*, y en el caso de serlo, los inconvenientes desaparecen para el ministro diplomático acreditado ante las Cortes Imperiales de Alemania y Austria-Hungría:

“París 19 mars 1883. Monsieur. Les travaux de M. Victor Hugo absorbant ses loisirs, et ce n'est que hier qu'il a pu prendre connaissance de votre lettre. Il s'excuse du retard de cette réponse et vous accueillera avec plaisir ce soir, Lundi ou Dimanche prochain, à neuf heures du soir. Agrééz mes salutations distinguées. Richard Lesclide”.²⁰

“El día fijado —escribe Cané— recuerdo que amanecí con un dolor de cabeza formidable que aumentó a medida que la noche se acercaba. Comí con Eugenio Cambaceres que me compadecía por mi mala suerte. No podía dejar de ir; no se excusa uno a una cita de Víctor Hugo como a una comida en una mesa real”. En la casa de Olimpo situada en la avenida de su nombre, le recibe y guía M. Lesclide. “Al entrar a un pequeño salón... una impresión insoportable de calor me hirió el rostro. Estábamos al principio del otoño y el día era caluroso.* A pesar de todo, lo primero que vi fué una gran chimenea con un inmenso fuego. Al lado derecho, en un sillón, un anciano con la cabeza y la

²⁰ Inédita. AMC.

* Mala memoria. A la muerte de V. H. (1885). Cané escribe estas impresiones y olvida que fué recibido por el Maestro, no en el otoño, sino en marzo, comienzo de la primavera en Francia.

barba blanca como la nieve, que se puso de pie al verme y esperó". M. Lesclide hace la presentación:

"—*Maitre*, el señor es el caballero americano cuya carta leyó V. con tanto placer y que tiene el honor de representar a su país en Viena.

Víctor Hugo le tiende las dos manos. "Cuando las tuve entre las mías, comprendí que no todo estaba helado por adentro; ese contacto me reavivó y sentí una emoción profunda, pero rápida. ¡Víctor Hugo, Víctor Hugo! me repetía, envolviendo todo en el nombre... Había en la expresión del anciano una dulzura exquisita y una sencillez encantadora. Me pareció poco más o menos de mi estatura, aunque muy ligeramente encorvado".

"—Siéntese V. al lado del maestro y háblele un poco alto —le dice M. Lesclide en voz baja.

"Había en el salón tres o cuatro señoras y algunos caballeros, que me observaban, sin duda prometiéndose el espectáculo habitual de la *gaucherie* de los primeros visitantes. Me pareció la cosa de mal gusto y eso bastó para destruir en mí el último resto de emoción.

"Pero, con o sin ella, ¿qué iba a decir a Víctor Hugo? No lo había pensado, no lo había querido pensar, porque me conozco y sé que no es *ese* el sistema que conviene a mi organización intelectual y porque sentía el ridículo de preparar frases que una batuta que hay dentro de mí y que respeto mucho, me habría impedido pronunciar. Hice lo mejor que podía hacer; me callé, con los ojos muy abiertos, grabándome bien la figura del poeta en la retina... Víctor Hugo me miraba siempre, casi diría con cariño. Fué él el primero que habló.

"—¿Usted habita Viena? Dicen que es una bella ciudad.

"—Sí, *maitre* (el *monsieur* se me habría atragantado en la garganta). Viena es monumental, pero le falta la *expresión* que hace de una ciudad el símbolo de un pueblo, la fórmula de una raza.

"—París la tiene. París no es una ciudad, es un mundo. París es el cerebro humano. Es el órgano visible del pensamiento colectivo.

"Yo había leído ya varias veces eso mismo en los libros de Víctor Hugo, pero lo que me llamó la atención fué el acento con que lo repetía, lleno de solemnidad, como el que debió emplear un griego al hablar de los misterios de Eleusis. Indudablemente yo no me esperaba oír en labios de Víctor Hugo ideas extraordinarias que son incompatibles con la conversación familiar".

Continúan entrando los visitantes y M. Lesclide suele presentar a uno por otro. Episodios de indudable comicidad. Los

amigos de la casa dicen que a Hugo le atormentan con toda suerte de pedidos.

“—Sin contar —dice Cané sonriendo— con la nube de extranjeros que venimos a robar el tiempo al maestro.

“—¡ Oh, no! —dijo el poeta—; ustedes me traen una nota de los países lejanos que tanto habría deseado conocer”.

Entonces Hugo le pide datos de la Argentina haciéndole comprender que no se daba cuenta exacta del país americano a que pertenecía Cané. Finalmente, volvió a tomarle las dos manos entre las suyas y le dijo:

“—*J'ai été très content de vous voir. Dites à votre petite république que je l'aime de même que les plus grands pays. Vivez toujours en liberté. La liberté c'est la vie. Que Dieu vous protège. Et vous, soyez toujours heureux.*

“Me incliné ante él con un respeto profundo y sincero, de una naturaleza bien distinta a la que formulaba en las reverencias solemnes que la etiqueta me había impuesto ante los grandes temporales de la tierra, asegurándole que transmitiría sus palabras a mi patria. Lo de *your petite république* había estado a punto de hacerme sonreír”.

En el curso de la conversación se le ocurre a Cané decirle a Hugo que Carlos Guido y Spano “le había dirigido una oda de viril entonación”. Hugo agradeció “como de algo reciente” lo recibido en otro tiempo y olvidado por completo. Pregunta Cané: “¿*Qué poeta no lo ha cantado en nuestro siglo?...*”

Cuando el visitante vuelve a la calle, advierte que le ha desaparecido el dolor de cabeza. Sale con algo mejor: con un artículo *in mente* que ha de escribir, como buen periodista, en el momento oportuno.*

Cané ha tenido más suerte que Groussac en igual circunstancia. Mme. Lockroy, ex-nuera del poeta, le presenta de este modo: “Monsieur Grusset, padre mío; un amigo de Daudet, establecido en el Brasil...”

* Publicado en *La Nación* de Buenos Aires el 25 de junio de 1885.

VII

BUENOS AIRES EN 1883

Duerme poco y es víctima de reiteradas e intolerables jaquecas. Dijérase que se ha desposado definitivamente con la tristeza. Siéntese extranjero en todas partes, y añora sin cesar lo suyo, lo único digno de ser amado, la madre, los hijos, los amigos que bien le quieren. ¡Tertulias, charlas vivaces que se prologan hasta el alba! Añora también lo otro, la dicha que le procura la que siempre sale victoriosa de sus infidelidades internacionales... Viena es una ciudad elegante, monumental, pero sin la *expresión* de París, según le dijo a Hugo el mes anterior. Viena no es para él, a pesar de la música con la cual de llegada creyó que iba a inmunizarse contra el tedio. En tan extraño ambiente, su soledad derrota todas las defensas espirituales. ¿Dónde está el remedio, si es que puede haberlo, para ese estado de angustia que le deprime de más en más? El remedio está en Buenos Aires. Una mañana, la mejor de sus mañanas vienesas, decide ir a la busca de lo que le falta... ¡La vida!

No bien desembarca y echa a andar por las viejas y queridas calles de Buenos Aires, se transfigura, vuelve a ser lo que ya creía haber dejado de ser: Miguel Cané. Pero ¿es posible que en tan poco tiempo haya cambiado de tal modo su aldea rumorosa? Es una ciudad destinada a cambios perpetuos, en un incesante hacer y deshacer lo ya hecho. Envejecen de tal suerte las cosas que es necesario renovarlas sin que nunca jamás lleguen a caracterizarse. ¿Los habitantes mudarán el espíritu con igual ritmo acelerado? ¿Llegarán alguna vez a tener la personalidad definitiva que les falta? Penosa impresión la del viajero después de tres años de ausencia: busca una casa y encuentra otra, pasa por una esquina y no la reconoce, quiere leer el nombre de una calle y advierte que le han puesto otro. Algún día escribiremos acerca de lo que significan las innovaciones. Llegamos a París o a Londres y todo está en su lugar como la primera vez que vimos esas urbes. "...figuráos un argentino que en el último cuarto de siglo sólo haya venido a Buenos Aires cada cinco o seis años. Embarcado en carreta, lancha, ballenera y vaporcito, a su regreso, atónito, toma tranvía en la dársena sud. Marcha en un boulevard por donde era río; llegado a la plaza de la Victoria, se encuentra con que todos los aspectos de su infancia, esas

visiones que vinculan profundamente para una vida entera, se han transformado. En un primer regreso, la torre del Cabildo desaparecida; más tarde, la vieja Recoba, luego el teatro Colón, la clásica esquina de Olaguer, y, por fin, la Avenida de Mayo que se abre ante sus ojos, tan inesperada, tan insólita, que parece inverosímil. ¿Cómo es posible que en ese kaleidoscopio constante, se llegue a la sensación del hogar? Es que por estos mundos (Europa) todo parece definitivo, o por lo menos, lo es para una o dos generaciones, mientras que en tierra americana los aspectos reales van cambiando como esas telas de fondo que simulan una variación de paisajes..." "...parecíame que en nuestras nuevas sociedades no existe el amor profundo a la villa, a la aldea, al campanario, que ha sido el rasgo fundamental de las razas greco-latinas. Vivimos a prisa, en casas alquiladas, y si edificamos, pronto las vendemos, improvisamos ciudades de una banalidad tan suprema, que cualquier hombre sin canas, recuerda haber atravesado los campos en que hoy se cruzan avenidas sin piedad o se extienden empedrados sin entrañas. Los que tan de prisa transforman el desierto en poblado, lo bajo en alto, lo estrecho en ancho, lo viejo en nuevo, pueden tener la satisfacción de pensar que preparan un porvenir mejor para las generaciones futuras. Cané reconoce ese sentimiento y lo respeta, pero, con un valor mezclado de melancolía, confiesa: "... a riesgo de ser tratado de bárbaro, cafre o visigodo, confieso que me sería grato, de regreso a mi patria, ver algún aspecto de mi infancia, algún delicioso Hueco de Cabecitas, con mucho pantano, mucha pita, que me recordara las rudas batallas a pedradas o los feroces entreveros a moquete limpio, páginas gloriosas que cantan en la memoria de mis primeros años".²¹

La piqueta demoledora, día tras día envejece a estos hombres jóvenes de treinta y treinta y cinco años, creándoles un repentino pasado en cuya lejanía espejea un mundo de cosas tiernas, íntimas, familiares. Ahí anda Adolfo Saldías escribiendo las "páginas gloriosas" dulcemente memoradas por Cané: "Los muchachos más chicos —escribe Saldías— vivíamos impregnados de esa atmósfera idealista de libertad y porvenir... La juventud no era todavía *pompeyana*. No teníamos afición por la calle Florida; el Paseo de Julio nos llamaba con diversiones más gratas; la Plaza del Retiro, donde maniobraban los batallones; la barranca de San Fernando, donde nos empeñábamos

²¹ CANÉ: *Notas e impresiones*, págs. 23-25. Arnoldo Moen, editor. Buenos Aires, 1901.

en descomunal combate, adoptando, respectivamente, las banderas que se disputaban el predominio político. No conocíamos ese monstruoso sarcasmo del *high-life*, inventado después por algunos argentinos naranjos, como llamaba el Libertador a sus paisanos que reventaban de gozo al imaginarse Príncipes o Comendadores".²²

Volvemos a la picaresca... Saldías y los suyos pertenecen a la generación que reverencia el tradicional coraje criollo. A mucha honra tenían las riñas a la luz del día, en el lugar más céntrico de la ciudad, con los peones del mercado "que transportaban los productos y desperdicios del mismo en sacos de cuero llamados *tipas*" (Saldías). En realidad eran pilluelos distinguidos, nacidos y educados entre guerras y revoluciones que, con el hálito de la muerte despiertan instintos destructivos. ¡Y con qué deleite recuerdan luego las proezas callejeras!

Miguel Cané piensa en cosas más inmediatas. Su yo actual debe ser ceremonioso y pulcro según acaba de recordárselo un diario... El Ministro plenipotenciario en Alemania y Austria-Hungría tiene que meditar en su doble destino, diplomático y humano. Presiente que si no le cambian de legación enfermará seriamente en las frías capitales germanas. París es el gran sueño —el sueño de muchos—, pero Mariano Balcarce, aunque achacoso, no abandona el puesto. Sus amigos, que los tiene en cada ministerio y en el Congreso, le prometen que todo saldrá según lo desea. Cree. Como todo hombre sincero cree en lo que le prometen, olvidando, tal vez, que ningún político genuino puede decir no, cuando algo se le pide.

En el mes de estancia en Buenos Aires, no logra lo que desea. Resignado debe regresar a Berlín y Viena donde la nostalgia del sol latino le sumerge en los estados depresivos que le conocemos. ¡Si en sus manos estuviese el poder renunciar para seguir otro camino!

¿Y Sarmiento? Más huraño que nunca. Su salud tampoco es buena con los muchos años que lleva encima. En vísperas de la partida, Cané recibe la carta que sigue:

"*Sarmiento a Miguel Cané.* Exmo. Señor Ministro. Mi estimado amigo: No anduvimos afortunados en vernos, y como poco teníamos que decirnos, nada perdió V. en ello, faltándole tiempo para recibir las muestras de afecto de sus amigos.

"Ahora tengo un motivo especial para dirigirme a V; y ocasión de retribuir V. a sus amigos los favores recibidos.

²² ADOLFO SALDÍAS: en *Obras de Pellegrini*, t. II.

Joven como es V. no debe buscar en lo pasado sus títulos a la consideración pública, sino en los servicios con que justificarán tales distinciones. Ni aun yo reposo sobre laureles que se marchitan cada día si no se renuevan con ramas frescas. La Conferencia que le remito y los discursos cambiados le mostrarán las feas llagas de su país; pero no es compasión como dijo el que dijo, lo que necesita sino mano firme, y hábil curación para cicatrizarlos. Se trata de hacer una Biblioteca Popular circulante como las que verá en los Estados Unidos; y para ello los hombres altamente colocados como V. pueden contribuir mucho. No le pido sus ahorros que han de ser escasos; pero su inteligencia, su literatura y su buena voluntad se las debe a su país.

“Pido a los Estados Unidos, a Domínguez para servir de lastre a la Biblioteca, los documentos públicos que aquella nación prodiga a las otras para su adelanto recíproco; a otros los del Instituto smithsoniano, a otros, otros, etc. El gobierno prusiano nos mandaba siempre sus trabajos, las copias de la columnas del Panteón en Roma, cuyos capiteles fueron puestos por mí siendo ministro en Buenos Aires en el frontis de la Catedral. Este gobierno es riquísimo en trabajos arqueológicos, con sus descubrimientos en Olimpia, con los de Lepsius en Egipto, y tantos otros. Todo esto y cuanto V. crea útil debe pedirlos, pues basta hacerlo, afin de enriquecernos con el trabajo de la nación que hoy está a la cabeza del movimiento intelectual. ¡Qué campo para un joven ministro, que cual otro Anacarsis, o Tales pide a las antiguas naciones sus archivos para comunicarlos a su país! Se han publicado 14.000 libros el pasado año. Hay cien universidades, academias, asociaciones, que todas poseen libros y continúan cual fuentes, lanzando a borbotones el raudal de agua que apaga la sed.

“Poco ha de tener que hacer allí en la política. Los Estados Unidos tienen por regla mandar plenipotenciarios a sus Banevafl-Mobley, y tantos otros. Ya que la República manda jóvenes, no deje burladas sus esperanzas. Enriquezca con sus estudios allá, pues nada tenemos que ostentar nosotros y comunicarles.

“Dicho se está que V. escriba, anime, agite. Una linda carta haciendo brillar a los ojos, como joyas, los primeros libros, mapas, yesos que reuna, y nos envíe bastará para excitar interés, y no perder de vista a su Ministro que sin tales trabajos, puede sepultarse en el egoísmo que ya distingue a sus predecesores en la carrera. Les escribo; pero

el látigo de la Enmienda ha de alcanzarlos, si creen que la patria es sólo una caja para libras. Esperando de V. mucho, muchísimo (palabra ilegible) *D. F. Sarmiento*".²³

El 8 de junio de 1883, en el barco que le conduce a Europa, puede Cané repetir el verso de Byron que tanto le place, convertido hoy en lugar común: *once more, upon the waters*. Esta es su buena suerte; atravesar cada dos, tres o cuatro años el océano que abomina para vivir en soledades que le agravan su tristeza.

VIII

CANÉ Y LA LITERATURA ESPAÑOLA

En Europa, por julio, Cané reanuda su vida habitual con relativo optimismo. El general Roca, con quien todavía mantiene cordialísima amistad, le ha prometido seriamente la Legación en París. Debe aprender a esperar. En eso está, y mejor acompañado, por añadidura. Con frecuencia llegan amigos de su intimidad. Ahora tiene a Pellegrini y a Roque Sáenz Peña, que por primera vez visita el continente hechizador. Después del Morro de Arica, se sospecha que al ex-prisionero de San Bernardo no le sentará mal esta vacación espiritual. También él quiere ser ministro diplomático, y no le faltan las conabidas promesas de Roca. Pero Sáenz Peña sigue teniendo rarezas como si todavía no hubiera adquirido el dominio de sí mismo que le admiraban propios y extraños. ¿Qué le pasa?:

"*Miguel Cané a Bernabé Artayeta Castex. Luxeil-lesBains*, 5 de agosto de 1883: Mi querido Bernabé: puedes figurarte el placer inmenso que he tenido al encontrarme en París con casi todos mis amigos! Pero la verdad es que, con Roque, no hay casi momento en que no tengamos presente, sobre todo si llevo a Roque a alguna parte donde queda extasiado. No se olvida ni un momento de tus recomendaciones, en virtud de las cuales ha declarado estar dispuesto a pasar por todo.

"No te diré que en los idiomas sobresalga; en Londres se ponía furioso porque nadie hablaba francés, hasta que en un

²³ Carta inédita. AMC.

café le reventó un mozo parisién puro que le largó el más refinado: *Qu'est-ce que monsieur desire?*

—*Ah! vous parlez francais?*

—*Mais oui, monsieur.*

—Yo, no.

“Lo tomaron por loco. ¡En París tiene tendencias a hablar en inglés! Pero todo eso pasará pronto, gracias a dos o tres gramáticas *vivas* que no le faltan en este centro. Creo que el viaje le hará un bien inmenso por poco que haga de su parte”.²⁴

Otra alegría le sigue a Cané al enterarse de que Martín García Mérou ya está en Madrid. Es lo que deseaba con fervor, tener más cerca a su hijo adoptivo para guiarle los pasos y, sobre todo, espiarle las lecturas y medirle los entusiasmos literarios cuando los considera excesivos. En seguida reanudan las pláticas epistolares. Martín le envía noticias agradables. Cuando llegó a Madrid procedente de la Guayra, el doctor José C. Paz no estaba:

“*Martín García Mérou a Miguel Cané, Biarritz, 20 de agosto de 1883: ...a fines de julio me embarqué en la Guayra para Santander. Allí tuvimos cuarentena, y por fin, después de muchos contratiempos llegué a Madrid, sano y salvo. Paz no estaba. Se encontraba en París, disponiéndose para venir a este punto con su familia. Por indicación y pedido que me hizo me atreví a volver a encajonarme en wagon, y sin echar de menos a las mulas colombianas, ni a los carruajes de la Guayra (!) he venido a pasar unos días con mi Gefe y a hacer el trabajo atrasado de la Legación. El Sr. Paz me ha recibido con mucho cariño y mucha amabilidad. A pesar de tener un carácter muy delicado, muy *froissable*, creo que nos entenderemos muy bien. Añada V. a esto que me encuentro aquí con Mitre y Udaondo, dos grandes amigos míos...*”²⁵

Cané contesta sin demora: “Me alegro infinito que Paz le haya recibido bien. Es un carácter raro, pero lo creo leal y recto; eso es todo. Me parece que con él no hay que temer cancanes, sino rompimientos, y esos sabrá usted evitarlos con dulzura y cumpliendo su deber como siempre lo cumplió”.²⁶

²⁴ Carta inédita. CJA.

²⁵ Carta inédita. AMC.

²⁶ BNBA.

La carta que sigue revela un acontecimiento. García Mérou en Madrid acaba de descubrir la literatura española... Habitua-do a leer en francés, y víctima del galicismo mental como su maestro, le comunica con alborozo la existencia de genuinos valores intelectuales en España: "Hasta ahora no he tenido relaciones. Hice la tontería de guardar mis cartas de recomendación, pero desde hace días he empezado a presentarlas y no tiene V. idea del cariño con que me reciben todas las personas... El círculo literario es el más agradable y el más accesible. Vale-ra acaba de llegar de Portugal, y voy a ser presentado a él. De reuniones, muy lindas, en que se charla, se oye música, etc., etc. Soy íntimo amigo de Menéndez Pelayo que me aprecia y me distingue más de lo que yo esperaba. No puede V. imaginarse la sorpresa que he tenido al conocerlo. Está muy lejos de ser el espíritu retrógrado y fanático que uno supone. Conoce admirablemente las literaturas extranjeras y tiene en todas las materias ideas originales y propias, nacidas por la observación personal y llenas de novedad y franqueza. Me ha encantado encontrar un tipo tan distinto del que yo creía. ¿Cuándo aparece su libro *Viajes*? Estoy rabiando por verlo y comparar algunas cosas con las que yo tengo escritas entre mis papeles".²⁷ Poco después vuelve a escribir:

"*Martín García Mérou a Miguel Cané. Preciados 9. Madrid, 17 de noviembre de 1883*: "Recibo su carta del 11 con verdadero placer aunque en ella nada me dice V. de la anterior mía. Me pregunta V. si tengo relación con algunos literatos españoles o con algunos periódicos literarios para remitirme ejemplares de su libro *En Viaje*. Contesto: Hasta hace poco he tenido solamente la relación íntima de Menéndez Pelayo que es un verdadero prodigio de genio y de erudición, uno de esos hombres sin igual y sin precedentes. Ahora, con motivo de haber asistido a las reuniones de D. Leopoldo José de Cueto, Marqués de Valmar, Miembro de la Academia, etc. etc., y de haber presentado cartas a Cánovas y otros, puedo decir que me encuentro en contacto con lo mejor del mundo literario. Un dato le daré a V. más que nada: van a nombrarme Miembro correspondiente de la Española porque dicen que "mis luces podrán ser de gran utilidad para la formación del Diccionario", y, esta es la más gorda, Miembro de la Real Academia de la Historia, propuesto por Don Pedro de Madrazo, de manera que me sentaré si la cosa se lleva a efecto como es seguro, al lado de Cánovas, Madra-

²⁷ Carta inédita. AMC.

zo, Castelar, Moret, etc. etc. Todo por tener curiosidad e interés para permanecer tres horas oyendo las disertaciones de estos caballeros que, en su especialidad, son verdaderamente sorprendentes...

"Mándeme V. pues, 10 ejemplares, por lo menos, por ahora. Si quiere ponerles dedicatoria, ahí van los nombres: 1º Manuel Cañete, crítico ilustrado, el primero de España, de la Academia Española, etc., etc., 2º Juan Valera: V. ya lo conoce; todo elogio es pequeño para él. 3º Leopoldo José de Cueto, Marqués de Valmar (poeta?) distinguidísimo. 4º D. Pedro de Madrazo, historiador, crítico y poeta —*hors ligne*. 5º Luis Alfonso. Redactor de "*La Época*". Poeta que ahora está de moda y crítico. 6º Ortega Munilla. Escribe en "*El Imparcial*". Ama el galicismo; V. lo conocerá por las correspondencias a "*La Nación*". 7º Abelardo de Carlos de la "Ilustración Española y Americana" o José Bosch, secretario de la redacción— el segundomejor. 8º Menéndez Pelayo. 9º Cánovas del Castillo.

"Puede V. mandar 2 sin dedicatoria que yo los repartiré y enviaré a V. todo lo que se diga sobre él. Haré escribir mucho y bueno. Hasta pronto. Conteste a su afmo. amigo".²⁸

Cané responde a la primera parte de manera inusitada:

"Cáspita, y qué honores los que encima le caen! ; Y qué entusiasmos los suyos por todos esos caballeros cuya irradiación genial no sospechaba mi ignorancia! Ese *Menéndez Pelayo*, *genio sin precedente*, según la frase de usted me tiene abortito. Así, Shakespeare, Cervantes, Molière, Goethe... (pendejos, ¿eh?) Pero hombre ¿qué ha escrito ese señor Pelayo? ; Habráse visto libreros más estúpidos que los de este mundo ignorante! ; Ni en una vidriera he visto el nombre del señor Pelayo! ; Y aún se cita al *Quijote*! ; Y aún se lee a Hugo y Musset, aún a Núñez de Arce, cuando el señor de (apellido ininteligible) hace versos *hors ligne*! ; Y el señor de Cueto que se me quedaba en el tintero? ; Y Valera? ; Y Munilla?... el siglo de Augusto, el *siècle* de Luis XIV, la España del siglo XVII, la pléyade de Weimar, el reino de Isabel de Inglaterra, el grupo de 1830, el Renacimiento italiano, la *coterie* de Pericles..."²⁹

²⁸ Carta inédita. AMC.

²⁹ BNBA.

"Y yo que comía pan en la paz de mi conciencia! ¿Sabe lo que conozco de todos ellos? *Pepita Jiménez*, de Valera (deliciosa) y tres o cuatro novelas abominables. "*Traductores de la Éneida* de M. Pelayo... y pare usted de contar.

"Mándeme esas obras maestras; pero no comeré a mantel ni folgar en lecho hasta haber hecho enmienda honorable".³⁰

La polémica prosigue sobre la manera de valorar la literatura española. "Hay para mí —escribe Cané— dos hombres de talento en España, entre otros se entiende: Núñez de Arce y Echegaray. Usted no los cita, sin duda porque teniendo *precedentes*, no entran en la categoría de su genio sin *igual*". No tolera Cané los elogios de García Mérou, que le suenan a ditirambos y le arrancan airadas exclamaciones: "¡Cabeza ligera y pluma puta! Piense más lo que escribe y que no se le escapen esas cosas en letras de molde porque ni la Real Academia de la Lengua lo va a limpiar del ridículo ¿entiende?". El pobre Martín debió estremecerse con el inopinado denuesto, muy cervantino, desde luego, y también muy shakesperiano. ¿No sería más cuerdo tomarse el trabajo de leer al señor de Pelayo antes de enfilarle los adjetivos que le destina? Por entonces don Marcelino sólo cuento veinticinco años y ha publicado los dos primeros volúmenes de su vehemente *Historia de los Heterodoxos Españoles*. Pero nuestro crítico irascible prefiere deleitarse con Echegaray, el "estupendo mamarracho", según lo calificara Ganivet. Con alguna frecuencia le vemos a Cané perderse en sorprendentes entreveros de valores positivos y negativos. García Mérou esta vez levanta la cresta picoteada hasta sangrar y lo arremete afiladísimo el espolón. ¿Cómo se aventura su mentor a juzgar autores cuyas obras jamás ha tenido en las manos?

"*García Mérou a Cané. Hotel de Roma, 61. Madrid, 31 de enero de 1884*: "...¡Qué filípica la de aquella valiente carta! ¿Recuerda él el primer canto de Orlando? Allí también hay un caballero que se mete a peleador y, sin saber cómo ni cuándo, es arrollado por su centauro y queda debajo de la barriga de su caballo. Me considero el vencido, pero solamente a medias —quizás porque he meditado con detención sobre el punto— quizá por vanidad... Así no deja de extrañarme, por ejemplo, que V. se apresure a condenar con esa sátira *à outrance*, que es uno de los más preciosos atractivos de su estilo, autores cuyas obras principia

por confesar que no ha leído. ¿Mandárselas? —tendría que enviar una biblioteca y algunas están en formatos muy incómodos para el correo, como las de los *Heterodoxos Españoles* de Menéndez y Pelayo. Ciertamente, mi carta pecaba por un poco de entusiasmo; pero hay que convenir que V. ha contestado al disparo bullicioso de una carabina Remington con una andanada de a seiscientos. Si mis héroes no son tan grandes como yo los veo, tampoco son tan pequeños como V. les hace...³¹

El de Viena se defiende (nunca levanta bandera de parlamento): “usted me critica que haya juzgado sin leer; pero oígame con atención. ¿Conoce usted muchos hombres con más coraje para la lectura que yo? ¿No sabe usted que es mi pasión y mi consuelo? Ahora bien, si no he leído las obras de esos señores ¿es precisamente culpa mía? ¿No es acaso porque no figuran en el campo intelectual?” La respuesta dista de ser satisfactoria. Todos le reconocen su capacidad de lector infatigable, mas en este caso, hay falta y retardo en la información, y es falta grave el negarles existencia en “el campo intelectual” a los escritores que todavía no ha tenido tiempo de frecuentar. Si no “existen” es en él, porque se ha demorado con exceso en las literaturas de su predilección, la francesa y la inglesa. Ha dicho, sin embargo, que está dispuesto a hacer enmienda honorable. El honrado propósito le atenúa un tanto la culpa. Reconoce que anda menesteroso de lecturas españolas y encarece el envío de obras de valer. “...Tengo deseos de leer. Mándeme una obra, una sola, le ruego, pero cuyo estilo, como elegancia y pureza castiza, esté consagrado por la opinión inteligente. Necesito urgentemente estudiar el español porque mi galicismo crónico empieza a pasar todo límite permitido y temo hasta perder mis condiciones ingénitas de estilo”. Ahora, sí, es la cordura la que habla. En otra carta vuelve a pedir lo mismo, condicionando en los envíos que sean obras maestras, “si novelas, como las de Dickens; si de historia, como las de Renan; si de poesía, como las de Coppée...” Vuelve al entrevero: ¡Coppée! García Mérou no acierta aunque se desvive para complacerle y ponerle al día, pues le hace llegar libros de crítica literaria que rechaza Cané: “Será buena, dice, pero es un signo de decadencia”, “Créame, porque le habla un dolorido; como la mujer de la Biblia, lloro mi esterilidad... Valera tiene el ovario en buen estado; *Pepita Jiménez* lo prueba...” (Sigue una frase capaz de enrojecer a un mono).

31 Carta inédita. AMC.

Continúa el rabelesiano: "enseguida se envició, cohabitó con gallegos soeces y dió a luz sus romances deplorables. Aunque lo arruine, búsqieme una edición chiquita, cómoda, de las *Vidas de Capitanes Ilustres* de Quintana. Quiero leer en español".³²

Lector febril, valeroso, pero difícil de satisfacer. Martín, tal vez perdida la última esperanza, manda una novela, *Sotileza*, Cané la lee, la devora, y no bien la termina le escribe al paciente corresponsal:

"...Es un libro shakesperiano; y usted que conoce mi admiración apasionada y violenta por el poeta inglés, sabrá valorar mi elogio. Hay más color en *Sotileza* que en todas las telas de los venecianos reunidas. Eso es naturalismo, ¡hinojo! ¡Eso es verdad, eso es vida, cuerno y recuerno! Bajo ese aspecto, pongo a Pereda a cien codos arriba de Zola. Figúrese a ese hombre conociendo el mundo parisiense como conoce el microcosmo santanderino, y ayúdeme a sentir. Se necesita no sólo una observación incisiva, un poder intelectual tremendo, sino un don natural para penetrar así a la región confusa de esos cráneos en embrión, de esas crisálidas de hombre. No basta concebir en esos casos; es necesario expresar, rendir, traducir el pensamiento. Usted que plumea, como yo, sabe, menos que yo, porque yo cepillo más, lo que cuesta vestir una idea que se ve, desnuda, pasearse esbelta por el espíritu. Eso es maravilloso en Pereda. Muergo es Caliban, escapado de la isla de Próspero, sobre un tronco de árbol y caído a la playa de Santander entre la resaca. Lo que es admirable, cierto, íntimo, un sondazo hon-do como un pozo a la naturaleza humana, es la pasión carnal, brutal, de *Sotileza* por el monstruo, más violenta si cabe que los rugidos de lascivia de Muergo. ¿Y los *firvoles* de Cleto? ¿Quiere nada más bueno que ese análisis moral, de una delicadeza infinita, pero aparentemente tejido con la burda materia que secreta el alma de ese semi-bárbaro? Las Mocejón dan cuatro cuerpos a las viejas harpías clásicas y éstas ni las ven. Son hermanas de la bruja de Macbeth; la madre me recuerda la *mègere* asquerosa que prepara el filtro para Fausto, mientras los perros cantan con gran aplauso de "Monsieur le Baron". Andrés, trazado de mano maestra, pero ya lo conocía; es hermano de Pedro Sánchez. Anoche se me erizó el pelo leyendo la descripción de la galerna, y en el insomnio, he visto constantemente a Andrés, en la

³² BNBA.

popa, pálido, desencajado, gritando: "Jesús y adelante", mientras la barca y el padre en la orilla, tiene el alma sobre la cresta de la ola que la arrebató!... Decirle el afán que tengo de mandarle una pomada al *pae* Polinar para sus párpados en carne viva! ¡Y lo que he pujao pá el sermón! ¡Y la filosofía en el fiasco!... No, mire, váyase a lo de Pereda y dígame que, día más, día menos, un hombre va a entrar como una bomba en su cuarto, lo va a apretar contra el pecho hasta hacerlo crujir y se va a largar sin decirle esta boca es mía. Que no busque largo: seré yo".³³

Difícilmente podrá continuar alejado del latir español. Es España la que ha triunfado y con ella el paciente Martín García Mérou. Día tras día Cané se siente más próximo a España y con mayores deseos de ser ministro argentino en Madrid, anhelo que se prolonga porque la salud del Dr. José C. Paz no es tan mala como el rumoreo dió en considerarla.³⁴

Si bien todavía insiste en salpicar su prosa con palabras francesas innecesarias —el feo *constatar* campea soberano— encomia la urgencia de purificar el lenguaje cuidando el casticismo de los giros: "Le encuentro el estilo mucho más español... Por lo demás, aplaudo la reacción contra el galicismo à outrance, porque la resultante será un estilo con la marcha ligera del francés y la sonora riqueza del español". A su hora Groussac haría suyo el mismo concepto: "Confieso que tendría por ideal literario (en América, se entiende) alcanzar la corrección gramatical española sin perder el contorno nítido y el andar nervioso del francés".³⁵ Si a tiempo lo advierten, sólo de ellos depende el concentrarse o no en una obra que demande esfuerzo, calidad y nobleza. Nada les obliga ya a escribir *corrente calamo*, como en las noches agitadas del periodismo político, fecundo en licencias verbales y desaliños de forma. Cané hace examen de conciencia. Es necesario terminar con los tanteos y probaturas, meros ejercicios, sólo buenos "para hacerse el brazo y aprender a manejar el florete". Algo más le dice al pulcro discípulo: "Una vez reuní yo también mis *Ensayos* e hice mal. Hoy tengo esparcidos por ahí materiales para dos gruesos volúmenes y me hacen proposiciones para imprimirlos: ¡*nequaquam*!... El mundo intelectual marcha a la sen-

³³ M. GARCÍA MÉROU: *Recuerdos literarios*, XL, Félix Lajouane, editor. Buenos Aires, 1891.

³⁴ El doctor José C. Paz murió en 1912, en Monte Carlo, siete años después de Cané.

³⁵ P. GROUSSAC: *El viaje intelectual*, primera serie; prefacio. Librería de Jesús Menéndez. Buenos Aires, 1904.

cillez. Que todo no sea reflejo de lecturas... Me gusta más el estilo suelto y fácil de alguna de sus cartas particulares que el lirismo constante y un poco 1830 de su libro. Muy probablemente podría usted hacerme los mismos cargos, pero a más de que ya lo he dicho creo tener más gusto que facultad literaria, su argumento *ad hominem*, si bien justo, no viciaría en nada mi tesis. No detengo jamás a un amigo pobre para criticarle su *toilette* descuidada y deficiente; pero si tiene recursos abundantes le indico sin reparo la necesidad de renovar el guardarropa".³⁶

Bueno es el grito de la conciencia a condición de que no tonifique el complejo de inferioridad que por primera vez confiesa. ¿En qué funda la creencia de que posee más gusto literario que facultad creadora? En que no lleva a término lo que desea y le apasiona. No es la crítica, género que cultiva desde la mocedad, sino la novela a lo Dickens y ahora a lo Pareda, lo único que colmaría sus ambiciones literarias. Su drama consiste en que no se conoce a sí mismo, motivo de tristeza que puede convertirse en causa de autoaniquilación, pues no carece de las cualidades que la novela exige. Esas cualidades de narrador y observador las exhibe en sus relatos breves, aunque desiguales: *Los músicos de la montaña*, *El canto de la sirena* y *Las armonías de la luz*, y con mayor potencialidad y maestría de ejecución aparecen en los tres capítulos de novela inconclusa titulados: *En el fondo del río*, *De cepa criolla* y *A las cuchillas*, en nada inferiores, y aventajando en estilo, a *La Gran Aldea* de Lucio V. López, *Música sentimental* de Cambaceres, e *Inocentes y culpables* de Juan Antonio Argerich. Por lo que toca al menosprecio de la crítica como expresión de decadencia, es peregrino y sin base que lo fundamente. Acaso llame crítica al género chico de la nota periodística intrascendente cuando alaba como cuando censura, pero la verdadera crítica posee otra jerarquía, se distingue por su sentido creador y artístico, y se le deben positivas y grandes creaciones filosóficas, literarias y artísticas. El tema, por seductor, me llevaría a extensas disquisiciones que no son de lugar.

Cané se ha reconciliado con España y tiene resuelto escribir en castellano. ¿Cumplirá?

IX

PUBLICACION DE "EN VIAJE"

"Usted sabe que tengo la piel susceptible"

CANÉ a GARCÍA MÉROU.

Corre a su fin el año de 1883. En las postrimerías de noviembre, recibe una carta que lee muchas veces y subraya los párrafos que más le han impresionado:

"El general Roca a Miguel Cané. Buenos Aires, 17 de octubre de 1883: Mi estimado amigo. Ya extrañaba su silencio cuando recibí su carta de París de fecha 19 de agosto. Mucho me place el saber que ha ido satisfecho de sus amigos y compatriotas por la acogida de que ha sido objeto al volver a la Patria después de algún tiempo de ausencia.

"La ausencia, como la distancia, borra las (asperocidades), los pequeños detalles para no dejar sino las buenas calidades, los grandes contornos. Así le ha resultado a Ud. cuyas buenas prendas resaltan y se agrandan a lo lejos.

"Han pasado por otra parte para Ud. esos tiempos en que los excesos de savia de la juventud, hacen mirar el mundo a través de las utopías y quimeras de la imaginación, dejando sólo al hombre maduro y al pensador con el sentimiento claro de la realidad de las cosas. Hay que tomar a los hombres y a los pueblos como son, como Dios los ha hecho, como no pueden dejar de ser para estar más cerca de la verdad y poderlos conducir o servirlos mejor si el destino lo coloca a uno entre los maquinistas o timoneles. ¡Cuántos hombres hemos tenido nosotros que han detenido, unos el progreso del país; otros causado grandes daños y perjuicios por haber carecido de ese instinto de la posibilidad y andado toda su vida a tientas!

"Veo con gusto que Ud. no pertenece a esta familia más numerosa en el mundo de lo que uno puede imaginarse. Sus impresiones sobre mi gobierno son consoladoras y compensan en algo tanta lucha y contrariedad.

"Creo yo también que, por fin, tenemos gobierno dotado de todos los elementos necesarios para conservar el orden y la paz; sin menoscabo de la libertad y derechos

legítimos de todos. Este ha sido mi principal objetivo desde los primeros días.

"La revolución, el motín o el levantamiento, fraudes máximos ya no son ni serán un derecho sagrado de los pueblos, como hemos tenido por Evangelio, por quíteme esas pajas. De Buenos Aires a Jujuy la autoridad nacional es acatada y respetada como nunca.

"Tejedor ha sido el último mohicano.

"Nuestras instituciones reciben la última mano sin peligro de cambios de sistemas, reelecciones, ni dictaduras.

"El mando lo transmitiré en paz, de buena gana como quien se alivia de un gran peso, conforme a los principios constitucionales. Y ojalá, perdone la inmodestia, que mi sucesor se me parezca en desinterés y templanza. ¿Quién lo será? Aun no lo sospecho. Ninguno hasta ahora levanta cabeza como para imponerse a la opinión".³⁷

Cané se deja caer en largas meditaciones. ¿El general Roca es psicólogo y penetra como un rayo de luz en el alma oscura de las personas y de las multitudes? Con la mano al pecho recuerda el segundo párrafo de la carta. Según eso a él le tienen, o le han tenido por hombre de "asperosidades", "utopías", "quimeras", y sólo a la distancia resaltan y se agrandan sus "buenas cualidades"... Tiene razón el militar-psicólogo: la lejanía dilata las virtudes arquetípicas. En cambio, cuando nos tienen al alcance de la mano sólo nos ven las verrugas, el lado por el cual cojeamos; de ahí que nadie sea héroe para su *valet de chambre*. Mejor será entonces permanecer en Europa todo lo más que pueda su energía en lucha con la nostalgia.

De hoy en más hará poco caso de las burlas de Wilde:

"*Eduardo Wilde a Miguel Cané*: ¡Ah! Miguel, si fueras tilingo, ¡qué felicidad! —no andarías por esos mundos paseando tu aburrimiento i serías probablemente un señor Don Miguel Cané, gordo, casado con alguna hija de estanciero i mui interesado en asuntos municipales. Yo estoi bien relativamente pero sólo estaré contento cuando me dedique a escribir novelas".³⁸

La carta de Roca llega en momento oportuno. Se convence de dos cosas: que debe limar sus "asperosidades" y que siempre debe estar ocupado en algo absorbente como ahora

³⁷ Carta inédita. AMC. *En todas las cartas la ortografía es respetada.*

³⁸ Inédita. AMC.

lo está: los barcos argentinos que se construyen en Trieste; los marinos que le visitan y suelen darle dolores de cabeza cuando no se comportan dignamente; los médicos y estudiantes de Buenos Aires que siguen cursos de especialización en hospitales de Viena; el estudio del alemán —¡maldito idioma!— que jamás hablará ni comprenderá. El alemán le inspira denuestos y donosas ocurrencias: “Yo, en otro tiempo, cuando quise recuperar los largos años perdidos y dar examen general estudié los códigos Civil y de Comercio (¿durante?) casi cuatrocientas horas, sin más intervalo que el reposo de la noche y las comidas. Pero la hazaña de Susini me confunde,³⁹ la obra del doctor Vélez Sársfield es, al lado de la gramática alemana, como *Los Tres Mosqueteros* al lado de la ley de contabilidad Nacional!” También ha debido cuidar de su salud, nada brillante, hasta que, después de someterse a numerosos clínicos franceses y alemanes, el vienés Kapasi, le acertó con el diagnóstico: “... usted tiene una afección al hígado adquirida bajo un clima cálido (los deliciosos y permanentes 40° del Magdalena) y agravada por el cambio brusco al clima frío de Alemania”.

En vez de dolerse tanto, Cané debiera recordar el don de lenguas, carismático por excelencia...

De mayor interés para escritores y libreros es la noticia que le hace llegar a los amigos. Primero a Martín García Mérou: “mi libro *En Viaje* está concluyéndose de imprimir; le mandaré uno de los primeros ejemplares”. Y revelando la torturante idea fija que le trabaja el espíritu, repite lo preguntado en cartas anteriores: “...Tengo suma curiosidad por saber qué piensan en Madrid de nuestro estilo y de la lengua que hablamos. Creo que me pegarán duro y ese es mi objetivo principal, porque esa crítica me hará bien y usted sabe lo que entre nosotros no se puede esperar sino *l'enterrement* o el panegírico”.⁴⁰ Su estilo, su manera de hablar el castellano ya no son cosas para ser desdeñadas. Le angustia la suerte de ese hijo del espíritu que pronto echará a vagar por las avenidas del mundo. El crítico severo teme la severidad de los demás. ¿Cómo andamos de vocabulario, y de gramática, y de solecismos? ¿Dirán que mi prosa es desordenada y desazonante? En todo esto se entrega con

³⁹ Doctor Telémaco Susini. “...a quien no veía desde las aulas del Colegio Nacional, a donde él iba a sentarse cuando yo las dejaba, ha llevado a cabo un *tour de force* que me ha dejado atónito. Llegó a Viena sin saber una palabra de alemán; al mes empezó a entender, pudo seguir los cursos y tres meses después, lo hablaba con corrección. Ha estudiado durante ese tiempo ocho horas diarias. (De Cané a Pellegrini. En *Obras de Pellegrini*. Edición del Jockey Club, t. II. Buenos Aires, 1941).

⁴⁰ BNBA.

cavilosidad mayor de la acostumbrada. Poco después vuelve al mismo tema: "El cuadro que me hace del movimiento intelectual español es (alhagador)⁴¹; pero yo quisiera verlo traducido en hechos. Tengo hambre de leer en mi idioma una obra seria y de mérito. Si algo bueno se publica mándemelo en el acto; esa furia traductora es, para el que mira de lejos, una muestra de impotencia. Toda esa actividad esparcida necesita concentrarse en un cerebro algo más poderoso que el de Valera o el de Menéndez Pelayo".⁴²

También hay que preparar el ambiente en Buenos Aires. Piensa en Lucio: "Mi libro *En Viaje* ha sido impreso por Garnier frères; como verás, no tiene nada de particular. Pero Garnier me ha hecho rabiar demasiado para que vuelva a ocuparlo. En Viena estoy imprimiendo un pequeño volumen bajo el título de JUVENILIA (los recuerdos de Colegio). Cuando tenga un ejemplar te lo mandaré para que me digas si te gusta el estilo tipográfico. Espero que en este verano habrás concluido y que para marzo tendré los originales.⁴³ Te apruebo la idea de mandar una copia de máquina; mi letra, que es clara (no hoy que vengo de la calle y tengo la mano helada) es ininteligible para los tipógrafos de París y Viena... Dentro de quince o veinte días tendré uno de los primeros ejemplares de mi libro *En Viaje*. Para darte una idea de la materia, te adjunto ese índice, para ti solo, pues no deseo lo publiques".⁴⁴

El motivo de inquietud, por fin, sale a la busca de luz. Es otra clase de viajes estos que realizan los libros. ¡Qué vida aventurera llevan ahora desligados del padre y a la vez madre que los engendró y parió! No hay manera de saber el rumbo que toman los muy troteros, ni de las casas en que entran, ni de las manos que los abren, ni de la mirada que se posa en las páginas. ¡Mejor no saberlo! A Viena empiezan a llegar los juicios. Y como Madrid está a uno o dos días de correo, es el de García Mérou el que toma la delantera. Ya tengo dicho que a este Martín que va de camino a hombre, en ocasiones se le alza la cresta y le hace frente a su maestro.

"García Mérou a Cané: ...Ahora las observaciones principales que se me ocurren. La Introducción me parece *déplacée*, así como el capítulo del Canal de Panamá, que

⁴¹ Es la ortografía tolerada hasta en los diarios de la época (1860-1885). Tengo a la vista una carta autógrafa de Alberdi en la que emplea la misma grafía.

⁴² Viena, 14-11-1883. BNBA.

⁴³ Se refiere a *La Gran Aldea*.

⁴⁴ CLVL.

salen del tono general del libro. Después hay demasiado optimismo en algunas partes y desde la llegada a Bogotá el autor ve todo a través de un vidrio rosado. Para los que estamos en el secreto y hacemos la parte del entusiasmo inspirado por otras causas, eso no es defecto. Para los legos, sí. Muy pocos, después de leer esos capítulos, resistirán al placer de tomar rumbo a aquel paraíso. Después, demasiadas personas, muchos nombres y elogios, un derroche de benevolencia que es exagerada para parecer del todo sincera. En suma, todo lo que es observación, narración, descripción, muy notable. En lo demás se ve frecuentemente el *parti pris*, la idea preconcebida de ver todo bueno y el deseo de convencerse a sí mismo poetizando las cosas, para convencer a los demás. Pronto le mandaré un *compte rendu* del libro, donde hablaré con más detención. Por ahora dígame con franqueza si exajero o me equivoco... Mándeme *La Vida de Colegio* y dispense la falta de vergüenza con que pido".⁴⁵

Cané contesta a vuelta de correo, valga el lugar común, que denota el summum de celeridad. En primer término justifica la "Introducción" y el capítulo sobre el Canal de Panamá, "porque todo no ha de ser Tequendama y Altozano". Ha premeditado ambos trabajos, lo dice con su rebozante sinceridad, porque "temo no escapar al reproche de frivolidad; puede usted figurarse qué habría sido (el libro) sin ellos". En seguida sube el tono en la autodefensa:

"¡Que he exagerado! ¡Pero naturalmente, hijo mío! Cuando se busca un propósito semejante (la simpatía de Colombia para con la Argentina), es necesario elevar el tono, poner doble carga y hablar con bocina. Por lo demás, tenía también que pagar una deuda de gratitud, porque usted sabe cómo fuí tratado en Bogotá así, no se equivoque en las causas (atribuyéndome un sentimentalismo que desgraciadamente ha largos años pasó) y comprenda las razones. Yo he hecho ya, para mí, la crítica de mi libro. Pero como siempre he creído que mi buen gusto es mayor que mi inteligencia, la crítica es tan acerba que usted me permitirá que me evite un mal rato".⁴⁶

Este niño suele darle sorpresas inauditas que le ponen con el alma en vilo... Don Pepe Paz acaba de ofrecerle un puesto de redactor en *La Prensa*, y Cané se empeña en disuadirlo:

⁴⁵ Carta inédita. AMC.

⁴⁶ BNBA.

“Volvería usted a los folletines semanales, a la descolorida tarea de recortar anécdotas literarias o corregir noticias mal escritas por reporteros callejeros. Mire más alto; penetre en usted mismo, bien adentro y pregúntese si su organismo intelectual lo hace apto para la política militante, la batalla diaria, para lo único que puede servir el periodismo, para la que tanto me ha servido a mí que recibí en dote natural una cantidad de flexibilidad de espíritu mucho mayor que la de usted. El diario no es carrera para usted...⁴⁷

Habla de lo que sabe y siente, de lo que ha hecho y nunca jamás desea volver a hacer.

No debo olvidar la buena nueva que hay en la carta de Cané (Viena, 22-10-83) a su obsecuente Martín: “Me asusta usted, señor académico correspondiente... termino de mandarle un libro! A ese propósito, ¿sabe lo que acaba de pasarme? Imprimo aquí en Viena bajo el título de *JUVENILIA*, mis recuerdos de Colegio, corregidos y aumentados. El impresor, por evitarme trabajo, dió las primeras pruebas a un joven español que es medio (plumífero?). El compatriota de Pérez Escrich se me presentó y con todo el respeto debido me dió a entender que como yo no escribía en español, él se había permitido castizar mi estilo. Donde yo decía: “Y bien”, él ponía: “pues bien”. “Hace doce años” en vez de “ahora doce años”. A la ciencia y el progreso les acomodaba C y P mayúsculas donde las encontraba y una orgía de acentos indescritibles. Figúrese el efecto que hará mi prosa al Sr. de Pelayo, al Sr. de Valera y demás señores respetables!... Le mandaré a usted algunos ejemplares y usted los repartirá a esos *prodigios de genio y de erudición, a esos hombres* sin igual y sin precedentes (Copio). Eso les dejará la acción más libre, me vapulearán en grande y yo me entretendré como no tiene idea”.

Eso hemos de verlo cuando el vapuleo llegue en su hora y de donde menos se lo sospecha. Cané siguió usando imperterritito en todos sus libros el “ahora doce años”, frase a la que le falta, sin duda, el verbo “hacer”.

Mi Sr. Manuel:

Me llega en este momento el artículo que el Sr. D. Plácido Groussac me tiene. Lo leí con la intención de enseñar a mis hijos "En Niño." Cuando he terminado mi "capitula" los disparatos en un volumen, he sido concienzudo en el afán de transmitirlos, con que uno se precipita a leer cuando se recibe sobre asuntos ajenos. Como he leído con cuidado a tanta gente, te recomiendo que entones un cho cabal, subyector a algún amigo herido de espíritu un artículo de forma psicótica, esto es, en la que parte ocupada por un psicólogo, que abstrato y los dos co-tenidos, perdidos en la penumbra, están a la vista de bien más y de salud ingenio. En otros tiempos, más de uno me ha expuesto a este de libros ajenos, es el más fácil, pero lo aseguro que no es el que se me satisface.

La crítica que más difícilmente se perdona es a un francés la crítica fuerte, como los hechos que me se-ñalan son los que se danse suale. Sin embargo, es la crítica sana y después del primer momento de des-ajuste nuestros recurrentes cari, es la crítica que se afandee al, en un caso, ~~señalar~~ de luego a escribir un nuevo libro de viajes, no me defra de tanto en un para la necesidad de justicia eternamente la verdad, po-

Primera carilla de la réplica de Miguel Caré a Paul Groussac en forma de carta dirigida a Manuel Láinez y publicada en *El Diario* en 1884.

LA POLEMICA CON GROUSSAC

1884. Después de seis meses de legítimo si no fecundo ocio europeo, Sáenz Peña ha regresado a Buenos Aires. Pronto se marchará Pellegrini. Con ser ambas amistades preciosas para Cané, en mucho difieren la una de la otra. El primero pasa por recatado si le compara con las expansiones del segundo. Sáenz Peña se acerca más a la definición que Montaigne hace de sí mismo: "Mi parecer es que hay que prestarse a otro, pero no darse sino a sí mismo. Si mi voluntad se viera propicia a hipotecarse y a aplicarse, yo no daría gran cosa; soy naturalmente blando por naturaleza y por hábito". Cané se pierde en cavilaciones sin saber a qué atenerse:

*"Miguel Cané a Vicente R. Casares. Viena 20 de marzo de 1884: Vamos, hombre, toma la pluma y hazme pasar un buen rato, contándome la evolución de Lucio, que aplaudo y apruebo por completo, más aún, que me pone contento y las hazañas eróticas de Bernabé cuya víctima o beneficiada no sospecho. En cuanto a Roque, escuso decirte que ignoro hasta su existencia. Por mi secretario he sabido su nueva faz comercial; pero temo que, de vuelta a la tierra, sus principales ocupaciones sean el negro y el sofá en la hipogea que habita. Creo que está un poco frío conmigo y no tiene razón, tal vez la tenga en el fondo, porque quizá debí suprimir mis observaciones sobre su género de vida en Europa que me parece no recibió bien. En todo caso puedes figurarte si ellas tenían otra base que mi cariño. Pero si con los años la amistad queda, la camaradería se va y es un error creerse siempre en la época en que todo es y puede ser materia de discusión".*⁴⁸

Un acontecimiento viene a sacarle de las pesadumbres que la amistad suele deparar. Había presentido Cané que en España le iban a "pegar duro" y que de Buenos Aires debía esperar dos cosas: el entierro o el panegírico.

Acaba de llegar a Viena *El Diario*, que dirige su pariente y amigo Manuel Láinez, con un extenso artículo compuesto en tipo menor. El título *M. Cané. En Viaje*. La firma: P. Groussac. Luego se dirá hasta dónde es verdadero el apotegma según el

⁴⁸ Carta inédita. CVRC.

cual lo semejante busca lo semejante para que el amor sea amor y la amistad vínculo de armoniosa comprensión, o si lo semejante, en ciertas ocasiones, no es motivo de discordia y repulsión.

Con la ufanía de sus treinta y cinco años ya luminosos y profundos, Groussac lee el libro de Cané sin preocuparle poco ni mucho si su juicio le agradará o no al autor y a sus numerosos amigos. De su gusto no son la lisonja y los panegíricos que suelen resultar serviles hasta en los labios de Plinio. Fáltale “el don de la sonrisa” y, andando el tiempo, confesará que su principal “deficiencia” en el ejercicio de la crítica y el cotidiano vivir consistió en “haber sido bueno con aspereza y sin humildad”. Es el drama de la bondad sin visible exteriorización... Comienza Groussac con el estudio somero de las tres últimas generaciones que divide en décadas: la de 1810-1820, “luctuosa juventud” que arrastra “sus penates errantes por toda la América Latina. Sus rasgos predominantes eran la energía y la fe; templó su fibra incomparable en las luchas con los hombres y la fortuna; conoció, como el Dante, la amargura de la pobreza y “cómo sabe a sal el pan ajeno”. No desfalleció nunca. “Fueron creyentes, exaltados, sentimentales en sus escritos, enamorados de teorías y sistemas, tan intransigentes con la *idea* como sus adversarios en el hecho brutal —los jacobinos del liberalismo. En suma, sencilla e incorrectamente”. La generación literaria que sigue (1830-1840) no tuvo las “proporciones heroicas” de la primera. “Se crió en el destierro, en las estrecheces (!) de la familia empobrecida; conoció desde la infancia los espectáculos de sangre, los terrores mal encubiertos, las amenazas y los insultos del populacho... Actuó en los años de caos y laboriosa reorganización que siguieron a la caída de Rosas, y conservó en su desarrollo algo de enfermizo e incompleto, al par que violento. Por supuesto que tiene también sus talentos y sus glorias, pero aun los más ilustres, revelan en sus mejores obras no sé qué falta de equilibrio, de base sólida y recta, de robustez alegre. Se siente que han movido sus primeros pasos en suelo vacilante, en que se han formado en el esfuerzo...” Por lo que toca a la de 1880, escribe Groussac:

“¡Cuán diferente la generación actual de Goyena y Del Valle, de Gutiérrez y Wilde! Ellos saben las cosas de las letras hasta en sus nimiedades; tienen sobre el movimiento intelectual del mundo entero las mejores y más recientes informaciones. Si algo ignoraran sería lo de su lengua o de

su país. Han saboreado a Sainte-Beuve y Macaulay, y os apuntarán algunos artículos menos finos del primero, o del segundo más pálidos que de costumbre. Saben a fondo el arte de escribir; tienen erudición y chiste; la carga les es ligera. Un poco refinados, algo descontentadizos e irónicos; con el talento a flor de cutis, prefieren escribir una página que un libro —conversar un libro que escribir una página. De ahí, una dispersión, un despilfarro enorme de talento a los cuatro vientos del periodismo o de la conversación”.

De no estar pasado de moda el paralelo literario, habríale seducido el de López y Cané; no obstante lo cual lo hace:

“...son quizá los espíritus menos semejantes entre los argentinos de su generación. El rasgo acerado y la gracia desmadejada no son el lote del primero. Si bien la espontaneidad de producción oral o escrita de López no es inferior a la de su amigo, hay entre ambos este primer contraste: una improvisación de López parece el resultado de un largo estudio concienzudo —un estudio de Cané parece siempre una improvisación...”

Lo primero que Groussac considera es el temperamento de Cané, puesto al desnudo en las páginas del libro. Cuéstale concebir un viajero con ese temple tan destemplado... porque “el viaje, como casi todas las cosas humanas, da placeres por la esperanza y el recuerdo... Comprendo... y amnistió el descontento de Cané, lo mismo en París que en Colón. Pero no concibo que se recuerde con mal humor el mal humor pasado. Desde Homero, es máxima corriente que las pruebas sufridas se recuerdan más tarde con indecible gusto”. Le critica “su falta de conformidad con las inevitables molestias... Es demasiado rezongón, algunas veces... La comida y la cama son sus píos interminables... Necesito reprocharle otro defecto: es irascible a propósito de todo. Lo encuentro grueso en su discusión con el capitán del buque... Es lo contrario de un filósofo”. La factura literaria del libro no le entusiasma, si bien concede que está escrito en “una prosa más que seductora, capitosa”. Le indaga sus ascendientes intelectuales y le parece que descende de Taine, que le ha perjudicado: “No basta leer a Taine para poder entrar como él en la literatura, destrozando los juicios tradicionales y barriendo los preceptos y añejas fórmulas. Puede ensayarse ese papel de joven Luis XIV, después de haber salido *primero* de la Escuela Normal Superior, y ha-

berse sentado diez años en los anfiteatros y las bibliotecas. Y aun así no falta un Sainte-Beuve que grite: ¡despacio por las piedras!". Insiste en la curiosa influencia de Taine, en la *presencia visible* del maestro cuando Cané visita el Louvre: "Pertenece al taller de Taine, como Julio Romano al de Rafael; es de su escuela por el vocabulario y el colorido, pero con su acento propio, y también "bebe en su propio vaso..." Las descripciones del Tequendama y el Niágara le inspiran un juicio despectivo: "...encuentro en eso el mismo defecto que en la pintura oficial de los certámenes: es algo pomposo, retórico y frío. Hay ciertas escenas que no deben pintarse de frente sino de soslayo. Tomar al Niágara, así no más, como argumento descriptivo; salir por la mañana con su cartera y diciendo: *voy a cantar al Niágara*, es actitud muy recibida en un poeta de Venezuela o Cuba... Cané ha forcejeado, sin duda, por escapar a la clásica descripción; pero estaba ya en la esfera de atracción de la vorágine y ha tenido que firmar su diploma al Tequendama, como Taine lo hizo, obligado e irónico, para la cima del Bergonz. No vayais a pensar que la pintura es mala: es excelente. Pero es un tema. Hay cosas para vistas y no descritas..."

Cané se ha tomado la licencia de afirmar que cuando un albañil árabe ideaba algo, construía la Alhambra o el Generalife. En cambio, "todos los ingenieros de Francia se reúnen en concurso y el triunfador, el representante del arte moderno, construye el Teatro de la Ópera... un aerolito cuadrado, informe, dorado en todas las costuras; y lo que se oye dentro es peor: el *Tributo de Zamora*, vago, vacío, insípido". El Bosque, vulgar; los teatros, deplorables; "en pleno París he tenido no pocos momentos de fastidio". El francés nostálgico, abrumado de tristeza en la Argentina, no puede tolerar esos juicios irreverentes. Insiste acerca de la irascibilidad del viajero: "El talento de Cané me es tan simpático, que siento tener que ejercer mis deberes de crítico para otra cosa que el elogio. Necesito, sin embargo, reprocharle otro defecto —y es su actitud irascible a propósito de todo; repite demasiado las "ganas" de pegar tundas o tiros. En uno de sus frecuentes altercados, cuyo texto trasmite religiosamente a la posteridad, termina su "trenzada" con el capitán del buque, con una grosería francesa que nadie ha referido nunca por escrito poniéndola en boca propia. Nosotros tenemos para nuestro uso un hemistiquio de Boileau: *el lector francés quiere ser respetado*. Supongo que el argentino no exige menos de un autor y un diplomático... Votos a parte, la ostentación de valentía desagrada tanto en

el hombre, como en la mujer la ostentación de virtud. Es una falta de gusto”.

Con una cierta embriaguez producida por el chasquido de la fusta, y sin detenerse a pensar en los efectos del rudo castigo, Groussac sigue adelante con más energía si cabe: “No quisiera insistir en este aspecto desagradable del libro; es realmente una nota displicente, y que, por desgracia, vuelve a chocar el oído con harta frecuencia. No soy tan exigente que pida a Cané el no hablar sino de lo que sabe; pero me parece que abusa un tanto de su incompetencia. Más que nadie apruebo la independencia intelectual; pero de ahí a batir en brecha cuanto ha sido aplaudido y admirado por los verdaderos jueces, hay un abismo. Tomándose la costumbre de plantar una fresca al lucero del alba, se expone uno a salir mal alguna vez. Se pasa del terreno libre de las apreciaciones al muy delimitado de los hechos; se llega a hablar del Indostán sagrado a propósito de *La Africana*; se penetra a pies juntillas en el dominio científico enmendando la plana a Gavier, y metiendo al *caimán* en la familia de los *cetáceos* (pág. 155), y ello empieza a no tener tanta gracia. Hay en este libro una docena de *orionadas* de este calibre que le afean notablemente”.

Queda por examinar el paisaje político e intelectual esbozado por Cané en su libro. Tampoco está de acuerdo Groussac —lo único que le une al autor es la común antipatía por los Estados Unidos. “Toda esa historia contemporánea de Colombia es mediocrementemente interesante para nosotros” —observa el crítico en su progresiva demolición. “La República Argentina, en plena corriente moderna, no puede interesarse ya sino en las sociabilidades superiores o iguales a ella. Colombia, Venezuela, están en el período guerrero y anárquico que la República Argentina ha cruzado para siempre jamás”. El otro panorama, el espiritual, “que Cané celebra mucho, me permite creer que su cariño muy explicable, le hace exagerar notablemente”. (García Mérou se atrevió a subrayar la misma censura). “Todas esas improvisaciones, sonetos, décimas, cuartetos, escritas en la mesa o en la vereda, revelan el incurable bizantinismo. Comprendo que Cané, mareado por esa batahola, haya escrito después esta blasfemia: “He vuelto a leer los *Regrets* de Lamartine, y el poeta me ha parecido un tonto acabado”. Claro es, después de la indigestión de empanadas en Bogotá... En medio de esa naturaleza espléndida, los más notables alcanzan la celebridad con obritas gramaticales y traducciones del latín”. Terminado el severo artículo, es de suponer que Groussac vuelve a leerlo. Está escrito con los puños cerrados, crispados. No estaría demás

dulcificarlo algo en el párrafo postrero para atenuar los efectos contundentes en el autor y en los lectores, de preferencia en los lectores amigos, empezando por el director del periódico que tan extrañamente le brinda hospitalidad, Láinez, y en los de más fuste intelectual político —Pellegrini, Sáenz Peña, Del Valle, López, Goyena, Gutiérrez, el zarandeado cantor de *El Misionero*. Y allá va el emplasto: “Sin embargo, toda esa existencia de Bogotá forma un cuadro picante y curioso. Cané es capaz de ganar todas las apuestas. Tiene la gracia endiablada. Ha borracheado esas páginas a media rienda y son un encanto. Al terminar, nos promete otro libro de impresiones viajeras. Venga ese, y otros muchos. Tiene no sólo el derecho, sino el deber de escribir quien tales dotes ha recibido en patrimonio. No tengo el honor de conocerle, pero he visto a lo lejos, rozando el horizonte, la esbelta y valiente corbeta del viajero feliz, y sin saber si divisaría mi saludo, he izado espontáneamente mi pabellón”.⁴⁹

¿Quién hizo llegar a Viena la crítica de Groussac? Poco importa el saberlo. Lo desagradable tiene alas ligeras y viento propicio para llegar a destino. Interesa más conocer la impresión que produjo en el espíritu normalmente encendido de Cané e ingénitamente predispuesto a intervenir en cuestiones batallonas, tanto más cuando a ellas lo incitan. La carta que le dirige a López, da buena idea de las conjeturas a que se entrega el agredido en aquella soledad vienesa que le tiene exacerbado.

“Miguel Cané a Lucio V. López. Viena, 16 de marzo de 1884:

“Mi querido Lucio: Como mañana o pasado leerás una mía a M. Láinez sobre el artículo que Grossac dedicó a mi libro *En Viaje*, quiero darte una cierta explicación. No conozco a Groussac, ni lo he visto jamás. No estaba, por consiguiente, obligado a escribir nada sobre mí, ni yo tengo el deber de estarle agradecido por sus insípidas laudatorias, su *especie* de asombro ante mi talento a propósito de un libro que no vale nada. Lo que me ha herido y no me explico de dónde viene, son sus apreciaciones envueltas sobre mi *carácter*,

⁴⁹ P. GROUSSAC. En *El Diario* de Buenos Aires, 8 de febrero de 1884. Dicho sea de paso que Groussac, desde 1882, tenía pensado publicar un volumen de poesías con el título de JUVENILIA que luego modificó por el de *Cahiers de sonnets*, ante la delantera que le tomó Cané. (Referencias de Juan Canter, en *Sarmiento, Groussac y Láinez*. “Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas”. Buenos Aires, octubre-diciembre de 1930. Nº 46, pág. 419).

que no conoce y que no tiene el derecho a juzgar por mi trabajo literario. Me llama *fanfarrón, gomoso, plagiarlo, voyou*, etc. —fuera de lo de *ignorante*, que entra en su dominio. La forma almibarada, que el grueso público tragará y que a ustedes no habrá engañado, me irrita. Hacer *esprit* para los palcos, mientras la platea y el paraíso oyen sin entender, con cara de imbéciles, es cosa que no perdonamos en la parroquia. No he recibido un solo diario, sino el recorte del artículo de Groussac. No creo que nadie tenga peor opinión de mi libro que yo mismo; le he tomado horror. Pero mi libro y yo, somos dos y al último es necesario respetar. Mi réplica es moderada y no expresa por cierto lo que anda por dentro”.⁵⁰

Mientras la respuesta de Cané atraviesa el océano en aquellos barcos de treinta días de navegación, los más veloces y admirados, y en tanto los cajistas de *El Diario* se dan tiempo para componerla sin erratas, podemos demorarnos en el comentario de la carta a López. En ella está Cané vibrando, como en todo cuanto sale de su pluma. De acuerdo con la expresión común, está de cuerpo entero, o si se quiere, a la manera de Baudelaire, con el corazón puesto al desnudo. Sin discutirle su sinceridad, porque no es del caso ni hay motivo para ello, el gran disgusto que la carta revela proviene no ya del escritor por el valor de su obra que él mismo no estima, sino por los juicios que el crítico arriesga sobre el carácter del hombre. Repitamos, si es posible con las mismas palabras de Cané: Groussac no puede hacer “apreciaciones envueltas sobre mi carácter, que no *conoce* y que no tiene el derecho a juzgar por mi trabajo literario”. Señalemos ahora el primer error evidéntísimo. El carácter de Cané no es ambiguo, difuso, amante de escondites, oscuridades y simulaciones para presentarse como lo contrario de lo que es; por naturaleza, por su hermosa naturaleza, es claro, abierto, espontáneo, sincero en grado superlativo, franco hasta la rudeza. Estas cualidades positivas, por lo extremadas, traen consigo otras tantas cualidades negativas. Ya tengo dicho que Cané, si no es un ególatra, porque no se admira a sí mismo y se subestima, es un egocéntrico y un egoísta, como lo demuestran sus cartas, sus artículos y sus libros. ¿De qué habla Cané sino de sí mismo? En la introducción de *JUVENILIA* deplora su falta de impersonalidad: *Creo que me falta una fuerza esencial en el arte literario, la imper-*

sonalidad, entendiendo por ella la facultad de dominar las simpatías íntimas... Es claro, si pudiese dominar sus simpatías y antipatías no llevaría el carácter a flor de piel, a la vista de quien lo mire y a los ojos de quien lo lea. *Ensayos, En Viaje, Charlas Literarias*, el prefacio a *Enrique IV, Notas e Impresiones, Prosa Ligera*, son libros de riguroso egocentrismo, vale decir, de egotismo sin velos. Nada se oculta ahí de lo que es Cané. No se requiere la lectura de diez páginas para penetrar en su intimidad y para separar una por una las fibras de su psicología individual: lo que piensa y siente, lo que ama y odia. De suerte que Groussac, como yo y como cualquier lector, aun el menos dotado de sentido crítico, lo primero que encuentra en los libros de Cané es a Miguel Cané de carne y hueso. No necesitamos verle en el Club del Progreso, escucharle en las tertulias del Círculo de Armas y del Jockey Club para conocerle su idiosincrasia de hombre que no sabe callar ni ocultar su mundo interior volcánico. El segundo error notorio —que fluye del primero— se advierte en la frase que sigue: “Pero mi libro y yo, somos dos y al último es necesario respetar”. Error, y gravísimo. ¿Cómo puede lograr esa separación entre el creador y lo creado, entre su espíritu y lo que sale de su espíritu? El único que no conoce el carácter de Miguel Cané es Miguel Cané. No es afrenta el decirlo como cuando se enros tra un vicio personal infamante, pues, ¿cuántos entre los más sutiles que cultivan con ahinco el autoexamen atisban nítidamente la pluralidad de sus deficiencias temperamentales? *Intus-lege*. Sí, pero ¿cómo se lee por dentro si la vista es tan corta? ¿Qué bien le habría sentado en sus horas soledosas un poco del gran Miguel perigordano que se entregó a la empresa de hacer un libro y a la vuelta de pocos años echó de ver que el libro lo había engendrado a él...

Je n'ay pas plus fait mon livre que mon livre m'a fait, livre consubstantiel à son auteur.

Sabido es que nada es más sensible y de temer que el amor propio de un escritor. Porque los libros son los hijos del espíritu, por eso, nada más que por eso, nos invade y abrumba el pesar cuando reciben ajeno menosprecio. El más leve rasguño nos estremece como si nos aplicaran tenazas encendidas. Reitera que su libro anda escaso de valor, pero también es expresión de pesadumbre, desgarradura, grito sofocado. Ha dicho que Groussac lo ha irritado, a pesar de lo cual le anuncia que su réplica es moderada. ¿Cómo ha hecho para frenar sus impulsos

en ocasiones terribles? Si la ira es una locura pasajera, la irritación es una ínfima parte de aquella locura que a poco se desvanece. Prodigio que honra a Cané. En efecto, es moderada, demasiado moderada. ¿A qué se debe esta repentina mudanza en el carácter del hombre que fué capaz de arrojar la taza de café al mar? A su aptitud para razonar y al implícito reconocimiento de las certeras observaciones del crítico. En la defensa de lo que es tan suyo, de lo que es inseparable de sí mismo —aunque aventure lo contrario— elevase moralmente. Acepta los errores de conducta y las deficiencias señaladas en el libro. Pudo contestar de otro modo y reclamar el derecho de sentirse molesto cuando le dan mal de comer, cuando tiene que dormir en un catre o cuando los mosquitos le prolongan sus penosos insomnios. Antes al contrario, promete no volver a escribir cediendo a las impresiones violentas del momento y no mencionar las incomodidades propias de todo trasplante. Es un *mea culpa*, pues llega a convenir en el mal gusto de la “trenzada” con el capitán del *Alene* para que no se le tenga por lo que no es: un *parvenu*. Mas cuando a Groussac se le va la pluma hasta ofender y herir, como cuando enrostra el “abuso de la incompetencia”, entonces, ¡alto ahí, señor, que a su vez abusa de la crítica! Cané responde con altivez y, en buena hora, con donosura: “Toda la simpatía que M. Groussac me tiene no ha sido bastante para defenderlo contra ese delicado *bon mot*...” La burla y la diatriba porque ha encontrado Groussac el “Indostán sagrado” en *La Africana*, le permite a Cané ganar la más inesperada de las apuestas:

“Que M. Groussac no haya visto *La Africana*, me lo explico, pero que no haya leído el libreto, me da un motivo de aprecio por él. Pero ambas omisiones debieron aconsejarle “no abusar de su incompetencia”. Tú que tienes la fortuna de conocerlo (téngase presente que es a Láinez a quien le dirige la carta-respuesta) aprovecha algún día, en una charla suelta, para comunicarle confidencialmente, que *La Africana* es un disparatado poema de Scribe, que ninguna de sus escenas pasa en África, que la heroína no es africana, sino reina de una comarca asiática, que el primer acto pasa en el Salón del Gran Consejo de Portugal, el segundo en una prisión, el tercero en el mar, y el cuarto como el quinto nada menos que en... el Indostán. Yo agregué “sagrado” para hacer estilo; pero si él se empeña, retiro el adjetivo...”

Ahora llegamos al caimán, reptil saurio convertido a vuelo pluma en mamífero pisciforme... Contesta Cané:

"Comprenderás que no te habría hablado de este pequenísimo incidente, si un pobre "cetáceo" que M. Groussac ha descubierto en la página 155 (que cita cuidadosamente) no hubiera suscitado sus iras. Sufro con paciencia mi pena: ese infame "cetáceo" que no sé cómo se ha metido en mi escaso museo zoológico, constituye uno de mis más crueles remordimientos. Si otra vez llego a subir el Magdalena, te afirmo que lo haré con un diccionario de historia natural en la maleta, entre el petate y el mosquitero. En cuanto a M. Groussac, espero que no se ponga de nuevo en campaña sin una colección de libretos de ópera. Su lectura es la única pena que le impongo por su intolerancia".⁵¹

Buen humor malhumorado, pero buen humor al fin. Es en la hora de la recapacitación sincera cuando llegan lejanas resonancias de culpas premeditadas o involuntarias. "En otro tiempo —recuerda Cané— más de una vez hice espíritu a costa de libros ajenos; es el más fácil, pero te aseguro que no es el que deja más satisfecho. La crítica que más difícilmente se perdona es a mi juicio la crítica justa, como los palos que más se sienten son los que caen donde duele. Sin embargo, es la única sana y después del primer momento de desagrado instintivo, inconsciente casi, es la única que se agradece". Estas reflexiones son lo mejor en la réplica de Cané. Si hubiese dado la callada por respuesta, tal vez habría sido más elocuente, pero el artículo de Groussac distaba de la perfección; había lunares, como el ya visto, y otras perlas, como la de incluir a Colombia entre las repúblicas centro-americanas. Cuando no se ha venido al mundo con sufridera piel de estoico, mal puede exigirse el sacrificio de los errores y debilidades del maestro implacable con las improvisaciones ajenas. Ambos floretistas se aplicaron buenas finas. El tiempo cerró las heridas sin borrar las cicatrices. Diez años más tarde, o algo así, pasa Groussac por Belize, y escribe en prosa visiblemente fatigada:

"A vuelta de otras gentilezas mías, Cané me dijo un día que, a fuer de francés, tenía yo el derecho de no saber geografía. (Picante coincidencia: precisamente era a propósito de la América Central)".⁵²

⁵¹ CANÉ: *Réplica a Groussac*. Viena, 15 de marzo de 1884. *El Diario*, Buenos Aires, 17 de abril del mismo año.

⁵² P. GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*. Administración de "La Biblioteca", pág. 26.

Las polémicas son crueles. Las del Río de la Plata, histórica más de una, memorables todas, fueron brutales. La de Cané con Groussac se cuenta entre las más suaves, inofensivas casi...

En dos meses, ninguna herida de amor propio deja de sangrar abundantemente. El 28 de mayo le escribe Cané a López: "Respecto a Groussac, el Gringo me dice: "Algún día sabrás por qué escribió el artículo sobre el libro". Si tú lo sabes y puedes decírmelo, harás bien. Yo no tengo buena idea de mi libro, excepto algunas páginas sueltas cuya vivacidad de estilo me satisface; así las críticas de Groussac, justas muchas de ellas, correctas y aceptables, no tienen nada que ver con este sentimiento de desprecio que siento por él. Es el móvil, es la sorpresa a mansalva, procurando herirme e hiriéndome a la distancia y esto bajo la impunidad de la crítica. El Gringo cree que alguien le ha hecho escribir el artículo en la forma hiriente que tuvo; si tienes interés en que mejore mi opinión sobre Groussac moral, dime todo lo que sepas al respecto. O mejor, no hablarme más de ese individuo a quien no creo leal. Si es así, no tiene cabida entre nosotros".⁵³

Ulteriormente los adversarios se conocen y traban, sino amistad afectuosa, comercio intelectual. Es de notar que en la segunda edición de *En Viaje*, tiene presente las recriminaciones y enmienda el texto con la supresión de los rezongos, bravatas y presuntas blasfemias contra lo francés. Mutila el libro quitándole las cualidades positivas que en él habían, lo sincero y espontáneo, el calor de sus impulsos, el color y riqueza de su personalidad exhibida *in puribus*. En cuanto a Groussac, poco después de la trifulca, emprende viaje a Europa, y son de ver los apuntamientos que hace en su diario en llegando a Francia después de diecisiete años de ausencia —es un ininterrumpido rezongo que se parece, como gemelo, al censurado a Cané. Siéntese extranjero en París. Todo le desagrada porque a nadie conoce en aquel "inmenso desierto de hombres". El cosmopolitismo de la urbe le saca de quicio: Los huéspedes son demasiados: se han apoderado de la casa y mañana dictarán la ley, con acento extranjero". Como a Cané, el bosque de Boloña lo encoleriza, no ya por la burguesía desazonante sino por los metecos que pululan en los umbríos senderos. Prefiere el plebeyo parque de Vincenne, más interesante "que ese bosque de Boulogne, peinado, afeitado, lleno de libreas y rastacueros, donde los árboles ostentan algo de postizo y artificial".⁵⁴ El

⁵³ CLVL.

⁵⁴ Con más amplitud puede verse: RICARDO SÁENZ HAYES: *La nostalgia de Groussac*, pág. 38. Coni, Buenos Aires, 1949.

periplo que Groussac realiza en 1893 desde el Plata hasta el Niágara, es otro máximo modelo de mal humor exuberante contra los hombres, los pueblos y las cosas. Y como presiente el reproche, se adelanta con una oportuna salvedad: “¿Cómo no escribir de vez en cuando *cum grano salis*, si es en viaje, sobre todo, donde un hombre de gusto recibe cien heridas por día antes de devolver una por mes?”.⁵⁵ Llega por último al Niágara y ¿qué hace? ¿Se abstiene de describir las cataratas para no caer en el tema obligado como Cané en el Tequendama? No. Las describe. Ahora le es aplicable a él la sorna contra el viajero argentino: “No es situación aceptable para un cristiano, el estar humedeciéndose el bigote delante de una catarata para exclamar:

¡Oh! espectáculo inmenso! ¡oh! sorprendente,
Panorama de horror y de hermosura!
¡Oh! inenarrable escena peregrina!
¡Oh! qué sublime horror! ¡Oh!...

XI

APARECE “JUVENILIA”

JUVENILIA aparece casi por los mismos días en que Groussac escribe el artículo promotor de la polémica. Le asisten a Cané motivos para no dudar de su “buena suerte”, esta vez en la vida literaria... Aunque no lo acepte, sobre todo cuando a él se le aplica, nada tiene más valor ni es más fecundo que la crítica negativa. Conviene insistir. La crítica fácil es la que no juzga, ni descubre el valor recóndito de una obra, lo que el autor puso sin saber cómo ni por qué y cuya existencia casi siempre ignora. La verdadera crítica es por demás rara, y cuando se da con ella desagrada al autor e irrita a sus admiradores. Gente peligrosa es la devota de un artista o de un escritor. Son sumisos incondicionales. Sienten la obra desde un aspecto, desde un ángulo, y confunden la parte con el todo múltiple que no perciben. Con lo bello y positivo envuelven y ocultan lo feo y negativo que la obra contiene. El autor es suscepti-

⁵⁵ GROUSSAC: *Del Plata al Niágara*, pág. 26.



MIGUEL CANE

JUVENILIA.



VIEHA

CARLOS GEROLD, HIJO, EDITOR E IMPRESOR

1884.

ble hasta la necedad. Exige elogios sin reticencias. Quien se niegue a tributárselos a pluma llena, será su enemigo mientras viva. Pero más necio que el admirado es el admirador. En el desesperado trance de divinizar, incurre en las más grotescas deformaciones. Está en lo justo Sainte-Beuve cuando dice: "Tengo una idea, no ya como abogado sino como crítico convencido, y es que, en nuestros días, llevan demasiada agua al río; aunque no juzguen, abusan de la admiración; una vez pronunciada la palabra genio, todo es aceptado, proclamado..."

La severidad de Groussac con el libro *En Viaje* le hace bien a JUVENILIA que sale hiriendo de muerte a las "juvenilias" existentes y a las por existir, incluída entre las últimas la que tiene en preparación el inexorable censor francés desde 1882. *En Viaje* se agota prontamente y es necesario reimprimirlo de seguida. La primera edición de los recuerdos del colegio (junio de 1884) tiene igual fortuna, pues en pocos días se venden mil doscientos ejemplares, cifra extraordinaria en una ciudad sin hábitos de lectura. Cané recupera en un semestre el dinero invertido. ¿A qué se debe el éxito sino a la crítica negativa? ¿Cuándo se convencerá el autor —hablo en general— de la nulidad del ditirambo? Casi siempre desagrada al que lo suscribe y al que lo recibe como moneda de legítimo cuño.

La primera expresión de simpatía es la del que está más cerca de Viena y del corazón de Cané:

"García Mérou a Cané. Madrid, 28 de febrero de 1884.

"Entro ahora a la parte más grata de su carta: el envío de JUVENILIA. Lo he leído y releído y vuelto a leer la mitad del libro a la señora de Paz. Permítame que lo felicite sinceramente y de todo corazón. Respira una frescura y un encanto indecible. Hay páginas luminosas, llenas de color, de armonía y de vida, que se graban como uno de esos cuadros de pincel de maestro cuyas imágenes se destacan de la tela soberbia. La gracia se desborda en otras y corre a raudales, como un arroyo de lluvia, que por un momento chispea, se encrespa y salta entre las piedras para seguir después su murmullo pausado, poético y melancólico. Esas páginas personales, sentidas y sobre todo vividas, tienen ese mérito único y permanente: se identifican con el lector, se armonizan con sus emociones personales, le recuerdan a cada paso sus propios sentimientos, le hablan el lenguaje dulce y perfumado de las confidencias íntimas que siempre se escuchan con placer... Es un libro hermoso, verdadero, sin afeites y con una encantadora poesía de juventud y de en-

tusiasmo. La frase aletea, corre, vuela. Usted, tal vez sin pensarlo y sobre todo sin proponérselo, ha hecho el poema de esa edad tan interesante y tan llena de sensaciones, poema completo, donde el análisis es más de una vez delicado y profundo, donde nada falta, pues hasta el amor primero, el más puro de la vida, la ambición que insinúa promesas halagadoras, la pobreza infantil llena de grandezas ignoradas, todo está fielmente contado en esas páginas donde V. ha puesto lo mejor que hay en cada hombre: ¡su corazón!. Disculpe este juicio rápido e incoherente pero que juzgo acertado. ¿No es cierto que no estoy lejos de la verdad?"⁵⁶

El elogio es rotundo. Ni por acaso arriesga la menor observación acerca de los lunares formales que abundan —¡vaya si abundan!— en el picaresco relato. Bien puede ser que haya tenido presente la última confesión de su maestro: "sabe usted que soy susceptible..." Ha hecho bien, Martín. Además, después de la polémica con Groussac, Cané anda prevenido, receloso, y hasta los dedos se le ocurren duendes. Los amigos tienen que cuidar de esa preciosa salud moral. Y siguen llegándole los juicios laudatorios. Ahora es uno de Mansilla publicado en *El Diario* de Láinez, que sirve para todo, para lo agradable y lo desagradable. Mansilla le habla con cariño y franqueza en el estilo de criollo-afrancesado que le es característico: "Cané cree que le falta una fuerza esencial en el arte, la "impersonalidad", y entiende por ello la facultad de dominar las simpatías íntimas... No estoy de acuerdo con él. Yo pienso al contrario, que la primera cualidad de un artista debe ser la *personalidad* y que debe tener mucho cuidado de no dejarla debilitarse... Mi última palabra es que Cané gana enormemente, —su pensamiento se hace trascendental y su estilo se perfecciona singularmente. Soy en esta parte muy sensible; la frase me disuena tanto como una nota falsa—, tanto que hay escritos que me hacen el efecto de un empedrado... de Buenos Aires".

La carta que sin firma publica Eduardo Wilde en *Sud América* (20-5-84), debe ser recordada. La firma huelga, desde luego, tan suyo y transparente es el fondo descreído y la forma burlona y desmañada; pero no bien abandona el inveterado prurito de hacer reír, demuestra su capacidad de saber llorar, o, por lo menos, de haber llorado alguna vez. Lo interesante de la carta de Wilde son las reminiscencias que le despierta

⁵⁶ Carta inédita. AMC.

la lectura de *JUVENILIA*. Ninguna diferencia encuentra entre el internado porteño de la calle de Bolívar y el de Concepción del Uruguay donde el muchacho de Tupiza hizo sus estudios. Hasta los alumnos son los mismos: Binomio es Chicharra: “¡Ves, tu has estado en el Colegio del Uruguay! No es Eizaguirre quien servía en tu mesa si no Quiroz... Te equivocas en la lista de los platos; no había sopa de fideos, ni guiso de carnero, ni sábalo; había agua artificial, carnero artificial y pan troglodita”. Y el uniforme, y la disciplina, y la tristeza, hasta el deseo de morir que asalta las primeras noches al alumno recién llegado, todo es igual: “¡Ah! que página tan bella has escrito! Qué interno ha escapado a esa horrible amargura... Es lo mejor que has escrito... Tu libro será leído en los colegios con cariño y con deleite, y fuera de ellos, con aquella dulce melancolía de los recuerdos. Así lo he leído yo, alternando mis impresiones entre la risa, la tristeza, la suave emoción y la franca alegría. Y al concluir la última página, no viendo mi nombre sino el tuyo al pie de ella, un sentimiento legítimo me ha invadido y he pensado con justicia que la envidia es una grande y noble calidad humana”.

Pasan los años, muchos años, y como Miguel Cané en tierra extranjera, Eduardo Wilde se sienta a escribir sus recuerdos de infancia y mocedad. Era demasiado tarde ya. La muerte no le permitió terminar el libro *Aguas abajo*, ni llegar al capítulo destinado a evocar su existencia en el Colegio del Uruguay. Por todo eso y mucho más, Rafael Alberto Arrieta ha podido lamentarse: “Y soñamos: ¡si Nicolás Avellaneda nos hubiera dejado, en molde semejante, sus recuerdos del colegio cordobés de Montserrat!; ¡si Eduardo Wilde nos hubiera legado los suyos del colegio entrerriano de Concepción del Uruguay! Tríptico histórico, en correspondencia con su triángulo geográfico, que pudo ser...”⁵⁷

⁵⁷ RAFAEL ALBERTO ARRIETA. Prólogo a *Juvenilia*. (Colección de Grandes Escritores Argentinos. Editorial Jackson. Buenos Aires.

XII

MUERE ALBERDI

El tiempo es como el fuego, que purifica el oro, y la reputación de Alberdi está asegurada por sus obras para cuando a cada uno se le dé su lugar...

MIGUEL CANÉ (padre)

El 18 de junio de 1884 muere Alberdi en una clínica de Neuilly-sur-Seine, 34 avenue du Roule.

En días ya lejanos, en los primeros meses del año de 1856, Jacinto y Mariano Cané, hermanos mayores de Miguel, le escriben a su padre. Después de tres semanas de vacaciones han regresado a París. Están sanos, felices y satisfechos con los progresos que realizan en sus estudios. Mariano se expide en francés con visible soltura. Habla de exámenes: *j'ai été le dix-neuvième Sur 50 élèves*. Jacinto, el predilecto, escribe en castellano, aunque los verbos y las preposiciones se le trabucan y suenan gálicamente. No importa. Estudia con igual denuedo que Mariano: "Todo va bien hasta (hora) en Rhetórica"; en versión latina "he sido el primero de toda la clase... Es brillante este principio de año: esperemos que seguiré:

*"Jacinto Cané a su padre. París (sin fecha. ¿1858?): "Hemos visto al señor Alberdi desde que ha vuelto de sus viajes en Roma y en Inglaterra. Hemos almorzado con él; hablamos de tí, y me dijo el proyecto que tiene de volver a Buenos Ayres. En este momento él está muy ocupado, y trabaja todos los días hasta la una de la mañana. Está haciendo un libro que le encargó su Gobierno, sobre nuestros payes".*⁵⁸

La distancia los separa físicamente, nada más. Cané (padre) les impone a sus hijos el deber de visitar al viejo amigo fraternal. Cuando el romántico de *Esther* peregrina por Italia, Alberdi, desde Chile, le pregunta a Félix Frías: "¿No ha llegado Cané a París? Deme noticias de él. Demele un abrazo si está ahí, ese hermano mío, tan generoso como calabera". La ingratitud no es planta que florece en el huerto alberdiano. A Juan

⁵⁸ Carta inédita. AMC. (ortografía respetada).

María Gutiérrez le encarece: "Una visita y mis firmes recuerdos a Madame de Mandeville; y otra muy afectuosa y larga a mi *noble abuelita* Da. Bernabela Andrade".⁵⁹ Ambos se necesitan porque se comprenden, tan afines son sus almas y desencantos. Si algún pensamiento le apesadumbra, Cané no vacila:

"Miguel Cané padre a Juan B. Alberdi. Buenos Aires, 28 de marzo de 1860: Mi querido Alberdi: le escribo bajo malas impresiones... Para mi juicio empieza el año 20 de ingratos recuerdos, y no son los Ramírez, ni los López los autores de esta restauración... El gobierno del Paraná, sin Vd. por consejero, no está a la altura de las necesidades, y si Vd. viene a formar parte de esa administración, tendrá que resignarse a sinsabores de todo género.

"Vea lo que hace, con calma, antes de hacer. He intentado romper la barrera que los furiosos tienen levantada en Buenos Aires contra su nombre, y aunque mi tentativa me ha valido mil injurias, mucho se ha conseguido.

"Como V. comprende, mi situación no es buena, porque nuestro partido está caído, y en sociedades corrompidas, el favor es el mérito. No sé si corriendo los sucesos en la pendiente que llevan, no será necesario abandonar nuevamente la patria.

"Estoy solo, sin ninguno de los viejos amigos, y para mí esta es una horfandad insoportable. Borbón que tiene la cabeza más tranquila que yo, le informará mejor. Suyo siempre. Miguel Cané".⁶⁰

Pero todo eso ahora es eternidad. Cierto es que para morir cualquier lugar es bueno, pero ninguna muerte es más penosa que la de Alberdi:

"Llegué a la casa de sanidad, establecida en Neuilly, a las cinco de la mañana. Pregunté por la pieza del llorado Dr. Alberdi. La conserje me contestó con vacilación. Me hizo esperar largo rato al lado de su aposento, cerca de una puerta baja. Cuando volvió, abrió esa misma puerta. Oh ¡jamás me hubiera imaginado encontrar al que en vida fuera tan grande y tan delicado, en tal situación! Penetré en una piecita en donde apenas cabía la pobrísima cama en que estaban tendidos los restos de nuestro querido amigo; sobre una silla había una lamparita medio

⁵⁹ *Cartas inéditas de Juan Bautista Alberdi a Juan María Gutiérrez y Félix Frías.* Editorial "Luz del Día". Buenos Aires, 1953.

⁶⁰ ALBERDI: *Escritos póstumos*, t. XV.

apagada. Esos restos del más eminente argentino se encontraban abandonados, encerrados bajo llave... ¡envueltos en sábanas sucias! El color del rostro era terroso; sus hermosos cabellos únicamente se veían abundantes aún... ¡Todo era miseria y suciedad!”⁶¹

El 20 de junio, en presencia del señor Otto Bemberg, Cónsul de la República Argentina en París, y de los señores Pablo Gil, banquero, y José F. Ledesma, negociante, es abierto el testamento de Alberdi. De las quince cláusulas de que consta, sólo he de reproducir dos. La segunda:

“Si viviese algún hijo del Dr. Dn. Miguel Cané, de Buenos Aires, de los dos que conocí en París, y se llama, si no me engaño, Miguel Cané, también recibirá dos mil pesos fuertes de legado, si tuviese la bondad de admitirlos como un débil testimonio de mi inalterable reconocimiento por la paternal hospitalidad que debí en Buenos Aires a la ilustre familia de Andrade, a que perteneció, el Dr. Cané, mi amigo y benefactor”.

La novena:

“Ruego a mi albacea que todos mis papeles que no sean meramente documentales se destruyan y quemen absolutamente, a su vista si fuese posible, sin permitir la publicación de ningún autógrafo o manuscrito inédito mío, porque nada dejó escrito para ver la luz después de mis días”.⁶²

Todo eran capaces de hacer los dioses inmortales, todo menos cambiarle el destino previamente fijado a cada uno de los hombres...

En los libros de Miguel Cané —digamos ahora el Cané de JUVENILIA—, en su epistolario copioso, en sus papeles inéditos, no se vislumbra ninguna vinculación con Alberdi. Si algo resalta hasta el asombro es el silencio en torno de este nombre inseparable del de su padre, y una suerte de recelo para escribirlo cuando no puede ser omitido. ¿Por qué? Evoca a los héroes de la Nueva Troya; su pluma recuerda a todos menos a Alberdi. Les rinde homenaje a los proscriptos de Chile, a los constituyentes y organizadores de la Nación, menos a Alberdi. En

⁶¹ Relato de Mlle. A. Dauje a don Gregorio Benítez.

⁶² RICARDO SAENZ HAYES: *El último viaje de Alberdi. Su testamento y otros documentos inéditos*. La Prensa de Buenos Aires, 16 de febrero de 1930.

vano busco pruebas de que le visitara en Buenos Aires y París. Cuando quiere ver a Victor Hugo porque el poeta "llegaba ya a aquella edad en que la vida cesa de pronto", espera pacientemente la audiencia que Olimpio no se apresura en acordarle, y no tiene la misma sensación de fragilidad por la existencia del mejor amigo de su padre. El 17 de mayo, un mes antes de la muerte de Alberdi, Cané le escribe a su madre desde París: "Parto para Berlín donde el deber me llama después de unos quince días deliciosos de París, mui bien acogido por la alta sociedad..."⁶³

En su discurso al pie de la estatua de Sarmiento recuerda Miguel Cané las llamadas "ideas madres": la federalización de Buenos Aires, la navegación de los ríos, las garantías a los extranjeros inmigrantes, la nacionalización de las aduanas, etc., que "se habían abierto ya camino definitivamente y nada podría detenerlas. Alberdi iba a condensarlas en las *Bases*, libro que será tal vez su único título a la consideración de la posteridad; pero el precursor genial había sido ese maravilloso sembrador, etc." (*Discursos y conferencias*, pág. 89). Por una vez que cita a Alberdi es para disminuirlo presentándolo como un "condensador" de las "ideas madres" de Sarmiento. Mucho más grave es atribuirle al gran sanjuanino ideas comunes, ideas de todos, ideas de Rivadavia, de Wrigtht, de Varela, de Echeverría y los hombres de su generación. En *Prosa ligera*, primera edición, página 197, nota, refiriéndose a las obras completas de Sarmiento, dice Cané: "Así, en esa publicación, en la que, como se debía, se nos ha dado *todo* lo que en vida publicó ese espíritu extraordinario, no se encuentra, como en los "escritos póstumos" de Alberdi, una sola línea que produzca la impresión dolorosa de una profanación". Parece ser Sarmiento el que determina en Cané la asociación de ideas con Alberdi para establecer paralelos ventajosos para el primero, desde luego. Esta segunda mención al amigo fraternal de su padre es en todo sentido peregrina. Para un pensador libre no hay límites que puedan estrecharle el ámbito y extensión de sus juicios. Las profanaciones sólo se conciben en las iglesias o polémicas teológicas. El escritor es responsable de lo que publica en vida o autoriza que lo sea después de su muerte. Como ministro en Francia, realizó Cané investigaciones históricas en los archivos del Quai d'Orsay. Si la curiosidad le hubiese llevado a indagar en el archivo del consulado argentino en París, habría descubierto el testamento de Alberdi y la cláusula novena en la que

le ruega a su albacea “destruya y queme absolutamente, a su vista si fuese posible”, “todos mis papeles que no sean meramente documentales”. El albacea no cumplió con el mandato imperativo. Alberdi es responsable de lo que él publicó en vida, y nada más. Una tercera vez Cané habla de Alberdi. Requerido por David Peña, contesta: “En el cuartingo bajo, entrando a la derecha (desaparecido hoy por el ensanche del edificio vecino) y que yo mismo he habitado en mi infancia, vivieron juntos Alberdi y mi padre en los deliciosos años de la adolescencia. ¡Puede Ud. imaginarse las trasnochadas de aquellos muchachos de 16 a 18 años, criados en la enérgica atmósfera de la revolución, abriendo los ojos y el alma, como la patria misma, a las primeras ráfagas de la civilización europea, llenos de fe en el porvenir y creyendo aún que las ideas eran capaces por sí solas y por la fuerza de su bondad, de salvar al país! Alberdi era más callado, tímido y medido, que mi padre, en quien el carácter abierto y franco, la imaginación vigorosa y emprendedora, eran el impulso determinante. Sin duda ese contraste trajo la estrecha vinculación; tan estrecha, que entre las obras de Alberdi figuraron, entre los trabajos juveniles, bien entendido, muchas que pertenecen a mi padre. Me puso sobre la pista el señor General Mitre, a quien recordaba un día el elegante artículo de Alberdi sobre la traducción de *Parisiana* de Byron, por don Enrique de Vedia... El General Mitre, con su portentosa memoria, me citó casi textualmente algunos párrafos del artículo, añadiendo algunas circunstancias íntimas a ese respecto, y concluyó por decirme que el artículo no era de Alberdi, sino de mi padre”, posible eventualidad “porque en aquella comunidad de vida intelectual, bien difícil era hacer el reparto individual”. Trátase de un brevísimo comentario insertado en *La Moda*, no llega a ser un artículo, y la elegancia no se la encuentra por más que se la busque. Es tan insignificante que habría valido más no recordarlo.

Sin indagar más, creo que los hijos, en muchos casos —y éste sería uno de ellos— no siempre heredan las simpatías ni los odios de sus progenitores.

EL TRADUCTOR DE SHAKESPEARE

Vuelve el tedio. En Miguel Cané el tedio es una especie de eterno retorno. Cuando le supone distante, fenecido, allá muy lejos, en Caracas o Bogotá, he aquí que se le presenta muy ufano, como diciéndole, sarcástica, mefistofélicamente: "Entre tú y yo, el maridaje es indisoluble; adonde vayas irás conmigo, porque tu alma es mi alma, el alma del tedio inmortal". ¿Cuál es el estilo de vida que lleva en Viena por este año? Es fácil saberlo: *Cané a Vicente R. Casares. Viena, 22 de septiembre de 1884*: "Mi vida en Viena sigue triste como una tumba; no sé si podré resistir un año más, si no me cambian de residencia. No hay fuerza humana que aguante una monotonía semejante, sin nada que hacer, imposibilitado para escribir por la misma atmósfera pesada, marchando a pasos de gigante a un embrutecimiento completo. Recordaré siempre mi permanencia en Austria como una de las épocas más amargas de mi vida".

¡Imposibilitado para escribir! No le vendrían mal los *Tristes* de Ovidio, escritos en el país de bárbaros a que le desterró la inclemencia de Augusto. Es necesario reaccionar, y quéralo o no la pluma, deberá tener presente que *otium sine litteris mors est*. Es posible que en las horas de mayor desamparo moral le lleguen a la mente resonancias de antiguas lecturas. Pascal y La Bruyère le aconsejaron apasionarse de algo para vencer lo al parecer invencible: la ansiedad. Aristóbulo del Valle, sin nada de filósofo, le incita de continuo a darse un trabajo que lo reconcentre profundamente, pues el que vive con exceso para los demás, para lo de fuera, que pasa sin dejar huella, es incapaz de vivir para sí mismo. Ahí está Shakespeare. El vasto mundo concebido por el hombre-continente, sin secretos para Cané, desde hace mucho tiempo le espera. ¿Qué otra cosa mejor puede hacer para no sucumbir en el abismo de pesadumbres que describe en sus cartas desesperadas? De figurarse son las vacilaciones que de pronto le asaltan y desconciertan. Un ensayo exegético macizo, erudito, a semejanza de los ya hechos por ingleses y alemanes... La crítica no le entusiasma porque se le ha entrado en la cabeza que es signo de decadencia. Entonces podría hacer una vida... ¿Por qué no? En todos los tiempos se ha dicho, y en el nuestro se lo sigue

repitiendo, que a cada cual le es lícito escribir su propia biografía con fragmentos de Shakespeare. También es verdad que cada uno ve y siente a Shakespeare a su modo según el caso de Coleridge que descubre en el mago de Straford-on-Avon ¡un... puritano! Y otro puritano, muy suelto de cuerpo y sin espantarle la ridiculez, afirma: "Estoy convencido de que Shakespeare era exactamente como yo". (G. B. Shaw). Este fenómeno psicológico que nos permite vernos en otro ser o que nos permite convertir a ese otro ser en una criatura de nuestro mismo o parecido temple, ha sido bien observado por Unamuno: "Sabido es, por lo demás, que toda biografía, histórica o novelesca —que para el caso es igual—, es siempre autobiográfica, que todo autor que supone hablar de otro no habla en realidad más que de sí mismo por muy diferente que este sí mismo sea de él propio, de él tal cual se cree ser. Los más grandes historiadores son los novelistas, los que más se meten a sí mismos en sus historias, en las historias que inventan" Paréceme que piensa: con todo lo que se ha escrito sobre Shakespeare es fácil formar una biblioteca de impresionante magnitud, y en la cual, por cada cien volúmenes, noventa y nueve han sido inspirados por la Estupidez Humana, esa Estupidez recordada por Carlyle en el prólogo a los papeles de Cromwell: "Como canta el poeta Schiller, "contra la estupidez, los mismos dioses luchan sin alcanzar la victoria". ¿Qué hacer entonces si todo ha sido hecho? Una traducción de Shakespeare, tal vez... ¡Horror de horrores, si Shakespeare ha sido traducido y traicionado en todos los idiomas! Eso jamás, pues también tiene entre cejas que traducir es una manera de ostentar en público la impotencia para crear. Haz cualquier cosa tuya, aunque sea humilde, mediocre, mediocrísima, pero tuya, no infiel traslado de lo que otro hizo con esplendor en otra lengua...

Todo esto y mucho más, abruma a Miguel Cané en su soledad vienesa. Entre quejas y repudios, la pluma dista mucho de permanecer ociosa durante ese plañidero año de 1884, el más lleno y fecundo de los que lleva vividos en Europa. Bien agrado debe estarle a las horas solitarias. ¡Cuántas cosas la soledad, convertida en madre de ternura, nos inspira! En la soledad de Viena se decide finalmente por la traducción del *Enrique IV*, única obra de Shakespeare hasta entonces no vertida al castellano. Esta labor es un esfuerzo considerable para Cané; lo reconcentra y disciplina; le obliga a profundizar la lengua inglesa de la era isabelina, su lexicografía, su semántica, su fonética, tan característica e inaccesible al lector moderno, aun

inglés, que necesita de glosarios auxiliares tanto para el significado de los vocablos cuanto para los sonidos y delecto tradicional de los mismos. Mal puede ser Shakespeare maestro de aprendices con ese su repertorio prodigiosamente rico en vocablos, metáforas, modismos, retruécanos, acrobacias verbales de todo género, expresiones dialectales, elevándose en lo culto a la diafanidad y pureza o descendiendo hasta la más baja truhanería prosódica de comadres, ramerías y ladrones. Cané tendría que penetrar en todo eso, y después de dominarlo, veríase obligado a buscar en su idioma vernáculo, el instrumento apropiado, no menos rico, no menos ágil, no menos fiel para trasladar, de altura en altura, el caudal isabelino al caudal castellano.⁶⁴ Había deseado llevar adelante la novela empezada, la que le pidiera Pellegrini para ser publicada en *Sud América* después de *La Gran Aldea*, pero Shakespeare le ha hecho su vasallo y ahora ya no le pierde ni de vista. De hoy en más Cané vive para Shakespeare, para él trabaja y con él sueña. El mundo del *Enrique IV* acaba siendo su mundo. La pasión que tanto le faltara, el entusiasmo del cual andaba menesteroso, le permite entrarse en cada uno de los personajes con quienes se mueve y agita, ama y odia, canta y bebe en las tabernas, asiste a los encontronazos bélicos y a la muerte del bravo Hotspur. Con todos y en todas partes está. Pero al que llega a conocer mejor y a valorar en su genuina urdimbre humana, es a Sir John Falstaff. El panegírico que hace del "bufón colosal" —reminiscencia notoria de Paul de Saint-Victor— debe contarse entre las más sutiles y agudas de Cané:

"Falstaff no es el bufón de un hombre, aunque éste se llame Shakespeare: es mío, es tuyo, nos pertenece, porque todos hemos contribuido a formarlo con la explosión constante y secular de nuestros apetitos y deseos, vicios y lacras... Falstaff no es un hombre vicioso, es el vicio amable, como todos lo hemos entrevisto secretamente alguna vez".

⁶⁴ Cané no hace misterio de su inglés deficiente cuando debe hablarlo. Recuérdese la conversación en el tren que le conduce al Niágara:

"—Perdón, señor —dije en mi mal inglés—; en este compartimiento no hay más que dos camas, y yo tengo el billete de una de ellas...

"—No, señor —me contestó políticamente el yankee—; yo desciendo. Mi hija va sola hasta Utica.

.....
Cuando da con el pretexto para charlar con la viajera, escribe Cané: "Aquí de mi inglés", me dije, y comencé".

Un poco más adelante, insiste:

"—Mi deplorable acento le habrá hecho comprender hace rato que soy extranjero..." (*En viaje*, cap. XXI).

Cané anda por buen camino. Ha encontrado en Sir John "el rumor vibrante de las expansiones juveniles", "la alegría, la verdadera alegría". En los intervalos de la tarea suele volver a sus antiguos amores y busca las novelas de Dickens. Este no es aquél, desde luego, y tiene un grave inconveniente si, en lugar de buscar a Picwick, echa a andar por la carretera que conduce a Dover y se topa con David Copperfield. Entonces la saludable risa de Falstaff se le convierte en un nudo que le aprieta la garganta, en una nube que le ciega los ojos, en una emoción de tal modo punzante que le hace arrojar el libro, porque la ficción se desvanece y le "parece estar frente a una desventura real"... Merced a esta sensibilidad que se derrama en llanto escribe el artículo sobre Dickens, también hermoso, y a Eduardo Wilde dedicado.

XIV

EDMUNDO DE AMICIS

Este mismo año Cané enriquece sus amistades literarias con dos escritores de muy diverso género: Edmundo de Amicis y Rufino José Cuervo. El primero había dejado una estela de gratísimos recuerdos en Buenos Aires con ocasión de su viaje. Cané, ausente en Europa, no pudo frecuentarle en tierra argentina como Groussac, Lucio López y tantos otros que acogieron deferentemente al dulcísimo narrador de episodios y vidas humildes, casi glorioso entonces, y casi olvidado ahora... Es Cané quien da el primer paso pidiéndole a Lucio López que le entregue a de Amicis un ejemplar de *En viaje*, pues ha leído *Alle porte d'Italia* y se le ha despertado repentina admiración por el escritor italiano. Cuando lo sabe de retorno a Turín, le envía una carta en francés con el tratamiento de rigor: *Monsieur et cher maître*. Retengamos lo esencial de dicha carta:

"Lucio López me había recomendado que aprovechara la menor circunstancia para hacerle una visita. Elijo una bien insignificante para escribirle, a la espera de otra mejor. Acabo de leer en un diario de Buenos Aires una carta en la que usted le pide a uno de sus amigos que le mande a todos los argentinos en viaje, para tener la ocasión de interrogarlos

sobre mi país y sobre puntos que su rápida visita de usted no le permitió profundizar. *Puis-je m'offrir a vous, cher et honoré maître? Interrogez-moi, mettez-moi sur la sellette, disséquez-moi et ne craignez pas trop mon chauvinisme...*” Le interesa el libro que sobre la Argentina piensa escribir de Amicis. Puede hacer algo muy bueno —si no repara mucho en lo malo— volviendo los ojos a la “escena soberbia cuyo conjunto le impresionara”. En este pasaje Cané deja respirar su patriotismo al estilo del siglo XIX. La Argentina, según él, es “un país nuevo, de ayer, aferrado al movimiento de progreso que empuja al siglo” y que goza “con la despreocupación del heredero legítimo, del trabajo del mundo entero; orgulloso de su pequeña riqueza actual, pero sin conciencia clara de su porvenir —lo que está bien, porque de lo contrario se deslumbra”. El *chauvin* prosigue: es un país que ama al extranjero por instinto; es “un hermoso niño cuyo crecimiento no disminuye su alegría ni altera su carácter. Con sus defectos, claro está, y éstos de calibre... Somos americanos, pero mestizados de español... Ama usted mucho a España y no quiero darle bromas”.

Amicis contesta en seguida y lo hace con aquella exuberancia tan italiana y suya: *E' proprio vero? E' proprio il signor Miguel Cané, del quale lessi con piacere grandissimo tante belle e argute pagine a bordo de "Sirio", è proprio che mi scrive una lettera così benevola, così gentile, così aperta, così amabilmente argentina?*

Desde ese día, 7 de septiembre de 1884, la amistad de Cané y Amicis queda por siempre sellada. Las expresiones protocolares desaparecen pronto. Cané renuncia al francés y al *cher maître*, Amicis al *Illustre Signore* y ambos se tratan de caro y querido. Mas nada de esto basta, es insuficiente. Amicis necesita echar mano a los superlativos: *Carissimo, amantissimo Cané*, a los cuales Miguel responde con un “querido Edmundo”. Antes del año se tutean: *La tua lettera è così bella, gentile, buona, arguta, graciosa, che m'ha fatto ridere con due lagrime negli occhi. ¡Oh! il mio nuovo inaspettate amico quanta bontà ha nel cuore e che dolce musica nell'anima e nel pensiero e nelle parole!*

Si Cané guarda silencio más del tiempo conveniente, Amicis se alarma y pregunta: *Che sente? Sei malatto?* Si realmente está enfermo, quiere saberlo para correr a Viena a hacerle compañía y estar con él, horas y horas, *accanto al fuoco, a dir male del freddo e della nebbia, e a tormentarti con mille interrogazioni, fumando le tue cigarette e ascoltando la bella musica della tua conversazione!*

El juicio de Amicis sobre JUVENILIA es generosísimo: "Hay en esas páginas un equilibrio estilístico, una música secreta, deliciosa. He aquí un artista *per Dio!* y de alta raza. Se necesita haber estudiado, haber trabajado veinticinco años alrededor de este tremendo misterio del estilo para gustar, o mejor, para gozar con todo lo que hay de delicado, de exquisito, de señorial, en aquellas páginas. Y dejo a un lado el fondo de la obra, la que sería utilísima aun cuando no tuviera sino aquellas sabias y profundas consideraciones de las últimas páginas y sería admirable para mí, más de lo expresable, aunque sólo fuera por lo que dice magistralmente, al principio, de los escritores personales". No quiere fastidiarle "citándole todas las cosas bellas, originales, espirituales y dulces que ha encontrado".

Es el escritor Augusto Mario Delfino quien dió a conocer en Buenos Aires las cartas de Edmundo de Amicis a Cané. En el estudio dedicado a las mismas, dice Delfino: "La primera noticia que ofrece acerca de *Corazón* está vinculada con un pedido. Edmundo de Amicis solicita de Cané los pormenores de un acto heroico. "¿Te acuerdas? El joven argentino que da su salvavidas a una señora". Se refiere a una tragedia ocurrida en el Río de la Plata: el incendio del vapor *América*, en viaje de Buenos Aires a Montevideo, donde don Luis Viale sacrificó su vida para salvar la de doña Carmen Pinedo de Marcó del Pont. "Tengo que ponerlo en un libro de lectura que estoy haciendo para los chicos". Luego, ya puesto a escribir el relato, el autor, quien ignoraba que Viale era genovés, como él, no cambiaría las circunstancias del suceso, los nombres y las edades de los personajes, mas la emoción de lo que cuenta y el ejemplo moral que sus palabras ofrecerán a todos los niños del mundo serán la emoción y el ejemplo cuyo espíritu recogió durante su estadía en Buenos Aires. Queda establecido así que en el libro imperecedero, en el libro renaciente a cada generación, lo argentino no está únicamente en *De los Apeninos a los Andes*".⁶⁵

Edmundo sigue hablándole del libro que es motivo de grandes desvelos para él:

"Carísimo Cané: Gentil, argentinamente gentil como siempre. Gracias cien veces. *El bombero* es sublime y si, como temo, no es agregado al libro un hecho análogo de un bombero de Turín, acerca del cual espero detalles del municipio, meteré el tuyo en el libro. Tu ofrecimiento de traduc-

⁶⁵ AUGUSTO MARIO DELFINO: *De "Corazón" a "Juvenilia"* (La Nación, 24-II-1946).

ción me ha deslumbrado. Pero deberías hacer más; colaborar en la obra, o sea hacer por tu parte los varios capítulos que, refiriéndose a Italia, no serían adecuados para la Argentina. Me he propuesto especialmente, al hacer un libro para los chicos de las escuelas elementales públicas en las que están mezclados pobres y ricos, hijos de señores e hijos de obreros, infundir en el corazón de los niños el sentimiento de la igualdad y de la fraternidad social, el amor a los compañeros, el amor a los maestros, a los padres, a la patria. No sé en la Argentina, pero en Italia no tenemos un libro de ese género que conmueva, que sacuda de veras la fibra infantil. No tenemos sino cosas de negociantes, libros llenos de preceptos secos y fríos. No sé cómo resultará el mío. Sé que lo escribo palpitando y llorando, con una ternura para las criaturas de las clases pobres que me devora. Desde hace dos años voy dos veces al día a buscar a mis dos hijitos a las escuelas municipales; durante estos dos años he hablado con maestros, con escolares, con educadores; estudio a mis chicos y a sus compañeros. Me parece haber encontrado la senda...”

La relación de la amistad que vincula a Cané con de Amicis resulta parcial a falta de las cartas del primero al segundo. De igual modo lo reconoce Augusto Mario Delfino: “Algún día, cuando sea factible buscar en los archivos de Italia las cartas recibidas por Edmundo de Amicis, podrá completarse la historia de esta amistad y saberse cuál fué el juicio que la primera lectura de *Corazón* suscitó en el autor de *JUVENILIA*”. Catorce cartas de Amicis contra una de Cané, malogran el intento aclaratorio. Hay un solo eco de resonancia cuando debieran ser dos.

XV

RUFINO JOSE CUERVO

La amistad con don Rufino José Cuervo es de otro ejemplo y tono. Según tiene dicho en su libro de viajero, preséntasele Cuervo a su espíritu cual un “sacerdote del pasado, aunque menos inflexible” que Miguel Antonio Caro, el traductor de Virgilio. ¿Por qué del pasado y no de la propiedad lingüística? Se refiere Cané a las *Apuntaciones críticas sobre el len-*

guaje bogotano, obra con la que se granjeara el autor considerable reputación, siendo ya mucha la de alcanzar con las notas a la *Gramática* de Bello. La profundidad y extensión de los trabajos del filólogo colombiano pasman a Cané:

“Actualmente, Cuervo se encuentra en París, metido en un nicho de cartujo, levantando, piedra a piedra, el monumento más vasto que en todos los tiempos se haya emprendido para honor de la lengua de Castilla. Es un *Diccionario de regímenes, filológico, etimológico*... ¡Qué se yo! Aquello asusta; cuando Cuervo me mostraba en Bogotá las enormes pilas de paquetes, cada cual conteniendo centenares de hojas sueltas, cada una con la historia, la filiación y el rastro de una palabra en los autores antiguos y modernos... sentía un vivo deseo de bendecir a la naturaleza por no haberme inoculado en el alma, al nacer, tendencias filológicas. “Ya están reunidos casi todos los ejemplos, me decía Cuervo; ahora falta lo menos, la redacción”. Redactar cuatro, o diez, o sabe Dios cuántos volúmenes de diccionarios... ¡lo menos!”

Sigue una confesión de Cané acerca de su manera de escribir y la de cuantos pertenecieron a la denominada generación del 80:

“¡Y cómo redacta Cuervo, con una sobriedad, una precisión y elegancia que obligan a cincelar la frase! Si uno de nosotros, después de tres horas de redacción suelta, incorrecta, *à la diable*, tira la pluma con disgusto, ¿qué sería si se levantara ante nuestros ojos, como una pesadilla, la columna de papel blanco que hay que llenar para concluir el diccionario de Cuervo?... la obra de Rufino Cuervo será un timbre de honor para su patria y para nuestra raza”.⁶⁶

Las cartas originales que tengo sobre mi mesa de labor, revelan, en efecto, al benedictino y santo varón que fué don Rufino José Cuervo. Están fechadas en París, 3 rue Messonier, de septiembre de 1884 a marzo de 1885. Véase por ellas a Cané interesado en cuestiones de lenguaje y muy deseoso de poseer un ejemplar de las *Apuntaciones críticas*, agotadas, no obstante lo cual, don Rufino le facilita el único que tiene. El argentino está empeñado en dar a conocer la cultura de sus compatriotas, y empieza haciéndole llegar los trabajos de Candrelli y un *Anuario bibliográfico*. Cuervo deplora no haber conocido antes a Calandrelli: “...comprendo perfectamente que es

⁶⁶ CANÉ: *En viaje*, cap. XVI.

persona competente, si las hay, para llevar a cabo tamaña empresa. Se conoce que ha estudiado a fondo la filología moderna y adelantado con su propia experiencia en la aplicación del método que tantos triunfos ha alcanzado". A una posible pregunta de Cané sobre la autoridad de Barcia, contesta Cuervo: "Barcia me ha parecido siempre un charlatán; a su *Diccionario de Sinónimos* aludí en el prólogo de las Apuntaciones como a "obra en que a cada paso se ven violados los principios más triviales de la Etimología".

No puedo soslayar los pormenores que sobre el *Diccionario de Construcción y Régimen* le adelanta don Rufino a su admirador argentino:

"Pienso que el primer volumen con la A y la B, tendrá unas mil págs., acaso más. Como hay letras en que los artículos serán poquísimos, es posible que toda la obra salga en cinco o seis tomos. Yo le confesaré a U. que mi designio ha sido publicar un tomo para *ensayo*: si el público me demuestra que el libro le gusta, y lo demuestra *comprándolo*, continuaré inmediatamente la impresión. U. sabe que estos trabajos exigen un aprendizaje, aun para la corrección de las pruebas, que no puede hacerse sino en ellos mismos; de suerte que si yo veo que la empresa no es ruinosa, pecuniariamente, buscaré más empleados para la parte material, y se andará más aprisa. Ahora, si el libro se me queda archivado, me dedicaré a... no se qué. En este caso, la obra se *concluirá* en breve, pero si la hubiere de continuar, veo con pesadumbre que todavía se me reserva no poco trabajo, y no puedo calcular el tiempo necesario para dar cima a esta labor".⁶⁷

⁶⁷ Carta de don Rufino José Cuervo a Cané. París, 16 de octubre de 1884. AMC.

El Padre Rodolfo M. Ragucci, S. S., pregunta: "¿Cómo explicar la interrupción de la obra, si don Rufino vivió aún dieciocho años después de aparecido el segundo tomo? No ignoráis las varias causas que con mayor o menor fundamento se aducen... Pero, indudablemente, la razón decisiva para él fué el haber comprobado que el texto de la *Biblioteca de Rivadeneira*, en que se había basado principalmente para su estudio, se apartaba del primigenio; había sido alterado o modernizado por los compiladores". Introducción a *El castellano en América*, de Rufino José Cuervo, pág. 20. Editorial "El Ateneo". Buenos Aires, 1947. El dato es honrosísimo para don Rufino, "el más insigne filólogo que la raza española produjo en el siglo XIX", según Menéndez y Pelayo; pero de la última carta a Cané sólo se desprende una razón de carácter práctico. Según eso, ni las Academias ni el público del mundo hispanohablante habrían respondido al portentoso esfuerzo.

En otra carta, el benedictino vuelve a mencionar el esfuerzo de aplicación que exige la corrección de las pruebas de imprenta:

“Efectivamente, la brega de la corrección es tal, que a veces pierdo la chabeta. Figúrese U. que la primera corrección, haciendo cotejo con el original, requiere unas 8 horas por pliego, y lo hago yo solo. La segunda prueba la revisa mi hermano, un joven muy inteligente que me ayuda, y otra vez la vuelvo a examinar, detenidamente, lo mismo que la tercera. Después de esto me dan la *Tierce*, que apenas repaso ligeramente. Ya ve U. que si no hay muchas erratas, bien se puede decir como Sancho, que buenos azotes me cuesta. Pero veo que sería imposible que otro que yo pudiera encargarse de esto. En cuanto a los impresores, creo a veces que es una ventaja que sean extranjeros; enviando el original perfectamente claro, queda como fotografiado, y me figuro que un español se vería muy apurado para componer los ejemplos antiguos”.⁶⁸

Cané prepara un volumen y ha pensado titularlo: *Al azar de la pluma*, pero antes de enviarlo a la imprenta, le pide opinión al maestro. Cuervo contesta: “Tengo mis recelos de que *Al azar de la pluma* no suene bien a todos, porque acaso *azar* no se preste bastante a este sentido; que si no me engaño da aquí lo mismo que cuando decimos *Al correr de la pluma*. Digo lo que me suena: U lo decidirá mejor que yo” (París, Stbre. 1884?) Cané no cesa, le gusta su *Al azar de la pluma*. Don Rufino mantiene su juicio con la suavidad en él acostumbrada: “Comprendo muy bien la idea que U. quiere expresar con el título de su libro, que ya aguardo con ansia, y veo efectivamente que *al correr de la pluma* no daría la idea de *al azar de la pluma*. Cada rato de acuerdo, y vuelvo y revuelvo, y no me ha ocurrido cosa que merezca la pena. Ya U. tendrá hallados más de cuatro muy felices, al estilo de *JUVENILIA* y *En Viaje*” (París, 16 de Oct. 1884). El libro que tiene Cané en preparación es el que luego publica con el título de *Charlas literarias*.

Cané se impone la obligación de difundir en su país la extraordinaria obra de don Rufino, y a tal efecto le envía un ejemplar del *Diccionario* (el primer tomo) al general Mitre, que por esos días llora la muerte de su hijo predilecto:

“*El general Mitre a Miguel Cané. Buenos Aires, 2 de diciembre de 1884*: “Mi estimado amigo. He recibido y leído

⁶⁸ Carta de don Rufino José Cuervo a Cané. París, 29 de marzo de 1885. AMC.

con emoción su afectuosa carta del 29 de octubre, en que me ofrece su simpático pésame con motivo de la dolorosa pérdida de mi muy amado hijo Adolfo, que era la última y la más grande esperanza de mi vida.

“Morir es una ley de la naturaleza y es un descanso para los que han completado la jornada y se duermen para siempre a la sombra de sus años. Pero cuando se interrumpen las leyes de la naturaleza precediéndonos en el camino de la muerte los que debieron sucedernos, cuando como a mí me sucede, ver desaparecer a un hijo en la flor de los años, al año de casado y a los tres meses del nacimiento de su primer hijo, la vida se hace trágica y no hay resignación, porque a la par de la herencia de eterno dolor que recibimos, lloramos las esperanzas defraudadas y las promesas no cumplidas, sin consuelo alguno.

“Vd. que ha sido testigo y ha experimentado también un dolor análogo, que conoció y estimó a Adolfo, alentándolo generosamente en sus primeros ensayos literarios, me ofrece el único lenitivo en tal estado del alma y se lo agradezco cordialmente haciendo, aunque sea con tan triste motivo, votos por su felicidad... Reciba Vd. aunque sea tardíamente mis felicitaciones por sus triunfos literarios, que espero no serán sino los augurios felices de obras mayores.

“Recibí con su tarjeta el *Diccionario* de Cuervo. Pensaba ocuparme de él en un artículo crítico que publicaré en *La Nación*, no habiéndolo hecho hasta ahora, porque he vivido y vivo con la muerte en el alma. Vd. me pide mi juicio y se lo daré con gusto en honor del autor, cuyas obras anteriores conocía, especialmente su *Lenguaje Bogotano*. Considero a Cuervo el primer hablita hispano-americano, y pienso que no tiene rival ni en España mismo. Su *Diccionario* será un precioso monumento de la lengua castellana en su parte más difícil, cual es la particularidad sintáctica de las palabras. Su estudio sobre la preposición A. en sus múltiples significaciones, usos y modificaciones abstractas o concretas, es una revelación, y adelanta sobre todo lo que sobre el particular se ha escrito en todas las lenguas. La concisión es maravillosa, pero aun la ordenación y clasificación histórica de los ejemplos, que es la parte más original de la obra. Las etimologías, aun cuando no constituyen el objeto principal del libro, son seguras, y se imponen al conocimiento, pisando el terreno con más firmeza que Barcia y Calandrelli. Es en suma una obra metódica y científica, explicando el idioma, hará vivir el nombre

de su autor mientras exista la lengua que está destinada a dividirse el imperio del mundo con la lengua inglesa, pues (son) las dos únicas, que pueden dilatarse en el espacio por el vehículo de dos continentes habitados por millones de hombres. Sería un dolor que esa obra no se publicase íntegra, desde luego”.⁶⁹

Eduardo Wilde le pregunta si ha leído en *Sud América* la Carta sobre JUVENILIA. “Es mía —le dice—; tu libro me ha hecho el más agradable efecto; es realmente lo más natural i lo mejor que has escrito”. Las cartas del humorista incorregible, suelen ponerle de buen talante. ¡Si él pudiera contemplar el panorama del mundo con la misma mirada y juzgar a los hombres con igual desdeñosa y sonriente filosofía! Cuando recuerda que es ministro de Justicia, Culto e Instrucción Pública, entonces sabe hablar de cosas serias y en serio: *Wilde a Cané. 24 de noviembre de 1884*: “A la fecha te supongo instruido de lo ocurrido con Mattera; este hombre se equivocó o lo hicieron equivocar— creyó que el Presidente i yo éramos unos muchachos incautos i que el pueblo era clerical, dos equivocaciones que determinaron su conducta, sus exigencias, sus torpezas i por fin su expulsión.

“Creo que nuestra cuestión aquí es idéntica a la que se sostiene en todo el mundo i que cualquiera cosa que hagamos en un sentido o en otro, no será suficiente ni para detener ni para apresurar la solución del problema de civilización que todos debaten. De allá nos viene la voz de alarma pero quizá nosotros resolvamos el asunto con más limpieza pues no tenemos obstáculos sociales seculares que nos obstruyan el camino. (Si se me ofrece algo en que pueda utilizar tus intimidades (impropias) con el Vaticano, te aprovecharé”.⁷⁰

Todavía ignora si Cané ha leído el “articulito” sobre JUVENILIA. Insiste: quiere saber si le ha gustado o no: “Yo hace tiempo que nada literario escribo porque temo que me critiquen i porque mi alma (yo también tengo eso que se llama alma) más está para describir cementerios i cómo se pudre i se disgrega un cuerpo, que para otras clases de literaturas; i te aseguro que esa descripción mostraría cuanto más difícil es la descomposición del cuerpo que la del edificio moral en la inmensa mayoría de las almas que comen pan en este mundo. Ya sabes que soi un escéptico teórico i un ingenuo sentimental. El día está hermosísimo —no hai un solo expediente sobre mi

⁶⁹ Carta inédita. AMC.

⁷⁰ Carta inédita. AMC.

mesa i la luz del sol entra en torrentes a mi escritorio— la luz del sol de mayo que por aquí se cree que es argentino”.

Cané puede contar a Wilde entre sus más afectuosos amigos. El escéptico, tal vez por serlo teóricamente, según se define, cree en la amistad y la practica sin veleidades: *Wilde a Cané*, (12-2-1885): “Tu carta me sorprende —¿quién te ha podido decir que las cosas del “Diario” me mortifican? No veo en ellas sino el espectáculo de una maldad inmotivada que no me explico —un pedazo de hospital en lo moral —también los caracteres tienen sus enfermedades... Me gusta mucho recibir cartas tuyas —vales mucho para mí i cada día ganas en mi concepto pues cada día te comparo con alguno de tus contemporáneos observando que sacas ventaja en la comparación. Veo también con gusto crecer la estimación pública por ti. Tu carta contiene un párrafo que es copia de lo que yo decía esta mañana a un amigo, antes de recibirla —mira qué coincidencia! Advenghi me hablaba de los ataques de la prensa i de los juicios que las gentes hacían de mí. Yo le contesté: hombre, todas las críticas son pálidas al lado de las que yo puedo hacerme; no he visto hasta ahora que nadie me juzgue peor de lo que yo me juzgo i sin embargo estoy contento de mí mismo. Eso es aproximadamente lo que tú dices de ti. ¿Cuándo piensas venir? Si no vienes pronto escribe correspondencias a los diarios para que vean tu nombre i gocen con tus escritos. Escribe sin cuidarte, naturalmente, así escribirás mucho i tus trabajos tendrán el sabor de los productos primitivos de una bella i grande inteligencia. No olvides que tienes en mí a un amigo más verdadero quizá de los que te frecuentan con mayor asiduidad”.

Martín García Mérou da muestras de no tener entre sus hábitos el de malgastar el tiempo. Acaba de publicar en Madrid un volumen con los recuerdos de Venezuela y Colombia.⁷¹ En la dedicatoria a su hermano Enrique hay frases de admiración y cariño para Cané, “compañero decidor que siempre está en vena y saca partido de todo. Nadie como yo conoce y aprecia el ingenio del Jefe de la Legación en que fui Secretario...” Y como todo tiempo pasado fué mejor, las desesperantes horas de Caracas y Bogotá, ahora, en la evocación, se presentan deliciosas... “Recuerdo nuestra vida de entonces con simpático interés” —escribe Martín. “Las veinticuatro horas del día parecían cortas. Evacuados los trabajos diplomáticos, nos engolfábamos en la lectura. Allí pasé muchos y deliciosos momentos con las obras dramáticas de Schiller que fueron tu regalo de

⁷¹ *Impresiones*. (Librería de M. Murillo. Calle de Alcalá N^o 7. Madrid, 1884).

despedida. De cuando en cuando tomábamos la pluma, y las cuartillas se amontonaban sin sentirlo. Yo era el encargado de fabricar los cuadernos en blanco que Cané llenaba con su letrita menuda y apretada, mientras en la pieza contingua yo tomaba notas para *Los Cuadros de la Conquista del Perú*, cuyo plan e idea fué obra suya... Allí vi nacer una a una, con cariño e interés, las páginas de ese poema de la infancia que mi antiguo compañero acaba de publicar con el título de JUVENILIA. Allí nos sometíamos mutuamente los resultados del trabajo diario, llevando siempre yo la peor parte, como era natural, pues mis informes ensayos eran flagelados sin piedad por la *verve* sarcástica de mi crítico. Pasado el primer momento de insurrección, volvía de nuevo a la tarea con fe inquebrantable, puliendo, limando, apuntalando los versos débiles con algún adjetivo chillón... Hoy recuerdo con gratitud y encanto aquella vida tranquila... Tengo fe en el porvenir y en los frutos de la labor constante..." Salud moral envidiable ¿cuántos la disfrutan? La literatura así practicada es el más impresionante de los sacerdocios. ¿Cuántos lo practican con igual fervor?

Sabemos por Edmundo de Amicis que la salud de Cané no es buena. A don Rufino también le preocupan esas visitas frecuentes a médicos de París, Berlín y Viena. Es necesario dejar a Viena lo antes posible. Pero la dolencia no es de naturaleza como para interrumpir las tareas y dar a la estampa *Charlas Literarias*. Cuervo es de los primeros en darle la norabuena.

"Rufino José Cuervo a Miguel Cané. París, 29 de marzo de 1885:

"Me llegaron las *Charlas Literarias* en momentos en que tenía sobre mí un montón de pruebas, y determiné sacudir esa pesadilla, antes de regalarme conversando con U. ¿Qué desahogo, ¿qué descanso mejor?, ¿no es verdad? Tampoco quería darle a U. las gracias antes de deber a U., a más de su precioso obsequio, el placer de recorrer páginas en que ya adivinaba esa facilidad, esa soltura que tanto me atraen en lo que U. escribe. Ya comprenderá que los artículos que previamente quise leer fueron los relativos a las notabilidades argentinas; los he devorado. Y ¿por qué no le he de decir cuál he preferido? No he leído todo el libro, pero tengo para mí que los recuerdos de Carlos Encina se han de llevar la palma. ¡Qué narración tan flexible y amena! Y cuente U. con que yo soy beato. El día que yo escribiera

algo por ese estilo, me pondría orondo. Gracias una y mil veces por este buen rato y por los demás que me prometo con la lectura de lo que me falta".⁷²

No son juicios para ser olvidados, viniendo como venían de tan linajudo espíritu. El americano lo primero que busca es sabor y tinte de América, y sin demorarse acude a las páginas capaces de procurarle aquel elemento nutricional. Entre las *Charlas* figuran otros ensayos de tema argentino que el maestro colombiano debió leer: *Un nuevo libro del Dr. Gutiérrez* (1876), que, como los dos subsiguientes, corresponde a la primera época de Cané; el *Prometeo*, de Olegario Andrade (1878); *El Fraile*, de Ricardo Gutiérrez (1879). Como don Rufino —según lo deja ver— es hombre de fe religiosa acendrada, cabe la conjetura acerca de la impresión que hubo de causarle la diatriba anticlerical contra el poema de Gutiérrez. De admirar es el prudente silencio que guarda sobre el particular, y el no menos prudente silencio en lo tocante a la sintaxis de Cané. No parece que le hayan aprovechado mucho las lecciones y reprensiones que campean en la nutrida obra dedicada a las características del lenguaje bogotano, similares en licencias al lenguaje argentino, como don Juan María Gutiérrez se lo advirtió al propio don Rufino José Cuervo.

Si algo sorprende en este segundo libro de Cané es la inclusión de trabajos todavía juveniles e improvisados, difícilmente tolerables en la vecindad de los que ya denotan adultez mental. A la primera categoría pertenece, también, el artículo titulado: *Un libro ruidoso: Las Memorias de Judas*. Si en 1876 se dejaba llevar de entusiasmo por Petruccelli de la Gattina, en quien descubre algo que "parece una página de Flaubert", en 1885 cuesta concebir que aún persista en tomar a lo serio a un sofisticador de baja ralea e intente, por añadidura, establecer paralelo entre la *Salambó* y el libelo pseudo-científico del faramallero italiano. Dijérase que el sentido crítico de Cané en ocasiones se quebranta y anula. Desigual de valores, este libro de charlas si no se salva a sí mismo por lo desordenado, lo salva al autor por dos trabajos: el ensayo sobre *Falstaff* y el artículo sobre *David Copperfield*. En el primero reaparece Cané, el Cané serio, estudioso, capaz de trascenderse en una obra de profundidad que le urge hacer; de una obra que tiene a la mano esperando reposo espiritual y esfuerzo continuado. Del Falstaff que hoy aparece en compañía de valores desaparecidos, saldrá el prólogo a la traducción del *Enrique IV*.

⁷² Inédita. AMC.

Pero la salud no ayuda y los disgustos menudean. Las cartas de Roca son amables y expresivas, pródigas en promesas que después no cumple:

*"Miguel Cané a Carlos Pellegrini. Carlsbad, 27 de abril de 1885: Mi querido Carlos: No tengas cuidado, no procederé ab irato; pasaron esos tiempos, pero no puedo pasar un año más en Viena (un invierno se entiende) sin comprometer mi salud para siempre. Por otra parte, te adjunto la última carta que he recibido de Roca, escrita poco antes de la muerte de Balcarce. Comprenderás que, si apesar de ella, no he obtenido nada, debes comprender que la intención que hay es hacerme podrir en Viena u obligarme a saltar. Te ruego me devuelvas esa carta. Washington no es para mí, tu lo sabes bien. Mi intención es ir a Buenos Aires apenas pueda y solo regresar a presentar mi carta de retiro. Los médicos me exigen un intervalo entre Carlsbad y Divonne, de tres semanas, lo que me impide embarcarme en junio. Lo haré en julio o agosto, si la salud lo permite. Como todos mis libros anteriores, te he mandado las *Charlas* a Buenos Aires. Te has desencontrado, voilà tout... Por quinta vez te pregunto si estás solo o con Carolina. Sigo un poco más calmado".*⁷³

Un poco más calmado, mas no del todo. Pellegrini en Europa será el mejor médico, el más eficaz tratamiento termal para los nervios de difícil gobierno. Cané tiene vehementes sospechas de que en Buenos Aires no se respeta la correspondencia: "A propósito de cartas violadas —le dice a Pellegrini (2-5-85)—, te abren las tuyas en Buenos Aires, puesto que he visto un artículo mío en *Sud América*, el diario más tonto y pesado de nuestra tierra. Perdón, pero es así". Raro es lo que no le fastidia. La herida abierta por Groussac no ha cicatrizado todavía. Bástale ver el nombre del agudo francés en cualquier parte para dedicarle juicios a las veces desmedidos: "Manuel (Láinez) ha endilgado una filípica a Groussac, completamente *manqué*. Manuel decae a vuelta de ojo. Pero, en el fondo, el carácter de Groussac aparece en su estético color de trapo de cocina. *La grande nouvelle!*"

El 22 de mayo muere Víctor Hugo: "*Un ouragan, tonnerre et grêle, se déchaîne sur Paris à l'heure où le vieux agonisait*".⁷⁴ Inmensa es la emoción que la noticia produce en el mundo.

⁷³ Inédita. AMC.

⁷⁴ Citado por ANDRÉ MAUROIS: *Olympio ou la Vie de Victor Hugo*. Hachette. París, 1954.

Durante una semana velan sus restos bajo el Arco de Triunfo para ser conducidos luego al Panteón. Nunca habían visto ojos humanos un cortejo y una multitud como esa: "*il faut l'avoir vu*" —escribió Barrés. Cané es uno de los espectadores:

"*Miguel Cané al general Mitre. París, 25 de mayo de 1885*: En este momento leo las líneas más que benévolas que *La Nación* dedica a mi último libro, que no es tal. ¿Me permitirá Vd. pensar que la pluma simpática que ha escrito esta noticia bibliográfica es la suya? Inicia usted el artículo exponiendo todos los elementos con que le hubiera sido fácil aplastarme; luego con una galantería exquisita y una intención que agradezco vivamente, salva al naufrago. A la verdad ¿merecía ser salvado? No lo pienso. La razón que le ha inducido a hacer esa publicación responde a un orden de ideas... ¿cómo diré? solo estético.

"En breve trataré de presentarle un trabajo más serio, si es que el mal estado de mi salud me permite ocuparme de otras cosas que de combatir el mal. La muerte de Víctor Hugo me ha hecho registrar mis viejos papeles, buscando una reseña que escribí la misma noche que tuve el honor de ser recibido por el ilustre poeta cuyo *Ruy Blas* tradujo Vd., allá en los años pasados, buscando en la viril entonación de esos versos de bronce, un elemento para purificar las almas en la vieja lucha santa. Me permito enviarle esas breves líneas para *La Nación*, juzgándolas de actualidad, si es que usted las cree dignas".⁷⁵

"*El general Mitre a Miguel Cané. Buenos Aires, 15 de agosto de 1885*:

"Recibí oportunamente su estimable del 25 de mayo, cuya contestación he ido postergando de día en día, en la incertidumbre de su paradero, y en la duda de su inmediato regreso a la patria, y así se lo dije a su hermana, a quien casualmente (tube) el gusto de conocer hace pocos días, en cuya ocasión hablamos bastante de Vd.

"No se ha equivocado Vd. al atribuirme la nota bibliográfica que *La Nación* publicó sobre su último libro, en la cual, si hay la benevolencia que Vd. reconoce en ella, hay también la merecida justicia en honor de las cualidades intrínsecas que encierran sus páginas. Podría decir algo más, que no estaba dicho allí, y que se desprendía de sus producciones, y es, que exceptuando los notables viajes que allí se

⁷⁵ Carta inédita. AMC.

recordaban, si se compara su obra de Vd. con otras análogas de escritores contemporáneos, la ventaja resalta a su favor, y eso que está formada con escritos juveniles improvisados al correr de la pluma sin el propósito de formar una colección, así, sin embargo, resulta al fin armónico y coherente, con su valor intelectual y literario relativo. Deseo que Vd. lleve a cabo la idea que me comunica de contraerse a un trabajo más serio, y más aún que el estado de su salud le permita contraerse a él con libertad de espíritu y la necesaria frescura física que requiere la labor intelectual, en que se gasta tanta fuerza como manejando el arado; gastando además el aceite de la lámpara de la vida cuando ella se alimenta con la sustancia propia del pensamiento.

“Su artículo sobre Víctor Hugo fué publicado en *La Nación*, y aparte de su oportunidad, fué leído con gusto, por lo que tenía de fotográfico y algo picante. No sé si ha leído Ud. el juicio que improvisé sobre el personaje en la noche que el telégrafo comunicó la noticia de su muerte. Se publicó en *La Nación*, y después he visto que el *Times* coincidía con el mismo juicio. Es posible que publique ahora la traducción de *Ruy Blas* que hace más de 42 años hice, animándome a ello otra traducción española que he leído, que por ser tan mala, mejora la mía, que de otro modo hubiera quemado y relegado al panteón de los papeles viejos”.⁷⁶

Las noticias que llegan de Buenos Aires son confusas, y algunas inquietantes. En París habla Cané con Pellegrini y Del Valle, por separado, desde luego, para valorar mejor el tañido de esas dos campanas que no suenan al unísono, ni llaman a la misma misa en la política argentina. En vísperas de fenecer el período presidencial del general Roca, las finanzas se agravan: corrida del Banco Nacional; curso forzoso; pánicos reiterados en la Bolsa; cotizaciones alarmantes; candidaturas inconciliables para la futura presidencia. La misión de Pellegrini a Europa tiene por principal objetivo gestionar un crédito que salve de una crisis que puede ser inminente y catastrófica. ¿Conseguirá Pellegrini el crédito? La prensa opositora difunde siniestros rumores... Cané le escribe a Casares:

“En el estado de mi salud, Viena me mata. Roca, que me había prometido un cambio, no pudo cumplirme la promesa y me escribió una carta afectuosa, a la que contesté en los mismos términos, anunciándole que tomaría mi reso-

⁷⁶ Carta inédita. AMC.

lución definitiva a mi llegada a Buenos Aires. La idea de volver a Viena me hace detestar la vida. ¿Qué haré? No lo sé aún. Pero mi situación es bien difícil. En todo caso, quiero que sepas tú y los amigos, que no he *bondé* un instante y que procedo con toda calma y reflexión.

“El Gringo obtendrá aquí una solución honorable y, conociendo el estado de las cosas antes de su llegada, sumamente favorable a nuestros intereses generales. Esto era un caos...”⁷⁷

Tendrá que volver a Viena y en ese ambiente hostil a su salud espiritual y física, deberá recurrir muchas veces a la calma y la reflexión para no naufragar. Bien provisto está de armas contra el tedio. El inglés de Shakespeare es una de ellas. Y así llegará un día feliz del año de 1886 en que ha de preparar con júbilo sus maletas y cajones de libros. Para que no deteste la vida, le han nombrado Ministro en España. Mucho le place el nuevo destino. Madrid no puede ser desdeñado por ningún escritor de nuestra lengua. A Cané más falta le hace Madrid que París. Verdad es que ya ha perdido aquella hosquedad e impermeabilidad para lo español. Tiene ahora que pasearse por la Castellana, y oxigenarse —poniendo cuidado— con el viento que sopla del Guadarrama...

⁷⁷ Carta inédita. VCRC.

IX

DOS LUSTROS DE VIDA EUROPEA Y ASPECTOS DE LA POLITICA ARGENTINA. II

*Por no estudiar y recordar lo pasado
los mismos desórdenes se renuevan en
todos los tiempos.*

MAQUIAVELO

EL MADRID DE MIGUEL CANÉ: 1886

LEGA Miguel Cané a Madrid el 7 de abril de 1886: Es de suponer que para un hombre de su temperamento este cambio de destino determinará un cambio radical en su vida, muy especialmente en sus hábitos mentales. Dirán lo que más convenga y con acopio de razones los partidarios de la estabilidad y sosiego en un lugar, de preferencia el nativo. Quien no se afinca y anda en continuos trasplantes, nada ordenado y duradero le será dable hacer. Su existencia será un constante empezar y un nunca concluir lo empezado. Las generalizaciones son poco aconsejables porque suelen pecar de arbitrarias y sacrifican los casos particulares dignos de encomio. ¿Cómo realiza Saavedra Fajardo sus *Empresas*? “En la trabajosa ociosidad de mis continuos viajes..., escribiendo en las posadas lo que había discurrido entre mí por el camino”. Mas no se trata de andar a salto de mata, hoy aquí, mañana allá, malogrando el indudable arraigo provechoso, no. Lo prudente es no empobrecer la visión del mundo estándose dentro de las mismas fronteras geográficas desde la cuna a la mortaja. La residencia indefinida, sin mudanzas periódicas, trae consigo el aldeanismo, y lo más de temer: el hombre que se cristaliza en el ángulo familiar, el ente encastrado en la monotonía de la invariable faena cotidiana.

Para un latino, cinco años transcurridos en nación de raza germánica cuyas costumbres le son inasimilables porque carece hasta del idioma con el cual se penetra en el alma del pueblo, debieron de ser ruda prueba, rígida condena a clausura espiritual. Y cuando ese latino pertenece al linaje de Cané, llano, parlero y zurcidor de amistades, aquel lustro vienés lo es de

árido mutismo. Si la nostalgia no recrudece la inquietud antes de tiempo, España le compensará sobradamente. Como liberado de dolorosas ataduras ha de sentirse, sin gramática herméutica y sin la obligación humillante de someterse a intérpretes salaridados para expresar por boca y pluma ajenas lo que por sí mismo piensa con agilidad. La estación es propicia para que le sean gratas las emociones primeras. El generoso sol madrileño ya tiene algo de tibio en el promisorio abril de cielo alto y diáfana atmósfera, de arboledas que comienzan a devenir umbrosas. Los parques están más frecuentados y alegres, con risas y juegos infantiles. Fuera de la bulliciosa Puerta del Sol, clásico mentidero donde no hay hombre que no luzca verdinegra o raída capa, y de la donairoso calle de Toledo, la ciudad que acoge al viajero de 1886 aún conserva la adustez de gran capital provinciana que describen las crónicas matritenses, silenciosa casi e indemne de las mudanzas que le reserva la modernidad. Es el Madrid de Cánovas del Castillo, de Sagasta y Castelar, de Echegaray, Campoamor y Núñez de Arce. Es el Madrid de los personajes galdosianos.

En cuanto al ámbito histórico de España por aquellos días en que llega Cané con ansiedades de vida mental nueva, ¿cuál es su espíritu, su latido moral, sus vibraciones intelectuales y artísticas tras el largo período de crisis, guerras carlistas, derrumbamiento monárquico, proclamación de la república, retorno de la familia borbónica? Por el aspecto callejero de Madrid y por lo que se conversa en "todas partes", dijérase que no ha pasado nada y que no es dable vivir con mayor tranquilidad, desaprensión y dulzura. Veamos cómo describe un historiador la época en la que se halla comprendido el año de 1886: "Inconsciencia y optimismo. Pasada la batahola de la Revolución y la República, salvado el momento difícil de la muerte de Alfonso XII y sumido el país en enorme calma chicha, el gran niño que era España se entretenía en discutir a propósito del crimen de la calle de Fuencarral o, poco más tarde, del submarino inventado por Isaac Peral. El cuadro de nuestros grandes hombres, para mayor felicidad, estaba cubierto dos veces. De aquí que los españoles se permitiesen el lujo de tener dónde elegir, cifrando su fe en el ídolo público de algunas de las dos series puestas en juego, para satisfacción de toda necesidad banderiza: o Cánovas o Sagasta; o Galdós o Pereda; o Calvo o Vico; o *Lagartijo* o *Frascuelo*... Libres de cuidados, las gentes se consagraban a sus ocios predilectos. Triunfaban, con los toreros y los cantantes de ópera, los oradores, los poetas fáciles y los prosistas amenos. Los artículos

de fondo sonaban muy bien, y las novelas se multiplicaban con lozanía sin precedente... Mucho énfasis en torno. Artículos brillantes de Julio Burell. Cuadros de Historia. Dramas de Echegaray. Ripios punzantes de Salvador María Granés. Como el glotón y el sátiro en las fábulas atelanas, juegan papel indiscutible, en las piezas cómicas de la época, la patrona y la suegra, el cesante y el maestro de escuela... Caricaturas de *Mecachis* y de Cilla. Buen humor en todas partes... Eusebio Blasco envía desde París crónicas llenas de españolería. Versos cortesanos de Grilo, Peña y Goñi alternan la crítica musical y la taurina. Palmas al Guerra. Wagner está a punto de llegar. Las muchachas de talle de avispa y mangas de jamón cantan habaneras. Chotis de Chueca en los organillos. Pronto se convertirá su *Marcha de Cádiz* en himno nacional... Dichosa edad y años dichosos aquéllos".¹

En lo intelectual no es tan chicha la calma. Los tradicionalistas, que no envainan todavía, siguen combatiendo a los discípulos de Sanz del Río, "espíritus estrechos y dogmáticos, *hombres de un solo libro*, que ellos en seguida convierten en breviario";² y a todos cuantos osan repetir las irreverencias de Joaquín Costa: "Como la Venus de Milo, España es una bella estatua, pero sin brazos". El tema de la decadencia de España es inagotable, y el reñidero se acrecienta cuando los publicistas de diversos bandos quieren establecer las causas o se ponen a negar la caída desde tan alto. No todos se enardecen hasta el extremo de perder la justa noción de los valores históricos. El adusto Cánovas deja oír consejos que, de ser escuchados y practicados, mudarían radicalmente la psicología del pueblo español: "Trabajad, inventad, economizad sin tregua; no contraigáis más deudas; no pretendáis tanto adquirir como conservar; no fiéis sino en vosotros mismos, dejando de tener fe en la fortuna...; que vuestro patriotismo sea, en fin, callado, melancólico, paciente, aunque intencionado, constante, implacable".

El patriotismo callado, el más noble, y el más digno de ser creído y respetado ¿en qué nación de habla hispana lo enseñan y practican?

¹ Melchor Fernández Almagro. Citado por LAÍN ENTRALGO: *La generación del 98*, cap. III. Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1948.

² MENÉNDEZ Y PELAYO: *Ideas Estéticas*. VI. Madrid, 1923.

¿QUE ES UN DIPLOMATICO?

Cané entra en funciones no bien llega. El estado de los asuntos argentinos en España causa piedad al menos sensible. “Infinidad de consulados, inútiles en su mayor parte, más o menos reconocidos por el Gobierno español y lo que es más raro, por el Gobierno argentino...” Disputas y reyertas entre los cónsules o entre éstos y el Cónsul General... Antes de terminar la primera semana le recibe el Ministro de Estado, don Segismundo Moret, y ambos hablan sin economía de palabras acerca de los temas obligados entre diplomáticos: urgencia de estrechar las relaciones de España con la América Latina, especialmente con la Argentina, “cuyos progresos conoce”; acrecentamiento del intercambio comercial entre las dos naciones; preparativos para celebrar en Madrid, el 12 de octubre de 1892, el cuarto centenario del descubrimiento de América, “de una manera solemne”, a fin de glorificar “el nombre de Colón con una pompa sin ejemplo en la historia”; “necesidad de que los gobiernos español y argentino se unan para subvencionar una línea de vapores españoles”, etc., etc. Como el ministro argentino ha sido periodista una decena de años y la pasión del artículo le gobierna hasta esclavizarle, a falta de diario, de sus comunicaciones a la cancillería bonaerense hace movidas crónicas que reflejan la vida política española tan complicada y rica en matices. Ni por acaso se pregunta —con lo cual hace muy bien— si esas notas son leídas por el ministro destinatario. ¿Para qué? Su deber es el de informar sobre todo cuanto ve y escucha, hechos graves o menudos, posibilidades, conjeturas, vaticinios. Mientras viva en España nunca ha de permanecer ociosa la pluma. Verdad es que llega en un momento excepcional, y no se habla más que de dos cosas: la una, que la Reina Regente se halla casi en vísperas de dar a luz; y la otra, el asesinato del obispo de Alcalá-Madrid a manos de un sacerdote cuando el prelado iba a presidir en la Catedral el comienzo de las funciones religiosas de la Semana Santa.³

Doña María Cristina le recibe en audiencia privada el 20 de abril. El carácter de la entrevista hizo innecesarios los discursos de estilo. A pesar de la gravidez avanzadísima, la conversación que mantuvo con la Reina fué larga, gracias a lo cual pudo

³ Nota de Miguel Cané a don Francisco S. Ortiz, ministro de Relaciones Exteriores, Madrid, 19 de abril de 1886. AMRE.

apreciar Cané la "afabilidad, ilustración e inteligencia" de la soberana, igualmente enterada de nuestros "progresos evidentes". Además, "recibió con sumo agrado los recuerdos que en nombre de las familias de Austria y Sajonia" le presentó Cané.⁴ Todo esto es nimio, regular y rutinario, desde luego, y no tiene manera de evitarlo el que se mete a diplomático. ¿Qué testa coronada, de las que entonces pululaban, y qué jefe de gobierno no es afable con un ministro extranjero? Bien lo sabe Cané, pues no ha perdido ni perderá, por fortuna, su equilibrio mental. Las mismas expresiones las lleva oídas de labios de Guzmán Blanco en Venezuela, del presidente Núñez en Colombia, del emperador Guillermo I en Alemania, del emperador Francisco José en Austria-Hungría, del rey Alberto en Sajonia. Idéntica simpatía e ilustración hallará después cuando presente credenciales al rey Oscar de Suecia, al presidente Faure en Francia y al rey Leopoldo II en Bélgica. Es sensible que no haya escrito sus impresiones de ese mundo trivial que no pudo ser de su gusto y en el cual se vió precisado a vivir poco más de doce años. Pero Cané es el hombre de los proyectos que realiza a medias, o no lleva a cabo, extinguido el primer entusiasmo, porque una voz interior, le grita con más sabor escéptico, en francés: *a quoi bonne?* El interrogante le paraliza la voluntad y explica las obras fragmentarias.

Con subido sarcasmo, algo tiene dicho Cané de esa vida trivial y vacua:

"...nada he visto más parecido en el mundo que un cuerpo diplomático a otro cuerpo diplomático. La larga lucha por el ascenso, la constante sujeción, el temor de desagradar, no menos constante, el campo restringido de los estudios, el hábito de cambiar de residencia, indiferentemente, el egoísmo determinado por la falta de afección y simpatía por todo lo que se mueve y vive alrededor, el uniforme mismo, las distinciones honoríficas, casi nunca merecidas, anheladas siempre; las rivalidades de oficio, desenvolviéndose sordamente; el amor a la patria que se agria por el alejamiento; todo esto reunido, concluye por dar al espíritu del diplomático un corte *sui generis*, análoga a la deformación física que ciertos oficios mecánicos acaban por imprimir al cuerpo del obrero".⁵

Sigue la descripción, más sarcástica si cabe, del encuentro con uno de sus colegas —acabado imbécil subraya— en el gabi-

⁴ De Cané al mismo. Madrid, 21 de abril de 1886. AMRE.

⁵ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 175. A Moen, editor. Buenos Aires, 1903.

nete del Ministro de Relaciones Exteriores, a la sazón el doctor Eduardo Costa. "Cuando mi colega se despidió, sin que yo hubiera desplegado los labios, no pude menos que echarme a reír. El doctor Costa, que me había tratado poco, me miró sorprendido y me dijo en voz baja: Veo que usted no cree en el *cuerpo diplomático*; hágame usted el favor de cerrar la puerta y vamos a charlar". De lo que ambos hablaran se deduce por la conclusión:

"Es verdad, no creo en el cuerpo diplomático. La vida que la diplomacia impone, determina un pliegue tan tenaz, que cuesta un verdadero esfuerzo deshacerlo y volver a la vida normal, a la vida humana, con penas, alegrías, expansiones, esperanzas, luchas, triunfos y caídas. Bien feliz aquel que consigue desprenderse de ella, antes que sus facultades se hayan cristalizado en la estrecha órbita de una función idéntica y constante...; pasados los cincuenta años, un diplomático, que no ha sido otra cosa, salvo muy contadas excepciones, no sirve ya para nada, inclusive, a veces, para sus mismas funciones..."⁶

Hay algo, mucho de verdad en el buceo de Cané para sacar a la superficie la idiosincrasia de ese personaje cuya solemnidad le irrita hasta provocarle rudos dicterios. No ha debido ir muy a lo hondo porque el diplomático que describe, por demás conocido, lleva a flor de piel las cualidades negativas que posee. La insignificancia, la desesperante frivolidad que le caracteriza, inocultable ni cuando desea disimularla, halla el necesario estímulo en el ambiente donde desempeña su ociosa y mundana actividad. Por lo demás, cada persona ostenta el pliegue o sello indeleble que le imprime su profesión. ¿Está seguro Cané de no llevar en el espíritu el que le corresponde a su género de vida ansiosa y andariega, palaciega y mundana? Claro que sí, y en ocasiones él mismo lo señala. Tenemos y exhibimos la fisonomía moral y física de nuestra diaria faena. Que el obispo se vista de humilde labrador y percibiremos el hisopo cuando extienda la mano para abrir una puerta...

⁶ CANÉ: *Prosa ligera*.

EL PORVENIR DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

Las comunicaciones de Cané al ministerio adquieren cada vez mayor interés. Es el agudo sentido del periodista el que le guía a manera de certero lazarillo por los diversos caminos que de pronto se le abren al diplomático deseoso de penetrar, lo antes posible, en lo más recóndito del alma española. Lector de largo aliento, se engolfa en interminables lecturas si bien prefiere los otros libros de carne y hueso que son los hombres. Estos le tendrán al día de cuanto corre, cierto e incierto, por la Villa y Corte. Por ejemplo, acerca del parto de doña María Cristina es de ver lo que recoge Cané a manos llenas... La expectativa prolonga las vigiliás de los madrileños, ahora más noctámbulos que de ordinario. ¿Qué será de la monarquía si nace un príncipe? A los catorce días de entrar en funciones, Cané ya tiene juicio bien madurado sobre el particular. “Al contrario de lo que en general se cree en el extranjero —escribe a Buenos Aires— no creo que el trono se consolide por el nacimiento de un príncipe. Aquí se comprende que ese niño concebido durante el último período de la enfermedad del Rey D. Alfonso, nacería condenado a una muerte prematura, que volvería a poner todo en cuestión”. Tampoco conviene que nazca un varón, pues, en tal caso “la regencia se prolongaría seis o siete años”, “lo que importa un peligro que no escapará a V.E.” Eso no puede ni debe ser... Ahora bien, como los españoles por esta vez pasan en revista todas las posibilidades imaginables, y para que no les enrosten: hijo no tenemos y nombre le ponemos, se preguntan: ¿y si al dar a luz muere Su Majestad? Cané también se hace eco de tamaña desgracia eventual: “Si S.M. falleciera, sería llamada a la Regencia la Infanta Isabel, hermana mayor del Rey D. Alfonso, la que, por su carácter caprichoso y sus maneras extraordinarias, no tiene, a pesar de su inteligencia, ningún género de popularidad”. Malos días para España presienten los vaticinadores: “Si se piensa que España es el país menos preparado para la República, que el ejército en la actualidad es absolutamente contrario a ese régimen, sólo se ve un cuadro de luchas intestinas sin término en el caso de que la actual dinastía fuera derrocada”.⁷ Por

⁷ Cané a don Francisco S. Ortiz. Madrid, 11 de mayo de 1886. AMRE.

fortuna llega el 17 de mayo. No bien siente la Reina los “primeros dolores”, un alabardero ruega a los Jefes de Misión que se trasladen a Palacio. Cané lo hace sin tardanza y encuentra “a todos los individuos que por ley de etiqueta deben presenciar la presentación del vástago real”. A las 12 del día en presencia de los ministros de la Corona, la Reina dió a luz al Rey. “En seguida, el niño, dentro de una canastilla que reposaba sobre una bandeja de plata, nos fué presentado por el Presidente del Consejo de Ministros a fin de cumplir la fórmula de la (constatación) del sexo. El tamaño y el aspecto del recién nacido parecen ser de un niño vigoroso y bien constituido...”

Ya pudo recordar Cané aquellos vaticinios sobre lo que sería del niño a poco de nacer... Pero ha “podido (constatar) que el esperado acontecimiento no ha producido ninguna manifestación de alegría pública. El antiguo entusiasmo por la monarquía ha desaparecido y es mi opinión que si ésta se sostiene y afianza, será debido más a las necesidades de la vida nacional que a los afectos de un pueblo por una dinastía”.⁸

Más interesantes son los juicios de Cané sobre la política española y sus hombres perspicuos. Vislumbra “sucesos que no tardarán en desarrollarse” porque “España pasa por una crisis que puede tener repercusión trascendental en su historia”. Por eso estudia y acumula antecedentes. Le parece “que España es uno de los países menos preparados para el ejercicio del sufragio”. Comenta el sistema de los partidos turnantes en el gobierno con elecciones cada dos o tres meses y en las que el partido llegado al poder (sea conservador o liberal) obtiene la misma “mayoría considerable”. “Todos los hombres de Estado se quejan aquí de esa especie de inconsciencia popular, pero todos, en el caso, la aprovechan”. Asiste a las Cortes y las piezas hojarascosas de los oradores no son de su agrado. Escucha a don Nicolás Salmerón, ex Presidente de la República Española, “correcto, sin brillo, pero monótono como un pastor protestante”. Don Cristino Martos, “que pasa como el primer orador parlamentario de España, no lo sería para nosotros, donde la pompa y la solemnidad son menos apreciadas que la elegante sencillez en el modo de decir”. Sagasta “es práctico, incisivo, hábil y de una extraordinaria vivacidad”. De orador “notable” califica a don Segismundo Moret. En cuanto a Castelar, no le arrebatan sus discursos: “...jamás el famoso orador se ha lanzado a los azares de la improvisación. Escribe

⁸ Cané a don Francisco S. Ortiz. Madrid, 18 de mayo de 1886. AMRE.

y estudia de memoria sus alocuciones, quedando así desarmado para la réplica, que nunca contesta hasta veinticuatro horas más tarde". El hombre que entusiasma a Cané es Cánovas del Castillo. A éste sí que le admira de verdad sin escatimarle adjetivos laudatorios. Le ha escuchado el 4 de julio en el debate sobre la respuesta al discurso de la Corona. El discurso de Cánovas —dice Cané— "ha sido el verdadero acontecimiento del debate. Como pieza oratoria no trepido en calificarla de colosal. Rara vez en mi vida me ha sido dado oír, en Inglaterra, en Francia o en los países americanos, un discurso más magistralmente pensado y dicho, un calor tal de palabra, una voz más sonora e infatigable, una mayor posesión de sí mismo, una habilidad más alerta y, por fin, una irradiación de fuerza intelectual más intensa". Instante memorable ha vivido Cané en el Congreso de los Diputados. Después de escuchar a Cánovas, sale conquistado por la causa que defienden los conservadores. Así lo deja traslucir en la nota que al día siguiente envía a Buenos Aires: "... aun los más batalladores se han inclinado con respeto ante la figura serena y virtuosa de la Reina Regente, cuya actitud impone cada día más la veneración y la simpatía. Si el niño que hoy duerme en el Palacio, llega a ocupar el trono de sus padres, lo deberá exclusivamente al tacto admirable de doña María Cristina que tiene, para el pueblo, el corazón generoso y la mano larga, para el alma de la nación la virtud y la desgracia, y para los hombres que piensan, una maravillosa inteligencia de su situación institucional".⁹

El considerable prestigio de Cánovas no logra atenuar el desprestigio del Parlamento, enfermo de retórica. Pronto el asiduo a la tribuna diplomática expresará desencanto y fatiga: "...el espectáculo que ofrecen hoy las Cortes españolas, si bien puede (alhagar) el oído de los que aman ante todo los arabescos de la palabra y la gallardía de la lengua castellana bien manejada, entristece forzosamente a todos aquellos a quienes la experiencia ha demostrado la inanidad de esos torneos oratorios que consumen un tiempo precioso, absorbiéndolo en perjuicio de las graves cuestiones de interés nacional... Las sesiones se interrumpirán hasta setiembre, dentro de diecinueve días... La escena pasa unas veces en las nubes, en la quinta esencia de la filosofía política, otras en el barrio, en la camarilla o el pequeño círculo de tal o cual centro".¹⁰

Achaque de la raza es la abundancia palabarrera. En vano los moralistas y educadores de príncipes encomian el hablar

⁹ De Cané al mismo. Madrid, 5 de julio de 1886. AMRE.

¹⁰ De Cané al mismo. Madrid, 28 de junio de 1886. AMRE.

poco y el oír mucho. “De la lengua y de la espada se ha de jugar sin abrirse; el que descubre el pecho, peligra”.¹¹

Fuera de los ligeros reparos que formula acerca de la idiosincrasia, ningún otro aspecto de la vida española le contraría. En todas partes halla ecos de resonancia. Íntimas voces de metal conocido responden a sus sentimientos. El ministro de la República Argentina es más ministro en España que en la fría Alemania y en la indiferente Austria-Hungría, antípodas morales de nuestro modo de ser. Lo que más le halaga es la armónica correspondencia emocional. La tranquilidad que encuentra en la península desde su llegada, es otro motivo de bienestar, de relativa euforia. Mira hacia los cuatro puntos cardinales de Europa y no ve nación sin grave problema por resolver, sin presagios de tempestad. Enamorado de la pintura, le placen los grandes lienzos con múltiples figuras y subidos colores. Muda la pluma en pincel y esboza el cuadro del continente para que resalte el envidiable sosiego de España. En medio de tanto desconcierto, España, “el país clásico de los pronunciamientos y calaveradas políticas, ofrece hoy, por una anomalía curiosa, pero feliz, el espectáculo de la cordura, de la prudencia y de la clara inteligencia de sus intereses”. ¿No se ha excedido en ese trazo demasiado largo y sombrío para Europa, en extremo claro y alegre para España? Se detiene. Conviene andar cautelosamente cuando se juzgan las cosas de España. Después de la reflexión, agrega: “En España, menos que en ninguna otra, se puede conjeturar el porvenir aun más cercano; pero es indudable que jamás conjunto de circunstancias tan características, han autorizado a prever la continuación del estado de cosas en que se encuentra este país”.

Hizo bien al no aventurarse con pronósticos optimistas sobre el porvenir de España, aun el “más cercano”. Cuatro meses después, el 19 de septiembre de 1886, el general Manuel Villacampa, rebelde contumaz, se pone al frente de las tropas que proclaman la República. El movimiento es vencido, y el promotor de la intentona con algunos de sus compañeros, es condenado a muerte. Doña María Cristina los indulta con gran regocijo popular. Cané terminará comprendiendo que lo normal, en las naciones como en los individuos, es la inquietud, y el interrogante inevitable: ¿qué ha de traernos el día de mañana?

¹¹ SAAVEDRA FAJARDO: *Empresa XI*.

VI

LA POLITICA ARGENTINA MIRADA DE LEJOS

Buenos Aires tampoco anda remiso en el envío a Europa —a Cané mejor dicho— de noticias tristes o turbadoras. Abre un diario porteño y lee una breve nota necrológica: ha muerto el senador Martín Fierro. La noticia no puede ser más escueta, tan poco es el espacio que dejan las polémicas candentes de la política. Y un poeta gauchesco, por añadidura, cuyas estrofas son recitadas al lado de los fogones en las pulperías pampeanas... Al conjuro de su memoria maravillosa, recuerda Cané:

Canta el pueblerito... y es poeta;
Canta el gaucho... y ¡ay Jesús!
Lo miran como avestruz.

Sigue recordando. En horas crueles, de soledad desesperada, sin conocerle personalmente, Hernández le manda *La Vuelta de Martín Fierro*, y él, shakespiriano, byroniano, manzoniano y afrancesado por los cuatro costados, le escribe aquella carta en la que decía: si usted les cantara a los gauchos los celos de Otelo, esa gente se estremecía... Según las crónicas, a las exequias de Hernández apenas asistieron cincuenta personas. Ante ellas Mansilla arriesgó palabras no comentadas, tal vez por extravagantes o porque fueron olvidadas inmediatamente después de haber sido dichas:

“Cuando haya sido sepultada en el polvo del olvido la fama de muchos de nuestros grandes hombres de circunstancias, José Hernández no habrá muerto, aunque sus despojos se hayan desvanecido”.

La política argentina, criolla de pura cepa, no mejora, antes al contrario, sus costumbres desmejoran de más en más. La ficción democrática llega a expresiones desenfadadas. El Presidente continúa siendo el gran y decisivo elector, sin cuya buena voluntad nadie puede ser nada en el país. Los diarios, salvo uno o dos, son agencias de candidaturas, trampolines para saltar más alto, y bocas deslenguadas que enlodan a cuantos no comulgan con ellos. La legislación liberal ya iniciada, y la que se anuncia o se sospecha, tiene sin sueño a los católicos de mayor fuste intelectual, los Estrada y los Goyena. La Igle-

sia clama contra la escuela sin Dios o sea la ley de instrucción laica. Nada de esto alarma a Cané cuyo liberalismo es de subido tono. Lo que le alarma es el gabinete que Juárez Celman acaba de formar:

“José C. Paz a Miguel Cané. París, 17 de octubre de 1886:

Mi muy apreciado amigo: Veo que el nuevo ministerio no le ha hecho buena impresión. Creo que esto es porque Vd. se conserva más optimista que yo respecto de ministerios. Yo lo he encontrado, si no muy bueno, aceptable. Y le diré por qué. Ha mucho tiempo perdí la fe en el criterio de nuestros gobernantes para elegir secretarios de Estado, y desde entonces considero cada ministerio como una caja de susto. Cuando se levanta la tapa de alguna para dar a conocer un nuevo nombramiento, me parece ver salir un muñeco peludo, de ceño asustado, vestido de Pierrot y con cascabeles metálicos en las manos. Con tal disposición de espíritu, estoy siempre preparado a lo peor, y de ahí que juzgue favorablemente el ministerio actual. Además, tengo la convicción de que hemos de marchar bien. Nuestro país es tan rico y posee tanta vitalidad, que no lo detienen en su progreso ni los mayores desaciertos de sus directores. Poco me preocupa de quien vigila en el entrepuente de la nave o de lo que hace el piloto, cuando, por otra parte, no está en mis manos dotarla de mejores marinos. Miro tan solo las corrientes, y si éstas son favorables, creo siempre que llegaremos a buen puerto a despecho de malos capitanes y timoneles”.¹²

La nerviosidad de Cané es visible porque nunca oculta lo que le pasa por el espíritu. Desde que Juárez Celman está en la Presidencia, toda suerte de noticias alarmantes llegan a España. Pocos días después del 12 de octubre, los diarios de Madrid anuncian “que el nuevo Presidente de la República tiene el propósito de separar completamente la Iglesia y el Estado”. La noticia no es de naturaleza para desagradar a un liberal, en el caso de tomar asiento en el Congreso Argentino; pero el ministro Cané con plenipotencia en un país al cual le atribuyen, erróneamente o no, fervorosa religiosidad, considera la noticia

¹² Carta inédita. AMC. El 12 de octubre de 1886, el doctor Juárez Celman designó los siguientes ministros: Interior: Eduardo Wilde; Relaciones Exteriores: Norberto Quirno Costa; Hacienda: Wenceslao Pacheco; Justicia, Culto e Instrucción Pública: Filemón Posse; Guerra y Marina: general Eduardo Racedo e interinamente el general Nicolás Levalle.

desde el ángulo diplomático. El 21 de octubre le comunica a Buenos Aires:

“Como la noticia dada en esa forma podía ser hábilmente explotada por los que contrarrestan el movimiento inmigratorio a nuestro país, alarmando las masas rurales, profundamente católicas, con la perspectiva de conflictos y agitaciones de carácter religioso, juzgué oportuno enviar, en nombre de la Legación, dos líneas a *La Época*, el diario más importante de España, en las que afirmaba que “el Presidente de la República Argentina, en ningún acto oficial, ni manifestación pública, ha expuesto propósito alguno de ese género”. *La Época* y algunos otros diarios insertaron la rectificación”.

La política es un plato de sabor amargo para Cané. Con paladar menos fino y con un adarme de tolerancia para las malas costumbres y la deslealtad de las personas, habríase quedado en su tierra donde habría sido ministro como la mayor parte de sus amigos, oportunamente dúctiles, suavemente flexibles... No mira con buenos ojos que el Gringo sea vice-presidente en el gobierno de Juárez. ¿Por qué? No lo ha dicho todavía. A la distancia deduce cosas que el tiempo confirmará. Es invencible la desconfianza que le inspira Juárez. Será mejor no moverse y seguir contemplando con los ojos húmedos el horizonte de su patria que se le desdibuja en la lejanía. Sí, y que no se mueva de España. Pero la política de España también se las trae. Después de la sublevación de Villacampa, se le han quitado a Cané los deseos de hacer pronósticos optimistas acerca de nada. Acabará por no asistir más a las Cortes —como no sea a escuchar el discurso de la Corona— y hará muy bien, como medio seguro de profilaxis. Ha presenciado el debate político sobre los sucesos del 19 de setiembre, y no puede modificar la impresión desfavorable que le causa el régimen o el temperamento hispánico:

“Recriminaciones agrias, más personales que basadas en principios, pretextos para ejercitar la deplorable manía oratoria, que es una rémora seria para el progreso de este país y la marcha regular de sus asuntos de interés vital. A esto se ha reducido esa batalla parlamentaria. Juzgo por mi parte que la situación actual se prolongará indefinidamente, hasta tanto dos factores esenciales no entren en escena con propósitos netos. El primero, desconocido en su manifestación concreta, es el ejército, sobre el que no se puede contar

y que en el momento menos pensado es posible y probable haga un escándalo, análogo al de la noche del 19 de septiembre... Repito... lo que ya algunas veces he dicho en notas anteriores... éste es el país de lo imprevisto; no hay cálculo ni previsión humana posible allí donde un puñado de soldados se subleva en un cuartel y atraviesa las calles de la capital dando gritos sediciosos y asesinando a su paso. La historia contemporánea de España muestra que, más de una vez, intenciones absurdas e incomprensibles en su iniciación, han sido coronadas por éxito..."¹³

V

ESPAÑA SE HACE QUERER

Cané resuelve hacer algo útil y placentero a la vez. Palpa la evidencia: si se deja absorber por la tarea de redactar notas —que nadie repara en ellas, está seguro— con el ya sabido tema de las Cortes y el resabido elogio del valor, prudencia e inteligencia de doña María Cristina, se va a petrificar como el solemne imbécil de su relato. Hecha de ver, como Horacio, la urgencia de ennoblecer el ocio, de fecundarlo, para matar la monotonía de las horas. A escasa distancia de su residencia se levanta el Museo del Prado, gloria y orgullo de España. Unos pocos pasos, nada más, y se transfigura no bien entra y ambula por las salas de luz inolvidable, nunca vista en ninguna otra pinacoteca del mundo. ¿De qué color es la luz a cuyo influjo figuras y paisajes adquieren prodigioso realismo? Es blanca y tibia a la vez. Ambas caballerías salen al encuentro del visitante: la mística y la heroica, lo divino en imágenes espiritadas y lo humano en cuerpos tan de carne y hueso que el corazón les salta del pecho. Ahí descubre la incitación vital de que anda menesteroso para castigo del tedio. ¿Zurbarán, el Greco? No. Goya, sí. Velázquez, sí, Velázquez por sobre todos le deja cautivo con su fuerza perenne, con su perenne traslado al lienzo de existencias terrenas salvadas del pasaje transitorio... Hombre de arrebatos y pasiones repentinas, pone integralmente su pensamiento en la obra de Velázquez, y es Velázquez sin duda

¹³ De Cané a Norberto Quirno Costa. Madrid, 1-12-1886. AMRE.

el que le hace salir de la corteza para hacerle entrar en lo recóndito de España.

Bien quisiera ponerse a escribir un libro sobre el prodigioso don Diego a quien ve realizando en pintura una revolución semejante a la de Kant en filosofía... ¿Cómo así? ¿En qué puede parecerse el exuberante y claro sevillano al abstruso y oscuro alemán? El solitario de Koenigsberg "cierra los cielos a la fantasía humana", y algo por el estilo hace Velázquez convencido como está de que "el mundo visible contiene en su seno inagotable bellezas de forma y expresión bastantes para nutrir y levantar" el arte a manifestaciones superiores. Con que, nada de cielo, de santos, de ángeles y querubines. Tierra y hombres con pasiones de hombres a la manera "de Miguel Angel con el cincel y Shakespeare con la pluma". Así lo concibe a Velázquez, un naturalista y librepensador en pintura "que procede más de la Reforma que del Renacimiento". Que proceda Velázquez de donde más le agrade al impetuoso admirador, lo que interesa es que el libro no quede en proyecto. Tiene entre cejas el hacerlo y al tema se dedica con asiduidad, se entrega, lo cual es mucho porque es un motivo para vivir con la mayor dignidad. Estudia la obra, más que en los libros ya escritos por otros, en la directa observación. Se pasa largas horas ante los retratos de Felipe IV y las Meninas, de Baltasar y el Bobo de Coria, de Olivares y los Borrachos. Detiénese ante la "Fragua de Vulcano"; compara las figuras de los herreros, "maravillas eternas", con la de Apolo, y éste le parece convencional, insípido... Pasa casi de largo ante el Cristo. Antimístico a falta de apetencia metafísica, no comulga —ya lo ha dicho— con los temas que fomentan esperanzas ultraterrenas. Poco después ha de venir un vasco recio, y con el peso del sentimiento trágico de la vida sobre las espaldas, ante el cuerpo exánime preguntará:

¿Estás muerto, Maestro, o bien tranquilo
durmiendo estás el sueño de los justos?

Y ese otro entusiasmo, o sea la traducción del *Enrique IV* que de años atrás tiene en el telar, ¿le cederá el paso al hechizo de Velázquez? El tiempo dirá de la suerte del uno y el otro. Pero cuando se vive en España, mal se puede andar mucho tiempo con lo no español. Cuando se vive en España hay que entrarse en ella sin escatimarle nada, sobre todo el alma. Así lo comprende Cané y sale a la busca del paisaje natural e histórico, para describirlo, y recordarlo mientras le dure la exis-

tencia. Primero ambula por las frías, sombrías y desoladas tierras manchegas. En el mes de enero se arriesga por las regiones de Avila y Segovia, de caza, heladas, ateridas las manos, marchando sobre el suelo pedregoso que no pocas veces le destrozan los pies. Las aventuras cinegéticas le permiten evocar el pasado adusto y heroico:

“No olvidaré nunca nuestras largas excursiones, en pleno invierno, en Extremadura, allá por las sierras de Gualalupe, a caza de jabalies en tierras de mi amigo el marqués de la Romana. Teníamos una noche de camino de hierro, luego un día de caballo y por fin empezábamos a trepar los montes, salvajes si los hay, precisamente por las mismas sendas, talladas en la piedra, que se practicaron hace quinientos años, cuando don Pedro el Cruel, rey de Castilla, quiso emprender cacerías en aquellas regiones desconocidas... Por estas gargantas ásperas y sombrías como su carácter, subía, pues, don Pedro, camino del Hospicio, donde iba a pasar la noche para ponerse en caza al día siguiente...”¹⁴

Quedamos henchidos de curiosidad. ¿Nada más que eso? “Se me ha ido la pluma contando ese recuerdo de mis gratas cacerías en España...” Siempre hemos de reprocharle que no le diera libertad a la pluma para que contara lo visto y sentido en Castilla y en la España moruna que a ratos, en líneas aisladas, asoma con perfumes de Generalife granadino y de Alcázar sevillano. Es lástima, porque este hombre, tan argentino y español, ama y comprende a España:

“Buena y robusta tierra de España, que guardas en tu seno los huesos de mis abuelos y en medio de tus penas y dolores, en este mundo chato que la civilización nivela y hace cada día más banal, conservas aún tu altiva fisonomía y los rasgos soberanos de tu enérgica personalidad, yo te imploro, oh, buena tierra de España, resiste a la ola por largos años, para que nuestros hijos trepen gozosos tus montes salvajes y en tus rincones perdidos, que el riel de hierro no cruza, sueñen, esperen y crean”¹⁵

Hondo y sincero amor a España, que no sabe ocultar cuando escribe y mucho menos cuando habla. Con el arrepentimiento que inunda el alma nostálgica por lo que no hicimos cuando

¹⁴ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 18 y siguiente.

¹⁵ CANÉ: *op. cit.*, 28 y siguiente.

debimos hacerlo, por lo que vimos mal o dejamos de ver, siempre volverá Cané a sus días de España que fueron, sin duda, generosos de felicidad.

En la Legación argentina le anuncian una mañana la visita del Presidente del Ateneo de Madrid, que en los años de doña María Cristina y don Alfonso, su hijo, era siempre personalidad de fuste. Cané le hace introducir sin tardanza, pero, lo confiesa, no sabe quién es. Falla considerable en persona de pluma. Sus amigos los duques —el de Alba, el de la Conquista, el de Veragua, sin contar los condes y marqueses y las pintorescas cacerías— no le dan tiempo para conocer a sus colegas los escritores españoles. Presintiendo, tal vez, el interrogante, se anticipa y da una explicación que será o no aceptada como todo lo que decimos con intención de justificarnos. A pesar de sus “aficiones literarias”, supone que el gobierno argentino no le ha instalado en Madrid para lucir sus talentos, “sino para estudiar los problemas políticos o económicos de interés nacional”. En consecuencia se impone como norma la frecuentación “eficaz y activa” del “más alto mundo social” y de “los círculos más influyentes de la política”. He aquí por qué conoce o trata a “muy pocos representantes del mundo de las letras”:

“Fuera de Castelar, más político que literato y dulcemente afectuoso siempre con todos nosotros los americanos; de don Juan Valera, a quien encontraba con frecuencia en el mundo diplomático, al que él también pertenecía; de Menéndez Pelayo, con quien comía a menudo en los clásicos jueves de nuestro buen amigo Bauer, muchas veces, por feliz azar para mí, al lado el uno del otro; de Grillo, a quien conocí en casa de Tamames y que nos encantaba en nuestras deliciosas correrías por Sevilla, no había hablado, repito, ni conocía tan sólo fuera de vista, a los demás altos representantes del pensamiento español”.¹⁶

Ahora comprendemos la pregunta de Cané cuando el Presidente del Ateneo entra en el despacho del diplomático:

—¿Quiere usted tener la bondad de decirme con quién tengo el honor de hablar?

—Gaspar Núñez de Arce, señor —responde el visitante.

“Un poco confuso”, Cané se inclina “profundamente”. Era su hombre, su poeta, su gran poeta, a quien “deseaba vivamente conocer” a pesar de su “alejamiento voluntario de los

¹⁶ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 4.

centros literarios de Madrid". Por estos días, en que la obra de Núñez duerme el sueño de los justos en el solemne panteón de las antologías, el juicio exuberante de Cané refleja fielmente el de la época que celebraba al parnasiano "cantor de la duda". Los de mi generación alcanzamos los postreros resplandores de "La selva oscura", de "Raimundo Lulio", de "La visión de fray Martín". "Inspiración gentil, vibrante y generosa" —anota Cané—, "ropaje suntuario de su lengua opulenta", "nobleza tradicional de su carácter", "pregonada sencillez de su vida armoniosa". Cuando admira, nunca se queda corto en la prodigalidad de los adjetivos laudatorios. Desconoce el blando, tibio, incoloro término. Recuérdese la manera como encumbra a Pereda, el otro escritor a quien desea conocer para estrecharle fuertemente en sus brazos por las recias emociones que le depara la lectura de *Sotileza*, shakespiriana, dechado de obra maestra en la literatura española:

"Pero mi hombre estaba constantemente metido en Santander (decir que en ese tiempo meditaba *Peñas Arriba*, esa maravilla, sin que yo lo supiera, para ir a rogarle me hiciera visitar el teatro de ese drama admirable!) y cuando venía a Madrid, lo hacía tan callandito, que los diarios anunciaban su llegada el día de su partida".

Las reiteradas y absorbentes tertulias son las responsables de los descuidos que confiesa. ¿Y qué decir de las corridas de toros por las cuales se apasiona hasta volverse eruditísimo en el arte de la tauromaquia? España ha entrado en el alma de Cané tanto como Cané en el alma de España. Incorporado a la vida madrileña, desquiciadora como ninguna otra, cuenta un cronista con referencias de buena fuente, que Miguel Cané se retiraba de la casa de los Duques de Rivas, un poco menos de cuando apunta el alba. Las noches eran frías, había nieve, fuertes heladas, o vientos terribles de la sierra. El sereno le abría la puerta, y Miguel hacía entrar consigo a ese típico servidor; dábale una copa de coñac, y cuando ya estaba en cama dejábase arropar por él...¹⁷

Cada uno es como Dios le hizo. Por fortuna tiene ahora, *para él solo*, a Núñez de Arce. Y en buena hora le viene a la mente la idea de contarnos la entrevista en páginas que, como nunca, desnudan su españolísimo temperamento. A medida que avanza en el relato, abundante, profuso, chispeante, arrebatado,

///

¹⁷ LEOPOLDO BASA: *Cané en España*, *La Nación* de Buenos Aires, domingo 15 de septiembre de 1929.

me pregunto: ¿cuál de los dos es más español? El de Indias, a no dudarlo, con su “idioma extraño” hecho de pasado y de porvenir... ¡De qué no le habla al visitante que le mira y le sigue absorto! Don Gaspar ha ido a pedirle un discurso sobre Colón en el paraninfo del Ateneo. Ningún tema más apropiado para inflamar a Cané. De la broma —¡oh, no chancea, no!— pasa a lo serio con las más pintorescas diatribas que sólo de labios españoles pueden afluir: y si habla mal de España... ¿Desde cuándo ha de ser hablar mal el llamar a las cosas por sus nombres? Cané no acepta la invitación porque le sería muy difícil decir en el Ateneo algo que desde hace tiempo tiene muy pensado, esto es, “que dos de los hombres más fatales” para España “han sido Colón y Felipe el Hermoso, que la trajeron dos de las calamidades mayores que puedan caer sobre un pueblo, la riqueza fácil y la gloria militar”. Y lo procesa a Colón, porque “con su América y su oro, su espíritu romántico, aventurero, antiindustrial”, impuso “los sistemas absurdos” del galeón... Luego sienta en el banquillo a Felipe y le enrostra “sus vinculaciones germánicas y su imperial vástago alemán”, responsable de “las complicaciones de la Europa de entonces”, sin reparar al fatídico Carlos V cuando la infeliz España “salía de guerrear siete siglos con árabes y moros...” ¡En pleno vértigo hasta el epílogo, mucho más pintoresco, si cabe:

“Y si, hablando de los autores principales del hundimiento español, llegara a plantar, delante de Cánovas del Castillo, que es Presidente del Consejo de Ministros y que seguramente estará en el Ateneo, las cuatro frescas que se merece el Conde-Duque de Olivares, que él pretende rehabilitar, ¿a dónde irá a parar mi reputación diplomática?”¹⁸

Don Gaspar sonríe dulcemente...

¹⁸ CANÉ: op. cit. pág. II. Cané tiene el acierto de sugerir en su reemplazo como orador a don Juan Zorrilla de San Martín, a la sazón ministro del Uruguay en España. El poeta de *Tabaré* cautivó al auditorio del Ateneo con el magnífico discurso que pronunció.

ABATIDO Y AL SOL DE MALAGA

A un año bueno sigue otro menos bueno, mediocre, insatisfactorio, o malo, francamente malo, porque el alma humana desconoce los estados armónicos inalterables, la regularidad mecánica de los cronómetros; y aun en lo mecánico existen variaciones y desgastes... Por demás sabe Cané lo que el tiempo, inexorable, trae consigo; esos períodos indefinidos e indefinibles de laxitud, desgano, aridez espiritual que se prolongan durante días y días, hasta meses y años... ¿Acaso a los místicos más acendrados no los visitan esas crueles arideces que, según ellos, son una privación de los consuelos sensibles y espirituales que nacen con la oración y la práctica de las severas virtudes teologales? Si para ellos la fe y la confianza de pronto se adormecen, y el alma, alerta y dichosa se sumerge en una suerte de oscura torpeza, ¿cómo no ha de darle alcance al hombre de mundo que lucha sin esos atributos y reservas? *Tout casse, tout lasse*... Son muy naturales estas caídas en quien, como Cané, sólo confía en las fuerzas morales y en un credo de principios igualmente éticos que la experiencia cotidiana de manera infalible se encarga de reducir a palabras sin eco. Y su soledad, por grandes que sean las distracciones de la vida social y diplomática, no la llena con nada.

¿Con nada? Es mucho decir... Suele llenar el vacío de afectividad con muchedumbre de impresiones y de preocupaciones, pues para mortificarse pocos le aventajan... Si no perece es porque sabe huir hasta de sí mismo. Tiene noticias de que un amigo ha llegado a París. Allá va, en el primer tren que sale de la estación del Norte. Esta vez el amigo es el general Roca que pasea en lentas jornadas por el viejo continente. Hemos visto que en los últimos años Cané se ha enfriado un tanto con el ex-presidente, mas, ello no obstante, y aunque con recelo, le visita. Las entrevistas de ambos son cordiales. Comen juntos y hacen excursiones que duran días enteros. Cané habla de acuerdo con su natural expansivo, torrentoso, sin ocultar nada de lo que piensa acerca de hombres y problemas. El general dice lo estrictamente necesario, la mitad o la tercera parte de lo necesario. ¿El país? Bien. ¿Las finanzas? Si no del todo bien, se arreglarán en poco tiempo más. ¿Juárez? Mantienen buena relación. Esto es todo. Cané comprende que Roca no le

dirá una palabra más. ¿Para qué seguir viéndole con tanta frecuencia? Cané desaparece. Entonces el general le busca por- que aprende —se informa a fondo— con las personas locuaces:

“El general Roca a Miguel Cané. Ministro Argentino. Grand Hotel: Mi querido doctor: Efectivamente, he extrañado su silencio y estaba por ir a buscarlo nuevamente creyendo que pudiera seguir enfermo, como ha sucedido, pero García Mérou me dijo que lo había visto paseando en coche. Después supuse que anduviese en alguna aventura galante por los alrededores de París, con alguna de las antiguas conocidas. Yo también, he estado un poco mal de salud y en estos días casi no he salido de casa. Luego iré a verlo. No se incomode usted. Suyo: *Roca*”.¹⁹

Amabilidades picarescas... De regreso en Madrid, Roca otra vez le escribe: “Apruebo su idea de volver a la patria. Ya nada tiene que esperar en la diplomacia habiendo llegado a la más alta escala. En su país un hombre de su inteligencia y aptitudes tendrá siempre horizontes más amplios, en cualesquiera forma y condiciones en que vuelva”. Muy fácil es decirlo. ¿Cómo volver? Y allá, ¿cómo vivirá? Piensa en Pellegrini, el amigo seguro que acoge sus confidencias y posee la magia de volatilizar casi siempre sus inquietudes, las más de ellas hijas de ese mal de ausencia que castiga a Cané desde 1881. Pero esta vez la salud física es la que claudica y no puede resistir ya el invierno de Madrid con sus nevadas que no se sospechan, y, aunque no sople el Guadarrama, con ese “aire sutil que mata a un hombre y no apaga un candil” —según la frase consabida—. Por eso ha ido en busca de lo que más necesita y ponderan, el tibio y perfumado ambiente malagueño. Enemigo de los rodeos, la pluma dice en seguida todo cuanto le dicta su impresionante sinceridad:

“Miguel Cané a Pellegrini, Málaga, 17 de diciembre de 1887: Todo lo que me dices es de la mayor cordura y prudencia, dada la situación que me pintas. Por otra parte, te habrás apercibido que miro hoy las cosas de la política de mi tierra, como muchas otras, con un escepticismo frío, que sólo desaparece cuando se trata de rapiñas y hurtos bajos, contra los que estalla mi naturaleza; estoy mal organizado para político, si ser político consiste en coonestar con pillos, ladrones y manos sucias. La cuestión

¹⁹ Carta inédita. AMC.

de hombres me deja indiferente y no te figuras el asombro retrospectivo que me invade cuando recuerdo mis entusiasmos pasados por Sarmiento y mis arranques líricos contra ese pobre de D. Bartolo, que no lo hizo ni mejor ni peor que nadie. Quiero a mi patria naturalmente y te quiero a tí —y por ambas razones deseo verte en la Presidencia. No estoy en aptitud de juzgar con base firme la línea de conducta personal en política que me expones. Veo que la lección de los hechos no ha sido infructuosa para tí y que te han enseñado a ver las líneas generales de una situación y a esperar. Por lo que a mí toca (y te repito que es más una sensación que un juicio) creo que hay entre nuestro organismo moral y el de hombres como Roca y Juárez, un antagonismo idiosincrásico, una antítesis latente que ellos sienten y que aleja, imposibilita toda fusión de ideas y concepciones. Tú sabes, por ejemplo, cuáles son mis relaciones con Roca; en París, hemos comido juntos solos, hemos paseado el día entero en compañía; jamás, un solo instante, lo he notado cómodo conmigo y no creo haberme encontrado tampoco a *mon aise*. No hay ninguna comunidad íntima; podemos pensar de acuerdo en mil cosas diferentes. Sabemos cuáles son, pero callamos aquellas en que discrepamos. De ahí la desinteligencia instintiva. Roca podrá ser diez veces presidente, jamás me llamará a su lado, ni aun con la conciencia de que la opinión pública aceptaría bien mi nombramiento. Creo lo mismo de Juárez. ¿Cómo te explicaré? Me parece que ambos ven en mí una naturaleza intelectual fría, nerviosa, casi te diría aristocrática y sobre todo, fundamentalmente porteña, en el sentido tradicional. ¿Me equivoco? Tú empezaste así, pero te has impuesto. Que no quieras ser jefe de montoneros, dices. Tienes mil veces razón y dar tu nombre para bandera de descontentos sería una falta colosal e inadmisible. ¿Qué te espera? Tú mismo no lo sabes, pero es mucho tener la conciencia de que es algo. No creo en una riña entre Roca y Juárez; podría haber una zancadilla de éste, pero en tu favor, nunca, salvo una imposición de circunstancias”.²⁰

A la distancia, por turbia que sea la política, el espectador suele ver con nitidez lo que la cercanía desfigura u oculta. La lucha entre los hombres es despiadada cuando la apetencia de mando los enfrenta a los unos contra los otros; si es adversa-

²⁰ Carta inédita. AMC.

rio, no hay grande hombre que como tal sea respetado. Las diferencias y el encono no sólo provienen de las ideologías enemigas, sino también, dentro del mismo grupo y orientación, de los temperamentos sin ligaduras afines. El franco y expansivo se estrella contra el recatado que no gusta de comunicar sus pensamientos e íntimos designios. Roca no puede admirar a Cané, su antípoda. El tiempo pondrá en claro los aciertos del observador malagueño entristecido, más bien afectado con el ocaso de Sarmiento, su ídolo, al que aprendió a venerar desde que tuvo uso de razón... ¡Qué ocaso! ¡Y qué desventura la de no morir a tiempo antes de que le enrostren su decrepitud! Los denuestos de Goyena, de Estrada, de Wilde, no son para tejer con ellos una corona fúnebre...

Por desolador que sea el panorama escrutado con mirada penetrante, el espectador no disimula los efectos de la nostalgia cuya lima sorda año tras año acrecienta su faena destructora. "Deseo volver a la tierra —escribe Cané— no sólo porque mi vida aquí es estéril e inútil, sino porque todo hombre necesita afecciones para vivir. Estoy forzosamente separado de mis hijos, que comprendes no puedo educar en España; que por lo menos tenga la sociedad de mis amigos y el aire de la patria. Además, y es un detalle que en otro tiempo no habría tenido importancia, pero que hoy empieza a revestirla (serio) mi salud está sumamente quebrantada. En Madrid me duele el pecho con frecuencia (no repitas ésto, te lo ruego) y temo morirme antes que mis hijitos puedan marchar solos en la vida". Esta parte de la carta, traiciona la urdimbre de los soliloquios con que se acompaña este hombre que a los treinta y seis años mide y pesa sus acciones. "Vida estéril... Vida inútil... Hogar y amigos... Lejanía, todo en la lejanía... Dolencia, visión de la muerte posible, desamparo de los hijos..." ¡Qué mal distribuidos andan los bienes terrenales! ¿Por qué viene pobre a este mundo el que nace con gustos y aptitudes de que el rico carece? Como todos cuantos le antecedieron en el linaje dando frutos de inteligencia y de belleza, Cané es pobre y tiene que pedir lo que debiera poseer por derecho propio. En ese país de jauja donde danzan los millones y la fiebre de progreso levanta fortunas en un día... "Fuera de la política ¿no hay nada para mí?" —le pregunta Cané a Pellegrini que ya parece haberle contestado negativamente. Insiste: "si algo encuentras que hacer, hazlo, me harás un gran bien". Si nada pueden hacer por él, que los ricos compren cuadros, pues, si son ricos, que aprendan a invertir en algo hermoso y necesario para el espíritu una minúscula parte de los que les sobra: "Véte con

Aristóbulo y trata de dar forma a la idea que tengo de hacerles adquirir una galería moderna española de primer orden, que es una verdadera ocasión: Fortuny, Villegas, Madrazos, Pradillas, Morenos Carbonero, Rosales, Rico, Rivera, Jovez, Domingo, etc., etc. Me pedían alrededor de 25.000 duros. ¿Por qué no hacen acciones de 1.000 duros entre una docena de amigos, la adquieren y luego inventan un medio equitativo de repatriarla? Tú sabes cuán difícil es volver a encontrar cuadros con esas firmas”.

Será menester que el noctámbulo cuide un poco más de su salud no volviendo a casa tan de madrugada. ¿Pero cómo mudar los hábitos establecidos en una ciudad donde la noche es lo más agradable que tiene el día? Mal no le vendría el ausentarse. Pronto estará en condiciones de viajar a su tierra en cuanto ponga en claro un asunto espinoso, complicadísimo, insoluble. En mayo de 1886, la Diputación provincial de Lérida incluyó en el alistamiento militar español a un ciudadano argentino hijo de español. En junio del mismo año Cané solicitó del Ministerio de Estado la revocación de lo dispuesto por la Diputación de Lérida. A pesar de sus reiteradas instancias privadas y de la cordial inteligencia que cultiva con don Segismundo Morret, obtiene respuesta el 9 de diciembre de 1887... Ese mozo hijo de español, es español...

¿Qué hacer? ¿Entrar en polémica con el gobierno de Madrid para *demostrarle* que la Constitución española *viola* el *jus soli* que la Constitución argentina establece para todos los que nacen en su territorio? Si Cané es lírico, deja de serlo cuando realiza negociaciones diplomáticas. Buena sería la respuesta que esta vez recibiría en menos de veinticuatro horas... El artículo 18 del Código Civil español preceptúa que el derecho de la sangre es preferente al territorio, y que el nacido en tales condiciones sólo adquirirá la nacionalidad del territorio en que nace cuando sus padres así lo declaren en nombre de aquél. Al firmar el tratado en que España reconocía la independencia de la República Argentina, Alberdi fué baldonado porque resolvió la cuestión de ciudadanía “conforme al artículo 20 de la Constitución, que a nadie impone la naturalización argentina”, y porque, “no hay nación de Europa y de América, que no admita el principio de que el hijo sigue la ciudadanía de su padre, aunque nazca en suelo extranjero. La Inglaterra es la única excepción en esto”.²¹

²¹ Carta de Alberdi a Urquiza. París, 3 de junio de 1857. En *Urquiza y Alberdi. Intimidades de una política*, por Ramón J. Cárcano, pág. 197. Buenos Aires, 1938.

Cané está más cerca del pensamiento de Alberdi que de la doctrina de sus impugnadores, según puede verse:

“Sin dudar un momento del derecho que nos asiste para fijar como mejor convenga a nuestros intereses la legislación argentina en materia de ciudadanía, y aunque convenido de la necesidad ineludible de mantener a todo trance las prescripciones actuales de la ley, no se me escapa que los países europeos, al conceder la opción a la mayor edad de los hijos de ciudadanos nativos, nacidos en el extranjero, se colocan en un terreno razonable, contra el que poco puede el argumento, para nosotros capital, pero egoísta en suma, de que el principio de la ciudadanía natural es para nuestro país condición de vida”.²²

Sin ninguna otra negociación importante que le retenga en Madrid, algo entrado el año de 1888, Cané vuelve a pensar en Buenos Aires. Como Pellegrini le asegura que allá no hay nada para él, tiene que esperar y en el entretanto sacar fuerza de flaquezas en sus soledades. No vaya a creerse que los que andan en mucha compañía siéntense siempre realmente acompañados. Sentirse solo entre los que ríen y huelgan, sin más vida y aliento que la de la propia alma, es el drama que no conoce ni presiente el hombre gregario. La solución que anhela tal vez está más próxima de lo que supone. Con este pensamiento realiza el viaje que por reglamento le corresponde hacer. Es una tregua y un cambio en el punto de mira del espectador. ¡Cuántas deducciones confirma y cuántas otras rectifica por erróneas! Euforia en unos, recelos, asomos de pánico en los que no gustan de confiarle nada a la improvisación. La deuda pública sigue creciendo y los gastos aumentan con rapidez. El déficit crónico es una característica del país. A los errores y malas prácticas de la pasada administración se suman los de la presente... Nada de lo que ocurre es como para convertir en optimismo el escepticismo del viajero que viene a su patria con la esperanza de permanecer definitivamente en ella. “Fuera de la política ¿no hay nada para mí?” Ya no se atreve a formular la pregunta del año anterior. Ambula y observa. La fisonomía de la ciudad continúa transformándose. Pero hay algo que le atrista sobremanera. Hay ausencia de almas, de grandes almas. Avellaneda, Juan Carlos Gómez, Andrade, Hernández... Sarmiento, en el Paraguay, está para morir definitivamente.

²² De Cané a Norberto Quirno Costa. Madrid, 5 de enero de 1888. AMRE.

Los amigos de Cané le dan el más atinado de los consejos: "aléjate; vuelve a tu lejano atalaya de espectador solitario. Desde allí, como un emperador sin corona, contemplarás el segundo incendio de Roma..."

VII

CANÉ Y GRANDMONTAGNE: DIALOGO CON UN JOVEN POBRE

La publicación de *Tucumana* de Cané, origina un episodio y amistad literaria que debe aquí ser recordado. Creo que el relato pierde el donaire que contiene sin la pluma que le da color, emoción y amenidad. He nombrado a Francisco Grandmontagne y aludo al diálogo de su artículo titulado: *Cómo era Miguel Cané*. Rememora el escritor vasco-argentino su mocedad azarosa cuando, recién aposentado en el país "vivía casi a la intemperie, en un cuarto, zaquizami o cuchitril, situado en el fondo de un conventillo (casa de vecindad), en la calle de Rivadavia, frente al mercado y plaza Lorea". Hasta el cuartucho no llegaban las losas del patio, de suerte que, los días de lluvia, daba un brinco desde la última baldosa al umbral para librarse del bache.

Lo que más llamó la atención de Grandmontagne en la *Tucumana* de Cané, es el pasaje que sigue: "¿Dónde, dónde están los criados viejos y fieles que entreví en los primeros años en la casa de mis padres? ¿Dónde aquellos esclavos emancipados que nos trataban como a pequeños príncipe; dónde sus hijos, nacidos hombres libres, criados a nuestro lado, llevando la vida recta por delante, sin más preocupaciones que servir bien y fielmente?" Al joven vasco, aprendiz de escritor en nuestra tierra, se le ocurrió redactar una réplica en la que sostenía esta tesis: "Los inmigrantes que llegan a la Argentina, sin más bienes de fortuna que los caminos y las estrellas, se tornan al poco tiempo altivos y soberbios. El secreto de este súbito cambio radica en las oportunidades que les ofrece el país de saltar de proletarios a propietarios... La grandeza de América, señor Cané, reside en dar soberbia a los que, en otros medios sociales y económicos más estrechos, jamás pudieron tenerla".

Cuando el diario publica el osado artículo, Grandmontagne se pregunta: "¿Qué hará conmigo don Miguel Cané?"

"Una mañana, a los dos días, hallándome en el catre golpean en la puerta del cuarto.

—¡Adelante! —digo, y entra un señor muy elegante y apuesto, de grandes bigotes plateados y grave continente.

—¿Es usted Francisco Grandmontagne?

—Sí, señor.

—Pues yo soy Miguel Cané.

Me encogí en el catre. ¡Me mata! ¡Ha llegado mi última hora! Aumentaba esta terrible aprensión el hecho de empujar a sacarse los guantes. Para contenerle, le dije:

—Perdone usted la osadía...

—Nada de eso; tranquilícese; la opinión es libre. Vengo a conversar un momento no más. Supongo que eso de Grandmontagne es un seudónimo...

—No, señor; es mi apellido.

—Pues lleva usted encima una gran carga... ¿Es usted francés?

—No, señor, español, hijo de francés, de vasco-francés y de vasco-española. No lo parece, por lo pequeño y flaco.

—Ya veo que ocupa usted poco sitio en el catre. Su apellido, comparado con su personalidad física, resulta un poco paradójal.

—Mis padres eran muy modestos y, al crearme, tuvieron la previsión de que no abusara del espacio...

Don Miguel tuvo una sonrisa animadora. Y entonces, ya tranquilo, me apresuré a retirar las "pilchas", el trajecillo, de la silla, y arrojarlo sobre el catre, ofreciéndole asiento.

—Tenga cuidado, señor, porque la pata de la silla está medio quebrada. Supongo que resistirán las cuerdas. Perdóne usted que le reciba en esta forma. Mejor hubiera sido que me citara usted en su casa.

—Pero usted no hubiera acudido.

—Probablemente, no.

—¿Y cómo dice usted en su artículo que ha pasado de la esperanza a la realidad, indicando una situación boyante?

—Ha sido una broma a costa mía y, por lo visto, a costa de usted también. Perdóne usted. No vea usted en el artículo más que una chiquillada imprudente. Yo le admiro a usted mucho. Perdóneme...

—Nada de eso. ¿Cuántos años tiene usted?

—Diecisiete, para dieciocho. Acabo de llegar al país.

—¿Qué lee usted? Veo aquí libros de filosofía. ¿Cuál es el filósofo que más le gusta a usted?

—Schopenhauer.

—¡Pero amigo! ¡Tan joven y tan pesimista!

—Lo que más nos gusta leer es aquello que alguna relación tiene con lo que los demás le han hecho a uno sufrir.

—¿De manera que usted cree que todos los hombres son malos?

—No, señor. Algunos hay buenos. Usted es uno de ellos al venir a verme a este cuarto.

Me pareció que la emoción le empañaba un poquito la voz.

—Yo no creí que vivía usted en un conventillo...

—Pero lo vió usted al entrar en el patio, y pudo volverse.

—Bueno, bueno... ca... rancho! Pues su artículo de réplica —y a eso he venido— está muy bien de concepto. No escribe usted aún correctamente, pero piensa usted con tino. El escribir bien carece de importancia; se consigue con la práctica. El dominio del lenguaje es una cuestión de paciencia y estudio. La literatura tiene mucho de oficio. Lo que no se aprende es a pensar de una manera original. Lo que Natura no da, Salamanca no presta, dicen los clásicos de su tierra. ¿Pero cómo ha podido usted advertir, de recién llegado no más, que América da altivez y soberbia?

—Porque he visto la facilidad de adquisición que aquí encuentra todo el mundo. Y el carácter independiente surge de poder bastarse a sí mismo.

—Pues en usted no parece que sea mucha esa facilidad. ¿Se basta usted a sí mismo?

—Sí, señor, ahora, y espero que siempre.

—A usted no lo ha hecho orgulloso América. Venía ya...

—Lo soy en el buen sentido, señor...

—Sí, sí, amigo, comprendido. Pero decía usted antes que para mantener el orgullo es necesario que haya facilidad de adquisición.

—Hay orgullos que se mantienen de sí mismos.

—Bueno, amigo —dijo, levantándose—: si en algo puedo servirle...

—Muchas gracias. Lo único que deseo es que me disculpe por haberme atrevido, sin preparación suficiente, a rebatir su artículo. Son osadías de la juventud.

—No tengo por qué disculparle. Al contrario, le felicito, porque sus reflexiones son acertadas. Y como veo que la literatura será su carrera definitiva, le deseo en ella toda

clase de triunfos. Aquí tiene usted mi tarjeta con la dirección de mi casa. Vaya a verme. ¿Quiere que le recomiende a las revistas?

—Gracias, don Miguel. Si valgo, ya me buscarán, y si no valgo será inútil que yo busque.

Se despidió sonriente y dándome la mano.

—Adiós, amiguito.

—Adiós, maestro.

Su protección fué efectiva. Y tuvo para mí la forma más halagadora. En sus conversaciones con los directores de diarios y revistas, hacía siempre de mis artículojes los comentarios más favorables. Su gran autoridad literaria me sirvió de amparo constante en aquellos duros tiempos. Mi gratitud durará cuanto dure mi vida. Así era Cané.

Pasaron muchos años. Una tarde, en la rambla de madera de Mar del Plata, me tomó del brazo y...

—¿Se acuerda usted de aquella lejana entrevista?

—Mucho. Siempre. Gracias, don Miguel..."²³

; Aquellos duros tiempos! Pero el país por aquel año de 1888 vivía en una suerte de euforia *in crescendo*. Continuaba poblándose el desierto. Los presupuestos de obras públicas no reparaban en gastos; carreteras, ferrocarriles, escuelas, modernización de las ciudades, estudios de salubridad que pronto se convertirían en conquistas de la higiene colectiva, la legislación liberal batiendo palmas ante la resistencia estéril de los credos y costumbres arcaicos. Sin embargo, la certidumbre en el progreso sin límites y, en la riqueza arrolladora; la prisa de vivir sin reparar en riesgos y sin temer un repentino salto en el vacío, empezó a turbar la serenidad de unos pocos espíritus avizores. Diseñábanse sombras de peligros. Susurraban algunos acerca de la conveniencia de no hacer depósitos en el Banco Nacional. Empezaban otros a sacar el oro del país... Con todo, los optimistas pudieron más que los recelosos.

²³ GRANDMONTAGNE: *Los inmigrantes prósperos*. M. Aguilar. Madrid, 1933.

DE NUEVO EN MADRID

A poco de instalarse nuevamente en Madrid, recibe un paquete de diarios porteños. Abre *Sud América* y encuentra el artículo necrológico de Groussac sobre Sarmiento que ha pasado a la gloria en el Paraguay el 11 de septiembre de 1888. Después de la lectura pudo pensar Cané: "este francés tiene la pluma muy acerada. Y la mía ¿cómo es?" Viril, cual las de su tiempo de rudísima franqueza. ¿Cómo escribían Sarmiento, y Alberdi, y Vicente Fidel López, y Cané (p), y Mitre, el de las polémicas. Entre aquel decir de los diarios libres y este insinuar de los diarios cultos, la mudanza de sexo es indudable. Para Groussac no rigen los cánones de la apologética. *Amicus Platus...* "ha sido la mitad de un genio, único ejemplar de su especie en la historia patria, y, para decirlo todo de una vez, la personalidad más original de la América latina".²⁴

De cuantos peligros nos acechan, la rutina es el más de temer. A manera de molde forja una vida mental determinada y puesta en una sola dirección. El acto cotidiano, repetido en el mismo ambiente y a iguales horas, vuélvese mecánico, sin intervención sensible de la inteligencia. Hay que inventar, en este caso, pluralidad de actividades desemejantes... Cané puede echar mano del prólogo a la traducción del *Enrique IV* que hasta hoy avanza a lentas, lentísimas jornadas, o volver al fascinante Velázquez, ensayo todavía en estado embrionario. Quédale la faena del artículo, gimnasia irrenunciable en quien ya lleva dos décadas con dicho hábito que consiste en pasearse por llanas superficies, sintetizando y generalizando. ¿Hábito o vicio mental? Como se quiera llamarle. Lo que urge es tener el espíritu siempre ocupado en algo que aleje y salve de las horas vacías. No bien caemos en la inacción aparece el mundo fantasmagórico que procrea la imaginación vagabunda, la loca de la casa, tenaz removedora de recuerdos, implacable amplificadora de inquietudes y absurdos.

¿Qué haremos hoy? El periodista diestro en captar temas, lo actual e inactual, lo pretérito remozado y convertido en presente, no le niega su fecunda, inagotable colaboración al diplomático. ¿Qué haremos hoy? Es innecesario formular dos veces

²⁴ P. GROUSSAC: *El viaje intelectual* (primera serie).

el interrogante. La mirada inquisidora recorre las columnas de las gacetas nutridas de comentarios y noticias acerca del cotidiano y permanente acontecer histórico. De la agudeza de cada cual depende la valoración de los sucesos, su caudal y trascendencia. Un Congreso Católico está reunido en Madrid para responder, con ruidosa solemnidad, a los panegíricos que de la Revolución francesa vienen haciendo “los liberales de la Europa con motivo del centenario de la misma”. Cané, que aún no se ha curado de su férvido racionalismo y progresismo tan siglo XIX, deja trasparentar su indignado estupor en una nota que dirige a Buenos Aires: “Parece increíble que en nuestra época y precisamente en momentos en que el espíritu se muestra triunfante en las ciencias, en las artes y en las instituciones políticas, se pronuncien discursos como los que hombres de la cultura intelectual del Marqués de Pidal y Menéndez Pelayo acaban de pronunciar en el seno del Congreso Católico reunido en Madrid”. Siguen las frases de rigor: “es la denegación absoluta de todo progreso”, “la preconización de la vuelta a las ideas del pasado”, “es la Iglesia preponderante y el Estado sometido”. Algo se le aplaca la indignación con un episodio que le devuelve el buen humor. La sociedad madrileña una sola vez acudió en masa al Congreso Católico: el día en que se anunció iba a cantar el tenor Gayarre. Entonces, “fué tal la aglomeración de gente, que no pudieron entrar en el local de la sesión ni el mismo tenor Gayarre ni el Obispo de Madrid, presidente del Congreso, que le acompañaba”.²⁵

Son argumentos que ya verdeen de humedad. Abundaron a lo largo del siglo anterior. El fanatismo de la razón y de la ciencia todopoderosa, no permitía ver ni respetar los estados especiales que trae consigo la concentración interior de los místicos. Acudieron a la neurosis para negar la santidad que es, lo totalmente otro, un misterio en el que se trasunta el hombre en otro ser. Sin renunciar al empeño de aplicarle el pensamiento analítico a las ideas religiosas —osado esfuerzo porque la religión se siente, no se piensa— Cané escribe: “El espíritu luminoso de Esquíú, turbado por la absorción en una sola idea, lanzó un grito de alarma al encontrarse por primera vez frente al progreso humano, profético en su adivinación, señalando en él el germen de muerte del catolicismo”.²⁶ Es lo más peregrino que puede haberse dicho de Fray Mamerto, “el blanco horror

²⁵ De Cané a Estanislao S. Zeballos, Ministro de Relaciones Exteriores. Madrid, 7 de mayo de 1889. AMRE.

²⁶ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 166.

de Belcebú"... Por lo demás, ¿qué es lo que no lleva en sí mismo el germen de su fatal destrucción?

El recuerdo más grato que conserva Cané de España en el año 1889, es la visita de Pellegrini a Madrid. Entre los papeles inéditos que se conservan en su archivo, hay unos apuntes sobre los agasajos que le fueron dispensados a su gran amigo, vicepresidente de la República a la sazón. Aconteció en las postrimerías del mes de marzo. Gobernaba el partido liberal, con Sagasta en la presidencia del Consejo y Moret en el Ministerio de Estado. "No sólo por mi vinculación personal con Pellegrini —dice Cané— no sólo por la seguridad de la buena impresión que dejaría en todos los hombres inteligentes con quienes hablaría, sino por la importancia que tendría la visita del segundo magistrado de mi país, para España, para mi tierra, procuré hacerle conocer del mayor número de personajes españoles que me fuera posible". Era su deber, y lo cumple de manera satisfactoria. En torno a la mesa que tiende toma asiento lo más granado de la vida madrileña: personajes palatinos, jefe del Gobierno y ministros, presidentes del Senado y de las Cortes; políticos de nombradía: Cánovas del Castillo, Castelar y algunos republicanos notables de variadas tintas; capitanes y generales: el conde de Cheste, Martínez Campos, Domínguez, Pavía, Primo de Rivera; representantes de la nobleza: los duques de Alba, Fernán Núñez, Veragua, marqués de Villa-Gonzalo, etc.; hombres de letras y periodistas de nota, y argentinos de paso. Unas sesenta personas. "Y me preocupé —observa Cané— de la muy seria cuestión de la colocación de mis huéspedes en la mesa". En extremo sería: que sienten a un conde donde debe ir un duque y verá usted lo que le dice o le hace el duque... Luego la visita a Palacio. Pellegrini y su esposa se prendan de la gentileza de doña María Cristina que les preguntó si deseaban ver al rey. "Cuando éste entró —dice Cané— muy serio dentro de sus cuatro años, se dirigió primero a la señora de Pellegrini; luego dió la mano a su esposo y en seguida, volviéndose hacia donde yo estaba, inició, al ver mi uniforme, un saludo militar. De pronto quedó con la manecita en el aire, sin concluir el gesto y con los ojos fijos en mi casaca. Al fin bajó decididamente el brazo y viniendo hacia mí, me estrechó la mano. Se había apercebido que mi uniforme era diplomático y no militar". Este niño rey es la preocupación de Cané, como lo es de todo España por su salud endeble. Recuerda que ese mismo año, en la recepción anual en Palacio "durante la cual desfilan ante el trono todos los gremios y

corporaciones del Estado, cinematógrafo incomparable de reverencias, saludos, traspies y ansias afligentes, el rey; harto de fastidio, abandonó resueltamente el sillón que ocupaba al lado del de su augusta madre e inició esfuerzos de gigante para cabalgar uno de los enormes leones dorados que flanquean el trono. Sólo desistió a cambio del bastón de mando del general Martínez Campos, con el que se quedó durante toda la larga ceremonia".²⁷ Leopoldo Basa agrega otro recuerdo. La Reina Regente y su niño recibían una tarde al cuerpo diplomático. Cuando le correspondió pasar al ministro del entonces Celeste Imperio, doña María Cristina dijo: — Mira, Alfonso. Este señor es diplomático, representa cerca de nosotros a su país, la China. El niño le miró con cierta curiosidad, fijándose especialmente en la trenza de pelo que el diplomático llevaba. Al día siguiente visitó a doña Cristina el Dr. Cané. — Mira Alfonso, este señor es otro diplomático que yo estimo mucho, representante de la República Argentina. El niño lo miró, dió una vuelta a su alrededor y dijo en seguida: — Mamá, éste no tiene trenza.

Además de las trenzas, bien quisiéramos saber algo de lo que hablan a solas ambos amigos, antes de que Pellegrini siga viaje a París. La sospecha no será antojadiza. ¿De qué hablan en el extranjero dos compatriotas sino de su país? Con tanta más razón aquel año grávido en sucesos premonitores de violentas jornadas. La crisis financiera, la fuga del oro, las quiebras, la definitiva enemistad de Juárez con Roca, el unicato, los condicionales, la revolución de Mendoza mientras Pellegrini se hallaba en ejercicio del Poder Ejecutivo, la renuncia de Wilde... Y lo probable y lo improbable. ¿Quién será el futuro Presidente? Unos dicen que Cárcano, otros dicen que...

El diplomático no descuida sus tareas, monocordes y estériles, según lo reconoce y tiene dicho. No importa. Ahora que las cosas andan peor que nunca en su tierra, si algo desea con fervor es que se olviden de él y le dejen tranquilo. Pero ¿le dejarán realmente tranquilo? Acaban de nombrar ministro de Relaciones Exteriores a Estanislao S. Zeballos, hombre inquieto e inquietante. Cané estudia sus notas quincenales. Si España no le brinda tema, mira allende las fronteras y a granel los encuentra, vinculándolos, desde luego, a la política española, así, por ejemplo, la proclamación de la República en el Brasil. ¿Cuál es el eco que en España puede tener ese hecho lejano? Los republicanos españoles expresan su júbilo de manera ostensible "celebrando reuniones en honor de la nueva República del Brasil

²⁷ Documento inédito. AMC.

y de la democracia triunfante”, en tanto los monárquicos mal ocultan la impresión de pánico.²⁸

Antes de terminar el año sabe a ciencia cierta que en Bs. Aires no están dispuestos a olvidarle. Así lo revela la carta que sigue:

“Miguel Cané a Vicente R. Casares, Madrid, 10 de diciembre de 1889:

“Una nota que he recibido hace algunos días, firmada por Zeballos, agri-dulce, o más bien agri-solo, me hace pensar que Juárez se cansa de esperar que renuncie, como los brasileiros que se muriera D. Pedro, y trata de hacerme saltar. He contestado, sin querer leer entre los renglones, en un tono suave y circunspecto, porque me ha parecido que el plan reposa sobre la reputación de mi carácter independiente y un tanto polvorín, para hacerme escribir algo violento que justificaría una medida acariciada. Me pongo a la capa y espero, no por el puesto, que sabes me c... en él, sino porque a mí no me joroba nadie, yo consciente— y porque quiero, si con estrépido salgo, hacerlo por la gran puerta, con armas y bagages”.²⁹

Hizo bien en ponerse a la capa; gracias a ello, y esperando, Zeballos se marchó primero. Es posible que ahora Juárez ya no piense en él. Desde los comienzos del año de 1890, el panorama se ensombrece de día en día. Hasta Cané llegan graves versiones, anuncios de revolución casi a fecha fija. A Leandro Alem nada le desanima y conspira entre los militares. Aristóbulo del Valle, Lucio López, Mariano Demaría, también conspiran. Los católicos han sellado paces con los liberales roquistas. El 1º de enero escribe *La Prensa*: “Todos sentimos la influencia del vértigo. Cuando vamos en esa carrera la naturaleza del hombre cambia; sus ojos parecen cerrados para lo que no sea lo desconocido, la fortuna y los placeres”. Cané lee con avidez los diarios a medida que le van llegando. El 4 de marzo, con el oro a 225, dice *La Prensa*: “Todo el mundo se preocupa: el millonario que asiste al derrumbe de su fortuna; el comerciante que ve oscurecerse el campo de sus transacciones y el obrero que duda de la suerte de sus ahorros. Hay empero una región feliz y serena donde no se siente preocupación: la del gobierno”.

Lo último parece una exageración. En la esfera gubernamental también había desaparecido la confianza y la felicidad.³⁰

²⁸ De Cané a Estanislao S. Zeballos. Madrid, 26 de noviembre de 1889. AMRE.

²⁹ Carta inédita. CVRC.

³⁰ JUAN BALESTRA: *El noventa*, pág. 58. Buenos Aires, 1934.

IX

LA REVOLUCION DE 1890

A mediados de abril llega a manos de Cané una carta largo tiempo esperada; consta de dos nutridos pliegos escritos con letra menuda y clara:

“Aristóbulo del Valle a Miguel Cané. Buenos Aires, 21 de marzo de 1890:

“Mi querido Miguel: Tienes razón, mi correspondencia ha andado mal en estos últimos tiempos. La política, el mal estado de los negocios y un gran cúmulo de preocupaciones profesionales me han tomado el tiempo y he dejado pasar más días de los que acostumbro sin escribirte. Hago propósito de enmienda y vuelvo a las buenas costumbres de antaño. Por supuesto que no tengo nada bueno que contarte. Las cosas van de mal en peor en todo sentido, lo mismo en la política que en las finanzas, y han llegado a tal estado que la única esperanza viva es la de que Juárez renuncie y cambie fundamentalmente la marcha del gobierno! Ayer se ha recibido del mando y según se cuenta ha celebrado un acuerdo general con sus ministros para reducir el presupuesto y ¿algo más? Propósitos de borracho: lo cumplirá mientras esté con la soga al cuello y se olvidará de ellos apenas comencemos a salir del pantano. Sin embargo para ser fiel observador y narrador te diré que hay algo en la atmósfera, no bien discernible todavía, que hace pensar en la posibilidad de la conciliación, de un grande esfuerzo patriótico para salvar al país, que si no está seriamente amenazado con relación a su porvenir, lo está gravemente con relación a la época en que vivimos que es la que más preocupa nuestro egoísmo. Se habla de crisis ministerial y lo que es más, de arreglar la elección futura de Presidente para que todos los partidos puedan secundar con buena voluntad al gobierno. Nuestro querido Luisito, cuya sensibilidad tu conoces, se mueve en esa dirección y como es uno de los consejeros aúlicos y tiene cierto grado de confianza en sí mismo se hará oír. Por mi parte, si el caso llega, ya tengo hecha mi composición de lugar. Aceptaré una solución presidencial que se encarne en Latorre porque es un hombre fundamentalmente

honrado, en lo público y en lo privado, y podría ser el punto de partida de una verdadera reacción moral, no creo que otro alguno del bando llegue a satisfacerme. No entraré en combinación ministerial de ninguna especie, salvo caso de peligro inminente para la república con relación a extraños, pero no miraré mal que entren otros bajo ciertos compromisos y garantías. Si tuviera mayor fe de la que tengo en el espíritu público no entraría por ningún camino conciliatorio y esperaría el momento supremo de una crisis vengadora y reparadora; pero te digo con verdad, no creo ni espero nada por ese camino, y pienso que nos acostumbraremos a todo sin un movimiento, sin un ensayo de protesta varonil. Nos hemos dejado robar hasta que nos han dejado en cueros y llegaremos a soportar el hambre sin acordarnos que somos hombres y ciudadanos. No hay diez juaristas en Buenos Aires y si tu llamaras a la plaza al pueblo para que vote o para que pelee no se reunirían cincuenta opositores espontáneamente. Les hablas de elecciones: para qué nos vamos a poner en ridículo, te contestan. Les hablas de revolución y te preguntan si cuentas con el ejército, es decir si puedes intentar una revolución de éxito cierto, sin el menor peligro, sin sacrificio alguno de sangre ni de dinero, y para la cual el buen pueblo sería un nuevo artículo de lujo y ostentación.

“Sin embargo de esto, se habla también de revolución y de conspiración, aun cuando estoy seguro que hasta este momento nadie tiene medios de hacer cosa seria.

“Roca se ha quedado en Córdoba. Hubo de abordar a Juárez durante su permanencia allí, pero no se atrevió porque lo encontró reacio o por lo menos serio, y no se quiso jugar su última carta. ¿Qué hará si fracasa? Rocha se mueve también en las sombras —cree en la subsistencia de su partido y obra en consecuencia. Está más lejos de Juárez que cuando llegó.

“Pellegrini acaba de entregar el mando. No le ha servido para nada tenerlo durante dos meses...

“Leo con gusto y con grandes esperanzas la carta de Moreno Carbonero.

“No compres el cuadro por cuenta de Delfor. Los tiempos son tan difíciles que quien sabe lo que puede suceder de un momento a otro. El dinero vale mucho, muchísimo, y ya nos empezamos a sorprender ahorrando centavos.

“Lucía te devuelve tus cariñosos recuerdos. Un abrazo de tu amigo de siempre. *A. del Valle*”.³¹

³¹ Carta inédita, AMC.

Cané se restrega los párpados. ¿Qué significa esto? ¿El notorio conspirador no cree en la posibilidad de una revolución, ni en el espíritu público, ni en las cualidades masculinas de los hombres que se niegan a sacrificios de sangre o de dinero? Además, hay contradicciones palpables en la carta: el país “no está seriamente amenazado con relación a su porvenir” pero sí “con relación a la época en que vivimos...” Está seguro que hasta ese instante “nadie tiene medios de hacer cosa seria” si bien nadie “sabe lo que puede suceder de un momento a otro”. “Si tu llamaras al pueblo para que vote o para que pelee no se reunirían cincuenta opositores”, y veinte días después, el 13 de abril se realiza el mitin en el Frontón, donde la “inmensa multitud” “no cabe en el recinto y desborda por los alrededores”.³² El 27 de marzo vuelve a escribir: “Los sucesos siguen su curso. El oro alrededor de 255 y Juárez cada día más convencido que ésta es una de las muchas picardías de la oposición... La política siempre nublada. Hoy llegó Roca de Córdoba. Juárez fué a recibirle a la estación y mucha gente cree que se han reconciliado —yo creo lo contrario— lo que te decía en mi anterior. En el ministerio hay gérmenes de descomposición. Racedo no puede durar porque persiste en hacer política por cuenta propia en Entre Ríos. Será un elemento contrario a Cárcano... El Gringo se ha ido con Vicente a la estancia. He hablado con él: lo he encontrado más humano”.³³

Todavía no vislumbra el inminente 13 de abril ni el menor arrebol del 26 de julio. Para quien vive en la impaciencia, las cartas de Aristóbulo atraviesan el océano en barcos de lentísima marcha y cuando son leídas por Miguel éste comprueba que su buen amigo carece de lúcida videncia. Pero si desmaya próximo a los hechos que con vehemencia desea, los comenta ampliamente después que se han producido:

“Aristóbulo del Valle a Miguel Cané. Buenos Aires, 18 de abril de 1890:

“Mi querido Miguel: Abrumado de trabajo te escribo a la carrera porque sé que esperarás mis informaciones para acabar de formar juicio sobre los ruidosos sucesos que acabamos de producir. Antecedentes: Conoces los trabajos que iniciamos desde agosto del año pasado para agitar la opinión. La crisis ha venido en nuestra ayuda: cuando el oro llegó a 300 y se supo que circulaban emisiones falsas y clandestinas, cuando todos los especuladores se vieron arruinados y

³² BALESTRA: *El noventa*.

³³ Carta inédita. AMC.

las gentes tranquilas sintieron que también les alcanzaba la garua, desaparecieron los indiferentes y todos empezaron a gritar que era necesario hacer algo: no hay burro manso cuando le tocan la bolsa. Resolvimos entonces: un mitin so pretexto de organizar el comité general de la Unión Cívica y en realidad para aumentar la agitación y medir el grado de calor a que llegaba la pasión pública.

“Los clamores de la opinión y la aproximación del gran mitin determinaron la caída de todo el ministerio, el día antes de la reunión. Nos reunimos, hablamos con decisión y quizá con vehemencia, nos mostramos en las calles en número de doce a quince mil personas, y pusimos miedo en las filas contrarias. La agitación llevaba camino revolucionario con la voluntad de sus directores y sin ella. A muchos se les fueron a la barriga.

“Zavalía llamado para organizar el nuevo ministerio le significó a Juárez que Cárcano tenía todos los gabinetes; Derqui rehusó, Latorre también. Se anunció a Juan A. García y el oro subió los 20 puntos que había bajado al caer el ministerio. Zorrilla no quiso entrar. En esta situación se le ocurrió al Gringo solicitar la renuncia de Cárcano y de Roca como candidatos y ofrecer la suya; lo hizo como lo pensó, con el apresuramiento y la eficacia que le son propias: y cayeron los candidatos como había caído el ministerio.

“Roca se ha ejecutado con bastante buena voluntad aparente y Cárcano contra todo su querer y el de sus amigos; en cuanto al Gringo, creo que se ha movido por un sentimiento patriótico y para salir de una situación difícil. Veía llegar la revolución y no sabía qué hacer. ¿Con el gobierno? Bien sabe que son unos bribones. ¿Con la oposición? Sería tachado de traidor. Más vale salvar al país de una agitación armada y aparecer sacrificando ambiciones legítimas en bien de todos.

“Actualidad; los hechos a que me acabo de referir y el nuevo ministerio han enfriado los ánimos y calmado la superficie. No hay ya candidatos y ahora comenzarán las manipulaciones para asegurarse alguno que tenga probabilidades de éxito. Los círculos roquista y carcanista subsisten y procurarán hacer prevalecer uno de los suyos.

“Pellegrini insiste en la idea de la convención electoral. Juárez, como siempre, no tiene la menor idea sobre nada, ni sobre el pasado, ni sobre el futuro. Nosotros teníamos y conservamos un medio de fuerza poderoso. Si el Gobierno falta a sus compromisos, que no aceptamos, sino con bene-

ficio de inventario, se lo llevará el diablo, aún cuando a algunos pueda costarnos caro.

“Como no pretendo sentar plaza de profeta, me limitaré a decirte que el barómetro marca sino buen tiempo, por lo menos, calma.

“En pocos días más quizá se produzca algún nuevo hecho que acentúe en uno u otro sentido la política siempre incierta de nuestro Presidente. Te escribiré. Un abrazo de tu viejo amigo. A. del Valle. — Rocha trabaja aparte por su cuenta. Está en la oposición, pero no ha entrado en la Unión Cívica”.³⁴

El 5 de mayo escribe del Valle una extensísima carta de cuatro pliegos que bien puede llamarse “la de los bastidores”, para que Miguel Cané sepa “lo que toca de cerca” a sus amigos, y “a los simples conocidos que tienen alguno de los hilos de la política”, para que pueda juzgar los acontecimientos y desde “la situación actual prever la que nos espera en un año o dos”. Le advierte que “van algunos datos exactos, algunas murmuraciones y chismes y mi propio juicio para que saques el provecho que puedas”. Otra vez el oro “con su cotización arriba de 300” determinó el éxito de la manifestación organizada por la Unión Cívica. El Gobierno no sabía qué hacer “y lo temía todo: llegó a creer que reuniríamos a los italianos de la Boca y que, después de enardecerlos, los echaríamos a la calle diciéndoles quién era el responsable de que con un nacional no alcanzaran a comprar dos liras. Pensaban en el Salvador, y Saldías, siempre melodramático, les ponía miedo”. Ese miedo sube de punto con la designación de Alem para presidir la junta ejecutiva. Mas cuando no lo esperaban, interviene Pellegrini:

“Pellegrini, que sabía hasta dónde estábamos dispuestos a llegar, creyó que debía desarmarnos, y aprovechando la disolución del ministerio concurrió a maniobrar en la composición del nuevo y sugirió la idea de eliminar las candidaturas presidenciales... Juárez... aceptó sin vacilar, pues vió que por ese procedimiento se desembarazaba de Roca, con el cual estaba furioso porque no había ido a acompañarle el día del mitin. Roca, requerido por el Gringo, pensó que la renuncia era prematura, pero cedió. Su plan consistía en esperar a que Juárez tuviera el agua al cuello para imponerle condiciones y ser el árbitro de la situación...”³⁵

³⁴ Inédita. AMC.

³⁵ Inédita. AMC.

A del Valle le preocupa la conducta de Pellegrini en ese teje maneje de renunciás, etc. En la carta anterior vió un sentimiento patriótico que le indujo a su autosacrificio para salvar al país de una catástrofe. Ahora no sabe ocultar las dudas que le trabajan el espíritu:

“Es un curioso problema psicológico averiguar el móvil que ha guiado al Gringo, que ha obrado en este caso con su eficacia habitual. Ni tú ni yo creemos en su altruismo, de manera que tenemos que buscar sus móviles en otra dirección. He aquí mi opinión: convencido de que íbamos a la revolución la ha evitado porque no sabía qué debía hacer en el momento decisivo. Si venía con nosotros, sería tachado de traidor y tal vez no sería el primero, ni el segundo entre los triunfadores; si se quedaba con Juárez, a quien en el fondo de su alma desprecia, jugaba su porvenir en beneficio de Cárcano o de cualquier otro cordobés. Reproducción del año 80; juzga por ti; *non bis in idem*... Mucho más airosa era su posición de pacificador, dejando agradecidos a su país y a S. E. Lástima que los términos de su renuncia lo hayan hecho descender de tal altura...”³⁶

También le tiene en vilo la nada trasparente actitud de Roca, “el taciturno”. ¿Qué es lo que sigilosamente prepara?:

“Pienso que quiere crear dificultades, agrandarlas y echárselas encima al gobierno para que lo llamen... o para conquistar el poder por asalto en la hora de la disolución. Si realiza ese propósito digno de Catilina, la calma relativa de nuestra política puede convertirse en grande tempestad de un día para otro. Tememos a Roca más que a Juárez, y no sé lo que haríamos si el peligro se nos viniera encima. Tal vez son temores vanos, pero los tengo y te los comunico. La muerte de la señora de Roca no ha modificado fundamentalmente la situación de éste con relación a Juárez. Pasado el primer momento de duelo han vuelto a quedar tirantes y según mis informes, Roca no disimula, entre sus amigos, su manera de sentir”.³⁷

La carta de Pellegrini a Cané, escrita el 22 de julio, cuatro días antes de la revolución, es demasiado conocida para llenar espacio con ella.³⁸ Debe leerse íntegramente, sin embargo, por-

³⁶ Inédita. AMC.

³⁷ Inédita. AMC.

³⁸ AMC y en *Obras* de Pellegrini, t. II (edición del Jockey Club de Buenos Aires).

que pone en claro las dudas de Aristóbulo del Valle. Pellegrini, al igual de Roca, quiere dos cosas: que Cárcano no sea el futuro Presidente de la República y que Juárez se aleje del gobierno como consecuencia de su creciente desprestigio, nunca por el éxito de una revuelta que a ellos —Roca y Pellegrini— pudiera quitarles la futura dirección política del país. Sin negar la existencia del peligro —“hoy no se sabe lo que va suceder mañana”— Pellegrini asegura haber “conocido otras situaciones más peligrosas, el 74 y 80”. Aventurado se le presenta el triunfo de la revolución con que amenaza la Unión Cívica: “Hay aquí actualmente un ejército: once batallones, 2 regimientos de Caballería, uno de Artillería y la Policía y bomberos. Será muy difícil minar al Ejército, salvo que iniciaran el movimiento Generales de mucha autoridad, con los que no cuenta la Unión Cívica. Levalle en el Ministerio de la Guerra los tendrá en un puño”.

Todo se llevó a término como lo deseaba Roca y lo previera Pellegrini. Vencida la revolución iniciada el 26 de julio, ante la irreductible presión parlamentaria —cuyos hilos bien se sabía quien los manejaba con destreza— Miguel Juárez Celman renuncia el 6 de agosto. *¡Ya se fué* —cantan en las calles—, *ya se fué!*, etc.

Groussac, que sin ser político gusta de hacer política, pluma en mano, se ha granjeado valiosas e influyentes amistades, la de Avellaneda primero, la de Pellegrini después, fortalecida en *Sud-América*, antes de que su redacción se convirtiera, según él, en “bolsa de gatos”. Con tales antecedentes y cualidades, concibe la idea de juzgar los acontecimientos epilogados con la rendición del Parque y con la otra rendición, la del hombre señalado por el destino para que sobre él gravitaran las culpas propias, las del régimen y las de los que ostensiblemente se aprovecharan del tolerante sistema. Por arte de magia, logra Groussac que el tiempo histórico, en cuatro días, acelere la marcha de suerte que le permita a él, con veinte años más, transformarse en un anciano que relata a sus hijos cómo fueron los hechos y cómo los hombres que en ellos intervinieron, *sine ira et studio, quorum causas procul habeo*... ¡Felices aquellos que pueden escribir acerca de un suceso cualquiera con la fría ecuanimidad de la justicia, cuando todavía no se han lavado las manchas de sangre en las calles de la ciudad! ¡Prodigiosa superioridad la de Groussac sobre la del vacilante Raleigh! En las catorce páginas del relato hay sólo dos líneas que se maridan con lo que ofrece justiciero tinte: “El sistema merece todos los anatemas, el hombre se acoge a las inmunidades del menor de espíritu” —juicio mezclado no se sabe cómo con el regocijo

que le causa el ascenso de Pellegrini a la Presidencia de la República. Ese día “extraña coincidencia!”, había cesado la lluvia “mansa o torrencial que caía desde la fecha de la capitulación”. El 7 de agosto “ni una nube ligera empañó la atmósfera desde la aurora hasta el amanecer”. Dijérase que también la Naturaleza se asociaba para que “las manos enérgicas y leales” torcieran “bruscamente el timón de la nave que corría al escollo...”³⁹

Cané, viajando entre Madrid y Estocolmo, donde ahora también es ministro —como si España y Suecia fueran naciones limítrofes— recibe de Pellegrini una carta fechada el 5 de septiembre: “una revolución ideal en la que triunfa la autoridad y la opinión al mismo tiempo y no deja un Gobierno de fuerza, como son todos los gobiernos nacidos de una victoria” —le dice con justificada satisfacción en el país de las revoluciones periódicas, una cada diez años, más o menos, desde 1810. Pero el general Roca reclama para sí la paternidad del resultado. Si bien no cuenta entre sus hábitos el de arriesgar juicios, comprometedores las más de las veces, en esta circunstancia excepcional, a sí mismo se levanta la censura. El general Mitre, que todavía realiza su oportunísimo viaje por Europa, se acompaña de Enrique García Mérou, antena receptora de ondas a larga distancia.

“El general Roca a Enrique García Mérou. Buenos Aires, 23 de septiembre de 1890:

Mi querido García: Por fin he tenido el placer de recibir carta suya. He leído con vivo placer la interesante relación que me hace de su viaje y de sus conversaciones con el General Mitre.

“Los acontecimientos que han tenido lugar aquí y que han dado por tierra con el Dr. Juárez se desencadenaron más pronto de lo que yo esperaba... Ha sido una providencia y fortuna grande para la República que no haya triunfado la revolución ni quedado victorioso Juárez.

“Yo vi claro esta solución desde el primer instante del movimiento y me puse a trabajar en ese sentido. El éxito

³⁹ P. GROUSSAC: *El viaje intelectual*. Para que el *Relato del Anciano* sea completo conviene recordar que el banquete llamado de los “incondicionales” se realizó el 20 de agosto de 1889, en el *Operari Italiani*. Fué organizado por Osvaldo Magnasco, Juan Balestra, Leopoldo Díaz, José Nicolás Matienzo, José S. Alvarez (Fray Mocho), Telémaco Susini, Marco M. Avellaneda, Lucas Ayarragaray, Osvaldo Piñero, Marcial Quiroga, Gregorio Chaves, Víctor M. Molina y Tomás de Veyga. A los postres se presentó en la galería alta el Presidente Juárez Celman en compañía de Cárcano y Paul Groussac.

más completo coronó mis esfuerzos, y todo el país aplaudió el resultado, aunque no todo el mundo haya reconocido y visto al autor principal de la obra.

“Cualesquiera de las otras soluciones, el triunfo de la revolución o el triunfo de Juárez, es decir, del carcanismo, hubiera sido una ruina verdadera para el país que nos hubiera hecho retroceder treinta años. Aunque estamos en un estado de excitación nerviosa y se sienten movimientos anárquicos en todas las Provincias y los hombres andan como a tientas y las ambiciones todas sueltas y sin freno, estamos en el terreno de la Constitución.

“Cualquiera otra cosa hubiera sido el caos. El triunfo de la revolución hubiera sido, no un nuevo Pavón como creía a la distancia el General Mitre, sino el coronamiento de Alem que se hubiera erigido en árbitro y dueño supremo del país. Conque así vencido y habiendo salido humillado del Parque, no lo pueden aguantar los mitristas y está queriendo llenar a la República con su personalidad ¿qué hubiera sido triunfante?

“Quisiera escribirle largo, pero no tengo tiempo para nada. Le adjunto ese reportaje a *La Prensa*, expresión fiel y literal de mi pensamiento. He creído por patriotismo que debía dar ese paso. Además seguía el deseo íntimo y firme de mi espíritu de separarme de la vida activa y militante de la política. Nos vienen momentos aun difíciles, lo que asome la cuestión presidencial, y pensé que desligado de toda ambición por mi parte, estaría en mejor situación de prestar el último servicio a mi país, y colaborar mejor a la obra de reparación de este Gobierno.

“¿Cuándo piensa volver? Muda permanece todavía *La Tribuna* porque no tenemos a quién poner al frente de ella. Vedia está comprometido con *La Prensa*. Es muy interesante lo que me dice del General Mitre. Mil afectos a Estela y que vuelva cuanto antes son los deseos de su amigo que le escribe en medio de mil incomodidades y rodeado en este momento de impertinentes visitas. — Julio A. Roca”.⁴⁰

El principal autor de la obra... A confesión de parte... Mas en este caso es innecesaria la confesión, como que es inmotivada la queja, porque desde Juárez, el primero, hasta el más humilde de los espectadores en aquellos días inciertos, reconocen la mano del artífice.

⁴⁰ Carta inédita. CEGM.

DESPUES DE LA REVOLUCION: LA CRISIS CONTINUA

Cané, desde Europa, mirando hacia Buenos Aires podría repetir los versos de Lucrecio, no siempre bien comprendidos: *Suave mari magno, turbantibus aequora ventis...* no para regocijarnos con la desventura que a los demás aqueja, sino para valorar la densidad de los peligros en los cuales pudimos zozobrar. En las guerras y revoluciones la condición humana se despoja de los velos que la disimulan y encubren y asoma, impúdicamente desnuda, tal cual ella es, inmodificable con religiones y filosofías. ¡Cuánta miseria y desvergüenza en la codicia, cuánto desdoro en la ingratitud de los que hasta ayer fueron amigos y hoy vuelven la espalda y huyen como de un leproso del que ha caído soledoso! Entre miles sólo uno acompaña al ostracismo... En cambio, palmas y palmas para el que llega. Legión de amigos y admiradores insospechados que hacen olvidar, nadie sabe cómo, a los auténticos.

El 20 de agosto de 1890, Aristóbulo del Valle reanuda su correspondencia con Cané: "No puedo hacerte crónica porque los sucesos van muy ligero, son complicados y necesitaría escribirte un memorial que te llegaría siempre tarde". Le parece que Pellegrini tiene gran anhelo "de servir los intereses públicos", y Roca, su presunto Catilina, "se muestra animado de intenciones sanas y si fueran sinceras, sería agente eficaz de la reacción; pero... Don Vicente López ha vuelto a la vida con su brío de costumbre. Costa y Gutiérrez representan genuinamente a los nacionalistas. ¿Se mantendrá el ministerio? Creo que sí, por ahora, a lo menos. Si el General Mitre estuviera aquí podría consolidarse. Roque ha quedado fuera del gabinete no sé por qué. Está herido profundamente con Pellegrini y no le falta razón, porque después de haber aceptado el ministerio de Juárez a su pedido y de haber concurrido a la evolución final de la renuncia con su actitud, queda ahora entre los excluidos por el gobierno que inicia la reacción".⁴¹

⁴¹ Carta inédita. AMC. Años más tarde (2 de marzo de 1904) en la proclamación de la candidatura de Pellegrini a Senador por la Capital, diría Cané en el teatro Victoria: "Recordad la primera presidencia del Dr. Pellegrini y buscad a su alrededor en los más elevados cargos, los nombres de sus amigos íntimos, aun de aquellos cuya inteligencia y ca-

También ha sido excluído Cané, el más pobre de todos, y el que necesita vivir en países de clima templado y no en Estocolmo ni en la vecindad del Guadarrama. Pero no hay en él asomos de queja ni de resentimiento. Da pruebas de cordura: espera, y se entrega a su hombre-continente, Shakespeare, que siempre responde a las preguntas que se le formulan. En octubre de 1891, y en Madrid, termina el laborioso prólogo al *Enrique IV*, y la traducción tantas veces abandonada. Por octubre del mismo año le vemos en París muy alarmado con el descrédito de las finanzas argentinas en Europa. ¡Para lo que sirven las revoluciones!

El 21 le escribe a Sáenz Peña una extensa carta cuyo final sintetiza su desesperación:

“Roque, si vieras a algunos ingleses que tienen en títulos argentinos más de un millón de duros, frotarse las manos al recibir las últimas noticias y esperar el caso como el *principio* del fin; si leyeras el artículo del marqués de Lorne, publicado en la *Deutsche Revue*, incitando a Alemania a apoderarse de nuestro país; si sintieras como yo esta atmósfera que se condensa por momentos y que forma en Europa la conciencia de que somos incapaces de gobernarnos, vivirías con verdadero espanto del porvenir. Compadezco a los hombres que gobiernen nuestro país dentro de un año; si no salvan la independencia, llevarán en la historia la más tremenda e injusta condenación”.⁴²

Anda esto muy lejos del *Suave mari magno*. En la playa tranquila dorada por el sol, es el pánico más trágico de que se tenga noticias en el pecho de un espectador. ¿Tan extraordinaria es la catástrofe inminente como para determinar el espanto que Cané confiesa en un estado vecino al paroxismo? El oro ha llegado a 400 y la deuda pública pasa de los 400.000.000 de pesos oro. Cané vislumbra por anticipado el caso de Venezuela en aguas del Río de la Plata...

Somos incapaces de gobernarnos —frase tal vez nunca dicha por un argentino, porque el orgullo mal fundado prohíbe expresarla en voz alta o porque a fuerza de ser pleonástica nadie quiere repetirla.

rácter los hacía dignos de ocuparlos. No encontraréis uno solo. En cambio veréis los nombres de Vicente Fidel López, Julio A. Roca, Eduardo Costa, Juan Carballido...” (*Discursos y Conferencias*, pág. 186. La Cultura Argentina. Buenos Aires, 1919).

⁴² *Revista de Derecho, Historia y Letras*, t. XX. Año de 1905, y en *Obras de Pellegrini*, t. II.

1892. — Cané regresa después de cuatro años de ausencia. Más de una década discurrida en lejanas tierras le tienen ansioso de vida familiar y argentina. En los últimos tiempos la distancia, acrecentaba sus inquietudes hasta lo fantasmagórico. En condiciones extremas de hipersensibilidad, el más adecuado antídoto es enfrentarse con los hechos, y trascenderse en la descarnada realidad tal cual sea ella. La vorágine imaginada es más grave que la verdadera.

¿Cómo es el ambiente espiritual en que Miguel Cané deberá vivir ahora? He aquí una página de Roberto F. Giusti escrita como para nuestro relato:

“Ese año no se había distinguido ni por la cantidad ni por el vigor ni por el brillo de la producción literaria. Los observadores notaban que la política y la prensa se apoderaban de todos los talentos, secándolos como a un limón que se exprime. El siguiente prometía ser más propicio. Contemplada la vida intelectual a través de los diarios más representativos, presenta, no tanto un aire provinciano como un tono doméstico, de familia. Todos se conocen y todos se palmean y festejan los triunfos comunes, salvo, naturalmente, los parientes pobres y desheredados. No es mala cosecha la que se espera. Ya se habla en las tertulias y en las redacciones de *Alma de niña*, la nueva novela de Manuel Podestá, que publicaría *La Tribuna*; de *Mis montañas* de González, que no aparecerían hasta fines de 1893; del drama que pronto le estrenaría Mariano Galé a Martín Coronado; de una obra científica en preparación de Ramos Mejía. Se anuncian traducciones de Oyuela y Magnasco, una novela de Del Solar, un poema de Obligado, un canto de García Velloso. Se sigue con simpatía la obra de los jóvenes poetas: Fernández Espiro y Leopoldo Díaz, éste inteligente traductor e imitador de Poe y los parnasianos. Groussac, se dice, reunirá sus artículos críticos; otro tanto harán Juan Antonio Argerich y Adolfo P. Carranza. Parece que Lucas Ayarragaray tiene listo su libro *Pasiones* y Manuel Mantilla una obra histórica. Arturo Berutti, cuentan los diarios amigos, ha obtenido en Italia un “lisonjero triunfo” con su ópera *Vendetta*, y ya anuncia el estreno en Buenos Aires de otra: *Evangelina*. Se sigue con interés las novedades extranjeras de bulto. Las novelas de Zola eran leídas con pasión y se las disputaban los diarios para su folletín. Hacía tiempo que se leía a Taine y a Renan; pero también se admiraba a Campoamor y a su imitador *Cristián Röeber*, seudónimo

del poeta español Federico Leal Saowe, radicado en el Plata desde el año anterior, y fallecido años después, en 1904, a pesar de su auténtico vizcondado de San Javier, en el hospital San Roque.

“¿Cuántos serían los que se interesaban por estas cosas entre los 565.000 habitantes que registra a 31 de mayo el Boletín Estadístico Municipal? La ciudad todavía no distaba mucho de la “gran aldea” pintada por Lucio López. Aun recordaban los hombres maduros aquel inolvidable día de Caseros que abatió a la tiranía, y los diarios lo celebraban como una fecha gloriosa. Todavía las grandes tiendas están en la calle Victoria. Son dos: “El Progreso” y “La Ciudad de Londres”. Ésta se ensanchaba sobre la Avenida de Mayo, recién abierta. Ya se ha anunciado la era, con grandes anuncios en los diarios, de las realizaciones y liquidaciones de fin de estación. En la plaza de la Victoria operaba en coche descubierto un pedicuro. En los altos del teatro Nacional, situado en la calle Florida, se inauguran en enero las primeras audiciones de fonógrafo. El novísimo invento, paseado por las provincias, hacía delirar en las ciudades y atemorizaba a los campesinos como cosa de brujería... El carnaval era todavía suficientemente bárbaro como para hacer desear su extinción a las personas civilizadas. Ese año un pelotón de jóvenes alegres, la “indiada” de los “niños bien”, precursora de la “patota” plebeya, tomó por su cuenta la Confitería del Águila, entonces instalada en la calle Florida, y molestando torpemente a las máscaras y asaltando con dichos y hechos los carruajes, adueñados de la calle hicieron fracasar el corso. Inútilmente la prensa protestaba “contra los ranqueles”. La policía, demasiado débil, sólo abandonó su complacencia los últimos días del carnaval”.⁴³

El escritor chileno Alberto del Solar propicia la idea de fundar un *Ateneo* literario y artístico. En la casa de Rafael Obligado se realiza la primera reunión la noche del 23 de julio.⁴⁴

⁴³ ROBERTO F. GIUSTI: *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, pág. 60 y siguientes. Editorial Raigal. Buenos Aires, 1954.

⁴⁴ Prosigue GIUSTI: “Asistieron a ella confundidos dos o más generaciones con la presencia de las barbas fluviales de Guido Spano. Estaban presentes entre otros, Lucio V. Mansilla, Lucio V. López, Ricardo Gutiérrez, Joaquín V. González, Martín Coronado, Norberto Piñero, Ernesto Quesada, Domingo Martinto, Calixto Oyuela, Carlos Vega Belgrano, Ramón Cárcano, Carlos Berg, Eduardo L. Holmberg, Adolfo Dávila, Nicolás Matienzo, Julio L. Jaimes, Marco Avellaneda, Francisco Soto y Calvo, Carlos María Ocantos, José Miró, Enrique

Con Calixto Oyuela de presidente y Miguel Cané de vicepresidente primero, Belisario Montero y Carlos Vega Belgrano de secretarios, queda fundado el Ateneo de Buenos Aires. Según Giusti, la flamante institución despertó recelos en la Iglesia. ¿Sería una cátedra de liberalismo? “La bohemia seguía enviándole en guerrilla dispersa sus flechillas. Ya que el vicepresidente, Cané, era miembro del directorio del Banco de la Nación, bien podía conseguir descuentos para los vates necesitados”.⁴⁵ Ilusiones y bromas de los bohemios. Tampoco escapa a la chanza el secretario Carlos Vega Belgrano. Recuerda Giusti: “Ingenuo y socarrón, conoció a costa suya el epitafio epigramático con que los amigos festejaron un libro suyo de *Pensamientos*, espaciados éstos sobre lujoso papel, en dos tomitos primorosamente impresos en Hamburgo, donde fué cónsul. Decía el epigrama:

Caminante, de escarmiento
sírivate el fin de este hermano,
que murió de un “pensamiento”
de Carlos Vega Belgrano.

Cané no está para ninguna clase de bromas. La vida no ha sido nunca para él una comedia. Ahora, no bien llega a Buenos Aires y renuncia a la diplomacia, yugo y ocio dorado, cuando puede vivir con su madre, muere la “querida vieja” de las múltiples cartas que le escribía desde todos los lugares del mundo. ¡Así es su suerte! Pierde con Doña Eufemia a la más íntima y dulce confidenta de sus penas, de sus desvaríos, hasta de sus aventuras amorosas; la que todo le comprendía y perdonaba. ¡Cómo se parecía este Miguel de sus entrañas al otro Miguel de su corazón enamorado! En ocasiones veía al marido redivo en la estampa moral y física del hijo sin sosiego!

Rivarola, Gabriel Cantilo, Daniel García Mansilla, Belisario Montero, Francisco Sicardi, Roberto J. Payró, Adolfo Orma, Carlos Zuberbühler, Leopoldo Díaz, Juan José García Velloso, Juan B. Ambrosetti, Manuel Carlés, Victoriano Montes, Luis Berisso, Angel de Estrada, Enrique Larreta, Miguel Escalada, Augusto Belin Sarmiento, Julio Dormal, el mejicano Federico Gamboa, pintores como Augusto Ballerini, Angel Della Valle, Eduardo Sívori, Graciano Mendilaharsú, Carlos Rodríguez Etchart, Eduardo Schiaffino, y algunos músicos: Alberto Williams, Julián Aguirre, Arturo Berutti. Entre los que adhirieron por carta estaban Estanislao Zeballos, Manuel Podestá y Miguel Cané”.

⁴⁵ GIUSTI: *Momentos y aspectos de la cultura argentina*.

EN LA VORAGINE DE LA POLITICA

El 12 de octubre de 1892, el Presidente de la República, doctor Luis Sáenz Peña, le ofrece a Miguel Cané la Intendencia Municipal de la Ciudad de Buenos Aires. *The right man in the right place*. Un artista de su linaje trae de Europa visiones estéticas que le tienen alucinado. Las ciudades nacen por sí mismas al influjo del conglomerado social y de las necesidades económicas, pero la belleza no es creación inconsciente y espontánea. Bien lo sabe Cané que ha estudiado las transformaciones edilicias de París —muchas de las cuales ha presenciado— y admira el talento de urbanista del barón Haussmann. La elegancia de Viena, inseparable de sus recuerdos, también le obsesiona. Mas para ensanchar lo estrecho con amplias y luminosas avenidas, para elevar la aldea a la categoría de urbe con plazas, parques, edificios con estilos y perspectivas armoniosas, no es dable hacerlo de la noche a la mañana con una cuadrilla de peones como en los días de don Torcuato. Necesítase tiempo, preparación y buenas finanzas. Cuenta con lo primero, así lo cree buena, ingenuamente, y con la mayor cordura de administrador empieza por lo segundo: el saneamiento de las finanzas municipales que a su llegada encuentra desquiciadas.

Cabe recordar, en un paréntesis, que la designación de Miguel Cané produjo sobresaltos en la devota grey de Cristo. ¡Un liberal, un anticlerical destemplado en la jefatura del Municipio! ¿Qué nos espera con este luciferino hijo de Voltaire que se jacta de ser discípulo de Renan, con este...? Otras preguntas se formuló el celoso clero amante de la tradición porteña: “¿llevará el paño en la procesión de Corpus?” En ciertos púlpitos parece que fueron arriesgadas no pocas frases altisonantes y temerarias afirmaciones. Y como lo que se dice, bien o mal, más veces mal que bien, siempre llega a oídos del puesto en lenguas, amigos de Cané le llevaron crudas versiones. El Intendente, a quien le conocemos el carácter pronto y sus reacciones por un quitame allá esas páginas, no vacila. Se sienta a la mesa y escribe:

*“Intendente Municipal de la Capital. Al R. P. Fray Mo-
desto Beco: Reverendo Padre: Personas dignas de todo
crédito, me aseguran haber oído de labios de V.R., en la*

oración pronunciada en la ceremonia de inauguración del templo de Villa Catalinas, este gravísimo (acerto): que la Municipalidad de Buenos Ayres, requerida para ceder algunos ladrillos para la obra de dicho templo, habría contestado "que preferiría dar ladrillos para una casa de prostitución antes que para una iglesia".

"Ésa injuria, agravada por el carácter sagrado del orador, es de tal manera inaudita, que a pesar del crédito que me inspiran los caballeros a que antes me referí, me dirijo a V.R. para que la confirme, antes de proceder como la dignidad que el cargo que invisto me impone. Saludo a V. R. con toda consideración. *Miguel Cané*".

Su Reverencia contesta sin trepidar:

*"Fray Modesto Beco a Miguel Cané. Buenos Aires, 8 de marzo de 1893: ...Puedo asegurarle, Señor, que no he pensado decir tal cosa, ni mucho menos ultrajar a persona alguna, sabiendo que me merecen respeto todos i cada uno de mis queridos conciudadanos. De consiguiente, le pido encarecidamente haga constar por estas líneas que en mi carácter de Sacerdote, no he tenido ánimo de ofender a nadie, y si en el calor de la oración creen que algo puedo haber dicho, que merezca censura, desde ya la rectifico, la destruyo, para que no quede ni la menor sombra de duda. Aprovecho esta oportunidad, para ofrecer mis respetos al digno Señor Intendente, en cuya persona he encontrado un verdadero amigo y un hombre superior, en quien están perfectamente unidas a la devoción la bondad del corazón. Soy de V. su afmo. S. S. F. Modesto Beco. S. C. P.".**

En deseo queda la urbanización de Buenos Aires con criterio estético... La presidencia del doctor Luis Sáenz Peña comienza a crugir apenas iniciada. La intranquilidad política toma cuerpo y los rumores se extienden como lava. Alem y sus compañeros de capitulación en el Parque quieren vengar la humillación y presienten lo propicio de la hora. Los ministros que rodean al nuevo mandatario, pronto echan de ver que el venerable y fatigado señor carece de la energía y habilidad que requiere la tarea gubernativa. De haber sido nombrado el hijo —que fuera el candidato a la presidencia de los que dieron en llamarse modernistas— las cosas habrían andado con otro ritmo, conjeturan los amigos. Sin embargo, nadie comprende

* Ambas cartas son inéditas. AMC.

bien lo que hace el doctor Roque Sáenz Peña. Electo senador por la provincia de Buenos Aires, con éxito relativo trata de formar un núcleo presidencial antirroquista con elementos del antiguo partido nacional. Inopinadamente renuncia a la senaduría. ¿Por qué? La revolución radical de Catamarca, 8 de febrero de 1893, provoca la crisis del gabinete. El partido nacional, dentro y fuera del Congreso, responde a las inspiraciones del general Roca sin el cual nada bueno se puede llevar a término. Los ministros continúan renunciando a poco de iniciar sus tareas, mientras el espíritu levantisco cunde en las provincias. Así las cosas, el 7 de junio, Miguel Cané, que desempeña la Intendencia Municipal con entusiasmo en él insospechado, pasa a llenar el ministerio de Relaciones Exteriores vacante.

¿Cómo arriesga lo seguro y plácido hasta cierto punto por el tembladeral del gabinete? Oponen serias resistencias. Por la primera vez es egoísta en su vida; pero es Roque quien desde la sombra trabaja para salvar de la caída al gobierno de su padre:

“Roque Sáenz Peña a Miguel Cané. (Sin fecha): “Mi querido Miguel: Cumpliendo mi deber he informado a mi padre de la situación. Está dispuesto a salvar las personas de su gobierno, apesar de la profunda contrariedad que el suceso le causa. Desea recoger impresiones en sus ministros y ver ante todo el discurso (taquigráfico). Me ha interrogado sobre tus impresiones y se las he trasmitido. Dentro de un momento va a la Casa de Gobierno y te llamará. Dios los ayude e ilumine. Tuyo, Roque”.*⁴⁶

Cané permanece firme. Desea la Intendencia Municipal para realizar las reformas edilicias con que sueña desde hace mucho tiempo:

“Roque Sáenz Peña a Miguel Cané. 14 de junio (1893): Mi querido Miguel: Anoche hablé con mi padre y quedó resuelto a solicitar la renuncia de Escalante, llamándote a ti a una conferencia para hoy a las once, a efecto de consultarte la forma. Me parece que es un acto de salvación común, para el que se va y para los que quedan. La actitud de los diputados parece agravarse con la resolución del Gabinete, porque todos esperaban la salida del ministro. Me parece, pues, que en cualquier forma este debe salir; los momentos

* Se refiere al discurso pronunciado por el doctor Wenceslao Escalante en el Congreso y que molestó a la mayoría adicta al general Roca.

⁴⁶ Inédita. AMC.

son críticos, y exigen tu actuación; yo he hecho la mía y dejado todo pronto. Hasta luego. Tu amigo, *Roque*".⁴⁷

Por su experiencia diplomática de diez años, mucho era lo bueno que era dable esperar de Cané en el ministerio de Relaciones Exteriores. La suerte adversa vuelve a sacarle de donde no debe salir. Le ofrecen ahora el ministerio del Interior, y da sus razones para no aceptarlo: él no es hombre político ni puede contar con las simpatías de los dueños de las situaciones provinciales. Roque lo vence una vez más con el peso de su amistad:

"Roque Sáenz Peña a Miguel Cané (Jueves): Mi querido Miguel: Llegué a tu casa un momento después de salir tú y no voy al ministerio porque me parece que no te conviene; resuelvo, pues, escribirte. Anoche recorrí el campo de los amigos del Interior; como antes los encontré vacilantes, los he encontrado anoche decididos y apegados a tu candidatura para el Interior; todos, sin exceptuar uno, hasta Gil que no te conocía personalmente, me han hablado espontáneamente y de su cuenta sin que yo les pregunte, sobre la necesidad de que quedes; me aseguran que en el campo roquista serás también perfectamente recibido.

"Bajo estas impresiones hablé con mi padre en cuyo espíritu está esta aspiración mui arraigada; se manifestó mui contento y me pidió que te decidiera haciéndote saber la opinión de las Cámaras. Es el objeto de esta carta; creo necesario, indispensable aprovechar el momento que el destino te ofrece para consagrar tu personalidad, servir al gobierno y satisfacer a los amigos que quieren rodearte.

"Hoy el asunto parece resuelto y paso a otro. He meditado y hablado con mi padre sobre la cartera de Relaciones Exteriores. Ambos anoche, nos hemos inclinado a García* claro que si Alcorta se prestara a pasar a Relaciones sería mucho mejor, pero pienso que García contenta en cualquier cartera a muchos grupos y a todos los provincianos. Ese asunto es mui oscuro para la paz futura del gobierno. Hombre nuevo? Bueno; pero es el esponente de una opinión gobernante en el país; no es hechura (caprichosa) de un Presidente sino consagración del Congreso, a quien se satisface así directamente y sin intermediarios. Desearía que estuviéramos de acuerdo. Me voy a La Plata; esta noche trataré de verte de nueve a once en tu casa.

⁴⁷ Inédita. AMC.

* El doctor Francisco L. García.

“Cuidado con alguna distracción; rompe esta carta. Tuyo, Roque”.⁴⁸

He aquí a los dos demiurgos luchando el uno contra el otro y valiéndose de las armas que disponen: inteligencia, astucia, resentimiento. El demiurgo joven, Roque Sáenz Peña, semi-oculto, mueve los hilos de las influencias que la mano débil de su padre no puede manejar; va, viene, escudriña, pulsa, concierta, remueve los hombres dudosos por los que más fidelidad le profesan. Así nace el “ministerio Cané” que deja formar hoy, para desautorizar mañana el otro demiurgo, el general Roca, más diestro en la faena política de socavar posiciones. El plomo hiere las alas de Cané, pero antes de caer sugiere la idea de invitar a un coloquio a los tres ex presidentes, Mitre, Roca y Pellegrini, para que aconsejen lo que se debe y puede hacer para que no se repitan en adelante los naufragios ministeriales cada semana. Sin gobierno fuerte y estable no habrá paz y las revoluciones llevarán el país al caos. Los ex mandatarios se reúnen con el Presidente y el Ministro del Interior. Habla primero el general Mitre, y dice que no es jefe de partido, si bien reconoce tener influencia moral. Considera que los Gobiernos no pueden ser revolucionarios, pero sí reparadores por lo cual sólo deben seguir las corrientes de la opinión. Como no conoce el pensamiento del Presidente no le es posible abrir opinión ni dar consejo alguno. El general Roca manifiesta que él no tiene ninguna responsabilidad en cuanto pasa. Es hombre sin ambiciones de ningún género, no quiere influir en nada. Cree que un solo partido, así sea el nacional, no puede gobernar; la política del acuerdo es la buena, pero no aconseja nada porque le falta la responsabilidad del Gobierno. Pellegrini dice que la única fórmula de gobierno posible es la del general Mitre cuando inauguró su presidencia: “gobernaré con mi partido, para todos”. Lo propio hicieron Sarmiento, Avellaneda y Roca. Finalmente Cané, Ministro del Interior, informa en nombre de sus colegas del gabinete. El reportaje al general Roca publicado en *Tribuna* es el que le ha quitado al ministerio su “autoridad y su base, que era la unión y la cooperación decidida del partido nacional”. “Yo, por mi parte —agrega Cané—, creí contar con ella, después de conversar con el general Roca el 25 en las carreras. Tal vez yo haya interpretado mal las palabras del general, e igual interpretación errónea les han dado los doctores Quirno Costa, García y todos los miembros del partido nacional

⁴⁸ Inédita. AMC.

que hablaron con el general Roca antes de la integración del Gabinete. Sea como fuere, si nadie aconsejaba nada y nadie quería formar Gabinete, la situación del Presidente Dr. Sáenz Peña y la del Dr. Uriburu era en extremo difícil". Entonces Pellegrini vuelve a pintar un panorama de sombríos colores y les dice a Mitre y Roca: "Si no pueden gobernar, dejen al menos gobernar al Dr. Sáenz Peña".

¿Quién es el responsable de lo que pasa? ¿Quién es en realidad el que no deja gobernar? Cané responsabiliza al general Roca. Lo da a entender claramente, con su franqueza arrolladora en el coloquio de los ex presidentes, lo repite en el reportaje publicado en *La Prensa* y lo escribe en la memoria inédita, que resumo por lo extensa:

"Mi paso por el Ministerio. Junio de 1893: Para buscar las razones de esta actitud del general Roca, no es necesario ahondar mucho ni ir muy lejos. Dejando a un lado condiciones personales de indecisión y de pusilanimidad, cuyo análisis requeriría tal vez el empleo de términos hirientes y seguramente injustos, como lo sería reprochar a la culebra que se arrastre o a la liebre que huya, como lo sería criticar cualquier manifestación lógica de un organismo determinado, basta para darse cuenta de esa actitud, plantear el problema cuya solución persigue el general Roca desde hace cuatro años, sin parar en medios, echando en la retorta que ha de darle la combinación deseada, todo, desde los intereses de la patria, cuya visión clara tiene, hasta sus amistades, sus afectos, sus compromisos, su propia honra. El problema es este:

"Dados nuestros antecedentes históricos y sociales, dados los sucesos de los últimos diez años, buscar los motivos de conllevar la representación política del interior del país y vivir política y socialmente tranquilo, aceptado, hasta con ciertos ribetes de popularidad, en el seno de la sociedad porteña. De ahí sostener a Juárez y colgarlo; de ahí concebir el acuerdo, abrazar a Mitre, hacerlo candidato e imposibilitarlo hasta obligarle, por la situación, a renunciar; de ahí contribuir a la elección del Dr. Sáenz Peña y poner trabas a su gobierno; de ahí, por fin, *j'en passe et des meilleurs*, celebrar conferencias fusionistas secretas, clandestinas, misteriosas, ofrecer su concurso y apenas la prensa brama, desmentirlas públicamente; de ahí, el sacrificio frío, inútil, inhábil mismo, de dos amigos leales, para echarse en brazos de lo desconocido. Ese es el hombre y no hay des-

gracia mayor para un país, que los sucesos políticos den importancia a ciudadanos de esa índole”.

Conclusión: “...la actitud del general Roca determinó el ministerio Del Valle: no creo que ese fuera precisamente el objetivo del General. Pero cuando los hombres hábiles se equivocan, no es por el canto de un duro”.⁴⁹

Si los hombres hábiles se equivocan, ¿qué les pasa a los que, sin pasta de políticos, se dejan atraer por la política? Malos días les esperan, y cuando caen, en los labios les queda un gusto ácido que con nada se pueden sacar. El desencanto y la más irrefrenable indignación le hacen a Cané escribir con acíbar la página que se acaba de leer. Explosión de desahogo, calmante de los nerviosos y angustiados a quienes la pluma les procura la terapéutica moral que les devuelve la salud, en los mejores casos. Cané no publica su proceso y diatriba contra Roca. ¿Para qué? Sepulta los papeles en su archivo, y resuelve marcharse de Buenos Aires, al fin del mundo si le fuera posible hallar un rincón de soledad hasta el que no llegase nunca jamás el nombre de Roca, esa culebra que se arrastra, esa liebre que huye... Toma un barco que le lleva por el río Uruguay aguas arriba. Ocho años más tarde, con ocasión de agradecer el libro *De Buenos Aires al Iguazú*, le dice al autor, el periodista y diplomático uruguayo Manuel Bernárdez:

“Nunca he sentido un deseo más vehemente de acostarme en una de aquellas enseñadas cariñosas, a la sombra de árboles colosales, y llamar a los míos para levantar en esa orilla encantada la casa definitiva... Allá, en el inolvidable rincón de Misiones, pasé quince días de profundo reposo, mirando vivir la naturaleza y tratando de vivir como ella, en su suspirada y olímpica indiferencia. Acababa de tener un contacto con los hombres, bajo la forma de un breve y proteiforme ministerio de algunas semanas, que me había dejado rendido el espíritu, y disgustada el alma, como después de una lucha de largos años. Los días pasaban para mí serenos e inalterables, viendo correr las aguas del río y tras las fugaces y anheladas lluvias, plantando tabaco con mis propias manos, en el *humus* blando y aceitoso. En frente, la tierra brasileña desolada por la salvaje guerra fratricida. El hierro y el fuego, como en la Polonia del siglo XVI, destruía, con la vida, todo esfuerzo humano”.

⁴⁹ Documento inédito. AMC.

Quién sabe si esos días plantando tabaco en Misiones no son los mejores que lleva vividos. Pierde la oportunidad de remontar el Alto Paraná hasta el Iguazú, pero llega hasta la grieta de Itacua, donde contempla "la gentil figura de la Virgen, creada por la Fe y vestida por la Imaginación".

Huye en vano, porque en todas partes le llegan noticias de los hombres con quienes tuvo contacto...

Cuando el Presidente llama a Aristóbulo del Valle para que forme gabinete, una frase se repite de círculo en círculo: "es la revolución de julio que entra en la casa de gobierno". Toma cuerpo el fuego con la intervención en la provincia de Buenos Aires. El tribuno enardece el ánimo de sus correligionarios. "Ministro de puertas y ventanas abiertas, deliciosamente entregado a las ovaciones callejeras, puede decirse que, durante su breve paso por el poder, inauguró el gobierno verbal, dictando más arengas que decretos y administrando desde el balcón".⁵⁰

De la misma manera piensa el que le abrió, sin quererlo, el camino al gobierno verbal:

"El general Roca a Enrique García Mérou. La Paz, 26 de febrero: No tengo la menor duda que Vd. hubiera sido mucho mejor profesor que Del Valle en la cátedra de derecho constitucional. Del Valle no tiene ideas hechas en nada y en el fondo su talento no es otra cosa que declamación. Lo sacan de este terreno y el hombre desaparece. Y si lo arman es terrible como todo retórico con poder".⁵¹

Manuel Quintana reemplaza a Del Valle. En nueve meses veintitrés ministros... El panorama de la República no es para elogiado. Rara es la provincia sin su revolución radical. A Leandro Alem le proclaman presidente provisional en la ciudad de Rosario. El caudillo de la plebe turba el sueño de Roca que le teme de verdad. Con la declaración del estado de sitio, no es de extrañar que el General acepte y se ponga al frente del ejército para combatir y vencer a los rebeldes.

Así es como se vive. El sobresalto es lo regular en este país que ama las instituciones en la letra y las olvida en la práctica. *Somos incapaces de gobernarnos.* ¿Qué será del año 1894? El 14 de abril Cané le escribe a Zeballos, a la sazón ministro argentino en los Estados Unidos:

"La política aquí, mal; hemos conseguido vencer a los radicales y aplastar un poco a los mitristas intransigentes

⁵⁰ GROUSSAC: *Los que pasaban*, pág. 265.

⁵¹ Inédita. CEGM.

en la campaña de la gobernación de Buenos Aires, mediante un enérgico y decidido trabajo que nos ha permitido llevar a Udaondo, que, aunque mitrista, no perseguirá a nuestros amigos, en vez de un *rabioso* que no habría podido gobernar. Arias salió de vicegobernador en un momento de apuro, desde mi excusación formal. En el fondo, creía y creo que hemos debido dejar a los radicales ir al gobierno para que allí se deshicieran. Los amigos no pensaron así y temo que el porvenir me de la razón".⁵²

Es claro, como no hay manera de pasar por el fuego sin quemarse, Cané en Buenos Aires vuelve a lo que le desagrade, la política. Después de ser Intendente Municipal y fugaz ministro en dos carteras, le ofrecen una vicegobernación provincial... Eso sí que no. Orgulloso de su dignidad y supersensible en lo tocante a jerarquías, él no puede aceptar figuraciones segundonas. En la carta de Málaga, con tacto y nobleza le reprochó a Pellegrini que se hubiera sacrificado hasta el extremo de aparecer en segundo término en la fórmula presidencial triunfante en 1886. ¿Por qué? ¿Con qué objeto un hombre superior tolera semejante *capitis diminutio*? Que responda Groussac...⁵³

⁵² En *Obras* de Pellegrini, t. II.

⁵³ De este modo juzga Groussac a Pellegrini, una vez muerto el gran amigo y protector: "No es negable, ni debe ocultarse, que la aceptación por Pellegrini de la vicepresidencia de la República, en condiciones casi subrepticias, pudo semejar a una claudicación política, si no moral. Constábase, mejor que a nadie, el vicio de fondo, ya que no de forma, que contaminó en su origen la doble designación... ¿Qué consideraciones le movieron a renunciar a los 40 años —la juventud para el estadista— a la verdadera acción política, cual es un *leadership* en el Congreso o el gabinete, por un puesto de retiro, tan inerte como decorativo...? Se dejó seducir, pues, prematuramente por el *otium cum dignitate* de una pomposa y confortable sinecura que le brindaba satisfacciones materiales, y, a trueque del poder, indefinidamente aplazado, su engañoso reflejo". *Los que pasaban*, págs. 234-235.

MITRE Y "LA DIVINA COMEDIA"

Si Cané es capaz de contribuir al aplastamiento de "los mitristas intransigentes" como político de circunstancias, la proeza no le impide, como argentino e intelectual, admirar a Mitre y celebrar el esfuerzo que revela la traducción de *La Divina Comedia*, y la contraria militancia tampoco entibia el afecto que Mitre le profesa al hijo de un amigo y compañero en la proscripción. Mitre le dedica un ejemplar de su laboriosa traducción, y Cané le agradece el rasgo de hidalguía con una carta en la que campea una hidalguía no menor. Demasiado extensa es la epístola cordial para que yo pueda reproducirla, y demasiado expresiva para mutilarla.⁵⁴ Debo entresacar, sin embargo, el pasaje donde Cané evoca la memoria de su padre:

"Ésa *sensación* del italiano que despertaron en V., allá en su juventud, los proscriptos italianos en Montevideo, la he tenido también por tradición de hogar. Cúneo, pocos años antes de su muerte, me hablaba de V., y de mi padre, de todo el grupo argentino que hacía brillar a Montevideo en la noche del Plata. Cúneo quería hacerme decir de memoria cantos del Dante y sonetos de Petrarca, como lo decía mi padre, en el culto de aquella Italia que ustedes veían entonces triste y encadenada como la propia patria —y que hoy vemos, con secreto dolor, triples alianzas que repugnan a su índole, a su historia y a su destino. No sé esos cantos, no podría repetirlos; pero sí recuerdo que mi padre me hacía leer de niño episodios enteros del Ariosto o de la Jerusalén. Aun ha quedado en mi memoria un soneto de Petrarca, que transcribo para darle a V., el placer de releerlo e interrumpir con ese rayo de luz, el tono gris de estas líneas descoloridas..."

¿Qué es lo que piensa Cané de la traducción de Mitre? ¿Lo dice? ¡Cuidado! "*A i posteri l'ardua sentenza*. No podemos juzgarla aún. Tenemos el oído casi totalmente deshabitado a la poesía y sobre todo a la fuerte poesía dantesca. Su obra de V., llevada a cabo con serio y severo aliento, tiene que ser

⁵⁴ La carta de Cané al General Mitre puede leerse en *El Iniciador* (apéndice), estudio preliminar por Mariano de Vedia y Mitre. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires, 1941.

juzgada con toda severidad y toda seriedad, por las gentes del oficio". Está bien. En seguida, según su inveterada costumbre, Cané se subestima: "Nosotros somos unos meros dilettanti en todo, que, porque ponemos una frase poco menos sobre sus pies, nos llaman literatos o algo así". Para el final reserva Cané su ingénita gracia picaresca: "...no quiero ocultarle un rumor que anda, anda, callandito pero de prisa; es el sentimiento general de que toda esa labor enorme, no la haya empleado V., en darnos un nuevo libro fundamental de historia. Pero no hay que desesperar; ha hecho V., ya su gusto y realizado ese capricho de titán... Y bien: el voto, el deseo de sus conciudadanos es que vuelva V. al terreno de sus primeros éxitos. Bueno es que lo sepa, no le vaya a tentar el *Ramayana* y empiece a estudiar el sanscrito!"

El buen don Bartolo, el gran don Bartolo, sonríe ante la ocurrencia: el *Ramayana*, tan luego... Y porque tampoco a él la política prosaica le aleja de los que gustan de pasear por el huerto armonioso de la poesía, sin enfado le contesta al humorista, entre otras cosas:

"La carta sobre mi traducción del Dante me ha transportado a la época lejana en que deletreaba el patriótico poema, que se ha convertido en humano, en humano y divino, aleccionado por los proscritos italianos que soñaban con la Italia Unida, presentida por el poeta, a la vez que los emigrados argentinos esperaban la libertad de su patria. Entonces, tan sólo leían y comprendían a los poetas italianos, nuestro maestro, Florencio Varela y su padre Miguel Cané, quien me los hizo amar antes de comprenderlos, alentándome en mis primeros ensayos literarios con una benevolencia que nunca olvidaré. Por un atavismo moral que sin duda es el efecto de las tempranas vibraciones de su cerebro, puestas en conmoción por los ecos dantescos, revive en Ud. la misma benevolencia, bajo los auspicios de la poesía italiana. Gracias por su bella carta que me ha proporcionado un íntimo goce, con abstracción de toda preocupación literaria, al hacer revivir en mi alma recuerdos siempre queridos que hoy se renuevan".⁵⁵

En este país no hay manera de olvidar lo cotidiano. Las pasiones de los hombres están encendidas al rojo vivo. Por esos mismos días Pellegrini afirma en un discurso que los dirigentes de la Unión Cívica Radical tienen "cuentas turbias" en los bancos. Alem, el hombre sobre el cual gravitan tantos infortunios

⁵⁵ En *El Iniciador*, cit.

conocidos y otros tantos ignorados, contesta con la carta que bien pudiera llamarse de la "casa de cristal" en la cual pretende vivir. La réplica del tribuno que defiende su honestidad y su pobreza, es arrogante y agresiva: "Nunca se me habrá visto ni en los frontones, ni en los hipódromos, ni en los centros de especulación, ni en los teatros, ni en los festines, ni mucho menos en los círculos donde se forman las carpetas... He luchado como fuerte y como bueno, y desde niño me he formado por mis propios esfuerzos, en medio de una lucha terrible, sin que nadie pueda señalar una sola página".

Pellegrini no era varón de menor temple acerado. Sin hesitar devuelve el golpe con su célebre artículo titulado: *Ecce Homo*: "Yo no vivo en casa de cristal. Tengo muchos defectos que reservar y no soy una virgen que en su casta y candorosa inocencia puede en todo momento ofrecerse a la contemplación pública... Vivo en casa de piedra... Voy, cuando quiero reposar mi espíritu de tanta diaria miseria, a los teatros, a las fiestas, a los hipódromos y centros sociales, y allí encuentro todo lo que hay de más culto y distinguido en mi país... He favorecido, con toda la decisión de que soy capaz, a las grandes empresas en cuya obra veía un progreso para mi país, y he ayudado a muchos hombres que merecían ser protegidos. En pago he vinculado mi nombre a esas obras, honor y placer que no comprenden los que creen que sólo de sucia política viven los pueblos, y tengo hoy la gratitud y la amistad de hombres de verdadero mérito".

Veinticuatro horas después de la publicación, Alem le envía sus padrinos: Aristóbulo del Valle y el coronel Hilario Lagos, que se reúnen el 3 de septiembre con los de Pellegrini: Miguel Cané y el general Nicolás Levalle. Como los amigos de ambos, si algo quieren es evitar un duelo que sería de fatales consecuencias, de común acuerdo resuelven someter el incidente a un tribunal de honor compuesto por José Evaristo Uriburu, Bartolomé Mitre, Julio A. Roca, Bernardo de Irigoyen y Leonardo Pereyra, los cuales consideran y resuelven que no hay lugar a lance caballeresco.

Lo que no tiene arreglo es el gobierno del país. El 26 de noviembre, Cané vuelve a escribirle a Zeballos:

"...no creo que esta presidencia pueda sostenerse después de sus repetidos fracasos. Hay relojes que no andan, buques que siempre marchan de lado y autores que no se leen; los artífices más hábiles, los ingenieros más prácticos y los críticos más autorizados, te dirán que la maquinaria

de los primeros es perfecta, la construcción de los segundos correctísima y que los terceros tienen talento, ilustración y criterio. El doctor Sáenz Peña es un hombre honorable, recto, lleno de buenas intenciones, capaz de energías que no se le sospechan, pero no anda... No ha habido medio de rellenar el gabinete: nadie agarra. En el fondo, Roca quiere que se vaya Sáenz Peña, siempre que quede la opinión persuadida de que él ha hecho cuanto podía para sostenerle. Pellegrini va con cautela; sostiene al presidente. Mitre, que cuando caí yo quería que se fuera Sáenz Peña, hoy le sostiene, porque tiene miedo de lo porvenir; desconfía de Uriburu y, si éste se va, de la influencia de Roca en el Congreso. Nadie quiere ser médico de cabecera del enfermo y el enfermo se va. El Congreso, tironeado por influencias fuertes, pero que no dan palabra de *orden*, vacila, va de tumbo en tumbo y a *coups de bélier* inconscientes casi, destruye la autoridad del Presidente. Esta es la situación en el día y puede cambiar en horas, estallando el *anthrax* violentamente o disolviéndose por resunción, con igual desenlace más tarde... No es oportuno que vuelvas por ahora a esta tierra. Hazte un objeto de pasión para distraerte, como indica Pascal para los grandes fastidios..."⁵⁶

Cuando Cané aconseja: no vuelvas, es como para preguntar ¿qué es lo que anda bien en esta tierra? El gran futuro de libertad y riqueza es siempre anunciado por los retóricos, flora abundante. La corriente inmigratoria no deja de afluir sin que su aporte se refleje en el mejoramiento de las costumbres. ¿Qué clase de espíritu traen los que vienen a buscar lo que en Europa les falta? Todavía es posible creer en la fórmula consabida ¿gobernar es poblar? El *Ateneo* lleva dos años de su fundación, y uno de residencia Rubén Darío. Fuera de ellos mismos ¿quiénes respetan a los intelectuales y artistas? El Intendente Federico Pinedo quiere fundar un Museo Municipal de Bellas Artes y en el Concejo Deliberante rechazan el proyecto porque la ciudad de Buenos Aires no está para esos "lujos", porque la iniciativa para los ediles es "inútil y perjudicial", porque no tenemos "el sentimiento artístico necesario para apreciar las obras de arte", y porque tampoco hay tiempo "para dedicarse a estudios artísticos, demandándonos todo nuestra actividad industrial y comercial de Nación nueva y productora".⁵⁷

⁵⁶ En *Obras de Pellegrini*, t. II.

⁵⁷ GIUSTI: *Momentos y aspectos de la cultura argentina*.

El año de 1894 termina con una muerte trágica. En la madrugada del 29 de diciembre fallece Lucio V. López como consecuencia de las heridas que recibe en el duelo a que lo retara un adversario implacable. Cuesta comprender cómo no fué evitado el desigual encuentro. Las pretéritas reglas del honor caballeresco, de las que suelen valerse los que de honor carecen, malograron esa vida estimada y útil. Bien lo dijo Pellegrini ante la tumba abierta: "...en nombre de exigencias que acusan un atavismo de barbarie, a cuya influencia todos hemos cedido casi inconscientes, siendo necesario que cayera este cadáver en nuestros brazos, para despertar nuestra conciencia a la horrible verdad". Más difícil es para Cané despedir los restos del hermano de elección:

"...unidos desde la infancia, nos iniciamos juntos en la vida pública, hicimos sonriendo nuestros ensayos en el mundo de las letras y nos desenvolvimos bajo la influencia de ideas comunes. Jamás las disidencias políticas, que apartaban momentáneamente nuestros espíritus, apartaron nuestras almas. En la hora de las caídas, como en la hora de los triunfos, siempre se encontraban nuestras manos, como en los días de la infancia, como ayer, en el último y supremos adiós... Le lloraremos siempre".⁵⁸

Lo que tenía que suceder, sucede. "El hombre que no anda" renuncia a la Presidencia el 22 de enero de 1895. Poco después empiezan a llegar hoscas voces allende la cordillera. El volcán de las ambiciones imperialistas chilenas no se había definitivamente apagado con el tratado de 1881 que señalaba como demarcación de la línea andina "las cumbres más elevadas que dividen las aguas". Otra vez el peligro de una guerra posible y la urgencia de armarse sin extravíos pacifistas porque el adversario es de los que ceden ante la fuerza no ante los dictados de la razón. Hasta los más templados presienten la inminencia de la tragedia.

"El general Roca a Enrique García Mérou. La Paz, febrero.

Pienso como Ud. respecto de Chile. Parece que vamos totalmente en el camino de la guerra. Chile se arma a gran prisa y quiere estar listo para la primavera próxima.

"Dado su orgullo, su codicia de territorio y aspiración conquistadora, aguzada por el éxito, es muy difícil que re-

⁵⁸ CANÉ: *Discursos y conferencias*, pág. 161 y siguientes.

troceda del mojón de San Francisco y de Pastos Grandes. Ahí está el quid de la cuestión.

“Toda la política, pues, por ahora es prepararnos seria y sólidamente para una guerra próxima, sin tantos gritos ni algarasas y sin hacerles caso a esos mariscales que exigen nos convirtamos en una potencia militar a la europea del día a la noche.

“Mucho tendría que hablarle sobre esto, pero un mundo de cartas que contestar y estoy sin secretario; además estos parajes convidan a la pereza y a la contemplación”.⁵⁹

Para la vida intelectual de Miguel Cané este año será tan vacío como los anteriores desde su última llegada al país. No publica libros ni artículos, cosa extraña en el articulista por excelencia. Cartas, eso sí, numerosas y extensas, porque el género epistolar cuenta en sus predilecciones. Mal puede estar satisfecho con la actividad que despliega como director del Banco de la Nación. Ahora, con más razón que en Madrid, puede repetir: vida inútil y estéril. La evocación y valoración de lo pasado le vuelve al espíritu. Aquéllo era mejor que esto, sin duda. Velázquez y Goya le incitaban a escribir, tanto como el Louvre y la National Gallery. Graves inconvenientes tiene para él la monotonía aldeana y el materialismo cartaginés de la existencia bonaerense donde se envejece más a prisa; el año pesa como lustro y el lustro como década. Ya ni quiere mirarse al espejo, tanto, tanto le ha nevado el tiempo... El consejo dado a Zeballos hace pocos meses, le trabaja, le taladra el espíritu: esta tierra de inmigrantes prósperos, no depara estímulos al hombre desinteresado que cultiva ideales estéticos. Pero ¿cómo marcharse? Felices de los que, después de haber criado vacas, poseen la libreta de cheques que obsesiona al pobre Rubén:

Me aconsejan que no haga nada ni piense nada,

.....

*Es preciso que el médico que eso recete, dé
también libro de cheques para el Crédit Lyonnais.*

En lo moral, Cané se me presenta cual hermano gemelo del diplomático y amigo de Ortega con quien suele hablar de esta suerte: “Gentes como yo debían haber nacido en otra época, porque para flotar en ésta que vivimos es imprescindible tener mal corazón, buen estómago y un cheque en el bolsillo”.

⁵⁹ Carta inédita del general Roca, ya citada. La Paz, febrero 26 de (¿1895?). CEGM.

Le sobra razón.

Lo imprevisto, en ocasiones favorables, se presenta el día de mayor desasosiego. La legación argentina en París —su esperanza frustrada desde 1882— ha quedado vacante. Hace lo que debe hacer, la pide, y esta vez se la conceden. ¿Qué es de la mala estrella por él recordada en el curso de su vida? No, no es tan mala... Antes de partir, el 29 de enero de 1896, le traen una noticia que lo atribula: Aristóbulo del Valle acaba de morir repentinamente. El día es de plomo. La húmeda y sofocante temperatura —enemiga de los cardíacos— paraliza la voluntad. Saca fuerzas de su pesadumbre y se sienta a escribir. Después, en medio de la congoja pública, Miguel Cané lee, llora su breve discurso: "Ahora llamaremos en vano a las puertas de aquella casa tal vez única en nuestro mundo americano, donde se respiraba la atmósfera del arte y la cultura intelectual. Ya no oiremos aquella voz flexible y armoniosa que reflejaba con la expresión de fuerza y lealtad de aquella cara, una bondad orgánica, sin límites..."

Con la sensación ya conocida —el círculo de los afectos que de año e año y hasta de mes en mes se cierra en torno nuestro— emprende el viaje, que tampoco será bueno. ¿Acaso ha hecho una travesía oceánica realmente agradable? En el Brasil le aplican a su barco severísima cuarentena. Todavía no se vislumbran las experiencias profilácticas de Osvaldo Cruz que salvarán a su país de las epidemias que lo castigan. ¿Qué hacer en un barco inmóvil y vigilado por la policía sanitaria? Leer, escribir... Hace tiempo que un verso de Corneille se aposenta en la memoria: *Je me lasse de lire!*

X

DE LA DIPLOMACIA A LA POLITICA

Creo que si el despotismo llegase a establecerse en las naciones democráticas de nuestros días, tendría diverso carácter; se extendería más, sería más benigno y degradaría a los hombres sin atormentarlos.

TOCQUEVILLE

VATICINIOS

CON las costas todavía a la vista, el viajero ordena sus reflexiones y estampa sobre el papel este título: "Una mirada sobre el Brasil". Es el primero de una serie ininterrumpida de artículos que *La Prensa* de Buenos Aires acogerá "con hidalga hospitalidad". Ha resuelto firmarlos con un seudónimo para expresarse con mayor independencia "y amplitud de criterio", porque a los diplomáticos no se les acuerda el derecho de hablar sin reticencias como los demás hombres; de ahí es que suelen ser solemnes, parcos y reservados, aunque nada tengan que reservar. Si el diplomático es parlero por naturaleza y periodista por vocación, entonces hay lucha de sentimientos contrarios entre sí. Ambos sujetos son inmaridables, pues lo que el uno debe callar, el otro debe hablarlo y hacerlo público. En el caso de querer examinar la política interna y externa de un país determinado, el diplomático ha de proceder con el mayor sigilo, moviéndose como con pies de duende, por lo menos así él lo cree, para luego confiar lo que observe al lenguaje cifrado o a la nota "muy reservada"... La misión del periodista es justamente la opuesta; tiene que andar con pies aligeros para penetrar sin pérdida de tiempo en el mayor número de secretos y revelarlos a la curiosidad universal de los lectores. Es posible que en nuestros días ya no exista ninguno de los dos personajes cuyas siluetas quedan levemente perfiladas. Muy otra es la técnica que hoy se emplea en la dirección de las relaciones internacionales, con el menor número de intermediarios. En cuanto a los diarios, al cambio de fisonomía responde la pérdida en eficacia y poder, salvo en los raros países donde la libertad de expresión no ha desaparecido del todo.

Cuando termina su artículo sobre el Brasil, lo firma con el seudónimo que más armoniza, si no con su temperamento, con su destino: *Travel*. Los reiterados trasplantes acaban convirtiéndole en un símbolo del viaje y el viajero. Es imposible imaginarlo en la quietud hogareña, sentado a la vera del fuego y leyendo libros de prédica sedante, buenos tan sólo para sedentarios... Nos lo figuramos en barcos y ferrocarriles, también valiéndose de los más rudimentarios medios de movilidad —casi diríamos prehistóricos medios de locomoción— con la ansiedad de partir y el fugitivo placer de llegar a cualquier parte. Veríamosle hoy, de seguro, sentado en los más veloces aviones, relegando tal vez la pluma por la nerviosa máquina de escribir. Sin embargo, entre el barco y la pluma hay mayores vínculos afines: ambos son lentos en el desempeño de sus tareas específicas: trasladar hombres y mercancías el uno, comunicar ideas e impresiones la otra...

Este viaje, que no ha de ser el postrero, será el de los vaticinios. En los últimos años se le han venido desarrollando sus cualidades de vidente a larga distancia, es decir, un agudo sentido premonitorio del futuro acontecer histórico. En Madrid leímos sus mensajes agoreros acerca de la estabilidad de la monarquía y del caos subsiguiente a su caída. Ahora, mirando hacia el Brasil, arriesga otras predicciones, como para desear que no se cumplan, por lo menos una de ellas: "Las pasiones humanas se han agitado furiosamente en sus orillas, la muerte domina en ellas, airada e implacable como en pocos puntos de la tierra; el destino del pueblo que habita hoy el suelo brasileño es un problema, pero la bahía soberana sonríe siempre, como sonreirá hasta la hora del cataclismo que la destruya". Una llamada al pie de la página aclara el sibilino contenido: "La bahía de Río acababa de ser teatro de los rudos combates originados por la sublevación de la escuadra a las órdenes de Custodio da Mello. Además, en el momento en que se escribían esas líneas, la fiebre amarilla reinaba allí con gran intensidad".¹ La discordia es fruto de la humana condición, y no se sabe de ningún pueblo cuya historia no se halle tinta en sangre como consecuencia de las contiendas civiles, las persecuciones religiosas y las guerras extranjeras. Pero a los que hemos nacido en este continente se nos ocurre ser el predilecto de la malquerencia y hasta sospechamos irresistibles fuerzas telúricas que mueven de continuo a revueltas armadas so pretexto de garantizar las instituciones federales y republicanas... Como muchos otros antes y después de

¹ CANÉ: *Notas e impresiones*.

él, ha meditado en las causas que determinan el orden y el progreso vertiginoso en el Norte de América. ¿Por qué el desorden y el progreso lento, lentísimo, caracteriza a las naciones del Sur? Responde con facilidad, como es costumbre en cuantos ensayan interpretaciones sociológicas: "Los americanos del Norte recibieron por herencia un mundo moral hecho de todas piezas: el más perfecto que la inteligencia humana haya creado. En religión, el libre examen; en política, el parlamentarismo; en organización municipal, la comuna; en legislación, el *habeas corpus* y el jurado; en ciencia, en industria, en comercio... el genio inglés".²

Menos afortunados, los del Sur habríamos heredado "la teología de Felipe II, la política de Carlos V, y aquel curioso sistema comercial que, dejando inerte al fecundo suelo americano, trajo la decadencia de la España..."³ De España sería la culpa de nuestra pasmosa ignorancia: "No sabíamos nada, ni cómo se gobierna un pueblo, ni cómo se organiza la libertad; más aún, la masa popular concebía la libertad como una vuelta al estado natural, como la cesación del impuesto, la abolición de la cultura intelectual, el campo abierto a la satisfacción de todos los apetitos, sin más límite que la fuerza del que marcha al lado, esto es, del antagonista".⁴

Así pensaba en 1882 cuando todavía se le presentaba Europa como "fuente indudable de todo progreso". Al formalizar sus conclusiones, tan simplistas, mantenía incólume su fe en el progreso político, hasta el extremo de estampar la muy arrogante frase que sigue: "Es con legítimo orgullo que un argentino puede hablar hoy de su país"; y esta otra afirmación a todas luces temeraria: "La era de las discordias civiles se ha cerrado también en el suelo argentino, porque las causas han cesado, con la organización definitiva de la Nación".⁵ Los acontecimientos que no tardarían en producirse, vinieron a demostrarle que en nuestros países la era de las discordias no se cierra tan pronto como lo desean sus mejores hijos. ¿A quién echarle la culpa? No es España la responsable, porque se ha hecho todo lo que con la mayor buena fe se creía necesario llevar a término para elevar el espíritu de las masas ignaras: las escuelas de Sarmiento en cumplimiento de su lema: gobernar es educar; la inmigración europea, para realizar el apotegma alberdiano: gobernar es poblar; la constitución federal, para darle a cada uno lo suyo, respetando los llamados "pactos preexistentes"; la legislación libe-

² CANÉ: *En viaje*. Introducción.

³ CANÉ: *op. cit.*

⁴ CANÉ: *op. cit.*

⁵ CANÉ: *op. cit.*, pág. 18 (Edición Estrada).

ral, que establece la libertad de cultos y el matrimonio civil; en derecho político, el *habeas corpus*, y el derecho de sufragio, convertido en universal, para concluir con la ficción democrática y los gobiernos electores; las vías de comunicación por tierra, mar y aire con las que se acortan las distancias; el capital, el industrialismo y la explotación de las riquezas naturales; la legislación social, en fin, que dignifica el trabajo y lo retribuye con salarios que no son de hambre. Si no se ha descuidado ninguna de las conquistas o expresiones de la civilización, sea ella europea o norteamericana, ¿porqué las naciones del continente hispanoamericano no viven y se desenvuelven en sociedades políticas estables y pacíficas? Recuerda la sublevación de la escuadra y la “feroz guerra de Río Grande”, y teme que sea “el federalismo excesivo” la causa del desorden. Para él, federalismo y separatismo son sinónimos, pero se consuela pensando que en todas partes triunfa la tendencia que le da a los organismos nacionales, “por medio de la concentración y de la cohesión, una fuerza que la federación parece incapaz de alcanzar”. Vislumbra la centralización hasta en los Estados Unidos debido a la influencia del “imperialismo”: “Sin modificar en nada la Constitución, la necesidad de ser fuertes modificará las ideas en materia de autonomía y el sistema, como el nuestro, acabará por hacerse unitario en el hecho”.⁶

Tocqueville, a quien por estos días está leyendo con atención y provecho, dice en las primeras páginas de su libro:⁷ “A dónde iremos a parar, nadie sabría decirlo...” De cerca y de lejos, con extraordinaria anticipación, Tocqueville vió muchas cosas, fallas y peligros confirmados por el tiempo. De la Constitución de los Estados Unidos dice que se parece “a esas bellas creaciones de la industria humana, que colman de gloria y de bienes a quienes las inventan, pero que son estériles en otras manos”. Aplica el ejemplo a México, que copia casi exactamente la Constitución norteamericana, trasporta la letra, mas no “el espíritu que la vivifica”.⁸ ¿Será ésta la causa que origina nuestro malestar social y político, nuestro atraso económico? ¿Habremos ido a buscar un espíritu que no armoniza con el que la naturaleza nos ha dado? Por demás conocemos las respuestas destinadas a explicar el fenómeno de las instituciones inestables, del constante volver a empezar, invocando el sagrado derecho

⁶ CANÉ: *Notas e impresiones*, pág. 7. (Arnoldo Moen, Editor. Flo-rida 314. Buenos Aires, 1901).

⁷ TOCQUEVILLE: *De la democracia en América*.

⁸ TOCQUEVILLE: *op. cit.*, t. I, pág. 206. Daniel Jorro, editor. Madrid, 1911.

a la insurrección en defensa de la libertad; y así la última revolución es la buena y verdadera, la que antes de ahora no se hizo porque faltó el hombre providencial que los pueblos esperan desde el primer grito de independencia. También abundan los que buscan y hallan atenuantes al crónico estado de rebeldía en la juventud y falta de experiencia para gobernar y ser gobernados. Es demasiado prolongada la juventud que se nos atribuye o infructuoso el aprendizaje durante el cual la Argentina ha incorporado al acerbo de su historia política, desde las Actas Capitulares de 24 y 25 de mayo de 1810, doce constituciones y cuatro reformas a la de 1853. El argumento de la juventud interminable trae a la mente la tesis de Hegel relativa a la inmadurez de la América del Sur. Todo es inmaduro aquí, hasta los animales comestibles no llegan a ser tan nutritivos como los del Viejo Mundo. La conclusión hegeliana es que "los americanos viven como niños, que se limitan a existir, lejos de todo lo que signifique pensamientos y fines elevados... Por consiguiente, América es el país del porvenir. En tiempos futuros se mostrará su importancia histórica... Es un país de nostalgia para todos los que están hastiados del museo histórico de la vieja Europa".⁹ Alberdi no acepta la niñez ni la juventud indefinida de los pueblos de oriundez hispánica: "Si las naciones de la Europa han tenido que emplear siglos para crear los elementos y el mecanismo del gobierno a que deben la paz y el goce de su civilización, las naciones de Sud-América no tienen necesidad de crearlos, sino de aceptarlos y emplearlos en su servicio, para tener la paz y la civilización de que disfruta la Europa. Si Sud-América prefiere vivir en el desorden, dueña es de hacer su gusto; pero no diga que su edad no le permite vivir de otro modo que como las naciones europeas del siglo XII".¹⁰

El vaticinio sobre la evolución inevitable de los Estados Unidos hacia el centralismo en desmedro del rígido sistema federativo, fué anunciado por Tocqueville en 1833 como fenómeno universal que traen consigo las guerras, las revoluciones y el industrialismo. Todos los hombres han trabajado en el acrecentamiento de la centralización: "En este mismo siglo de anarquía y en estos mismos pueblos tan indóciles, el poder social aumenta incesantemente sus prerrogativas haciéndose más central, más emprendedor, más absoluto y más extenso.

⁹ HEGEL: *Filosofía de la Historia Universal*, t. I, págs. 173-183. Revista de Occidente. Madrid, 1953.

¹⁰ ALBERDI: *Del gobierno en Sud-América. Escritos Póstumos*, t. IV, pág. 275.

Los ciudadanos están sujetos a la vigilancia de la administración pública y son arrastrados insensiblemente y como sin saberlo, a sacrificarle todos los días alguna nueva parte de su independencia individual; los mismos hombres que de tiempo en tiempo derriban un trono y huellan la autoridad de los reyes, se someten sin resistencia cada vez más a los meros caprichos de cualquier empleado”.¹¹ Con la experiencia y los años, el viajero ha tomado el gusto de pronosticar acontecimientos futuros. De ningún modo es criticable la inclinación, lejos de ello, a condición de que no le hayan tomado la delantera y se atribuya dudosas paternidades. Me abstendré de rastrearle la originalidad de lo que postula acerca del futuro que le aguarda a la raza negra como resultado de la penetración de los blancos en el continente africano. Guiado por la creencia de que la historia se repite —parece creer en el eterno retorno— fija en “dos o tres siglos” la existencia de “las últimas tribus africanas” “a lo largo del Ecuador...” Conserva intacta su fe en el hombre de Occidente que hacia los cuatro puntos cardinales “marcha rudamente al cumplimiento de su misión”. Considera que el Oriente ha cedido ya, “y el viejo reducto inexpugnable de la raza amarilla, la China, cruje por todas partes”. Cree también que “el brazo japonés” obedece al “impulso occidental”.

En efecto, mucho es lo que cruje en el mundo del cual todavía somos habitantes y testigos aterrados. Empero, el brazo ruso y el brazo chino están poniendo a prueba el brazo del orgulloso occidental...

II

DEL CABARET AL QUAI D'ORSAY

Estamos en Francia después de cuatro años de ausencia. Habitados a vivir en ella desde la mocedad, sentimos una suerte de renacimiento espiritual y físico. ¿Qué es lo que tiene este país, y en particular su capital, para que nos invada este repentino bienestar? Cané procura explicarlo “a la ligera”. “Desde que se pisa un puerto francés, Burdeos, por ejemplo, la primer sensación, casi diría fisiológica... es de encontrarse uno en su casa, *chez soi*”, para decirlo con los franceses. “¿Es

¹¹ TOCQUEVILLE: *De la democracia en América*, t. II, pág. 346.

acaso el carácter hospitalario del habitante? En algo, pero sobre todo, el origen de esa sensación, es la inmutabilidad de los aspectos ya conocidos". No ha cambiado nada. Todo está en el mismo lugar, con el mismo color, altura y espacio. "Aquí les Quinquonces, aquí el Cours de la Préfecture, aquí el *Grand Théâtre*". Luego, el camino de Burdeos a París, los nombres oídos desde la infancia, las ciudades, castillos y aldeas con su fisonomía de siglos porque todavía no conocen las bombas devastadoras de los aviones modernos. "Por fin, París, la *gare d'Orleans*, que parece plantada desde principios del mundo, el mismo ómnibus o el mismo fiacre de siempre... Al pasar, Notre Dame, l'hotel Dieu, el Louvre, las mismas viejas con cofias blancas, empujando el mismo carrito a través del mismo infierno de coches, la misma francesita, levantando con su gracia delicada el borde de la saya para no mancharlo y dejando ver el nacimiento de una pierna fina y nerviosa". ¡Oh, qué siglo XIX! Es una de esas láminas que buscamos entre los *bouquinistes* a orillas del Sena. Si el tiempo no ha respetado las sayas expuestas al fango, no es la culpa de Cané, por cierto... Sigamos: "...los mismos establecimientos, las mismas tiendas, los mismos negocios se encuentran en los mismos sitios y la obsesión de la inmutabilidad estalla cuando, a la tarde, en una mesa del mismo viejo restaurant, el mismo mozo, con el cabello blanco ya, os saluda por vuestro nombre y emprende la tarea de confeccionar un *menu*, que resulta siempre el mismo".¹²

Últimos días de febrero. Lluvia, nieve, frío en las calles, no así en el interior de la casa tibia donde se acolchan hasta los resquicios de las puertas y ventanas. Cuando veníamos a París de paso, por un par de semanas o de meses, conocíamos de Francia el continente, sin vislumbrar el contenido, los franceses. Ahora que vamos a estar de asiento, cada hora, cada día, insensiblemente, iremos penetrando en lo más insospechado, en lo más recóndito, en el alma de los seres y de las cosas. Necesitamos aposentarnos en un lugar donde se concilien la comodidad, la decencia y la modestia porque no hay para lujos. En la rue Alfred de Vigny número 9 nos ofrecen un departamento que reúne tales atributos. Para un escritor el nombre de la calle confiere dignidad y agolpa reminiscencias y sugerencias del poeta romántico, triste y altivo. La burguesía adinerada no pasea por el barrio todavía aristocrático y preferido de los diplomáticos. Estamos a gusto en esta residencia situada

¹² CANÉ: *Notas e impresiones*, pág. 23.

entre el parque Monceau y la plaza Malesherbes. Grato silencio y ámbito claro adornado con muebles discretos. Lo más importante es la mesa, bien colocada ante la ventana por donde se filtra la luz, y amplísima, pues, vamos a trabajar cotidianamente lo más que nos sea posible.

Sobre esta mesa, Miguel Cané escribe los primeros artículos para *La Prensa*, su tribuna actual, que le pone en presencia de numerosísimos lectores. ¿Cuáles son los temas que prefiere? El periodista, sin vacilar, se da a sí mismo la respuesta. Para el diario que entra por igual en el palacio del rico y en la choza del pobre —como en el símil horaciano, ¡oh venturoso Sextio!— aleja vanidades y pruritos de trascendencia y elige lo que más conviene: la crónica accesible, vivaz y volandera. Hoy es el *Orfeo* de Gluck, mañana una nota socarrona sobre el desnudo en el teatro; otro día habla de la circulación urbana y las molestias del tránsito. Si tropieza con alguna dificultad cuando prepara las cuartillas y elige pluma nueva, es la elección entre los múltiples asuntos que despiertan su interés, *l'embaras du choix*. ¿Quién que no sea un necio dirá que le falta tema en París? Nada es pequeño ni fútil para los ojos que saben ver y para los oídos que saben sentir. Ha estado anoche en la Comedia Francesa: “Corneille, con su eterno penacho fulgurante”; Racine, el armonioso, el exquisito; Molière, o el buen sentido; Marivaux, “con su prosa filigranada”; y Augier, y Dumas, y Sardou, y la deliciosa Bartet, ya tiene una nota. Ha ido la semana anterior a escuchar canciones *Au Chat Noir*, *Au Chien Noir*, a *les Tréteaux de Tabarin*, a *La Cigale*, a *Le Néant*. “¿Qué cantan allí? Canciones de circunstancias, romanzas sentimentales, melodías finas y delicadas... sobre todo, *des chansons rosses*”. Ya tiene otra nota. Asiste a una exposición en el Palacio de Bellas Artes o en el Palacio de la Industria, y la describe. Todo es y se vuelve a artículo para Cané. Y según la pluma va rasgueando el papel, sin detenerse, porque las palabras acuden tumultuosas, sin reparar en si las repite, y sin cuidarse de los giros, franceses, castellanos o criollos, va pensando en el eco de resonancia que desea hallar en el lector argentino. Lo malo que ve en Francia nunca jamás quisiera verlo en su tierra; pero lo bueno, eso sí anhela que sea imitado. Podrá uno sonreír con su entusiasmo después de escuchar a los cancioneros del *Chat Noir* y con el voto para que se haga lo mismo en Buenos Aires, en “un buen sótano” de la Avenida de Mayo donde “un muchacho de buena voz, que sepa decir” “narre las viejas epopeyas patrias”, o, al lado de un piano “nos diga canciones sobre los misterios más fugaces... más tena-

ces... o más impopulares que el Papa en Londres". En cambio, después de pasarse horas mirando cuadros, reflexiona en la deficiente "educación general de la juventud" argentina, sin elasticidad espiritual y menesterosa de sentimientos estéticos: "Eso es lo que nos ha faltado —escribe—, eso es lo que nos falta, y a eso deben tender todos nuestros esfuerzos. Son los estudios desinteresados, las nociones que por decoro el espíritu humano debe adquirir, todas esas deliciosas cosas inútiles que hacen la vida amable, las únicas que podrán levantar nuestro nivel intelectual, que no se eleva mucho, mis amigos, entre el de los pueblos en marcha, como decía Sarmiento". Habla directamente con el lector, como si le tuviera delante, observándole las expresiones que se reflejan en la fisonomía: "Que los buenos vientos del espíritu hinchen generosos las velas de nuestra nueva Facultad de Letras..." "que todos los hombres de buena voluntad ayuden al desenvolvimiento del modesto Museo de Bellas Artes que acaba de abrir sus puertas en la Chicago Argentina..." Teme que el museo naciente sea muy pobre, y exclama, entristecido: "¡Es curioso! Todos los museos de Europa han sido enriquecidos por donaciones particulares de un valor incalculable; todas las capitales tienen hospitales, pascos, casas de caridad, institutos que tienen el mismo origen. No tengo noticia que en nuestro país, un solo ricacho, al morir, haya pensado ni en su país, ni en su ciudad, ni en su aldea. Y, sin embargo, ¿hay en la vida un placer más grande que dar? ¿Puede haberlo comparable al de dar a la patria?"¹³

El placer de dar, sólo le conoce el pobre, como Cané, o como el rico que conoció la pobreza...

¿Le han confiado una misión diplomática para que escriba artículos en París y para demostrar, de paso, que el periodista de buen linaje es también hombre de gobierno? Para todo hay tiempo. En el Quai d'Orsay le fijan la fecha en que ha de ser recibido por el Presidente de la República, M. Félix Faure. El 17 de marzo hay gran revuelo en el barrio de Courcelles. Muchas ventanas se abren y asoman los vecinos, deseosos de presenciar el espectáculo que se les brinda inesperada y gratuitamente. Los *badauds* —que pululan en la ciudad heterogénea— se agolpan frente a la puerta por donde ha de salir el personaje. ¿Un general? No, es un diplomático. ¿De qué país es el diplomático? Esta pregunta es ya más difícil de contestar. De algún país lejano situado tal vez en los antípodas... Del Brasil, probablemente. Asoma el sol, menos pálido en la

¹³ CANÉ: *Notas e impresiones*, págs. 42-43.

inminente primavera, y esplenden los cascos y corazas de la soldadesca que nada sabe de Vigny ni de la *Grandeur et servitude militaire*. Por último sale el diplomático metido en el uniforme del ceremonial, un tanto estrecho y venido a menos, si es el que mandó hacer en los lejanos días de Colombia y Venezuela... Sea como fuere, y si bien modesto por naturaleza, no debió de ser pequeña su satisfacción al verse así, atravesando las avenidas de París, rumbo al Eliseo. ¿El París de su mocedad bohemia, era el mismo que ahora veía con filigranada casaca, condecoraciones pegadas al pecho y seguido de un escuadrón de coraceros? La inquisición acerca de las transformaciones radicales que sufre nuestro yo, es ociosa. Algo queda de lo que fuimos, desde luego, de lo bueno y lo malo con que vinimos al mundo, aumentado o disminuído, pero en otro yo. Por fortuna, la vanidad, hermana pobre del orgullo, no se marida con el alma de Cané. El uniforme, no le seduce, ni acepta que pueda ganar con él la jerarquía que se ha granjeado como escritor.

De no ser Cané el hombre que deja por hacer lo que más desea, hallaríamos en sus páginas pormenores de sus relaciones con M. Félix Faure y demás hombres políticos franceses que frecuentara por espacio de dos años. ¿Por qué no lo hizo? “En los apuntes de viaje que he publicado —escribe— algo he contado de mi vida en las primeras” (se refiere a Venezuela y Colombia); “pero razones de un orden especial, relacionadas no sólo con mi posición oficial en esa época, sino también con hombres, que por entonces ocupaban otras, quizás más elevadas, en sus respectivos países, me han impedido contar, como me gusta hacerlo, con la pluma suelta y el espíritu benevolente, pero libre, algunas escenas características, en las que era actor obligado y observador forzoso”.¹⁴

Quedan las notas de carácter reservado, y las crónicas periodísticas que revelan —gracias al seudónimo— lo sentido en Francia acerca de sus costumbres, su política y su destino. La actuación diplomática de Miguel Cané en Francia es opaca si se la compara con la desempeñada en España. Las razones son claras y fáciles de explicar. La rígida política proteccionista de los franceses no acepta relaciones comerciales recíprocas sino unilaterales; quiere que le compren sus productos sin adquirir nada de lo que necesitan vender sus compradores. La psicología del francés no se asemeja a la de ningún otro pueblo. Orgulloso y egoísta en grado superlativo, considera que el mundo

¹⁴ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 173.

no puede vivir sin Francia, centro en torno del cual gira el universo. A cambio de lo que da, o cree dar, cultura, refinamiento, placeres, a ella se le deben entregar todas las reservas de oro existentes allende las fronteras. En caso de peligro, todas las naciones deben acudir en su defensa, sin obligación ninguna de su parte una vez desaparecido el peligro. El mundo se salva si no repara en sacrificios para salvar a Francia.

El ministro de Agricultura, M. Viger, ha declarado en la Cámara de Diputados que el gobierno argentino acaba de establecer derechos diferenciales sobre los vinos franceses. Las tres primeras visitas de Cané son para M. Bourgeois, presidente del Consejo de Ministros; M. Jouvét, presidente del Senado y M. Brisson, presidente de la Cámara popular. Todos tres le acogen con exquisita cordialidad. En el curso de la conversación les habla de "la peligrosa situación de nuestras relaciones comerciales" y la inexactitud de lo afirmado por M. Viger. "No les oculté —agrega Cané— mis temores de que nuestras Cámaras en vista de las trabas puestas a nuestra exportación, tomaran a su vez medidas de defensa contra la importación francesa". De acuerdo con las instrucciones recibidas, es lo que el diplomático argentino debía decir y defender con el más apropiado lenguaje, enérgico y suave, si ambas maneras son conciliables. "Esos señores", como les llama Cané, le indicaron la conveniencia de hablar con M. Viger para señalarle "los errores en que había incurrido". En cuanto a la queja sobre los derechos aplicados a la entrada de nuestros trigos, los tres personajes invocaron la necesidad de la protección agrícola implacable, porque "de los treinta y ocho millones de franceses existentes, veinte y dos millones se dedican a la agricultura", la cual "sería herida de muerte si no se la sostuviera por medio de las tarifas prohibitivas". Primera decepción. "Todo es inútil; el proteccionismo impera irresistible" —comunica Cané a Buenos Aires.¹⁵

Se ha constituido el gabinete Méline, "apóstol fanático, intransigente, del proteccionismo absoluto". No importa; le hablará "claramente sobre los peligros que para el comercio francés en nuestro país" implicarían las medidas restrictivas contra los productos argentinos. De no llegar a persuadir a M. Méline, aconseja que "el Gobierno Argentino responda con la represalia enérgica y legítima que corresponde". Nada de tibiezas: "Las palabras, las razones, los avisos prudentes, en estos casos, nada valen; sólo los hechos son los que, hiriendo los intereses

¹⁵ De Cané a don Amancio Alcorta. París, 28 de marzo de 1896. AMRE.

propios de los exportadores franceses, pueden tener alguna eficacia para determinar una política económica menos absoluta".¹⁶ Llega el día de la última prueba, la conversación con M. Hanotaux, Ministro de Negocios Extranjeros. Obtener audiencia no es tarea fácil. M. Hanotaux recibe a los diplomáticos una vez por semana de 2 a 7 de la tarde. Cuarenta y uno son los ministros plenipotenciarios y nueve embajadores con privilegio de pasar antes. Tres días Cané ha debido esperar hasta cuatro horas para ser recibido... M. Hanotaux le escucha con deferencia para decirle luego que el ex-ministro de Agricultura, M. Viger, tiene razón. Los vinos franceses son tratados con excepcional rigor por nuestras aduanas, y como la estadística demuestra la "considerable disminución en la introducción" de dichos vinos, el Gobierno francés se veía en la necesidad de comunicarle que "no podía ver en esa medida la expresión de los sentimientos amistosos" de que le hablara el ministro argentino con tanta elocuencia. Cané contesta: efectivamente, es muy sensible que "ese único artículo francés se encontrara transitoriamente en una situación inferior", pero ese incidente no puede compararse con lo que Francia le ha hecho a nuestros productos, "excluidos unos de los mercados franceses, como los cereales; agobiados otros, como las carnes, bajo los más altos impuestos que registran las tarifas europeas". Entonces M. Hanotaux ataca con las mismas armas recomendadas por Cané: se forjan ustedes ilusiones si esperan que modifiquemos nuestras tarifas para favorecer los productos argentinos. En cuanto a la eventualidad de que su Gobierno, como represalia, agrave el impuesto sobre algunos artículos franceses, el resultado inmediato sería "el alejamiento de los capitales franceses y la clausura del mercado financiero de París para todas las operaciones de crédito". Fué más lejos M. Hanotaux. "Hizo una ligera alusión al mal servicio de nuestras deudas y a la pérdida de enormes capitales franceses comprometidos en empréstitos provinciales". Cané comprende finalmente que la muralla francesa es inexpugnable. Airado, le replica a M. Hanotaux: "Mi misión tenía por objeto principal buscar los medios de armonizar nuestros intereses comerciales. Ante la imposibilidad de lograrlo, y como no debo hacerme ilusiones de obtener una modificación al rigor aduanero vigente, poco me queda por hacer aquí".¹⁷

¹⁶ De Cané al mismo. París, 25 de abril de 1896. AMRE.

¹⁷ De Cané al mismo. París, 18 de julio de 1896. AMRE.

III

OBSESION DE FUTURO

“Poco me queda por hacer aquí...” Como diplomático, de acuerdo, pero como escritor, sí. Manos a la obra. ¿A qué obra? No quiere preguntarlo. Artículos y más artículos son los que vuelven a salir de la pluma nerviosa, infatigable. En los intervalos uno que otro ensayo. Pero lo que ahora escribe ya no trasunta aquella euforia, aquella sensación de dicha que era fácil hallar en las primeras páginas concebidas apenas llegado a Francia cuando se daba gusto de oír canciones *Au Chat Noir* y en otros lugares donde se dicen cosas que harían exclamar a un “sargento más baqueteado que un cuero: *tais toi donc, cochon!*” Después de la última conversación con M. Hanotaux, le ha quedado en el fondo del alma un sedimento de amargura, una suerte de desencanto que no sabe ni quiere disimular. Cualquier lectura o pormenor de la vida cotidiana le sirve para darle salida a su resquemor. “Un señor Charles Maurras” ha dicho en la *Revue Encyclopédique* que la República Argentina, si no se engaña, “mantiene un poeta del Gobierno, que figura en las ceremonias públicas bajo una larga capa negra, por lo que se le compara con nuestros maestros de ceremonias fúnebres”. Cané contesta:

“Los americanos hemos adquirido ya una dulce filosofía respecto a estos disparates; como siempre, el *record* de todas las insanidades, absurdos, incongruencias e ignorancias geográficas, lo conservan los franceses. Un momento, hace veinticinco años, bajo el golpe de rudas desgracias, prometieron enmendarse, estudiar, aprender lenguas extranjeras, saber dónde estaban situados los otros países, hablar lo menos posible de lo que no sabían, empeñarse, en fin, por darse cuenta exacta del estado social y económico de los pueblos que no citan a Corneille y que no distribuyen palmas académicas. Eso duró un poco; lentamente los buenos propósitos se fueron desvaneciendo y hoy ha vuelto el francés, desde que cuenta con la Rusia para conquistar de nuevo la tierra, no sólo a pensar que el sol sale exclusivamente para iluminar la cúpula de los Inválidos, sino que todas las otras agrupaciones humanas que por una condescendencia

galante de su parte habitan el orbe, no tienen más destino que servir de *plastron* al ático espíritu del boulevard, tan bien representado por M. Maurras".¹⁸

La admiración provinciana de Sarmiento por la hospitalaria cultura del pueblo francés cuando un extranjero se pierde en las calles de París, le hace preguntar incisivamente a Cané: "esa hospitalidad, en Francia, se encuentra también de puertas adentro?" Pero donde Cané revela la dimensión de su resentimiento por la inexorable política de proteccionismo económico que impera en Francia, es en el artículo titulado *El extranjero en París*.¹⁹ El periodista venga al diplomático.

En ese fin de siglo de neuróticos, lo futuro se vuelve obsesión lacerante en el espíritu de Cané. Si los pueblos andan a tumbos, barranca abajo, camino del egoísmo irreflexivo, de la locura con la destrucción recíproca, ¿qué será del mundo en los siglos a venir? El pesimismo en aumento le mueve a estampar sombríos vaticinios. Y como por esos días está leyendo atenta, provechosamente a Tocqueville, bien puede ser que medite y haga suya la confesión desesperada del escritor: *Supporte patiemment la mort en songeant que tu n'as pas à te séparer d'hommes qui pensent comme toi...*

IV

DISMINUCION DE LO INDIVIDUAL

Obsesión de lo futuro. Mira Cané hacia Buenos Aires, y pregunta: "¿Cómo será la nueva ciudad? ¿Cuáles serán los rasgos étnicos del argentino del siglo xxv o xxx, cuando terminada la corriente inmigratoria, la fusión haya concluido y la raza tomado su rasgo distintivo?..." No todos los interrogantes que formula son plácidos. Percibe expresiones que pueden ser premonitoras de acontecimientos universales destinados a mudar, tal vez, la fisonomía del mundo. ¿Qué cosas tan extrañas, jamás imaginadas, están pasando ahora mismo! La República Francesa —*Liberté, Egalité, Fraternité*— acaba de sellar

¹⁸ CANÉ: *Notas e impresiones*, pág. 93.

¹⁹ CANÉ: *op. cit.*, págs. 78-88. Cf. RICARDO SÁENZ HAYES: *Un artículo de Miguel Cané publicado en La Prensa hace cuarenta años. La Prensa de Buenos Aires*, 2 de agosto de 1936.

alianza con el imperio más ignominiosamente despótico. El zar de Rusia es aclamado en París, y mañana se presume que lo será con igual delirio el presidente Félix Faure en San Petersburgo. La cuestión social, la ola roja, según la designa Cané, no es para despreciada. La ansiedad de futuro le tiene sin sosiego, pues no es hombre capaz de poner la cabeza en la almohada y decirse, para conciliar el sueño: *après moi le déluge*. Por el contrario, es de los que comunican en letras de imprenta sus angustiosas inquietudes:

“...pienso que el fin del siglo próximo ha de ser de un interés más excitante que el del actual, a pesar de esos rayos de Röntgen, que es de lo más maravilloso que se puede concebir. ¡Quién pudiera aplicarlos para ver, a través del opaco porvenir, la significación que en 1996 o en 2120, tendrán las palabras propiedad, democracia, parlamento!”²⁰

En el mes de junio de 1896 se publica en Buenos Aires el primer número de *La Biblioteca*, revista mensual dirigida por P. Groussac. Sin abundancia de palabras, el fundador adelanta lo que ambiciona para ese instrumento de cultura: “*La Biblioteca* será independiente, así en materias científicas y literarias, como en otras que atañen a la política y a la filosofía; su espíritu general, si lo tiene, será el de la crítica más imparcial y amplia, del bien entendido liberalismo, extraño a toda preocupación estrecha de secta, partido o círculo”.

El “bien entendido liberalismo”, o como se quiera llamarle, hacía ya mucho tiempo que había entrado en estado de crisis, y si todavía no la palpaban en las postrimerías del siglo XIX, era por la supervivencia de formas exteriores e instituciones históricas creadas por la libertad, las cuales “velaban una decadencia interna bajo una superficie intacta”.²¹ Loable prueba de tolerancia comenzaba exhibiendo la flamante revista porteña, al insertar en su primera entrega el ensayo de Cané titulado: *Nuevos rumbos humanos*.²² Trátase de un trabajo, fruto de madurez intelectual, en el que su autor estudia el descenso del liberalismo democrático y el fenómeno de lo que ha dado en llamarse, después de la guerra de 1914, rebelión de las masas.

Hasta este instante, las ideas de Cané han sido las de los hombres de su tiempo, ideas innatas, recibidas como artículos de dogma que no admite discusión; en política, libertad individual

²⁰ CANÉ: *Notas e impresiones*, pág. 196.

²¹ De Ruggiero, citado por LASKI en *El liberalismo europeo* (conclusión, III).

²² Reproducido en *Prosa ligera*.

e igualdad ante la ley; en lo económico, propiedad privada de los medios de producción y de cambio: en filosofía, positivismo racionalista que no admite nada allende la ciencia. Escribe Cané: "...en materia de sociología política, formaba un credo definitivo y sobre el que nunca pensé, no diré cambiar de criterio, pero ni aun dudar. No concebía, no podía concebir otra forma legítima de gobierno, para las sociedades humanas, que el gobierno republicano y representativo". Lo único que toleraba, en sus "cavilosas filosofías", es que unos defendieran las ventajas del sistema federal y otros los beneficios del régimen de gobierno: "Todo argumento adverso a mi absolutismo democrático, se estrellaba contra la idea de la dignidad humana, en tal forma arraigada en mi conciencia, que no encontraba *modus vivendi* honorable entre ella y el privilegio antinatural de una familia sobre el resto del pueblo". ¿Qué es lo que le pasa después? Viaja por Europa, se aposenta en Inglaterra, Alemania, Austria, España, Bélgica, Suecia, y echa de ver que en estas naciones de gobierno monárquico la dignidad humana no es inferior a la existente en los países republicanos. Primera evolución: acepta, por vez primera, que "a las instituciones políticas no les corresponde el honor del mejoramiento incontestable en las condiciones de la vida humana". Pregunta: desde el punto de vista "del bienestar humano, ¿qué diferencia esencial hay entre los pueblos que gozan de instituciones democráticas, y aquellos que se mantienen bajo el régimen monárquico? Confieso que no la veo..."

La lectura de Tocqueville, "el noble escritor" a quien cita y glosa, es la que le hace pensar en lo que hasta entonces no vislumbrara y que de hoy en más acrecentará su pesimismo: un mundo futuro regido por las masas y éstas dominadas por un despotismo "absoluto, minucioso, regular, advertido y benigno", que tendrá a los hombres "irrevocablemente en la infamia", preocupado de que "gocen, con tal que no piensen sino en gozar".²³ Cree el ensayista argentino que ya se ha iniciado la revolución destinada a cambiar la fisonomía de la sociedad y los sentimientos de los hombres educados en la ideología liberal ahora en caducidad irremediable: "Hace cincuenta años, se predecía el triunfo de la democracia para el fin de esta centuria, y ya, para decenas de millones de hombres, las instituciones democráticas parecen vetustas y anticuadas. Puede, pues, preverse, no ya el triunfo de las nuevas ideas, sino la ruina de las actuales".²⁴ Con ser un "problema pavoroso", y

²³ TOCQUEVILLE: *De la democracia en América*, t. II, pág. 351.

²⁴ CANÉ: *Notas e impresiones*, pág. 249.

“profunda e inminente” la transformación social que vaticina, no por ello se aterra este pesimista *sui generis*. “Al correr de los tiempos —escribe— cuando los últimos baluartes de la sociedad actual hayan caído; dentro de dos o tres mil años, cuando se hable de la propiedad como nosotros hablamos del feudalismo, que, no hace aún quinientos años, fué una institución salvadora, tan fuerte que parecía perdurable, ¿qué nuevos organismos imperarán sobre los escombros de lo que hoy existe? La insolubilidad del problema no debe inquietarnos, firmes en nuestra fe inalterable en el destino de la especie, el cual es ir siempre adelante, al mejoramiento y a la perfección”.²⁵

Es la única fe que mantiene intacta, el único caudal de ilusiones: el “progreso indefinido”. Descendiente directo de Condorcet, también él sería capaz de escribir, en vísperas de ser guillotinado, el *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*... Y al modo de Condorcet, clama por “la cultura moral del individuo, que determinará la cultura y la inteligencia de la masa”. Luego, tal vez reflexionando en el remedio, concluye: “Es vulgar y nimio, pero el hombre no ha inventado otra cosa”.

Distaba mucho de ser idea fugitiva y de espíritu frívolo ésta de las masas en marcha arrolladora. En carta a Pellegrini vuelve al tema alucinante:

“...las masas humanas van impelidas por una fuerza que no conocen, ni dominan ni dirigen; los astros no saben dónde van, pero van. Por lo menos ellos no tienen la pretensión de guiarse ellos mismos”.²⁶

Está en buena compañía. Cuando deja a Tocqueville, busca a Stuart Mill, quien también anticipa la disminución del poder individual: “Aparte las doctrinas particulares de pensadores individuales, existe en el mundo una fuerte y creciente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo, tanto por medio de la fuerza de la opinión como por la legislativa. Como todos los cambios que se efectúan en el mundo tienen por resultado el aumento de la fuerza social y la disminución del poder individual, este descubrimiento no es un mal que tienda a desaparecer espontáneamente, sino, al contrario, tiende a hacerse cada vez más formidable”.²⁷

²⁵ CANÉ: *Notas e impresiones*, págs. 250-251.

²⁶ Carta de Cané a Pellegrini. AMC. Cf. RICARDO SÁENZ HAYES: *De la amistad en la vida y en los libros*. Tercera edición Espasa-Calpe. Buenos Aires, 1952.

²⁷ STUART MILL: *On Liberty*.

CON M. BERGERET

¿Sobre qué hemos de escribir esta mañana? Un tanto fatigado de pronosticar catástrofes políticas y sociales que se van realizando unas tras otras —¡a los que nos ha tocado vivirlas en lo que va de este siglo bien lo sabemos!—, Cané vuelve los ojos a lo pasado, y repentinamente se ve transfigurado en un muchacho de veinte años que acude el 4 de septiembre de 1870, a la proclamación popular de la tercera República Francesa en el Hotel de Ville. ¡Día venturoso, inolvidable! ¡En cuántas cosas que se le presentaban inmaculadas creía entonces! ¡Qué odio contra la tiranía y qué delicioso país era Francia, “la patria ideal de todo hombre libre”! ¡Cómo es la República que vió nacer Cané en vísperas de la Comuna? ¡Es digna de admiración y ejemplo? ¡Acaso los franceses no están arrepentidos y desean volver a gritar: *Vive le Roi*?

El tema le seduce porque desde que ha llegado a Francia, le parece que el piso tiembla y el edificio cruje. Escándalo tras escándalo. Apenas extinguido el de Panamá, surge este otro que llaman el *affaire* Dreyfus, que promete una guerra civil según van las cosas. El hermano del oficial judío condenado por traición y que se está “pudriendo” en la Isla del Diablo, acaba de solicitar la revisión del proceso para demostrar la inocencia... La sola idea de revisión saca chispas de las piedras. En el seno de las familias los padres disienten con los hijos, los hermanos con los hermanos: “¡Dreyfus es inocente! ¡Dreyfus es culpable!” No. Este es otro tema peligroso, y Cané prefiere evitarlo por el momento. En cambio, Anatole France le tiene hechizado, por no decir embobado. Ha leído ya sus principales libros, de los que habla a diestro y siniestro, porque después de Renan “nadie ha manejado la lengua francesa con esa maestría incomparable...” France le viene de perlas para escribir el artículo que titula: *Esta República*. Elige para el comentario *L'orme du mail*, primero de los cuatro volúmenes que el suave y adecentado hijo espiritual de Rabelais denomina *Histoire contemporaine*. A poco de empezar, el artículo se le convierte en traducción del diálogo más substancial entre el abate Lantaigne y M. Bergeret acerca de la República. ¿Qué es la República? ¿Es la justicia? “No —responde M. Bergeret—, es la facilidad... Me agrada y conmueve por su modestia.

Consiente en no ser admirada. No exige sino muy poco respeto y hasta renuncia a la admiración. Le basta con vivir. Ese es todo su deseo y es legítimo... Desconfía de los príncipes y de los militares. En peligro de muerte sería perversa. El miedo la haría salir de quicio y la haría feroz. Sería una lástima. Pero en tanto que no se atente a su vida y que sólo se ataque su honor, es bonachona... Si se descubriera, en fin, la inutilidad de todo gobierno, la República de M. Carnot habría preparado ese descubrimiento inapreciable, y le deberíamos algún reconocimiento. En resumidas cuentas, me siento muy apegado a nuestras instituciones.

“Así habló M. Bergeret”.

¿Acepta Cané la benévola y resignada filosofía de M. Bergeret? ¿La que representa en Francia es como la de M. Carnot? Los militares de Sudamérica ¿son de temer como los de España y Francia? Cané se reserva este linaje de interrogantes, tal vez para no hallarse en la dificultad de contestarlos.²⁸ Cuando termina la traducción —que le presenta qual introductor de Anatole France en el Río de la Plata, limitase a decir: “La pluma ha corrido, traduciendo, como corrían mis ojos en la primer lectura, empujados por el espíritu ávido. Retened ese diálogo y no lo olvidéis, que si sois bastante jóvenes, día llegará en que le recordaréis con asombro”.

Leemos de preferencia los libros que no contrarían la urdimbre de nuestras sensaciones, la firmeza de nuestra esperanza o la calidad de nuestro desencanto. Es muy natural que el escéptico busque la segura compañía de su semejante con el que ha de vibrar al unísono en el modo de contemplar y juzgar hombres, costumbres, filosofías, instituciones.

Cané ha llegado en 1896 a la cima del escepticismo —algunos prefieren encasillarlo con los pesimistas. Hay una diferencia profunda entre el escéptico y el pesimista. El primero duda: *que sais-je?* —pregunta con Montaigne. El segundo no duda, niega rotundamente que la vida sea digna de ser vivida. El escéptico no es amargo ni sombrío, como Leopardi, ni agudo y cruel como Gracián o Shopenhauer, cuya lectura no es de las que recomienda Cané. El escepticismo no endurece el alma, antes al contrario, cada día la vuelve más sensible al ajeno

²⁸ En privado descubre Cané hasta dónde llega su pensamiento: “Cada día que pasa —y teniendo ante los ojos el ejemplo de esta Francia asombrosa, adquiero mayor repugnancia por todas esas imbecilidades juveniles que se llaman Democracia, sufragio universal, régimen parlamentario, etc. Pero al mismo tiempo voy adquiriendo la convicción de que ni esos principios, ni los contrarios, tienen importancia ninguna;...” (Carta a Pellegrini, París, 23 de mayo de 1896). AMC.

infortunio. Esta manera de ser se trasluce en todo cuanto escribe, cartas a los amigos o artículos para su diario, sin que por ello disimule el mal humor que en ocasiones le inspira la estulticia humana. ¡Como para no ser escéptico, con lo que ha pasado, con lo que pasa y seguirá pasando en el mundo! Y en la Argentina, país con espantable, inmensa mayoría de analfabetos, ¿en qué se funda la certidumbre de que allí la República pueda, ni en lo futuro, ser superior a la Francesa, y que su democracia, hoy ficticia, logre un día convertirse en efectiva y supere a la inglesa o norteamericana? Esto es pesimismo, no escepticismo, y no es Cané quien así piensa, el teórico fiel al culto del progreso indefinido, en los instantes de felicidad relativa, desde luego...

La noticia de la muerte de Alem le conmueve. Desalmado será el que no se estremezca ante quien voluntariamente pone fin a su existencia, sea grande como Catón o humilde y sin lustre de vida pública.

El caudillo de la plebe, el que a orgullo tenía el vivir en casa de cristal, el que ganaba batallas por anticipado perdidas, dice lo que puede y siente mejor: que se rompa, pero que no se doble.

Necesita Cané comunicar la pena que le causa la desaparición de ese grande hombre honrado. Pero ¿a quién? ¿A un pariente, a un amigo, a un correligionario del suicida? No, siempre al mismo, al que habita en casa de piedra:

“Me ha causado una impresión penosa la muerte del pobre Alem. Como decía sobre la tumba de Del Valle, los 50 años nos son fatales. Cuando uno piensa en todas las amarguras que desde la infancia se acumularon en el alma de este hombre, el triste origen, más tarde la ambición, la impotencia intelectual, la conciencia de la falsa ruta, la pobreza y la incapacidad de trabajo, la desilusión final, etc., nada hay más explicable que el desastre final. Paz en su tumba y en estos momentos no nos acordemos sino que alguna vez le estrechamos la mano de amigo”.²⁹

Poco después, en septiembre, recibe la noticia de la muerte de Ricardo Gutiérrez. “Otro que se ha ido por el camino de luz”.³⁰ La muerte ¿es camino de luz? Así se le presenta a su visión. Es un camino luminoso, esplendoroso.

²⁹ Carta de Cané a Pellegrini. París, 4 de julio de 1896. AMC. Cf. RICARDO SÁENZ HAYES, *De la amistad en la vida y en los libros*, pág. 156.

³⁰ AMC.

Las ausencias definitivas de los seres bien amados, sumergen a los hipersensibles en aterradora soledad. Dijérase que el mundo se despuebla para ellos; y como por deficiencia psíquica, o lo que fuere, no son capaces de mudar un amor por otro amor, ni el afecto de un amigo por el de otro, quizá tan noble como el para siempre perdido, van dejándose aprisionar en el insuficiente radio de un círculo que de continuo se estrecha...

¿Qué hacer en tan limitado, en tan angustioso espacio?

VI

SIN PASIONES, ODIOS Y SIMPATIAS...

Contra el abatimiento o el tedio, que con frecuencia se apesantan en el espíritu de Cané, urge llenar las horas con una tarea, cualquiera que ella sea. Leer, desde luego, pero escribir es el acto liberador por excelencia. Ya lo sabe, pues no hizo otra cosa en Venezuela, y en Austria, y en todas partes. Mas nadie puede estarse el día entero inclinado sobre los libros y las carillas. Es necesario cambiar de ámbito. ¿Adónde iremos? ¿Al museo que nos conocemos desde hace treinta años? ¿Al club? Todas las tardes nos ven llegar por la calle de Boissy d'Anglas a la misma hora, y entrar en *L'Epatant*, el lugar "más vivo, más animado y más concurrido de París".³¹

Quien desde la mocedad asiste a la tertulia de un club, no puede pasarse sin ella a donde quiera que vaya. En hombre como Cané, es cuestión de vida porque necesita hablar, discutir, contradecir, increpar contra esto y aquello. Así como cuidamos la higiene del cuerpo, es imperioso hacer lo propio con la del espíritu. En la conversación la mente se agiliza proyectándose hacia lo exterior. En artículo para *La Prensa* describe las veladas artísticas de *L'Epatant*.³² Un círculo así, "refugio, hogar de los *vieux garçons* como yo", es propicio a toda suerte de soñaciones, tras larga jornada. ¿Por qué no hacen lo mismo en Buenos Aires? —sugiere. *L'Epatant* brinda otras distracciones, desde luego, que el cronista reserva para las cartas que le dirige al amigo fiel que más contesta a las suyas: "Presencio diariamente en *L'Epatant*, que es el club en que he vuelto a

³¹ CANÉ: *Notas e impresiones*.

³² CANÉ: *op. cit.*, pág. 51.

tomar mis hábitos, una partida de baccará, que haría venir el agua a los labios a los aficionados de la tierra, con Roque a la cabeza, uno de los *amateurs* más distinguidos que he encontrado en el mundo. Las bancas son generalmente de mil o dos mil luises, para empezar, pero hay golpes en los que el banquero paga o recoge cuarenta o cincuenta mil francos... En cuanto a mí, paso junto a la mesa como junto a las cajas de un Banco y me voy a hacer una partida de bridge (un whist reformado, un poco en el sentido del tresillo) *a deux sou la fiche*".³³ Aunque quisiera, no hay para más. La opulenta Argentina retribuye parcamente a sus diplomáticos. *Deux sou la fiche*... Si no les alcanza ni para el coche que tanto necesitan...

Los inclinados al hurafío aislamiento, con escaso balance vital, no comprenden la necesidad de acercarse y trascenderse en los demás. Tampoco rige para ellos la clásica definición aristotélica; no son, o no se sienten "animales sociables". La soledad no es de recomendar a los que han nacido sin temple de anacoretas. A Pellegrini, Cané le confía su *curriculum vita*. La instalación en la rue Alfred de Vigny todavía no está terminada; ha quedado *a court d'argent*. "Poner una casa entera es asunto muy serio. No creo poder vivir aquí (París está muy caro) si no nos restablecen el sueldo que teníamos antes". Lo que reclama pasma en nuestros días: "mil pesos de sueldo y cuatrocientos de gastos de representación, en vez de los doscientos de que hoy gozamos..." A pesar de la estrechez, come cuatro o cinco veces *en ville* y los otros días en el *Cercle*. Va poco al teatro, privación rayana en sacrificio: "Algún martes *aux Francais* y algunos viernes a la Opera, donde empiezo a tener mis entradas al *foyer* de la *Danse*. Almuerzo siempre en casa, donde tengo siempre algunos amigos que me acompañan, Santiago Luro, y Chapar, mis secretarios. El otro día me cayó Plaza, pero como yo estoy muy olvidado del inglés, nuestra conversación se hizo difícil. La manera como pronuncia la palabra Cordillera es deliciosa; como la *ll* no existe en Londres, él dice Cordilera, pero de un modo tan exquisito, que comprendo que nuestro auténtico compatriota sea la *coqueluche* de la City".

En los artículos periodísticos y en la correspondencia privada e inédita, sorprende el silencio que guarda acerca de la vida intelectual de Francia. Con excepción de Anatole France, no se le sospechan otras admiraciones, ni amistades con escritores

³³ De Cané a Pellegrini. Este fragmento, como los que siguen, igualmente inéditos, hallanse en el archivo del Dr. Miguel Cané. Extraigo sólo lo que contribuye a conocer mejor el temperamento del escritor.

representativos; nada digo de poetas porque con éstos hace tiempo que se ha divorciado. Mallarmé vive todavía en 1896 y son célebres las reuniones de los martes en su casa de la rue de Rome. Paul Valéry y André Gide se cuentan entre los más asiduos frequentadores. A escasa distancia de su domicilio, al que llegan los trinos de los pájaros del parque Monceau, sueña sus complicados sueños estéticos en la rue de Courcelles el joven dandy Marcel Proust, que acaba de publicar su primer libro, *Les Plaisirs et les Jours*, con prólogo de Anatole France escrito a instancia de Mme. de Caillavet. En el Círculo o en el comedor del Ritz, lugares predilectos de Cané, el futuro gran autor de *A la recherche du Temps Perdu*, tiene sus tertulias. ¿Tampoco le interesa Jules Lemaitre, magister indiscutido y temido? ¿No le atrae Barrès en los días del *affaire*? Me desagradan las conjeturas. Tal vez piensa que los escritores son más interesantes en sus libros que en el trato diario... ¿Qué desencantos suele cosechar el admirador cuando se aproxima al personaje humano idealizado!:

“No he sido feliz en mis encuentros fortuitos con los grandes hombres de mi siglo, aquellos que están destinados a vivir perennemente en la historia humana. Siendo muy joven, un día, en las calles de Milán, noté que los pasantes se agrupaban y saludaban con profundo respeto a un anciano que iba por las calles. Es Manzoni, oí decir. Figuráos la impresión de un aspirante a literato, de veinte años de edad, oyendo pronunciar uno de los nombres más gloriosos del glorioso ciclo intelectual italiano... y me puse a seguir al anciano. Abandonó la calle principal, tomó una de las laterales casi desierta y por fin entró a una confitería de mala muerte, compró unos caramelos, envolvió cuidadosamente el paquete en un pañuelo inmenso de muchos colores que sacó del bolsillo, y se perdió con aire contento, en su suave trotecito, con dirección a un arrabal. Hoy reflexiono que lo que ese hombre hizo, fué lo más natural del mundo y que es muy probable que si Alejandro el Grande o Aníbal hubieran llegado a esa edad, habrían pensado, al pasar por una confitería, en sus nietos, si los tenían, o en los hijos de la portera. Pero entonces la desilusión fué completa y análoga a la que sufrían los jóvenes vates alemanes cuando en 1825 iban a visitar al olímpico Goethe.

“Más tarde, Bismarck, soplando como un fuelle, apretado dentro del uniforme, con una fisonomía dura, espesa y por toda manifestación genial, bebiendo cerveza. Víctor Hugo,

en su hotel de la avenida de su nombre, al lado de una chimenea hecha ascuas, en pleno septiembre, equivocándose en el nombre y profesión de las personas que recibía, hablando del porvenir de la Europa a un maestro de escuela que venía a pedirle una carta de recomendación y diciéndome al despedirme, con aire conmovido y los ojos muertos, al tanteo: *dites à votre petite république que je l'aime bien!* Moltke, sordo como una tapia, paseándose como un oso en jaula por un rincón del salón y preguntándome las mismas cosas que cualquier médico de baños... y el viejo emperador alemán y los grandes artistas y las mujeres célebres! No, no he sido feliz en mis encuentros con los *representative men*, pero creo que mi desgracia consiste en el instrumento con que miro, más que en el objeto que observo". (*Notas e impresiones*, págs. 209-211. Buenos Aires, 1901).

Con ser agradables, y a ratos festivos, los encuentros con amigos argentinos, necesita algo más. En sus obligadas visitas al Quai d'Orsay, halla un día ese algo que de verdad le apasione y fecunde las horas muertas. Hay en el Ministerio de Relaciones Exteriores un archivo, "maravilla de organización", con insospechados "tesoros" "que se refieren a muchos siglos de historia". ¿Por qué no dedicarse a buscar, por ejemplo, entre tantos papeles, nuevos antecedentes relacionados con los dos últimos años de Directorio de Pueyrredón? Y como siempre una cosa lleva a otra, bien podría ser que hallase rastros no columbrados por Mitre y López acerca de las misiones diplomáticas de Rivadavia y José Valentín Gómez.

La historia seduce a Cané. Es un género que atrae por igual a los capacitados para cultivarlo y a los que carecen de mínima aptitud. ¿A qué se debe la extraordinaria proliferación, no ya de historiadores genuinos sino de personas que presumen serlo? Gibbon ha visto claro: *History is the most popular species of writing, since it can adapt itself to the highest or the lowest capacity (Autobiography)*. Conviene saber qué clase de historia puede escribir el hombre que con dificultad frena sus impulsos y cuál es el concepto que de la historia se ha formado. Tiene dicho en *Nuevos rumbos humanos*:

"Atila marchaba ciegamente sobre el mundo romano, como la piedra de una honda lanzada por una mano providencial. La Europa se echaba sobre el Asia en las Cruzadas, realizadas con un pretexto pueril, y cuatro siglos más tarde sobre la América, entre sueños de oro y de proselitismo. ¿Pensaba Alarico, pensaban Godofredo o Ricardo, Pizarro

o Cortés, en lo que iban a levantar sobre las ruinas de lo que destruían? Directores de hombres o movimientos colectivos inconscientes, todos son instrumentos fatales, que aparecen en el momento necesario, bajo la acción de leyes desconocidas, pero reales".³⁴

Hay cierto husmillo de historicismo en lo referente a los hombres que hacen su aparición en el momento necesario, como predestinados a los hechos que, también necesarios, debían producirse en ese instante, y no en otro. Es el argumento de Alberdi cuando busca la explicación de la tiranía y justifica el advenimiento de Rosas. La frase que sigue, "bajo la acción de leyes desconocidas, pero reales", sería rechazada por los filósofos de la historia que reinan en la primera mitad del siglo XIX y para quienes los hechos tienen en la primera mitad del siglo XIX y para quienes los hechos tienen un orden y una ley que los vincula. Poco importa la observación o apostilla que hago al paso. No deseo ponerle piedras, con minucias, cuando Cané decide entrar por el camino de la historia. Su afición por ella data de antiguo, según lo recuerda en *JUVENILIA* y lo repite en *Charlas literarias*: La historia aprendida en las novelas es el piano que se toca de oído. "D'Artagnan, como lo ha dicho L. López, fué mi primer catedrático de historia". No hay motivo para avergonzarse... Marc Block considera que los lectores de Dumas son, tal vez, historiadores en potencia, a los que sólo les falta la educación necesaria para darse un placer más puro y agudo: el del color local. Y no debe ruborizarse con exceso, porque los Dumas todavía subsisten. ¿Qué es, sino, la historia oficial que se enseña en escuelas y universidades? Con el agravante de ser presentada como expresión única de la verdad. La historia escrita por mitómanos congénitos, henchidos de odio y envidia para lo que no es "nacional", es más perniciosa que los relatos novelescos que enardecen la imaginación adolescente. El *ad usum delphini* ha sido convertido en todo tiempo y lugar en *ad usum populi*. Cané vislumbra los peligros de la historia inverídica, adulterada a sabiendas, con lo cual es delictuosa, o imaginada para solaz de párvulos. Y exclama: "¡Cuánta, cuánta lectura he necesitado para desprender mi espíritu de la influencia de la sirena que meció mis primeros años!". Pero en 1884, el año de su compungida lamentación, frecuenta las historias concebidas de acuerdo con el "arte de elegir, entre varias mentiras, la que más se parece a la verdad" —según Rousseau. Los juicios que vierte cuando habla de España, denuncian comercio espiritual con los historiadores protestantes ingleses,

³⁴ CANÉ: *Prosa ligera*, pág. 249.

sospechados los más de ellos de parcialidad, encono religioso y rivalidad imperialista. En 1897 advierte una evolución: "Los que hemos venido más tarde —escribe refiriéndose a don Vicente Fidel López— exentos de las pasiones, de los odios y simpatías que determinaron tantos juicios contemporáneos que aún persisten..."³⁵ El ideal deseado y pregonado a todos los vientos, el *sine ira et studio* de que anda menesteroso en ocasiones el mismísimo Tácito. Es empresa gigantesca el despojarse de los sentimientos, innatos unos, adquiridos otros en la social convivencia. El hombre que lograra tamaña victoria sobre su mundo pasional y pudiera exhibir desnuda, impoluta el alma, sin un odio, sin un amor, quedaría total, absolutamente deshumanizado. Las criaturas etéreas no existen. Y es de notar que son los espíritus menos exentos de pasiones los que más gustan y practican el género histórico. Van a la Historia como legionarios hacia un campo de batalla; de ahí es que sus libros huelan a pólvora.

Cané pretende estar exento de "pasiones, odios y simpatías". Así lo cree con la mayor buena fe, porque es a todas luces sincero. Será en consecuencia el muy esperado en cada siglo desde que fuera inventada la escritura. Los documentos que estudia y hace copiar en el Archivo del Quai d'Orsay, se relacionan con la misión extraoficial del "colonel chevalier Le Moyne", cuyo nombre conoce por haberle visto repetido "con frecuencia al pie de los documentos referentes todos al Río de la Plata". Los papeles que exhuma son sin duda interesantes, pues, según él, arrojan nueva luz "sobre la tremenda situación en que se encontraba, a principios de 1819, el Supremo Director Pueyrredón" y los grandes esfuerzos que despliega para detener la expedición de Cádiz. Nadie lo niega, ni Mitre, para quien Pueyrredón no fué "una personalidad marcada" y no le merece mucha simpatía porque "tuvo la desgracia de que bajo los auspicios de su diplomacia tortuosa se realizara la invasión luso-brasileña a la Banda Oriental".³⁶ Ahora bien, como Pueyrredón es el prócer de Cané —raro será el argentino que no tenga el suyo impoluto, bien *coiffé*— con estudio de los papeles de Le Moyne tiene que deducir y demostrar que aquella "diplomacia

³⁵ CANÉ: *La diplomacia de la Revolución*. El Director Pueyrredón y el emisario Le Moyne. Nuevos documentos históricos. *La Biblioteca*. Tomos IV y V. Buenos Aires, 1897. Con mucha posterioridad, el escritor venezolano Carlos A. Villanueva, buena parte de la documentación espiada por Cané, la insertó como inédita en su libro: *Bolívar y el general San Martín* (Ollendorff, París, 1911), sin mencionar la priniicia que le correspondía al escritor argentino.

³⁶ MITRE: *Historia de Belgrano*, t. III, cap. XXXIX.

tortuosa" fué necesaria ante el peligro de la expedición que le obsesionaba. En cuanto a la idea de "una monarquía imposible", también censurada por Mitre, pregunta Cané socarronamente: "¿Era Pueyrredón monárquico?" Digo socarronamente porque lo que desea es extender el mismo interrogante "a todos los hombres dirigentes del movimiento revolucionario argentino de 1810 a 1820". Por el camino de la calurosa defensa de su héroe, le asalta lo que Marc Block denomina el "satánico enemigo de la verdadera historia: la manía de enjuiciar". El método es antiguo; tiene la edad del mundo: atenuar las culpas o deficiencias de uno trayendo a la memoria las de otro. Será interesante saber a quién enjuicia Cané en la defensa de su prócer. A San Martín, nada menos. Se requiere no poco valor para tamaña osadía en el continente donde proliferan los mitologistas. Como medida preventiva, de prudencia suma, echa mano del conocido juicio de Sarmiento: "San Martín es el ariete desmontado ya, que sirvió a la destrucción de los españoles; hombre de una pieza; batido y ajado por las revoluciones americanas, ve en Rosas el defensor de la independencia amenazada y su ánimo se exalta y ofusca". Luego Cané se lanza a pecho descubierto:

"Podemos hoy hablar, con la reverencia que debemos a nuestros mayores, sobre todo a hombres como el vencedor de Maipú, con la verdad que la justicia de la historia impone. Debía ser necesario todo el respeto y toda la gratitud inteligente de los hombres como Varela, Sarmiento y otros argentinos ilustres que visitaron a San Martín en su retiro, para rendirle ese homenaje. El envío de la espada de los Andes, símbolo vivo de la más pura de nuestras glorias, al tirano brutal que condenaba ante los ojos del mundo el esfuerzo por la independencia, debió herir mortalmente el alma de los patriotas que hacía quince años, en el destierro, en la prisión, en el martirio, sostenían la causa de la libertad. Es esa una triste página en la historia del gran emancipador, tan triste como el abandono frío que hizo de su patria agonizante, para ir a buscar en los campos de batalla, con un ejército que consideraba suyo a la manera de un *condottiere* italiano, la gloria militar que ambicionaba. No, no es posible sostener que la adhesión de San Martín a Rosas venía de su americanismo y de su temor o su odio al extranjero. El extranjero, para él, había sido el español, el *godo*, y precisamente la única legión de extranjeros que combatía por Rosas, era el cuerpo de 600 españoles que, a las órdenes de Oribe, estrechaba el sitio de Montevideo.

Lo que había en el fondo era un odio, sí, pero contra los hombres del congreso de 1826, contra los *unitarios*, que al pasar San Martín por Buenos Aires, no pudieron olvidar que a su desobediencia y al indiferentismo con que miró las angustias de su patria, bajo pretexto de no manchar sus laureles en las luchas civiles, debimos los horrores del año xx. Los unitarios pudieron equivocarse y la historia empieza a juzgar severamente los errores de los más preclaros de entre ellos; pero la pureza de intención de los que elevaron a Rivadavia a la presidencia, será siempre un título de respeto para todas las generaciones de argentinos".³⁷

Cuando descubre y comenta los papeles del caballero Le Moyne, pone más ardor en la defensa de Pueyrredón y más vehemencia, si cabe, en el enjuiciamiento de San Martín: "El director Pueyrredón que, en tres años de un gobierno firme, prudente y previsor, había detenido al país en la pendiente de la anarquía a que marchaba como en un vértigo cuando él asumió el poder, se veía obligado a abandonarlo, traicionado precisamente por aquellos que debieron serle fieles hasta el último día, porque merced a los esfuerzos del Director se habían cubierto de gloria y agigantado su personalidad. El general San Martín fué el único autor de la renuncia de Pueyrredón, y el día en que, en nuestro país, la justicia de la historia distribuya, con la serena imparcialidad que sólo trae el tiempo, los premios y los castigos, no ha de levantarse, por cierto, la figura del general vencedor, sobre la del abnegado patriota vencido... Las estatuas, como los cónsules romanos que en el triunfo oían las imprecaciones del esclavo justiciero, deberían tener una placa que recordara los desfallecimientos y las faltas del héroe eternizado en el bronce! Falta esa placa a la de San Martín".³⁸

Si a esto se le llama escribir sin pasiones, sin odios y simpatías, yo no sé valorar la página que tengo ante los ojos... Vuelvo a lo que dije: sólo deshumanizándose puede un hombre despojarse de la urdimbre pasional que constituye su ser. Es la pasión la substancia vital que impulsa a la acción, en pugna siempre con lo estático, vale decir, la muerte. Pero los apasionados mal pueden ser razonables y justos.

³⁷ CANÉ: *Prosa ligera*, págs. 225-226.

³⁸ CANÉ: *La diplomacia de la Revolución*, t. IV, págs. 271-272.

VII

CHEZ RODIN

Algo más tiene Cané en París para luchar contra la monotonía y lo en extremo familiar: es el taller de Rodin: “Salgo del taller de Rodin; la figura de Sarmiento va tomando vida y forma... Decididamente, es bueno que por algún tiempo deje de andar entre tumbas; bastan para echar sombras persistentes sobre mi alma los diarios de la patria, que día a día me traen la noticia de que uno más ha entrado al reposo eterno. Es el lado negro de la espera del turno”.³⁹ La estatua de Sarmiento en manos de Rodin adquiere contornos de preocupación absorbente, que termina en obsesionante idea fija. El creador de símbolos, ¿verá, sentirá, comprenderá lo que fué Sarmiento para los argentinos? ¿Sabe algo de *Facundo*? Por más que se le busque no hay manera de dar con la versión francesa hecha hace años. Aunque la tuviera a mano, el escultor es de los que desdeñan las sugerencias librescas. “El soberbio viejo, que fué uno de los raros cultos individuales de mi vida, me llena el espíritu” —torna a decir Cané—. En ocasiones cavila hasta el desconcierto. Se le ocurre un tremendo error el haberle encomendado a Rodin lo que nunca podrá sentir ni presentir por grandes que sean sus intuiciones. Si hay culpa, no es suya; corresponderíale exclusivamente a Del Valle. Agréguese el serio disgusto que ha tenido con los fondos destinados al monumento, substraídos por la persona a quien le fueron confiados y rescatados en buena parte con la intervención del juez de instrucción y el encarcelamiento del depositario infiel...: “No me canso de admirar lo estúpido de ese hombre. En fin, hemos salvado los pesos y sólo me queda ahora entenderme con Rodin, cuya concepción no me va del todo, pero que, en virtud del malhadado contrato... es rey y señor en esa materia y hará lo que le dé la gana”.⁴⁰

¡Esa cabeza de microcéfalo!

³⁹ Carta de Cané a Pellegrini.

⁴⁰ “No te oculto que mi vuelta, en pleno agosto, cuando aún no hay nadie en París, ha sido precipitada por dos razones que me trabajan el espíritu. Me encontraba en Bayreuth, después de oír la quinta série de la Tetralogía (que me ha dejado la más profunda y perfecta impresión de arte de mi vida) y me iba a Cassel y Holanda, a visitar a Rembrandt, que hace tiempo no veía, cuando me llegó la noticia de haber la justicia francesa encerrado en Mazes a M. del P., que después de haber depo-

EL FERVOR WAGNERIANO

Llegan los primeros días calurosos. Después del invierno, generalmente largo y cruel, todo parisiense con algo en el bolsillo, mira hacia el lado de las playas. Y así mire hacia las del norte, las del sudoeste o las del mediodía, no hay una que no le sonría. Miguel Cané es muy parisiense en este sentido, y ansía alejarse, si posible de julio a septiembre. Su salud no es buena, nunca es del todo buena, y ha tenido además un inconveniente, una caída de caballo con desgarraduras de tendones en el brazo izquierdo que le hace padecer y le aumenta el mal humor. Es de suponer que no le esperan jornadas placenteras. ¿Cuál es el lugar que prefiere para sus nervios irritadísimos? El artículo *Delicias suizas*, dedicado a Nina y que bien puede ser una carta para esa criatura a la que tanto espacio de afección le reserva, dirá lo que hace en el verano de 1896. Confiesa que está fatigado —recepciones, comidas, bailes y *five o'clocks* de la primavera— y desea un poco de aire fresco y soledad. Hace años que no va a Suiza y decide pasar dos semanas a la vera de aquellos lagos maravillosos, el Léman o el de Lucerna. ¡En mala hora!:

“¡Oh! ¡la Suiza! ¿Cómo un veterano como yo fué a embarcarse en esa galera? ¿Qué queréis? De esas tonterías se forma la trama de la vida. Cuando se tiene veinticinco años, que el mundo entero, abierto y sonriente, os brinda todo, se suelen pasar dos o tres en agrias disputas y en connubio deprimente con una mujer a quien se cree amar. Cuando se tiene por delante un verano, que bien empleado basta para conocer la mayor parte de los rincones ignorados y deliciosos de la Europa, allí donde la tapa roja de un Baedeker no ha manchado jamás el fondo de un paisaje, ni donde el paso mecánico de una caravana Cook se ha hecho oír, se pone la proa a Suiza, en la persistente ilusión que nada cura”.

sitado a mi orden 42.000 francos del monumento Sarmiento, se había plantado y se dejaba *coffrer* por los 18.000 restantes. Yo había hecho lo que debía, porque no me iba a dejar robar como un cretino por ese imbécil. Pero al fin tiene 60 años y la conciencia del deber cumplido no basta para quitar del alma el sinsabor causado por el mal que se hace. Felizmente, a mi regreso a París, encontré que la mujer de M. había depositado el dinero y su marido recobrado la libertad”. De Cané a Pellegrini. París, 20 de agosto de 1896. AMC.

Todo le saca de quicio: paisaje, personas, cosas: "Ginebra continúa siendo el espécimen de la ciudad del fastidio". Es la "apática cuna de Rousseau". Los hoteles sobre las orillas del lago, "enormes, vulgares todos". "Dentro, en las estrechas calles, la melancolía infinita, pero chata, rastro eterno de las pasiones agitadas por la imbecilidad humana". ¡Y el espíritu de los ginebrinos! Piensa en la Reforma que trajo consigo "una intolerancia más salvaje que la española, porque se ejercía en nombre de la libertad moral... El Ródano, desatentado, parece huir más rápido que nunca de los muros que vieron las tristes luchas burguesas y las hogueras de Calvino..." Además de la fatídica visión de Calvino, un hecho inaudito en el mes de agosto: "¡llueve a cántaros!" Angustiado se pregunta: "¿qué hacer?" ¿Excursiones por el lago, "con impermeable y paraguas?... ¡Ah! ¡no!..." Hay que irse de aquí; tal vez en Interlaken haga mejor tiempo. Luego, ¡el camino por el lago es tan hermoso! "*Je m'en fiche*, de lago, de camino y de panorama!" Lluvia y barro le esperan en todas partes. Y hoteles atestados de burguesía y trenes no menos repletos. Mirando caer el agua a torrentes, sueña...: "...yo soñaba con la delicia de los Campos Elíseos y del Bosque a la caída de la tarde en verano, en mi buena casa donde en una fresca sombra se puede trabajar durante el día y en la incomparable dulzura de las noches de estio junto al Sena. ¡Tan cadete, a mis años!" Pesadillas: lluvia, bruma, barro... nubes de ingleses y alemanes en los hoteles... banda de napolitanos "que en trajes de *Muta di Portici*", braman "el *funiculá* con más ferocidad que nunca..." "¡Hasta el león de Lucerna me persigue en todas las vidrieras; acabo de verlo en Carey y ese golpe me ha anonadado!" Es necesario marcharse lo más pronto posible para no perder la razón con estos suizos y esta "poética Helvecia" de los 7.653 hoteles...: "Allá, en el fondo de la Alemania, hay una ciudad perdida en su sueño medioeval y a su frente se yergue la colina sagrada, donde en bendecido día levantó Wagner su templo. Doy gozoso la espalda a la Suiza banal y dirijo mis pasos hacia donde brilla, pura y sin mancha, la luz del arte, el único consuelo de la vida".

Bien quisiéramos que los nervios le den un poco de tranquilidad en la colina sagrada. Pero no es así. El fervor wagneriano le ha hecho padecer infinitas desazones que minuciosamente describe: "quince duras horas" de viaje "de Lucerna a Bayreuth, cambiando de tren a cada rato, disputando un sitio en un wagón como una banca de diputado allá en la juventud..." "Las espesas muchedumbres alemanas" cuajando "las estacio-

nes del tránsito" le han estrujado ignominiosamente y no le han convertido en gas no sabemos cómo... Por primera vez deplora la deficiencia de su organismo, "esa falta del vigor físico necesario para aplastar de un puñetazo a un cochero insolente... ¡Con qué gusto habría hundido costillas, incrustado lentes en el cráneo, conmovido amplias y descoloridas dentaduras! ¡Oh jóvenes! Haced gimnasia... el mundo marcha a la suprema grosería!" La crónica se extiende más o menos con el mismo tono: "Por fin, se llega... Los dos mil extranjeros... se alojan como pueden... La princesa de Gales, acompañada por lady Grey, se aloja "en casa de un panadero, durante los días de la última serie". No dice Cané dónde le toca meterse... "Bayreuth es una necrópolis... es hosca, triste, sombría. Wagner debe haber elegido, después de mucha reflexión, ese sitio... En Bayreuth se come, se duerme, se oye música, se habla; se compra retratos de Wagner y nada más". Antes ha dicho que se come donde se puede... Sigue la crónica: el teatro, las sillas, la enorme cortina, los efectos de luz, la oscuridad, el silencio que se produce después de "las últimas notas del tercer toque de la *fanfare*, la oscuridad que no permite ver la cara del vecino". ¿Y la música? ¿Cómo es la música? Cané contesta: "Dejemos, dejemos la música de lado: no es mi objeto ocuparme de ella. Mi asunto es el público" ¡Qué desencanto! ¿Para eso ha ido a Bayreuth, para hablarnos de la *toilette*, del frac, del smoking, de la gorra del inglés, de la cabeza del alemán, de la cara del francés? Cuando se le acaba la crónica, recapacita y dice: "Todo eso está bien, pero ¿y la música?":

"Cuando se ha adquirido un poco de experiencia en la vida, único remedio capaz de atenuar en nosotros, y hasta vencer a los dos enemigos formidables que nos acompañan desde la cuna, la vanidad y el entusiasmo, se aprende a no hablar sobre muchas cosas, sino literalmente forzado, con el puñal en la garganta. La mujer que se quiere, las ideas filosóficas que se profesan, cuando se profesan algunas, el fin positivo que se persigue y las aficiones wagnerianas, son asuntos de los que no se debe aceptar discusión".

Por un poco más recomienda el mutismo absoluto... Llamen la atención, en efecto, las incitaciones al recato en el discurso, cuando las hace el parlero por antonomasia. Es donoso ir a Bayreuth y luego no mentar la música destinada a provocar el renacimiento heroico de la humanidad... Por suerte le viene a la mente una página de Nietzsche, antes de la ruptura con Wagner, y la estampa:

“Baste deciros que si alguna vez la opinión de Nietzsche parece irrefutable, es después de una audición de Bayreuth. Nietzsche sostenía que en el estado actual de la sociedad, sin Wagner, la música estaba condenada a perecer. Él la ha salvado, él le ha dado las formas nuevas exigidas por el modo actual del entendimiento humano y si, según el mismo escritor, Wagner ha hecho la composición musical imposible a sus sucesores, haciendo producir a todos los recursos del oficio su máximum de expresión y de efecto, a la verdad que no veo motivo ni de queja ni de crítica, en la feliz coincidencia de haber cruzado sobre la tierra, en momentos en que habitaba el más grande genio musical que haya existido”.

En el juicio de Nietzsche que Cané reproduce, falta lo esencial, el pensamiento de Nietzsche que, si no se le conoce, no se puede comprender la ulterior disputa con Wagner. Nietzsche sigue a Wagner mientras éste con su obra busca la resurrección de la tragedia y el renacimiento de la antigüedad helénica, en la plenitud de la vida dionisiaca. Con dicha creencia, Nietzsche glorifica el genio de Wagner en quien le parece ver un nuevo Esquilo. Es el misticismo de dudosa ley de *Parsifal* el que desvanece las ilusiones de Nietzsche. Para el cultor de la tragedia esquiliana, Wagner con *Parsifal* se aleja para siempre de Grecia y de la divina trilogía: Goethe-Schiller-Schopenhauer. Es en la lucidez genial del filósofo que se produce la ruptura con Wagner. Mucho más tarde, vecino ya de la zona de sombra, es cuando convierte a su nuevo Esquilo en moderno Cagliostro. Pero Cané lee de prisa y con más prisa escribe su crónica. En esta misma charla nos regala la más extraordinaria de sus divagaciones. Da un salto de Nietzsche a Augusto Comte, recuerda que el filósofo positivista le da a la poesía domicilio en lo pasado porque no le encuentra “sitio en el porvenir de la humanidad” y cierra el párrafo con la más peregrina de sus conclusiones: “En efecto, en nuestro fin de siglo, la poesía parece un cadáver al que afanosamente los últimos tristes rimadores pretenden dar color y calor” (*Notas e impresiones*). Si hubiese incluido a la poesía entre “los asuntos que no se debe aceptar discusión”, habría dado, sin duda, otra prueba de cautela...⁴¹

⁴¹ Según eso serían “tristes rimadores”, en Francia: Mallarmé, Sully Prudhome, José María de Heredia, Francis Jammes, Jean Richepin, Albert Samain, Jean Moreas, Henri de Regnier, Edmond Rostand, etc. Bélgica: George Rodenbach y Emile Verhaeren. En Italia: Carducci.

LA COSTA REVERBERANTE Y BABILONICA

Corre el mes de septiembre. Con altas y bajas en su temperatura moral —optimista hoy, pesimista mañana— se aproxima otro invierno. Piensa en las neblinas y nevadas de diciembre y enero, y toda suerte de sombríos pensamientos le hacen ronda: “En cuanto a mí, apenas esto apriete, me meto en Cannes o Menton, me enrosco al sol y espero que este contrasentido del invierno pase”.⁴² ¿Podrá alejarse tanto tiempo sin dificultar el trámite de los asuntos en la Legación a su cargo? ¿Cuáles son esos asuntos si los franceses sólo quieren vendernos sus productos sin el menor deseo de comprar los nuestros? Cabe recordar la réplica de Cané a M. Hanotaux la última vez que hablaron de proteccionismo y librecombaio: “Nada me resta por hacer aquí”. Dijérase que lo mismo piensan en Buenos Aires: “Estoy en una completa inacción; figúrate que he tratado aquí varios asuntos de importancia, especialmente nuestras relaciones comerciales con Francia, y a todas mis notas, pidiendo instrucciones, que me son indispensables, el ministro contesta con simples acuses de recibo. Mis cartas particulares, Alcorta me las hace contestar con Pelliza. En otra época me habría desmoralizado. Hoy me limito a no escribir una palabra y a dejar correr el tiempo. ¡Pero tengo un desgano en el alma!”⁴³ En tales condiciones, bien hace en ir a la busca de lo que le falta, olvido y luz en la Babilonia de la costa reverberante. Cuando Pellegrini conozca la determinación, con su franqueza habitual le dirá: “Tómate la comodidad que cuanto menos trabajo des al ministerio, más en el tono estarás”. Se instala en Niza. Dispone, brindado por el Club, de un aposento confortable y amplio, frente al Mediterráneo. Aquí espera recuperar la salud que le viene traicionando durante los últimos años, y un poco de la alegría discreta que la pérfida neurosis le despoja al golpe de cualquier contrariedad. No bien le desaparezca la tos, preme-

En Inglaterra: Swinburne, Yeats, Kipling. En España: Campoamor y Núñez de Arce (tan de su gusto). Cito tan sólo a algunos de los poetas que viven en 1896. En este mismo año, su amigo Rubén Darío publica *Prosas profanas* y en el siguiente Lugones hace gala de su riqueza verbal con *Las montañas del oro*.

⁴² Cané a Pellegrini, París, 19 de octubre de 1896. Los fragmentos de cartas que siguen pertenecen al AMC.

⁴³ Cané a Pellegrini, París, 4 de octubre de 1896.

quita una escapada “de ocho días a Italia, a los pequeños rincones desconocidos de la Toscana”. Desde ahora se ilusiona con los goces que esa fuga le procurará, si bien no se le oculta lo mucho que ha de molestarle “en la primera posada donde encuentre un colchón duro”.

Entre tanto, acerca la mesa a la ventana, para no privarse, ni cuando escribe, del espectáculo alucinante. El mar, según las horas, tiene su color característico que ninguna paleta reproduce con fidelidad: azul intenso con el despertar de la mañana; ténue, casi dorado al medio día; gris con las primeras nieblas de la tarde, y finalmente cárdeno con el sol poniente. Las cuartillas esperan la pluma nerviosa, el tono polémico, los adjetivos tajantes. Como en París, recibe buen acopio de cartas, sin dejar una sin la respuesta que le corresponde: “Recibo muchas cartas sobre ese grato tema de la política —le ha dicho ya a Pellegrini—. La mayor parte son de amigos tuyos y míos; otras de busca-rumbos, y otras de gente que trata de sacarte *le vers du nes*, vía París. Excuso decirte que ya se me ha propuesto lanzar mi candidatura para lo que supones. Contesto a todos con la mayor seriedad, pero a lo Don Bartolo, a diez o doce mil metros sobre el nivel del mar. Pero si me apuran mucho, voy a terminar por hacer imprimir una circular muy atenta, rogándoles que, durante mi ausencia y a causa de cierto cansancio del órgano, en asuntos políticos se sirvan entenderse contigo... No se te ocurra dar una interpretación errónea a estas líneas; pocos o ningún hombre en el mundo, sabe mejor que tú, que la ilusión y yo nunca *ménage* hacemos...⁴⁴ Es la candidatura a la futura vicepresidencia de la República que circula como probable. A otro con esas cosas mientras Roca ande de por medio. Para el escéptico lo “probable” tiene el mismo valor nulo de lo “posible”. El escéptico sólo se entrega al hecho real, producido e inmodificable.

A las cartas siguen los artículos para *La Prensa*, tan leídos que se les echa de menos cuando no aparecen. Si cuelga la pluma, el primero en reprocharle la claudicación es Pellegrini: “No he visto publicada tu última correspondencia, que me anuncias. Haces mal en suspenderlas, eran leídas con mucho placer y muy buscadas, pues no hace mucho que la mayoría sabe que tú eres corresponsal”.⁴⁵ Los artículos suelen depararle disgustos a causa de las erratas con que ven la luz. En uno de ellos citaba la novela de George Sand: *Elle et Lui*. ¿Qué es lo que pusieron? En carta a Pellegrini, Cané se desahoga: “Ella y

⁴⁴ Cané a Pellegrini, París, 19 de octubre de 1896.

⁴⁵ Pellegrini a Cané, 4 de noviembre de 1897.

Luis" es delicioso y supera todas mis esperanzas. ¿Qué dirías si supieras que, por orden terminante de Pepe y por atención afectuosa de Dávila, los correctores de las cartas de *Travel* son los más letrados de la casa? Cada carta tiene tres o cuatro enormidades de ese calibre. Al principio me estremecían, porque hay algunas de esas correspondencias que juzgo lo mejor que he escrito en mi vida. Hoy me he habituado y me consuelo pensando que esa prosa, que muchos días me cuesta un triunfo escribir, se traduce en un sueldo de donde sale la pensión de Miguelito".

El epistolario de Cané con Pellegrini es profuso. La variedad de temas es infinita, desde lo nimio a lo trascendental. Política, libros, mujeres, caballos, viajes, obras de arte, semblanzas de personajes reales o inflados fugazmente por la política, vaticinios, temores, enfermedades y tristeza, rara vez falta la tristeza. Un día dice. "Vamos a ver en qué para esto. Mi destierro empieza a ser largo, pero comprendo que aún tengo dos años por delante, si Dios no se apiada de mí".⁴⁷ Otro día trasmite el fastidio que le causa la gente de Niza: "... toda esta costa está abominablemente concurrida de un mundo de mercecos enriquecidos de todos los países, de viejas inglesas asmáticas y aquí, en el Club, tengo delante de los ojos una colección de *gagas* que arrastran los pies, se pelean con los criados... No he ido aún a Montecarlo y no me tira mucho, porque allí solo hay juego y mujeres y como la bolsa anda escasa y el cuerpo pide reposo de un quehacer un poco activo que cayó últimamente, me limito a tomar sol, a leer (con lentes, *hélas!*). Hace un mes que los enarbolé!..." Nada deja por decir: "He estado muy mal de salud, pero estoy levantando cabeza. Trabajo bastante en un estudio histórico que servirá de cuadro a algunos documentos interesantes que he encontrado en el archivo des *affaires étrangères* sobre nuestra tierra. Lo destinaba a Grous-sac, pero te diré, vacilo. Le he escrito cuatro o cinco cartas, le he mandado un artículo para *La Biblioteca*, que ha publicado, le he aconsejado que publicara el "*Salto de Ascochinga*" de Lucio López, lo que ha hecho, pero no me ha contestado una palabra. Su última carta es del mes de julio. Yo le escribí en agosto una carta cariñosa, regañándole un poco sobre su violencia contra Norberto Piñero, a propósito de su edición de Moreno. Lo hice con todo afecto y me cuesta creer que se haya ofendido. Pero como es tan raro, me abstendré en adelante de

⁴⁶ Cané a Pellegrini, Niza, 7 de enero de 1897.

⁴⁷ Cané a Pellegrini, Niza, 22 de diciembre de 1896.

toda comunicación, hasta saber qué es lo que hay. Si sabes algo, dímelo, porque estoy a ciegas".⁴⁸

La ilusión, con la que nunca se marida, le trajo a la Costa Azul en busca de calor, y a todo lo largo de ella, no ha encontrado nada más que frío. En ninguna parte de Europa hay calor en invierno. ¿No es un escándalo el tener que andar en Niza con abrigo de pieles o de impermeable y paraguas? Y qué decir de Málaga, donde "el sol quema desde las once a las cuatro de la tarde, hora en que la temperatura baja de golpe de diez a doce grados y en que es necesario incrustarse en la chimenea, so pena de una pulmonía".⁴⁹ Resuelve huir, lo cual no es de extrañar, porque Cané es el hombre que huye siempre de alguna cosa que le atormenta. Ahora, "con el horror con que huía de la Suiza banal" busca el camino de Italia: "mis ojos siguen con ánsia el zig-zag de la vía férrea que serpentea en la costa y que en breve me llevará, por cortos días, a los rincones ignorados de la Toscana, donde se puede vivir en el pasado, lejos de estas muchedumbres regimentadas, de estas fiestas frías, de estos lujos chillones y de estos vicios raquíticos".⁵⁰ Si no reacciona, es de temer que enjuicie al género humano...

X

PELLEGRINI Y EL "AFFAIRE DREYFUS"

Tiene más suerte en "la dulce tierra de Italia", en la "Toscana deliciosa donde pasa "quince días bajo un cielo trasparente, acariciado por un sol que entibia y hace más ligero el aire". En Pisa, Siena y Florencia le alcanzan las cartas de Pellegrini en respuesta a cada una de las suyas. Este hombre, cuya pasión dominante es la política, no desdén el género epistolar. Sus cartas son afectuosas pero enérgicas, en ocasiones rudas, siempre espontáneas, llanas, sin pruritos formales, y habladas, tan habladas como las de Cané. Yo no puedo demorarme mucho en ellas porque la mayor parte han sido publicadas ya. Lo que más le preocupa a Pellegrini es la salud del amigo. Cada persona que llega a Buenos Aires le trae una

⁴⁸ Cané a Pellegrini, Niza, 8 de febrero de 1897.

⁴⁹ CANÉ: *Notas e impresiones*, pág. 360.

⁵⁰ CANÉ: *op. cit.*, pág. 369.

versión distinta. Desea saber lo que en realidad le aqueja. ¿Son los bronquios, el corazón o la neurastenia, enfermedad de moda que los médicos a todos diagnostican?: “He recibido tus dos últimas. Veo que tus bronquios te han vuelto a tumbar. No hay remedio. Ya estamos viejos y j... A mí es el estómago que se volvió a descomponer y me ha tenido y me tiene envuelto en franelas. Esto ya no tiene cura; si como se dilata y caigo; si no como me debilito y caigo también. Hasta la miel se ha convertido en veneno, y si recorriendo entre colmenas, un día entusiasmado arrimo los labios a un panal, como un rayo me voltea la gastralgia y quedo agonizante entre terribles dolores. No tengo gusto ni aliento para nada”. Es una manera de consolar a los enfermos recordándoles que ellos no son los únicos en padecer... “En lo de Groussac no tienes razón para dudar de él. Creo que eres el único de quien siempre se expresa sin criticar. *La Biblioteca* le cuesta mucho trabajo y adquiere fama. Hay que ayudarlo”.⁵¹

Para la neurastenia, Pellegrini usa del mismo medicamento: “... Lo que me temo es que la neurastenia te tenga doblado, habiendo días en que se está relativamente bien y otros en que parece es asunto concluído. Conozco la *nana* y aunque no mata y tarde o temprano pasa, no hay carácter ni temple de alma que la aguante. El estado de tu espíritu se nota en todo. Tu última correspondencia, una de las más perfectas, no ha dejado tranquilo a ningún amigo tuyo. Groussac me dice que tiene un trabajo tuyo, que será uno de los más serios que haya publicado *La Biblioteca*, saldrá este mes y lo esperamos. No sé qué aconsejarte, si trabajar y gastar fósforo, lo que hace olvidar las cosas, o ponerse a régimen de oxígeno y churrasco en alguna montaña para reconstruir la máquina, la *bête* que está por aplastarse. Aquí las cosas parecen estar en esa situación en que nos encontramos después de haber dormido veinticuatro horas. Hay deseos de despertarse, de desesperarse, de vestirse y salir, pero los ojos se niegan a abrirse, una modorra impide estirarse y se sigue perezosamente en la cama entre despierto y dormido”.⁵²

Algunos, sin embargo, tienen los ojos bien abiertos y puestos en Pellegrini a quien desean verle ungido Presidente. Son sus mejores amigos que ahora no le obedecen. ¿Hasta cuándo continuará sacrificándose a las ilimitadas ambiciones de Roca?: “Aquí hubo una explosión anti-roquista encabezada por mis más íntimos amigos, instigados por Roque, Vicente, José María, Carlés, Indalecio Gómez, etc. Se van apaciguando y creo que

⁵¹ Pellegrini a Cané, 8 de marzo de 1897. AMC.

⁵² Pellegrini a Cané, 4 de mayo de 1897.

no pasará de una llamarada de paja; pero en un momento amenazó complicar la situación y ponerme en el caso de tomar el vapor, pues has de saber que todos estos amigos han dado en la gracia de no hacer caso de mis declaraciones, como si fuera un comediante, y declarar que he de ser Presidente *quand même*. Hay que enojarse o reírse y como son tan buenos y viejos amigos me río y los dejo con su bondad”.⁵³ Cané también está con el grupo levantisco que ha perdido la paciencia. Se lo recuerda a Pellegrini: “De la acción política de tus amigos y míos, te he hablado ya. El momento de tomar posiciones fué cuando fui a consultarte, en tu casa, una triste mañana para mí, sobre nuestra resolución de lanzar tu candidatura. Tú entonces me hablaste grave y seriamente y desde ese momento empecé a mirar al río, comprendiendo que nada tenía yo que hacer allí. Ellos no te creen, dices, lo que es muy duro —y lo sé por experiencia, renunciar al triunfo de nuestras ideas por desistimiento o cansancio de un hombre querido, con el que se iría seguramente a la victoria— y que nadie puede reemplazar. Ellos han querido forzarte la mano, yo no lo habría hecho, porque te conozco bien...”.⁵⁴ ¡Qué mal anda todo eso! Los pellegrinistas no se conforman con la perspectiva de una segunda presidencia roquista. Quizá sea esto uno de los principales agentes de la neurosis de Cané. Desde su observatorio en la cosmopolita *Promenade des Anglais*, sigue con ansiedad el proceso que consiste, una vez más, en postergar la presidencia de Pellegrini. Por cartas y diarios que lee minuciosamente, está muy al tanto de los tejemanejes adversarios: “He leído recién hoy la sesión del Senado en la que cargaste la mano al “zonzó de arriba”; le conozco, es rencoroso como una víbora, te odiará toda su vida. Parte siempre de ese principio. Te importará poco la cosa, pero es bueno tenerlo presente como elemento de juicio”.⁵⁵ La advertencia de Cané es en respuesta a una carta anterior de Pellegrini sobre las incidencias habidas en el Senado: “El zonzó de Uriburu, que hace tiempo me está fastidiando, pues dice que yo tiranizo al Congreso pero que no he de gobernar al Poder Ejecutivo, me acabó de cargar y de despedida le puse la paleta en su lugar. Sé que ha bramado y que amenaza con sus furias!!...”⁵⁶

¡Qué cosas no se confían estos amigos y qué cosas no le dice el uno al otro sin temerle a los denuestos... cariñosos,

⁵³ Pellegrini a Cané, 15 de diciembre de 1896.

⁵⁴ Cané a Pellegrini, Niza, 7 de enero de 1897.

⁵⁵ Cané a Pellegrini, Niza, 16 de febrero de 1897.

⁵⁶ De Pellegrini a Cané, 20 de enero de 1897.

como cuando Pellegrini le envía este mensaje: "Veo que aún introduces entre tus sábanas estatuas mórbidas, y te quejas, hijo de... ! ¡Qué diré yo, a quien sólo resta ya en la tierra discutir finanzas! ¡Eres un infame!"⁵⁷

Quizá fuera mejor ordenar la vida andariega con una boda bien meditada. Hasta Pellegrini llegan ciertos rumores: "En estos últimos días has ocupado la atención del mundo político y social: primero con la noticia de tu venida, que anunciaron los diarios, y segundo con la de tu matrimonio con Panchita Ocampo, que dicen tiene su origen en las jóvenes Ocampo, recién llegadas. Me han preguntado y he preguntado, y los que debieran saber algo, nada saben, pero la bola sigue corriendo. Yo había notado por tus correspondencias, y muchos lo notaron conmigo, que la primavera había ejercido sobre ti profunda y saludable influencia. Tal vez no sea solo la primavera. Allá veremos, por mi parte, desearía de veras que todo fuera cierto".⁵⁸

Pellegrini es el eco fidelísimo de Cané, su otro yo, más sereno, equilibrado y fuerte, a quien muchas veces no es necesario decirle nada para que atisbe un estado de alma. A primera vista parecen inconciliables estos temperamentos, romántico el uno, práctico y materialista el otro. Cuando se les analiza superficialmente, acucia el deseo de preguntar, ¿cómo es que nunca se hacen daño con sus opuestas orientaciones espirituales? Pellegrini infunde sensación de fuerza, y de dominio inteligente sobre sí mismo que no se quebranta ante las resistencias que le oponen a su personalidad. Y sin embargo, es tan sensitivo como Cané y conoce vacilaciones y desfallecimientos porque "los hombres no son de acero, ni están obligados a tener como los clavos, que aun a ellos les falta la fuerza y suelen soltar y aflojar" (Aleman, *Guzmán de Alfarache*). A Cané le falta la voluntad del conductor, ambición para escalar alturas, fe en el esfuerzo y en el porvenir de las instituciones. Para ser político, le falta algo más, lo que los franceses llaman *souplesse dans le caractère* para adaptarse y triunfar de los que notoriamente son inferiores a él. Con frecuencia repite: *a quoi bon?* "¡Qué farsa la de este mundo. Gringo!". Ya es mucho muchísimo, el tener un amigo que no entra en la farsa. Pellegrini es siempre el mismo para quererle y comprenderle. Cané no tiene memoria de que su buen Gringo se le haya resentido alguna vez aun en casos que para ello habría tenido motivos. ¿Y Sáenz Peña? ¿Qué clase de amistad ha tenido y tiene con Sáenz Peña? ¿Se asemeja en algo a la de Pellegrini? Cané en carta a su hijo da la respuesta:

⁵⁷ De Pellegrini a Cané (sin fecha).

⁵⁸ De Pellegrini a Cané, 8 de junio de 1897.

“París, 23-9-1897...: Habrás notado la coincidencia de lo que te escribía con muchos pasajes de la magistral conferencia de Pellegrini en el Odeón. Ese acuerdo de ideas fundamentales te explicará nuestra vinculación política, superpuesta a nuestra íntima amistad. Con Roque no ha sido así; queriéndonos como hermanos, desde las Cámaras de la Provincia tirábamos desparejo. Recuerdo que una vez, en que le impedí triunfar, dejándole, con los que me seguían, la Cámara sin quórum, me mandó traer preso con el *Sergeant of Arms*! Tú acababas de nacer! Conseguí meterme en el zaguán de mi casa y allí hice pata ancha con la inviolabilidad del domicilio. Después nos hemos encontrado algunas veces, pero nunca a fondo. En mis disidencias con Pellegrini, incidentales, él ha tenido casi siempre razón, como los sucesos lo han demostrado”.

De la “banal” Suiza a la “deliciosa Italia” —cuatro días de hechizamiento en Florencia sin hablar con nadie—; de los misteriosos rincones toscanos, “atravesada de un salto la Europa central” y se aposenta en Bélgica donde también le han acreditado como ministro de la Argentina. Vaga y divaga en Bruselas, ciudad de gratos recuerdos juveniles. Ama al pueblo belga porque es “tranquilo, laborioso y callado” y “porque ha tenido sus horas bien amargas en la historia”. Medita en el destino de ese país y no sabe resistir al impulso, habitual en su espíritu avizor, de lanzar hacia lo porvenir una mirada henchida de inquietud. Nigromante envuelto en fatídicas visiones —guerras de exterminio seguidas de catastróficas convulsiones sociales— de improviso presiente el martirologio de Bélgica porque los franceses y alemanes volverán a combatir. Pero esta vez no se repetirá la faena relativamente fácil de 1870. Esta vez será una “cuestión de vida o muerte” para Francia y Alemania. ¿Qué harán los belgas? “...ni su independencia de hecho y de derecho, ni las convenciones internacionales, detendrán un momento la invasión de su territorio, por aquel de los ejércitos que, el primero, tenga la audacia de buscar su camino a tierra enemiga, a través de las ricas llanuras de Flandes”.⁵⁹

Cuando regresa a París con la primavera inminente —los castaños ya está en flor— experimenta una sensación de estupor con los automóviles. ¿Este hombre vive de angustia en angustia! Siéntase a escribir para desahogarse con los lectores de *La Prensa*: “¿Empiezan ya a invadiros los automóviles? ¿Están ya vuestros ojos, como los nuestros en París, condenados a ese

espectáculo desgraciado, de un coche sin caballos, moviéndose sin gracia, como un cuerpo amputado, que se arrastra hábil y desairadamente?”. Todo cambia de fisonomía con el adefesio. Hasta “la avenida de las Acacias, tan deliciosa por la mañana, empieza a cubrirse del estruendoso aparato de transporte”.⁶⁰ ¡Cuánto más hermoso es el cochecito tirado por un caballo que conduce por las umbrosas avenidas del bosque!

El repertorio de temas es inagotable. Sin embargo, de 1896 a 1898 ha dejado uno sin tratar: el *affaire* Dreyfus. En hombre tan al día en todo cuanto ocurre en Francia y fuera de ella, sorprende el silencio del asiduo corresponsal. Es imposible que no haya reparado en el drama que conmueve y agita al pueblo francés.

¿Le repugna el *affaire*? Mal puede repugnarle que se haga justicia.

¿Cree en la inocencia o en la culpabilidad de Dreyfus? Sólo sé que le ha escrito a Pellegrini y por la respuesta de éste, algo, mucho, puede barruntarse:

“Pellegrini a Cané. Buenos Aires, 19 de diciembre de 1897:

“Veo tu opinión sobre el asunto Dreyfus, cuestión que sigo con curiosidad y pena. Acaba de anunciarnos el telégrafo que Roduys abandona *Le Figaro* porque reconoce que la opinión es contraria a la revisión del proceso y que 8.000 suscriptores se han borrado. Hay en todo esto un fenómeno extraordinario, que para mí acusa un estado morbosos y grave del espíritu público, no diré en Francia, pero sí en París. Un día, una Nación sabe que por desgracia suya, se ha hallado entre los oficiales distinguidos de su Ejército, un traidor. Algo más: que el enorme delito ha sido cometido por pura perversidad moral, pues la posición, la fortuna, la familia del oficial, lo ponen fuera del alcance de toda presión o seducción venal. Se reúne un Consejo de Guerra, juzga en secreto y condena. La sentencia se cumple. Es evidente que si bien ni el Ejército ni la Nación pueden ser afectados en su honor por este hecho, tenía forzosamente que quedar sobre su frente y en el fondo de su alma, esa nube y esa pena que queda en la frente y en el alma de una familia honorable, que ve un hijo marcado a fuego por la justicia y conducido a presidio. Llega más tarde otro día, en que alguien que no es un charlatán, aun-

⁶⁰ CANÉ: *Notas e impresiones*, pág. 160.

que puede ser un iluso, anuncia que tiene las pruebas de que el condenado es inocente. Aunque el hecho enorme parezca imposible, pues había que admitir el error judicial más terrible, sin embargo, el efecto que logra y naturalmente debía producirse en el alma nacional, es esa emoción suprema, mezcla de duda y esperanza, de placer extremo y de dolor profundo, algo como lo que agita el corazón de la madre en *le force fait peur*, cuando penetra la sospecha de que puede haber muerto el hijo por quien llora. Este es el sentimiento natural de un organismo sano, sensible y racional. Pero ¿cuál es el efecto en París? Una parte, y al parecer una parte considerable de la opinión, de todas las esferas y escalas, se indigna, se enfurece ante la idea de que puede haber error judicial y no haber un traidor. Necesitan un traidor, lo tienen y no lo soltarán, declarando que sólo una banda de judíos confabulados, puede pretender hoy que el Ejército francés no contaba un traidor entre sus oficiales más distinguidos. Hay en esto algo tan absurdo, tan monstruoso, que casi creo que a la distancia se me oculta algo que inutiliza mi juicio. ¡Qué así sea y que la Francia no esté tan enferma como parece!"⁶¹

No está equivocado. Ningún elemento le falta para templar su juicio claro, penetrante, humano, justo. La considerable distancia en que se halla, le dilata e ilumina la visión con la que abarca en su totalidad el escenario donde el drama se desenvuelve. Esta carta es blasón de honra para quien la escribe. Revela el equilibrio mental del hombre en el apogeo de su madurez, casi diría de su grandeza moral si no fuese poco adicto a las frases usadas y ditirámicas. ¡Qué diferencia con el lenguaje osado y turbio de la pasión! Francia está enferma de saberse, consciente o inconscientemente, una nación que ya no realiza actos de trascendencia histórica. Pellegrini ve el descenso y presiente la caída definitiva...

⁶¹ AMC. y *Obras* de Pellegrini, t. II, págs. 482-483.

LA NEURASTENIA DE PELLEGRINI

En el año de 1898 hay un hecho significativo en la vida literaria de Cané. *La Biblioteca* (entrega de marzo), con el título: *El Falstaff de Shakespeare*, publica el ensayo que a manera de prólogo debe anteceder a su traducción del *Enrique IV*. Ha esperado casi nueve años, desde octubre de 1891 y en Madrid donde lo terminara, para entregarlo a los tórculos bonaerenses. Por lo que se ve, no es hombre que gusta de andar a prisa. Si algo es de admirar en la demora es la ausencia de temor en que su afanosa tarea dejara de ser primicia. Sabido es que entre los estímulos que le movieron a traducir ambas partes del drama shakespeariano, predominó el que no existiera ninguna versión en lengua castellana. Cuenta, pues, en su haber el mérito de ser el primero en algo que no era fácil hacer sin colaboración de antecesores, tanto más, como en su caso, el inglés isabelino le ha exigido grande perseverancia para dominarlo. Pero sin la traducción integral a la vista —habrá que esperarla todavía tres años más— no cabe ningún comentario por el momento. Es solo el coloquio de Cané acerca de su traslado lo que ahora tenemos sobre la mesa, vale decir, es la veneración por Shakespeare y el encendido entusiasmo por Sir John Falstaff.

Es difícil decir cosas nuevas sobre Shakespeare. Nadie lo pretende, y mucho menos el que se ha pasado la vida frecuentándole. Agotado el tema, y mucho más ahora después de la obra de Sir E. K. Chambers: W. S.: *A Study of Facts and Problems* (2 vols., Londres, 1930), córrese el peligro de repetir sin originalidad lo ya dicho, o de caer en un precipicio de lugares comunes: genio único, primogénito del espíritu humano, rey de la inteligencia, voz de la Naturaleza, mago que “abarca todos los pueblos” y “contiene todos los siglos” —a la manera del opulento e intolerable Paul de Saint-Victor. No. Cané no ha pensado nunca escribir sobre Shakespeare para los ingleses ni para el género humano presente y futuro. Su divulgación shakespeariana ha sido obra civilizadora en un país como el nuestro y en una época como la suya. Debió de estar poseído de valor temerario el mozo de veintidós años que en 1873 se atrevía a confesar en las columnas de un diario de Buenos Aires: “¡Y mis dioses humanos se llaman Meyerber, Shakespeare,

Miguel Angel, Gounod y Byron! ¡Sólo dos latinos! Donde hablan ellos, todo calla a mi espíritu".⁶² Donosamente ha contado Cané, mirando hacia su juventud batalladora, cómo escribió en 1878 su artículo *El Hamlet de Rossi*:

"Una noche nos encontramos con Lucio en uno de los corredores del "Politeama", y sin decirnos una palabra nos miramos a las caras con el aspecto de una tristeza infinita.

"—Variedades" está lleno —me dijo Lucio.

"—Vengo del club —contesté—, y he dejado allí no menos de cien personas, la mayor parte bozando.

"El hecho es que en todo aquel enorme teatro del "Politeama" habría sólo de dos a trescientos individuos, cuya presencia, como la de un barco sobre el mar, hacía resaltar la inmensidad del vacío que las rodeaba.

"En la escena, Rossi, interpretando a Shakespeare.

"Ni Lucio ni yo lo conocíamos. ¿Qué nos importaba el hombre, cuando el artista era nuestro y con su talento soberbio hacía palpar ante nuestros ojos el mundo gigante del trágico inglés?

"Un sentimiento de consideración por Rossi, y en el fondo un vivo deseo de darle mejor opinión de nuestro país, nos hizo poner de acuerdo para intentar un movimiento *de moda* en obsequio del ilustre artista italiano. Al día siguiente, rompí el fuego con un artículo sobre la interpretación del *Kean* de Dumas; López lanzó una de las mejores páginas que haya escrito, sobre el *King Lear*; dos días después apareció un artículo sobre *Hamlet*, seguido en breve por otro de Lucio, encuadrando la soberbia figura de *Macbeth*.

"Bastó. Cuando de nuevo nos encontramos en el "Politeama"... nos estrechamos la mano con el alma contenta y el espíritu sereno. El teatro estaba lleno y el entusiasmo crecía por momentos. La suerte de la compañía de Rossi estaba asegurada.

"¿Era nuestra obra? Como impulsión, sí; como causa, no. Nuestro público es intelectualmente indolente; necesita que le muestren las cosas..."

Es, sin duda, la obra civilizadora de Cané y de López. Desaparecido el segundo, veinte años después continúa el primero en la misma orientación, y les regala a sus compatriotas "intelectualmente indolentes" —¡qué eufemismo!— este sabroso prólogo y este *Enrique IV* que ni los españoles conocen porque

⁶² CANÉ: *Ensayos*.

don Marcelino Menéndez y Pelayo no se dió al trabajo de incluirlo en su traducción de los dramas de Shakespeare. Cuando digo sabroso aludo a la defensa que hace de Sir John como símbolo perfecto de la humana truhanería. Algo más, de la simpática y necesaria truhanería. Es Falstaff el responsable de la traducción. Enrique IV, Hotspur y Hal, futuro Enrique V, son figuras secundarias y tediosas para Cané. Sir John Falstaff “que debiera ser el título apropiado de la obra para el gusto del apologista— “resume y traduce una ancha faceta humana. Lleva el escudo, más aún, el estandarte de una familia, y hasta hoy no se divisa quien le substituya. ¿Scapín? ¿Leporello? ¡Bah! Les falta la arrogancia, la elegancia del vicio. Falstaff entra a una taberna, como d’Orsay o Brummel a un salón. Nadie absorbe un litro de jerez con más gracia. Abraza a la hostelera como Richelieu besaba la mano de Madame de Prie”. Esta defensa sin rebozo del pícaro inglés, escrita en 1884 e inserta en *Charlas literarias*, no aparece en el prólogo de 1891 que *La Biblioteca* publica en 1898. ¿Por qué? ¿Considera que se le ha ido la pluma en la elegancia del vicio y en la gracia del litro de Jerez? También ha suprimido, para suavizar, la defensa sin reparos de las costumbres antisociales de Sir John. Mantiene, en cambio, sin modificar la simbolización del vicio en la persona de Falstaff, sin severidad de moralista, por el contrario, con atenuantes que incitan a la benevolencia y la simpatía: “Falstaff no es un hombre vicioso; es el vicio amable, como todos lo hemos entrevisto secretamente en algún momento. “Es necesario haberse embriagado una vez en la vida”, ha dicho Goethe. Reunid las alegrías del vino, la expansión sonora de la sobremesa, el ardor de la sangre y el estremecimiento lascivo de la carne, la atrofia de la ambición, la indiferencia del porvenir, la ausencia del resorte moral...” Como se ve, en el traductor asoma el abogado, y algo mejor, un psicólogo. Ambos a dos encarecen la absolución del acusado “ante los jueces más severos”. Entre éstos figura el doctor Johnson con quien Cané se reconcilia “al verle criticar la dura solución de Shakespeare”, la ingratitud que consiste en ridiculizar a Falstaff en *Las alegres casadas de Windsor*, y en hacerle morir para que no participe de la gloria de Enrique V. No poca gracia salpicada de ingenuidad hay en esta indignación de Cané contra la presunta ingratitud de Shakespeare. Pero donde rebasa la simpatía, el amor de Cané por su “viejo calavera” es en el responso que le reza en la tumba creada por su imaginación.⁶³

⁶³ CANÉ: *Charlas literarias*.

En abril llega Pellegrini a París. Este su viaje en nada se parece a los anteriores, cuando optimista y clarividente venía a negociar empréstitos que salvaran al país de las maltrechas finanzas que los gobiernos —¿desde qué fecha?— heredan y legan como algo normal. Ahora el hombre fuerte ha entrado en un período de abatimiento y desgano que nunca se le conociera en su recia vitalidad. Cané, sin ocultar la angustia que le invade, pregunta: “¿qué tienes?, ¿qué sientes?” Tal vez sea la depresión moral que trae consigo la traicionera neurosis, tan gráficamente descrita por él mismo en una de sus últimas cartas: algo que se va y vuelve; algo que derriba la voluntad y destierra la dicha de vivir...

Junio es portador del número de *La Biblioteca* que contiene los dos primeros actos del *Enrique IV*. Es un motivo de satisfacción para Cané. Pero lo que más colma su amor literario es la apostilla que figura al pie de la primera página: “En el número anterior publicamos el prólogo magistral de esta traducción. Creemos del mayor interés literario ofrecer ahora a nuestros lectores la presente versión castellana del *Enrique IV*, única en nuestra lengua”. ¡Prólogo magistral! ... ¡Qué bueno está eso como coronamiento de largos y silenciosos afanes! Después, trabaja y divaga, según su costumbre, la loca de la casa, la imaginación febril. Querría saber quién es el autor de la apostilla... ¿Será de Groussac? —como para indagarlo cuando se sabe que el francés no prodiga así como así adjetivos laudatorios. ¿O será de Enrique Larreta? Vale la pena el averiguarlo, porque el joven ático, “príncipe de la generación entrante”, secunda con eficacia al maestro y le imita a maravilla el estilo en los punzantes medallones que la revista les dedica a los colaboradores, sin excluir a los involuntarios y extintos.⁶⁴ Lo sabrá. Casi por los mismos días recibe una extensa carta de Groussac:

“De Paul Groussac a Miguel Cané: Buenos Aires, 13 de mayo de 1898: *E finita la commedia!* Nuestra revista sucumbe bajo un palo de ciego ministerial. En el último número, que sale hoy, encontrará usted la historieta con su

⁶⁴ Larreta a los 23 años ha publicado *Artémis* en *La Biblioteca* (noviembre de 1896). Con esa hermosa fantasía helénica nadie podía presentir su futura gloria ramiresca: “Creo que la más valiosa consecuencia de aquella publicación fué la amistad que trabé en seguida con el gran escritor... La enseñanza que manaba de todos los dichos y gestos de Groussac y así mismo el gran ejemplo de su inexorable probidad intelectual fueron defensa contra muchos contagios... Los dos últimos números de su revista *La Biblioteca* fueron confiados a mi dirección.

moraleja. Siento mucho que haya la catástrofe interrumpido la publicación de su excelente y viva traducción de Shakespeare, muy digna de la introducción magistral. Sin exagerarme, por cierto, la importancia de mi tentativa, creo que ella es doblemente instructiva: por su principio y por su fin. Se ha visto, por una parte, que es *imposible* por ahora realizar mi programa, y por la otra, que tal programa, aunque se realizara, no despertaría gran interés en el público, y mucho menos en los fantoches dirigentes. Ahora que todo ha concluido, puedo decir lo que usted ha pensado cien veces: a saber, que en la pobre *Biblioteca* han superabundado las rapsodias sin originalidad ni siquiera asomo de forma literaria. Ahora bien; ello es todo lo que aquí se puede producir. Los artículos de usted, algunas páginas intencionadas e instintivamente bellas de Pellegrini, algo de los muertos y, por fin, una promesa de Enrique Rodríguez Larreta (*moi, je ne compte pas*): he aquí todo lo que he conseguido, todo lo que he suscitado. Lo demás es hojarasca y *remplissage*. No es mucho, sobre todo si se comprueba que no he dejado a nadie fuera. Por otra parte, el público pensante y leyente se ha compuesto en toda la República de 800 a 900 suscriptores, con una progresión natural que me abría perspectivas halagüeñas para 1950! En cuanto a la protección oficial, ya ve usted su consistencia. Entonces no había otra solución que comer el almacén, si no quería que, novísimo ugolino, me viera comido vivo por mi propia criatura. Soy, y somos, amigo mío, un cuerpo extraño en este organismo, cuyo visible ideal es el yankismo —un yanquismo que odia el trabajo. Estas democracias (cual?) de bastardos, profesan dos odios que se refunden en uno solo: el odio del espíritu, caso particular del odio general por toda aristocracia. Usted ha sido y será víctima (parcial?) de una y otra. Su pecado original es llamarse Cané, y esto se agrava con el de ser hombre de pensamiento —un literato, para soltar la injuria cruda. No será usted presidente, a no ser que viva más que el criollismo. Lo que atenúa la amargura de nuestra situación es comprobar que por allá las cosas buenas no viven sino por un resto de tradición expirante. Todo lo nuevo, todo lo fuerte y vivo, se manifiesta por la demolición violenta o la degradación lenta de la civi-

Groussac, en malos términos con el Gobierno y cansado seguramente de tan laboriosa tarea, quiso, sin duda, que la revista muriese en manos ajenas, mientras él se alejaba de Buenos Aires". (Larreta: *Tiempos iluminados*, págs. III y siguientes. Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1941).

lización que hemos amado. Algo ha muerto con Renan y Taine, que no ha de resucitar. Vamos, como decía Flaubert, al *muflisme* universal, en “alas” de la prensa y del histriionismo, que son el cuarto y el quinto poder. Entre tanto, algo de lo viejo y bueno queda por allá, aunque no fuera más que la naturaleza y el arte; y es lo que, quizá por última vez, quisiera ver dentro de pocos meses, si las fuerzas económicas me ayudan. Así le escribo también a Pellegrini; y me permito dirigir a la Legación un expediente relativo a un asunto mío, que sin duda le comunicará. Le ruego que se sirva disponer que se lo remita sin demora. Dimet me dijo noches pasadas que estaba usted con el pensamiento de venir. Deseo que no nos crucemos en viaje, pues, si poca falta le haré yo aquí, me sucederá lo contrario a mí en París. Con la esperanza de verlo pronto, y repitiéndole mi agradecimiento por el generoso concurso que ha prestado a mi finada revista, le deseo toda felicidad. Su amigo. *P. Groussac*”.⁶⁵

La réplica al palo de ciego, honra al escritor agredido. A tan larga distancia de tiempo, de poco sirve el dolerse de aquella derrota de la inteligencia. Sea por guerras o por revoluciones, en el mundo moderno la libertad individual sucumbe, y el hombre de pensamiento carece de valor substantivo.

El mes termina con una noticia que, no por esperada, deja de serle grata a Cané: el 26 de junio le han elegido senador por la Capital en reemplazo de don Bernardo de Irigoyen, que ya ejerce el gobierno de la provincia de Buenos Aires. ¡Otra vez la política! Groussac le da alcance en julio. De muchas horas disponen para comunicarse dudas, a granel, y esperanzas, muy exiguas, en el porvenir de lo espiritual. A donde quiera que miren, perciben sombras amenazantes. Además, la salud de Pellegrini —que ahora es atendido en una clínica de Neuilly-sur-Seine— a entrambos les tiene con el alma en vilo. “No bien instalado sufrió un ataque violento que puso en peligro su vida, persistiendo la gravedad en grado tan extremo, que pasó más de treinta horas en completa inmovilidad, sobre un colchón tendido en una mesa. Esa mañana de verano teníamos cita Cané y yo para dar un paseo al Bosque y almorzar por aquellas delicias. Estuve a las 10 en la calle Alfred de Vigny, donde vivía (pared por medio, precisamente, con el doctor Hayem); al abrimme, el ayuda de cámara me descargó este pistoletazo en el pecho: “*M. Pellegrini est agonisant*”. Al punto entró Cané,

⁶⁵ Inédita. AMC.

y quedamos varios segundos mirándonos con los brazos al aire, sin una palabra. Subimos en su *charrette* y llegamos a Neuilly..."⁶⁶ Al salir de una consulta, Groussac le oye decir al profesor Lancereaux: "*la neurasthénie, je ne sais pas ce que c'est!*..." "Al mes del ataque, tuvo el capricho de inaugurar, con una comida de amigos íntimos, la nueva sucursal de Pailard, en los Campos Elíseos... Cada cual desempeñaba su papel a conciencia: entre el pálido anfitrión y las damas fingidamente alegres, cruzábanse las chanzas de otro tiempo; pero caían súbitos silencios que todo el chisporroteo de Cané no alcanzaba a disimular".⁶⁷

Aunque no con la rapidez deseada, Pellegrini vuelve a ser Pellegrini. Tenía razón el profesor Lancereaux...

XII

CANÉ EN EL SENADO

La primera mirada del viajero cuando sale del puerto es para la ciudad. Es una mirada indagadora, penetrante, y aunque rápida, parece decir: ¿qué han hecho con ella o de ella? Son los ojos del Intendente Municipal los que van de aquí para allá, mientras el coche, le conduce al centro de su querido, viejo y feo Buenos Aires. Es implacable hasta con las cosas inermes porque reflejan el espíritu de los hombres. Es de rigor el paralelismo entre el continente y el contenido.

En otra ocasión ha dicho Cané que "ante nuestra eterna Avenida de Mayo", algunos "maniáticos" como él echan de menos "los rincones desaparecidos bajo el pico demoledor en los que parecía revivir el pasado, en el original y generalmente bellísimo aspecto de sus vetustos edificios". Si don Torcuato hizo "muy bien" mandando echar abajo "aquella monstruosidad de la recoba", ahora "estamos condenados por mucho tiempo a la banalidad y al mal gusto en arquitectura". Mal puede ser hermosa una ciudad sin la piedra y el mármol de Grecia y de la Toscana. Aquí, en cambio... "Mucho barro, mucho polvo

⁶⁶ GROUSSAC: *Los que pasaban*, págs. 275-276.

⁶⁷ GROUSSAC: *op. cit.*

y por consiguiente, mucho ladrillo, son las características de nuestra tierra".⁶⁸

Con ideas y sentimientos estéticos, definidos y arraigados, se incorpora Cané al Congreso Nacional el 15 de noviembre de 1898. Más de tres lustros han discurrido desde que abandonó su banca de diputado para negociar diplomáticamente en Venezuela y Colombia. Debió estar ausente un año, a lo sumo, según sus deseos y el de sus amigos. ¿Qué hará en el Senado? ¿Será un personaje solemne, suave, mesurado, de acuerdo con la noción común que se tiene de ese cuerpo legislativo, cenáculo de hombres provechosos con densa obra acumulada? La Constitución ha querido darle funciones de freno moderador de la otra Cámara tenida por joven, no sé por qué, pero de oriunde política, eso sí, y de origen popular. Los diputados, representantes del pueblo pueden ser impulsivos y hasta demagógicos. Los senadores, representantes de las Provincias en el régimen federal, tienen que dar la pauta del equilibrio y la serenidad en la meditación a falta de estímulos populares directos. Todo esto es el ideal de la sabiduría en la letra escrita; pero la realidad se burla muchas veces de la sabiduría y de la letra. El Senado argentino ha sido tembladeral de estremecedoras pasiones políticas, y sus debates, sus polémicas, sus desvaríos verbales, maridábanse difícilmente con la función a desempeñar como freno moderador. En ese ámbito se han pronunciado las más inflamadas oraciones y se han dicho los más crueles y hasta infamantes dictérios. Si aquello fué mar tempestuoso cuando Sarmiento, Mitre, Rawson, Oroño, Quintana, Del Valle, Pellegrini, desataban los vientos, ahora es plácido lago de parque urbano. No quiere decir esto que el lago no se encrespe en ocasiones o que vuelva a ser mar...

Las últimas sesiones del año 98, presididas por Mitre algunas de ellas, son tranquilas y rayanas en la monotonía propia de los asuntos, ley de presupuesto y leyes de impuestos. Las intervenciones de Cané son breves con oportunas referencias a su gestión diplomática en Francia. ¿Van a rebajar o suprimir derechos de importación a los productos de una nación? Que lo hagan, pero con un tratado comercial que establezca claramente la reciprocidad; de lo contrario pasará lo mismo que con los vinos franceses cuya elevada graduación fué rebajada por el Congreso Argentino. El diplomático burlado por M. Méline y M. Hanotaux, hablará como senador: "cuando yo me presenté a reclamar la reciprocidad... encontré oídos de merca-

⁶⁸ CANÉ: *Notas e impresiones*, págs. 374-375.

der". Reconciliado con los automóviles que le llenaron de horror en París, anuncia que la "industria del automovilismo va a producir una revolución completa y a breve plazo en los medios de transporte", por lo cual solicita que se establezca "un derecho uniforme y mínimo para todas las máquinas que existen actualmente en Europa o que se están ensayando".⁶⁹ Poca cosa, es verdad. Tampoco hay para más en ese final de período que coincide con la llegada de los primeros días caniculares. Buenos Aires se vuelve inhabitable. Mar del Plata, con su Bristol y su rambla de madera, incita a huir de la ciudad inhóspita.

1899. En la sesión inicial del período parlamentario, Miguel Cané presenta un proyecto de ley para que en el Parque 3 de Febrero sea erigido el monumento a Sarmiento. Brevemente funda la iniciativa. Se le conoce la ojeriza para todo lo que sea retórica. Cuanto menos palabras, mejor, dentro de la consabida y poco respetada definición de Gracián: lo bueno, si breve, dos veces bueno. Recuerda los antecedentes. Un numeroso grupo de amigos y admiradores de Sarmiento se reúne en la casa de don Torcuato de Alvear, a la sazón Intendente de la Capital, y decide una suscripción "eminente popular". Con pequeños óbolos se obtiene la cantidad de dinero indispensable. "La comisión, después de haber iniciado con gran entusiasmo esa tarea, dejó de reunirse, como sucede casi siempre entre nosotros en proyectos de esa clase". Es Del Valle el que lleva adelante la empresa —la suma recaudada asciende a 75.000 francos franceses— y elige al artista: Rodin, porque, según Cané, habría hallado una similitud entre el genio de Sarmiento y el del escultor, "analogía realmente curiosa y que se descubre cuando se estudia la vida de esos dos hombres eminentes". La segunda iniciativa es también de carácter edilicio: la plaza del Congreso. Desea darle a la obra que lentísimamente se construye —el ritmo lento parece corresponder al pulso nacional —la perspectiva necesaria en el frente, las partes laterales y la posterior. Sueña con una plaza monumental, de arquitectura severa, armoniosa y uniforme, como lo establece en el artículo 10 de su proyecto, el cual exige, además, que los techos de los edificios sean "del estilo llamado Mansard". Una mínima parte del sueño fué realizado.⁷⁰

⁶⁹ *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación*. Período de 1898. pág. 627.

⁷⁰ *Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores de la Nación*. Año de 1899. págs. 15 y 16. El autor de este libro, como miembro del Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires, sin conocer el antecedente legislativo que hoy recuerda, presentó un proyecto de ordenanza con la intención de reglamentar el estilo arquitectónico de los edificios en la

La tercera iniciativa es de carácter político. En Buenos Aires y en las principales ciudades de la República, la clase obrera se organiza sindicalmente, reclama mejoras materiales, y cuando les son negadas hace uso de lo que llama el "derecho de huelga". Los socialistas, cuyo partido ha fundado el médico Juan B. Justo, desde 1895 cuenta con un semanario, *La Vanguardia*, desde cuyas columnas se divulga el ideario marxista y se apoyan aquellos movimientos reivindicatorios. El "nuevo" credo, que reverdece con dos mil años de apostolado cristiano, hace prosélitos entre obreros, periodistas y muchachos que estudian a la luz de los faroles públicos. Roberto J. Payró traduce el libro de Ferri, *Socialismo y Ciencia Positiva*. José Ingenieros y Leopoldo Lugones dirigen *La Montaña*, "periódico socialista revolucionario", según reza bajo el título. El 1º de mayo de 1897, esta hoja quincenal de verba iracunda y de brevísima vida, publica un editorial de Lugones, el "poeta socialista" que Darío consagra. Está redactado en términos de fronda que no dejan presentir las futuras evoluciones del autor:

"La Canalla tiene sus días domingos. He aquí uno. Estamos ya tan distantes de la religión vieja, que hemos debido crearnos nuevos días de fiesta. No tenemos campanas para inaugurar estos días, ni flores para adornarlos, ni músicas para festejarlos. No hay día más triste que el domingo de un pueblo esclavo. Sin embargo, hay algo de inmensamente hermoso en este día de los oprimidos: la Esperanza.

"Harapientos, encallecidos, usados, extenuados, remendados, enfermos, parecemos un montón de jaulas desvencijadas, y que dentro de cada una hubiera un león. ¡Gran goce para el león es ver que está desvencijándose su jaula!"

El adjetivo "socialista", inocente y ambiguamente introducido por Echeverría y usado por la generación sansimoniana de 1837, no es lo que aterra. Otros son los vocablos que desazonan —anarquista, sindicalista— anunciadores de violentas transformaciones sociales. Las multitudes que magistralmente mueve Zola en *Germinal*, los atentados contra monarcas y jefes de Estado, sugestionan y repercuten aquí, donde llegan, como a todas partes, los libros libertarios de Bakunine, Kropotkine, Se-

Plaza del Congreso y en las avenidas diagonales Roque Sáenz Peña y Julio A. Roca. (*Diario de Sesiones del Concejo Deliberante de la Capital*, 1er. período de prórroga. Año de 1919, pág. 97). El doctor Augusto Bunge, invocando sus fueros de médico higienista, criticó la iniciativa por el "espíritu monárquico" que revelaba y por la intención de reproducir en Buenos Aires algo semejante a la Plaza Vendôme y la rue de Rivoli...

bastían Faure, etcétera. Impresionado con el fenómeno de rebelión universal, el 8 de junio de 1899, Miguel Cané presenta a la Cámara de Senadores su proyecto de extradición o sea la ley de residencia hasta hoy vigente en el país. La iniciativa no fué bien acogida, y se le opusieron reparos constitucionales. ¿Dejaremos de ser la tierra de promisión más hospitalaria del mundo? —preguntáronse los más escrupulosos. Y hasta los que temían las huelgas y las bombas, temieron el posible atentado contra la venerada Carta Magna. Miguel Cané les sale al paso dando a la publicidad un librito, *Expulsión de extranjeros*⁷¹, cuyas páginas sintetizan la legislación de las principales naciones europeas sobre el derecho de expulsar extranjeros. Todo esto, para quienes vivimos en el año de 1955, nos parece casi prehistórico. Antes de la primera guerra del 14 era permitido viajar por el mundo entero, excepto por la Rusia zarista, sin exhibir pasaportes ni certificados de buena conducta. El derecho de entrar, circular y salir era reconocido como inherente a la persona humana. Esa libertad, como tantas otras, ha desaparecido en el mundo policial moderno, donde hasta se nos prohíbe salir de nuestro país sin permiso previo.

Los lectores de *La Prensa*, con un adarme de buena memoria, pudieron comprobar que el senador Cané, tras *lungo studio e grande amore*, convertía una jocosa crónica periodística firmada por *Travel* en 1897, en severo texto de represión contra el anarquista dinamitero. La ex princesa Chimay iba a presentarse desnuda en el escenario de *Folies Bergeres*. La noticia produjo estupor y extraordinario interés. Cané sigue de cerca el incidente y escribe el artículo titulado: *Un escándalo de calibre*. M. Lépine, prefecto de policía, llama al empresario del teatro. “¿De qué habló M. Lépine?” —pregunta Cané. Es posible que recordara la ley de 3 de diciembre de 1849 que autoriza al Ministro del Interior a expulsar extranjeros del territorio francés. “Es la ley más cómoda y más útil que conozco” —prosigue el articulista:

“Me diréis que es poco hospitalaria, que no condice con los principios de fraternidad universal de que se jacta el liberalismo moderno, que está en oposición con las declaraciones de derechos y garantías de nuestra Constitución, que destruye la igualdad civil y otras paparruchas por el estilo. Los verdaderos y únicos principios de gobierno consisten en armonizar el orden con la libertad, y es muy claro que el po-

⁷¹ CANÉ: *Expulsión de extranjeros* (apuntes). Un volumen de 126 páginas. Buenos Aires, 1899.

der público, que demasiado tiene que hacer con los caprichos, veleidades y pasiones de los ciudadanos, se encuentre desarmado frente al extranjero que elige el país como teatro de sus agitaciones".⁷²

El mundo sigue viviendo la revolución presentida por eminentes pensadores desde comienzos del siglo XIX, y no se le ocultó a Cané cuán irremediable era su avance y sus consecuencias para la libertad individual y el derecho de propiedad. ¡Quién pudiera vislumbrar, exclamaba en 1896, "la significación que en 1996 ó en 2120, tendrán las palabras propiedad, democracia, parlamento!" Si ésta es una certidumbre profundamente enraizada en su espíritu —repite el mismo concepto en *Nuevos rumbos humanos*— ¿pretende hoy desviar la marcha del acontecer histórico con la sanción de una ley de residencia de extranjeros? No. Las transformaciones sociales se realizan porque nada permanece inmodificable y estático. Que nos permitan vivir ordenada y armoniosamente mientras los cambios de estructura se producen, es pedir algo contra natura. Ninguna revolución, ni las silenciosas, pero demoledoras y percibidas por el observador sagaz, concede treguas. Ninguna deja de arrollar lo que a ella se opone: instituciones, ideas u hombres empeñados en detenerla. Tiempo mediante, Cané reconocerá lealmente que la cuestión social no se resuelve con leyes como la de residencia.

⁷² CANÉ: *Notas e impresiones*, págs. 133-134.

XI

EL RECODO POSTRERO

I

SIGLO XX, ¿DONDE ESTA LA JUVENTUD?

PRIMER día del siglo. ¿Cuántos le reciben con regocijo? Repaso las crónicas y me despiertan recuerdos de infancia que tenía olvidados, por no decir extintos. La vigésima centuria es acogida con campanas a vuelo en la ciudad vibrante, como celebrando la entrada en un mundo de prodigios y ventura, en la edad de oro de la Humanidad, pues la dorada edad presentida en la prehistoria, hasta los hombres del vulgo la situaban ahora en un futuro de proximidad casi visible. Era lógico que así lo pensaran. La fe mesiánica en el porvenir de la ciencia, ensancha la certidumbre en la victoria final del hombre. Este siglo será —lo auguran las campanas— el de las grandes realizaciones de cuanto fué tenido por absurdas quimeras. En el umbral del siglo nadie duda de que el espíritu humano ejercerá dominio absoluto sobre todos los elementos, dueño y señor de la tierra y el espacio. Todo será hecho como no lograron hacerlo, a falta de técnica, los más agudos videntes: Leonardo de Vinci volará sin impedimentos, y ningún caballero de la Mancha podrá decir, sin temor a ser lapidado: *ahora en estos nuestros detestables siglos...*

¿Cómo era el Buenos Aires de 1900? Un cronista, con más memoria que la mía, y también con más años de ventaja, lo dirá:

“Fué el 1900 un tiempo feliz. Buenos Aires no llegaba a los ochocientos mil habitantes. Como gran parte de ellos eran extranjeros, la población nativa constituía realmente una gran aldea. La única inquietud colectiva de esos años fué el conflicto con Chile, que Roca arregló con habilidad. Tampoco había temores de revolución; y si es cierto que don Hi-

pólito Yrigoyen conspiraba en la sombra, no es menos cierto que la ciudad, salvo las autoridades y algunos fieles del caudillo, no tenía noticia de su actividad subversiva o no creía en ella. La crisis económica había pasado. Aumentaban de valor los terrenos y los campos y comenzaban ya aquellos "negocios" que hicieron más tarde reír a Santiago Rusiñol y que consistía en comprar hoy por diez una casa o un terreno y venderlo días después por veinte. No había grandes fortunas, pero todos tenían dinero, salvo unos cuantos muchachos que soñaban y escribían versos... ¡Hermosa época aquella de mil novecientos! Nos aburríamos un poco por falta de diversiones, pero en cambio existían la amistad y el amor. Los novios eran muy vigilados; pero cómo sabían a gloria las ternuras conquistadas a las distracciones maternas! Nadie se casaba por conveniencia, y las desuniones en los matrimonios eran fenómenos rarísimos. Aún se ignoraba el tango, y bailábamos una serie de danzas que acaso eran cursis pero que divertían: el *Pas de patineurs*, el *Pas de quatre*, la *Polca militar*. Todavía circulaban algunos tranvías arrastrados por caballos, y todavía oíase, sobre todo en las primeras horas de la noche, y hasta en barrios del centro, el melancólico organillo con su vals *Sobre las olas* o el delirio de *Lucía*, o tal cual vieja milonga. Las mujeres llevaban largos los cabellos y los vestidos y no se embadurnaban el rostro ni se pintaban las uñas. Se vivía mucho en familia, y se cultivaba la conversación y éramos sentimentales y corteses. No había los odios de ahora, y el anarquismo era una actividad más pintoresca que peligrosa, sobre todo cuando la ejercían algunos escritores famélicos a los cuales las ganas de comer les hacían amenazar con bombas de dinamita a la sociedad burguesa y despreocupada. No existían en esos años felices ni automóviles que atropellasen a nuestras personas, ni pasquines que atropellasen al honor..."¹

Pellegrini, de muy otra manera contempla la bulliciosa entrada en el siglo evocado con no poca gracia e ingenuidad por el memorialista. Cuando apenas cesa el alborozo, aparecen los diarios e invaden la ciudad, con profusas crónicas y sendos artículos vaticinadores de progresos para el mundo y la Argentina. *El País* trae un editorial de autor anónimo cuyo título, *¿Indolencia o impotencia?*, disuena con las ¡albricias! de sus

¹ MANUEL GÁLVEZ: *Amigos y maestros de mi juventud*, págs. 10-11. Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1944.

colegas. La introducción ni soslaya el tema: "En este principio de año, todo parece sonreír a la República y augurarle un porvenir grandioso". Rememora nuestros campos bajos los rayos del sol, las mieses abundantes a punto de madurar, "el ruido de las segadoras y trilladoras que abaten la espiga, la desgranar, para que el Pueblo Nuevo pueda enviar a los viejos pueblos, como generoso aguinaldo, su pan de cada día". Sigue una visión rápida de la industriosa Buenos Aires: "Si hay pobreza, se esconde para no turbar el solaz y la alegría de un pueblo laborioso y próspero". Euforia, optimismo, orgullo, porque "lejos de nuestro suelo, donde sólo llegaban ayer los ecos de nuestro descrédito, la voz —propia muchas veces— que anunciaba al mundo nuestra ruina y decadencia, llega hoy el anuncio de nuestra prosperidad, y las grandes Naciones obligadas a vivir de nuestro trabajo, se hallan en conflicto para saldar los compromisos que con nosotros han contraído".

De pronto el himno cambia de notas. El órgano solemne se convierte en clarín de alarma: "¿Quién dirigirá mañana estas huestes del trabajo y del progreso, y las conducirá a la victoria definitiva? ¿Dónde está la juventud llamada a ocupar, en día muy próximo, los comandos superiores?" El articulista busca en todas partes: "Se pasea en torno la mirada ansiosa y no se ve una sola frente que sobresalga y brille iluminada por la luz del porvenir. Niveladas todas las cabezas, parecen un inmenso rebaño de seres inofensivos, sin anhelos, sin pasiones, sin amores y sin odios, sin esperanzas ni aspiraciones. ¿Es indolencia o impotencia?" "Es indolente, profundamente indolente", responde el articulista, ya en dominio del tema, no así de los impulsos que le llevan *in crescendo* a toda suerte de adjetivos virulentos y hasta vejatorios, para terminar con otro interrogante: "¿Y mañana?... ¡Tal vez encontraremos el remedio en naturalizar al extranjero, para que se encargue de nuestros destinos!"

Cruel e inusitada diatriba. Pudo extrañar la falta de firma, cuya virtud, de suyo moderadora, habría economizado no pocos epítetos desparramados sin autocensura, como de ordinario acontece con el número y calidad de los donaires que el antifaz inspira y pone en libertad. Antes de terminar el día, el anónimo ya no lo era. De la pluma de Pellegrini habían brotado los denuestos con la intención preconcebida —repiten sus biógrafos más adictos— de sacudir el adormilado espíritu de la juventud argentina, alejada de la política como de algo inaccesible y vedado para ella. El silencio permanece imperturbable hasta el 19 de febrero en que *La Nación* publica un artículo de Miguel Cané sobre el libro de Angel de Estrada: *El color y la piedra*.

No era de extrañar que el escritor, considerado como un maestro en su época, tomara la pluma para hablar de libro tan afín con su espíritu; pero nadie pudo vislumbrar la verdadera finalidad del crítico:

“Casi diría que mis ojos me engañan. ¿Cómo? Un libro de arte, concebido en la vibración entusiasta de un espíritu juvenil, amorosamente escrito, hasta con la lentitud del que se aparta pesaroso del tema elegido; un libro sobre el color y la piedra, un libro franco y sincero, reflejando las sensaciones como las aguas la luz? Parece increíble y sin embargo, ahí está, sobre mi mesa, sonriéndome cortésmente, sin darse cuenta, en su inocencia, de todo el sereno valor moral que importa su aparición en medio de la honda tristeza de ésta nuestra vida árida, estéril, *dryasdust*, como habría dicho Carlyle”.

Quien haya leído los artículos de Cané (*Ensayos*), cotejará la similitud de giros, imágenes, vocablos, argumentos, y hasta lamentaciones, con los que ahora firma, como si el tiempo se hubiera detenido y el Buenos Aires de 1900 fuera el de 1876. Además, sigue practicando la crítica subjetiva, con reminiscencias y notas autobiográficas que sitúan en segundo plano el libro que debe comentar:

“... No he leído aún todo el libro, pero sí muchas de sus páginas, que han hecho revivir en mí sensaciones pasadas, con tal vigor sentidas en mi juventud, que han quedado iluminando vagamente mi alma y consagrando en ella para siempre el culto desinteresado de las cosas bellas y serenas. Hace treinta años recorría por primera vez, como Estrada, esos mundos encantados y soñados y siento en verdad no haber conservado mis notas de esa época, especialmente las de mi viaje a Italia en compañía de Ricardo Gutiérrez, hecho con mucho entusiasmo y poco dinero. Estoy seguro que encontraría en ellas, en lo que al culto del arte se refiere, aunque con menor corrección de forma y menos intensidad de expresión, mucha analogía con las de Estrada. Nada más triste, en el seno de un pueblo joven, vigoroso y en pleno progreso, que señalar la aparición de un libro como un hecho curioso”.

A esta altura desaparece el libro y asoma el tema verdadero, el artículo de Pellegrini... Como las increpaciones del gigante no han provocado la buscada reacción, el banderillero se

presenta de improviso y aplica lo que trae oculto entre las páginas de un libro de arte: banderillas de fuego:

“Hace pocos días Pellegrini, con su peculiar manera de hacer señas, asestó un latigazo a la juventud argentina ilustrada, por su apatía intelectual, su indolencia y su abandono, que creíamos iba levantar ampolla. Como al mismo tiempo le ofrecía un campo de acción de acceso fácil y de repercusión sonora, pensamos, también, que la reacción de la vergüenza iba a producirse y a iniciarse una vida intelectual rudimentaria, pero susceptible de desarrollo. Y el fracaso de ese llamado hecho por uno de los hombres que mayor influencia tienen hoy sobre esa juventud, aumenta nuestra tristeza y nuestra ansiedad. Sí, ansiedad, casi diría angustia; porque al fin, no se trata de producciones literarias, más o menos artísticas y afortunadas; no se trata de escribir novelas ni piezas de teatro, ni poemas, ni sonetos. De lo que se trata es de que algo ostensible, visible, nos autorice a pensar que hay una o dos generaciones de hombres, entre los que vienen tras de la nuestra, que tienen la preparación intelectual y moral suficiente para dirigir mañana los destinos de nuestro país”.

Si hay fracaso urge conocer las causas reales que lo han determinado. La responsabilidad es de las escuelas y Universidades: “nuestros tristes sistemas de educación, en el último cuarto de siglo, nos han dado, como resultante, el tipo general que todos vemos. La inteligencia natural apagada por la falta de emulación y de excitante; la insuficiencia de la preparación, inaudita hasta el punto de causar estupor; la energía moral atrofiada por la inacción y la falta de un objetivo elevado que la dignifique y la desenvuelva, una pasmosa estrechez de ideas, una falta completa de curiosidad, y cerniéndose como un miasma, sobre ese pantano, una concepción de la vida, en virtud de la cual es una tontería hacer nada que no aporte beneficio como es ser *otario* perseguir quimeras que no rinden. Es ése el tipo general, ése es el que determina la atmósfera colectiva, que encuentran asfixiante las raras excepciones que quisieran sacudir el yugo”.

Los mismos argumentos usados en el ambiente deletéreo de 1876: “¿Créis que es el cansancio o un desencanto profundo, lo que ha paralizado la pluma de Vicente F. López, Juan C. Gómez, Juan M. Gutiérrez y tantos otros?”. En 1900: “falta de emulación y excitante”. Lo único que reconforta en este principio de siglo sin esperanzas, son Mitre y López: “Y los dos viejos ilustres parécenme especímenes de una raza superior des-

aparecida; pienso cómo será el tipo moral de los octogenarios argentinos de allá por 1950, y, a la verdad, no siento no alcanzarlos". Por último, advierte que se ha "alejado del libro de Estrada", y ¡cómo! No importa, es el "libro sincero" de Estrada el que le ha permitido desahogarse e incitar a la juventud de su tierra, a "perseguir quimeras y trepar montes tras mariposas que no llevan polvo de oro en sus alas".

Lo tan deseado por Pellegrini y Cané acontece finalmente. Uno de los jóvenes alcanzado por el latigazo de aquél y las banderillas de éste, se echa al ruedo, como los "espontáneos", con el desafiante grito de: "ya veréis cómo se torea". El 21 de febrero *La Nación* publica una carta abierta que firma José Luis Murature: *La juventud argentina. Una palabra de defensa*. Es larga y bravía, pero, ¡qué cosas no se les han dicho a los jóvenes en lo que va corrido del año!: "El doctor Cané no ha sido tan severo en su juicio; pero aunque se limita a insinuar los cargos, éstos no resultan menos penetrantes, expresados en esa forma característica que si tiene el brillo del acero, tiene también, cuando quiere, su dureza". Si hay atonía, de ¿quién es la culpa? Si el pesimismo cunde, ¿quiénes son los responsables, los maestros o los discípulos? Los maestros, responde enérgicamente Murature.

Ambas partes reciben heridas en la refriega verbal... Pero la juventud, si respeta a Pellegrini, le guarda a Cané profundo resentimiento; desde aquel día organiza una conspiración contra él para minar su prestigio y acabar con su magisterio. Cané halla ocasión de expresar su dolor en la carta que le dirige a Rodó:

*"Miguel Cané a José Enrique Rodó: Buenos Aires, 21 de marzo de 1901. Estimado señor: La voz de Ariel ha llegado a mi oído no menos fresca, vibrante y juvenil que a los de Próspero en su deliciosa isla encantada. El sólo título de su libro me llevó, una vez más, a vivir horas mágicas, breves, pero siempre fecundas, en compañía del poeta admirable que, a medida que el tiempo corre, se levanta sobre el horizonte humano y se engrandece, con mayor vigor, si cabe, que el de su pueblo y el de su raza. En mi juventud, nunca dejé pasar un mes sin leer una pieza de Shakespeare. Hoy mismo, raro es el año que no lea *La Tempestad* y el *Midsummer's*. Hay en la melancolía serena y afectuosa de Próspero un eco tan profundo y sincero de lo que pasa en el alma de aquellos que llegan a la altura de la vida en que me encuentro, que casi me es difícil concebir sea comprendida por*

los que no la han alcanzado. Usted es una excepción; me atrae y llama la atención, observar, en medio de las galas de su juventud, que flamea en su estilo vibrante, la madurez del pensamiento, así como la tendencia serena y afectuosa de su prédica”.

Nótese la frecuencia, en el vocabulario de Cané, de los términos: tristeza, melancolía, ansiedad, angustia... ¿Será la tarde que avanza, el crepúsculo que se aproxima, la noche que llega? De lo que no puede dudarse es del alma reciamente herida en el último combate:

“No hace mucho, a propósito de un libro juvenil, hice, no sin tristeza y ciertamente con amargura, algunas observaciones sobre el estado de *alma* de la juventud del Río de la Plata. Me han contestado precisamente aquellos cuyo concurso esperaba. Es como si se tildara de cobardía a un batallón y salieran en su defensa los únicos que hubieran demostrado valor a toda prueba. Los jóvenes, ahogados dentro de la atmósfera de su generación, han creído justo atribuir a nuestro ejemplo, el de los viejos, el letargo reinante. Esto es inexacto y poco ecuánime, aparte de que eso de *viejos* atribuido a mi generación (la del medio siglo) es un modismo americano, no creo que se pueda sostener que el ejemplo de esta apatía profunda, de este despeggo de todo lo que no toca a los intereses materiales, característico de la juventud argentina, fué dado, de los 20 a los 30 años, por mi generación a la que pertenecieron Goyena, Estrada, Del Valle, Pirovano, Gallo, Lucio V. López, Alem”.²

Amable, serenamente, con su amigo Próspero del brazo, Cané se aleja e interna en nuestra historia para hacerle ver cómo eran y se trataban los hombres cuando despertaron “del sueño colonial”. Es difícil no reconocer en Cané, esta vez, las características del *laudator temporis acti*, regañón y quejumbroso de no hallar en lo presente la dulce fisonomía de antaño.

No fueron justos ni ecuánimes los combatientes. Uno de ellos era demasiado joven para no perder la serenidad y subirse a las barbas de sus mayores. Éstos pecaron por falta de dulzura. ¡Cuánto mejor habría sido que los representantes del pasado recordaran los densos versos de Walt Whitman:

*I know that the past was great and the future will be great,
And I know that both curiously conjoint in the present time.*

² AMC.

Cuando escribe, como cuando habla, Cané suele levantar “ampollas”, pero después se queda tan dolorido como las víctimas de sus malsonantes adjetivos. Es de admirar, sin embargo, que no renuncia a separarse de la juventud. En el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras se le enciende su lejano fervor por las humanidades y los poetas, calificados de “tristes rima-dores” en hora poco feliz...

El discurso leído en el acto de transmisión del decanato, es su moderna profesión de fe en materia de cultura. Después de recordar la frase de Víctor Duruy aplicada a la “Escuela de Altos Estudios”, que transformaría la enseñanza superior en Francia: es la planta cuyas raíces, penetrando por las grietas, dislocará las vetustas piedras de la vieja Sorbona, dice Cané: “Viene a mi memoria ese recuerdo porque, aunque no hayamos tenido vieja Sorbona que demoler... pienso que el porvenir intelectual de nuestro país, está reservado a la modesta Facultad de Filosofía y Letras, que recién sale de la crisis infantil, un papel superior aun al que cupo en Francia al vigoroso centro de estudios creado por Duruy”. La esperanza jocunda en lo que ha de ser, o debe ser, la intelectualidad argentina, irradia en las palabras que siguen: “En adelante, las inteligencias curiosas, que van a la ciencia y al estudio como las plantas yerguen sus tallos hacia la luz, no se esterilizarán en la soledad y la impotencia; aquí encontrarán... motivos de emulación y contento intelectual”. Tampoco ha perdido fe en la ciencia el positivista del 80: “Protesto... contra el próximo Brunetière que acuse de bancarrota a la psicología experimental, si no puede, en plazo fijo y perentorio, medir con su instrumental de estudio la inteligencia, la imaginación o la moralidad de un sujeto”. La fe positivista la conserva incólume: “Lo que se probará será únicamente lo que se afirma, porque el espíritu científico consiste en afirmar sólo lo que se puede probar”. Nada de “viejos métodos un tanto escolásticos”. Lo que ha de primar es el espíritu que tienda a descubrir “la verdad positiva, por medio de la observación, la comparación, la clasificación, la experiencia, la inducción y la analogía” (Liard). Insiste: “...la ciencia debe ser la región intangible, en la que sólo viven las verdades y las leyes comprobadas”. Reclama “en la alta enseñanza, la libertad del profesor”, sin “más límites que los que su propia cultura moral e intelectual le señalan”. Auspicia la superación de la historia argentina ya escrita. ¿Cómo? “...una nación culta tiene por primordial tarea, la de estudiarse a sí misma, especialmente en el pasado. Ese estudio, entre nosotros, está aún por hacerse.

Los dos monumentos que, mientras subsista nuestra patria, serán objeto de veneración, la obra histórica del general Mitre y la del doctor Vicente Fidel López, no pueden satisfacer la necesidad que sentimos de conocer la vida pasada de los argentinos con la precisión y amplitud que alcanzamos en el estudio de la historia de otros pueblos”.

El joven diputado que en el Congreso argentino defendía por el año 1880 la cátedra de griego que otro legislador consideraba “ridícula” en la Universidad de Córdoba, celebra que bajo su decanato se haya dictado por primera vez el “curso regular de griego” con un profesor que no sería menospreciado en la Atenas de Pericles.³ “Estudiar griego en nuestra época —afirma el orgulloso decano— en nuestro continente y en nuestra atmósfera, es más que anómalo, ridículo, a los ojos de aquellos que hablan muy satisfechos de la superioridad anglosajona, sin sospechar que no hay un inglés de mediana cultura que no pueda recitar el adiós de Andrómaca en el verso original”. Y al presenciar los exámenes de griego, siente “una tristeza infinita y una envidia, exenta de maldad, pero no de melancolía, hacia aquellas cabezas juveniles... ¡Felices los que aún pueden entrar a ese mundo encantado, que nosotros sólo conocemos por groseras referencias, y más felices aún los que emprendan el viaje ideal llevando como guía al eximio profesor con que hoy cuenta la Facultad!”.⁴

Miguel Cané, que ha encanecido prematuramente —sin lamentarse como Núñez de Arce a los treinta— por primera vez, y en público, menciona su cabellera y mostachos plateados. Es melancolía del atardecer la suya. A pesar de la mirada encendida, de la piel tersa, del andar firme y dominador, ¿síntese realmente viejo? No, pero el contacto asiduo con gente moza, por el contraste visible de las edades, acaba envejeciendo al que por el vigor mental y físico, todavía estrictamente no lo es. Tiene cuarenta y nueve años, y en aulas y pasillos es el “viejo Cané”. Es natural que así se sienta y se mire en el mundillo estudiantino. El *Diálogo de la Vejez* de Cicerón ¿a quien convence si no anda rozando el crudelísimo nonagenario invierno? Pero el pasar de un siglo a otro con media centuria vivida, no es cosa de burla, es cosa seria y mucho más cuando no es genio alegre

³ Don Francisco Capello.

⁴ CANÉ: *Discursos y conferencias*, pág. 38. “La Cultura Argentina”. Buenos Aires, 1919.

el suyo. Escuchémosle en el aula mayor el día de la colación de grados (20 de octubre de 1901):

“...quede sentado que esta ceremonia no sólo no es una *réclame*, sino todo lo contrario. Y la prueba es que os aconsejamos, con toda sinceridad, que no mandéis vuestros hijos a esta Facultad. La organización de la vida moderna, tal como se ha diseñado en las postrimerías del extinguido siglo, organización que, si no fuera el respeto que me inspira esa centuria admirable, calificaría de brutal, porque está basada en la fuerza y el egoísmo, exige una preparación especial en la juventud, cierto desarrollo de músculos, puños y apetitos, que nos sería difícil proporcionar en nuestras aulas tranquilas. Esa preparación es tal vez más indispensable en los países nuevos, como el nuestro, cuyos hijos van a tener que afrontar problemas vitales, al lado de los que, los que nos preocupan hoy, no tienen mayor importancia.

Pronostica la era del deporte, el triunfo de la fuerza física sin espíritu sobre el espíritu desdeñoso de la fuerza muscular. El héroe de la palestra, el laureado de carreteras, el diestro en pelotas de todo género, peso y volumen —larga es la lista de la proceridad que enardece a las multitudes— sumergirá en el anónimo a los que persistan en darse goces intelectuales y estéticos. La fuerza y la organización de la fuerza en gremios, derrota al hombre solitario que en otros tiempos triunfaba por sí mismo, sin ayuda de nadie, como Spinoza, que para vivir y filosofar le bastaba con fabricar lentes astronómicos. No es necesario ir tan lejos. En el fondo de su tenducha, Florentino Ameghino escribe la *Filogenia*, y dice las veces que durante el día interrumpe la tarea para venderles plumas y gomas a los escolares que frecuentan la librería del “Cliptodonte”. . . El amor que despierta una ciencia o arte determinados, debe de correr pareja con la capacidad para levantar un muro que separe la soledad creadora de los placeres triviales y estériles. El sacrificio que demandan estas vocaciones, que requieren concentración y soledad, es extraordinario. ¿Cuántos se hallan capacitados para no sentirse solos en la soledad?

Cané debe explicar el porqué de su consejo: “No lo hagáis, repite, porque éste es un huerto cerrado”:

“Pero si en vuestros hijos observáis alguno de grandes ojos vagos y llenos de infinitas interrogaciones, si véis que para él corren muertas las horas cuando inclina sobre un libro la cabeza juvenil, si notáis en él ese anhelo impetuoso

de saber que revela las altas inteligencias, no lo detengáis, que éste es su centro, ésta es su casa, éste es su norte”.⁵

De seguido pregunta: entre nosotros “¿quién podrá emanciparse del severo y duro impulso del siglo?” Comunica su sueño de estudiar letras y filosofía, en un ambiente propicio, amable, soledoso —como para decirlo con los versos de Fray Luis de León— en el que nada distraiga, ni ruidos ni vanidades. Sueña para su modesta casa de estudios con el destino de un Oxford y un Cambridge, “donde los estudiantes se pasean a la sombra de los árboles que son vivientes y seculares tradiciones...” Evoca los centros alemanes de cultura, Heidelberg, Carlsruhe, los norteamericanos, “orgullo nacional” y “asombro del extranjero”. Sólo allí, o en ambientes parecidos se puede estudiar con elevación y provecho porque “las vibraciones del alma nacional llegan a ellos, depuradas de todo elemento espurio”. Una ciudad universitaria es lo que quisiera en este país hasta hoy poco inclinado a valorar las actividades no lucrativas. Recuerda el ideal de Mathiew Arnold empeñado en “hacer de todo inglés, un caballero cristiano”. Sin pretender que todo argentino sea un caballero dotado de humanidades, lanza la idea de formar el ambiente de reposo donde no sea mal visto entablar diálogos platónicos y disquisiciones peripatéticas.

II

SARMIENTO... Y EL SARMIENTO

Fecha: 25 de mayo de 1900. Lugar: el Parque 3 de Febrero. Autoridades nacionales, fuerzas del ejército, población escolar y población civil compacta, esperan que caiga la túnica que envuelve el monumento de Sarmiento tallado por Rodin. En un extremo, como un islote, hay una tribuna desde la cual ha de hacer el panegírico del autor de *Facundo*, el presidente de la comisión de homenaje. El destino ha querido reservarle a Miguel Cané este instante de solemnidad y recogimiento. Es para él una hora excepcional que le permite hacer una página de historia, como es dable hacer la historia cuando todavía no separa

⁵ CANÉ: *Discursos y conferencias*, pág. 48.

un siglo de los acontecimientos y de los hombres que en ellos participaron. Pero el panegírico, en sí mismo, no admite que se le haga crítica. Como género, exige opulencia verbal, juicios absolutos, sublimación de las virtudes características y de los hechos, etcétera. Concíbese que Plinio el Joven, loando en su presencia a Trajano el Bueno —el “buen déspota”— traiga a juicio al infame Domiciano, pero no se le ve olvidar ni disminuir a otros varones en nada inferiores a Trajano. La parte substancial del discurso de Miguel Cané es la enérgica defensa que hace del espíritu en peligro de ser arrollado por el industrialismo sin sentido de la belleza. Como en los mejores tiempos de su juventud batalladora, aséstale rudos golpes y osados sarcasmos a los enemigos del humanismo civilizador:

“...cómo habría reído Sarmiento al contemplar la masa de balbuceadores de la agnosia, que forman los dos tercios de la clase dirigente de nuestro país, discutir sobre la necesidad de dar nuevo rumbo a la educación nacional y apartarla de las viejas rutas trilladas de Grecia y Roma, para dirigirlas sobre la triunfante calzada de Chicago y Tammany Hall! ¿Cómo habría reído el viejo maestro, con aquella risa socarrona que movía todo su cuerpo, al oír atribuir la superioridad anglosajona al abandono de los estudios clásicos, cuando Oxford y Cambridge no son sino vastas facultades de Letras y Alemania victoriosa aumenta día a día sus escuelas de alta cultura!”

Del sarcasmo pasa al tono grave que revela la preocupación que le aflige. Siente que su país está “en un momento de angustioso peligro”. Quisiera que los labios de bronce de la estatua dijeran a los que gobiernan “que no se forman naciones dignas de ese nombre, sin más base que el bienestar material o la pasión del lucro satisfecha. Que la riqueza, la potencia de producción, son solo gloriosas, cuando sirven para ensanchar los horizontes morales e intelectuales de un pueblo”. Es el espíritu el que redime de todo, hasta del sojuzgamiento ocasional. Insiste en el concepto: las naciones sin ideal, “aquellas para las que todo esfuerzo debe tender tan solo a la conquista de la riqueza y del bienestar, por mayor grado de esplendor que alcancen, no perduran y pasan, como Cartago, sin dejar tras ellas ni rastros de respeto en la memoria de los hombres”.⁶

Inaugurado el monumento, inicióse una polémica ardorosa en la que tomaron parte intelectuales, artistas y filisteos. Los

⁶ CANÉ: *Discursos y conferencias*, págs. 96-99.

últimos, siempre dispuestos a exhibir lo que valen en materia de gusto artístico, gritaron a voz en cuello: "no es Sarmiento. Conocimos a Sarmiento y no era así". Tenían razón. El que ellos conocieron, encorvado ya, caminando lentamente por la calle de Cuyo, tenía otra cabeza, y otra cara, y otra mirada. Descubrieron que Rodin, el del *Beso* y el del *San Juan Bautista*, ignoraba hasta los rudimentos de la anatomía humana. Clamaron contra la ignorancia del artista que, no satisfecho con dar batallas en Francia —su *Balzac*, su *Victor Hugo*— ahora venía a darnos otra con ese adefesio. No sólo los filisteos le enrostraron a Rodin su tosquedad de mal obrero tallista. Groussac limpió sus armas y se mezcló en el entrevero: "Aquel bronce dijo, no muestra el cuerpo ni revela el alma de Sarmiento". Si Rodin no era un escultor de retratos que deleitan a los parientes y amigos por el "notable parecido" —sin contar el sombrero de copa, la levita y el bastón— ¿de quién fué el error confiándole el monumento? Por entonces, no había artistas en nuestro país... Y cuando por acaso surgía uno con esperanza de futura plenitud, negábanle el agua y la sal. "Un gran toro es una obra de arte en su género, y es necesario haber producido muchos toros para poder darse el lujo de adquirir un grupo de Yrurtia".⁷

En cuanto a Cané, que le tocara en suerte —en mala suerte— vigilar de cerca, y luego presentar la obra, sólo unos pocos saben de su afligente preocupación durante dos años y de su final desencanto. El archivo del Museo Rodin en París conserva las cartas de Cané al maestro insensible a la crítica y a toda sugestión que no armonizara con su sentido amante de los símbolos: *Je le vois comme ça* —repetía inconvencible. Los alegatos de Cané impresionan por el tono suplicatorio que pone en ellos para convencer al artista de que ese su Sarmiento no es el de los argentinos; que la cabeza diminuta, y los ojos sin vida, no fueron de Sarmiento. Rodin le prometió hacer una segunda cabeza, en el sentido indicado, a sabiendas de que no cumpliría porque su arte repudiaba el retrato burgués *sur commande*:

"Miguel Cané a Rodin. Buenos Aires, le 27 Mai 1900.

Mon Cher Maître. L'inauguration du Monument Sarmiento a eu lieu le 25 Mai et nous sommes encore en pleine bataille d'opinion au sujet de votre oeuvre d'art. Avant tout, je ne veux pas vous cacher mon impression désagréable, ma déception même, quand, faisant ouvrir la caisse qui contenait la

⁷ CARLOS PELLEGRINI: *Discursos y escritos*, pág. 437. Martín García, editor. Buenos Aires, 1910.

statue, j'ai vu que vous n'aviez rien ajouté, rien retranché, en rien modifié la figure de Sarmiento. J'ai passé deux années à vous prier, vous savez avec quelle insistance, de donner aux traits et à la tête de Sarmiento toute la ressemblance possible avec l'original. M. Pellegrini avant et surtout après mon départ vous avez fait la même prière. Vous nous aviez promis de tenir compte de nos raisonnements, qu'au fond ne touchaient en rien vos idées générales sur ce qui doit être un monument commémoratif. Je vous disais de donner à Sarmiento l'attitude que vous aviez en tête, même plus outrée si vous vouliez et si c'était votre idée, mais en même temps, je vous demandais en quoi pouvait nuire à cette attitude ou à cette idée, le fait que la tête d'airain de Sarmiento eût la même forme que celle qu'elle avait en chair et en os, que les yeux eussent également la même forme, ainsi que la coiffure des rares cheveux qu'il avait? Vous avez promis plus d'une fois de faire ces modifications, mais vous n'avez tenu le moindre compte de mes prières à ce sujet...

"Comme c'est dommage! Dire que c'est vous-même qui n'avez pas voulu, par des raisons que je n'arrive pas à m'expliquer, faire taire toutes les objections contre votre oeuvre!...

"J'aurais voulu vous écrire une autre lettre que celle-ci; vous connaissez mon admiration et mon affection pour vous, mais en même temps vous devez vous rappeler la loyale franchise avec laquelle je vous ai fait toujours mes observations... Croyez-moi toujours votre très affectionné".⁸

Las culpas están, desde luego, muy repartidas. Pero en este caso, como de ordinario acontece en las relaciones humanas, el exento de culpa es el que sufre las consecuencias de las ajenas.

⁸ Carta inédita. Archivo del Museo Rodin en París.

III

EL "ENRIQUE IV" DE SHAKESPEARE

Estos años son sin duda los más densamente vividos por Miguel Cané. Aleja de sí el existir trivial, el desgano y el esfuerzo desparejo, propios del *dilettante*, que ama el arte sin voluntad creadora, según él mismo se ha definido. Al calor del entusiasmo que le hace reverdecer la confianza en el porvenir de las letras y la filosofía, publica en volumen la traducción del *Enrique IV*. Era el momento. Demasiados años había dejado pasar sin temer que se le adelantaran quitándole a su trabajo el de ser, como lo fué, la primera versión del drama histórico shakespeareano. Esa falta de inquietud por la posible pérdida de la primicia, demostraría el desinterés con que puso manos a la obra, si no hubiese explicado el verdadero motivo que le impulsara a realizarla en la dedicatoria a Aristóbulo del Valle, homenaje de reconocimiento al amigo extinto.

El hecho de que aquel libro circule en profusas ediciones desde hace cincuenta y cuatro años, no es para desdeñado. Después de la suya, han venido otras sin relegarla a la sombra que envuelve a cuanto se hace, sin inteligencia y amor. Ambas cosas revela la versión además del culto apasionado por Shakespeare frecuentado desde la juventud. La versión es buena, o más bien, relativamente buena, porque en materia de traslados no puede haberlos perfectos, y en ningún caso cuando se trata de idiomas sin hermandad de raíz originaria. Y la facundia del poeta ¿con qué riqueza verbal se cuenta para no empañarla y empobrecerla? La franqueza de Cané es hija de su honradez:

"No creo difícil, para el que tiene un poco de hábito de la pluma y sabe manejar su lengua medianamente, hacer variaciones sobre un texto, cuando éste, como el de Shakespeare, se presenta repleto de ideas, generalmente duras y sucintamente indicadas. Con diluirlas en una prosa fácil, más o menos elegante, según los recursos del traductor, puede llegarse hasta la ilusión de una obra personal. Es eso lo que encuentro detestable en casi todas las traducciones de Shakespeare que conozco; se dice que una, la de Schlegel, es admirable, no sólo por la fidelidad, sino por el vigor de la reproducción. No poseo bastante el alemán para apreciarla. Entre las españolas hay algunas buenas, y la de Cárcano, en ita-

liano, es excelente. Pero las francesas que conozco (Letourneur, Michel, Hugo, Guizot, Montégut), con notable diferencia de valor entre ellas, tienen el defecto de ser blandas por decir así. Ninguna me da la sensación shakespeariana, ninguna en la frase equivalente, prosa o verso, se acerca al golpe seco del poeta inglés, al latigazo del verbo, empleado con una adivinación instintiva para levantar la imagen buscada. Se me dirá que es el defecto de todas las traducciones; convengo, pero nunca más sensible y chocante que en este caso. Y no es que falten siempre los elementos de reproducción, los equivalentes; es que a veces, muchas veces, su empleo tiene algo de duro, de antiliterario, de anticlásico”.

He aquí la conciencia del traductor frente a las dificultades que pudo o no vencer en el largo período que le sirve para llenar la soledad y alivianarse de las desazones que trae consigo. No se ha engañado, pues no cree haber hecho algo perfecto. Antes al contrario:

“Traduciendo a Shakespeare bien cerrado, apretando el texto cuanto se pueda, cuanto la lengua que se emplea lo permita, la prosa, el estilo, la *escritura*, como se dice ahora, pierde, ¿quién lo duda?, su armonía, su cadencia convencional. ¡Pero si no se trata de hacer gustar la prosa del traductor, sino de dar una idea de Shakespeare lo más exacta posible!”

Enumera los descarríos de cuantos como Letourneur cultivan el género de las llamadas bellas infieles, y las traiciones fundadas en escrúpulos de pudibundez:

“¡Este Shakespeare tiene unas cosas! Comete faltas de buen tono, de civilidad, hasta de decencia, tan enormes, que por respeto mismo es bueno eliminarlas!”. De ahí a castrar el toro Farnesio o el Apolo de Belvedere o poner calzones de baño a las flamencas de Rubens, no hay más que un paso. Sí, todos lo sabemos, desde Pope, Johnson, Dyce, Steevens, Rome, etc., hasta Voltaire, Villemain mismo, que es de ayer y que debía tener el espíritu amplificado por el espíritu moderno, todos han criticado las faltas de gusto, señalando los defectos”.⁹

Con lo que anticipa advierte que no ha incurrido en “las villanías que con el poeta se han cometido” y que le indignan con

⁹ SHAKESPEARE: *Enrique IV*. Traducción de Miguel Cané. Arnoldo Moen, editor. Florida 314. Buenos Aires, 1900.

solo recordarlas. "Por mi parte, la menor de mis preocupaciones ha sido mi prosa; se necesita ser un "plumitivo" digno de azotes para pensar en sí mismo, frente a Shakespeare! No; he seguido el texto lo más cerca que mi conocimiento de mi lengua me permite". Es claro; el traductor ha de dominar su propia lengua tanto como la no vernácula. Cané no parece haber enriquecido su léxico habitual, nada abundante, y la escasez de recursos formales debió de agravarle las dificultades. Con todo, logra llevar adelante la empresa de modo vivaz y honorable. En cuanto a la debatida cuestión del gusto y las licencias verbales —lo más sabroso de Shakespeare— sale airoso. Se pregunta: "¿cómo traducir las escenas de la taberna de Eastcheap o de la Cabeza del Jabalí? ¿Cubrir la prosa de Falstaff y sus compañeros con un pudoroso velo y atenuando aquí, perifrasedando allá, llegar a un estilo compungido y mogigato? ¿O traducir brava y secamente vocablo por vocablo, tratar de conservar el carácter, el sabor propio del diálogo, la índole de cada personaje?" Con testa: "He tomado el último partido, bajo la advocación de Cervantes, que escribía al mismo tiempo que Shakespeare. *Don Quijote* está en todas las manos y Sancho no es más pulcro que Falstaff". Inmejorable por lo recia es la armadura con que se cubre. En España, donde escribe y termina la introducción, ha tenido tiempo de solazarse con los ingenios del Siglo de Oro, y sabe cómo llaman a las cosas por sus nombres. De no haber hecho la salvedad para justificar las expresiones crudas que se resisten a escribir los que suelen abusar de ellas en la conversación, no sorprendería el escrúpulo que le asalta cada vez —y son muchas las veces— que debe traducir *whoreson*... Puesto que su libro no es para niños ni doncellas ¿qué hace? Pone "hijo de p...". ¡Pero hombre! si es lo más castizo y anda en todas las lenguas y plumas!¹⁰

El texto es el mismo que conocimos en la entrega de *La Biblioteca* (1898). Reproduce la fecha en que fué escrito, Madrid, 1891, pero lo nuevo que contiene son las profusas acotaciones que traen las páginas. Pasado el período de pedantería erudita —bien reflejada en *Ensayos*— casi destierra las citas, necesarias sólo en quien profesa de crítico. La originalidad tampoco consiste en el silencio de lo que se ha leído sino en la forma como se aprovechan o desechan las lecturas. Dichas notas

¹⁰ Sobre la mojigatería verbal puede verse: RICARDO SÁENZ HAYES: *Entre dudas y esperanzas*, pág. 278 y siguientes. Editorial Guillermo Kraft. Buenos Aires, 1954.

—algunas pecan de largas— han sido cuestionadas.¹¹ ¿Son de Cané o de Sir Sidney Lee? El traductor no oculta la procedencia, pues entrecomilla más de una vez los párrafos de Sir Sidney y alaba su renombrada biografía:

“Con mucha posteridad a la producción de este trabajo (alude claramente a la fecha, Madrid, octubre, 1891). Sidney Lee ha publicado una vida completa de Shakespeare, que es lo más notable que haya aparecido hasta ahora sobre la materia. Tiene poco nuevo; pero su método, su claridad, las empeñosas investigaciones que le sirven de base, hacen de esa obra el libro tal vez más definitivo sobre la vida del ilustre poeta. Lo recomiendo al que de ella quiera conocer todo lo que podemos saber. (*A Life of William Shakespeare, by Sidney Lee, With portrait and facsimiles. London, 1898. Smith, Elder and Co. 15. Waterloo Place*)”.

No hay, pues, ocultamiento. Cané revela las fuentes de que se ha valido para poblar de apostillas las páginas del prólogo. La obra de Lee, como ahora la de Chambers, por la vastedad de referencias bibliográficas, tiene en mucho la impersonalidad de las enciclopedias que brindan el mundo que atesoran sin otra exigencia que la honradez mental de quien se vale de ellas. Hay, sin duda, dos faltas curiosas en tratándose de un shakespereano de buena casta, observadas por Arrieta. La primera se refiere al apellido: “Escribo *Shakespeare* porque es la manera usada con mayor frecuencia por el poeta para escribir su nombre, según se desprende de las pocas firmas indisputablemente auténticas que de él se conservan”. Lo contrario es lo cierto; las pocas firmas que se conservan dicen *Shakspeare*. El segundo error es una falta típica de atención. En la parte cuarta, dice: “Largo tiempo después de enterrarle” (a Falstaff) “Shakespeare le resucitó”. Con una apostilla rectifica lo afirmado: “Según toda probabilidad, *Las Alegres Comadres de Windsor*... siguió de cerca a *Enrique IV*”. Más curioso si cabe es que, en el artículo sobre Falstaff de 1884 y en el prólogo definitivo, casi a continuación de “largo tiempo después de enterrarle”, escribe: “Los críticos han establecido, a favor de una que otra frase suelta de la comedia, que la acción intermediaria de las *Merry Wives*, pasa en la época intermediaria de la segunda parte de *Enrique IV* a *Enrique V*. Convenido...”

¹¹ SHAKESPEARE: *Enrique IV*. Traducción y prólogo de Miguel Cané. Estudio crítico de Rafael Alberto Arrieta. Angel Estrada y Cía. Buenos Aires. Segunda edición.

Arrieta señala la honradez del procedimiento: "Sí, la nota de la última página, colocada en la primera, hubiese advertido al lector sobre la naturaleza de esas aportaciones. Porque nadie debe dudar que hubo en Cané un deseo generoso de difundir entre sus compatriotas los conocimientos que acababa de adquirir, y no un velado propósito de ostentarlos, dada la claridad de aquella nota última y los repetidos elogios, en algunas de las otras, para el especialista recién descubierto. La comprobación de que mantuvo casi íntegramente el texto de su prólogo al reeditarlos, cuando hubiera podido entretejerle muchas de las informaciones posteriores a su primera redacción, confirma la honradez de su actitud. Por lo demás, esa pieza, juzgada con criterio histórico, fué una contribución inusitada a los estudios literarios de la crítica argentina, y debe recordársela con justicia estimación".

All's well that ends well.

IV

PRIMERO, LA POLITICA

Pero ¡la política! Cuando está uno tranquilo, viene, no ya la política, sino lo político, a sacarnos de cajas, porque nadie puede vivir en torre de marfil. Con el diario matutino entra la revolución en las casas de ambiente ascético y les comunica el fuego que enciende las pasiones exteriores. Es lo que ahora acontece. Ayer, 4 de julio de 1901, aguerridas columnas de manifestantes encolerizados han recorrido el centro de la ciudad, amenazando a las autoridades y, muy especialmente, a Pellegrini, blanco de todas las iras. Hasta los estudiantes, los que todavía andan de corto, se suman a las agresiones contra el discutido hombre público.

La buena o mala política la hacen los políticos, consciente o inconscientemente, pero la realidad cotidiana tiene que sentirla el hombre más oscuro que, no por humilde y nada leído es, según la definición aristotélica, infinitamente más sociable que las abejas y que todos los demás animales que viven en grey. Esa realidad pone en evidencia la deficiente administración pública del país: el monto crecido de los gastos oficiales de la Nación, las provincias y las municipalidades, malogra el des-

arrollo de la producción y gravita especialmente sobre las clases menos acomodadas y trabajadoras; la deuda pública, que se ha cuadruplicado en los últimos diez años, sin que la población y la riqueza hayan crecido en igual proporción; el profundo desequilibrio de los valores, motivado por la rápida apreciación del medio circulante y afectando a las principales industrias; las frecuentes y violentas fluctuaciones de la moneda, que restringen y paralizan el comercio, entregando las transacciones al azar; la carestía de la vida, que disminuye los consumos y contiene la inmigración; la enorme circulación fiduciaria de 286.549.200 pesos papel, y en moneda menor, 8.616.757 pesos sin garantía tangible de oro; la in conversión de la moneda, etc., etc., no son cargos gratuitos de la oposición o de los diarios que la respaldan, son hechos sufridos por la colectividad y confesados en documento público por el político, con reputación de astuto, que gobierna por segunda vez.¹² Había que remediar el desbarajuste. Roca envía al Congreso el proyecto de unificación de la deuda pública que Pellegrini defiende como propio en el Senado. La iniciativa enardece a los opositores que fomentan los desordenes callejeros del 4 de julio. ¿Es el principio de una revolución? Así lo cree el Presidente al pedir el estado de sitio, y Pellegrini en el discurso del 5 de julio apoyando la ley de emergencia:

“Lo sucedido ayer es fácilmente explicable. La historia política de este pueblo, como la de muchos pueblos americanos, nos dice que hace ochenta años viene buscándose, por medio de la revolución y de la violencia, el triunfo de los principios y el imperio de las instituciones y de las leyes, sin haber aprendido que la revolución y la violencia es la negación radical de todo lo que sea instituciones, principios y gobierno libre”.¹³

El que teme más esa revolución es el general Roca. Nada seguro con el estado de sitio, al día siguiente de sancionado, retira del Congreso el proyecto de unificación. Pellegrini vuelve a hablar en el Senado el 26 de julio:

“...alguien le insinuó que, sacrificando el proyecto de unificación, ese plan de Gobierno, podía salvar su prestigio y autoridad, y el Presidente de la República, olvidándose de los deberes que impone el alto cargo que inviste, sabiendo

¹² Mensaje del Presidente de la República general Roca al Senado de la Nación (31 de agosto de 1899).

¹³ PELLEGRINI: *Discursos y escritos*, págs. 257-258.

que hay pensamientos de Gobierno con los que se levantan o caen los hombres públicos... no tuvo inconveniente, en un momento de cobardía incalificable, de retirarle su firma y su apoyo y arrojar la responsabilidad de una idea que era propia y que era de su Gobierno, sobre aquellos que habían colaborado en ella..."¹⁴

Politique d'abord, repite años más tarde en Francia, Charles Maurras. Sí, la política primero. Es un deber el no vivir sin interesarse por los asuntos públicos de su país; pero el escritor que entra en la política, incluso Maurras, se arroja a un abismo del que no salva la obra ni la vida. Piensa Alain que *le pouvoir rend fou*. El poder vuelve loco al que lo posee como al que lo desea poseer. *On ne s'occupe pas de politique quand on a une oeuvre à faire, qu'on sait qui vaudra sous tous les régimes*.¹⁵

Cané acaba de ver al más grande de sus amigos, burlado y entregado a la vindicta pública. Fácil es de imaginar el tamaño de su amargura. El lejano pronóstico de la carta escrita en Málaga (1887), se realiza con el sacrificio de Pellegrini. Los pesimistas aciertan casi siempre porque el número de los males es mayor que el de los bienes. Y ahora, ¿qué resta por hacer, o más bien, qué nos dejarán hacer? No caben dudas con respecto al día de mañana: en política, el ostracismo. Pero, ¿y las letras? Tenemos una pluma infatigable que nadie todavía intenta quitarnos. En cuanto a lo más necesario que la libertad exterior, ¿cómo andamos de años y de salud? Eso es ya otra cosa. Cuando un hombre piensa: tengo cincuenta años, y aunque no lo piense, lleva el sol a la espalda...

V

VISION DE BARBARIE FUTURA

Antes de finalizar el año de 1901, dos deseos acucian el espíritu de Miguel Cané: reunir en volumen sus últimas crónicas, y realizar otro viaje. A cuantos se le parecen en el temple de trotamundos, tres años en un lugar, sobre todo en este lugar, cuentan dobles, triples, cuádruples... Ambas cosas son hacederas sin gran sacrificio. Agrupa en el libro los artículos que, según

¹⁴ PELLEGRINI: *Discursos y escritos*, pág. 262.

¹⁵ HENRI DE MONTHERLANT: *Carnets* (1935-1938), pág. 149.

la índole periodística, no han perdido la actualidad dentro de un ayer aún fresco por lo reciente, es decir, notas de arte, sociales, políticas y de viaje. Ningún título más apropiado que el de *Notas e impresiones*. En breve advertencia liminar, recuerda que la mayor parte fueron escritas en Europa durante los años 1896-1897, "bajo la impresión de los sucesos mismos que las motivaban". Diarismo de buena casta.

¿De quién o de qué huye esta vez Cané? Lo más seguro es que huya, según costumbre, de sí mismo, y del fastidio, compañero indeseable de rara fidelidad. Muévele ahora un algo indefinible, suerte de repentina curiosidad por ver lo visto en lejanas existencias anteriores, cuando deseaba ser tantas, tantas cosas que le desesperaban por la lentitud del tiempo en realizarlas; porque el tiempo es siempre cruel: con los jóvenes, porque no precipita las horas; con los afortunados, porque no se detiene en la dicha o en el triunfo; con los que padecen, porque para ellos, sí, se detiene como petrificado; con los ancianos, en fin, porque les prolonga el minuto del tránsito definitivo... También se le descubre la compañía de su otro viejo amigo, el afán andariego que no se le aplaca, especie de "claustrofobia que le echa fuera de su casa y de su patria". Menos vehemente —como no le busquen— ya no tiene prisa por llegar a ninguna parte. La experiencia le ha enseñado que en la meta de los deseos sólo hallamos cuatro letras para escribir la palabra que encierra el sentido más profundo de la vida: *Nada*. Corto en ilusiones, de las que nunca fué acaudalado, cultiva unas pocas que se reducen a esto: asentarse en un lugar silencioso, lo menos frecuentado posible por gentes que no sean de su agrado y humor. ¿Dónde hallar el arcádico retiro? A pesar de su "claustrofobia" empieza a creer que lo más prudente será buscar en su tierra el lugar de reposo que necesita para evadirse de la política, en primer término, y de todo cuanto le dilata su pesimismo.

En la primera quincena de enero, Cané está en París. Mal mes para un friolero que considera el invierno "una invención absurda". La falta de sol y los reiterados días grises, tampoco son propicios para los temperamentos melancólicos. Además, ahora se fatiga mucho más que antes y con demasiada frecuencia se acatarra. En el Ritz, donde se aposenta para estar más cerca del Louvre, le escribe a su hijo: "Recibí tu carta, que habría debido seguirme a Italia, para donde pensaba partir hace unos días. Pero este tiempo atroz ha prolongado el resfrío enorme que pesqué a la llegada y que ha pasado por todas las formas amables que le es posible adoptar en su travesía terre-

nal... He leído diarios hasta el 24 y he necesitado hacer un esfuerzo muy grande, no digo para leerlos, sino para acercarlos simplemente. *Toujours la même chose et un dégoût en emprunte*. Paso mi día entero en mi Club, que, a más de ofrecirme distracciones amables (Whist, bridge, etc.), da buena comida, está muy caliente... y ofrece una buena medianoche a los que desearían echar un párrafo sobre... la ex guerra con Chile. A este propósito, aquí me he concluido de persuadir (y todo el mundo lo sabe hoy, extranjeros o no) que Chile ha reculado por impotencia y que espía la ocasión. No podemos evitar la guerra sino aumentando nuestras fuerzas. No tengo ganas de escribir ni aun cartas".¹⁶ Quizá sea ésta la primera vez que confiesa no tener deseos de escribir... En cuanto se libera de la molestia catarral, escribe algo más que cartas. De acuerdo con su costumbre, quiere estampar sobre el papel las impresiones que lleva recogidas después de casi cuatro años de ausencia. ¿Cómo ha encontrado a su querida Francia? El título lo dice todo: *Ocaso*. Aunque el tema no es fácil de tratar en pocas páginas —reconoce su complejidad— dice que no bien pisa uno el suelo francés, advierte dos "rasgos característicos": la psicología invariable del pueblo y la decadencia de la nación:

"Todos los pueblos de la Europa, los del Extremo Oriente mismo, el Japón ayer, tal vez mañana la China, modifican su modalidad, incompatible ya con el concepto de la vida actual y la necesidad de luchar por ella; todos se adaptan flexiblemente a las exigencias de un ambiente diverso al que respiraron durante siglos, todos cambian sus métodos de trabajo, sus sistemas de producción, mostrándose así dispuestos a disputar el terreno a todo competidor. La Francia, única ve que la rutina la está minando como un mal sordo e inflexible... Su población disminuye; la cifra de su comercio baja anualmente, a medida que sube la de su deuda; los hombres todos del globo que, movidos por esa claustrofobia que echa a los seres humanos de su casa y de su patria... se sienten hoy atraídos por muchos otros centros que, explotando las afinidades de raza y las facilidades del idioma, hacen esfuerzos de todo género por acaparar una parte de la incomparable clientela de París. La Francia sabe todo eso; pero su concepción de la vida es tan armónica con la estructura de la gente que la habita, que cambiarla en este momento de su vida histórica, le es poco menos que imposible. De ahí se desprende el segundo rasgo caracterís-

¹⁶ Carta inédita. AMC.

tico de lo que antes hablé: la impresión de decadencia. Decadencia innegable".¹⁷

Todo muere y desaparece. Para el positivista impertérito, es "la ley de evolución" la gran sepulturera universal "que hace desaparecer naciones enteras, imperios poderosos, ciudades estupendas, hasta no dejar de ellas ni rastros sobre la corteza del globo"; a pesar de lo cual le parece que "algunos pueblos modernos se precaven hasta donde la humana prudencia alcanza a ver". Inglaterra se defiende contra su destino inexorable, pero "cuando la isla, orgullosa como la Samos de Policrates y como ella guerrera y rica, haya desaparecido... nuevos pueblos de habla y alma inglesas, surgirán triunfantes y enérgicos, como surgen hoy esos Estados Unidos de América, que son la pesadilla de la Europa". Es también la pesadilla de Cané... Ahora se pregunta: "¿Cómo va a revivir la dulce Francia en el tiempo y el espacio?". Sigue interrogando: ¿revivirá en Argelia, en la Indochina? Su imaginación no la ve renacer por aquellos climas: "...en la imposibilidad de modificar su organismo, vivirá, como la vieja madre, en la contemplación del pasado". Algo más grave percibe y anuncia el profeta: "la nueva forma de Barbarie, el modo americano", irá invadiendo "la tierra entera, destruyendo aquí una obra de arte, allí un recuerdo histórico, más allá un monumento consagrado a perpetuar un ridículo acto de sublime desinterés..."

Cané ve legiones de picos demoledores al servicio "del contratista de casernas de diez pisos en avenidas de cincuenta metros, derribando cuanto a su paso" encuentren. Por fortuna no anuncia que los yankees levantarán rascacielos en la plaza Vendôme. Cuando "el espíritu yankee penetre más y más en los rincones hoy silenciosos del globo", París, intacto, será "la luz única que en medio de la opaca atmósfera ambiente" puedan ir "a buscar todos los asfixiados de ese triste mundo". ¿Y si por el contrario vinieran los chinos y apagarán esa única luz? En otra profecía, a la que llamó "fantaseo" de Li-Hung-Chang, le hizo soñar al virrey de Petchili, huésped de París en 1896, con "innumerables ejércitos chinos invadiendo la Europa por las llanuras rusas", para ahogar con sus hordas la civilización occidental... Con esto de los chinos, aunque por momentos lo parezca, Cané no anda de burlas. "...el día en que la China ponga en marcha dos o tres ejércitos de un par de millones de hombres cada uno... avanzarán más rápidamente en la conquista de la

¹⁷ CANÉ: *Prosa ligera*, págs. 250-261.

Europa que las hordas de Atila o Alarico".¹⁸ Ocaso de Francia y de la civilización occidental. Barbarie "al modo americano". Hordas de chinos y de rusos, por supuesto. Sol, falta sol en París, el sol que en el Mediterráneo devuelve la salud y reconcilia con la vida.

VI

PRESENTIMIENTO

En Roma después de muchos años de ausencia. Mala impresión, "un horror de ambiente entre el yankismo de segunda mano de sus grandes avenidas y los míseros restos antiguos que pierden hasta su efecto venerable". Más a gusto se encuentra en Nápoles, al que no veía desde 1871 con Ricardo Gutiérrez. Aquí es otra cosa, "barrios enteros han quedado intactos, con sus seculares y adorables pocilgas, con sus cuadros característicos..." "La temperatura pasable", "el sol más bien reactivo". Un día, en el comedor del hotel, tiene una sorpresa agradabilísima; es un flamante matrimonio argentino que realiza su viaje de bodas. Le saludan e invitan a una excursión al Vesubio, Cané se excusa, ya no está para esas pruebas de agilidad; pero insisten tan cariñosamente, y la carita de ella, vencen su razonada resistencia. A la mañana siguiente efectúan la prueba a hora tempranera. Todo va muy bien, pero cuando dejan el Funicular y comienzan a trepar por sí mismos, ahí es la cosa: "el corazón me dió la voz de alerta, llenándome el pecho de angustia y cortándome el aliento".¹⁹ El tiempo no ayuda. El termómetro baja y la lluvia suele prolongarse varios días. ¿Por qué no ir a Sicilia donde el sol se muestra sin avaricia y puede estarse uno gozando de las ciudades con aliento griego? Palermo es más accesible, y allá va en busca de la luminosa Cuenca de Oro. Horas serenas las palermitanas en las que rememora, tal vez, lo lejano y lo próximo. El cómo y el porqué de esto y aquello. El Vesubio, el pecho... Empieza a doler el pecho como en las frías noches madrileñas. ¿Será un signo premonitorio?

París a fines de marzo. La primavera no tardará en llegar. La luz se vuelve más diáfana y los castaños empiezan a rever-

¹⁸ CANÉ: *Nota China* En *Notas e impresiones*.

¹⁹ Carta inédita. AMC.

decer. Miguel Cané pasa días tranquilos, la mayor parte de ellos “en unas nuevas salas del Louvre en las que han instalado muebles maravillosos de los 3 Luises”. Luego “come con algunos amigos del Club, muy agradablemente”. *L'Epatant* está como ayer, como siempre. ¿Qué sería de él sin el Club a las horas que necesita hablar? —porque hablar es liberarse de la lima sorda de sus cavilaciones—. Si hubiese frecuentado a Gracián, echaría a rodar los conceptos del aragonés: “Es el hablar efecto grande de la racionalidad... Habla, dijo el filósofo, para que te conozca”.²⁰ Después de comer, “la noche a *Variétés*, donde se da *Les Deux Ecoles*, una comedia de Capus deliciosa y deliciosamente interpretada”. A las once y media regresa al hotel. Se acuesta y, de pronto, ve una carta sobre la mesa de noche:

“Miguel Cané a su hijo: Era la del 28 de Febrero, en la que me cuentas la visita a Molina y la afirmación de éste de que el alma de mis mayores y la nuestra palpita ya en germen en las entrañas bendecidas de mi hija queridísima. Puedes imaginarte mi profundo contento. El sueño descendió sobre mi cansado cuerpo y mi no menos fatigado espíritu, envuelto en encajes blancos y rosados, como los que somborean tenuemente la cama de un niño. Un momento, pensé en lo que deseaba que fuera, en el sexo del tirano que se anuncia desde las profundidades ontogénicas, como diría Haeckel. ¿Varón o mujer? Varón, es la estirpe asegurada, el nombre perpetuado; mujer, es la ternura, es la sonrisa de los viejos años del abuelo, es... Además, para varón hay tiempo, porque ese jueguito, cuando comienza, suele seguir por buen rato. Quiero, pues, mujercita, con los ojos, la cara y el alma de la madre —y si quiere concentrar en lo suyo, por atavismo, rasgos del espíritu de las nobles mujeres de la casa que no viven ya sobre la tierra, quiera la naturaleza hacer reflejar sobre el corazón de la esperada niña, la serenidad celeste de la que te dió a ti la vida y la augusta e inagotable bondad de aquella de quien nació. Ahora, si es varón, me parece que me consolaré fácilmente, pero en la espera siempre de la delicia de mi nietita, me inspiraré en el ejemplo de Mrs. Copperfield”.²¹

Es una página que no es dable hallar en ningún libro de Cané, como todo lo que se hace sin saber que lo hacemos, con la tersura del lenguaje hablado a solas con la conciencia. En el

²⁰ GRACIÁN: *Oráculo*.

²¹ AMC.

silencio de la noche, mientras va escribiendo, diciendo, conversando su carta, el cuarto extranjero, hasta entonces vacío, frío, repentinamente se puebla de imágenes, de voces quedas, de miradas, inolvidable la primera, la más dulce, e inolvidable la última, la más suave...

"Cansado el cuerpo y no menos fatigado el espíritu". ¿Qué importa eso si habrá sonrisas para los viejos años del abuelo?

En el año de 1902 los conflictos sociales se agravan. Nadie quiere considerar seriamente la existencia de una "cuestión social" en la Argentina, como si fuera el único país donde el obrero vive sin apremios. Se ha forjado la leyenda de la tierra pródiga y de las fortunas fáciles, y no se concibe que los obreros de hoy no sean los millonarios de mañana, a ejemplo de este austriaco, de ese italiano, de aquel recio vascongado. Causa escándalo que un joven, Alfredo L. Palacios, para graduarse de doctor en leyes, haya escrito una tesis que trata de la miseria en la República. Atribúyese el malestar reinante a la influencia deletérea de las ideas exóticas, sólo explicables en naciones de poderoso desarrollo industrial, y a los "agitadores de oficio", promotores de las huelgas. Como el general Roca tiene entre cejas que la revolución no duerme, decide esta vez pedirle al Congreso que convierta en ley el proyecto de extradición de extranjeros, olvidado, por escrúpulos constitucionales, desde que fué presentado por Cané en 1899. Además, se habla de una Ley Nacional del Trabajo y de la posible reforma electoral a regir en los comicios próximos. Es el reconocimiento explícito de lo que se niega: la cuestión social y la indiferencia política a falta de libertad para elegir. Lo ha dicho Pellegrini, (15 de octubre de 1903), en el discurso pronunciado en el Café de París al separarse de la Convención de Notables, "notables a su modo": "La escuela de la obediencia pasiva, armada con el poder oficial, es la que ha triunfado y se ha impuesto, pero el partido político a que pertenecemos ha desaparecido; porque un partido político es un organismo combinado para convertir en acción la voluntad popular, libremente expresada, con ideas y principios libremente discutidos, simpatías, aspiraciones o ambiciones libremente proclamadas, sujeto todo a la disciplina de las mayorías, que es la ley suprema de la democracia. Nada de esto existe ya; todo ha sido franca y públicamente suprimido sin recato y sin escrúpulo".

Cané prefiere callar por el momento, pues a su escepticismo político, también filosófico y moral —el ser humano no será nunca mejor de lo que es— le cuesta alistarse en una cruzada cuyo resultado presiente desastroso. No acepta ningún despotismo, aunque sea o pretenda ser ilustrado; y en cuanto a

la democracia y la voluntad popular, teme y cree que el futuro les pertenece a las masas desde el siglo anterior en movimiento. Saldrá a la calle por Pellegrini —a quien ve vencido— si el amigo resuelve ir a la lucha contra la omnipotencia del hombre que gobierna. Lo único que desea es reposo, vivir con los suyos y en el campito pampeano que a duras penas ha logrado adquirir. Buenos Aires, cosmópolis, no le agrada, como tampoco le seduce a Pellegrini, que prefiere la gran aldea, humilde, sin electricidad pero con ideales, entusiasmo y fe en lo porvenir:

“La gran aldea de entonces no tenía ni anchas avenidas, ni soberbios palacios, ni inmensos parques, ni el suelo alisado por el asfalto, ni la noche iluminada por la electricidad; pero tenía un gran Presidente, tenía candidatos que representaban ideas, tendencias y anhelos nacionales, grandes partidos organizados, energías populares, vida cívica intensa, se agitaba, en una palabra, en esa aldea, un pueblo libre y soberano”.²²

También Cané, en esta ciudad nueva, que no le parece suya, se siente despedido hacia el pasado y lo hermosea con las cualidades que no barruntaba frente a ellas.

En prolongado lamento confiesa: “Echo de menos en nuestra sociedad actual, aquella cultura, aquel alto nivel intelectual, aquel amor por nuestras primeras y rudimentarias manifestaciones del arte, ese gusto por las letras y aquella prensa que apasionaba al pueblo por el ardiente debate de sus derechos y ejercía sobre él la influencia sana que le daba su noble desinterés y la autoridad que le conferían los altos caracteres que le imponían rumbos”.²³ ¿Qué significa este ver lo no visto en su hora, este querer tardío de lo censurado con acritud? Es un fenómeno conocido de disgregación de la personalidad cuyo primer quebranto es el de la memoria retrospectiva.

Estamos habituados a toda suerte de transfiguraciones, porque el vivir es una incesante construcción y destrucción. Es casi natural que el demoledor se vuelva conservador; que el ateo se ilumine de fe causando regocijo en el Paraíso; que el alma resplandeciente de divinidad pacte con el infierno... Cané asume la defensa de la moral cuando fulmina la ópera de Mascagni. ¿De qué moral? ¿De la religiosa, fundada en dogmas que no profesa, o de la burguesa, cimentada en convenciones cuyo artificio desdeña? Es cosa de averiguarlo. En 1884 alardea de

²² PELLEGRINI: *Discursos y escritos*, pág. 342.

²³ CANÉ: *Discursos y conferencias*, pág. 108.

cuanto hace para que el artista Rossi lleve a las tablas a Sir John Falstaff; el mismo año publica la defensa del libérrimo personaje y la reproduce en el prólogo del *Enrique IV* en 1898, y por última vez en 1900:

“Si me habláis de leyes, sentido moral, respeto a la propiedad ajena, dignidad... dejemos la partida, porque no vamos a entendernos. Falstaff no tiene, no ha tenido, no puede tener esas virtudes consagradas por la jurisprudencia y el catecismo. Si no ha cortado la cola a su perro como Alcibiades, es porque no tiene perro, no le necesita. Bardolfo, Nym, el insigne caporal, Poins, Pistolet y sobre todo su Hal querido, el heredero de la corona, el futuro Enrique V, le bastan. El hombre peca por la carne ¡y él tiene tanta! ¿Cómo no perdonarle?”

Si la ópera de Mascagni, *Iris*, es una obra de arte, y lo es, tampoco reza para ella el “sentido moral” puesto en sorna cuando los timoratos quieren aplicárselo al “hombre que peca por la carne”. Dice bien, porque en los dominios del arte puro, situados más allá del bien y el mal, tampoco tienen entrada las restricciones civiles de la vida en común. Escuchémosle:

“Mi padre profesaba en materias de literatura y arte, ideas análogas a las de Teófilo Gautier; creía que la belleza artística era independiente de la moral y de toda otra noción que a ella no se refiera. Tengo en mi poder algunas páginas inéditas en las que narra el caso de aquel devoto *bourgeois* que compró casi todos los cuadros mitológicos de Julio Romano, el mejor discípulo de Rafael y los quemó en holocausto a sus sentimientos; de acuerdo con Heine, que citando el mismo incidente, declara que el ferviente sectario merecía subir al cielo y... ser azotado allí diariamente por cretino”.²⁴

El hombre que nace con el hábito de pensar adquiere el derecho de contradecir. Cané, a esta altura, parece escudarse en el derecho de contradecirse para contradecir a los demás... Como ayer, entabla hoy procesos contra lo que le falta a su país para ser el primero en lo mejor: espiritualidad, sentido estético, acciones desinteresadas que se malogran en el ambiente fenicio. El desplante es simpático por la nobleza de la causa que defiende, pero se deslustra con el olvido de lo pasado y de su actitud disconforme con el fenómeno utilitario aborrecido por los

²⁴ CANÉ: *Charlas literarias*.

hombres de su generación y de su misma calidad mental. El tiempo es el responsable de estas transfiguraciones en el modo de apreciar, pues, en su marcha desdeñosa de las miserias humanas, nos aleja de lo que vimos y de lo que fuimos frente a los acontecimientos deficientemente recordados y juzgados en la senectud. Por último, para comprender las contradicciones de Cané y la crítica sistemática de cuanto le rodea, debe tenerse presente su idiosincrasia que no le concede el placer de sentirse a gusto en ninguna parte. A poco de llegar a una ciudad, penetra en el fondo malo que las cosas encierran en sí mismas.

Con tal carácter, rígido, inflexible y unilateral, no es de extrañar que Miguel Cané ejerza en Buenos Aires una rectoría con visos de dictadura mental. El artículo periodístico es su preferido instrumento de expresión, bastón de mando, varita mágica y fusta. Todo lo que escribe está inspirado en la hora actual: un libro, un discurso, un programa de enseñanza, una pieza de teatro, una costumbre que se debe corregir... hasta la dimensión correcta de la falda que las mujeres han de llevar... Por derecho propio, como en la magistratura romana, desempeña funciones de censor a fin de conservar las buenas costumbres de los antepasados (*mores majorum*). ¿Cuánto tiempo ejercerá la severa y peligrosa misión?

Desde la excursión al Vesubio tiene presentimientos y se pone a seleccionar sus artículos y discursos para formar sendos volúmenes. La tarea es dificultosa entre lo mucho que lleva escrito con premura y a cuenta de mayor calidad. Le fastidia lo espeso y largo, como a todo buen cronista que huye instintivamente de cuanto puede fatigar. Ya lo ha dicho: más de una vez ha tenido "la idea de escribir un libro serio, repleto de cifras, chorreando estadísticas..." Confiesa que ninguna dificultad le habría malogrado la empresa, pero, es poco utilitario... y prefiere escribir algo con placer, a doblegarse bajo el esfuerzo de una elaboración penosa (*En viaje*). *Voilà justement ce qui fait que votre fille est muette*. Lo que ahora separa pertenece a la familia placentera o lo que abandona cuando desaparece el gozo de la pluma vertiginosa: "El arte en España", prólogo al "Velázquez" inconcluso, y los tres capítulos de la novela igualmente inconclusa: "En el fondo del río", "De cepa criolla" y "A las cuchillas". También elige recuerdos, con los que debió redactar sus memorias de vida andariega: "Una visita de Núñez de Arce", "Por montes y por valles", "Mi estreno diplomático". Siguen páginas de más aliento: "Nuevos rumbos humanos", "Sarmiento en París", "La cuestión del idioma", y dos crónicas: "Tucumana" y "Ocaso". Nada inédito. Ahora

falta el título, cosa sería de verdad. Un buen título puede immortalizar un libro sin lectores, *La gran aldea*, por ejemplo. Cané opta por el más sencillo y hasta humilde: *Prosa ligera*, hermano consanguíneo de los que le precedieron: *Charlas literarias*, *Notas e impresiones*. Es feliz, justo, honrado, pero el crítico, por lo general agudo, no vislumbra el partido que le van a sacar los enemigos que se ha granjeado en la nueva generación que murmura contra su prolongado magisterio. En efecto, desde que circula el libro, convierten el título en juicio y lo aplican a todo lo que lleva producido. "Cané ha encontrado, por fin, el título que más le convenía" —arriesga Groussac en su tertulia nada numerosa... La hirviente mocedad de Juan Pablo Echagüe, que anda en busca de una polémica consagratória por su resonancia, le dirige rudo ataque. Ilusiones. Cané se envuelve en silencio, *guarda e passa*... Rubén Darío le escribe desde París: "Lo que más me place en sus obras es la sencilla elegancia, la inconfundible distinción, el raro buen gusto. Aquí mismo es difícil encontrar todo eso. Ha tiempo que quería decirle estas cosas; y no me perdono el no haberle frecuentado, a su paso por París, últimamente".²⁵

En 1904 termina la senaduría de Cané, o lo que es lo mismo, por tercera vez termina esa vida política a la que fué, *malgré lui*, como también fué a la diplomacia —*chien de métier!*— también a pesar suyo... Es el hombre cuyo trágico destino le obliga a ser lo que no desea ser. Si cada cual representa en su esfera una comedia irrenunciable porque es humana, bien está que se acomode para representar el papel que armoniza con su idiosincrasia; pero que a Hamlet le obliguen a hacer de Falstaff o a Sancho de Quijote, he ahí la crueldad, el desencuentro consigo mismo en un perenne andar buscándose, malhumorado y tedioso. Cabe preguntar con justificada impaciencia, después de tantos ires y venires, ¿qué es lo que en realidad quiso hacer en su vida y de su vida? ¿Escritor? Desde luego, mas como en la Argentina las letras no dan condumio, acaricia una vocación complementaria, más sólida y resistente a las vicisitudes: el campo pampeano, los ganados y las mieses. Hay más probabilidades de escribir un buen libro criando vacas que hacer un buen libro redactando artículos o vistiendo el uniforme diplomático para andar sin sosiego de capital en capital. Si bien un tanto tarde, hállase hoy en condiciones de realizar el sueño que teje y desteje desde la mocedad: se hace propietario de un campo adquirido con economías heroicas. ¡Tiempos

venturosos aquellos que permiten comprar a doce pesos la hectárea! Relee el *Quijote*, y le vuelven en tropel los refranes: "cada gallo canta en su muladar". Por fin cantará donde le place. Pero el campo está pelado, raja el sol, hay que plantar árboles. Luego es necesario poblarlo con valiosa ganadería. ¿Cómo? Y sembrarlo para que las mieses engalanen y enriquezcan la tierra pobre. Y por cima de todo, hay que construir una vivienda, aunque sea de tablas. ¡Cuánto, cuánto por hacer, y sin más fortuna que las églogas virgilianas! Por desgracia, no bien empieza uno a cortar las tablas para la casa, como un chiflón de viento se nos entra por la memoria el más tenebroso de los aforismos: casa hecha...

Hay que esperar un poco más. Cada vez que Miguel Cané se propone vida agreste y reposada, la política le sale al paso y dispone lo contrario. Los amigos se reúnen en torno de Pellegrini y le acompañan en su arresto antirroquista. Pellegrini será senador —afirman. Pellegrini no será senador —replican los adictos al gran elector. Y se inicia la cruzada con la enfática divisa: "contra el fraude y contra Roca". Cané entre los cruzados, le toca la faena de un discurso para la noche del 1º de marzo en el teatro de la Victoria. En buena hora posterga el ansiado retiro, por unos días nada más, porque esa última intervención en favor de la candidatura senatorial del Gringo, le permite exponer conceptos que no se le sospechaban al autor de la ley de residencia:

"La cuestión obrera, la más grave de las cuestiones sociales de nuestro tiempo. Es en vano aferrarse a las antiguas ideas de resistencia y contra la reivindicación de derechos inviolables, apelar al gendarme, como en la vieja historia humana. ¿Creéis acaso que esas huelgas que a cada instante estallan entre nosotros, responden todas a maniobras de agitadores sistemáticos o descontentos caprichosos y sin base?

"Las huelgas, las reivindicaciones sociales legítimas, no se resuelven apelando a la ley de residencia, que es una ley concebida y sancionada contra el crimen y no contra el derecho; no es movilizándolo el ejército y haciéndolo odioso a aquellos cuyo sudor fecunda nuestra tierra y crea la riqueza nacional"²⁶

De cómo el espíritu conservador de un hombre puede abrirse ante la realidad para verla y comprenderla. Es el único modo de no sorprenderse después con los acontecimientos irreparables.

²⁶ CANÉ: *Charlas literarias*, págs. 133-134.

Con este discurso, en la parte señalada, Cané recupera el paso y vuelve a ser el liberal de la Legislatura de Buenos Aires y el ojo avizor de *Nuevos rumbos humanos*. Prudencia, buen sentido en lo dicho; no aventura pronósticos de victoria electoral. ¿Cómo decir que Pellegrini será vencido nuevamente? El que lo anticipa es otro amigo y víctima del régimen:

"Ramón J. Cárcano a Miguel Cané. Estación Cárcano, 6 de marzo de 1904. ...si alguna fuerza fuera capaz, en este momento, de resucitar la opinión nacional fallecida, sería guía y motor la conferencia del "Victoria"... En Córdoba, la gente oficial descuenta el triunfo de Villanueva. Afirman que el Presidente ha regresado para votar por aquél y dar el ejemplo, y que si no tuvieran asegurado como está el éxito, votarían por Mitre. Se vé que el general Roca está resuelto a cerrar de cualquier manera las puertas del Congreso a Pellegrini, y hará lo que quiera mientras lo dejen hacer impunemente. Él no teme a elecciones ni a votos, que por su parte, los falsifica o los compra. Tiene miedo solo a la fuerza armada, y en este caso, usted lo ha dicho: "no hay hombre más valiente".²⁷

El pronóstico de Cárcano fué certero. Al finalizar el año, Pellegrini viaja por los Estados Unidos y escribe para *La Nación* sus *Impresiones y reflexiones*. Serenidad, ponderación, justicia. El menor asomo de envidia segundona en las seis cartas prolijas, densas, orientadoras. Pellegrini contempla al gran pueblo del Norte sin ojos recelosos de político hispanoamericano. Se ha curado ya de aquella belicosidad de otros tiempos cuando soñaba con unir las escuadras argentina y chilena para hacerles frente a los norteamericanos... No es de los que mueren cuando se aleja. Por el contrario, cuanto más se aleja más se siente su personalidad. Desde París, le escribe a Cané el 8 de noviembre de 1904 comentando el primer mensaje del Presidente Quintana:

"Recibí los diarios hasta el 13 y leí el discurso de Quintana. Nadie le habrá negado capacidad para producir un documento bien pensado y bien escrito, y si algún reparo hay que hacer a su primer mensaje, es afirmar que es capaz de producir algo mejor. Naturalmente todas sus declaraciones merecen aplauso, pero todo eso nada significa. Lo creo sincero, pero sé también que de buenas intenciones está

²⁷ Fragmento de una carta inédita. AMC.

empedrado el infierno. ¿Podrá realizar lo que promete? *That is the question*. Su ministerio poco podrá ayudarle. Sarmiento creyó necesario ayudarse con Vélez, Gorostiaga, Avellaneda, Tejedor, etc. Avellaneda llamó a Irigoyen, a Pizarro, a Sarmiento. Mitre, antes había asociado a Rawson, Elizalde, Costa. Yo no me habría encargado de la tarea sin la ayuda de López, Roca, Costa Gutiérrez. Ahora Quintana cree tener bastante con Castillito, Carlitos Rodríguez y González —y de la comparación resulta que, o él es un gigante que se basta, o las funciones del Gobierno han descendido enormemente. La verdad es lo último y este descenso es la obra de Roca en su última administración, en la que el cargo de Ministro, que antes era la gran aspiración de todo hombre de estado, ha sido reducido a un empleo de presupuesto al alcance de cualquier mediocridad”.²⁸

Miguel Cané está en la Pampa. Ha levantado “las instalaciones de la estancia, muy modestas, de una categoría un poco más alta que la carpa de campaña, en donde las rendijas dejan colar el aire frío” que se esfuerza por tapar con diarios.²⁹ Salud, optimismo. Es difícil reconocer al desesperado y desesperante lector de Leopardi. Pero ¿hasta cuándo?

VII

PALLIDA MORS

31 de diciembre de 1904. Noche de San Silvestre. Año nuevo, ¿vida nueva? Nada es nuevo en este invariable mundo viejo. El día de mañana será como el de hoy. Haremos las mismas o parecidas cosas. Terminaremos una lectura y empezaremos otra. Le daremos cuerda al reloj, símbolo convencional del tiempo que huye, nos transfigura a cada instante y acaba destruyéndonos... Escribiremos una carta, ¿para qué?, pues para lo que es humano, humanísimo; para liberarnos de lo que pesa demasiado sobre nosotros.

²⁸ AMC.

²⁹ JOSÉ MARÍA BUSTILLO: *Mi rumbo cívico*, pág. 14. F. A. Colombo, editor. Buenos Aires, 1942.

"Miguel Cané a su hijo: Te escribo el último día de este año negro que, aun en las pequeñas cosas, se despide para mí de manera desagradable (conflictos en la estancia de todo orden, personal, molinos, hacienda, etc.). ¿Me ves en medio de este lío? ¿No es cosa de echar a todo el mundo a la calle y prenderle remate?... Hoy estamos en el último día hábil y no creo que este año miserable se despida con nada bueno para mí. Ahora, si contra mi esperanza, el 1905 arrecia en vez de amainar, es cosa resuelta que la vida, después de cierta edad, es una tontería, cuando los años no pueden vencer el temperamento y traer una indiferencia que haga soportables todas las miserias, especialmente las chicas, que son las más incómodas".³⁰

La poesía de la pampa ha desaparecido. Todo lo que llevamos a término trae desencantos, es decir, nos trae la realidad que por anticipado desfiguramos imaginándola de otro modo como es. Y el terrible temperamento, más o menos inmutable, dando guerra porque nos hace sufrir lo indecible por cualquier nimiedad, hasta por una mirada. Cané se ha esforzado en moderar los impulsos que en ocasiones le llevan a la ira antifilosófica capaz de arrojar por la ventana el cuerdo tratado de Séneca. No hace misterio de la lucha que sostiene con su manera de ser. En carta a Ernesto Quesada le dice: "Quiero que se acentúe en mi espíritu cierta tendencia a la tolerancia, que he conseguido conquistar con esfuerzo sobre algunas violencias de mi temperamento..."³¹ Reconocimiento honrado e implícito de su intolerancia anterior reflejada a lo vivo hasta en sus juicios literarios en los que el crítico yerra por exceso de admiración o de antipatía. Sin pretender deshumanizarlo, busco en el crítico la capacidad de aquilatar lo que no está dentro de su órbita sensible o de sus cánones, tanto más temibles cuando más rígidos sean. El esfuerzo por acercarse a lo verdadero, lo bello y lo justo, no consiste en aceptar la iniquidad, como los dogmáticos lo insinúan. Si no hay dos seres exactamente iguales, ¿cómo han de reaccionar del mismo modo ante los fenómenos que les rodean? La realidad concreta, de la que tanto abusan los que presumen de "realistas", se compone de experiencias individuales, y éstas difieren de individuo a individuo. Innumerables, infinitos son los ángulos de contemplación y percepción; cada espíritu tiene el suyo, el que le corresponde a la urdimbre de

³⁰ AMC.

³¹ ERNESTO QUESADA: Introducción a *Notas e impresiones* ("La Cultura Argentina", Buenos Aires, 1918).

su textura mental. El intolerante supone que el ángulo que le es propio, es el único bueno para atisbar las complejidades del mundo.

Cané ha sido un hombre intolerante hasta lo absurdo. Sin inquietudes metafísicas, negábase a reconocer que los demás pudieran tenerlas. Bastábale la ciencia, la enfática religión de la Ciencia y la del Arte, con las que el hombre se supera y da la medida de su grandeza rayana en divinidad. En la hora del examen de conciencia —que es un mirarse a sí mismo por dentro— echa de ver la dimensión de su intolerancia. Entonces quiere reducirla, y exterminarla, si le fuera posible. Una prueba tiene dada con la segunda edición de *JUVENILIA* (1901). En la advertencia preliminar, le dice al lector:

“Si modificara una sola línea de estas páginas, las más afortunadas de las que he escrito, creería destruir el encanto que envuelve el mejor momento de la existencia, introduciendo, en la armonía de sus acordes juveniles, la nota grave de las impresiones que acompañan el descenso de la colina”.

¿No ha modificado una sola línea? Si modificar es limitar, determinar o restringir las cosas; si es reducirlas a los términos justos, moderando el exceso; si es cambiar la forma o el fondo de algo, Cané ha modificado el texto originario, lo cual es lícito, y es un derecho que no se le puede negar al escritor en la tarea, nunca satisfactoria, de mejorar su estilo. Pero en este caso, no sólo se ha modificado una frase por otra, una palabra por otra con el deseo de ennoblecer lo escrito casi veinte años atrás, sino que se han suprimido frases enteras, consideradas, tal vez, immoderadas, impertinentes. Veamos un ejemplo de pasaje suprimido y reemplazado por el que atenúa la violencia:

“Yo he conocido hombres brutos en mi vida; he estado con frecuencia en las Cámaras, he viajado, he leído muchos diarios, y en mi casa ha habido constantemente sirvientes gallegos”. (Viena, 1884).

“Como prototipo de torpeza, nunca he encontrado un *spécimen* más completo que nuestro enfermero”. (Cap. XXII. Edición de 1901).

Refiere su negativa a comulgar en la iglesia de San Ignacio y lo que le dice al sacerdote: “Paso, padre” —pero suprime enteramente el pasaje que sigue:

“En ese acto, lo repito, había un fondo de respeto por la fe ajena, por la religión misma. He evitado siempre en lo

posible entrar en las iglesias, porque no teniendo la fortuna de creer, me habría sido imposible, sin un esfuerzo insuperable e hipócrita, conservar una actitud, más que respetuosa, recogida. En Italia mismo, donde las iglesias son galerías artísticas (no he visto nunca una sala de baile más elegante y lujosa que San Pablo, en Roma), no penetraba en ellas durante las horas de oficio”.

A una inquietud le sucede otra. El espejo ya no refleja aquella silueta de finas líneas características en la mejor edad. Hay cosas que difícilmente aceptamos. El 17 de enero le escribe a su hijo desde Mar del Plata: “...síntomas de obesidad alarmantes; ayer 72 kilos, o sea, de aumento, 11 kil. en un año y cinco k. en un mes”. El mar le trae reminiscencias lejanas. Siente la cabeza despejada, y le acucia el deseo de escribir algo más denso que las crónicas habituales. Dentro de cuatro días cumplirá cincuenta y cuatro años, vale decir, que no ha terminado aún el período intelectual receptivo y creador. Ruskin en el umbral de los setenta echa de ver: “¡Cuán repulsivo es el pensar que uno debe morir cuando la vida comienza a interesarnos!” Cervantes escribe la segunda parte del *Ingenioso Hidalgo* a los cincuenta y siete. Quédale, pues, una extensa perspectiva de tiempo.

El mundo hispanohablante celebrará en mayo el tercer centenario del *Quijote* y los españoles de Buenos Aires han buscado el concurso de quien fué ministro de la Argentina en Madrid y no ha dejado de amar a España. Tienen previsto un cuadro escénico: “En casa de los Duques”, y le han encarecido a Cané la elección de uno de los personajes, el que más le plazca, para que redacte lo que deberá decir.

¡Qué bien sienta una relectura del *Quijote* tras largos años de frecuentar libros ingleses y franceses, más pegadizos los últimos que los primeros! Es como la vuelta a casa del hijo pródigo, arrepentido, haraposo, maculado, hambriento... El español de buena cepa que hay en Miguel Cané, de improviso siente que la sangre le corre con más prisa por las arterias dilatadas. Así es como redacta las palabras que el Duque, burlas aparte, le dirige a Don Quijote.

Del cuadro escénico es lo que gustó más al público del Odeón la noche del 7 de mayo de 1905. Fué también la hora más venturosa de Miguel Cané, al escuchar de los labios de un actor castizo, su español de buena prosapia. Tampoco es conjetura el pensar en el caudal de estímulo que recoge. Nunca como en ese instante le han celebrado. Sobran, pues, motivos para recon-

ciliarse consigo mismo, y echar por la borda esos temores y escrúpulos que le paralizan la voluntad cuando le viene la idea de escribir un libro orgánico, si no invulnerable, imperecedero. ¡A escribirlo, pues! ¿Y el tema? Cualquiera será bueno porque lo que menos cuenta es el tema, secundario en la obra de arte. Con un melón y dos manzanas sobre una bandeja, el talento de un pintor hace una obra maestra. La vida más humilde, más rústica e ignorada le da ocasión a Flaubert para escribir el mejor de sus cuentos. A la obra, pues, sin reparar en el tema...

Pero la fatalidad, el personaje principal en la tragedia de nuestra existencia, ronda en torno sin que sintamos la levedad de sus pasos. Nos sigue de cerca, nos vigila y engaña. La euforia no es un estado que se prolonga indefinidamente. Asoma hoy, desaparece mañana. Los hechos imprevistos, aun los más insignificantes, alteran el humor, empañan la visión, malogran el ritmo del trabajo. ¿Y qué decir de la tiranía de los menesteres prosaicos y de los compromisos sociales? Así está viviendo Miguel Cané, con toda suerte de alternativas. El estudio de abogado, el artículo firmado o anónimo para *La Nación*, el comentario que le piden para una revista, el prólogo para el libro de un amigo... Es difícil dedicarse seriamente al único trabajo que agrada con tantas obligaciones y solicitudes, amén de las normales miserias físicas que nos visitan después de los cincuenta. En las postrimerías de mayo llega la noticia de la muerte de Martín García Mérou en Berlín. Para Cané es una parte de su vida que se le va con ese amigo querido. ¿Por qué los más jóvenes han de irse primero? Reacciona luego. Piensa que le falta un deber por cumplir; quiere expresar en público lo que Martín ha sido para él y lo que representa en la literatura argentina ese gran laborioso.

El prólogo que debe escribir es para el libro de Roque Sáenz Peña: *Derecho público americano*. "...me cabe una buena parte de responsabilidad en la publicación de este libro..." —dice—. Es su costumbre, incitar a los amigos a que reúnan sus páginas olvidadas.

Por primera vez ha tenido dificultad para escribir. No está en su temperamento el hacer ditirambos, y si los hace, le salen mal. Es el drama del escritor a quien le sobra sentido crítico y honradez mental. Cuando se trata de un amigo íntimo, ¿cómo decir que esto no le agrada, que aquello ahora es viejo, que eso otro es bueno para dicho en hora candente más no para leído con reposo diez años después? Es por demás incómodo y tanto más arriesgado siendo él, Cané, uno de los responsables en la exhumación de esos trabajos que el amigo no pensaba

dar a la imprenta. Para salir de apuros con éxito nadie iguala a un periodista de raza. Es de notar que el libro de Sáenz Peña es, en buena parte, una diatriba contra la política internacional de los Estados Unidos. Cané, en sus buenos tiempos o en sus malas horas pasadas en el canal de Panamá, tampoco admiraba a los norteamericanos —los yankis, para herirlos más—; pero ya no ve las cosas de la misma manera ni con los ojos de Sáenz Peña. Con eufemismos transparentes lo dice. Salvadas las reticencias, el prólogo exalta la devoción de Cané por su amigo, a quien presenta ya en condiciones “para ascender al rango supremo en el que la naturaleza, por la fuerza de la evolución y del progreso, elige a los conductores de hombres y de pueblos”. Me parece algo rara esta ingerencia de la naturaleza en la política terrena. ¿Qué es un hombre en la naturaleza? Ya lo sé, el junco pensante de Pascal; pero la naturaleza lo ignora de tal suerte que puede ser junco sin pensamiento, tigre o gusano. Cané termina con una página bien intencionada, transparente, punzante contra el gran enemigo de Sáenz Peña, el general Roca. Mucho más interesante para mí es la evocación de la amistad que le une desde la mocedad.

Algo más le queda por hacer. El barco que trasporta los restos de García Mérou se acerca a Buenos Aires. Cané escribe un discurso. El 30 de agosto todos los oradores anunciados, menos el maestro, despiden al noble escritor. La tarde anterior Cané había enfermado sin que nadie precisara la causa. ¿De ver morir lo que tanto quería? Al día siguiente retoma su acostumbrada actividad y frecuenta los lugares que le son familiares.

Al esbozar esta página, que se acerca al epílogo de mi relato, pienso en lo fortuito y me pregunto si alguna fuerza irresistible y oculta determina los encuentros inesperados. Debíó de ser la primera o segunda mañana soleada de septiembre cuando vi salir a Cané de su estudio de la calle Reconquista, firme, joven el paso, brillantes, húmedos los ojos, tersa la piel, immaculado el mostacho abundante, sin una arruga el traje gris claro de Sackville o de Bond Street. Contaba yo dieciséis años, pergeñaba articulejos en revistas sólo conocidas de sus redactores y tenía leídos los libros de Cané en las aulas del Colegio por él immortalizado. A falta de multitud espesa y niveladora, entonces no eran meras sombras las que se deslizaban indiferentes o agresivas a nuestro lado. Eran Mitre, Roca, Pellegrini los que pasaban sin pompa ni ruido, y a quienes muchas veces seguíamos por las calles céntricas de la villa con privilegios de Corte. Cané y yo nos miramos fijamente. Él lo hizo con dominio, su ingénito dominio, y a la vez con un algo de curiosidad y sim-

patía propias de quien pretende conocer al que nunca ha visto y le une, sin embargo, una vinculación inexplicable por lo misteriosa y perdurable. Me individualizó, estoy seguro. Yo era su lector invisible destinado a revivir sus angustias y andanzas medio siglo después...

El 5 de septiembre Miguel Cané moría de modo casi repentino. "...*placidaque ibi demum morte quievit*" (*Aeneidos. Lib. IX, 445*).³²

³² Los diarios de Buenos Aires relataron todos, más o menos con los mismos detalles, los últimos momentos de Miguel Cané: "Restablecido, al parecer, de la indisposición que estos últimos días lo retuvo en cama, el Dr. Cané salió ayer después de almorzar y pasó las primeras horas de la tarde en su estudio. Poco antes había manifestado que sentía cierto malestar, sin darle importancia alguna. Atribuía su estado a un simple resfrío y a eso de las tres y media regresó a su casa, manifestando que iba a acostarse. No tuvo tiempo de desvestirse; el mal, una vieja afección al corazón, lo atacó de pronto e inútiles fueron los esfuerzos del Dr. Fidanza, acudido desde el primer momento y que empleó todos los recursos de la ciencia para conjurar el desenlace que se imponía, fatal. Un cuarto de hora después el Dr. Miguel Cané había dejado de existir" (*La Nación*, 6 de septiembre de 1905).

XII

EPILOGO

LAS GENERACIONES ENEMIGAS

Yo, hundido desde mi infancia en el torbellino de la acción: la acción política, la acción periodística, la acción parlamentaria o administrativa, la acción caótica, en una palabra, propia de nuestro país: . . .

MIGUEL CANÉ

I

LA POLEMICA EN TORNO DE CANE

PRESINTIÓ Miguel Cané la posteridad de *Juvenilia*? No lo creo. Fundamento la duda en el escaso número de ediciones —tres a lo sumo— hechas en vida del autor. Cané debió costearlas de su peculio, como sus libros anteriores. Los seis años postreros tampoco debieron nutrirle ilusiones de supervivencia literaria, porque la nueva generación, la de 1900, combatida por él, a su vez le criticó acerbamente. De lo que no cabe dudar es que, en el trasplante definitivo, el viajero llevó consigo la certidumbre de haber sido querido por un grupo de amigos entre los cuales, el nombre de algunos no se ha borrado todavía de las estatuas. “Pellegrini no quiso hablar ante el sepulcro del amigo; ni volvió a tomar la palabra en público hasta la conferencia que dió en el *Prince George's Hall*”¹ “...el golpe fué tan brutal y tan brusco que quedamos mudos —le escribe Pellegrini a don Angel Floro Costa. Recién me voy habituando a la verdad de que Cané no existe, a fuerza de contemplar vacíos los lugares en que todos los días lo veía”.² Sáenz Peña también guardó silencio: “...puedo asegurarle al heredero de su nombre y de su corazón, que el mío sangra sin cesar por la herida profunda que amarga mis días y no lloraré nunca bastante mi gran dolor”.³

El historiador Ricardo Rojas rememora las exequias:

“Hablaron en la Recoleta, solemnizando las exequias, Adolfo Saldías, historiador de la tiranía que dió a este ar-

¹ GROUSSAC: *Los que pasaban*, pág. 280

² AMC.

³ ROQUE SÁENZ PEÑA, en la dedicatoria manuscrita de *Derecho público americano* al doctor Miguel Cané (hijo).

gentino cuna accidental en Montevideo; Mariano de Vedia, que había alguna vez compartido con Cané periodista la vida intelectual de nuestra prensa; Rodolfo Rivarola, que acompañaba a Cané universitario en las tareas iniciales de nuestra Facultad de Letras; Enrique Rodríguez Larreta, que sentía en el ilustre muerto una afinidad racial de temperamento y de cultura. Aquella ceremonia, a la cual asistí, y los juicios póstumos de los principales periódicos argentinos, fijaron en la opinión contemporánea el indiscutible valor de esta personalidad que es, por sus calidades y defectos, una de las más representativas en la generación de 1880. La influencia de Miguel Cané ha sido enorme en su ambiente porteño mientras vivió, y si después de su muerte sus libros pueden parecer inferiores a su pontificado de otra época, nadie les negará nativa gracia del ingenio y adquirida elegancia del estilo, pues sus mejores páginas revelan hasta dónde se había refinado, bajo las sugerencias cosmopolitas, aquel viejo espíritu porteño que solía mostrarse solemne o apasionado en los prosistas anteriores”.⁴

Amplíemos la crónica un poco más. Enrique Larreta dijo en su discurso:

“Miguel Cané ennoblecía a su país. Nadie como él, con su sensibilidad rara y sus hallazgos de expresión y de ingenio, de escritor auténtico, ha justificado nuestra confianza de que contamos, aquí, para una cultura venidera, con una de las razas más elegantes del mundo. Reflexione cualquiera en lo que hubiera llegado a dar de sí, en un gran centro europeo, entre los poderosos estímulos tradicionales, un espíritu como el de Miguel Cané que, casi adolescente, ofrecía, como un desborde espontáneo, ese encantador florecimiento matinal, esa deliciosa *Juvenilia* que hará relucir siempre a los ojos de las más remotas generaciones su rocío de gracia y de frescura, como una rosa perdurable. En cuanto a sus libros de viaje puede afirmarse que figuran entre los más geniales y entretenidos de la lengua castellana. Además de escritor excelso, Miguel Cané fué un fervoroso patriota, a la manera antigua y un hidalgo cabal. Su prosa de estremecimientos íntimos, como su propia voz, resonaba como un violoncelo y cantaba las cosas generosas y puras. Un buen gusto de alma bien nacida la hacía impo-

⁴ RICARDO ROJAS: *La literatura argentina*, t. VIII, págs. 710-711. Librería “La Facultad”. Buenos Aires, 1925.

sible descender a lo mezquino, a lo sórdido. Pertenecía, por cierto, a una generación exaltada. Ayer el país era pobre; pero no así el alma de sus hijos, que estaba todavía muy cerca de las épocas heroicas y de los ejemplos de abnegación. Yo me inclino reverente ante este soñador que fué a fuerza de ideal, un gran ciudadano. La muerte misma es hermosa y cantante sobre sus despojos. Las más radiosas seducciones del mundo, en el largo peregrinar, habían ido llenando el vaso escogido de este cerebro que acaba de romperse; y, ahora, paisajes de todos los países, bellezas y glorias y recuerdos de todos los tiempos se desprenden de su tumba luminosa y hechizan el aire. Y he aquí que este espíritu nos ofrece todavía, en el instante supremo y, como un perfume volcado, su don de emoción profunda y de inspirada armonía. Adiós, amigo y maestro”.

Angel de Estrada, predilecto de Cané desde la publicación de *El color y la piedra*, publica en *El Diario* un artículo tan sentido como justo: “Poseía un temperamento que sacaba del matiz, de la rima, de la nota, lo que transporta al poeta, al pintor, al músico. Sobre todo su sensibilidad musical era extrema”. No es desdeñable, por cierto, el juicio de Roberto J. Payró, cuyo comentario necrológico redactado para *La Nación*, serviría luego de prólogo al libro póstumo de Cané: *Discursos y conferencias*: “...Como su autoridad de escritor y crítico era indiscutida, guiaba a la opinión, naturalmente, sin esfuerzo en materia literaria, como si él mismo ignorase su influencia ¡y cuán noblemente!”

Lo aseverado por Payró acerca de la invulnerable o invulnerada autoridad de Cané como escritor y crítico, es una exageración comprensible por el género a que pertenece su artículo de necrología encomiástica. Lo cierto es que no hay ningún escritor, en ningún país de cultura propia y densa, que sea intangible. Le rendirán acatamiento dentro del círculo de sus admiradores, mas fuera del ambiente afín será discutido por los que disientan con sus principios éticos y estéticos. Si se convierte en señala-caminos y en dispensador de títulos de idoneidad literaria, entonces siembra y cosecha mayores resentimientos, por lo que aplaude como por lo que repudia. Miguel Cané, crítico severo, en ocasiones agresivo, mal podía salir ileso de las refriegas de pluma. Su coraza era frágil, pues no presentaba en la polémica una obra recia y comparable a la de los maestros en el género. Además, el conflicto que se suscita entre las generaciones, es un fenómeno de trascendencia histó-

rica, normal, deseable y saludable. La discordia que separa a la generación adulta, próxima a desaparecer, con la nueva, joven y pujante en vísperas de llenar claros, se origina en ideologías y temperamentos disímiles. Entre una y otra la distancia es semejante a la de los padres con los hijos cuya armonía relativa sólo se salva por el amor. La generación adulta, llamémosle concluída, cree haberlo hecho todo de la mejor manera imaginable, y no admite que nada sea capaz de superarla. La que llega encuentra exiguo el legado, se niega a recibirlo y destruye para construir a su modo.

Veamos cómo juzga Miguel Cané en 1896, y con qué independencia, a la generación de 1837:

“...La influencia del romanticismo francés había penetrado y conquistado los espíritus americanos, con más fuerza, ayudada por la imaginación, que treinta años antes los enciclopedistas. A mis ojos, esa influencia no pudo ser más perjudicial para el porvenir de las letras argentinas. La lucha constante y la excitación intelectual que traía, habían producido un núcleo de escritores que, librados tal vez a su propia inspiración, habrían reflejado en sus libros el ambiente, el color, el sabor de nuestra tierra y habrían dejado una base inmovible a nuestra literatura nacional. Pero Byron, Hugo, Lamartine, en la poesía; Dumas, Hugo, Sué, Féval, en el teatro y la novela, se apoderaron de tal manera de la inteligencia argentina, que, desdeñando, o pasando al lado sin verla, la fuente viva y fecunda del suelo y la sociedad natal, los jóvenes que manejaban una pluma, se limitaban a copiar los poemas y reflejar el ideal de los románticos en voga, como los poetas de la revolución habían imitado, en sus odas de pesado vuelo, el modelo de los poetas españoles de la decadencia. Echeverría (salvo en algunos y no muchos momentos de la *Cautiva*), Mármol, Gutiérrez, Domínguez (los de Rivera Indarte no eran versos, ni cosa que se les pareciera) seguían el movimiento de la lira francesa. Mitre traducía el *Ruy Blas* de Hugo, que cincuenta años más tarde publicaba con su valor habitual; V. F. López, lleno de Walter Scott, escribía la *Novia del Hereje*, en vez de dar forma a los cuadros de la Revolución, que concebía ya bajo el molde de la novela; mi padre, a quien la naturaleza había dotado de un gusto artístico exquisito y de un estilo de una galanura inimitable, doblemente impregnado por el romanticismo francés y el wertherismo italiano, a lo Ugo Fóscolo, fúnebre y sentimental, escribía su *bluette*

de *Esther* o imitaba, en la *Noche de boda*, las más románticas concepciones de la época". (*Prosa ligera: Sarmiento en París*).

Con este juicio, en el que no escapa a la censura ni su propio padre, Miguel Cané, hombre de la generación del 80, positivista y naturalista, está dentro del movimiento que procesa y desdeña los cánones románticos. Lo extraño sería que su sensibilidad armonizara con la del 37. ¿A quién puede sorprender que los últimos representantes de la generación del 80 choquen con las avanzadas del 900? Aquéllos, tenidos por liberales en su hora, aparecen como reaccionarios en los comienzos del siglo. Eran unos liberales de fe democrática harto restringida, pues no iban más allá del matrimonio civil y la libertad de prensa. Invocaban el gobierno representativo con la constitución política más amplia, pero el pueblo era "el eterno ausente". Le sabían inculto, analfabeto, cerril, y por eso le negaban el acceso a los comicios auténticos. No le creían capaz de elegir con discernimiento —en lo que no se equivocaban—; antes de elegir a la minoría ilustrada, daríanle sus votos a los caudillos iletrados y semejantes a la ignara mayoría. El liberalismo universal, ante la revolución de 1848 en Francia —saludada con alborozo por Echeverría— y los prolegómenos de la lucha de clases, vislumbró que, no bien las masas se pusieran en movimiento arrollarían con todo lo existente sin presentir ellas, las masas, que de una servidumbre, la del Estado individualista, pasarían a la del Estado totalitario. Nuestros liberales del 80, como los de la organización nacional, se constituyeron en clase dirigente ilustrada y gobernaron a la mayoría del país invocando su representación de hecho mas no de derecho. Con la mayor buena fe y las mejores intenciones, ejercieron una tutoría política, en la creencia, demasiado generosa, de poder ejercerla indefinidamente para el bien de todos.

Cuando en 1900 Pellegrini y Cané les enrostran a la juventud su apatía, lo hacen porque ambos temen que del país desaparezca la minoría culta y avezada en la dirección de los asuntos públicos. En una palabra, temen que el gobierno cambie de mano y lo que fué clase dirigente descienda a clase dirigida. Ya sabemos cómo responde al llamamiento José Luis Murature, arrogándose la representación de la juventud: "no hay lugar para nosotros en la comedia que se representa". Desde entonces, más o menos, data la abstención de los escritores que alardean de apolíticos.

Prepondera una suerte de aristocratismo intelectual aislacionista. Prefieren ser dirigidos, si no caen, como Lugones, en el panegírico de la dictadura militar. Sin embargo, Cané, en uno de sus habituales desalientos, propios de todo hombre dotado de auténtica sensibilidad, deja ver la fatiga que la incruenta brega política produce. Reléase el pasaje del prólogo al libro de Sáenz Peña, *Derecho público americano*, donde lamenta y explica las causas que determinan la escasez progresiva de hombres representativos, en los últimos veinte años.

Revenons a nos moutons. La juventud literaria de 1900 se revela contra la tutoría que viene ejerciendo Cané. ¿En qué se fundan los motivos de la rebelión? Les irrita, en primer término, el ascendiente de un escritor cuya sensibilidad no coincide con la de ellos. Miguel Cané es el pasado que pretende subsistir en lo presente con miras a lo porvenir. Como director de una generación que no es la suya ni puede comprender, en todo interviene para establecer normas estrictas, gustos y rumbos: el libro que se debe leer, la estatua y el cuadro que se debe comprar, el *affaire Dreyfus* que no debe interesar aquí, la exposición internacional a la que no se debe asistir, el género teatral aceptable, la ópera que por inmoral las autoridades han de impedir que se represente, porque el hombre que en otro tiempo pregonaba con valor y brillo que en el arte es inadmisión el rasero burgués de la moralidad, ahora rivaliza en puritanismo con un quáquero... El testimonio de los contemporáneos, además de sabor, deja percibir, en lo posible, la luminosidad del paisaje, las líneas y el movimiento de las figuras:

“El escritor en quien nosotros más nos encarnizábamos era Miguel Cané, el admirable evocador de *Juvenilia*, el artista que en su libro *En viaje* había descrito con fuerte colorido y verdad algunas escenas de los países tropicales. Todos habíamos leído sus encantadores recuerdos del colegio, y era seguro que, secretamente, gustábamos de la prosa del maestro: sobria y elegante, natural y sencilla, de excelente línea y de relativamente perfecta construcción. Cané, como otros escritores argentinos, había logrado una forma que, sin dejar de ser castiza, estaba discretamente influida por la prosa de los grandes maestros franceses. Probablemente, todos nos habíamos divertido con las graciosas aventuras de los personajes rememorados por Cané. Era moda, entre los muchachos, abominar de su literatura, y lo hacíamos con la inconsciencia, la incomprensión o la insinceridad de los veinte años. Suele creerse, erróneamente, que la ju-

ventud es sincera: la juventud también se rige por conveniencias, resentimientos, envidias, entusiasmos ficticios e intereses de pequeños grupos. ¿Qué decíamos nosotros de Miguel Cané? Uno de los motivos de nuestro encono era que, en un reportaje, él había dicho que no veía escritores jóvenes por parte alguna. Tenía razón. Salvo Ricardo Rojas, que se estrenó con *La victoria del hombre* en diciembre de 1903, a la edad de veintiún años, los demás no habíamos publicado libro alguno, ni aun artículos que valiesen, por esos meses de 1902, cuando el reportaje a Cané... Yo tenía un pequeño motivo personal para no querer a Cané. En las semanas anteriores a la aparición de la revista (*Ideas*), había ido a su estudio a pedirle colaboración. Varios escritores importantes ya nos la habían prometido y cumplieron... Cané, al darle yo los tres o cuatro nombres seguros, que no eran, acaso, de los que él más consideraba, me contestó: "Con esos ya tienen bastante". No había en las palabras de Cané la menor ofensa, pero a mí me pareció que el maestro había sonreído irónicamente... Por estas y otras cosas, vociferábamos horrores de Cané. Juan Pablo Echagüe lo atacó violenta y valerosamente en un diario importante y luego en *Ideas*. Alberto Gerchunoff lo había maltratado en diferentes partes, y al morir el autor de *Juvenilia*, en 1905, publicó en un diario de la provincia de Buenos Aires, un artículo con el tremendo título de *¡Al fin solos!* Yo dije contra el maestro varias cosillas aquí y allí; y años después, en mi primer libro en prosa, *El diario de Gabriel Quiroga*, me expresé de él con una injusticia e inexactitud que no tardé en reconocer.⁵

Gálvez admite el "prestigio inmenso" de Miguel Cané. "Un elogio de Cané consagraba realmente a un escritor cualquiera en el Buenos Aires de 1900 a 1905... Su prestigio no tiene igual actualmente... Recuerdo que José Ingenieros, ya en plena notoriedad, solía decir que nada le había halagado tanto, ni le había hecho tanto bien, como una extensa carta que le dirigió Cané a propósito de *La simulación de la locura* y que fué reproducida en *La Nación*. Pero nada prueba mejor la inmensidad del prestigio de Cané que la naturaleza de los ataques que los muchachos le dirigían".

Las páginas de Gálvez, de exproreso reproducidas —aunque sintéticamente— reflejan con fidelidad el encono de la genera-

⁵ MANUEL GÁLVEZ: *Amigos y maestros de mi juventud*, pág. 78 y siguientes.

ción que llega y lucha contra la anterior; es tan conocido en la historia que hasta resulta pleonástico recordarlo. Rara será la época en la que no acontezca lo propio. Los que hoy presumen de enterradores, mañana serán a su vez enterrados, unos con piadoso silencio, y otros, como en el caso de Miguel Cané, con las últimas diatribas del repertorio.

Ha dicho Baroja: "Aquí, en España, no se siente la fama. Hay escritores, sobre todo franceses —y también ingleses—, que viven dentro de su fama, llevados por su fama, como investidos de fama..." Tampoco la siente el escritor que vive en nuestro país, por genuina que sea la calidad mental de su obra. Cané es un privilegiado. Autor de un solo libro, *Juvenilia*, y de incalculable número de artículos periodísticos que no tiene a bien conservar ni en sus carpetas, palpa la fama, vive dentro de su fama, siéntese investido y llevado por ella. Por demás se justifica la pregunta con ánimo de disipar la incógnita, si es que la hay: ¿por qué no se repite la misma nombradía y magisterio? ¿Acaso faltan escritores de igual o mayor jerarquía para que se les admire y acate? Sea lo que fuere, la Argentina no es un país de intelectuales ni para intelectuales.

Si el error, explicable y común, de sobrestimar la densidad de su generación, es lo que separa a Miguel Cané de la que asoma con el siglo, le une a ella, sin embargo, un vínculo común, el temor de que en Hispanoamérica nunca se llegue a la primacía de lo espiritual. ¿Las actividades prácticas son incóciliables con las desinteresadas? Pocos meses antes de morir, en el prólogo a los *Nuevos cantos* de Calixto Oyuela, pregunta con el mismo dolor que le angustiaba en su libro primigenio, *Ensayos*:

"¿Se concibe, acaso, no ya la prosperidad, sino la existencia de una sociedad, en la que única y exclusivamente imperaran los intereses materiales, y en la que el espíritu de sus hijos, tendido como un arco duro y tenaz hacia el lucro anhelado, no tuviera ojos ni oídos, para los otros ruidos que circulan por los aires y las visiones que suelen pasar envueltas en su armonía?"⁶

⁶ El símil de Cártago lo usa en 1876, lo repite en el discurso al pie de la estatua de Sarmiento y en la Facultad de Filosofía y Letras como decano. Lo nuevo es el himno a la grandeza material y espiritual de los Estados Unidos, con el que rectifica, noblemente, como Pellegrini, su anterior postura de beligerante indígena: "Dice la historia que así fué Cartago, y atribuye casi complacida, a esa falta absoluta de ideal, su desaparición del haz de la tierra. En cambio, frente a nosotros tenemos el cuadro más maravilloso de progreso que los anales humanos presen-

II

LOS CARGOS: DILETTANTE, FRAGMENTARIO, GALICANO

Hasta su día postrero Miguel Cané suscita adhesiones y disidencias. Es lo normal en todas las literaturas; pero es necesario morir para que el escritor sea juzgado sin embarazo. La coetaneidad invalida no pocos juicios, consagraciones y detracciones, porque la obra todavía no está en el plano histórico que le corresponde. La presencia física del autor crea inconvenientes graves, para el elogio que puede pecar de sospecho o erróneo, y para la crítica negativa susceptible de malearse con sentimientos ajenos a la literatura. Sólo con el discurrir de los años las admiraciones irrazonadas se templan, tanto como las malquerencias de origen psicológico o de tribu. Entonces el horizonte se aclara, se diafaniza, y es dable leer y juzgar cual si se tratase de clásicos purificados por la acción del tiempo. No hago estas consideraciones únicamente para Cané, sino para todos los escritores alabados y censurados en vida o a poco de morir, por sus contemporáneos, infaliblemente parciales cuando afirman un valor o cuando lo niegan. Tengo dicho que Cané no vislumbró la supervivencia de su nombre ni el de *Juvenilia*, porque nadie columbra con lucidez el destino que les aguarda a sus obras allende la tumba. Cervantes creía que el *Persiles* iba a salvarle del olvido...

¿Qué linaje de justicia póstuma recibe este hombre desdeñoso de lo que él hace y pesimista en cuanto se refiere al porvenir espiritual de su país? Cuando muere los juicios empiezan a circular desembozadamente.

Se habla menos en los corrillos y se escribe más en diarios y revistas. Lo bueno y lo malo que se dice contribuye casi por partes iguales a la fama de cualquiera. Las empresas editoriales reeditan sus escritos y de seguido se advierte la preminencia de *Juvenilia* a la que hoy se le calcula más de un millón de ejemplares.

tan, en esa ascensión del pueblo nacido entre angustias y dolores hace poco más de un siglo, y que si hoy es el primero quizá en el intercambio y la producción, es porque quiere la riqueza para fomentar magníficamente, como no lo hizo nunca nación alguna, su propio desenvolvimiento intelectual, y llegar al día no lejano en que pueda decir: ¡No sólo en las artes del comercio y de la industria, sino también en las que viven de la cultura del espíritu, son los primeros sobre la tierra los Estados Unidos de América!"

Los juicios generalmente se maridan con el expresado por Groussac, quien, desaparecido Cané, hereda el magisterio ejercido por aquél, aunque con menos auditorio y elevando, si cabe, el tono fulmíneo y el sonar de la fusta.

En la carta dirigida a Sáenz Peña, con motivo de la publicación de *Derecho público americano*, dice Groussac: "...no debo olvidar que el libro trae ya su análisis, que seguramente desanimará de intentar otro nuevo, es la admirable *Introducción* del malogrado amigo suyo, a quien el destino irónico concedió el favor (así el antiguo privilegio de los condenados a muerte) de condensar en esta ofrenda suprema lo mejor de su raro talento... Como presintiendo que era llegada la hora de arrojar al desecho toda fórmula hechiza, el "maestro de las elegancias" y celoso iniciador de su pueblo en el novísimo rito artístico o mundano, se contentó esta vez con hablar virilmente de un libro viril. Pienso extremar el elogio diciendo que Cané no ha escrito nada mejor: nada más distinguido, si la verdadera distinción reside en la superioridad nativa y fácil, que no se exhibe ni se oculta; nada más literario, si consiste la literatura en la facultad de batir moneda intelectual de alta ley con cuño propio. En esas páginas excelentes, que nada dejan por decir, etc.". (*Los que pasaban*, pág. 301). Posteriormente, muertos Pellegrini y Sáenz Peña, esto es, ya sin compromisos, refiriéndose a Avellaneda escribe Groussac: "Estaba ya formado cuando ocupó la escena la generación que flameó en el quinquenio de 1875-1880, y cuyos príncipes, por otra parte, se esterilizaron a medio fructificar, personificando en ella la elegancia Miguel Cané, como Lucio López la gracia irónica y punzante" (*op. cit.*, pág. 214).

Grandmontagne no le escatima respeto: "...su libro para mí dilecto es *En viaje*, donde describe la vida centroamericana, llena de languidez y de ingenio, con sus dos ocupaciones fundamentales: el verso y el tresillo. Estos ensayos y las correspondencias que forman el volumen *Notas e impresiones*, aparecidas en *La Prensa*, pueden servir de paradigma y arquetipo de la crónica viajera, en que se aúnan la visión de conjunto, fundamental, y la observación pintoresca y reveladora del vasto campo de las costumbres de un pueblo".⁷

Para Sanín Cano, *En viaje* y *Juvenilia* son las dos obras maestras de Cané. Sus virtudes literarias más excelsas arran-

⁷ FRANCISCO GRANDMONTAGNE: *Los inmigrantes prósperos*, páginas 263-264.

can de un poder sagacísimo de observador y de una facilidad narrativa incomparable.⁸

En los últimos diez años, el ensayo más enjundioso que en la Argentina se ha escrito sobre Cané, es sin duda el de Angel Acuña:

“Posee una admirable aptitud crítica, penetrante y aguda, con la preocupación de definir calidades sin ir al fondo de la personalidad, precisamente por esa deficiencia que él señalaba, la incapacidad de salir de sí mismo, de impersonalizar. Aleja el mundo exterior para detenerse en lo que está de acuerdo con sus gustos y sentimientos, que son siempre los que guían y dirigen sus investigaciones...”⁹

Con ocasión del centenario de Miguel Cané, Roberto F. Giusti traza una semblanza y reclama para *En viaje* la jerarquía que le corresponde: “...El libro suyo con más unidad, que puede ponerse al lado de *Juvenilia*, es *En Viaje*, descripción de los países visitados” en 1881. “Es un libro que merecería ser más leído, pues en él muestra Cané las excelencias de su espíritu y de su estilo, que hacían de él un brillante *chroniqueur*. Entre los *Viajes* de Sarmiento y *Del Plata al Niágara* de Grousac, y al lado de los *Recuerdos de viaje* de Lucio V. López, esta colorida relación de Cané es uno de los mejores modelos argentinos del género. Fué sin lugar a duda un escritor de raza, que honró a su generación, pródiga de talentos versátiles como el suyo”.¹⁰

En las historias y manuales de literatura (agréguense los innumerables artículos, conferencias sobre la generación del 80 y prólogos a libros de Cané), los juicios en muy poco difieren. Además de la elegancia espiritual, que nadie le niega, todos

⁸ B. SANÍN CANO: *La Nación*, 5 de mayo de 1929 (suplemento literario. Con motivo del libro de Belisario J. Montero: MIGUEL CANÉ: *Impresiones y recuerdos*).

⁹ ANGEL ACUÑA: *Orígenes de la crítica argentina: Miguel Cané*. (*La Nación*, 3 de junio de 1945).

¹⁰ ROBERTO F. GIUSTI: *Rafael Obligado y Miguel Cané*. En *La Prensa*, de Buenos Aires, 21 de enero de 1951 (suplemento ilustrado).

Como la bibliografía de Cané es copiosísima —difículto que de un moderno se haya escrito más— aquí sólo puedo darle cabida a una mínima parte de cuanto se ha dicho favorable, desfavorablemente o con reticencias: Juan Pablo Echagüe: *Puntos de vista*. Aníbal Ponce, caluroso panegírico en *La vejez de Sarmiento*. Dos conferencias de Julio Noé, publicada nada más que la primera. (*Nosotros*, N° 208, y en folleto, Buenos Aires, 1926). Belisario J. Montero: *Miguel Cané. Impresiones y recuerdos*. Buenos Aires, 1928, Ricardo Rojas: *La literatura argentina* (VIII). Jorge Max Rohde: *Las ideas estéticas de la lite-*

concretan tres rasgos temperamentales que campean en su obra: el *dilettantismo*, la producción fragmentaria, y el estilo galicano. Es exacto, y el primero en reconocerlo, antes que sus críticos, es Cané. Digamos algo de las características enunciadas.

Dilettante. — Este vocablo italiano, que no figura en el léxico castellano, por innecesario, se le aplica al espíritu que siente dilección por un arte sin ser propiamente un artista; por la música sin ser músico, por la pintura sin ser pintor, por las letras, sin cultivarlas asidua, profesionalmente, etc. El *dilettante*, en suma, es el *amateur* de los franceses y el aficionado de nuestra lengua.

No se hace cuestión de si el aficionado posee o no cualidades artísticas relevantes, si es un mero contemplador de la obra de arte o si a ratos hurtados lo practica. Se quiere significar que el *dilettante* es un enamorado de la belleza y que, cuando su facultad sensitiva le lleva a crear, su esfuerzo es discontinuo, ocasional, y como inevitable consecuencia, fragmentario. ¿En qué sentido Cané es un *dilettante*, y en qué arte se le considera como tal? ¿En uno o en varios? Cané aclara pronto las dudas, si las hubiere. Recordemos el artículo escrito en el año de 1883. *Wagneriana*. Trae un epígrafe de Berlioz: "*C'est convenu, chacun a le droit de parler ou d'écrire sur la musique; c'est un art banal et "fait pour tout le monde"*". Cané comenta el sarcasmo:

"Sí, es ridícula, cien veces ridícula, la pretensión del ignorante que por mera preocupación o falta de flexibilidad intelectual, condena desde lo alto de su suficiencia un estilo, un maestro, una escuela, sostiene que en Mozart el pedestal está en la escena y la estatua en la orquesta; afirma que Beethoven no tiene melodía, que Weber es fastidioso, o que Wagner es grotesco. Comprendo que la irritabilidad nerviosa de Berlioz se ejerza contra esos tristes personajes; pero nosotros, los humildes, los hombres

ratura argentina (III y IV). R. H. Castagnino: *Miguel Cané, cronista del 80*. Juan Carlos Ghiano: *Los constantes en la literatura argentina*. Juan P. Ramos: *El pesimismo de Miguel Cané*. Los libros de Cané publicados por "La Cultura Argentina" contienen juicios críticos de Norberto Piñero, Ernesto Quesada, Nicolás Coronado, Horacio Ramos Mejía y Roberto J. Payró. Abundan los prólogos: Rafael Alberto Arrieta en *Juvenilia* (Grandes escritores argentinos) y *Enrique IV* (Estrada). Américo Castro, *Juvenilia* (Estrada). Germán Berdiales, *Juvenilia*. Anotada y comentada. Julio A. Herrero Mayor. *Juvenilia* (Colección Ceibo). Marcos Victoria, *En viaje* (Estrada).

de buena fe, los que empezamos por declarar, con toda contrición, que, en realidad, en materia de música no sabemos de la misa la media, no encontraremos piedad en la empresa de pretender reflejar simplemente la impresión general sentida al penetrar en un mundo artístico nuevo y desconocido?"

Es mucho lo que deja dicho, su afición, su melomanía sin conocimiento directo y técnico del arte musical; pero su honrada franqueza le llevará más lejos:

"Una confesión previa: no conozco una nota de música, aunque, cuando la fantasía me viene, hago difícil ese descubrimiento por el gran número de locuciones técnicas y apropiadas que empleo. Además, como he oído una cantidad de música imponderable y he vivido siempre al lado de gentes del oficio, sé denominar científicamente los fenómenos musicales que observo, lo que me sirve para sentar plaza de verdadero *dilettante*, gracias a mi oído, que lo tengo fino, nervioso, educado por la audición constante. En una palabra, me pasa como a Sarmiento con la lengua de Virgilio: no sé latín, pero sé latines. Delante de una hoja de música me quedo a oscuras, no entiendo los signos; más aún, creo ser refractario a la gráfica musical, si me atengo a dos o tres tentativas por penetrar al fondo del misterio". (*Charlas literarias*).

Es, pues, un *dilettante*, y de segundo grado porque, a pesar del deleite que le procura la música, no domina el lenguaje musical como suele ser corriente en la mayor parte de los buenos aficionados que siguen una audición con la partitura en las manos. La delectación con la pintura es otro rasgo de nobleza en el espíritu de Cané. Venera a Velázquez y le apasiona Goya. Del primero intenta escribir un libro que abandona en la introducción y del segundo llega a ser propietario de dos de sus cuadros. Pocos le alcanzan en sus alabanzas del arte español, pero de la pintura como de la escultura puede decir lo mismo que de la música: no sabe pintar, ni con pinceladas de aficionado, pero ha frecuentado a numerosos maestros en ambas disciplinas y se ha pasado la vida visitando museos. Resta el otro arte, el literario. ¿Qué concepto tiene Cané de sí mismo? ¿Se considera un artífice de la lengua? No. Lo más sorprendente, hasta ser grave, es que ni se considera un escritor. A diferencia de los demás que se sobreestiman, a falta de sentido autocrítico, Cané se subestima por exceso de autoexamen. Le

ha dicho a García Mérou que su “incapacidad” volitiva y formal ahoga su *élan* creador. Acaso sea esa sensación la que le lleva a ser, conversando, muy superior al escritor que no trasciende íntegramente en los libros. García Mérou subraya la diferencia de valores entre Cané, el hombre, y Cané, el escritor: “Leyendo los libros de Cané, más de una vez me ha llamado la atención que ellos no reflejen, en realidad, la verdadera forma de su pensamiento” (*Recuerdos literarios*, XL). Es Cané el que usa y abusa del vocablo *dilettante* para aplicárselo a sí mismo y a los de su generación de brillantes fragmentarios aficionados a todo linaje de cultos. En la carta al general Mitre sobre la traducción de *La Divina Comedia* (24-8-94), le vemos, según su costumbre, disminuirse en jerarquía: “Nosotros somos unos meros *dilettante* en todo, que, porque ponemos una frase poco menos sobre sus pies, nos llaman literatos o algo así. En materia tan honda como una traducción del Dante, nuestro juicio, bueno o malo, no tiene valor”. Es de notar que no siempre emplea el término con el mismo significado. En 1884, en el esbozo de novela —también inconclusa— le atribuye al personaje “cierto amor *dilettante* al estudio, sobre todo a la lectura” (*Prosa ligera*, pág. 117). Y en 1897: “Han oído... el *Fausto* de Gounod y uno de ellos, *dilettante* apasionado y con autoridad en la materia...” (*op. cit.*, pág. 79).

En el fin de siglo que le tocó vivir a Cané, el *dilettantismo* también fué considerado como inclinación al estudio de la filosofía, sin ánimo ninguno por la solución de sus problemas desechados con premisas escépticas dignas de los sofistas griegos. Es el escepticismo que Carlyle fustiga colérico: “...retírate a un lugar privado con tu necio charloteo... lamenta y llora... porque hasta hoy has sido un *dilettante* y un pedante miope” (*Santor Resatur*, I.10). “...si por la misericordia de Dios se nos quitase de encima y arrojase muy lejos de nosotros... esta pajarera importuna, frívola y chillona en todas sus formas y variedades y que llamamos *dilettantismo*, escepticismo, frivolidad y trivialismo...” (*Los héroes*. El héroe como poeta). Tendencia de una época fatigada, envejecida; moda literaria, *dandysmo*, desgano, suerte de renuncia a todo esfuerzo continuado, para unos; especie de suicidio mental para otros, eso fué el *dilettantismo* fin de siglo, introducido en Buenos Aires como tantos otros ismos paralizadores de la voluntad creadora.

Fragmentario. — Cané es un fragmentario como la mayor parte de los hombres de su generación, obligados a proyectarse en actividades muy diversas y contrarias entre sí. Éstas disgre-

gaciones o multiplicidad de aspectos en una personalidad, son explicables en los ambientes indefinidos, incoloros, confusos, propios de sociedades que no han alcanzado aún su verdadera fisonomía, su equilibrio y homogeneidad. Cuando es necesario hacerlo todo, parece normal que un médico como Eduardo Wilde sea diputado, ministro y escritor —siempre a ratos—. Los poetas son ingenieros o médicos: Carlos Encina, Ricardo Gutiérrez. Los abogados se dedican a más actividades porque poseen mayor ductilidad y espíritu de adaptación: son periodistas, escritores, dictan cátedras universitarias, ocupan asientos en las cámaras legislativas, presiden bancos, se complican en negocios, etc., Cané, L. V. López, Estrada, Goyena, Wilde, Gallo, Navarro Viola, Cambaceres, Argerich, poseen un inconfundible parecido generacional. Las necesidades políticas, sociales y materiales los dispersan en tareas sin afinidad con lo que debieran y quisieran ser. Saben un poco de todo y hacen de todo un poco con el mismo saldo para la obra realizada: circunstancial, vulnerable, fragmentaria. Es necesario estar dotado de una férrea voluntad, como la de Mitre o la de Vicente Fidel López, para, sin dejar de ser proteicos, producir obras orgánicas en un ambiente hostil a las empresas desinteresadas. De entre ellos, raro es el que no se haya lamentado de las condiciones del ambiente que los impulsaba a ser lo que no deseaban. En su hora vimos a Cané combatiendo contra los factores adversos a la inteligencia. Los que le suceden emplean el mismo lenguaje lastimero: "...todas las tentativas hechas hasta hoy entre nosotros para formar un núcleo intelectual, un centro de especulaciones artísticas y literarias, han fracasado de una manera deplorable. Los mismos que han tomado iniciativa en estos movimientos efímeros se han desencantado en su mayor parte y los que no duermen hoy en la tumba, han concluido por abandonar la partida. ¿Por qué no escriben en nuestra patria hombres de la talla de Goyena, de López y Cané, literatos de tradición y de raza, espíritus selectos y finos que podrían haber enriquecido ya nuestra literatura con un caudal considerable de obras interesantes y hermosas? Un abatimiento general, una *non curanza* culpable hace callar a Guido, a Coronado y a Obligado, por falta de público que los escuche o los comprenda". (García Méroe, *Recuerdos literarios*, II).

La *non curanza*, equivalente al ¿para qué?, no es la idiosincrasia exclusiva de un Cané que después de la lucha iniciada con arrestos de caballero manchego, se le entibia el entusiasmo, depone las armas y se va lejos en busca del ambiente de cultura superior que su patria no puede darle. No es uno solo el que

cae abatido ante la imposibilidad de realizar plenamente su ambición intelectual y estética. Es una generación entera la que de improviso se derrumba en el silencio pasivo o en la producción fragmentaria. En los más íntimos entresijos del alma, todos ellos sienten con mayor o menor intensidad, que los hombres del amado país argentino "no están hechos de la misma tela con que se tejen los sueños"...

No creo, que el ser fragmentario sea una deficiencia ni un delito como para oscurecer y sepultar una obra. Los escritores aforistas son necesariamente fragmentarios. Grandes condensadores, hacen entrar lo extenso en lo breve, lo denso en lo sintético y apretado. En diez líneas saben poner lo que un espíritu amplificador derrama en muchedumbre de páginas. Los autores de "pensamientos" o "máximas" ignoran y hasta huyen de lo profuso y orgánico que les estorba para expresarse con nitidez y profundidad. Y es de notar que los espíritus más intensos son los que han buscado el género simplificador por excelencia, el aforismo, el ensayo, el diálogo, el diario, hasta las epístolas predilectas de los moralistas en verso o prosa. ¿Quién ignora la existencia de genios, de talentos fulgurantes, de hondas y sutilísimas inteligencias, que sólo han legado obras fragmentarias? En su ambiente y en el nivel que le corresponde, Miguel Cané es un fragmentario sin desdoro. Cultiva el género de su temperamento, el artículo, el ensayo ligero, al que modestamente le da carácter de charla literaria.

Nunca se debe pedir más cera de la que arde. Es peregrino exigirle a un hombre que se dedique a lo que no se marida con su modo de ser y su estilo de vida. Más peregrino aún el perderse en conjeturas acerca de lo que pudo escribir y no escribió o de lo que habría sido naciendo en Francia o en Inglaterra. No cabe duda que Miguel Cané es más interesante por lo que es —como hombre y amigo— que por lo que le sale de la pluma. Y aun así, lo que hace no es malo: el artículo. Ha nacido para escribir artículos y para ninguna otra cosa más. Cuando se adquiere el hábito, llega el artículo a convertirse en la obsesión de quien aspira a ser leído por grandes masas de lectores que, sin aptitud para pensar por sí mismos, necesitan que otro piense por ellos y les explique todo, lo trascendente como lo intrascendente. El que no sea capaz de mudar las ideas abstractas en imágenes vivas, jamás será un buen articulista, aceptable y popular como lo fué Cané, hasta cuando se ocultaba bajo el leve antifaz de pseudónimos, transparentes por el color de la página, nerviosa y conversada. Apenas disimuló el otro peligro, el de la sirena de canto arrobador. Urge escribir un libro, sobre

cualquier cosa, para que no encasillen al articulista en el despreciable mundillo de los superficiales y fragmentarios. De acuerdo; lo haremos, puesto que tanto nos lo reclaman. Mas poseídos por el deseo de satisfacer la casi unánime exigencia, nos sentamos a la mesa y no sabemos cómo, de improviso, echamos de ver que todo cuanto podemos explayar suave, lenta, tranquilamente en trescientas páginas, si no ha sido dicho hace seis mil años, cuaja mejor, muchísimo mejor, en un artículo que sale de la pluma, elegante, nervioso, alado, en el espacio de una hora. Y así se nos pasa la vida, y se nos llega la muerte tan callando...

Galiciano. — El cargo de galicismo va del brazo de los anteriores, todos tres inseparables, fraternos. Es muy siglo XIX y muy siglo XX la epidemia del galicismo, como gustan decir los más acerbos censores de Miguel Cané. Es el duelo perenne entre dos espíritus irreconciliables en materia de lenguaje: los puristas, que aman lo castizo en fuentes hispánicas, y los libertarios —de algún modo hay que llamarles— universales y desenfadados, que prefieren buscar emulaciones y modos de expresión en literaturas sin afinidad con la nuestra. ¿Cuál será el resultado de pensar en francés y luego de escribir en castellano? El galicismo mental es inseparable del galicismo formal que lo determina. Es un verdadero drama, o juego de acrobacia, ese incesante ir de un idioma a otro idioma sin correspondencia sintáctica. Y el mismo drama ha sido y continúa siendo vivido en España y en la América de su origen. La familia de insurgentes es vastísima. Cané no tiene a menos ostentar su prosa airadamente incastiza, y nada, o muy poco hace —aun viviendo en España— por depurar su lenguaje. Procuraremos saber algo de lo que piensa sobre el particular. En 1875, con sus briosos venticuatro años, alaba el *Facundo* y pondera “el abandono de la forma añeja, incapaz de armonizar con el pensamiento moderno”. Observa que Juan Cruz Varela, “educado entre los griegos y latinos, no estaba ya en la primera juventud cuando tuvo noticia del movimiento literario iniciado por Víctor Hugo, Dumas, Musset, De Vigny, etc.”. En cambio, “los recién llegados, Echeverría, López, Gutiérrez, Mármol, Cané, etc., abrazaron con entusiasmo la revolución literaria que, envuelta en la bandera deslumbrante de la libertad, no podía menos de arrebatarnos. Los viejos clásicos se cubrieron de polvo en las bibliotecas...” (*Ensayos*). Al año siguiente es más explícito en lo que a lenguaje se refiere. Bríndale la oportunidad un libro de don Juan María Gutiérrez: “...pocos escritores españoles tie-

nen la pureza y la corrección gramatical del doctor Gutiérrez y para cualquiera de nosotros, *yo el primero, que no escribimos en español, sino en un dialecto especial*, en el que el vocablo es más o menos castellano y la forma siempre francesa, causa no poca sorpresa encontrar un libro que no parece salido de nuestras prensas". El confesado dialectismo lo atribuye a la educación recibida con "textos franceses", al "encanto de la literatura galicana", y sobre todo, a "la universalidad de ese idioma maravilloso que no decae nunca". Todo eso "nos aparta constantemente de la lectura española, sin que el esfuerzo intelectual de la España contemporánea sea capaz de atraernos hacia ella" (*Charlas literarias*). En 1894 revela inquietudes acerca del porvenir que le aguarda al idioma que hablamos y escribimos en tierra de aluvión: "Pienso que la única salvación que hay para nuestra lengua, amenazada por la anarquía americana y el estrecho despotismo académico, está en volver a sus fuentes, en remontarnos a sus buenos tiempos y leer los buenos modelos de los siglos XVI y XVII" (Carta al general Mitre sobre *La Divina Comedia*). Pero no se enmienda. Sigue usando giros franceses, vocablos innecesarios, algunos de ellos españolizados como el horrible *constatar*; persiste en sus habituales descuidos gramaticales; y aunque es amigo de don Ramiro José Cuervo y conoce las *Apuntaciones críticas al lenguaje bogotano*, no se priva de lo que el maestro denuncia como errores vitandos, entre otros, el argentinismo *recién vino, recién salió*, que no debe emplearse como no sea antepuesto a un participio: recién venido, recién salido. En 1903 publica *Prosa ligera*, con el siguiente epígrafe: *Gallicae constructiones*. Dijérase un desafío. Y sin embargo, en este mismo volumen incluye el artículo: *La cuestión del idioma*, escrito el año anterior. Con la nobleza que le es propia, confiesa:

"Las primeras impresiones positivamente desagradables que sentí respecto a la manera con que hablamos y escribimos nuestra lengua, fué cuando las exigencias de mi carrera me llevaron a habitar en el extranjero, países donde también impera el idioma castellano. Hasta entonces, como supongo pasa hoy mismo a la mayoría de los argentinos, aun en su parte ilustrada, sentía en mí, al par de la natural e instintiva simpatía por la España (y al hablar así me refiero a los que tenemos sangre española en las venas), cierta repulsión a acatar sumisamente las reglas y prescripciones del buen decir, establecidas por autoridades peninsulares. Era algo, también instintivo, como la defensa de la libertad ab-

solita de nuestro pensamiento, como el complemento necesario de nuestra independencia. Eso nos ha llevado hasta denominar, en nuestros programas oficiales, "curso de idioma nacional" a aquél en que se enseña la lengua castellana. Tanto valdría nacionalizar el catolicismo, porque es la religión que sostiene el Estado, o argentinizar las matemáticas, porque ellas se enseñan en las facultades nacionales".

Como en 1876, atribuye la indiferencia por el estudio del idioma castellano a la educación intelectual, "recibida casi exclusivamente en libros franceses y en el gusto persistente y legítimo por la literatura de ese país, que por su criterio, su novedad y la potencia de sus escritores, estaba entonces muy arriba de la contemporánea española". En 1902 repite los argumentos esenciales y los amplía con la experiencia:

"Empleado el tiempo de la lectura, bien corto en nuestra agitada vida política, en leer novelas, versos, y libros de historia en francés, alejados con horror de las publicaciones hebdomadarias de la prensa española, raro era aquel de entre nosotros que conociera pasablemente el siglo de oro de la literatura española y que poseyera la colección Rivadeneira más que como un simple adorno de su biblioteca... Por mí sé decir que fué bien entradito en años que leí a Solís, a Melo, a Quintana y a otros de los maestros que nos presentan el cuadro incomparable de nuestra lengua, bien manejada, apta y flexible para todo, a pesar de las deficiencias que le encontraba aquel buen señor de Ochoa, que declaraba haber pasado días enteros para verter una página de la *Mariana* de Sandeau, tan sutil era el tejido de los análisis psicológicos del escritor francés. Echar la culpa a la lengua en esos casos, vale romper los pinceles con los que no se alcanza a producir una obra maestra".

Entonado el mea culpa, vuelve por los fueros del idioma, evoca y aclara el episodio de Juan María Gutiérrez cuando rechaza el nombramiento de miembro correspondiente de la Academia Española a la cual, dicho sea de paso, Cané pertenece con igual carácter desde 1881: "La acción del Dr. Gutiérrez ha sido generalmente mal entendida; gentes hay que piensan de buena fe que sus preceptos llegaban hasta sancionar los barbarismos y galicismos *de que nuestro lenguaje escrito y hablado rebosa* y que los argentinos debíamos regirnos por la gramática del *vení, vos y tomá*". Antes al contrario. Gutiérrez era un purista que

reconocía la necesidad de incorporar al idioma lo que éste necesita de acuerdo con los nuevos aspectos de la vida moderna. El vocabulario que no se renueva anda en camino de convertir una lengua viva en lengua, si no muerta del todo, inapta como instrumento de expresión científica y técnica". Pregunta Cané: "¿Puede el purista más empeñado e inflexible pretender luchar contra las mil influencias que han de determinar las modificaciones regionales que la lengua española sufrirá en América, como las ha sufrido ya en las mismas provincias peninsulares? ¿Es acaso sensato oponerse a los neologismos necesitados por los progresos de las ciencias y las artes o la adopción de nuevos usos, y si hoy, como dice Cuervo, "no hacemos melindres a voces astrológicas como *sino, estrella, desastre, desastrado, jovial, saturnino*, por qué hemos de negar a nuestros contemporáneos el empleo oportuno de términos o imágenes suministrados por las ciencias modernas, cuando más si se considera su mayor vulgarización con respecto a los siglos pasados?" Todo esto es la suma de la cordura. Lo que Cané no acepta es que el señor Abeille y sus seguidores quieran desterrar la construcción y el régimen castellano por un "idioma nacional de los argentinos", "sobre una base de español, con mucho italiano, un poco de francés, una migaja de quichua, una narigada de guaraní, amén de una *sintaxis toba*". Ello equivaldría a desear "los destinos del griego o del latín", "la jerga que hablan los chinos de la costa o la jeringoza de los levantinos, verdadero volapuk sin reglas, creado por las necesidades del comercio". Termina el alegato pro-pureza del castellano, con otra confesión: "Y ahora me voy a releer la muerte de Marco Aurelio, de Renan, el discurso sobre la nobleza de las armas, de Cervantes, la pintura de Inglaterra al terminar el siglo xvii, de Macaulay o los coros del Adelghi, de Manzoni, para en seguida pedir al cielo conserve en nuestro suelo la pureza de la noble lengua que hablamos, a fin de que algún día, si no nosotros, nuestros hijos, puedan leer, de autores nacionales, páginas como aquellas".

Defensa de la lengua y autodefensa del escritor. Sus pecados no son exclusivamente suyos: son los de la generación de 1837, de 1880 y de 1900. También son los del escritor español a lo largo de dos siglos dentro de su misma tierra. ¿En dónde hacen selva los *conceptistas*, los *cultos* y los *afrancesados* sino en la España que sigue al Siglo de Oro? En la última década no veo por qué eligen a Cané como cabeza de turco. Raro es el historiador o gramático que no lo prefiera para exhibirlo a la vindicta pública cual un fenómeno del que hasta los niños deben de cuidarse para evitar el contagio endémico. Aludo, muy especial-

mente, al señor Américo Castro y a su edición crítica de JUVENILLA. Si no se tratase de un filólogo cuyos juicios suelen ser acatados con reverencia, no sorprendería el que haya venido a subrayarnos, en la prosa de Cané, neologismos y expresiones galicanas incorporados de tiempo atrás al Diccionario de la Academia y barbarismos que le dieron al Padre Juan Mir, para su "Repertorio", material profuso extraído de la bibliografía hispánica de las dos postreras centurias. Achaque de todas las épocas han sido estas denuncias y lamentaciones. "... nos damos tanta prisa a inventar vocablos y a tomarlos prestados de otras lenguas, que, por enriquecerla, hemos de venir a desconocerla, y vendrá a ser un nuevo *Eleemosyn*, remendado y habido como de limosna" (El P. Sigüenza). Vale la pena entretenerse unos minutos con el P. Mir. Es delicioso. Cuando descubre los *Sermones* del P. Cabrera, echa de ver que "Cervantes al lado de Cabrera viene a ser como una especie de urraca al lado del águila real" y le enrostra toda suerte de culpas. Cervantes tuvo tiempo para todo, "hasta para holgar vagamundo largos años lejos de su legítima esposa a rienda suelta; pero tiempo para darse al serio tesón de los estudios, al cultivo del lenguaje literario, a la invención de frases, al ejercicio de las letras, a la cultura científica, no le tuvo, porque no armaba a su ingenio la fatiga de los libros, por eso no alcanzó los secretos más íntimos del habla, contentándose con el lenguaje vulgar que la gente andaluza gustaba a fines del siglo xvi".¹¹ Después de tan impresionante ejecución, ¿quién arriesgará una salida para que le acrediten de escritor? Buena compañía le dan a Cané los galiparlistas Capmany, Meléndez, Quintana, Salvá, Martínez de la Rosa, Clemencín, etc. Cualquiera que disponga de tiempo y paciencia, haría obra útil estudiando y clasificando los galicismos baldonados por Baralt y Mir en 1874 y en 1908. De dicho cotejo resultaría que la mayor parte de los vocablos y giros denunciados por ambos albaceas de la pureza idiomática, tienen asiento en el diccionario académico.

¹¹ P. JUAN MIR, S. J.: *Prontuario de hispanismo y barbarismo*, t. I. Introducción. (Sáenz de Jubera Hnos. Editores. Madrid, 1908).

EL GALICISMO MENTAL DE ESPAÑA E HISPANOAMERICA

En las páginas por mí dedicadas a ese artista soledoso que fué Angel de Estrada, reparé, al pasar, en la influencia francesa que se trasparenta en su prosa. Pecado, dije, difícil de reprimir sin que se nos aplique la admonición evangélica en defensa de la mujer adúltera. Mal podía ocultársele a Estrada, como a su maestro Cané, la inconsciente o deliberada renuncia al casticismo. Así fué que, en examen de yerros y culpas, hubo de reconocer el desliz en la carta por mí recordada: "Que quiere usted, en mi época sólo se pensaba y se leía en francés . . . y esto para un escritor que tiene que escribir en español!". Era por los días de *Prosas profanas* cuando Darío trae, vía Panamá, para decirlo con Groussac, la buena nueva de la siringa verleniana y el clavicordio Pompador. Como Versalles había desterrado los jardines de Aranjuez, dieron casi todos en cantar con música de Francia y en escribir poemas en prosa y romances sin palabras. Rubén sale de su modestia —"más alta que Ossa sobre Pelión"— y recoge airado el guante arrojado por el director de *La Biblioteca*. En *Los colores del estandarte* hace su profesión de fe galicana que celebran cuántos deciden seguir en pos del Cruzado; porque de cruzada asume magnitudes el movimiento literario americano que, según el maestro, provocaría el renacimiento mental de España.

Ahora bien, si por galicista se le procesa a Miguel Cané, lo justo sería llevar al tribunal a cuantos lo fueron y lo son tanto como él. Si tal cosa determinaran hacer, faltarían tiradores para los pelotones de ejecución . . . Pero hay dos clases de galicanos: los que como Cané y Estrada no se vanaglorian del "estigma" y los que alardean, como Rubén, de pensar en francés sin dejar por eso de escribir con giros de estirpe castiza: "Mi éxito —sería ridículo no confesarlo— se ha debido a la novedad; la novedad ¿cuál ha sido? El sonado galicismo mental. Cuando leía a Groussac no sabía que fuera un francés que escribiese en castellano, pero él me enseñó a *pensar en francés*; después, mi alma gozosa y joven conquistó la ciudadanía de Galia". Con las prendas verbales de la flamante nacionalidad, bien se valora el anhelo de alistarse entre los perinclitos cultores del amado idioma forastero. ¿Por qué no se repetiría el milagro de Moréas?

Oigámosle: "Mi adoración por Francia fué desde mis primeros pasos espirituales honda e inmensa. Mi sueño era escribir en lengua francesa. Y aun versos cometí en ella que merecen perdón porque no se han vuelto a repetir". Sorprende que pensando en francés, los versos en este idioma le salieran medianejos, por no decir de aficionado, según lo demuestra el soneto *Helda*, que se ostenta en *El canto errante*. Mas nada alcanza a la satisfacción altanera con que Rubén proclama el éxito de su empresa: "Y he aquí cómo, pensando en francés y escribiendo en castellano que alabaran por lo castizo académicos de la Española, publiqué el pequeño libro que iniciaría el actual movimiento literario americano, del cual saldrá, según José María de Heredia, el renacimiento mental de España". El librito es *Azul*, y el académico de la Española que firma el certificado de casticismo es don Juan Valera.

Cuando se lee dos veces el juicio de Valera, adviértese que el elogio no tiene nada de absoluto, pues no lo prodiga sin condicionarlo a las observaciones previas y de fondo que le preceden. Así, por vía de ejemplo: "Veo, pues, que no hay autor en castellano más francés que usted". Con lo dicho, Valera entiende señalar un hecho, "sin elogio y sin censura". Es cuerdo don Juan. Para celebrar el hecho tendría que renegar de lo español; y tampoco se le antoja el censurarlo en tratándose de un poeta oriundo de Nicaragua, literariamente educado en Chile y en vísperas de reeducarse en la Argentina con métodos franceses. Otro aspecto revestiría el hecho si el libro le hubiese llegado de Burgos o de Avila de los Caballeros. Entonces faltarían los atenuantes para el tránsito de la tradición hispánica. Nacer en España y pensar en francés sería una aberración sólo comparable a la de nacer en Francia y pensar en español. Valera es más explícito aún: "Ni puedo exigir a usted que sea literariamente español, pues ya no lo es políticamente, y está separado de la madre patria por el Atlántico..." "Con el galicismo mental de usted no he sido sólo indulgente, sino que le he aplaudido por lo perfecto". Aquí viene a cuento lo que tiene observado Montalvo: "Mas cuando estamos señalando los defectos del vecino y fiscalizando su manera de escribir, no sabemos si nosotros vamos cayendo en otros peores". Por eso es que ni don Juan se salva de las minuciosas inquisiciones del P. Mir, que le ha dado, también a él, morada en el infierno de su *Prontuario de hispanismo y barbarismo*. "El fondo de españolismo que nadie nos arranca ni a veinticinco tirones", del que también alardea Valera, no resistió a la filtración italo-latina en Garcilaso, Boscán, Luis de León, Góngora, el más irre-

verente de la “culto latiniparla”. Quevedo se mancha de galicismos cuando el fervor místico le lleva a traducir la *Vida devota* de San Francisco de Sales. Ensáñanse con Cervantes por los italianismos que pasean sin ser vistos por el profano en la selva castiza de su discurso. Ningún idioma pierde los blasones de honra asimilando aquello de que anda menesteroso. Los clásicos saben meter la hoz en mies ajena, porque el derecho de conquista existe para las lenguas tanto como para los pueblos que buscan fuera lo que falta dentro de sus fronteras. Pero la conquista idiomática no legitima incautaciones sin apremio fundado. El conquistador de buen linaje no se desnuda de lo que le es propio para vestir lo ajeno que no se acomoda con su porte y maneras raciales. El giro es lo que cuenta. El giro es la fisonomía inmutable de cada lengua; por eso, mal se puede pensar en un idioma y escribir en otro sin macularlo. Es lo que olvida Miguel Cané —arrepitiéndose luego, un tanto tarde— y lo que menosprecia Darío, gloria del galicismo mental.

De frase extranjera el mal pegadizo
hoy a nuestro idioma gravemente aqueja.

El “hoy” de Iriarte se extiende al nuestro, en el que todos, cuál más, cuál menos, andamos a la greña en materia de idioma, y después de condenar, con igual justicia somos condenados.

Con sillón simbólico en la Academia Argentina de Letras, Miguel Cané no es un escritor de lustre académico, sin que ello sea requisito para serlo de sustancia y perdurabilidad. Hay escritores que poco necesitan del atildamiento formal para que les sobrevivan obras que no empalidecen según el tiempo va sepultando escuelas y glorias. Es ocioso preguntar si en la literatura del 80 hay dechados, no ya de perfección, sino de corrección relativa. A lo largo del siglo las plumas vuelan sin pulimiento, desaliñadas y rústicas. El estilista vocacional y benedictino aparece ulteriormente con Lugones, Angel de Estrada y Larreta, para citar ejemplos notorios apenas resistidos... Los más leídos, ayer como hoy, acaso sean los más espontáneos y los que menos cuidado exhiben en el ropaje de su prosa y en la arquitectura de sus libros hablados y desaparejos. Lejos de mí la idea aviesa de reabrir la secular polémica acerca de lo natural y lo artificial en la artesanía literaria; pero me tienta el interrogante de Gracián: “¿qué ingenio sea más de codicia, el pronto, o el profundo y de pensado?”. Cada uno en su sazón y todo con cordura, responde el agudo aragonés. Sospecho que el hallazgo supremo consiste en decir las cosas con la mayor sencillez, así sea lo más complicado que deba uno expresar. Con

esa aptitud clásica, y de clásico, lo de suyo oscuro adquiere transparencia sin desmedro de lo natural y trascendente. El juicio de Azorín es de rigor en achaques de estilo. Ha dicho que es casi nada, o nada el estilo; es lo que “todo el mundo puede hacer”; pero cuando nos sentamos a escribir “de esta manera sencilla y natural (colocando una cosa detrás de otra), “advertimos que es lo más arduo y lo que todo el mundo no puede hacer...” De este modo lleva la pluma Miguel Cané, sin calzar el coturno ni abrumarse con Nebrijas y lexicones. Esté de asiento en su tierra o ande vagando por los más lejanos rincones del mundo, le urge hablar, le apremia escribir con palabras lisas en frases llanas, claras y comunes. No se le adivinan ambiciones de excelencia ni sueños de fama, y setenta años después de haber escrito como quien conversa las páginas de JUVENILIA, el menudo libro continúa su luminoso periplo sin miras de perderse en la oscuridad. ¡Cuántos quisiéramos igual ventura, aun a riesgo —y contra el riesgo— de que nos aplicasen los futuros censores el auto-epitafio de Hilaire Belloc:

*His sins were scarlet, but his books were read.*¹

¹ Grandes fueron sus pecados, pero sus libros fueron leídos.

INDICES

INDICE DE NOMBRES Y TITULOS DE OBRAS

A

- ABEILLE (Luciano): 532.
 ACUÑA (Angel):
 Orígenes de la crítica argentina: Miguel Cané: 523.
 AGUERO (Blas): 107.
 AGUERO (Eusebio): 22, 46, 54-56, 81.
 AGUIRRE (Julián): 394.
 AGUSTIN (San): 108.
 ALAIN: 491.
 ALBA (duque de): 378.
 ALBERDI (Juan Bautista): 16, 29, 35, 37, 62, 71, 124, 130, 134, 145, 150-155, 157, 184, 302, 320-323.
 Peregrinación de Luz del Día: 70.
 Bases: 70, 151, 323.
 Palabras de un ausente: 149.
 Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho: 185.
 La Omnipotencia del Estado: 185.
 Escritos Póstumos, t. XV: 321.
 Del Gobierno en Sud-América: 417.
 ALBERÚ (Samuel): 173-175.
 ALBIO TÍBULO: 67.
 ALCORTA (Amancio): 112, 194, 398, 423, 446.
 ALEJANDRO MAGNO: 185.
 ALEJANDRO VI (Borgia): 142.
 ALEM (Leandro N.): 61, 117, 119, 147, 183, 194, 380, 385, 389, 396, 402, 405, 432, 477.
 ALEMÁN (Mateo):
 Guzmán de Alfarache: 452.
 ALFONSO X el SABIO: 75.
 ALFONSO XII (rey de España): 348, 353.
 ALFONSO XIII (rey de España): 354, 363, 378, 379.
 ALIGHIERI (Dante): 13, 38, 210, 306.
 La Divina Comedia: 9, 404, 405, 526, 530.
 ALSINA (Adolfo): 47, 63, 94, 104, 123, 194.
 ALSINA (Valentín): 130.
 ALVAREZ (José S. Fray Mocho): 388.
 ALVEAR (Torcuato de): 395, 462, 464.
 AMBROSETTI (Juan B.): 394.
 AMEGHINO (Florentino):
 Filogenia: 480.
 AMICIS (Edmundo de): 328, 329, 330, 338.
 Corazón: 331.
 AMIEL (Enrique Federicò): 201.
 AMUNÁTEGUI: 167.
 AMUNÁTEGUI (Miguel): 145.
 ANAXÁGORAS: 142.
 ANCIZAR (Manuel): 278.

ANCHORENA (Tomás Manuel de): 22.
 ANDRADE (Bernabela Farías de): 28, 322.
 ANDRADE (María Catalina): 27.
 ANDRADE (Mariano): 28.
 ANDRADE (Olegario V.): 95, 121, 153, 275, 371.
Prometeo: 339.
 ANDRADE (Teresa Morales ANDRADE (Tomás): 36.
 de): 36.
 ANGELIS (Pedro de): 145.
 AQUINO (Tomás de): 100.
 ARAÓZ (Guillermo): 149.
 ARGERICH (Juan Antonio): 392, 527.
Inocentes y culpables: 298.
 ARNOLD (Mathiew): 481.
 ARIOSTO: 38, 215, 402.
Orlando: 294.
 ARISTÓTELES: 103.
 ARRIETA (Rafael Alberto): 319, 488, 489, 524.
 ARTAYETA CASTEX (Bernabé): 25, 160, 162, 170, 175, 178, 216, 217, 239, 290, 304.
 ARTAYETA (Jorge): 15, 17.
 ARTEAGA ALEMPARTE: 166, 172.
 ARTEAGA ALEMPARTE (Domingo): 169.
Las Constituyentes chilenas de 1870: 167.
 ARTEAGA ALEMPARTE (Jacinto): 167.
 ARTEAGA (Justo): 167, 169.
 ASCASUBI (Hilario): 69, 70, 137, 138.
 ATICO: 67.
 AUGIER (Emile): 420.
 AUGUSTO: 293, 325.
 AVELLANEDA (Marco): 151, 153, 393.
 AVELLANEDA (Marco M. de): 152.
 AVELLANEDA (Marco M.): 386.
 AVELLANEDA (Nicolás): 15, 38, 74, 87, 94, 99, 104, 112, 114,

117-119, 123, 134, 135, 139, 148, 149, 151-155, 181, 184-187, 194, 198, 199, 250, 371, 387, 399, 504, 520.
 AVERROES: 142.
 AYARRAGARAY (Lucas): 388.
Pasiones: 392.
 AZORÍN: 245, 237.

II

BACON (Francis): 43, 49, 64.
 BAHEHOT (Walter):
La Constitución inglesa: 214.
 BAKUNIN (Miguel): 465.
 BALCARCE (Juan Ramón): 22.
 BALCARCE (Mariano): 288, 340.
 BALESTRA (Juan): 388.
El noventa: 287, 338.
 BALMACEDA (José Manuel): 163, 165-167.
 BALMES (Jaime): 49, 53.
 BALZAC (Honoré de): 233, 483.
 BALLERINI (Augusto): 394.
 BARALT (Rafael María): 534.
 BARCIA (Roque): 335.
Diccionario de sinónimos: 333.
 BAROJA (Pío): 520.
 BARRES (Maurice): 341, 435.
 BARROS (Coronel Alvaro): 112.
 BASA (Leopoldo): 379.
Cané en España: 364.
 BAUDELAIRE (Ch.): 11, 136, 313.
 BAUER (Bruno): 363.
 BECO (Fray Modesto): 395.
 BEECHER-STOWE.
La Cabaña del Tío Tom: 280.
 BEETHOVEN (Luis de): 141, 524.
 BELGRANO (Manuel): 102, 123.
 BELGRANO (Miguel de): 21.
 BELIN SARMIENTO (Augusto): 394.
 BELLO (Andrés):
Opúsculos: 224.
Gramática de la Lengua Castellana: 332.

BELLOC (Hilaire): 537.
 BENGOLEA (Santiago): 165.
 BENITEZ (Gregorio): 322.
 BENTHAM (Jeremías): 115.
 BERDIALES (Germán): 524.
 BERG (Carlos): 393.
 BERGSON (Henri): 66.
 BERISSO (Luis): 394.
 BERLIOZ (Héctor): 524.
 BERNARDEZ (Manuel): 253.
De Buenos Aires al Iguazú: 401.
 BERUTTI (Arturo): 392, 394.
 BIDAÜ (Eduardo L.):
Límites con Chile: 145.
 BILLY (André)
Sainte-Beuve et son temps: 19.
 BISMARCK (Otón de): 98, 278,
 435.
 BLAIR: 137.
 BLASCO (Eusebio): 349.
 BLOCK (Marc): 437, 439.
 BOILEAU: 30, 66, 235, 308.
 BOLÍVAR (Simón): 11, 223, 229,
 242, 251.
 BOLOGNESI (Coronel Francis-
 co): 190.
 BONAPARTE (Napoleón): 11,
 153, 242.
 BORBÓN (Juan C.): 152, 153,
 321.
 BOSCÁN (Juan): 101, 535.
 BOSWELL (James): 7.
 BOUILHET (Louis):
Dernières Chansons: 24.
 BOURGEOIS (León): 423.
 BRIEBA (Liborio E.): 168.
 BRISSON (Henri): 423.
 BRUNETIÈRE (Ferdinand): 476.
*Histoire de la Littérature Fran-
 caise*. t. IV. 31.
 BUENDÍA (General): 165.
 BUNGE (Augusto): 465.
 BUONARROTI (Miguel Angel):
 39, 74, 77, 359, 454.
 BURELL (Julio): 349.
 BUSTILLO (Exequiel): 16.

BUSTILLO (General José Ma-
 ría): 186, 193.
 BUSTILLO (Ingeniero José Ma-
 ría): 504.
 BYRON: 66, 67, 91, 130, 290, 324,
 457, 516.

C

CABRERA (Padre)
 Sermones: 533.
 CAGLIOSTRO: 445.
 CAILLAVET (Mme. Arman de):
 443.
 CALANDRELLI (Matías): 332,
 335.
 CALVINO: 443.
 CALVO (Nicolás A.): 93, 193.
 CAMBACERES (Antonino E.):
 193.
 CAMBACERES (Eugenio): 61,
 283, 527.
 Música Sentimental: 298.
 CAMOENS: 203.
 CAMPO (Estanislao del)
 Fausto: 122, 137, 138.
 CAMPOAMOR (Ramón de): 348,
 392, 446.
 CANE (Antonio): 205.
 CANE (Eufemia Casares de): 36,
 57, 160, 281, 392.
 CANE (Jacinto): 35, 39, 70, 320.
 CANE (Mariano): 70, 320.
 CANÉ, padre (Miguel): 27, 28,
 29, 34, 35, 39, 87, 102, 103, 118,
 135, 143, 151, 152, 236.
Esther: 38, 319, 515
Cora: 38.
El Traviato: 38.
Laura: 38.
La Semanera: 38.
La Noche de Boda: 38, 515.
El Corsario: 38.
La Familia Sconer: 38.
Dos Pensamientos: 38.
*Impresiones de Viaje: Italia-
 Francia*: 38.

CANÉ, hijo (Miguel) :

Ensayos: 90, 101, 119, 120, 297, 457, 474, 487, 518, 527.

En Viaje: 72, 160, 161, 173, 182, 201, 202, 203, 204, 211, 212, 215, 217, 223, 224, 231, 232, 257, 258, 275, 292, 301, 302, 310, 312, 315, 317, 327, 328, 332, 413, 500, 516, 520, 521.

Juvenilia: 9, 17, 21, 22, 25, 26, 43, 48, 53, 54, 132, 183, 201, 231, 234, 236, 240, 241, 269, 275, 302, 303, 310, 314, 316, 317, 319, 322, 330, 331, 335, 336, 437, 438, 506, 507, 511, 513, 516, 517, 518, 519, 521, 531, 534.

Charlas Literarias: 24, 110, 120, 125, 139, 161, 177, 237, 312, 334, 338, 340, 437, 458, 499, 501, 525, 530.

Expulsión de Extranjeros: 466, *Enrique IV*: 312, 327, 339, 361, 376, 391, 456, 459, 485-488, 499. *Notas e Impresiones*: 287, 312, 414, 416, 419, 421, 431, 434, 443, 447, 451, 452, 460, 464, 489, 492, 498, 503, 520.

Prosa Ligera: 225, 242, 244, 312, 323, 349, 351, 360, 362, 365, 377, 422, 427, 437, 494, 501, 526, 530.

Discursos y Conferencias: 64, 323, 391, 408, 453, 479, 481, 498, 515.

CANÉ, nieto (Miguel): 15, 17, 191, 432, 446, 450, 451, 493, 495, 503, 505, 513.

CANÉ (Sara Beláustegui de): 101.

CANÉ (Vicente): 27.

CANET (Miguel): 27.

CÁNOVAS del CASTILLO: 292, 348, 349, 355, 363, 376.

CANTILLO (Gabriel): 394.

CANTILLO (José María): 75.

CANTER (Juan): 310.

CAÑETE (Manuel): 293.

CAPELLO (Francisco): 479.

CAPMANY (Antonio de): 533.

CAPUS (Alfred) :

Les Deux Écoles: 496.

CÁRCANO (Giulio): 485.

CÁRCANO (Ramón J.): 15, 379, 383, 384, 386, 388, 393, 503.

Urquiza y Alberdi. Intimidaciones de una política: 370.

CARDUCCI: 445.

CARLÉS (Carlos): 450.

CARLÉS (Manuel): 394.

CARLYLE (Th.): 12, 211, 213, 326, 474.

Sartor Resartus: 526.

*Los Héroe*s: 526.

CARNOT (Sadí): 431.

CARO (Miguel Antonio): 331.

CARREL (Armand): 24.

CASANOVA (Jacques): 45.

CASARES (Vicente L.): 15, 60, 164, 218, 305, 325, 342, 380, 383, 450.

CASARES (Vicente R.): 15, 16.

CASTAGNINO (Raúl Héctor) *Miguel Cané cronista del 80 porteño*: 524.

CASTELAR (Emilio): 293, 348, 354, 363, 378.

CASTILLA (Mariscal Ramón): 176.

CASTILLO (Rafael): 502.

CASTRO (Américo): 53, 521, 530.

CATILINA: 384, 386.

CATÓN: 125.

CERVANTES: 9, 13, 58, 172, 236, 487, 533.

Quijote: 10, 14, 51, 293, 501, 507, 531.

Persiles y Sigismunda: 521.

CÉSAR (Julio): 242.

CETINA (Gutierre de): 199.

CICERÓN (Marco Tulio): 67, 115, 236.

Diálogo de la Vejez: 479.

CLARÍN (Leopoldo Alas): 281.

CLAUDEL (Paul): 237.

CLEMENCIN (Diego): 13, 533.

COLERIDGE (Samuel Taylor):

326.

COMTE (Auguste): 88, 445.

CONDE (Adolfo): 69, 77.

CONDORCET (Antonio Nicolás de).

Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano: 429.

COPPÉE (François): 295.

CORNEILLE: 30, 410, 420, 425.

Polyeucte: 207.

CORONADO (Martín): 392, 393, 527.

CORONADO (Nicolás): 524.

CORTÉS FUNES (Jerónimo):

151, 153.

CORTÉS (Hernán): 437.

COSSON (Alfred): 48.

COSTA (Angel Floro): 513.

COSTA (Eduardo): 352, 390, 391, 504.

COSTA (Joaquín): 349.

COUSIN (Victor): 29.

CROCE (Benedetto):

Teoría e Storia della Storiografia: 30.

CRUZ (Osvaldo): 410.

CUERVO (Rufino José): 15, 328, 338, 339, 532.

Apuntaciones Críticas al Lenguaje Bogotano: 331, 332, 335, 530.

Diccionario de Construcción y Régimen: 332, 333, 335.

El Castellano en América: 333.

CUETO (Leopoldo José de): 292, 293.

CUNNINGHAME GHAAHAM (R. B.):

El Río de la Plata: 47.

CHAMBERS (E. K.): 488.

W SHAKESPEARE:

A Study of Fact sand Problems: 456.

CHAPEAUROUGE (Carlos de): 57.

CHAPELAIN: 30.

CHATEAUBRIAND: 21, 23, 31, 99, 254.

Los Mártires: 210.

CHAUCER: 211.

CHESTE (Conde de): 378.

D

D'AMICO (Carlos): 193.

Buenos Aires, sus Hombres, su Política: 114.

DARÍO (Rubén): 29, 198, 407, 409, 463, 501.

Prosas Profanas: 446, 535.

Los Colores del Estandarte: 535.

El Canto Errante: 535.

Azul: 535, 536.

DARWIN (Ch): 132, 269.

DAUDET (Alphonse): 285.

DAUJE (A.): 322.

DÁVILA (Adolfo): 151, 153, 393, 448.

DELFINO (Augusto Mario): 330.

De Corazón a Juvenilia: 330.

DEMARÍA, padre (Mariano): 61, 193, 380.

DÍAZ (Leopoldo): 388, 392, 394.

DICKENS (Ch.): 67, 96, 124, 206, 211, 233, 258, 295, 298, 328.

David Copperfield: 339.

DISRAELI (Benjamín): 99.

DOMICIANO: 482.

DOMÍNGUEZ (Luis L.): 289.

DON PEDRO de ALCÁNTARA (Emperador del Brasil): 65, 380.

DONIZETTI (Cayetano): 176.

DONATELLO: 76.

DONOSO (Ricardo): 144.

DORMAL (Julio): 394.

DORREGO (Manuel): 27.

DRAGO MITRE (Sara Cané de): 178.

DREYFUS: (Alfred): 430, 449, 454, 455.

DRYDEN (Jhon): 68.

DUMAS (Alexandre): 23, 47,
258, 437, 517, 529.
Los Tres Mosqueteros: 300.
Kean: 455.
DUMAS, hijo (Alex): 122, 420.
DURUY (Victor): 48, 478.

E

ECHAGÜE (Juan Pablo):
Puntos de Vista: 523.
ECHEGARAY (José): 294, 348,
349.
ECHEVERRÍA (Esteban): 30,
32, 33, 34, 35, 47, 136, 152, 153,
323, 465, 516, 529.
La Cautiva: 516.
EDWARDS (Agustín): 168.
EIZAGUIRRE (Luis): 55.
ELIZALDE (Rufino de): 504.
EMERSON (R. W.):
Representative Men: 269.
ENCINA (Carlos): 81, 117, 121,
122, 268, 269, 338, 527.
Canto al Arte: 270.
In Memoriam: 270.
La Lucha por la Idea: 270.
ENRIQUE IV (rey de Francia):
456.
EPICETETO: 142.
EPICURO: 29, 95.
ERASMO: 236.
ESCALANTE (Wenceslao): 151,
397.
ESQUILO: 445.
ESQUIÚ (Fray Mamerto): 377.
ESTRADA (Angel de): 394, 473,
474, 515, 534, 536.
El Color y la Piedra: 473, 515.
ESTRADA (José María): 105,
107.
ESTRADA (José Manuel): 70,
72, 82, 121, 124, 357, 369, 477, 527.

F

FAURE (Félix): 351, 421, 422,
424.
FAURE (Sebastián): 466.

FERNÁN NUÑEZ (duque de):
378.
FERNÁNDEZ ALMAGRO
(Melchor): 349.
FERNÁNDEZ ESPIRO (Die-
go): 392.
FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ
(Manuel): 48.
FERRI (Enrico):
Socialismo y Ciencia Positiva:
465.
FÉVAL (Paul): 516.
FIDANZA (Eduardo): 510.
FIERRO (Alejandro): 167.
FLAUBERT (Gustave): 24, 122,
136, 234, 461, 508.
Salammbô: 339.
FÓSCOLO (Ugo): 516.
FRANCE (Anatole): 268, 430,
431, 434.
Histoire Contemporaine: 430.
L'Orme du Mail: 430.
FRANCISCO JOSÉ (Empera-
dor de Austria y Hungría): 351.
FRÍAS (Félix): 71, 112, 117, 145,
147, 152-155, 168, 184, 194, 320,
321.

G

GÁLVEZ (Manuel)
*Amigos y maestros de mi juven-
tud*: 472, 519.
El Diario de Gabriel Quiroga:
519.
GÁLVEZ (Victor Vicente G.
Quesada):
Memorias de un Viejo: 110.
GALLO (Delfin): 112, 151, 193,
194, 477, 527.
GAMBETTA (León): 209, 250.
GANIVET (Angel): 294.
GARCÍA CALDERÓN (Fran-
cisco): 246.
GARCÍA (Francisco L.): 398,
399.
GARCÍA, padre (Juan Agustín):
153, 384.
GARCÍA, hijo, (Juan Agustín):
151.

- GARCÍA MANSILLA (Daniel): 394.
- GARCÍA MÉROU (Enrique): 16, 17, 151, 185, 337, 388, 402, 408.
- GARCÍA MÉROU (Martín): 15, 150, 217, 232, 233, 240, 254, 265, 267, 271-275, 291-295, 298, 301, 302, 309, 317, 367, 508, 509, 526. *Alberdi: ensayo crítico*: 150. *Recuerdos Literarios*: 200, 234. *Impresiones*: 337.
- GARCÍA VELLOSO (Juan José): 392, 394.
- GARCILASO DE LA VEGA: 47, 200, 535.
- GARIBALDI (José): 68, 69, 113, 258.
- GARRO (Juan M.): 151, 153.
- GAUTIER (Th.): 24, 27, 32, 266, 499.
- GAYARRE (Julián): 123, 375.
- GÉRUZEZ (Eug.): 48, 53.
- GERCHUNOFF (Alberto): 519.
- GHIANO (Juan Carlos): *Los Constantes en la Literatura Argentina*: 524.
- GIBBON (Edward): *Autobiography*: 436.
- GIDE (André): 435.
- GIRARDIN (Emile de): 24.
- GIUSTI (Roberto F.): 204, 392. *Momentos y Aspectos de la Cultura Argentina*: 393, 394, 407. *Rafael Obligado y Miguel Cane*: 523.
- GLADSTONE (William): 99, 214, 217.
- GLUK (C. W.): 420.
- GOETHE: 13, 41, 233, 234, 266, 268, 293, 435, 445, 458.
- GÓMEZ (Indalecio): 174, 175, 450.
- GÓMEZ (José Valentín): 436.
- GÓMEZ (Juan Carlos): 121, 122, 138, 250, 371, 475.
- GOMPERZ (S.): *Adiós a Stuart Mill*: 214.
- GONZÁLEZ (Joaquín V.): 392, 393, 504. *Mis Montañas*: 392.
- GONZÁLEZ (Lucas): 164, 165, 180, 181.
- GOROSTIAGA (José B.): 184, 194, 504.
- GOUNOD (Ch.): 457, 526.
- GOYA Y LUCIENNES (Francisco): 276, 360, 409, 525.
- GOYENA (Miguel): 193.
- GOYENA (Pedro): 48, 49, 52, 60, 61, 71, 82, 83, 94, 121, 122, 124, 139, 193, 215, 269, 306, 310, 357, 369, 477, 527.
- GRACIÁN (Baltasar): 32, 47, 88, 125, 217, 263, 431, 464, 496, 536. *El Héroe*: 7. *Oráculo*: 496.
- GRANDMONTAGNE (Francisco): 372-375, 522. *Los Inmigrantes Prósperos*: 375.
- GRAU (Almirante Miguel): 147.
- GRECO (el): 358.
- GROUSSAC (Pablo): 11, 15, 32, 123, 162, 244, 285, 297, 305-318, 328, 340, 376, 387, 403, 427, 448, 450, 459, 460, 483, 501, 522, 534. *Los que Pasaban*: 11, 48, 57, 73, 94, 148, 187, 188, 194, 199, 402, 460, 461, 514, 522. *Crítica Literaria*: 32. *El Viaje Intelectual* (primera serie): 297, 376, 388. *Cahiers de Sonnets*: 310. *Del Plata al Niágara*: 314, 316, 523.
- GUIDO (Reni): 77.
- GUIDO Y SPANO (Carlos): 275, 285, 393.
- GUILLERMO I^o (Emperador de Alemania): 266, 351.
- GUIZOT (François): 486.
- GUTIÉRREZ (Eduardo): *Juan Moreira*: 137.
- GUTIÉRREZ (José M.): 121, 390, 504.
- GUTIÉRREZ (Juan María): 21, 32, 35, 37, 65, 70, 71, 83, 104, 109,

- III, 120, 121, 123, 124, 132, 145,
152, 215, 280, 320, 321, 339, 475,
516, 529, 531.
*Origen y Desarrollo de la En-
señanza Pública Superior*: 21,
22.
Epistolario: III.
GUTIÉRREZ (Ricardo): 15, 69,
71-79, 81, 117, 121-123, 124, 140,
141, 142, 306, 310, 339, 393, 432,
474, 497, 527.
La Fibra Salvaje: 38, 143.
El Misionero: 138, 139, 143, 144.
GUZMÁN BLANCO (Antonio):
117, 219, 225, 226, 228-230, 241-
243, 251, 252, 278.

II

- HAECKEL (Ernest): 496.
HANOTAUX (Gabriel): 424,
425, 446, 463.
HARVEY (Carlos): 52.
HEGEL: 223, 269.
Filosofía de la Historia: 417.
HEINE (H.): 233, 499.
HEREDIA (José María de): 445,
535.
HERMOSILLA (José Mamerto
Gómez): 137.
HERNÁNDEZ (José): 9, 105,
132, 133, 144, 194, 355, 371.
Martín Fierro: 9 92, 93, 119, 131,
134-138.
*Rasgos Biográficos del general
Angel Vicente Peñaloza*: 92.
Instrucción del Estanciero: 133.
La Política del Puñal: 135.
HERNÁNDEZ (Rafael): 105, 138.
Pehuajó: 92, 133.
HERRERO MAYOR (Julio A.):
524.
HIDALGO (Bartolomé): 138.
HIMONET (Luciana): 35, 36.
HIPÓCRATES: 142.

- HITLER (Adolfo): 228.
HOBBS (Th.): 49.
HOLMBERG (Eduardo L.): 132,
393.
HOMERO: 9, 13, 29, 307.
Ilíada: 9, 13.
HORACIO: 30, 67, 270, 360.
HOUDÓN (Juan Antonio): 110.
HUDSON (Guillermo Enrique):
74.
HUGO (François Victor): 486.
HUGO (Victor): 25, 29, 30, 31,
61, 90, 122, 134, 136, 283-285, 293,
323, 341, 435, 483, 529.
Cromwell: 29, 32.
La Leyenda de los siglos: 283.
Ruy Blas: 341, 432, 516.
HUME (David): 140.
HUNTER (Dr.): 56.
HUTTEN (Ulrico de): 79.

I

- INGENIEROS (José): 465.
La Simulación de la Locura:
519.
IRIARTE (Tomás de): 200, 536.
IRIGOYEN (Bernardo de): 145,
183, 189, 103, 228, 245, 246, 406,
461, 504.
ISABEL (reina de Inglaterra):
293.

J

- JACQUES (Amadeo): 46-48, 54,
56-57, 81.
Filosofía: 49.
JAMMES (Francis): 445.
JANIN (Jules): 29.
JOHNSON (Dr. Samuel): 7, 56,
458, 486.
JOVELLANOS (Gaspar Melchor
de): 59.
JUÁREZ CELMAN (Miguel):
358, 359, 366, 368, 379-390, 400.

JUNG (J.): 162.

JUSTO (Juan B.): 465.

K

KANT: 140, 269, 361.

KEATS (John): 116, 211.

KIPLING (Rudyard): 446.

KROPOTKINE (Pedro): 465.

L

LA BRUYÈRE: 238, 239, 234.

LAGOS GARCÍA (Luis): 112, 118, 193, 194.

LAGOS (Hilario): 406.

LAGOS (Juan Carlos): 60.

LA HARPE: 30.

LAÍN ENTRALGO (Pedro):

La generación del 98: 349.

LÁINEZ (Manuel): 69, 77, 200, 254, 305, 310, 313, 318, 340.

LAMARTINE (A. de): 91, 134, 217, 309, 516.

LANCEREAUX (Profesor): 462.

LANDIVAR (Julio): 56.

LANFREY (Pierre): 11.

LANÚS (Adolfo): 16, 17.

LANÚS (Anacarsis): 16, 150.

LA ROCHEFOUCAULD: 28, 164, 233.

LARSEN (Dr.): 60.

LARRA (Mariano José de): 67

LARRETA (Enrique): 394, 459, 514, 536.

Artemis: 459.

Tiempos Iluminados: 460.

LAŠKI (H. J.):

El Liberalismo Europeo: 427.

LASTARRIA (José Victoriano): 99.

LASTRA (Bonifacio): 61

LAVALLE (General Juan): 205

LAVALLE (Ricardo): 105.

LEE (Sidney): 488.

A Life of W. Shakespeare: 488.

LEHMAN Nitsche (Roberto):

Santos Vega: 135.

LEMAITRE (Jules): 136, 435.

LEÓN (Fray Luis de): 481, 535.

LEOPARDI (Giacomo): 91, 134, 135, 236, 239, 431, 504.

LEOPOLDO II (rey de los belgas): 351.

LEPINE (Louis): 466.

LESCLIDE (Richard): 283, 284.

LETOURNEUR (Pierre): 486.

LEVALLE (General Nicolás): 358, 387, 406.

LIARD (Louis): 478.

LOCKROY (Mme): 285.

LOPE DE VEGA: 92.

LÓPEZ (Francisco Solano): 53, 65.

LÓPEZ JORDAN (Ricardo): 65, 66, 135.

LÓPEZ (Lucio V.): 15, 17, 60, 105, 111, 113, 117, 124, 147, 174, 183, 193, 214, 270, 305, 307, 310, 311, 315, 328, 380, 393, 408, 437, 457, 477, 522, 527.

Sobre las Cartas Quillotanas: 152.

Recuerdo de Viaje: 213, 522.

La Gran Aldea: 232, 298, 302.

327.

El Salto de Ascochinga: 448.

LÓPEZ (Vicente Fidel): 112, 117, 121, 122, 152, 184, 185, 375, 390, 391, 436, 438, 475, 477, 479, 504-527.

Autobiografía: 29.

La Novia del Hereje: 516.

LOYOLA (San Ignacio de): 141.

Luciano de Samosata: 236.

LUCRECIO: 141, 390.

LUGONES (Leopoldo): 9, 465, 518.

La Guerra Gaucha: 9.

El Payador: 138.

Las Montañas del Oro: 444.

LUIS XIV (rey de Francia): 293.

LUIS FELIPE (rey de Francia): 31.

M

- MACAULAY (Th. B.): 47, 142, 307, 532.
- MACROBIO
Las Saturnales: 13.
- MADISON (James): 115.
- MADRAZO (Pedro de): 292.
- MAGNASCO (Osvaldo): 388, 392.
- MAISTRE (Joseph de): 269.
- MALLARMÉ (Stéphane): 269, 435, 445.
- MANDEILLE (María Sánchez de): 321.
- MANRIQUE (Jorge): 27.
- MANSILLA (Lucio V.): 112, 117, 118, 318, 357, 394.
Una Excursión a los Estudios Rancuales: 133, 152.
- MANTILLA (Manuel): 392.
- MANZONI (Alessandro): 89, 435, 532.
- MAQUIAVELO: 345.
- MARCO AURELIO: 532.
- MARGARITA DE ANGULENA
El Eptamerón: 205.
- MARÍA CRISTINA (Reina Regente de España): 350, 353, 355, 356, 360, 363, 378, 379.
- MARIVAUX: 420.
- MÁRMOL (José): 38, 516, 529.
- MARTÍNEZ CAMPOS (General): 378.
- MARTÍNEZ DE LA ROSA (Francisco): 53.
- MARTINEZ VILLER GAS (José)
Sarmienticidio: 111.
- MARTINTO (Domingo): 393.
- MARTOS (Cristino): 354.
- MASCAGNI (Pietro): 498, 499.
- MATTERA (Monseñor): 336.
- MATIENZO (José Nicolás): 388, 393.
- MAUROIS (André)
Olympio ou la Vie de Víctor Hugo: 340.
- MAURRAS (Charles): 425, 426, 488.
- MAZIEL (Juan Baltasar): 21.
- MÉLINE (Félix-Jules): 423, 463.
- MELO (Francisco Manuel de): 531.
- MENDELSSHON (Félix): 163, 167.
- MÉNDEZ (Gervasio): 123.
- MENÉNDEZ Y PELAYO (Marcelino): 132, 137, 291, 294, 302, 304, 332, 363, 377, 458.
Historia de la Poesía Hispano-americana. t. II: 270.
Historia de los Heterodoxos Españoles: 294, 295.
Historia de la Ideas Estéticas en España. lv: 349.
- MÉRIMÉE (Prosper): 29.
- MEYERBEER (Giacomo): 456.
- MICHEL: 486.
- MICHELET (Jules): 29.
- MIGUENS (Zoilo): 136, 137.
- MILTON (John): 68.
- MIR (P. Juan): 533.
Prontuario de Hispanismo y Barbarismo: 533, 535.
- MIRO (José): 393.
- MITRE (Adolfo): 269, 335.
- MITRE (Bartolomé): 15, 22, 38, 52, 53, 63, 65, 83, 92, 94, 99, 100, 104, 107, 110, 114, 117, 121, 131, 135, 149, 150, 153, 154, 184, 200, 215, 250, 280, 281, 324, 334, 335, 341, 342, 368, 376, 389, 390, 399, 400, 404, 407, 436-439-447, 463-476, 479, 504, 509, 516, 526, 527, 530.
Rimas: 123.
Defensa de la Poesía: 136.
Historia de Belgrano, t. III: 438.
- MITRE (Emilio): 291.
- MOLIERE (Poquelin de): 187, 208, 293, 420.
- MOLTKE (Mariscal von): 277, 436.
- MONTT: 166.

- MONTAIGNE (Miguel Eychem de): 13, 28, 29, 82, 97, 120, 162, 205, 215, 261, 268, 305, 312, 429, *Ensayos*: 206, 216.
 MONTALVO (Juan): 535.
 MONTEGUT (Émile): 486.
 MONTERO (Belisario J.): 394. *Miguel Cané. Impresiones y Recuerdos*: 159, 523. *La enseñanza de la Vieja Química*: 269.
 MONTERO (General): 172.
 MONTES (Victoriano): 394.
 MONTES DE OCA (Manuel Augusto): 66.
 MONTESQUIEU (Charles S. Barrón de): 120, 208.
 MOTHERLANT (Henri de): 199. *Carnets*: 491.
 MORALES (Ernesto): 65.
 MOREAS (Jean): 354, 445.
 MORENO (A. P.): *Guerra del Pacífico*: 182.
 MORENOS CARBONERO (José): 194.
 MORENO (Francisco P.): 15, 143, 144.
 MORENO (José Ma.): 188.
 MORET (Segismundo): 293, 350, 354, 370, 378.
 MOTLEY (John Lothrop): 47.
 MOZART (Wolfgang Amadeo): 207, 524.
 MUJICA LAINEZ (Manuel): *Miguel Cané (padre)*: 35, 36.
 MURATURE (José Luis): 476, 517.
 MURILLO (Bartolomé Esteban): 77, 177.
 MUSSET (Alfred de): 30, 31, 69, 89, 91, 207, 293, 529.
 MUSSOLINI (Benito): 228.
 NETO (Benito): 59.
 NIETZSCHE (Federico): 444, 445.
 NISARD (Désiré): 29.
 NÚÑEZ (Rafael): 228, 229, 351, 446.
 NÚÑEZ DE ARCE (Gaspar): 293, 348, 363, 365, 446, 479, 500. *Raimundo Lulio*: 364. *La Selva Oscura*: 364. *La Visión de Fray Martín*: 364.
 OBLIGADO (Rafael): 392, 394, 523, 527.
 OCAMPO (Benigno): 151.
 OCAMPO (Juan B.): 151.
 OCAMPO (Panchita): 452.
 OCANTOS (Carlos María): 393.
 OCHOA (Eugenio de): 531.
 OLIVARES (Conde-Duque de): 365.
 ORIBE (Manuel): 439.
 ORIÓN (Véase Héctor F. Varela).
 ORMA (Adolfo): 394.
 OROÑO (Nicasio): 194, 463.
 ORTEGA MUNILLA (José): 292, 293.
 ORTEGA Y GASSET (José): 240, 245, 409.
 ORTIZ (Francisco S.): 350, 353, 354.
 OSCAR (Rey de Suecia): 351.
 OSTWALD: 162.
 OVIDIO: *Tristes*: 325.
 OYUELA (Calixto): 392, 393. *Nuevos Cantos*: 520.

P

- N**
 NAPOLEÓN III: 11, 68, 209.
 NAVARRO VIOLA (Alberto): 269, 275, 527.
 PABLO (San): 237.
 PACHECO (Wenceslao): 358.
 PADILLA (Alberto): *El General Roca: de Ministro a Presidente*: 149, 183, 184.

- PALACIOS (Alfredo L.): 497.
 PALMA (Ricardo): 135.
 PASCAL (Blaise): 237, 238, 239, 268, 407, 509.
 PATTI (Adelina): 211.
 PAUNERO (general Wenceslao): 92.
 PAYRÓ (Roberto J.): 394, 465, 515, 524.
 PAZ (José C.): 15, 63, 193, 265, 290, 291, 297, 303, 358, 448.
 PAZ (Marcos): 57.
 PAZ (Zelmira Díaz de): 317.
 PEDRO EL CRUEL: 362.
 PELLEGRINI (Carlos): 15, 61, 112-115, 117, 118, 124, 129, 146, 153, 155, 177, 181, 187, 188, 194, 197, 207, 249, 300, 315, 327, 340, 342, 343, 359, 367, 368, 369, 378, 379, 381, 382, 399, 400, 403-405, 406, 407, 429, 431, 432, 434, 441, 442, 446-455, 459-463, 472-476, 483, 489-491, 497, 502-503, 509, 513, 517, 522.
Treinta años Después: 60.
Escritos y Discursos: 483, 498.
 PELLEGRINI (Carlos H.): 28.
 PELLETAN (Eugène):
Profesión de Fe del Siglo XIX: 209.
El Mundo en Marcha: 209.
 PELLICO (Silvio): 45.
 PEÑA (David): 324.
 PEÑAZOLA (General Angel Vicente, el Chacho): 92, 93, 134, 183.
 PERAL (Isaac): 348.
 PEREDA (José María de): 298, 348.
Sotileza: 295, 296, 362.
Peñas Arriba: 362.
 PÉREZ DE AYALA (Ramón): 81.
 PÉREZ ESCRICH (Enrique): 48, 304.
 PÉREZ GALDÓS (Benito): 348.
 PÉREZ (Roque): 78.
 PÉREZ ROSALES (Vicente):
Recordando el Pasado: 169.
 PERICLES: 293, 477.
 PERRAULT (Charles): 30.
 PETRARCA: 35, 39, 123, 404.
 PETRUCCELLI DE LA GATTINA:
Las Memorias de Judas: 339.
 PIDAL (Marqués de): 377.
 PINEDO (Federico): 407.
 PINTO (Anibal, Presidente de Chile): 166, 169, 170.
 PIÑERO (Norberto): 393, 448, 521.
 PIROVANO (Ignacio): 60, 477.
 PITÁGORAS: 29.
 PIZARRO (Francisco): 176, 436.
 PIZARRO (Manuel D.): 151.
 PLATÓN: 29, 91, 130, 134, 178, 236.
 PLAZA MONTERO (Alfredo): 105.
 PLAZA (Victorino de la): 193, 271, 434.
 PLINIO EL JOVEN: 12, 67, 482, 480.
 PLUTARCO: 79.
 PODESTÁ (Manuel): 392.
Alma de Niña: 392.
 POE (Edgar Allan): 91.
 PONCE (Anibal):
La Vejez de Sarmiento: 523.
 PONSON DU TERRAIL: 69.
 POPE (Alexander): 68, 486.
 POSSE (Filemón): 358.
 POSSE (Pepe): 183, 184.
 PRESCOTT (W. H.): 47.
 PREVOST-PARADOL: 178.
 PROUST (Marcel):
Les Plaisirs et les Jours: 435.
A la Recherche du Temps Perdu: 435.
 PUEYRREDÓN (Juan Martín de): 436-439.

Q

- QUESADA (Ernesto): 393, 505, 524.
 QUESADA (Vicente G.): 151, 153.

QUEVEDO Y VILLEGAS (Francisco Gómez de): 76, 536.

QUINTANA (Manuel): 94, 153, 194, 402, 463, 503, 504.

QUINTANA (Manuel José): 531, 533.

Vidas de Capitanes Ilustres: 296.

QUINTEROS (Lidoro J.): 151.

QUIRNO COSTA (Norberto): 61, 153, 358, 360, 371, 399.

QUIROGA (Juna Facundo): 183.

R

RABELAIS (F.): 428.

RACEDO (General Eduardo): 353, 383.

RACINE (Jean): 30, 268, 420.

RADCLIFF (Ada): 48.

RAGUCCI (Rodolfo M.): 333.

RAMOS (Juan P.): 524.

RAMOS MEJÍA (Horacio): 524.

RAMOS MEJÍA (José María): 392, 450.

RAMOS MEXÍA (Exequiel):

Mis Memorias: 99.

RAWSON (Guillermo): 184, 463, 502.

RÉGNIER (Henri de): 445.

REMBRANDT: 77, 440.

RENAN (Ernest): 14, 295, 391, 392, 430, 461, 532.

Vida de Jesús: 210.

RIBERA (José): 76.

RICHELIEU (Cardenal de): 458.

RICHEPIN (Jean): 445.

RIVADAVIA (Bernardino): 21, 27, 32, 184, 323, 436, 440.

RIVAROL: 127, 187.

RIVAROLA (Enrique): 394.

RIVAROLA (Rodolfo): 514.

RIVAS (Ángel Saavedra, duque de): 276.

RIVAS (duques): 364.

RIVERA INDARTE: 516.

ROCA (Julio A.): 15, 16, 148, 154, 155, 183, 184, 186, 189, 197, 198, 249-253, 267, 275, 290, 298-300,

340, 342, 366-369, 382-391, 397-399-402, 406-409, 447, 450, 465, 471, 497, 502, 504, 509.

ROCHA (Dardo): 121, 151, 189, 194, 197, 382, 385.

RODENBACH (Georges): 445.

RODIN (Auguste): 16, 441, 464, 483, 484.

RODÓ (José Enrique):

Ariel: 476.

RODRÍGUEZ ETCHART (Carlos): 394.

RODRÍGUEZ LARRETA (Carlos): 504.

RODRÍGUEZ (general Martín): 27.

ROEBER (Cristián): 392.

RODHE (Jorge Max):

Las Ideas Estéticas en la Literatura Argentina: 523.

ROJAS (Absalón): 151, 153.

ROJAS (Ricardo): 513.

La Literatura Argentina: 514, 523.

La Victoria del Hombre: 519.

ROLAND (Mme.): 125.

ROMANA (duque de la): 362.

ROMANO (Julio): 499.

RONsARD (Pierre de): 205.

ROSA (José María): 61.

ROSAS (Juan Manuel de): 22,

27, 33-37, 54, 71, 110, 114, 144, 148, 163, 280, 437, 439.

ROSETI (Profesor): 61.

ROSSI (Ernesto): 123, 457.

ROSTAND (Edmond): 445,

151, 437, 443.

ROUSSEAU (Jean Jacques):

La Nouvelle Héloïse: 29.

Émile: 29.

Le Contrat Social: 29, 212.

RUBENS: 208, 486.

RUBINSTEIN (Antonio): 211.

RUGGIERO (Guido de): 427.

RUIZ DE LOS LLANOS (Rafael): 193.

RUSIÑOL (Santiago): 472.

RUSKIN (John): 89, 507.

S

- SAAVEDRA FAJARDO (Diego): 117.
Empresas: 347, 356.
 SAENZ ECHEVERRÍA (Carlos): 272, 273.
 SAENZ (Eduardo): 269.
 SAENZ HAYES (Ricardo): 16, 426, 432, 464.
Reminiscencias: 23.
La Nostalgia de Groussac: 315.
El Último Viaje de Alberdi: 322.
De la Amistad en la Vida y en los libros: 429, 432.
Entre Dudas y Esperanzas: 487.
 SAENZ PEÑA (Luis): 189, 193, 194, 305, 396, 400, 407, 408.
 SAENZ PEÑA (Roque): 15, 60, 104, 105, 113, 117, 124, 129, 146, 148, 155, 159, 161-164, 166, 169-175, 179, 181, 189-193, 198, 290, 305, 390, 391, 397, 399, 434, 452, 453, 509.
Derecho Público Americano: 508, 513, 518, 522.
 SAGASTA (Práxedes): 348, 354, 378.
 SAINT-Simón (duque de): 282.
 SAINT-VÍCTOR (Paul de): 327, 456.
 SAINTE-BEUVE (Ch. Augustín de): 7, 10, 11, 19, 52, 83, 307, 308, 317.
 SISSET (Émile): 48.
 SALDÍAS (Adolfo): 60, 287, 385, 513.
 SALMERÓN (Nicolás): 354.
 SALVÁ (Vicente): 533.
 SAMAIN (Albert): 445.
 SAND (George): 129, 210.
Elle et Lui: 447.
 SANDEAU (Jules): 531.
Mariana: 531.
 SANIN CANO (B.): 221, 522.
 SAN MARTÍN (José de): 11, 123, 124, 185, 439, 440.
 SANTAYANA (Jorge): 143.
El Último Puritano: 96.
 SANTOS (general Máximo): 278.
 SANZ DEL RÍO (Julián): 349.
 SANIO (Rafael): 498.
 SARDOU (Victorien): 420.
 SARMIENTO (Domingo F.): 9, 15, 16, 36, 37, 57, 63-65, 83, 93, 104, 110, 114, 117, 120, 123, 124, 130, 133, 134, 136, 148-150, 152-156, 169, 172, 177, 183, 184, 189, 194, 214, 229, 250, 258, 279, 280, 288, 310, 323, 368, 369, 371, 376, 399, 415, 421, 426, 439, 441, 463, 464, 481-484, 500, 504-505, 525.
Recuerdos de Provincia: 9, 280.
Facundo: 101-103, 131, 135, 280, 529.
Viajes: 204, 523.
Conflicto y Armonías de las Razas en América: 278.
 SARTO (Andrea): 77.
 SARRATEA (Mariano E. de): 65, 165, 169, 191.
 SAY (León): 209.
 SCOTT (Walter): 47, 516.
 SCRIBE (Eugène): 313.
La Africana: 313.
 SCHIAFFINO (Eduardo): 394.
 SCHILLER (Friedrich): 233, 266, 326.
 SCHLEGEL (A. W.): 485.
 SCHOPENHAUER (Arthur): 238, 374, 431.
 SÉNECA: 505.
 SHAKESPEARE: 13, 30, 68, 116, 124, 134, 205, 233, 244, 268, 293, 325-327, 343, 361, 391, 456-458, 485-488.
King Lear: 457.
Hamlet: 457.
Macbeth: 457.
Enrique IV: 457, 485, 488.
Las Alegres Casadas de Windsor: 458, 488.
La Tempestad: 476.
Midsummer's: 476.
Enrique V: 488.
 SHAW (George Bernard): 326.
 SHELLEY (Percy Bysshe): 116.
 SICARDI (Francisco): 392.

SIGUENZA (el Padre): 533.
 SIMÓN (Jules): 48, 209, 250.
 SÍVORI (Eduardo): 394.
 SÓCRATES: 29.
 SOLAR (Alberto del): 392, 393.
 SOLÍS (Antonio de): 531.
 SOREL (Georges): 99.
 SOTO Y CALVO (Francisco): 393.
 SOULIÉ (Frederic): 48.
 SPENCER (Herbert): 130-132, 214, 269.
 SPENSER (Edmond): 68.
 SPINOZA (Baruc): 480.
 STAËL (Mme.): 241.
 STENDHAL: 25, 273.
 STERNE (Lawrence): 69.
 STUART MILL (John): 132, *On Liberty*: 213, 429.
 SUE (Eugène): 516.
 SULLY (duque de): 205.
 SULLY PRUDHOMME: 445.
 SUSINI (Telémaco): 301, 388.
 SWEDEMBORG: 269.
 SMINBURNE (Ch.): 446.

T

TÁCITO (C. Cornelio): 67, 79, 438.
 TAINÉ (Hippolyte): 11, 178, 233, 307, 308, 392, 461.
De l'Intelligence: 124.
 TALLEYRAND (Charles Maurice de): 56, 187.
 TAMAMES (duque de): 363.
 TARQUINO: 242.
 TASSO (Torcuato): 38.
 TEJEDOR (Carlos): 38, 104, 139, 148, 149, 153, 169, 182, 184, 187, 188, 249, 300, 504.
La Delensa de Buenos Aires: 186.
 TENNYSON (Alfred): 148.
 TERESA DE JESÚS (Santa): 237.
 TERRY (José Antonio): 61.
 THIBAUDET (Albert): 30.
 TIRSO DE MOLINA: 88.

TISCORNIA (Eleuterio): *Martín Fierro*: 137.
 TITO LIVIO: 242.
 TOBAL (Federico): 55, 61.
Recuerdos del Viejo Colegio Nacional de Buenos Aires: 56.
 TOCQUEVILLE (Alexis de): 411, 426, 428, 429.
De la Democracia de América: 416-419.
 TORO (Emilia Herrera de): 15, 163, 166, 167, 172, 192, 193, 247, 248.
 TORRES (José M.): 44, 57, 58.
 TRAJANO: 12.

U

UDAONDO (Guillermo): 291, 403.
 UNAMUNO (Miguel de): 23, 137, 268, 326, 361.
Cancionero: 233.
 URIBURU (José Evaristo): 180, 181, 400, 406, 407, 451.
 URQUIZA (Justo José de): 63-65, 70, 104, 135, 368.

V

VALBUENA PRAT (Angel): *Historia de la Literatura Española*: 276.
 VALDÉS (Juan de): 236.
 VALERA (Juan): 59, 275, 276, 292, 293, 302, 304, 363, 535.
Pepita Jiménez: 294, 295.
 VALÉRY (Paul): 435.
 VALLE (Aristóbulo del): 15, 61, 81, 83, 94, 105, 124, 147, 151, 152, 154, 174, 183, 184, 187-189, 191, 194, 197, 249, 250, 306, 310, 325, 342, 370, 380-387, 390, 401, 402, 406, 410, 432, 441, 463, 464, 477, 485.
 VALLE (Angel della): 394.
 VAN DYCK: 77.
 VARELA (Florencio): 33, 36, 136, 323, 405, 439.

- VARELA (Héctor F.): 62, 74, 105, 112, 113, 115, 116, 133.
 VARELA (Juan Cruz): 32, 539.
 VARELA, sobrino (Juan Cruz): 69, 78, 121.
 VARELA (Justa Cané de): 36.
 VARELA (los): 53, 58, 63, 70.
 VARELA (Luis V.): 105, 108, 147.
 VARELA (Rufino): 66, 105.
 VEDIA (Agustín de): 387.
 VEDIA (Enrique de): 60.
 VEDIA (Mariano de): 514.
 VEDIA Y MITRE (Mariano de): 215.
Historia de las Ideas Políticas. t. XIII: 185.
El Iniciador: 404, 405.
 VEGA BELGRANO (Carlos): 393.
 VELÁZQUEZ (Diego de Silva y): 276, 360, 361, 409, 500, 525.
 VÉLEZ SARSFIELD (Dalma-
 cio): 145, 301, 504.
 VERAGUA (duque de): 378.
 VERHAREM (Émile): 445.
 VERLAINE (Paul): 82, 136, 216.
 VÉRTIZ (Juan José): 21.
 VIAL (Manuel Camilo): 144.
 VIALE (Luis): 330.
 VICO (G. B.): 30.
 VICTORIA (Marcos): 524.
 VICUÑA MACKENNA (B.): 166, 172, 181.
 VIEJOBUENO (general Joaquín): 186.
 VIGNY (Alfred de): 30, 171, 529.
Cinq Mars: 207.
Grandeur et servitude militaire: 422.
 VILLACAMPA (general Manuel): 356.
 VILLANUEVA (Benito): 503.
 VILLANUEVA (Carlos A.):
Bolívar y el general San Martín: 438.
 VILLEMAIN (A. F.): 29, 486.
 VINCI (Leonardo de): 471.
 VIRGILIO: 9, 13, 29, 30, 77, 331, 524.
Eneida: 9, 13, 508.
 VISO (Antonio del): 279.
 VIVES (Juan Luis): 236.
 VOLTAIRE: 54, 395, 486.
Essai sur les Moeurs: 100.
 VASHINGTON (George): 115.
 VHEELWRIGHT (William): 64.
- W**
- WAGNER (Ricardo): 11, 349, 524.
 WEBER (Karl): 207, 524.
 WHITMAN (Walt): 477.
 WILDE (Eduardo): 15, 74, 112, 113, 117, 120, 131, 143, 151, 189, 215, 300, 306, 319, 328, 336, 337, 358, 369, 379, 527.
Tiempo Perdido: 116, 130.
Aguas Abajo: 319.
 WILLIAMS (Alberto): 394.
 WHIGHT (Francisco): 323.
- Y**
- YEATS (William Butler): 446.
 IRARRAZÁBAL: 166.
 YRIGOYEN (Hipólito): 189, 193, 472.
 YRURTIA (Rogelio): 483.
- Z**
- ZEBALLOS (Estanislao S.): 193, 380, 394, 402.
 ZENÓN: 142.
 ZOLA (Émile): 296, 392.
Le Ventre de Paris: 210.
Germinal: 465.
 ZORRILLA DE SAN MARTÍN (Juan):
Tabaré: 365.
 ZUBERBUHLER (Carlos E.): 394.
 ZURBARÁN (Francisco): 177, 360.

INDICE DE ILUSTRACIONES

	<u>ENTRE PÁGS</u>
Miguel Cané	4-5
Dedicatoria de La Gran Aldea a Miguel Cané.....	232-233
Réplica de M. Cané a P. Groussac	304-305
Portada de "Juvenilia".....	316-317

INDICE DE MATERIAS

	<u>Pág.</u>
PROPOSITO	9
<i>Abreviaturas</i>	17
I. PRIMER CONTACTO CON MIGUEL CANE Y SU TIEMPO	19
I. Bondad, tristeza, pesimismo, 21. — II. Herencia romántica, 27. — III. El destierro es la muerte, 32. — IV. El padre juzgado por el hijo, 37.	
II. AÑOS DE APRENDIZAJE.....	41
I. Adolescencia y rebeldías, 43. — II. Política e indisciplina en el colegio, 51. — III. <i>La tempête sous un crâne</i> , 59. — IV. A la busca de mundo, 64. — V. Aconsejan al rebelde, 74. — VI. El tonel de las Danaides, 79.	
III. DEL PERIODISMO A LA POLITICA	85
I. Consagración precoz, 87. — II. ¿Quién es José Hernández?, 92. — III. El segundo viaje a Europa, 95. — IV. En la Legislatura de Buenos Aires, 100. — V. Don Juan María Gutiérrez, 109. — VI. Cané en la Cámara. Episodios parlamentarios, 112. — VII. Malos tiempos vive el país, 116. — VIII. El primer pecado literario, 119.	
IV. VIENTOS DE FRONDA	127
I. Pesadumbre, 129. — II. Cané y el <i>Martín Fierro</i> , 131. — III. <i>El Misionero</i> de Ricardo Gutiérrez, 138. — IV. Chile: por la razón o la fuerza, 144 — V. Tejedor amenaza, 148.	
V. LA GUERRA DEL PACIFICO	157
I. El secreto a voces..., 159. — II. Cané en Santiago de Chile, 161. — III. Por las costas del Pacífico, 171. — IV. Lima: la misión extraoficial de Cané, 177. — V. En Buenos Aires, 183. — VI. La revolución del 80, 186.	

	PÁG.
VI. DE LA POLÍTICA A LA DIPLOMACIA	195
I. El nuevo destino, 198. — II. El viajero difícil, 199. — III. Encanto de Francia, 205. — IV. Merry England, 211. — V. Hacia la Martinica, 216.	
VII. EN VENEZUELA Y COLOMBIA	221
I. Jornadas caraqueñas, 223. — II. Con Guzmán Blanco, 228. — III. Nace JUVENILIA, 231. — IV. Exegésis del te- dio, 236. — V. El dictador frente a su estatua, 241. — VI. Jornadas bogotanas, 244. — VII. El paisaje humano en Colón, 254. — VIII. A Europa vía Nueva York, 255.	
VIII. DOS LUSTROS DE VIDA EUROPEA	261
I. El hijo adoptivo, 263. — II. El Brasil nos inquieta, 266. — III. El genio de Carlos Encina, 268. — IV. Lo dejado en Bogotá, 270. — V. En Berlín y Viena, 273. — VI. Una visita a Víctor Hugo, 283. — VII. Buenos Aires en 1883, 286. — VIII. Cané y la literatura española, 290. — IX. Publicación de <i>En viaje</i> , 299. — X. La polémica con Groussac, 305. — XI. Aparece JUVENILIA, 316. — XII. Muere Alberdi, 320. — XIII. El traductor de Shakespeare, 325. — XIV. Edmundo de Amicis, 328. — XV. Rufino José Cuervo, 331.	
IX. DOS LUSTROS DE VIDA EUROPEA Y ASPECTOS DE LA POLÍTICA ARGENTINA	345
I. El Madrid de Miguel Cané: 1886, 347. — II. ¿Qué es un diplomático?, 350. — III. El porvenir de la monarquía española, 353. — IV. La política argentina mirada de lejos, 357. — V. España se hace querer, 360. — VI. Aba- tido y al sol de Málaga, 366. — VII. Cané y Grandmon- tagne: diálogo con un joven pobre, 372. — VIII. De nuevo en Madrid, 376. — IX. La revolución de 1890, 381. — X. Después de la revolución: la crisis continúa, 390. — XI. En la vorágine de la política, 395. — XII. Mitre y <i>La Divina Comedia</i> , 404.	
X. DE LA DIPLOMACIA A LA POLÍTICA	411
I. Vaticanios, 413. — II. Del "cabaret" al Quai d'Orsay, 418. — III. Obsesión del futuro, 425. — IV. Disminución de lo individual, 426. — V. Con M. Bergeret, 430. — VI. Sin pasiones, odios y simpatías..., 433. — VII. Chez Ro- din, 441. — VIII. El fervor wagneriano, 442. — IX. La costa reverberante y babilónica, 446. — X. Pellegrini y el <i>Affaire Dreyfus</i> , 449. — XI. La neurastenia de Pel- legrini, 456. — XII. Cané en el Senado, 462.	

XI. EL RECODO POSTRERO	469
I. Siglo xx. ¿Dónde está la juventud?, 471. — II. Sarmiento... y el Sarmiento, 481. — III. El <i>Enrique IV</i> de Shakespeare, 485. — IV. Primero, la política... 489. — V. Visión de barbarie futura, 491. — VI. Presentimiento, 495. — VII. <i>Pallida Mors</i> , 504.	
XII. EPILOGO. <i>Las generaciones enemigas</i>	511
I. La polémica en torno de Cané, 513. — II. Los cargos: dilettante, fragmentario, galicano, 521. — III. El galicismo mental en España e Hispanoamérica, 534.	
INDICE DE NOMBRES Y TITULOS DE OBRAS.....	541
INDICE DE ILUSTRACIONES	557

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR,
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES,
RECONQUISTA 319
EL DÍA DOCE DE ABRIL DE 1955.

1410

COLECCIÓN CÚPULA

TÍTULOS APARECIDOS

Ensayos

AL ENCUENTRO DEL HOMBRE, por *Arturo Aldunate Phillips*.

LA GALERÍA DE ESPEJOS, por *Homero Guglielmini*.

ENTRE DUDAS Y ESPERANZAS, por *Ricardo Sáenz Hayes*.

LA VIDA EN LA ANTÁRTIDA, por *Alberto A. Soria*.

Biografías históricas

EL GRAN CAMBIO, por *Frederick Lewis Allen*.

EVOLUCIÓN POLÍTICA Y SOCIAL DE LOS EE. UU., por
Hockett y Schlesinger.

PROTAGONISTAS, por *César Tiempo*.

EL DEÁN FUNES, por *Mariano de Vedia y Mitre*.

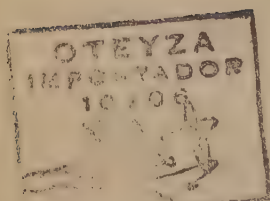
MONTOYA, por *J. Blanco Villalta*.

CONFESIÓN APÓCRIFA, por *Arturo Cerretani*.

CRÓNICAS DE UN EMBAJADOR, por *Chester Bowles*.

Novelas

LA HIJA DE JÚPITER, por *Martín Aldao (h.)*.



PRECIO OFICIAL
DE LA CASA EDITORA
PARA ESPAÑA

113'00%

(Continuación de la solapa anterior)

censura, las biografías carecen de calor vital y de humana exactitud. Aquí hallamos una criatura de carne y hueso, no un rígido bronce de plaza pública. Sáenz Hayes nos presenta un Cané insospechado, y al relatar sus andanzas de peregrino sin sosiego, su optimismo fugaz y su angustia raigal, nos lo muestra como expresión inequívoca de un momento —pos-trimerías del siglo xix— en el que los más sagaces vislumbra-ban ya los signos premonitores de la ecuménica crisis de valores de que somos espectadores abismados. Es la suya una angustia de futuro. En 1896 pregunta Cané: ¿qué significación tendrán las palabras propiedad, democracia y parlamento en 1996 o en 2120? El escritor, el artista, el diplomático y el político, son estudiados por Sáenz Hayes prolijamente, todo ello con un telón de fondo histórico que le concede a la biografía movimiento y luz, y, sobre todo, una gran diversidad de episodios, de siluetas y de matices. Tan lejos del panegírico como de la diatriba —no menos sub-alterna— si algo defiende el libro de Sáenz Hayes es la primacía de lo espiritual.

1. The first part of the document is a list of names and titles, including "The Hon. Mr. Justice" and "The Hon. Mr. Justice".

WITHDRAWN

PQ7797
C27Z85

82824

PQ7797
C27Z85

82824

AUTHOR

Saenz Hayes

TITLE

Miguel Cane y su tiempo.

DATE DUE

BORROWER'S NAME

